ANGEL M. PAREDES

LA CONCIENCIA SOCIAL

PRIMERA PARTE:

LOS ELEMENTOS INDIVIDUALES DE LA CONCIENCIA COLECTIVA

QUITO — Imprenta de la Universidad Central — 1927

BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR

El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta del mismo

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación **Art. 212 numeral 9, Literal ii "(…) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (…) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones" y literal vii "La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad".**

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

301.152(866)
P227c
ej. 2

LA CONCIENCIA SOCIAL

OBRA ESCRITA POR

ANGEL M. PAREDES

PRIMERA PARTE:

LOS ELEMENTOS INDIVIDUALES DE LA CONCIENCIA COLECTIVA

Universidad Central del Ecuador
Omnium Potentior est Sapientia

QUITO - ECUADOR

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

1927

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1620
QUITO
Universidad Central del Ecuador
Omnium Potentior est Sapientia

INTRODUCCION

UNIVERSIDAD CENTRAL
BIBLIOTECA GENERAL
QUITO - ECUADOR
COLECCIONES GENERAL
No 1615 AÑO 1969
PRECIO Lote DONACION

Son las sociedades síntesis vitales que establecen armonías de esfuerzos, necesidades y fines cumplidos mediante la cooperación voluntaria o impuesta de aspiraciones y energías psíquicas, entre los individuos que las componen.—Los análisis bio-sociológicos darán la clave, en el porvenir, de la ordenación científica de la política.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1620
QUITO
Universidad Central del Ecuador
Omnium Potestatum est Sapientia

CAPITULO PRIMERO

LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA SOCIOLOGIA

El afán primordial de toda ciencia nueva que se sistematiza y enseña como tal, es la determinación de su necesidad y objeto. — La doble tendencia, la del *naturalismo* y del *organisismo* sociales, son visibles consecuencias de las apreciaciones y sistemas de filosofía general y colectiva de Comte y Spencer; aún cuando con frecuencia sean excesivas e injustificables. — La materia propia de la investigación sociológica según M. René Worms. — La sociología ensaya el reconocimiento de las fuerzas o energías internas de que proceden los fenómenos sociales, su grado de penetrabilidad en los grupos y las modificaciones causadas en los resultados por virtud de la materia o sustancia que vivifican. — Caracteres comunes que revisten los procedimientos colectivos— instantáneos y continuos—en representación de la esencia de las aspiraciones nacidas en la conciencia social. — Los sistemas de apreciación psicológica de las actividades y condiciones de los grupos humanos, tienen puntos de vista opuestos, no obstante su común pretensión de hallar en ellos el espíritu que los anima.— Los principios de psicología individual y sus mutuas relaciones, en los fundadores de la ciencia que estudiamos, para explicar la vida de las sociedades.

I

Pocas materias preocuparán tanto a los exploradores de las ciencias nuevas que tratan de constituírlas de un modo definitivo, como las representadas por el intento de determinar la real naturaleza de su objeto, los límites de éste, cuyo señalamiento las correspondan

y sobre todo, el emprender en la especificación del contenido de sus investigaciones: métodos, aspectos y consecuencias. La vida, como cuanto es y cuanto permanece en medio de múltiples relaciones de actividad, se presenta con una complicación muy densa de influencias, funciones y resultados prácticos exigibles, que pueden conocerse y dirigirse; toda vida es entrecruzamiento de energías y paralelas de recorrido que se completan, oponen o se inducen.—Y las exigencias de fijación de materia tienen una importancia tanto mayor, cuanto más se empeñan sus exploradores por recabar, para la respectiva disciplina científica, una sustantividad o independencia formal de las otras ramas del saber. (1)

Es esta delicada y compleja situación, influenciada por mil tendencias, amenazada de mil escollos, la que ha conquistado la sociología; y la arrastran a veces en sus ímpetus y la desgarran a veces en sus furias. Agrávanse las dificultades de los problemas por las múltiples cuestiones de realidad o de posición frente a las otras ciencias, que se han suscitado a su aparecer.

En verdad, los diversos fenómenos de la vida colectiva habíanse investigado ya, de modo muy penetrante en ciertos casos y con resultados de muy apreciable valor, adscribiéndolos a una ciencia social particular, y

---

(1) Las materias comprendidas en la presente introducción se completan e ilustran, mediante la consulta de las siguientes obras: la "Filosofía Positiva" de Augusto Comte; "Las reglas del Método Sociológico" de Emilio Durkheim; "Las leyes de la imitación" y "Las leyes Sociales" de Gabriel Tarde; "El idialismo moderno" de Guido Villa; la Sociología de Giddings; del Sr. Adolfo Posada, "Principios de Sociología" (introducción), y "Sociología contemporánea"; de M. René Worms, "La sociología, su naturaleza, su contenido, sus agregados".—Los datos biológicos pueden hallarse en los estudios de biología de R Hertwing; en la "Biología General" del Dr. Noe; en "Los problemas modernos de biología" de Charles Sedgwinck Minot y en la obra reciente de S. Metalnikov "La inmortalidad y el rejuvenecimiento en la biología moderna"; en los "Ensayos de síntesis científicas" de Eugenio Rignano y en "Los mecanismos de correlación fisiológica" de A. Pi y Suñer, etc.

según su método; ¿qué quedaba entonces por hacerse? ¿debía pretenderse acaso que únicamente se perfeccionen los conocimientos mediante una prolija investigación de los datos, capaz de entregarnos íntegros en su anotación los sucesos acaecidos, para clasificarlos en sus órdenes respectivos, que serán luego recogidos en una clasificación más general, en una especie de enciclopedia de las materias sociales? Así han pensado no pocos sociólogos, y creyendo, en ocasiones, que mantenían la sustantividad de la sociologia.

Mucho de esto hay en Durkheim, fijándose la tendencia en los continuadores de su obra. El lazo que acerca y une a las manifestaciones sociales, la razón de su encadenamiento en la ciencia, es casi la pura relación material, de coincidencias en el tiempo, y en el espacio de agrupación. Mientras para otros autores, el resultado es una síntesis, una generalización de los datos simples, particulares, de las leyes relativas a los procesos descubiertos o reconocidos por las diferentes ciencias, pero concordantes en su apropiada explicación; de aquí el inmediato origen de una filosofía de lo social, como íntegro y exacto contenido de la sociología.

Toda filosofía, aún la positiva, es una especie de metafísica, iluminismo un tanto fantástico en la escena interna donde los datos recogidos se clasifican y ordenan; son a la manera de capillas resplandecientes con los oros litúrgicos, donde reververa el poder de una divinidad, el de la certeza lógica o de la consecuencia justa; más hoy sustituída por una decoración más solemne, más ritual, más intraducible, y sin embargo, más cierta; allí ofician los sacerdotes del nuevo iluminismo, los promulgadores de la ley de la intuición.

Realmente, la intuición que esclarece un rincón oscuro de nuestra conciencia, donde se han anotado hechos o matices desconocidos por el sujeto que reflecciona y piensa; aquella que trata de vivificar lo pétreo, lo inconmovible, haciendo de la vida vida y no muerte, de la idea color, del pensamiento arte, y no museo de especies disecadas; esa intuición nos enseña, esa fantasía

nos explica lo inapresable, lo fugaz, que el recuento de datos nunca lo tradujera. La estadística es un conglomerado de materias, que presta indiferentemente sus datos para las más contradictorias afirmaciones, como ha dicho Guido Villa, y sólo la alta fundición de las inteligencias puede convertirlas en sustancia uniforme para una armónica formación. Pero la intuición, como la clarividencia, no es don que abundoso derrame la naturaleza sobre los espíritus, antes, es gracia que bautiza y limpia del error y de la duda a los privilegiados; es una sutileza de vista interior, es un poder inexplicado aún, imponderable siempre, como un nuevo sentido, el de la penetración. Sin embargo, sólo contempla lo que existe, anima lo inanimado, sin lanzarse por los abismos de las incoherentes fantasías empeñadas en crear lo extravagante, lo anti-natural o absurdo; es anormalidad a la manera de la doble vista, de la audición hipersensible, que acompaña a veces a trastornos morbosos en el funcionamiento cerebral.

Mas, la filosofía justifica explicando lo que se conoce en virtud de otras ciencias, traba, eso sí, enlaza y armoniza lo pre-adquirido: así es como la moral, especie de filosofía de la conducta, acepta las indicaciones de las necesidades y tendencias del hombre, su constitución física y mental y el fin que se supone corresponderle, señalando, en tal virtud, que debe preponderar en su conducta. Toda ciencia tiene su filosofía que concierta los datos y los liga mediante principios generales. De ahí que la psicología, con los nuevos métodos, tienda a salir de la clasificación antigua de rama de la filosofía, para conquistar un puesto en el grupo de las ciencias naturales; siendo sí verdad, que ocupa un lugar intermedio entre los dos.

¿También la sociología nada nuevo nos ofrece?, ¿no es otra cosa que una arquitectura que emplea materias preexistentes? No, hay una actividad que ella descubre, que trata de explicarla y cuyos resultados investiga; lo social.

La filosofía con sus vicios, la intuición con sus errrores: ya por culpa de aquellos que la emplean sin hallarse dotados de anteriores conocimientos que la intuición ha de perfeccionar, con la satisfacción petulante de quien todo quiere deberlo a su propia fantasía, arreglando las existencias a su arbitrio; o empleada sin preparación, por quienes no están dotados de tal virtud, a la manera de los falsos profetas simuladores de visiones; dieron como resultado construcciones inauditas que han desprestigiado el método y produciendo de contragolpe las monótonas, fastidiosas e incongruentes catalogaciones de datos, sin una generalización, sin un impulso o vuelo. ¡ Insignificante ciencia de los eruditos que no se atreven a construír, que tiemblan a cada paso, que sollozan ante cualquier supuesto error ! hay que gritarlos, con un conocido escritor: tened el valor de equivocaros. Son estos jornaleros de la ciencia, como aquellos que hacen historia desempolvando archivos, o hacen etnografía clasificando hachas y restos de cerámica, sin consultar la época, el pensamiento y el esfuerzo encerrados en ellos.

Esos varios aspectos reconocidos para la sociología, me parecen parciales o inadecuados. El conocimiento que se pretende, no es de hechos públicos aislados; esa enciclopedia que clasificara las diversas actividades humanas en la vida conjunta, no merecería un nombre particular, pues sólo nos halláramos ante el estudio sistemático de las ciencias varias, o con los explícitos términos de Durkheim, no sería ni pudiera ser «mas que el sistema, el *corpus* de las ciencias sociales». Nada significaría entonces toda la literatura que se gastara en querer demostrar su naturaleza de ciencia *general* de las palpitaciones de los grupos; una ciencia no lo es mientras no se preocupe de descubrir algo nuevo, objeto o relación; la pura sistematización u ordenación será un método.

Tampoco sería una justa interpretación de la idea de Comte, la de una ciencia general de los fenómenos

colectivos, al mirarla como que se satisface con la contemplación de la marcha conjunta, armónica de la vida total, descubriendo el entrecruzamiento y coincidencia de determinadas leyes: esto parece tan externo, que se confundiría —cuando sea visión estática— con lo que propiamente debiera llamarse la «morfología social», ampliando algo quizá, la traba o liga que creó tal nombre para la unión de los estudios etnográficos y la denominada geografía humana. O la tendencia conduciría acaso, a la indistinción de la filosofía de la historia, cuando la contemplación fuera de la dinámica colectiva: predomina el hecho, el resultado, y, la ley, el principio, vienen como consecuencia.

También de esas tendencias procedería una especie de invasión en el terreno reservado a las diversas ciencias particulares, las cuales, contemplando los sucesos, se preocupan de la mera causalidad inmediata; y la invasión sería más notoria al tratarse de la ciencia de la política, desde que la principal realidad del estudio sociológico es el Estado, siendo el único objeto, para algunos autores.

II

El resultado más inmediato y natural del aparecer de la ciencia de Comte, como una nueva disciplina que superando las anteriores en ellas se cimenta, especialmente en la más próxima, la biología, y del paralelo desarrollo de los conceptos evolutivos; fue el reconocimiento de la sociedad como un producto de la naturaleza: organismo que se presenta a la manera de un fruto ofrecido por las fuerzas de la evolución, con el mismo título que los otros organismos individuales, de los que sólo se diferencia, superándolos. El antecedente es aún de mayor evidencia y próximo en Spencer, para quien, según la interpretación de Draghicesco, «el proceso de la integración social, no era más que una simple aplicación a las sociedades, de los principios generales de la evolución universal.»

BIBLIOTECA GENERAL

De ahí hubo de nacer lo que ha venido a convertirse en el llamado *naturalismo:* identificación de los organismos sociales con el modo de constituírse de los seres vivientes individuales; aquellos no pueden existir, afirman, sino mediante órganos que cumplan funciones similares a las descubiertas en la vida fisiológica del animal; las formas anatómicas son semejantes e idénticas las actividades en desarrollo y fin. Consecuencias bastante precisas de las comparaciones externas biológicas del *andamiaje* en las construcciones de Spencer; y si el iniciador atenuó lo excesivo denominándo'o provisional punto de apoyo para las indispensables inducciones, ciertos continuadores lo mantuvieron en su extricto rigor.

Las consecuencias radicales deducidas del prestigio e imposición biológicas, fueron modificándose en otra tendencia paralela —que se origina también en los iniciadores, Comte y Spencer— la de los *organisistas*, quienes así mismo hablan de la sociedad como de un organismo, pero no en el sentido neto de la biología, sino como algo regulado, constituído; teoría cuyo desarrollo final parece hallarse en el concepto del «organismo de ideas» de Espinas y Fouillée, aun cuando no pocos piensen de este último que debe inscribírselo entre los *naturalistas*.

Luchas bastantes rudas hubo de sostenerse en otro terreno aún, por parte de las escuelas mantenedoras de la realidad del organismo social, contra quienes sostenían la sola existencia de individuos, con las únicas coincidencias de sus contactos en el espacio y de su cooperación voluntaria: no hay se ha dicho, otra personalidad humana que hombres, reunidos voluntaria o casualmente, que a lo sumo, se ayudan o se oponen según sus intereses. Cuan lejos esto del misticismo comtiano de la humanidad adorable y suprema; y cuán próximo al principio de la lucha de intereses y la dispersión hostil de hombres, que hacía meditar en la necesidad de un domador, a los filósofos de la libre Albión. — El debate no está todavía resuelto, por más

que los individualistas parecen batirse en retirada, atacados por todas partes: desde la ciencia política, su fuerte castillo de resistencia, hasta la sociología biológica, su enemiga natural.

Todas las divergencias y oposiciones relativas a la permanencia de la sociología o a la necesidad de su destrucción, todos los varios puntos de vista que puedan indicar un historiador del movimiento sociológico, o que haría falta discutir a quienes comenzaran a investigar o se preocupasen de la demostración de que s eala materia de su estudio; no es del caso que yo los señale, ni siquiera dentro de la más breve síntesis, pues mi opinión sobre la materia del contenido sociológico la he indicado ya (1); y sólo me propongo en esta introducción, razonar el motivo por el cual comienzo el estudio de la conciencia pública, explicando los fenómenos internos de la vida individual. Asunto íntimo de la sociología constructiva, el de la conciencia, sí se relaciona con múltiples aspectos de la polémica sobre el contenido sociológico y su naturaleza.

III

¿Debe ser la energía colectiva que se desenvuelve en manifestaciones del grupo o la constitución de éste, la materia propia de la investigación sociológica, o, al menos, cuál de los dos objetos será lo preferente? son las preguntas que se ha hecho M. René Worms, por ejemplo, decidiendo su opinión por el conocimiento de las sociedades antes que de los actos y sucesos que las pertenecen. Claro que tal preferencia se explica por la filiación un tanto biológica de las tendencias del autor: el organismo es la realidad, debiendo considerarse el

---

(1) Véase el vol. I del t. I de mi "Sociología General etc."

funcionamiento como la consecuencia; eso sí, sufriendo de rechazo la tendencia, cuando el autor imagina considerar la sociología como *filosofía de las ciencias sociales*. (1)

De su impulso biológico, el considerar que el sujeto cuyo conocimiento es el indispensable, sea una unidad formada de partes íntimamente unidas por el interno lazo de las semejanzas «más o menos estrechas de habitación, de medio, de raza, de educación, de lenguaje y de ocupación... de vida doméstica y de hábitos familiares, de concepciones y prácticas morales, religiosas, estéticas, técnicas, de régimen jurídico y político» (2); simpatía próxima a la cósmica que enlaza mundos y suprime abismos, pero con resultados psíquicos bien notables de semejanza: identidad de estímulos, de reacciones corporales y de fines. Y, según puede verse, se trata de la compenetración definida de elementos, en la unidad natural reconocida como Estado-Nación; unidad que «tiene en sociología —según afirmaciones del autor— la misma importancia por lo menos, de cada una de las especies biológicas y aún mayor... En términos más precisos, el concepto social de Nación es comparable al concepto biológico de especie». — No puedo aceptar la equiparación que el notable sociólogo pretende, ya que el de especie es un término que fija caracteres muy hondos y de la mayor permanencia posible, dentro de las variaciones evolutivas; mientras que las nacionalidades son variaciones poco profundas en los sistemas de vida, que no exigen demasiado excepcionales condiciones para confundirse. La especie, en biología, significa forma aparente y cualidades internas *inmediatamente* irreductibles; y, ya he demos-

---

(1) "llegamos al término de nuestra investigación, definiendo la sociología como filosofía de las ciencias sociales particulares" Worms "La Sociología", etc.

(2) Véase el I vol. de la "Filosofía de las ciencias sociales" (la cita es del Sr. Posada en su "Sociología contemporánea").

trado como el género humano, dentro de una ciencia natural que se lo aplicara; podría dividirse en especies —de la misma importancia que las animales— pero considerándolas en las agrupaciones raciales, y que las nacionalidades eran variaciones de ellas.

Mas, continuemos con los reconocimientos y especificaciones del sujeto en el criterio que relatamos. "Al grupo nacional se ha atribuído la unión verdadera y la existencia real. Por multitud de motivos las naciones parecen ser individuos. Cada una tiene su nombre, una historia, caracteres espirituales y corporales distintivos. Cada una constituye un Estado, con un Gobierno que es su representación completa"; y en anteriores líneas había dicho: "En los seres organizados pueden considerarse dos clases de relaciones: las relaciones internas entre las partes componentes y las relaciones externas entre los diversos organismos. *Las primeras constituyen el objeto de la biología; las segundas el de la sociología*" (1)

Las indicaciones precedentes, de seguirlas, nos conducirían casi de modo fatal a invadir el campo reservado a la ciencia del Estado, tanto más, cuanto que-

---

(1) Véase la reciente obra de M. Worms, ya citada. — Lo transcrito en el texto me impone ciertas indicaciones. Efectivamente, la biología, en el concepto justo de tal ciencia, es el estudio de la íntima correlación entre las partes componentes del ser vivo; de esa manera se la comprende y fija frente al criterio común, que hace de tal disciplina un puro nombre genérico para designar el conocimiento total de la vida en sus manifestaciones externas, reuniendo en la materialidad del todo, las partes de investigación abandonadas a las particulares ramas de la historia natural. Pero, con el mismo derecho que a la biología se la mira como la ciencia de los últimos componentes y energías de que procede la vida, más que conteniendo a las otras haciéndolas posibles, dándolas sus bases; en igual sentido y con el mismo resultado, la sociología anima a las ciencias sociales particulares. Señálese además muy claro el aspecto biológico de las sociedades, en las recordadas frases del autor.

da en segundo término lo social; y eso, dando una interpretación muy lata a aquello de las relaciones externas, pues de otro modo estaríamos en el puro campo de lo internacional.

Por mi parte, creo también que uno de los objetos primordiales a que ha de atender la sociología, debe ser el del conocimiento de la sociedad, y en particular el de la sociedad-estado, pero no en otro sentido que aquel que supone para la psicología el descubrimiento previo de la anatomía y fisiología del cuerpo humano; encontrándome muy lejos de las enseñanzas de Vogte, reconozco la inmensa importancia del funcionamiento viceral y actividades y constitución nerviosos, en los resultados de la vida del espíritu. Cada fuerza en el universo es procedimiento, acción, pero se ejercita sobre masas de materia, sobre elementos de resistencia; una cosa es saber la naturaleza de las fuerzas, medirlas en su intensidad y potencia abstracta, otra distinta hallar la esencia y composición de los seres o cuerpos que las sufren, y todavía, cosa distinta aún, descubrir y representar las modificaciones causadas en la dirección, en virtud de las aplicaciones de las unas sobre las otras; en lo celeste, por ejemplo, la atracción y el movimiento frente a la composición, magnitud y densidad de los cuerpos planetarios, a los que penetra y dirige. Las aplicaciones de la energía producen efectos diferentes según la clase de objetos sobre la que obra y las relaciones de estos con la misma energía.

Comprendida en el sentido como la describo, ha desaparecido la confusión de la ciencia de la sociedad con la materia política y la teoría del Estado, ya que estas se detienen en la contemplación del fenómeno producido y de la actividad particular que precisa encausar para el resultado querido o previsto. La ciencia política, como las otras disciplinas similares, parciales, asiste al producirse de los resultados y busca la ley o causación inmediata —resultado experimental— a que está sujeto; en definitiva algo exterior, manifiesto;

es como una prolongación de la descripción morfológica del cuerpo social. La sociología estudia la generaciónde las fuerzas que determinan los hechos, y los profundos motivos del fenómeno como proceso de la energía originariamente única —o cortas en número— que se desenvuelve.

De este modo tenemos que, si la constitución externa, la morfología social, principal materia de la ciencia del Estado, nos es de grande importancia como representación de causas condicionantes y que modifican los resultados; lo capital es el conocimiento de la energía o de las energías últimas de los sucesos. El procedimiento rechazado jamás nos permitiera fundar una sociología general, serían conocimientos de uno o varios pueblos y de sus instituciones, pero nada más, equivaliera a una zoología superorgánica que clasificara aspectos; mientras el segundo método nos indicará lo que en último análisis es común al género.

IV

Todo lo precedente nos conduce a precisar, entre las múltiples cuestiones de necesaria resolución, las de inmediata exigencia para nosotros, cuyos planteamientos y contenidos diversos se resuelven: ya en la fórmula del hecho social fundamental, ya en lo relativo a los orígenes o causas de los procedimientos colectivos en sus más hondas raíces, o se hab'a, en fin, de su esencia e íntima composición, comparándola u oponiéndola a otras existencias efectivas. Explorar, reconocer y construír; son las lámparas de la arquitectura bañando en claridad la más secreta y vasta de las construcciones humanas, la sociedad.

Ni aún es necesario indicar que en las ciencia sociológica las señaladas tesis no son nuevas, pero que sí es verdad, que hasta ahora se mantienen y muestran sin signo alguno de decaer en su interés ni en las ri-

validades que suscitan. Permanecen los criterios opuestos, los puntos de vista distintos —indicando, no rara vez, diversos panoramas contemplados, planos diferentes, que los superponemos o tratamos de oponerlos con absoluta arbitrariedad—. La misma realidad de la sociología frente al conjunto de las ciencias políticas, morales y jurídicas, se disputa como antes.

Al lado de todo, la dificultad de indicar con los caracteres suficientes de distinción lo que se comprendía o debía comprenderse en las investigaciones—delimitación del objeto— y cómo se las había de llevar a cabo, es decir, en el segundo aspecto, no sólo cuestión de método para facilitar la investigación, sino de procedimientos para no invadir dominios agenos.

Procuramos determinar el fin propio de la sociología, como contemplación de las fuerzas iniciales de las actividades colectivas; pero decíamos desde entonces como toda fuerza se modificaba en sus relaciones y resultados según la materia u objeto de su aplicación; de ahí la necesidad de contemplar las formas sociales y pronosticar el resultado de la penetrabilidad de las energías en ellas, según la densidad y carácter de la materia: especies de equilibrios y desequilibrios, de acciones y reacciones, de conquistas y pérdidas de donde ha de proceder la estabilidad del sistema o su cambio. La teoría, pues, se convierte en práctica y el principio en aplicación. Ahora bien, el principio vital (1), como lo ha explicado Spencer, florece en la heterogeneidad de todas las aplicaciones indispensables para el sujeto; por eso, la sociología representa y contiene en sí

---

(1) Hace falta puntualizar que la expresión, *principio vital*, no tiene el mismo significado que el de *impulso vital*, de los vitalistas, según pudiera interpretarse; cierto que es triunfo de la energía sobre la pura combinación química, más no en esencia distinta. Las fuerzas cósmicas en los diversos órdenes que animan, cambian su forma de representación.

íntegramente, todas las manifestaciones de la vida colectiva, en potencia de acto, como el primer impulso contiene las sucesivas formas y desviaciones de un recorrido, en presencia de los obstáculos, tal contenido sociológico es del fondo común y su posible desarrollo dando la visión de ser la síntesis, la organización posible de las ciencias particulares. Los principios de la economía política están en ella, en sus lineamientos generales, y se nutren de sus experiencias, viven de sus ensayos; ella explica la moral y el derecho, etc.; y es de tal manera que quien ahonda en una determinada dirección, no puede por menos de explicarlo todo por el proceso de esta línea de energía, haciendo de una manifestación la causa de la actividad en género; el economista está en vías de llegar al materialismo histórico, cambiando los órdenes de causación, yendo desde el círculo exterior, desde la rueda visible de conexiones palpables, hacia el enlace secreto: el molino de viento nos pone en relación con las sociedades medioevales, el maquinismo moderno con los grupos de tipo capitalista, de modo que todo el funcionamiento se explica por las necesidades económicas y la ordenación de sus exigencias; psicologismo muy relativista que no ve los múltiples antecedentes variables de cada procedimiento, en cada instante según las circunstancias puede prevalecer una emoción, pasión o sentimiento: ¿los primeros instantes de la moderna historia no parecen determinados por los rumbos múltiples del pensamiento iconoclasta audaz y constructor ferviente: según los dos terrenos en que se lo contemple, la filosofía —religiosa o no— y la fiebre del arte? Para el jurista la realidad se teñirá del matiz jurídico y podrá fantasear sobre la admirable misión del pueblo romano, sobre la legislación que al reglamentar las acciones las perfecciona, pule y limpia, haciendo de la regla coacción de acción. El sociólogo de las religiones pensará que en torno del culto y del precepto gira y se enmaraña la vida para cumplirlos, modificarlos o destruírlos: y abun-

dantes veneros de pruebas brotarán de las rocas del Himalaya, entre las arideces de la Palestina y en el cultivado y egregio jardín de la vida europea. En fin, la necesidad de ver el juego de las fuerzas sobre la materia imponiendo la visión de las formas, permitió las obsesiones de la escuela demográfica y otras.

Como la biología aparece la sociología muy tarde con relación a sus ciencias dependientes, porque son las formas lo primero que hieren, y su clasificación naturalmente antecede; en lo interno, en lo vivificador de ellas mucho después se piensa. Por eso, y deslumbrados por las consideraciones de tiempo, que se haya pensado que la sociología no es el cimiento de las construcciones sociales, sino su cúpula, su coronación; ni cúpula, ni cimiento, es la arquitectura y sus leyes, son los principios de resistencia, elasticidad, etc., etc.

El fondo común genérico que inscribe en una designación a todos los hechos contemplados como sociales, es el de proceder de móviles colectivos, generarse en la intimidad social y que pueda señalárselos como de tal conciencia; y las leyes de lo social serán aquellas a que esté sujeta la conciencia pública y que regulen sus procedimientos.

V

La conciencia social es el alma o espíritu que anima el organismo colectivo; o con mayor precisión y sin metáforas, el resultado del conjunto y sistema de fuerzas mediante las cuales se ponen en actividad las sustancias físicas y los elementos fisiológicos de que se constituyen tales organismos. El descubrimiento de ese poder dinámico, de esos móviles de acción en sus fuentes, explicaría el proceso social en su desenvolvimiento diario, continuo, *semejante* y en la mutabilidad histórica de los sucesos humanos, *cuyas diferencias son apreciables a primera vista.*

Y ha de fijarse la atención, tanto en el término *semejante* que he empleado al referirme al hecho social, como en la exposición: "los procesos humanos *cuyas diferencias son apreciables a primera vista*", dirigida a señalar los denominados sucesos históricos; pues, como antes lo he dicho (1), he de insistir en la insignificancia del criterio propuesto por quienes quieren encontrar la diferencia entre los procesos que aprecia la sociología y los de investigación histórica, por la permanencia, la diaria repetición de los primeros y la fugacidad, lo constantemente mudable de los segundos.

Ni el hecho social es idéntico de hora en hora, ni de momento a momento, sino en insignificantes signos exteriores (el suceso económico, supongamos, y los procesos sociales: aún el religioso, el moral o el jurídico; en los casos rarísimos de permanecer inmutables los precios, o las fórmulas, ritos y preceptos, —como quiere el catolicismo o ciertas doctrinas retardatarias,— extraños a cualquiera modificación; no encontrarán el elemento personal ni el psicológico interno de devoción, de creencia, de cumplimiento, etc., en lo absoluto iguales); como no cabe negarse tampoco a algunos sucesos históricos aproximaciones en la forma, en los antecedentes o en los resultados con otros del mismo orden, dispersos en el espacio y en el tiempo. Los aspectos de repetición y de sucesión subsisten en ambos, no pudiendo decirse con facilidad, cual tiene en sí mayor grado de innovación en cada caso. Si contemplamos lo económico: el precio de las mercancías, el valor adquisitivo de la moneda, las relaciones entre comprador y vendedor, todo muda, en ocasiones, de modo instantáneo; sólo permanece lo formal, lo indispensable para calificar el acto de compra-venta, por ejemplo. Por otro lado la historia, previniéndola como

---

(1) Véase el vol. I del t. I de mi "Sociología General etc."

BIBLIOTECA GENERAL - QUITO -

papel únicamente el de apuntar las transformaciones capitales en el vivir de un pueblo (que no creo agote su racional misión) tendría que recoger en sus noticias: revoluciones políticas, modificaciones legislativas o procedentes de las costumbres en las instituciones, invasores avances de nuevos principios de constitución social o de arreglo de las existencias entre los individuos o familias, etc.; en todo caso, algo que puede tener una calificación genérica (lo repetido: aspecto, ley o fenómeno) pero, claro está, al lado de eso lo mudable, la renovación de la mayor parte de los elementos. Sólo que, mientras en lo económico de nuestro ejemplo, es casi repentino el cambio; el desequilibrio histórico de la magnitud indicada, supone larga preparación y fluctuaciones bien visibles, como doloroso esfuerzo de desarraigar las costumbres y romper la normalidad de un curso continuo.

Pero dejando a un lado esas externas y muy superficiales distinciones (supuesto que las haya) entre fenómenos colectivos generados y desenvueltos en el interior de grupos humanos que viven, marchan y progresan; veamos la naturaleza misma de ese vivir y el convertirse en acción de los impulsos de conciencia.

—De los componentes sociales, doy una preferencia muy marcada al factor hombre, por cuanto pienso que la naturaleza física y sus energías, únicamente mediante o a través de los poderes y funciones humanos, se convierten en elementos o causas condicionantes de las existencias del grupo. Del mismo modo, el metal impuro de la corteza terrestre para resplandecer en oro fino, o convertirse en ardiente efluvio regenerador de la vida, en el radio, que las imponderables energías eléctricas con amplitud desordenada difundidas, o los materiales económicos para el sustento; requieren la colaboración del hombre para emplearlos en sus justas y adecuadas aplicaciones. — Y es esta la reivindicación actual de la política y de toda ciencia, en las civiliza-

ciones occidentales; reclamo sobre el cual en donde quiera y en todas las esferas es preciso insistir: cuanto existe en la naturaleza se sociabiliza y se vuelve sustancia aprovechable para la colectividad, por las energías del hombre.

Empleo el término conciencia para encerrar dentro de él todo el contenido de la existencia interna: lo propiamente consciente, lo subconsciente y lo supraconsciente; el escenario íntegro de la lucha de las energías humanas—.

VI

Señaladas las tesis, que descartan por sí toda discusión bio–sociológica (en el sentido de los naturalistas) y aquella del puro esfuerzo individual voluntario de los criterios relacionados con la teoría política (y hoy también sociológica) del contrato; nos hallamos ante la necesidad de descubrir cual sea el concurso de las conciencias, individual y colectiva, en la preparación y efectividad de los hechos sociales, y antes, encontrar si hay verdadera colaboración o sólo procedimientos elaborados en una de las conciencias e impuesta o aceptada por la otra.

A las desiluciones de la amplia información, poco constructiva, que aún elaborada por el poderoso talento de Spencer flaquea y duda en la interpretación; al desprestigio absoluto del biologismo que acaso ha ido muy lejos en sus censuras; a la avanzada que representa el materialismo histórico, cuya insuficiencia se reconoce hoy; ha sucedido el prestigio, delirante para algunos, de la psicología.

A la psicología se ha pedido todo, con frecuencia más de lo que podía darnos, haciendo del propio yo la piedra de toque y lugar de referencia de cuanto vive, palpita y es: nosotros damos al mundo su valor, a la luz su colorido, porque cuanto existe toma su figura y prestigio de la forma de apreciación que permite nues-

tros órganos de los sentidos. Mas que en otra parte, era natural que en las ciencias morales, jurídicas y sociales la penetración de la psicología fuera muy honda e intensa. Y aparecen admirables obras en que se analizan las diversas facultades humanas consideradas como fundamentales en la ordenación y estabilidad sociales. Kidd halla un hilo conductor muy tenue y sólido, a la manera de ciertas fibras vegetales que parecen forjadas en hierro, en los aspectos ético y religioso (1); Gumplowicz, renovando el antiguo aforismo del hombre lobo del hombre, ve en todas partes el triunfo de un sólo instinto, el de la lucha y rivalidad que exige unión de esfuerzos; mientras Fouillée y Guyau, vivifican la moralidad cristiana del mutuo auxilio con una penetración más íntima de los varios resortes de eficacia en el hombre, hablándonos de la solidaridad que acerca, une e intima; en Giddings, la aproximación para constituír los grupos humanos, es menos elaborada más instintiva: la conciencia de la especie o emoción de las semejanzas.

Todas las vistas parciales psicológicas, han fracasado, y de la inundación universal levantan su cabeza las armónicas esculturas de las psicologías generales

---

(1) Es herencia biológica condicionante de las existencias, por la posibilidad de subsistir mediante el progreso, la perpetua lucha entre las varias individualidades y especies vivas; y esa calidad de ser que las condiciones imponen, no obstante su contradicción con la conquista psicológica más alta, la virtualidad por la cual el hombre supera a los animales mejor dotados, la razón; es entre la especie humana de resultados mucho más crueles que entre todas las otras, ya que sus individuos, que han descubierto la sociabilidad, se encuentran obligados a sacrificarse por el organismo colectivo. Pero si la calidad racional abomina la lucha por la existencia con sus profundas injusticias ¿cómo es que permanece? Mediante sanciones sobrenaturales, religiosas y éticas, dirigidas a permitir la subsistencia y perfección de la especie por medios antiracionales. (Véase la obra que Benjamín Kidd ha titulado "La evolución social".)

de grupos más o menos amplios: la psicología de las multitudes es en ciertos autores un afán muy serio de analizar motivos e impulsos, mientras otros investiga dores se satisfacen con observaciones de mayor o menor agudeza, de instantaneidad o permanencia mayores o menores, o con puras sugerencias. Al lado de eso, aparecieron arquitecturas más o menos fantásticas o más o menos deformes, en una disciplina que ha que rido conquistar un lugar aparte entre todas las otras, la de la "psicología de los pueblos"; sugestiva materia pero erizada de peligros y circundada de abismos; hay además la frecuencia de la restricción del campo psicológico que como para el individuo, —mientras la psicología experimental estuvo en comienzos,— quiere buscar para las sociedades la facultad predominante y directora o el sentimiento al que ha de atribuírse cuanto hace. La "psicología de los pueblos" parece sin porvenir, a menos de inscribirse dentro del amplio edificio de la sociología como una aplicación de los conocimientos y principios psico-sociológicos.

Lo que con importancia permanece, lo que con plenitud obra hoy en los estudios, es la fijación de la idea de la conciencia pública, de su contenido, elementos y trama, y de la mutua influencia ejercida por lo individual y lo social; y en ese sentido los problemas se plantean y se resuelven con criterios opuestos, por parte de dos notables sociólogos franceses, cuyas disputas que apasionaron no hace muchos años a los investigadores, no han pasado de moda: me refiero a Emilio Durkheim y a Gabriel Tarde.

El primero de los dos autores, señala en el prefacio de la segunda edición de "Las reglas del método sociológico", como los puntos de su exposición que han sucitado mayores críticas, los siguientes: 1º la vehemente afirmación de que los hechos sociales deben ser tratados como cosas; 2º "Otra proposición no menos vivamente discutida que la precedente —refiere— es la que presenta los fenómenos sociales como exteriores a

los individuos"; el tercer punto razonado en el prefacio, es el del carácter esencialmente coercitivo de las instituciones y procedimientos que reconoce la colectividad. No es este el momento de discutir las opiniones sino de indicar los puntos de vista.

Tampoco habrá podido negar Tarde que las acciones y sucesos sociales son verdaderas cosas, existencias, como cuanto en la realidad se presenta, es; pero no a la manera según la cual el término parece ser comprendido por su opositor: como un producto *sui géneris*, especial, que sólo nace y subsiste por y en la sociedad, recibiendo de ella sus caracteres y sus leyes, sus principios y procedimientos particulares; todavía, sin que pueda el sujeto conocerlos en ninguno de sus detalles por investigación interna, sino por pura observación.

No es esa sustantividad, con la nota de absoluta independencia, la que pudo reconocer Tarde, repito, antes bien: "En el estudio de los hechos sociales no puede tratarse más que de actos que dependan de la psicología intermental. A esta psicología intermental, pues, es a la que hay que dirigirse para tener la explicación de los hechos sociales". Y luego: "La psicología intermental debe ser a las ciencias sociales lo que el estudio de la célula es a las ciencias biológicas... En las ciencias sociales se descubren agentes y actos elementales, comunes a todas esas ciencias; son actos intercorporales o actos intermentales, pero los primeros no pueden existir sin los segundos. *Esta psicología intermental es indispensable para el estudio de los hechos sociales*"; y la insistencia posterior es esclarecimiento del concepto, muy notable: "La psicología intermental es una sociología elemental; es decir, general; y, gracias a ella la sociología podrá ser una ciencia central y no sólo un nombre común dado al conjunto de las ciencias sociales". Por último, la influencia o estímulo sociales, en Tarde, no es coacción verdadera, es aceptación espiritual, en la cual caben los tres pro-

cesos o leyes de formación de los movimientos y conquistas colectivas; la repetición, la oposición y la adaptación.

Dura contienda es la indicada, y que pone en tortura al espíritu reflexivo para decidirse. Mas, el esclarecimiento del asunto exige la averiguación y análisis, por suscintos que sean, de ciertos antecedentes.

VII

La sociología viene bautizada, desde sus orígenes, con el sello de una psicología individual que mantiene los grupos. Augusto Comte así lo comprendía cuando declaraba no encontrar en el fondo de lo social otra cosa que la vida interna de los individuos, las mismas manifestaciones exteriores y la sujeción a unas mismas leyes; en último análisis todo se reduce al elemento hombre para el autor: "concebido en su totalidad, se expresa, no es, en el fondo, el fenómeno social más que un simple desarrollo de la humanidad sin ninguna creación de facultades, todas las disposiciones efectivas que la observación sociológica podrá, sucesivamente, poner en claro, deberán encontrarse forzosamente o, por lo menos, en germen, en este tipo primordial que la biología ha constituído por adelanto para la sociología."

Y debo insistir también yo, en el recuerdo mil veces repetido, de la no aceptación por Comte de la psicología, entre las disciplinas científicas que clasifica, es una parte de la biología; y este recuerdo, no para señalar lo que es ya tan bien sabido, sino como punto de referencia o de partida de determinadas teorías llenas de sugestiones.

Entre las indicaciones del poderoso espíritu de la "Filosofía Positiva", hay algo de mayor fuerza que lo transcrito: el principio del progreso que rige y determina la íntegra vida social, parece resolverse interna-

mente, de modo indefectible, en los antecedentes individuales de la ética racional: la tendencia innata del hombre a desenvolver sus facultades, en la amplitud posible; he ahí la causa del perfeccionamiento del sujeto y el móvil, norma y regla del progreso social. Lo psíquico, por consiguiente, como facultades de la vida no colectiva y las necesidades de los particulares, contienen en potencia y determinan la cultura pública, aún en sus grados superiores

Criterio muy próximo o deducido inmediatamente, me parece, de los principios políticos de la democracia, que llenan el siglo anterior: el Estado constituído por y para el individuo, a la manera de una compañía de explotación, con que se reacciona contra el principio de la autoridad omnipotente y que lleva como a natural consecuencia a imponer el triunfo de las mayorías. Teoría y resultado no del todo conformes con un estudio penetrante de la biología, si de un organismo se trata al hablar de ciertas colectividades y se puede aplicarlas, aún cuando fuera con reticencias y por analogía, las leyes del microcosmos o agregado celular; o lo que tiene más rigurosa exactitud, comprendiéndolas como organizaciones descentralizadas de elementos que cooperan a un fin común. — La sociología está llamada a esclarecer los conocimientos políticos y a formular reglas de aplicación, según los datos que pueda recojer.

De la obra de Comte, se ha pensado, que antes que a la implantación de una teoría sociológica, se dirigió a constituír un método de investigación.

De un modo talvez más explícito, o, por lo menos, más cercano al criterio de un gran número de autores que en los últimos tiempos se han preocupado de las aplicaciones sociales de la psicología, Spencer reconoce y mantiene la dependencia e inmediato origen de las energías sociales, en las cualidades internas humanas del hombre; de ahí su introducción a la sociología por el camino del conocimiento físico y espiritual de los primitivos pobladores del planeta.

Copio algunas frases de Spencer que fijan y condensan su criterio: "La ciencia de la sociología parte de unidades sociales sometidas a las condiciones que hemos visto (las de la psicología general humana) constituídas física, emocional e intelectualme, y en posesión de ciertas ideas adquiridas al principio y de los sentimientos correspondientes." La fuente primordial y única es el individuo, de él proceden las necesidades, las tendencias y los impulsos, en su interior se originan los actos públicos; y si a su vez la sociedad reobra, es este accionar el producto de las mayorías, intérpretes de las necesidades comunes que defienden el bienestar del mayor número; como en la antigua moral: suma de intereses y contraposición entre los de uno y los pertenecientes a varios. El pensar y querer públicos reconocen y proclaman el bien de los más; y de tal sugerencia ha nacido la desastrosa teoría de la opinión popular sagrada y avasalladora.

La integridad de las instituciones sociales tiene sus orígenes inmediatos, para Spencer, en alguna de las aspiraciones, más o menos fundamentales del hombre.

Creo en la eficacia de las tendencias psicológicas que buscan las leyes y los impulsos de los procedimientos colectivos en la intimidad de las conciencias particulares, pero siempre que se vaya a más allá de lo puramente individual, y se contemplen y aprecien las acciones y reacciones, de los varios sistemas de energías coetáneos, en los resultados de la mecánica y combinación de las fuerzas.

CAPITULO SEGUNDO

LA SOCIOLOGIA PSICOLOGICA EN SUS MULTIPLES MANIFESTACIONES

La exigencia de que se contemplen a los hechos sociales como "cosas", supone, en el criterio de Durkheim, un abandono absoluto e injustificable del método psicológico de interna contemplación y auto-análisis, por parte del investigador; por más que el contenido de una psicología social anime lo oculto y vital de su sistema. Represéntase en el autor la reacción iniciada por Comte contra la filosofía *aprioristica*. — La naturaleza coercitiva de las prácticas sociales, imponen el vivir y determinan las formas de pensar del individuo, dándolo hasta los últimos materiales de su idea, según imagina el autor de "Las reglas del método sociológico". — Tarde y su penetración de los elementos de la energía colectiva. — Sentido propio de la energía intercerebral en la psicología sociológica de Tarde, frente a las explicaciones sociales de los fenómenos intra-cerebrales, pretendidas por Stuart Mill. — La "sociabilidad" y la "sociedad" estudiadas en "Las leyes de la imitación". — Durkheim y Tarde no se oponen sino que se aproximan en muchas de sus apreciaciones y en no pocos de sus errores, según el criterio de gran número de sociólogos. — Roberty insiste en una nueva forma de explicar la generación de las actividades mentales en el hombre social, cuyo sentido, notable bajo algunos respectos, requiere sin embargo determinadas limitaciones en el desarrollo.

I

Puntualizadas en el capítulo anterior las principales materias de crítica sobre la naturaleza de las ideas directoras de la sociología de Durkheim, siguiendo cuanto nos ha afirmado el mismo autor, nos toca ahora analizarlas.

Tenemos en primer término la indicación de que los hechos sociales deben ser tratados como "cosas". Pero, dijimos antes, como se traducía la fórmula, en el sentido del sociólogo francés: no a la manera de puras realidades o manifestaciones de existencia, cuya sustantividad, — así entendida— es común reconocerla ahora hasta a los pensamientos o resultados intelectuales del proceso cerebral, marcándose en ocasiones la intención de verlos como subsistiendo por sí, una vez producidos, según el resultado de las fuerzas escapadas de un aparato impulsor; sino que el reconocimiento exigido para aquellas entidades, será, el de una realidad que esté fuera de nosotros: objetos que nos son exteriores, que viven y permanecen sin nada debernos, y aún, como en nuestras relaciones con los fenómenos físicos, ni siquiera hemos participado en su generación. Por eso que el estudio de lo social deba ser estudio de lo extra-individual que supera y se impone a la persona singular, mas no para completar los datos disponibles, según el proceder sabio de la psicología experimental, sino para mantener la absoluta diferencia y hasta oposición de los dos órdenes de la vida: lo psicológico y lo social; pues para él: "la cosa se opone a la idea, como lo que se conoce exteriormente a lo que se conoce interiormente".

Aparece con mayor evidencia el criterio apuntado —mediante el despojarse de todo razonamiento dirigido a hacerlo aceptable— al pretender Durkheim la justificación del segundo punto criticable. — Después de

indicarnos la posición que corresponde al investigador ante la materia de su estudio, era natural que nos hablara de lo que éste es en sí: las cosas que estudia el sociólogo son entidades que permanecen fuera del individuo, son extrañas para él e irreductibles a las leyes de su actividad: "los hechos de la vida colectiva y de la vida individual son, en cierta manera heterogéneos".

Los abusos de la filosofía especulativa con sus procesos de razón, que reconstruían en su mente y por su poder lógico el universo, aún contrariando las existencias apreciables, mediante sutiles interpretaciones del símbolo representado; dieron origen a la natural reacción: ya del moderado sistema histórico de comprobar todo lo concebido, ya del rudo sistema experimental cuyo principio es el de la cosa en sí: nada fuera de los datos exteriores. En el camino de las exageraciones se ha ido todavía más lejos: no sólo no nos hemos de fiar de nuestras deducciones, sino que debemos rechazar toda colaboración de la conciencia, por miedo del natural reflejo de lo por mí pensado o sentido, en lo preexistente o cuanto es objetivo para nosotros: al lado de los seres naturales, las instituciones y prácticas de la sociedad. Así, dentro de la filosofía jurídica, Post en Alemania, se ha lanzado con vehemencia, por un realismo innovador de consecuencias exhorbitantes, aún cuando en ciertos detalles tenga razón.

(Cualquier análisis del hecho jurídico, siendo como es uno de los más reveladores de la naturaleza social, desde cuando dice ordenación de las actividades; tendrá inequívoco valor para el esclarecimiento de la cuestión planteada. De ahí que me atreva a hablar, aún cuando muy a la ligera, de la llamada *jurisprudencia etnológica* y su método, al tiempo de referir los arrestos de Durkheim contra la introspección explicativa del suceso social).

Post ha creído en la eficacia absoluta del método comparativo que aprecia las instituciones como son, co-

mo se presentan, unidas sólo por la coincidencia de sus rasgos exteriores, sin penetrar, sin intuír en el alma que las alienta. Es un producto biológico para él, una función orgánica debida a los grupos étnicos, y que como tal se presenta en determinadas condiciones de desarrollo; por cuyo motivo la experiencia del investigador será de la misma naturaleza que la del botánico o zoólogo que aprecia las actividades reproductivas, supongamos, en los seres que estudia; ni el orden histórico de su aparición puede interesar al jurisconsulto.— No es momento este de rectificar todas las equivocaciones contenidas, pero sí insistir en lo que significa para el autor el desprecio absoluto de los poderes de conciencia para comprender el derecho. La conciencia nada puede darnos sino errores, se imagina, por cuanto las conquistas sociales son obras de inconsciencia. En primer lugar, no tiene en cuenta Post los procedimientos reflexivos de la legislación; y luego, ¿qué es este inconsciente laborador de la vida? según se pregunta Petrone al hablar de esta doctrina; es la confusión, se responde el crítico, de los actos de conciencia directa con los reflejos, incrustándolos o fundiéndolos aquellos en éstos; todo lo apreciado por el espíritu es consciente aún cuando el sujeto no haya reflexionado sobre él, y así, cuanto es en la actividad y se aprecia por el conocimiento, es producto de conciencia (1). Por otra parte, ¿cabe pensarse en algo sin antes tener noción de la cosa o haber trabajado el conocimiento mediante las fuerzas internas del hombre, denominadas de conciencia? ¿el sujeto al ver no coloreará lo visto por su particular constitución visual? La delimitación del objeto, señala el método, al tratarse de los conocimientos morales y jurídicos: tal cosa es derecho, tal religión; la apreciación individual da el matiz a cuanto existe en el

---

(1) I. Petrone "Ultima fase de la Filosofía del Derecho en Alemania".

BIBLIOTECA GENERAL QUITO

orden físico o espiritual, ya que talvez no hay cosa más firme en los conocimientos psicológicos de hoy, que el de la plenitud subjetiva de toda apreciación: la cosa es tal, por mí, no por su naturaleza. Mas ¿si es ta es la colaboración de la conciencia en el sentido que cada cual da a sus percepciones, cuál no será el valor del conocimiento interno y de las aptitudes personales para desentrañar la intimidad de los procesos en una sociedad, si el hombre actúa en ellos y es además su espectador?

No parece que el método ponderado por Durkheim pueda aconsejarse para la apreciación íntegra, y, de modo suficiente, profunda de las instituciones; nos dejaría, por el contrario, en la superficie, en el haz, en la contemplación del fenómeno y de su causación material: especie de vínculo férreo que contiene en una previsión posible todas las formas posteriores (acercándonos a la crítica de Bergson contra el mecanisismo). Nada tendría de sociológico en tal caso el estudio, porque su sentido es de penetración y análisis. Mas, se comprende que esta objeción no haya podido tener peso en el espíritu del autor de "Las reglas del método sociológico", desde cuando piensa que no ha de buscarse en el hombre la raíz de lo social, sino en la colectividad misma dotada de no se qué cualidades particulares de grupo, como veremos con alguna mayor detención poco después.

Contrapongo sí, desde este momento, a las pretenciones de Durkheim las afirmaciones de valor inequívoco y de gran vigor, de Dithley y Drahgicesco; el primero se expresa: "Los fenómenos sociales no son inteligibles interiormente: hasta cierto punto podemos rehacerlos por nosotros mismos, sobre la base de nuestra propia situación, del odio o de la simpatía o del juego general de nuestros afectos... Por el contrario, la naturaleza nos es externa y extraña, mientras que la sociedad es nuestro propio mundo; jugamos su juego

con toda la fuerza de nuestra naturaleza, somos en ella con nuestro interior, la ofrecemos las condiciones y fuerzas con que construye su sistema... Yo mismo que vivo y me conozco interiormente, soy una parte de la sociedad semejante a las otras partes". La fuerza de esta reacción contra el sentido de círculo exterior de actividades, es bien visible, y aún cuando la naturaleza concebida por el hombre ya no le es extraña, mediante el apropiarse de sustancia para hacerla suya, sin embargo, es de significación extricta esta penetración de la sociedad en mí, y del yo en la colectividad Causa evidente de perturbación apreciativa, desde el momento que se quisiera hacer actuar al conjunto como yo privadamente actúo, sin pensar en la complejidad de fuerzas que componen o se descomponen en sistema de energía dentro de la sociedad, pero de manifiesta importancia si sólo se busca las unidades o elementos de actividad. Lo que si hay de excesivo en los desarrollos posteriores de las afirmaciones de Dithley, es su afán de rechazar las analogías y aplicaciones biológicas, de tanta importancia para el cuerpo social. Las exigencias de conocimientos biológicos son aún mayores que de las indicadas analogías, ya que, como dije en otro lugar, las raíces del gran árbol de la ciencia de la humanidad, se hunden profundamente en la tierra en donde el animal trabaja y lucha por su evolución. — Crítica, acaso más directa que la antecedente, es la debida a Drahgicesco, quien dice: "Excluír la iniciativa del individuo, el lado psíquico humano de los hechos sociales porque se excluyen en las leyes del mundo físico, es olvidar que el subtractum y los agentes de las leyes sociales son sujetos... son "yo" mientras que el subtractum y los agentes de las leyes físicas son cuerpos mecánicos, inanimados. En las ciencias naturales, por otra parte, el investigador es quien ha debido *desubjetivarse* mientras que el sociólogo positivista y naturalista a menudo olvida desubjetivarse a sí mismo

para desubjetivar y, por tanto, mutilar a los seres que observa."

Evidentemente, todas las prevenciones de Durkheim contra el método de interno análisis individual, para descubrir los orígenes de los procedimientos colectivos, o más bien para aquilatarlos, proceden, de que él ve en lo social una verdadera y nueva especie de integración, producida por las naturales energías cósmicas; de ahí que no pueda explicarse cómo lo concedido a la química respecto de la física, a la biología respecto de aquella, etc., no se acepte en las relaciones individuales con los sucesos y actividades del estudio sociológico. Cierto, dice, que la sociedad está constituída de los elementos hombres y de su actividad psico-fisiológica —por más que estos no sean los únicos, agrega en una nota, pues existen también cosas, verdaderos elementos integrantes de la vida colectiva— pero tales elementos equivalen a los cuerpos simples contemplados por la química, y los productos sociales a su combinación; mas la enseñanza científica nos dice, según Durkheim, como "Siempre que al combinarse distintos elementos originan, por su misma combinación, fenómenos nuevos, *hay que reconocer que estos fenómenos* dimanan, no de los elementos, sino del todo formado por su unión"; asimismo, insiste: "La célula viva sólo contiene partículas minerales, de la propia manera que la sociedad sólo contiene individuos: y sin embargo es evidentemente imposible que los fenómenos característicos de la vida residan en los átomos de hidrógeno, oxígeno, carbono y nitrógeno."

La gran desgracia para los conocimientos integrales del universo, que cualquiera estudio impone, es la dificultad, para el hombre moderno, de penetrar con bastante profundidad en las materias de una rama del saber en que no se ha especializado; de ahí el aceptar los principios y leyes en su significación material; cosa, no rara, por otra parte, en los mismos cultivadores que olvidan la teoría para enseñorearse de la práctica.

Verdad que la química nos muestra en sus cuerpos compuestos reacciones y comportamientos, aspectos físicos y cualidades de resistencia, etc., que no se encontraban en sus elementos separados; pero ¿es esto que se han creado energías distintas, nuevas calidades antes no existentes? ¿de la nada ha surgido algo particular, fuerza ó materia? No, cuerpo y energía pre existen en sus componentes y no aparece otra cosa que un distinto sistema de fuerzas, que actúan por tal virtud en la naturaleza con manifestaciones particulares.

Hay en cada cuerpo simple una mecánica y conjunto de energías, y entre éstas: unas perfectamente desarrolladas y de gran potencia, otras más o menos débiles o de corto desarrollo; y entre varios cuerpos comparados, ciertas fuerzas tienen una misma orientación y otras se dirigen en sentido distinto u opuesto; mas, las oposiciones: o son de naturaleza complementaria (signos positivos y negativos) o son en sentido justo y neto, real forma de oposición con mutuo rechazo de las dos. La perfecta coincidencia de las direcciones predominantes en dos sustancias unidas, sólo produce la mezcla —especie de superposición—; mientras que si hay coincidencia en la oposición, si los sistemas son complementarios, surgen las combinaciones con estos resultados: las energías de una misma dirección o complementarias, se agregan, las fuerzas opuestas se anulan; y las potencias en germen, que no daban signos de existir, que no producían fenómenos exteriores por su debilidad, por su incipiencia, y permanecían no obstante en la respectiva materia como esperando una ocasión de actuar, al unirse, forman en el sistema la multiplicación en el valor de potencia, de que hablan las leyes físicas y ya son capaces de dar por resultado nuevas cualidades apreciables y hasta de gran eficacia. Si un cuerpo nuevo se formara, no se comprendería como subsistieran ciertas calidades específicas de los compo-

nentes, y menos aún, su descomposición en los originarios elementos, por la electricidad u otros medios.

Ciertas leyes de las combinaciones, de diaria comprobación, parecen demostrar lo expuesto precedentemente, y hasta insinúan la intacta permanencia de la constitución molecular de los elementos: de ahí el reconocimiento de la isomería entre algunos cuerpos compuestos y la permanencia de los pesos de la ley de Lavoisier, ley que parece oponerse al principio de la descomposición de la materia en puras energías, de gran número de hipótesis y entre ellas la muy en boga, denominada de la termodinámica, desde cuando se reconoce la exotermia o endotermia de toda reacción; pero cosas estas últimas que pueden tener importantes explicaciones que no nos preocupan por el momento. Mas, apuntamos, el triunfo definitivo de la termodinamia, que esperan no pocos físicos con su explicación de fenómenos y constituciones, nacidos de la unidad energía; fuera aún más revelador respecto a la explicación mecánica que hemos adoptado. Diremos, para terminar en este punto, que el desprendimiento de calor en las reacciones nos comprueba el anularse de energías opuestas; señalando además, como más estrecha intimidad el mayor número de calorías desprendidas, que determinan la fijeza de la combinación.

Pues bien, apliquemos a los resultados sociales las mismas leyes de la combinación química. según pide Durkheim; ¿qué podremos encontrar entonces?, la interna actividad de la vida de los individuos de un grupo. cambiada en los procesos de los fenómenos sociales, mediante el sistema de fuerzas psicológicas precedentes, agregadas o anuladas por los mismos métodos descubiertos en los sucesos químicos. Y, el multiplicarse de energías orientadas en el mismo sentido y el anularse de las opuestas, para el reconocimiento y explicación de los movimientos sociales, pueden prestar servicios imponderables.

Pero junto al criterio que exponemos, quiero copiar los resultados deductivos a que llega el autor francés, por la aplicación a la vida colectiva humana de los principios químicos de las combinaciones; se expresa en estos términos: "Si, como se admite, este sistema *sui géneris*, que constituye toda sociedad, produce fenómenos nuevos, diferentes de los que se encuentran en las conciencias individuales, hay que admitir que estos hechos específicos residen en la misma sociedad que los produce y no en sus partes, es decir, en sus miembros. En este sentido son, pues, exteriores a las conciencias individuales consideradas como tales..." Tanto valdría decir que las cualidades adquiridas por el cuerpo compuesto, existen en el hecho de unirlas y combinarlas y no en las materias combinadas.

Como los procedimientos químicos parecen, en los criterios más respetados hoy, continuar los físico-mecánicos; también se tiende ha hacer de la biología una química orgánica, contrariando el antiguo sistema de las ciencias naturales cuyo sentido, probablemente inspiró a Durkheim, con sus hipotéticos reinos irreductibles. Las tendencias últimas condensa Constantín en estos términos, "no hay un mundo especial en que reinen las fuerzas vitales. Las transformaciones de la energía son las mismas en el cuerpo vivo y en la materia bruta. La presión osmótica que se produce en una célula viva depende exclusivamente de la composición química del jugo celular. La electricidad que se desprende de un músculo de rana es la misma que de una pila. El equivalente mecánico del calor es idéntico ya se trata del trabajo de un animal o del de una máquina a vapor. — Es menester renunciar pues a la noción de fuerza vital, porque no ha sido demostrada nunca su existencia de manera evidente; ella no ha sido en ningún caso medida como las demás formas de la energía, no ha sido jamás transformada en ninguna otra fuerza"

(1). Si la orientación, en mi sentir, es válida, en el terreno subjetivo también, reconozco un tanto excesivas las consecuencias y los antecedentes bastante refutables: lo químico idéntico a lo biológico, es insostenible; lo biológico como resultado de los procesos químicos en un ser organizado, me parece evidente. Lo biológico, así, procede de las actividades físico-químicas aplicadas a nuevas materias, y que en tal virtud se desarrollan y desvían, es algo que está en germen en lo químico, o quizá, sólo como posible desarrollo, lo que llama cierta filosofía, en potencia. Esto parece haber impresionado a un investigador moderno, conduciéndolo a afirmar lo siguiente: "Producir con materia bruta un cuerpo vivo no es crear vida; es simplemente modificar las condiciones de la vida profunda, común a todos los cuerpos, para que ella llegue a ser aparente a nuestros sentidos." Quizá sería preciso transformar el criterio de la *vida profunda* por el de *vida potencial*, o sea, fuerza química capaz de convertirse en vital según la materia u objeto a la que se la aplique. Pero si eso es así, donde se revela como algo inaudito la inmensidad de la separación pretendida, es cuando se habla de un reino social separado por un abismo, de las energías individuales que lo sustentan.

El sumum de las concesiones que se atreve a hacer Durkheim, se halla contenido en las siguientes líneas: "Pero una vez reconocida esta *heterogeneidad* (entre lo psicológico y lo social) cabe preguntarse si las representaciones individuales y las representaciones colectivas no se asemejan, sin embargo, en el hecho de ser unas y otras representaciones; y sí, a consecuencia de estas semejanzas, no tendrán ambos *reinos* algunas leyes abstractas comunes". Singular concesión que

---

(1) Véase J. Constantín "Orígenes de la vida sobre el Globo". La cita la tomo de un hermoso trabajo que el Profesor Enrique Molina lo ha titulado: "Dos filósofos contemporáneos.—Guyau y Bergson". — En el mismo sentido de Constantin, puede consultarse a Emilio Ferriere, especialmente en "La vida y el alma".

equivale a descubrir determinadas aproximaciones entre el desarrollo vital y la evolución de los cuerpos siderios.

Nos repite, con una insistencia que casi estorba, que la vida individual no explica, no justifica, no determina los procedimientos sociales, son de otra naturaleza, de otra índole. "Agregándose, penetrándose, fundiéndose las almas individuales engendran un ser, psíquico si se quiere, pero que *constituye una individualidad psíquica de un nuevo género.* En la naturaleza de esta individualidad, y no en las unidades integrantes, es donde es preciso ir a buscar las causas próximas y determinantes de los hechos que se producen en ella." Singular generación que recuerda la disputa sobre los monstruos de los jurisconsultos latinos: el ser engendrado no reproduce a los progenitores sino una individualidad de nuevo género, *cuya heterogeneidad es irreductible.*

Creo haberse inspirado, aun cuando fuera de lejos y de manera inconsciente, el pensamiento de Durkheim en los mismos escritores que combate, Comte y Spencer. Comte le hizo pensar en el salto de lo biológico a lo social, sin que haya de pasarse de modo necesario por los problemas de la psicología en el sujeto individual, por cuanto las materias de tal conocimiento adquiridas por procedimientos no experimentales, no podía calificárselas de científicas, ni de ciencia la disciplina que de ellas se preocupa; siendo por lo mismo de exigencia inequívoca la de incorporar los objetos del conocimiento, con nuevos métodos de conocer, a la biología. Y le sugeriría Spencer la idea de una creación nueva de la naturaleza en constante evolución, que formara el reino aparte de que nos habla Durkheim. Pero no se fijo éste en que de un modo casi constante la naturaleza al crear, no hace otra cosa que una distinta composición de las fuerzas disponibles.

II

¿Y en cuanto al valor coercitivo de lo social? tercera cuestion planteada. No solamente impone procedimientos, fórmulas de acción, modos de sentir, matices en el pensamiento, respecto de los cuales el hombre en rarísimos casos resistirá; sino que generando en la vida social sentimientos, estados emotivos, aspiraciones, que aisladamente, por sí, el individuo humano ni los sentiría ni los trabajara; señala e imprime una psicología especial, la del sujeto social y sociable, que soporta casi pasivamente la investidura. Pero en el pensamiento del sociólogo se presenta algo mucho más radical: el hombre en sus notas esenciales, como lo comprendemos hoy, es el fruto del vivir colectivo, fuera de él, o antes de él, solo existen animales de distinta especie biológica.

Con mi primer impulso señalo, que la palabra coacción o coercitivo empleada, me parece inaceptable, pues me impresiona como una imposición procedente del exterior y que el hombre la sufre sin participación alguna de querer o de voluntad, sin ninguna elaboración interna, consciente o inconsciente, en definitiva, sin que presente caso alguno de persuación, sino del rigor de una violencia; cosa que ni el mismo Durkheim pretende defender como absoluta.

A pesar de sus excesos individualistas, la filosofía de la libertad parece acercarse más a las realidades, cuando nos habla de los actos de resonancia colectiva, como actos humanos del individuo que trascendiendo de su persona, exigen plena aquiescencia del sujeto para llamarse cumplidos: es la determinación interna, la aceptación de un papel reconocido como justo o como necesario. Por eso que la escuela krausiana pensaba no haber plena satisfacción del derecho —una de las

instituciones sociales más importantes y más sujetas a la coacción— mientras el obligado no acate y quiera su cumplimiento; todo lo demás será externa función del poder público, mantenedor del orden, pero no estricto acto jurídico de quien debía cumplirlo; falta el reconocimiento y la resolución del hombre de colaborar para la armonía social, y el peligro subsiste en la voluntad indisciplinada. Los preceptos morales, religiosos y cuantos dicen relación con la conciencia, son, de igual modo, para tal filosofía, cumplidos únicamente por la aceptación expontánea del sujeto: desde entonces sólo diremos de él que es religioso, moral etc. En toda circunstancia, pues, el factor interno, de convicción es de inequívoco valor; aún cuando junto a ellos a veces triunfen y prosperen las manifestaciones, las obras, para el fin colectivo: ya cuando se obliga a cumplir lo no cumplido mediante castigos o presiones materiales, ya cuando somos empujados de modo irresistible a determinado proceder. Existen corrientes generales por cuyo ímpetu podemos ser arrastrados en cualquier momento, pero de cuya decisión no nos declaramos partícipes: hoy, rodeado por una multitud fanática me siento impulsado, arrastrado al fanatismo; pero ahí, hay pérdida de voluntad y exceso de sugestión que no afecta la vida moral, interna del individuo.

Insisto en que en la filosofía descrita se ve representada con excesiva fuerza la tendencia individualista, cuya misión es encontrar para cada acción del hombre una voluntad decidida a cumplir un propósito: auto-determinación y libre fin personal; cosa que no ha podido resistir a la crítica de los nuevos análisis, desde cuando los investigadores, mirando principalmente a lo social —que es la propia actividad o función— se preocupan de los fines colectivos capaces de cumplirse: la vida colectiva se ha de orientar hacia una garantía del interés común. Pero permanece, entre todo, la afirmacion justísima, latente en sus principios, de que las fórmulas sociales pueden ser sentidas, trabajadas y queridas por

el individuo, y para ellos el carácter de imposición es subsidiario; la especie de libertad que presupone móviles de acción, es afirmada con vehemencia, como que el fin a cumplir, es una aspiración.

Parece pensar Durkheim que es coercitivo cuanto de afuera nos viene, aún cuando lo aceptemos con entusiasmo. Una moda la encuentro hermosa, práctica o cómoda, y la empleo ¿será la coacción la que me hace emplearla?; el sol me calienta, la luz me agrada ¿podremos decir, de la misma manera, que si busco la luz o el sol es por una imposición cósmica? Hay una imposición, claro está, la de mi naturaleza: los ojos están hechos para ver la luz, mi cuerpo necesita calor, pero esto es mío, es buscado por mí, por mí querido. ¿O piensa el autor que lo coercitivo está en la imposición del gusto mismo, que es social? Pero en tal caso no se fija en que la moda, lo considerado en la vida colectiva como que deja menor campo a las iniciativas individuales, penetra en una sociedad con una lentitud suma, teniendo que vencer múltiiples de resistencias, y más aún, teniendo que adaptarse; obra que se hace mediante el esfuerzo individual. La moda supone mucho tacto para introducirla y muchas correcciones para implantarla.

Hemos dicho como, para el escritor cuyas opiniones analisamos, lo coercitivo de los fenómenos sociales o su imposición venida de afuera, no se refería únicamente a modos de obrar y pensar, sino a algo más íntimo y trascendental, a la conquista de las facultades espirituales para el individuo, a la formación del ser racional. "La causa de que muchos sociólogos —afirma— no se percataran de la insuficiencia de este método —el de la investigación psicológica para las operaciones sociales— estriba en que tomando el efecto por la causa, han señalado muchas veces, como condiciones determinantes de los fenómenos sociales, ciertos estados psíquicos, relativamente definidos y especiales, pe-

ro que en realidad no son más que su consecuencia. Y de esta manera se ha considerado como innato en el hombre un determinado sentimiento de religiosidad, un cierto mínimum de celo sexual, de piedad filial, de amor paterno, etc., y es por esto por lo que se ha querido explicar la religión, la moralidad y la familia. Pero la historia enseña que lejos de ser estas inclinaciones inherentes a la naturaleza humana, o bien faltan en determinadas circunstancias sociales, o de una a otra sociedad presentan tales variaciones, que el resultado que se obtiene eliminando todas estas diferencias, y que es lo único que puede ser considerado como de origen psicológico, se reduce a algo tan vago y esquemático que deja a una distancia infinita los hechos que trata de explicar... Ni siquiera está plenamente demostrado que la tendencia a la socialización haya sido, desde el origen, un instinto congénito al género humano. Es mucho más natural considerarla como un producto de la vida social, que se ha organizado lentamente en nosotros..."

Muchos reparos tendríamos que hacer a ese modo radical de considerar los gérmenes sociales de la mayoría de los instintos y sentimientos del hombre, pero las rectificaciones, en nuestro criterio indispensables, las haremos al contemplar posteriores problemas y de modo especial cuando se hable de la posición en que se ha colocado Roberty; por ahora bástenos las brevísimas reflexiones siguientes. El autor de «Las reglas del método sociológico», parece querer olvidar que la mayoría de los instintos, tales como los del celo sexual o afectos paternos, y un número muy considerable de tendencias sociales, aparecieron ya en las especies inferiores al hombre, y que el reconocimiento de la ofrenda que da a los grupos posteriores la herencia biológica, es de dominio común. Puede descubrirse en Durkheim la sugestión del suceso, según se presenta en la realidad, contemplando sus apariencias y no su interno contenido.

Por fin, hallamos en la obra últimamente citada, que el autor comprendería la posibilidad de fundamentar una explicación psicológica de las realidades sociales, desde cuando llegara a demostrársele que existen en las distintas razas algo capaz de afectar a las sociedades nacidas dentro de ellas, a su modo de constitución, a su manera de vivir, porque ésta, piensa, sería una prueba palpable de como se matiza la vida en el globo por los poderes del espíritu individual; pero en la investigación de las existencias, agrega, no descubrimos nada de esto, y fundamenta tal apreciación en haber hallado instituciones del mismo orden en pueblos separados por las más opuestas condiciones raciales.

Si es la antes indicada la única prueba que exige Durkheim, creo que la cuestión está resuelta en contra suya, ya que *la constitución racial sí afecta a la evolución colectiva*, no en el sentido de prohibir o hacer inalcanzables las instituciones en su parte genérica de semejanzas y hasta identidades externas, a las cuales ha de aplicarse una sola definición por el objeto, sino en cuanto recibe cada una de ellas significados internos y naturaleza, contenidos distintos; el pensamiento o sentimiento como espíritus animadores. El ejemplo traído por el autor francés, a su propósito, está lleno de enseñanzas; mas requiere recta interpretación de los conocimientos. La ciudad, manifiesta él, que existió entre los fenicios, griegos y romanos, se la encuentra hoy en vías de formación entre los kabilas; pero ¿habrá mayor diferencia, en la realidad, que la existente entre los conceptos que inspiraron la función encomendada y cumplida por la polis griega y el fin que se proponen los kabilas al ensayar un comienzo de organización ciudadana? ¿entre las formas mismas de constitución, cuantas manifestaciones diferenciales en cualquier sucinto análisis? Ha sido afirmado con suficiente vigor mediante pruebas de peso, por parte de muchos expositores, los profundos abismos que separan aún nuestras agrupaciones ciudadadanas de los pequeños estados he-

lénicos, para necesitar insistir en lo contradictorio del ejemplo apuntado.

He discutido largamente la cuestión de las razas y de lo que ellas significan en la cultura humana, insistiendo, eso sí, en la necesidad de no desconocer el fondo común de tendencias y aspiraciones esenciales entre todos los hombres. Me ha impresionado con fuerza siempre, la predominante y continua dirección de cada una de las especies hacia determinadas conquistas, hacia el perfeccionamiento de ciertas formas de ser y de sus instituciones; y al hablar de las nacionalidades, he dicho como las conquistas de las culturas similares revisten en los diferentes pueblos un aspecto, un tinte singular. La historia nos demuestra el papel especial cumplido por cada raza, no como ausencia total de esta o la otra manifestación de la vida, de tal o cual institución, sino como predominio de un ideal y aspectos internos diferenciales en la cultura, alma de las instituciones designada con el nombre de civilización. El desarrollo político del Estado y la forma adecuada de organización, parecen ser los objetos perseguidos a través de mil vicisitudes y equivocaciones, por la familia de pueblos indo-europeos; mientras que el culto de los antepasados, la rígida disciplina familiar y los principios morales que de ahí fluyen, toman caracteres preponderantes en las naciones amarillas.

Se ha insistido mucho en la subjetividad del conocimiento de las existencias universales según la constitución del órgano sensible, especie de baño distinto en el ocular de cada uno; mas, en la vida humana hay muchas y sucesivas sumerciones y la primera es aquella que ha fijado la raza.

III

Mientras el sociólogo de la coacción se preocuba de modo casi exclusivo del fenómeno y de sus representaciones visibles, Gabriel Tarde con sus análisis de las

íntimas energías psicológicas en el grupo, procura ilustrar la materia con vista de las acciones y reacciones mentales, que es la fuerza viva individual removiendo todos los obstáculos y poniendo en marcha de progreso a la sociedad.

Los fenómenos fundamentales, básicos, de los procedimientos de los grupos humanos organizados, aquellos que no pueden faltar y que en último análisis los sostienen y fijan; son los procesos mentales entre los agentes primeros de tal vida. Eso mismo lo dijo Comte, pero Tarde especifica más, lo determina claramente señalando la manera de la inmediata unión, como fundamento de la complejísima actividad desarrollada en la vida de las sociedades: se trata de la actividad *inter-cerebral*, o sea, de las resonancias de un pensamiento en los millares de cerebros sobre los que actúa.

La ciencia total en sus varias ramas de conocimiento es, ante todo, para Tarde, la fijación y el intento de apreciar las modalidades que se repiten, no puede ser otra la experiencia en la que a de fundarse, sino de lo que vuelve; lo único, lo que producido una vez se pierde para siempre, no puede fijar la reflexión ni comprovación científicas. No es esto desconocer, agrega, la efectiva importancia para alcanzar tales conocimientos, de la diferenciación: diferenciar es el otro elemento imprescindible para hacer ciencia. Así se ha de formar el conocimiento del sabio: discerniendo diferencias y apuntando semejanzas. En las relaciones contempladas precisa hallar, al lado de las diferencias apreciables, que es lo primero que nos hiere, las semejanzas ocultas. El método científico apuntado y los reconocimientos dichos son los de todas las ciencias, desde la más antigua en constituirse, la astronomía, hasta las últimas adquiridas; y debe ser la norma de la sociología.

El asombro de los primeros hombres que veían rodar infinito número de astros en el cielo o contemplaban millares de formas vegetales, asombro que no los hubiera permitido imaginar como un corto número de

leyes y unos cuantos principios fueran capaces de explicar en sus rasgos principales lo innumerable, si en algún momento hubieran pensado en la constitución de un sistema de conocimientos en tal sentido dirigidos; no habría sido menor, ni su repugnancia más fundada, que los sufridos por ciertos investigadores de la historia, quienes, descubriendo tantos cuadros heterogéneos, tantos pueblos diferentes, tantos sucesos distintos, piensan en la imposibilidad de hallar reglas y descubrir semejanzas en la constante mutabilidad y complicación de los sucesos humanos. Y, así como las repeticiones sucesivas y lentamente descubiertas —la periodicidad de la marcha de los astros, por ejemplo— principiaron ha hacer germinar la idea de la ciencia en aquellos órdenes, hasta permitir con los datos recogidos su definitiva constitución; del mismo modo, la ciencia de la vida colectiva se constituira mediante las semejanzas que se descubran y la comprobación de las hipótesis que se señalen, y el constante análisis simplificador de los primeros elementos que originan su actividad. Por eso, se insistirá con el autor, en presencia de lo aparente, debemos buscar lo oculto, cuya equivalencia es esta: junto al dato de la ley y al lado de la forma la esencia del contenido.

Mas ¿qué encontramos en el fondo de la realidad social? al hombre y sus facultades para apreciar la naturaleza externa y servirse de ella, en caso de pensarse según la concepción de Spencer; ¿y en el fondo del procedimiento colectivo? el desarrollo y las aspiraciones individuales.

Pero ¿cómo las individuales aspiraciones se convierten en resultados sociales? ¿es la ordenación de las existencias conjuntas por obra del genio, que pensaron algunos autores? Sin oponerse al poderoso influjo de los hombres superiores en todos los tiempos, más bien por el prestigio que por el miedo, por la sugestión más que por el mandato; encuentra qué lo principal es la colaboración conjunta de las actividades mentales que se ponen en contacto, inteligencias y voluntades que

cooperan para apoyar y hacer efectiva la idea primaria o para trabajarla modificándola y volviéndola apta para la vida. Esta actividad intercerebral contiene en sí dos aspectos que interesan a la ciencia de la sociología psicológica: la repetición por la sugestión para imitar lo adquirido y la innovación en tales adquisiciones, denominadas invento.

Las innovaciones son múltiples y de cada momento. Innova el primer iniciador de un procedimiento y el que lo acepta, éste, porque quien acepta algo para hacer vida suya, lo hace en conformidad a la naturaleza de su cerebración, y modificándolo además según se presente a su espíritu las exigencias de las aplicaciones a que está destinado. Esto último ha sido reconocido por el mismo Durkheim, verdad que con aplicaciones limitadísimas, pues dice al hablar de las imposiciones que sufre el individuo por parte de las reglas externas de conducta a que ha de someterse: «está, pues, obligado a tenerlas en cuenta, y le es tanto más difícil *(no decimos imposible)* modificarlas, en cuanto en grados diversos participan de la supremacía material y moral que la sociedad tiene sobre sus miembros.»

De las indicaciones precedentes resulta, que el principio o norma reconocidos precisa transformarlos. En realidad, —pensamos nosotros,— se puede descubrir sin grande esfuerzo las transformaciones, desviaciones y excesos que la capacidad popular ha reclamado del puro pensamiento para que sea perceptible para ella; al estudiar la génesis y evolución de sistemas filosóficos, religiosos y morales, o más cerca aún, al comparar la ley escrita con la práctica jurídica. La institución pura, como surge en líneas netas e ideales en el cerebro del pensador, no es perceptible o de modo suficiente impresionable para las mayorías, y es necesario que cerebros más prácticos o, con términos de mayor justeza, más próximo a la cerebración común, se apropien de la idea, la modifiquen y la implanten; resultado: no rara vez la adaptación supone un modo de desnaturalizar o de empequeñecer el principio. Las inteligencias

superiores no sólo siembran para el porvenir, sino que con gran frecuencia asisten a inauditos e imprevistos resultados de sus sistemas, casi, no los es posible reconocerlos.

Pero, para definir la posición exacta en que se ha colocado el sociólogo de la imitación, copiemos sus propias palabras: «Repetición significa producción conservatriz, causa simple y elemental sin facultad creadora, pues el efecto elementalmente reproduce la causa, como lo demuestra la transmisión del movimiento de un cuerpo a otro o la comunicación de la vida de un ser viviente al engendro nacido de él. Pero no es solamente la reproducción, sino también la destrucción de los fenómenos lo que interesa a la ciencia. Así que la ciencia, sea cual fuere la región u orden de la realidad a que se aplique, debe investigar las *oposiciones* (subraya el autor) que en ella encuentra y que le son propias, aplicándose, pues, al equilibrio de las fuerzas, a la simetría de las formas, a las luchas de los organismos vivientes y al combate de todos los seres». «Pero esto no es todo, y ni siquiera es lo esencial. Es preciso aplicarla, en primer término a las adaptaciones de los fenómenos a sus relaciones de co-producción verdaderamente creadora. Los descubrimientos tienen por inmediata finalidad la de constituír esta adaptación superior: la armonía de su sistema de nociones y de fórmulas con la coordinación interna de las realidades». »Así, pues, la ciencia consiste en considerar una realidad cualquiera bajo estos tres aspectos: las repeticiones, las oposiciones y las adaptaciones, que en realidad encierra, y que tantas variaciones, tantas asimetrías, tantas inarmonías impiden ver». Y ya de modo concreto para la sociología, afirma: «No conseguirá elevarse ni más ni menos que otra ciencia cualquiera, sino poseyendo, y teniendo conciencia de que posee, el dominio propio de rapeticiones, el dominio propio de oposiciones, el dominio propio de adaptaciones, todos ca-

racterísticos y de su exclusiva propiedad. No progresará sino esforzándose en sustituir siempre... las falsas repeticiones por repeticiones verdaderas, las oposiciones falsas por verdaderas oposiciones, las armonías falsas por verdaderas armonías, y también estas repeticiones, oposiciones y armonías verdaderas, pero vagas, por repeticiones, oposiciones y adaptaciones cada vez más y más precisas».

No hace falta que recordemos lo que tanto se ha repetido, por cuantos autores hablaron de las leyes de la imitación del sociólogo francés, sobre el camino y resultados de la onda del pensamiento trasmitido, que encuentra la oposición de los demás criterios, que acepta las modificaciones útiles o prácticas que éstos la imprimen y va adaptándose a las condiciones sociales. Sólo hemos de insistir en lo valioso del análisis de las corrientes internas que vivifican y permiten los hechos colectivos; valioso pero incompleto.

IV

¿Podrá decirse que el método seguido por Tarde es propiamente el de introspección psicológica para las aplicaciones sociales? No, su método es el objetivo experimental que olvida la interna constitución de los elementos individuales, para verlos actuando y produciendo el hecho particular social; de ahí su crítica a Stuart Mill, quien se creía autorizado para pensar de la sociología que era una psicología aplicada. Nos habla Tarde en sus «Leyes sociales»: «a la psicología que él (Stuart Mill) ha acudido para hallar la clave de los fenómenos sociales, ha sido la psicología simplemente individual que estudia las relaciones internas de impresiones o imágenes en un mismo cerebro, creyendo que con utilizar las leyes de asociación de los elementos internos puede cumplir su contenido» . . . «No es precisa-

mente en la psicología *intra* cerebral donde hay que inspirarse, sino en la *inter* cerebral, pues esta estudia las analogías que existen entre varios individuos, y ante la necesidad de averiguar el hecho social elemental, cuyas agrupaciones y las múltiples combinaciones a que se prestan, constituyen los titulados fenómenos simples, objeto de las ciencias especiales». Pero si lo inter-cerebral va hacia el estudio de las semejanzas ¿cuáles de estas deberán ser las apreciadas en los grupos humanos como materia de la ciencia de los mismos? Los comportamientos conjuntos o de igual naturaleza, sin pensar en la equivalencia de sentimientos, el acto producido, no los matices de la idea que lo producen, en fin, el resultado, antes que el espíritu (1). Y determinando así la realidad por lo que se hace, olvidando lo que pudo pretenderse hacer, tomando una actividad formada ya sin pensar en los múltiples elementos compenetrados en ella y en ocasiones perturbadores ¿no es fundar sin base y edificar sin cimientos? Se dice: lo psicológico explica los fenómenos colectivos, pero no por su naturaleza ni el proceso interno que representa sino por su calidad de transmisible, en las energías dotadas de tal virtud; mas, si se pretendiera ir más allá, si se interrogara ¿qué clase de energía es la que dispone el hombre para influír sobre otros sujetos de su especie? nos contestaría el autor, es materia de psicología y no de investigación social Y no se detiene en eso, va a afirmaciones inauditas dentro de su sistema: «El contacto de un espíritu con otro es en la vida de estos —hallamos en «Las leyes sociales»— un acontecimiento

(1) "así como un plan de campaña comunicado por un general de carácter bilioso y melancólico a generales de temperamento vivo y resignado, no deja de ser exactamente el mismo: siendo suficiente para esto que haya analogía en las operaciones, y que todos, dejando a un lado su opinión individual, contribuyan como una sola persona a la ejecución del plan".

perfectamente aislado que se diferencia del conjunto de relaciones que puedan tener con el resto del universo, dando por este motivo lugar a estados de alma imprevistos e inexplicados por la psicología fisiológica»; la conclusión, acaso estaría bien, si comprendiera como exclusivo objeto, el apuntar la insuficiencia de la fisiología cerebral para explicar todas las operaciones mentales, pero no con resultados mucho más extensos, pues, piensa en una producción nueva inexplicable por las actividades mentales particulares.

Proceder en la forma empleada por Tarde, es admitir postulados previos, principios incontrovertibles de que han de deducirse consecuencias: ya al hablar del hecho elemental social sin pensar en sus componentes, ya al asentar que existen actividades internas que se trasmiten y otras de pertenencia exclusiva del individuo. Se transmiten los conocimientos, pensamientos y volliciones, y son incomunicables las sensaciones y los estados afectivos. ¿Por qué esa doble calidad aplicable a los dos grupos de fenómenos internos? No encuentra ninguna explicación que signifique notas específicas en el sujeto, sino resultados, muy controvertibles, de experiencia.

Ese desentenderse de las calidades subjetivas de la energía, me parece tanto más extraordinario en el autor, cuanto lo vemos anotar la constitución fisiopsicológica cerebral como un aparato *repetidor*, y organizado a la manera de un sistema de diapasones que se imitan y repiten con una actividad que califica de social («en el sentido que yo entiendo esta última palabra» manifiesta él). Nos encontramos en presencia de su obra fundamental «Las leyes de la imitación». Y ¿qué es la operación mental del pensamiento, para Tarde? se inclina a comprenderla como una vibración muy compleja, constituída en virtud de una memoria orgánica de antiguas percepciones; mas la propia percepción tiene como antecedente la memoria que es al mismo tiempo el fundamento del hábito (todo en conformidad a la psicología entonces en boga) siendo uno y otro fe-

nómeno *presociales o subsociales.* Como se ve, por los términos empleados, parece hablarse de materiales con cuyo concurso se ha de edificar; pero no es el material estático, es la dinámica de la energía, y en tal virtud ¿cómo explicar el resultado sin penetrar en el conocimiento del proceso que genera la actividad? Escuchémosle estas frases de gran revelación: «Pero si la idea o la imagen recordada ha sido originariamente depositada en el espíritu por una conversación o una lectura; si el acto habitual ha tenido por origen la vista o el conocimiento de una acción análoga de otro, esta memoria y este hábito *son hechos sociales* a la par que psicológicos; . . . Son esos una memoria y un hábito no individual sino colectivo». Si todo nos viene de afuera como estímulo o como enseñanza, casi no tiene objeto la distinción, pues sólo se referiría a la causa productora o estimulante; y es talvez este mismo el sentido primario de Tarde en la obra de actual referencia, pues casi al terminar el capítulo «¿Qué es la sociedad?» puede leerse: « . . . el hecho social esencial, tal como yo lo veo, exige, para ser bien comprendido, el conocimiento de hechos cerebrales infinitamente delicados, *y que la sociología más clara en la apariencia, la de aspecto más superficial, hunde sus raíces en el seno de la psicología,* de la fisiología, la más íntima y la más oscura.» Acaso en los puntos de aparente contraste, indicados, estén las modificaciones posteriores a su criterio vertido en algunas obras de que nos habla en «Las leyes sociales»; pero no podemos olvidar que lo director del sistema, lo nunca variado, es la discusión y materia de las sugestiones para el pensamiento y la actividad colectivos; y de eso debemos hablar.

La nota característica del fenómeno social es la de producirse en un grupo mediante sugerencias: ya unilaterales y directas, cuando el prestigio hace del hombre superior un modelo y de su querer, en consecuencia, un mandato imperativo (caso frecuente en las civilizaciones antiguas); ya mediante la compenetración

y la aptitud sugestionable, cada vez más extensa, rápida, eficaz y mutua en las sociedades modernas, como la marcha natural de la aptitud hipnótica en quien ha sido, por varias veces hipnotizado (Véase «Las leyes de la imitación»). Por otra parte, la sugestión social no se diferencia en su naturaleza de la propia del hipnotismo y tanto la una como la otra «es una forma de sueño, un sueño de mando y un sueño de acción». Mas, ¿cuál es la relación entre magnetizado y magnetizador? al lado de la dependencia de su voluntad «existe en el magnetizado determinadas fuerzas potenciales de creencia y recuerdos inmovilizada en toda clase de recuerdos, dormidos pero no muertos, que esta fuerza tiende a actualizarse como el agua del estanque a escaparse, y que, por circunstancias particulares, sólo el magnetizador puede abrir la necesaria salida» (id., págs. 103 y 104). De ahí que en definitiva, rectificándose diga, convenga el autor en que la base principal de la sociabilidad es la simpatía y sea ademas el *alma* de toda imitación.

Las investigaciones psicológicas están de acuerdo con las últimas afirmaciones de Tarde, y así Balwin (1) conceptúa la sugestión hipnótica como una de las manifestaciones del amplio grupo de la sugestión: auto-sugestión o sugestión procedente de otro. El análisis de proceso mental en las sugestiones nos dice: que sugestionar no es otra cosa que sugerir, pero imponiéndolo como un mandato, hacer sentir o pensar, provocar actividades, acaso, *actualizarlas*, si usamos de un término de Tarde; el hipnotizado, en consecuencia procede por sí, mediante sus imágenes, recuerdos y costumbres, de modo especial, por virtud de sus emociones, sólo la voluntad, en su aspecto inhibitorio, y la inteligencia en sus amplias abstracciones, faltan. En definitiva, en el hipnotizado disminúyese la resistencia

(1) J. M. Baldwin "Historia del alma".

a proceder instantáneamente y de acuerdo con el estímulo de hoy.

El ser social vive de ese modo perturvado en su personalidad y mermado en la firmeza de su querer, vive, aunque en menor grado que el sujeto víctima del hipnotismo, de sugerencias extrañas más o menos imperativas. ¡«Cuantos grandes hombres, desde Ramesés a Alejandro, de Mahoma a Napoleón, han polarizado en esa forma el alma de su pueblo! ¡Cuántas veces la fijación prolongada de este punto brillante, la gloria o el genio de un hombre, ha hecho caer a todo un pueblo en el estado de catalepsia!»; estos son los grados extremos de deslumbración, de predominio de un prestigio; pero aún en los grados de menor violencia el debilitamiento de la resistencia indicada, es evidente, claro, dentro de determinadas cantidades. Y no creo apartarme aún, del pensamiento vertido por Tarde en la ánfora de su prestigio, «Las leyes de la imitación», si insisto en una afirmación mía relacionada con la cuestión que tratamos: mediante el complicarse de elementos de sugerencsa que brota de todas partes, se trabaja en toda concieucia y se devuelve; en el cerebro del hombre superior, de ordinario, se subliman las aspiraciones de su pueblo, se precisan y se depurrn. La opinión pública es siempre inadecuada o errónea, nace de la costumbre y se petrifica como el hábito en el ser, el sabio estadista no la acepta sino que la conduce; fija, eso sí, intensamente la mirada en la necesidad sentida: procura satisfacer las exigencias que atormentan pero cierra los oídos para las sugerencias respecto al modo de satisfacerlas. La tiranía es execrable desde que olvida los sufrimientos públicos para satisfacer la lujuria de sus ambiciones o la de sus parciales; pero es sabia política desde cuando desoyendo los dictámenes del anquilosamiento mental tiende a renovar las instituciones perturbadoras por amables que se presenten. He ahí la labor del genio, cambiar, aún por la violencia, para mejorar.

Y si de arriba viene la transformación, abajo se trabaja, mediante las energías internas de quienes la hacen efectiva: es el espíritu del hombre y sus facultades, trabajando sobre la materia ofrecida a su reflexión. «Pero, ¿con qué condición pueden ser englobadas las fuerzas de creencia y de deseo existentes en individuos distintos? Con la de tener el mismo objeto —responde el autor— y haberse formado idéntico concepto acerca de la acción que van a ejecutar. ¿Cómo se produce esa convergencia de dirección en las energías individuales, haciéndolas susceptibles de formar un todo social? ¿Es espontáneamente, por un choque fortuito o por una armonía preestablecida? No; si esto sucede, es en casos bien raros, y no es difícil encontrar analogías que confirmen la regla. Esta relación entre los espíritus y las voluntades que constituyen el fundamento de la vida social hasta en los tiempos más remotos; esta presencia simultánea de ideas y medios tan precisos en todos los espíritus y voluntades de una misma sociedad, en un momento dado, no es efecto de la herencia orgánica que ha hecho nacer a los hombres tan parecidos unos a otros, ni de la identidad del medio geográfico que les ha proporcionado aptitudes poco más o menos parecidas, recursos con poca diferencia iguales, sino de sugestión-imitación, que a partir de un primer creador de una idea, la ha propagado progresivamente con el ejemplo. Las necesidades orgánicas, las tendencias del espíritu, sólo existen en nosotros en estados de virtualidades realizables bajo las formas más distintas a pesar de su vaga semejanza; y entre estas relaciones posibles, la indicación de un primer iniciador imitado determina la elección de una de ellas» («Las leyes sociales»).

No comprendo bien el alcance de las anteriores afirmaciones del sociólogo francés, y hasta que punto pueden compaginarse con sus ideas de la sugestión social.

Si nos detenemos en las condiciones según las cuales pueden ser englobadas (equivaliendo el término en el escritor a socializadas) las actividades particulares humanas, para dar como resultado el hecho colectivo; nos hallaremos, en su exposición, con algo semejante a un desnaturalizarse de su propio sistema: la contemplación del resultado, del producto, nacidos de contactos casi físicos, «por tener el mismo objeto», haberse resuelto a la misma acción, y eso mediante el imponerse de un criterio director. Hay que volver atrás, hay que repetir la fórmula: el sugestionado hace obra suya, mediante el despertar de determinadas imágenes o inclinaciones; más, por tal virtud, las direcciones serían dispersas, varias, si siguiéramos en lógico recorrido, las consecuencias naturales que deben desprenderse de la tenacidad de querer buscar en el fondo de las cosas la pura individualidad, cuya congruencia con las unidades de la misma especie procede de la imitación. Pero ¿cómo se imitan si son discimilares en esencia? (1). La ley de repetición universal, en mi concepto, no se explica ella misma, y menos sus consecuencias sin una primera materia o constitución inicial idéntica —materia o energía— apta para la vibración; algún signo es, el modo de procedimiento de los diapasones de igual honda vibrante. Así, tenemos la primera contradicción, ¿cómo pensar lo mismo si son profundamente diferentes los sujetos que piensan? ¿cómo querer idéntica cosa si son en lo absoluto desemejantes? Y ha de meditarse que en las leyes de la imitación se recuerda, esa clase de perspicacia orgánica, que le hace al hipnotizado adivinar el pensamiento del operador por simples actitudes o expresiones. La simpatía, de ordinario, no

---

(1) "... la única manera de explicar la florescencia de las diversidades exhuberantes ante los fenómenos, consiste en admitir en el fondo de las cosas una infinidad de elementos de carácter individual."

nace de la imitación, antes, aquella genera a ésta. Pero no hace falta ir tan lejos en busca de objeciones, basta pensar en lo incongruente del individualismo con aquellas virtualidades vagas que se organizan y orientan, toman carne y viven por el poder de un sujeto director; estas virtualidades no pueden ser de semejanzas vagas sino igualdades genéricas de potencia, con sólo especificidades de grado, en acto, por virtud de las circunstancias; y únicamente de ahí podía salir la semejanza humana, que exagerada por Tarde, le ha conducido a esa rara contraposición entre la personalidad absoluta de los elementos y la identidad específica de las agrupaciones. «Es necesario, pues, que en lo sucesivo renunciemos sin vacilar las *ficticias diferencias* que la «filosofía de la historia» establece entre los pueblos... No es permitido, por lo tanto, entender la expresión *Genio*... como lo entendieron algunos de nuestros antecesores (Renán y Taine todavía): A esos genios colectivos, entidades o ídolos metafísicos se les concedía una originalidad imaginaria y por otra parte mal definida...»

La identidad primitiva funcional en los seres vivos de la misma especie, como de la energía o de los elementos moleculares en la materia; me parece indudable. Mas, sea que se piense esto, y con exigencia mayor si se descubre en el fondo colectivo la individualidad, la apreciación y balance de las funciones o actividades comunes y diferentes para fijar lo social, es de evidencia palpable; sólo descomponiendo el todo, se comprenderá el continente. Para mí, repito aún, vuelvo con los naturalistas ha hallar un fondo idéntico sobre el que las condiciones exteriores harán florecer las particularidades del sujeto (1). A lo contrario de lo obtenido por

---

(1) Tendríamos acaso la explicación de la especie única y la individualidad múltiple: en la composición de la síntesis química primaria —la molécula micelar— igual; y las variaciones de influen

Tarde: la materia del último análisis, común, el florecimiento de sus actividades, vario.

Supongamos la función visual de los vertebrados adquirida en su existencia evolutiva mediante la cooperación del sujeto con el objeto: la naturaleza actuando y el individuo reaccionando a ella, que permite volver a la afirmación fisiológica de que la función hace al órgano. Una naturaleza exterior semejante obrando sobre seres de organización parecida causa deformaciones orgánicas poco diferentes; pero la facultad potencial, como lo he dicho antes, es diversa en cantidad, y la posición respectiva del sujeto frente a la complejidad exterior, puede cambiar; de ahí las particularidades individuales junto a las complicaciones endocríneas, humorales. Las semejanzas de los hombres de un grupo, tanto más estrechas cuanto más restringido es, causan los procedimientos semejantes ante un mismo estímulo: de ahí la coincidencia en pensamientos y en acciones no sucesivos, conjuntos; materia sobre la cual no ha reflexionado Tarde, de modo suficiente o la ha rechazado sin motivo; no toda conformidad procede de la repetición imitativa sino de un sólo estímulo entre seres semejantes. Es natural también la influencia inversa: la costumbre y la imitación como excitantes, modificando el funcionamiento.

Si el de la herencia colectiva es lo capital y omnicomprensivo en los estudios sociales, según piensa Baldwin, se debe recordar como está compuesta de dos factores; el traspaso histórico de toda conquista (propiamente la imitación en el grupo) y la herencia biológica, (dudar de ella es rechazar toda experiencia

---

cias sufridas por causa del medio en que se actúa y sus exitantes, por las condiciones tróficas de cada vida y por las calidades y concurrencia de los llamados "mensajeros químicos" (secreciones internas circulantes).

científica); y son ellos para el hombre mucho más antigua que los orígenes inmediatos de su existencia.

Lo intracerebral ha de preceder, por lo dicho, a cualquier estudio tendiente a descubrir el proceso inter-cerebral; materia de los acomodamientos sociales.

V

Mas, en último análisis, ¿cómo ha de comprenderse y explicar la naturaleza y resultados de la sociabilidad, en el sistema de Tarde? Paréceme que puede contenerse en esta fórmula: es la similitud mental que se consigue mediante el continuado trabajo de la imitación entre los hombres. El principio constante y fundamental es, en las construcciones del autor, que la primera materia, átomo, protoplasma u hombre, tienen su manifiesta y profunda individualidad, que va perdiéndose únicamente por la repetición constante de modelos exteriores: sólo porque son diferentes están sujetas a la imitación. La repetición social, ni siquiera la funda en la biológica que marca a las generaciones sucesivas con las notas fijadas en sus antecesores, pues hemos visto su rotunda negación del factor *hereditario orgánico* para representaciones similares entre varios hombres; lo único que hay en cada uno, es lo que se da en las inteligencias extrañas y que será apreciada por la propia. Todo se adquiere porque todo en el mundo se repite, aún cuando las materias vibrantes o impresionables sean de distinta naturaleza. No me explico como llegaría a ser la repetición luminosa por ejemplo, en un medio opaco, la repetición térmica en un cuerpo, que no condujera el calor etc., del mismo modo, no alcanzo a imaginar la apreciación de un pensamiento extraño por un sujeto de constitución profundamente individual, cuya organización cerebral y sus componentes sean distintos.

Mi afirmación es en lo absoluto opuesta a la de Tarde: las externas diferencias ocultan efectivas identidades, es un fondo común donde las circunstancias dibujan trazos diferentes. Y ese fondo común al género humano, va sufriendo baños sucesivos que, dando semejanzas de grupo, representan diferencias entre uno y otro; sólo así puede pensarse en el espíritu de las culturas de que nos habla el escritor francés en estos terminos: «Por tanto, un tipo social, lo que se llama una civilización particular, es un verdadero sistema, una teoría más o menos coherente, cuyas contradicciones exteriores se fortifican o estallan a la larga...» La imitación que no puede nacer, para este sociólogo, sino del puro pensamiento, debería causar la intimidad e indiferenciación de todos los países civilizados, en el momento actual, desde cuando leyes y costumbres se imitan con verdadero furor. Y es bien extraordinario el encontrar, en el criterio del psico–sociólogo una especie de arreglo artificial, escenográfico, tal como se desprende de estas líneas: «es el tipo nacional que se repite en todos los miembros. Puede compararse a un sello muy grande cuya impresión es siempre parcial sobre las diversas ceras más o menos pequeñas a que se aplica, *y que no podría reconstruírse por entero sin confrontar todas ellas.*»

Nada significa para Tarde aquella simpatía orgánica de la conformación exterior, que hace a un europeo supongamos, buscar otro europeo y no a un chino o malabar; materia sobre la cual ha hecho tan justa insistencia Giddings. Piensa el sociólogo de la imitación: ¿podré hallarme en intimidad de relaciones y por largo tiempo con un sujeto físicamente semejante a mí, pero que ignora mi idioma o sea sordo–mudo? No. Mas, en mi sentir la cuestión ha de plantearse en esa forma: veo individuos de mi país, un francés descubre a otro francés, y, si no hay algún obstáculo: timidez, miedo, etc., ¿buscará el uno la compañía del otro? seguramente este sera el primer impulso. Siento brotar en mí una simpatía respecto de un individuo visto,

simpatía espontánea, natural por sólo rasgos de su fisonomía, y voy hacia él, pero al dirigirle la palabra no me contesta o me contesta con muecas, es un sordomudo o persona que ignora el idioma que hablo; la compasión o la fuerza de simpatía primitiva hará permanecer al uno al lado del otro, pero es probable que a la larga me canse especialmente si hallo otra persona con quien mis relaciones puedan ser más fáciles; estaríamos ante la circunstancia de que la simpatía orgánica ha sido rechazada por la imposibilidad de contacto espiritual. En realidad esta circunstancia es extrema, y sólo prueba que la simpatía espiritual tiene mayor fuerza y valor que la orgánica; esto, dejando a un lado la naturaleza de puro símbolo que tiene el organismo, con relación a la vida mental.

Pueden anotarse además ciertos errores en la aceptación e interpretación de algunos hechos; bástame referirme a éste: la falta del acercamiento, de unidad, que él denomina falta de reconocimiento de derechos, de los españoles respecto a los indígenas americanos, piensa deberse no a la diferencia de raza sino de idioma, religión, etc.; pero aquella antipatía, según las leyes de Tarde, debió desaparecer desde cuando los indígenas aprendieran el idioma castellano, practicaran su religión y usaran de sus costumbres; por otra parte, los indígenas debían aceptar fatalmente esas innovaciones, por su naturaleza humana imitativa. Pero ninguno de los dos resultados se dieron. El primer afán de los conquistadores fue tratar de implantar la cultura ibérica, con un proselitismo bastante violento y con una política un tanto inadecuada; pero, ni lo aceptaron con gusto los indígenas, antes se revelaron con frecuencia, ni los que tomaron las prácticas externas y el idioma del invasor fueron considerados por éste. — La repetición, no es pues tan fatal como el sociólogo pretende, su onda puede hallar obstáculos no procedentes de otro pensamiento, sino de condiciones étnicas, y algo más lejos o indirectamente, de condiciones geográficas.

Sea cual fuera la constitución mental y los elementos que la integran, es sí capitalísimo el pensar que el factor espiritual es el fundamento inequívoco y supremo de la sociabilidad. Cuya manifestación externa es, para Tarde, lo jurídico. Pensando por ese motivo que la sociedades animales no son tales, en el sentido de la sociología.

VI

Se ha insistido con muy grande empeño en buscar aproximaciones entre Durkheim y Tarde, no siempre en tales investigaciones estuvieron felices quienes las intentaron, pero son inequívocas algunas de las notas descubiertas. Entre ellas reconocemos la naturaleza de la investigación de ambos, como de carácter psicológico; y nos atrevemos a avanzar aún, afirmando que es la psicología social y no la del individuo con prolongaciones o resultados sociales, lo que a uno y otro los interesa. Hemos visto como Tarde critica la posición psicológica de Stuard Mill, y por los datos recogidos no podemos por menos de comprender la enorme distancia de su sistema en relación con los psicólogos que han estudiado la sociedad; si repetimos con Ward, por ejemplo, que «La psicología, como la ciencia del espíritu, abraza todo el campo del fenómeno psíquico...; abarca y comprende todo dentro de sus linderos... el denominado de las pasiones, los afectos y las emociones», y si pensamos con el profesor de la Universidad de Brown, que lo social nace y vive puramente por virtud de las facultades de la psicología subjetiva (el gran campo de la afectividad, para Ward) respecto del cual lo objetivo, o sea el conocimiento no hace otro papel que el de un director o *timón* (según se expresa); veremos cuán lejos se está del pensamiento del sociólogo de la imitación. Si se me permitiera la insistencia volvería a recordar como Tarde encuentra el puro valor del pensamiento como lazo colectivo: sólo el pensamiento, desprovisto de

todo matiz afectivo es lo sociable, ya que la afectividad es en lo absoluto individual, mudable y disperso en el procedimiento; por eso el imponerse tal aspecto en este autor, recuerda la coacción de lo social en el sistema de Durkheim. Imaginando Tarde que agotó el análisis de las primeras fuerzas colectivas, se detuvo ante la complejidad del pensamiento que exigía nueva descomposición y, como a Durkheim, el resultado le interesó demasiado.

M. René Worms en su reciente obra de «Sociología», encuentra principalmente el punto de acercamiento de los dos autores, en que reconocen, afirma, la posibilidad de hallar en cualquier acto social elementos individuales y otros propios de la colectividad, con influencias y resultados distintos, claro está, segun el punto de vista de cada uno. En efecto, Durkheim, como se apuntó en un párrafo anterior, piensa en la posibilidad, en exceso difícil (afirma) pero posibilidad al cabo, de que el individuo introduzca modificaciones en las fórmulas recibidas del medio circundante; y Tarde nos habla de la imitación para que se constituyan las conquistas apreciables en la vida del grupo, y todavía, piensa en la lucha de ideas y el predominio de la más enérgica —pues así debe traducirse su adaptibilidad, que es la aceptación por el mayor número—; por lo dicho, el suceso no puede ser sino de procedencia colectiva y es accidental que se genere en un cerebro u otro. Fundándome en los antecedentes, no podría lógicamente explicarme la gran importancia atribuída a las ideas de los hombres superiores, por el autor de «Las leyes sociales», sino como un producto colectivo que vuelve a la colectividad lo que recibió; pero entonces ¿dónde se generará primitivamente si se destruye el poder de la psicología individual para producirlo? O la interrogación queda sin respuesta o precisa volver a la generación interna del pensamiento en el individuo mediante el combinarse y el contagio de las aspiraciones vitales en la comunidad; volvemos a Ward: en el «lado afecti-

vo del espíritu, o psicología subjetiva. *En esta región es en la que se ha encontrado que reside el motivo de las operaciones sociales»* (1).

En otro lugar he dicho como, en mi opinión, el problema tan debatido de los orígenes de las ideas, que separó y opuso a Platón y Aristóteles, y con ellos a sus respectivos discípulos, fue doble contemplación de una sola realidad: Platón estuvo en lo justo al afirmar las ideas innatas, si pensaba y analizaba la constitución mental de los hombres de su tiempo, Aristóteles tenía razón si su contemplación era de un hombre primitivo e hipotético, desprovisto de lo que hoy llamaríamos toda herencia individual y social: la humanidad formándose, obligada a adquirir por su propio esfuerzo todos sus conocimientos e impresiones, criterio de una verdad lógica indudable entonces, por más que sea falsa.— Cosa parecida creo descubrir en el pensamiento de los dos sociólogos que hemos analizado y con relación a sus sistemas: Durkheim habla principalmente del hecho social en las colectividades de largo tiempo constituídas, de las instituciones establecidas ya y del hombre que nace en un medio donde se descubren esos caracteres vividos con vigor sumo y transmitidos desde largos años a las generaciones subsiguientes; Tarde procura investigar por qué las fórmulas sociales han surgido, las necesidades sentidas cómo se han concretado, cuál es el pensamiento donde la institución se dibujó y de qué manera pudo ingertarse en el sistema de correlaciones que supone el vivir público. A Durkheim le sugestionó demasiado lo social con su aspecto de imposición de modas y costumbres, medio que envuelve al individuo por todas partes y lo penetra; al sociólogo de la imitación —quien no olvidó aquel aspecto, ni aún en sus exageraciones— le inquietó el

---

(1) L. F. Ward. "Compendio de Sociología".

análisis elemental, y le faltó insistir quizá, en los resultados producidos, en las relaciones sociales causadas en el actuar de hoy, por parte de las conquistas desde antiguo organizadas.

Giddings critica conjuntamente los puntos de vista de los dos sociólogos comparados, en los siguientes términos: «Hay, sin embargo una razón decisiva para no admitir ninguna de las dos generalizaciones finales de M. Tarde y del profesor Durkheim. No han determinado el hecho social, aún cuando se hayan acercado no poco. Sus fórmulas son demasiado amplias. Puede haber impresiones de un espíritu por otro, sin que se produzca ni se pueda producir asociación. Puede ocurrir una imitación que no contenga germen de sociedad. La serpiente impresiona al pájaro y le mata paralisándole. Hay aves que imitan el grito de otra sin propósito ni resultado social. El hecho social elemental puede muy bien estar en relación con la imitación y la impresión, pero no es ni la una ni la otra. Es preciso buscarle en un fenómeno inseparable de la sociedad potencial, y nada más.»

Si bien ninguno de los sociólogos criticados ha determinado el hecho social en su complicación, y ni siquiera ha visto toda la trama de sus elementos para fijar de un modo definitivo la verdadera naturaleza de los procedimientos del grupo en su actividad; me parece que las observaciones de Giddings son un tanto inadecuadas. Que un elemento, un término, una energía se considere inseparable de una manifestación, que se halle determinándola aunque agotandola no, que sea signo y expresión de un contenido más interno pero que dé determinados resultados: como la imitación, los procedimientos coercitivos, etc; no quiere decir que esos elementos, término y energía deban ser exclusivos del sujeto de la relación; que se presenten en otro orden de la naturaleza con resultados distintos por sus diversas aplicaciones, no los impedirá ser el sostén básico de determinada especie de relaciones en donde se

los ha visto como insustituíbles. Cierto que lo natural sería completar la investigación manifestando los resultados obtenidos, describiendo los productos, pero la identidad genérica de fuerzas no detendrá a quien la clasifica como a causa primordial o soberana del fenómeno. Y, por otra parte ¿qué será lo absolutamente desemejante en los procesos de energía que originan las diversas realidades? y al tratarse de la organización de las comunidades humanas ¿podrá acaso considerarse como inconfundible con toda otra actividad universal, aquella de la conciencia de la especie, hecho fundamental, para Giddings? Para verlo, será preciso descomponer esa conciencia de la especie; ¿cuál es su significado?

Ante todo, es un movimiento de naturaleza orgánica, irreflexiva, es la atracción física de que nos ha hablado el mismo Giddings: el blanco que busca en una ciudad amarilla a otro sujeto de su raza, aún cuando el idioma y la religión los aparte. Y también en la aproximación espiritual: el movimiento de alma comienza por ser inconsciente, irreflexivo en cada una de sus resoluciones; una familia, un clan se reúne para vengar la ofensa de uno de sus miembros ¿piensa en otro motivo que en la injuria? y ésta ¿no es verdad que le enardece como cosa propia y no por sentimiento altruista de ninguna clase? Y, si se agrupan hombres de la misma tendencia y de igual cultura ¿piensan, en el primer momento, en sus similitudes espirituales, las miden, las pesan? no; casi, la traducción natural de los movimientos simpáticos equivale a irreflexivos, anteriores a todo juicio; con frecuencia os habréis preguntado ¿por qué me *atrae* tal individuo? ¿la conversación de tal sujeto por qué me agrada si somos discordantes en pareceres o en orientaciones espirituales? y os hará falta larga penetración y balance de motivos para comprender que hay mucho de común entre vosotros, que en quien hasta este momento os era desconocido, hay, supongamos una preparación equivalente en terrenos distintos. De ahí que acaso la lógica impondría cam-

biar la expresión de Giddings por ésta de igual valor en el espíritu del sistema: *emoción de la especie.* — Mas, atracciones de naturaleza parecida ¿no podría verse en otros órdenes de relaciones, aún, entre las fuerzas cósmicas y los cuerpos físicos en la armonía universal? Y el hombre influído por una atracción simpática ¿no trata luego de aproximarse más y más al sujeto atrayente, mediante el poder imitativo? y así la imitación es lazo nuevo de simpatía y lazo fuerte de aproximación. Lo que sí resplandece en Giddings, lo digno de atención, es el valor antecedente de las semejanzas respecto de las individuales imitaciones.

En fin; el criticado Tarde ha respondido a Giddings, expresándole que el hecho de que varios enemigos puedan imitarse entre sí, no es una objeción suficiente contra su criterio, pues significa que se ha dado el primer paso de la sociabilidad entre ellos (1). Justamente, como Gumplowize lo puso de relieve y como lo ha aceptado Giddings, la oposición es uno de los grandes sistemas de asociación.

Y es que además, la atracción de lo semejante implica, con toda evidencia, oposiciones ocultas. La psicología ha hecho importantes aplicaciones de la tendencia a completarse entre seres de la misma especie o de igual cultura, pero discimilares en ciertas energías del espíritu. En lo social, de igual modo, se unen semejanzas específicas y diferencias de aptitudes individuales, para formar el completo cuadro de una sociedad. Podríamos acaso encontrar los mismos principios en las leyes que rigen las combinaciones químicas.

Sobre todo, las diferencias específicas, supuesto de las definiciones lógicas, proceden puramente de la comparación de limitado número de objetos y se reducen con frecuencia a calidades atribuídas antes que encon-

---

(1) Tarde "Las leyes sociales" págs. 28 y 29.

tradas, o que hallan, a lo menos, similitudes en otros órdenes.

VII

Dentro de la psico-sociología con su doble aspecto o manifestación: ya del predominio de las energías internas individuales para constituír lo social (la psicología humana en sus resultados sociales), ya de preponderancia de las actividades del grupo que llegan a determinar y constituír la vida espiritual del hombre (psicología colectiva); se presentan llenas de sugestiones y son impresionantes las tesis de Roberty, quien continúa y extrema las consecuencias de las afirmaciones de Comte.

¿Cuál es el objeto de los estudios sociológicos? se pregunta el investigador; y, descubre Roberty una realidad distinta de todas las otras, que constituye la intimidad de la vida en común entre los seres de la especie humana, esto, es, las energías propias de una entidad nueva llamada lo superorgánico.

Pero, determinadamente ¿qué es lo superorgánico? ¿cuál su naturaleza frente a las otras realidades? Es un nuevo orden o reino de las existencias universales—casi en el mismo sentido de Durkeheim —el que nos señala el autor, orden que subsistiendo merced a los seres orgánicos individuales y de modo semejante, es sin embargo superior a ellos, traspasa los límites de su constitución. Y penetrando el investigador en la realidad cósmica, parece reconocer la unidad de las energías en todas las esferas de las existencias, de ahí el volver a la misma afirmación de Comte: la base individual, interna, psicofísica (como contenido biológico fundamental) de las fuerzas en la vida colectiva. Sus afirmaciones niegan los abismos infranqueables que descubría Durkheim entre los diversos reinos de la naturaleza, con creación de potencias, aptitudes y resultados, pensaba este: la

química no es, bajo ningún respecto, pura armonía de fuerzas físicas en nueva combinación, ni lo biológico las meras aptitudes y reacciones químicas; es algo distinto cada vez, que sale de no se donde y se agrega y suma a los elementos anteriores, una invención que apenas se apoya en los materiales dados y que construye las existencias sin servirse de ellos. Mientras tanto Roberiy reconoce que: «La fenomenalidad superorgánica, excede, prolongándola, la orgánica, como ésta excede, continuándola, la inorgánica. Los modos sucesivos del ser se abrazan tan estrechamente unos a otros, que, en rigor, se podría describir la física como una «mecánica física», la química como una «física química», la biología como una «química viva», y la sociología como una «biología superorgánica». Insistiendo más tarde en la necesidad de descubrir y estudiar en las sucesivas ordenaciones los varios elemeutos antecedentes, próximos o lejanos; por eso el indicar, entre los más complejos fenómenos sociales, el descubrimiento de tres factores: *la socialidad, la vida, el movimiento.*

Lo superorgánico, en fin, se constituye inmediatameute del proceso intercerebral de la comunicación de espíritus, pero no a la manera de la concepción de Tarde, que halla en ellos la plena eficacia individual para todas las manifestaciones de la vida de los grupos, y en éstos, las conquistas particulares tienen el papel de perfeccionar la invención —siempre el exclusivo poder de los individuos—: en Roberty, son desarrollos distintos, floraciones inesperadas aun cuando nutridas en la sustancia psicológica.

Hay momentos en que podemos imaginarnos que el escritor últimamente citado va a esclarecer, perfeccionar y dar su completo significado social a las leyes del procedimiento intermental y sus resultados; y tanto más derecho se tenía a esperar esto, cuantos nos encontramos con frases suyas, al parecer, muy reveladoras: «Sometidas al conjunto de condiciones que usualmente se denomina «vida en común», *las energías individuales*

difusas por los cerebros aislados, se penetrarán mutuamente, se asociarán, se combinarán de diversas maneras. Y desde entonces, dejando de ofrecerse como cantidades discretas, esas energías se afirmarán así como cantidades continuas, y la multiplicidad biológica o viva se apagará ante la unidad superorgánica o social». No podía darse mayor influencia a los individuos y al trabajo conjunto de ellos.

Guiándonos por lo anterior, nos hubiéramos atrevido a pensar que hallamos en Roberty el criterio que nos parece de notoria verdad: si no todas las conquistas sociales están en acto, o mejor, en actualidad visible en el individuo, se hallan en él en germen, en principio; y recordando cuanto decíamos del sistema de fuerzas que constituían las combinaciones químicas, digéramos, que en este quimismo espíritual que impone la vida en común, las fuerzas débiles de una misma orientación se agregan y multiplican, para la eficacia en los resultados.

Mas, el juicio habría sido falso, al dar la interpretación dicha al pensamiento del autor que estudiamos. El ha dividido la vida interna del hombre en dos partes: las actividades psico–físicas —que en la teoría ésta parecen confundirse con las biológicas—y las propiamente psíquicas; las primeras en algún sentido, de pertenencia individual, o más bien de la especie o de la vida, las segundas, como conquistas sociales ofrecidas por la colectividad al individuo; y fuera y junto a ellas la vida superorgánica. «Los fenómenos superorgánicos se distinguen tanto de los procesos psico–físicos que forman su base profunda, como de los procesos psicológicos que se ofrecen como el producto inmediato de una combinación íntima de las propiedades vitales, con las eflorescencias superorgánicas. Estas últimas se nos aparecen así como una complicación superior de las potencias de la vida». Y en otro lugar: «Por otra parte, el fenómeno superorgánico *sucede* al hecho vital, pero *precede* siempre al hecho psicológico. La primera tesis va im-

plícita en la noción misma del fenómeno superorgánico, y la segunda se deriva del hecho probado, de que el hecho psicológico *(ideas, por poco abstractas que sean, sentimientos complejos, etc.)* jamás se produce sino en un medio social, es decir, a consecuencia de una comunicación, de una transmisión previas de un cerebro a otro cerebro... Posterior, y en este sentido, exterior al hecho vital, el fenómeno superorgánico simple o elemental, es, por tanto, anterior y exterior al hecho psicológico». Y que en el fenómeno social «Se trata, para mí, afirma, de un modo nuevo y provisionalmente irreductible, de la existencia universal».

Roberty, que no podía concebir como se pudiera pensar en la «*autogénesis* del espíritu o de su contenido ideológico, emocional y volitivo», al tratarse de los individuos y mediante los poderes y fuerzas biológicas que los pertenecen; no teme afirmar que en los superorganismos aparece algo que no estuvo, ni en germen siquiera, en las conciencias particulares. Y es preciso meditar ¿cómo es este autogenismo superorgánico, este engendramiento en sí de fenómenos irreductibles que han de dar a los elementos componentes algo que no poseían, *ni en germen siquiera*, y que no habrían adquirido jamás sin esta potencia o potestad casi divina que se llama el grupo? Por otra parte, haría falta exigir la explicación del resultado siguiente: ¿cómo es que de un modo instantáneo en un hombre, en su espíritu, más bien en su cerebro, la composición definitiva, la constitución de alguna fórmula social, si no hay en su interior ninguna energía que le capacite para tal trabajo? ¿o el efecto social psicológico crea el antecedente colectivo? estamos ante algo intraducible y de confusión notoria. Y es de diaria comprobación, que las ideas básicas, sustanciales, son propiedad de alguno o algunos individuos, pero jamás es el resultado de una comunidad que labore en conjunto —la incompetencia de las colectividades para un discernimiento claro de lo conveniente, se ha repetido y demostrado con

demasiada frecuencia, para que hayamos de insistir—. Cierto que el político, el legislador, el gobernante, tomará determinados elementos o ideas sociales para sus construcciones, y aún cuando los tomara todos —caso que creo muy difícil de constatar, por cuanto en cada reglamento hay alguna innovación— habrá de trabarlos, será el artífice de ellos; lo cual supone una energía mental propia del sujeto, que, con el mismo derecho, y con mayor, que los pertenecientes a la sociedad debe llamarse superorgánico. En semejantes casos, la sociedad le habrá dado los materiales y el hombre habrá hecho surgir el contenido mental, psicológico. La consecuencia sería la contraria de la deducida por Roberty.

Y no estaría fuera del caso preguntar cual es la situación respectiva de las dos clases de fenómenos, dentro del sistema, ¿cómo lo superorgánico continúa lo orgánico superándolo, lo psicológico aparecerá luego de lo superorgánico, también excediéndolo? No se encuentra dispuesto el autor a semejante afirmación; mas, entonces ¿lo psicológico será un producto social de igual clase que todos los otros? tampoco, está más allá de lo social del mismo modo que lo biológico está antes. Problemas, todos los apuntados, que se presentan sin solución dentro del conjunto de las opiniones de Roberty.

En fin, creer que todas las ideas, aún las más elementales no pueden aparecer en el hombre sino por la sociedad y mediante sus leyes, que las mismas emociones no existen sino por la educación individual dentro del grupo, me parece demasiado aventurar; las afirmaciones contrarias se imponen con mayor vigor. Y todavía, si dado lo psico–físico, en las agrupaciones de individuos nace lo superorgánico que a su vez engendrará lo psicológico, como conquista suya ¿por qué en las sociedades animales no ha aparecido una psicología de igual valor que la del hombre culto? lo psicofísico preexiste, la organización colectiva aparece, y allí se rompe bruscamente el desarrollo lógico previsto por el autor.

La separación justa, en mi concepto, sería la que mantenga en el individuo estos aspectos: lo psico–físico —compréndiendo dentro de ello al conjunto de las actividades comunes al animal y al hombre— y lo psicológico que represente las más elevadas actividades internas, particulares a sólo el género humano—. Esta separación no significaría cortes netos de dos vidas irreductibles en lo interior del sujeto, serían dos sistemas de energías que proceden y se completan mediante estímulos y circunstancias diferentes.

CAPITULO TERCERO

LA BIOLOGIA Y LA PSICOLOGIA COMO ANTECEDENTES DE LA INTERPRETACION SOCIOLOGICA

Los ensayos de síntesis vitales provocados por la naturaleza, señalan a través de una de sus fórmulas de integración, los antecedentes constitucionales de las sociedades humanas. — Enseñanzas que surgen de las precedentes indicaciones, para el arreglo de la vida política en las agrupaciones de plena organización y desorrollo. — Las calidades y elementos de lo social, nacen de las individualidades psicológicas de los sujetos cuyos esfuerzos constituyen o engendran la obra de la sociedad.—El método introspectivo y de la psicología comparada, para penetrar en la intimidad del proceso colectivo. La sociedad es una síntesis de esfuerzos conjuntos para el cumplimiento de sus propios fines.

El análisis y discusión de las materias planteadas o que se pretendían resolver por los sistemas que en páginas anteriores expusimos, nos permitieron apuntar algunas opiniones personales sobre el respectivo asunto; hoy, las exigencias de determinar los puntos de vista descubiertos y las indicaciones aceptadas por nuestro criterio, nos imponen: una ligera organización de la materia, llenando los vacíos de precedentes indicaciones y marcando las insistencias que hallemos indispensables.

Las suscintas indicaciones que pretendo, creo poderlas concretar en estos problemas: la naturaleza de la sociedad como organización y sistema de colaborar de las actividades vitales; la fijación adecuada, en lo posible, de lo que sea lo social y el método cuyas indicaciones han de seguirse, para penetrar en la intimidad de las energías de las cuales procederán las fuerzas que se puedan prever o se contemplen.

I

Los puntos culminantes de las investigaciones sobre la naturaleza del grupo humano cuyo estudio corresponde a la sociología, son los siguientes: ante todo, ¿puede considerarse al estado nacional como una individualidad biológica? y luego ¿idéntico concepto debe ser aplicable a las otras sociedades existentes?

La primera cuestión entraña estas previas investigaciones: ¿cuál habremos de considerar la primitiva individualidad biológica? y ¿la individualidad de los multicelulares en qué consiste? — La idea de individuo u organismo (para ciertos biólogos) se presenta en los estudios modernos con grande indeterminación. Por de pronto, el antiguo criterio fundado en el valor intrínsico del nombre, que lo determinaba como aquella unidad de partes tan íntimamente ligadas que no puedan separarse sin grave peligro para la existencia del sujeto, ha sido rechazado de plano por el sinnúmero de experiencias de seres vivos inequívocamente individuales, que seccionados subsisten y se regeneran para formar nuevos tipos completos de la especie. Entre los seres inferiores tenemos a las hidras comunes (*Hidra fusca*), pólipos comensales de las plantas acuáticas, cuyos cuerpos divididos ejercen todas las funciones vitales y siguen creciendo hasta tomar la morfología de los organismos de su especie; entre los organismos más complejos tenemos a los gusanos. Señalando lo ina-

decuado de la limitación, el término se amplía de manera, a veces, excesiva. En Hæckel podemos encontrar designado con la expresión que estudiamos, desde el simple elemento histológico (en su grupo de las *plastidas)* hasta las asociaciones de individuos de orden inferior *(Cormus);* y Edmont Perrier se declara incompetente para señalar reales e incontrovertibles diferencias entre las colonias de seres vivos y los individuos: toda colonia puede transformarse en un individuo mediante penetraciones más íntimas y duraderas, como ciertas partes de un organismo son capaces de separarse de él, para vivir vida independiente, pudiendo designárselas entonces, como individuos.

A la transformación de la idea antigua sobre el carácter de la individualidad biológica acompañaron los esfuerzos por fijar el concepto. De ahí los dos caracteres, o mejor, la doble individualidad que puede hallarse en todo sujeto vivo, la de su morfología y la de su fisiología, según Hæckel; tesis completada por Hertwing. En este último hallamos como la individualidad fisiológica consiste en una unidad de vida, dueño de una forma exterior y capaz de ejercer por sí las funciones de nutrición, de crecimiento y reproducción, de irritarse por las circunstancias exteriores y de reaccionar de diversa manera bajo su acción; como la individualidad morfológica es unidad de forma, o sea de constitución y estructura, pero incapaz de una existencia autónoma, y subsiste dependiendo de una unidad fisiológica más elevada; es pues, un elemento anatómico del organismo. Se ve de manifiesto la preponderancia de lo fisiológico, para la fijación del concepto. Para la mayoría de las opiniones nuevas, es indispensable sumar los dos factores para poder decirse que se ha encontrado una individualidad; preocupados éstos por evitar la confusión tan peligrosa de las entidades particulares y de los grupos o colonias.

No es del caso seguir toda la discusión sobre la materia, bástenos indicar que el punto firme o de coin-

cidencia es el de individuo-célula, el más simple y primordial organismo, para el mayor número de los investigadores. Por otra parte, se nos impone el reflexionar acerca de las circunstancias que obligaron a Perrier a no ver en el individuo complejo otra cosa que una colonia, y en ésta, nada más que el primer paso hacia la centralización y coherencia de partes para un organismo particular. Y extreman la anterior opinión, un tanto moderada, las afirmaciones de Félix Le Dantec sobre la arquitectura corporal de los animales, que significa una *aglomeración de células* sumergidas en el *medio interno* (sustancia intercelular); en ellas solas se desenvuelve la vida mediante las reacciones químicas que impone el medio de sumersión (F. Le Dantec «Elementos de filosofía biológica», cap. XXV).

Una admirable revelación de los procesos seguidos por las energías vitales en lucha con la materia, nos trae la Historia Natural, cuando nos habla del desenvolvimiento orgánico que se resuelve o se encuentra obligado a dar el primer paso de transición, del viviente unicelular al animal complejo, mediante las aproximaciones de seres que conservan más o menos su individualidad y se agrupan sin embargo con un resultado de eficacia para la subsistencia. A veces parecen bastarse a sí mismas constituyendo reuniones por una inexplicada simpatía, pues conservan su independencia y plenas aptitudes, tal sucede con las colonias de 16 ó 32 células de los fonium y las faudorania; o constituyen una incipiente república con cierta división del trabajo y una especialización ciudadana —así pasa en la especie volax—; en fin, en ocasiones se compenetran tanto, sufren una mutua influencia tan completa y la división del trabajo los ha especializado de tal manera, que su permanencia fuera del grupo se vuelve imposible, causando las mayores dificultades para poder clasificarlas como colonias o como individualidades, la situación de los sifonóforos es algo semejante: colonias de pólipos

gía moderna», en estos términos y en otros equivalentes: «El organismo multicelular, que en el fondo *representa un gran estado celular* . . . » y pocas líneas antes: «Doquiera exista una organización social fundada en los principios de la división del trabajo y de la especialización . . . .», etc.

En los más lejanos propósitos de agrupación de individualidades morfo–fisiológicas debidos a las fuerzas de la vida, parece descubrirse ese natural impulso interno que lo ha denominado Giddings, la conciencia de la especie, como una simpatía primitiva orgánica, ocasionada por la semejanza de la constitución; dándose así, una especie de comprobante biológico, a aquella indicación del deseo como una clase de afinidad a la manera de la química, de determinados autores.

En consideración a todo lo precedente, paréceme imponerse el carácter biológico de la sociedad humana natural.

—Llamo sociedad humana natural, la que procede de las aproximaciones debidas a poderes extraños a la voluntad del hombre, tal, la creación de las nacionalidades; por más que exija una consagración posterior electiva, para que permanezca el individuo dentro del estado nacional—.

Pero ¿llamaremos al cuerpo social, con este nombre, en el mismo sentido que se emplea el sustantivo al hablar del individuo humano o del organismo animal? ¿frente a la convergencia de las más distintas actividades celulares para la vida del sujeto particular, no deberemos insistir sobre las exigencias de la persona humana para dar al Estado su orientación e imponer sus fines; en último término, el triunfo de la voluntad particular por el predominio numérico de las opiniones? Si pensamos en la natural condición de las células dentro de cualquier organismo vivo, ¿no somos lógicamente conducidos a imaginar que si ellas reflexionaran sobre su respectivo papel, si fueran capaces de pensamiento, se creerían tan libres como cada uno de no-

sotros pudiéramos creernos dentro de la república en que vivimos? Por sí pueden cumplir y cumplen las funciones esenciales de la existencia, y si además ejercitan sus actividades con determinada orientación general, para beneficio del agregado celular, si se ordenan los esfuerzos por capacidades ¿no lo hacen como nosotros cumplimos nuestro determinado papel social? En nuestras mismas sociedades donde no se ha llegado a una muy intensa concentración de vida, ¿no se ha visto sin embargo condiciones de tanta sumisión al engranaje de un trabajo, que obreros despedidos de la fábrica donde permanecieron treinta o más años, se encuentran incapacitados para toda nueva educación de su esfuerzo? — Las energías se producen en el interior de las células, su actividad tiene cierta dirección y control que procede de sí, mediante el centrosomo; y tenemos todavía, que la unión que los agrupa en órganos y sistemas, parece ser, en muchos casos, no un lazo visible sino fuerzas invisibles de atracción, de ahí los fenómenos denominados de *citotropismo o sitotaxis* (atracción entre células cercanas) (1).

Mas, se descubren junto a esas aproximaciones determinadas diferencias, cuyo valor puede ser apreciado distintamente. El lazo social no se impone al hombre de una manera tan estricta, rigurosa y absorvente como el que sufre la unidad primordial: la posición celular en el organismo es, en general, fija e inmutable, la función social que cumple casi no varía nunca. Fuera de la agrupación a que pertenecen las unidades morfológicas no pueden subsistir, mientras el hombre cambia de nacionalidad cuando le parece; y, si bien es verdad que la cirugía ha conseguido trasplantar ciertos órganos de un cuerpo vivo a otro o la medicina ha ha-

(1) Por más que en la biología moderna predomine la idea de la continuidad material de las células (Sedwick Minot) algunos casos de agrupación, por simples atracciones, parecen evidentes.

llado ciertos cultivos donde determinados tejidos prosperan, los órganos, sin embargo no cambiarán jamás de sistema, mediante un impulso interior suyo. Pero, piénsese, como las varias diferencias señaladas, son puramente relativas y que caben descubrirse semejanzas biológicas y sociales aún en ese terreno, así como Ward ha hallado aproximaciones en las cualidades específicas que Spencer determinó para la sociedad frente a los animales. ¿Motivo? Los fines y procedimientos semejantes de la vida, la marcha paralela entre las colonias animales y las centralizaciones organicas de células. Y, de la colonia animal a las sociedades animales hay algunas desemejanzas y resultados desiguales, triunfando la individualización de las facultades particulares.

Así tenemos que para las unidades biológicas multicelulares la unión nace de causas físicas de contacto, de anastomosis celular mediante prolongaciones protoplasmáticas, de aproximaciones en virtud de la llamada sustancia celular, o en fin, de la energía, física también, de la atracción en los raros caso de la *citotaxis;* en la colonia, la atracción es simpática, irreflexiva, procedente de las semejanzas morfológicas. Las sociedades animales se generan por las semejanzas y se mantienen por la aptitud; la semejanza preponderante, en este grupo, es la de la forma, la aptitud la mantiene y refuerza, y la necesidad que es fin, ordena la organización: asoma, por tanto, lo *télico*, que dice Ward (la inteligencia del fin y la elección de los medios), de ahí el aparecer de las sanciones colectivas, como para los zánganos improductivos en la sociedad de las abejas. En el hombre, sin perderse la simpatía orgánica, cambia un tanto de forma, mediante su universalización: al lado de la que nace de la semejanza está la que surge de un cierto contraste amable; pero, lo que en la sociedad humana puede conceptuarse como predominante es lo psíquico, mental, la simpatía del pensamiento común, de un fondo psicológico semejante y de fines de igual clase. De la contemplación de estas no-

tas características es, de seguro, que ha nacido para Tarde el predominio absoluto de lo jurídico como base de sociabilidad y de efectos sociales, en oposición del interés común, de la coproducción de las agrupaciones animales; rechazando para estas últimas, según parece, el calificativo de sociedad: el cambio de servicios no es su constitutivo esencial, sino el arreglo de la vida dentro del derecho. Igual proceso de la mente impuso a Ward, la idea de que la sociabilidad no era inherente al hombre, sino una conquista de su perfeccionamiento mental (1); llamando la atención de sus lectores sobre el finalismo, verdadero contenido de las actividades sociales.

Yo alcanzo a descubrir en la realidad, los resultados en la siguiente forma: los procesos inferiores de agrupación, con su sustancial contenido, parecen sintetizarse y esquematizarse en los superiores, pero sin desaparecer, completándose para constituírlos, con nuevos aportes de progreso; los resultados se mantienen, deshojando las superfluidades de las tentativas y la ineficacia de las discordancias con las nuevas formas. Señala la morfología, la aceptación simpática del hombre al hombre, en su espontaneidad primordial; mas, tales aproximaciones llevan en sí, no en circunstancias extraordinarias sino de continuo, ocultas resonancias y lazos de fuerte permanencia: la forma es símbolo que recubre la efectividad. Lo económico, pleno de urgencias por ser lo inaplazable, pide e insiste la solidaridad e interdependencia, mas ¿dónde ejercitar la elección de relaciones? etre las culturas de grado semejante que permitan la mutualidad de su respectiva confianza; y ¿cómo ha de ser la organización de la actividad? por el

(1) El pensamiento es manifiestamente próximo al de Durkheim quien afirmaba del sentimiento social, que era un producto de la vida colectiva.

principio jurídico de la estabilidad del organismo. La simpatía acerca, la imitación convierte en permanente tal acercamiento, la coacción permite la eficacia de la vida conjunta, defendiendo, antes que al individuo a la institución.

Hallo, pues, que las sociedades naturales que contienen al hombre como su infaltable elemento físico y espiritual; son conquistas biológicas similares a las productoras de las colonias animales, colonias aquellas, en las cuales, conservando el individuo la plena capacidad de subsistir, apropiándose los elementos esenciales a su vida del medio exterior, se perfeccionan y mantienen por la libre aceptación personal de las instituciones y medios practicados (1). Lo biológico, que es perfección personal y desarrollo orgánico ha aproximado o ha separado a los seres humanos por sus caracteres físicos, en virtud de las acciones y reacciones del medio; de ahí hubo de proceder las semejanzas mentales, cuyo sentido no es otro que el de la aproximación en las capacidades apreciables del sujeto, respecto de cuanto está fuera de él, y en la reacción funcional equivalente.

---

(1) Una tendencia en algo parecida a la que desarrollamos parece descubrirse en ciertas afirmaciones que M. Worms ha introducido, en la obra tantas veces citada por nosotros ("La Sociología, etc."), en la cual encontramos: "Lo que se puede decir en general, es que los procesos sociales tienen su base y su modelo, aunque lejano e incompleto, en los procesos orgánicos. Las sociedades como el organismo forman parte de la naturaleza viva. Tanto unas como otros se encuentran sometidos a las mismas leyes generales... (pero) Nuevos elementos se introducen en gran número en los objetos estudiados por la sociología bajo la influencia de las ideas y voluntades humanas, y estas son, es bien sabido, de todas las fuerzas de la naturaleza, las más complejas y diversas en el espacio, las más mudables en el tiempo". — No es posibe, por hoy, proceder a un análisis diferencial entre nuestras opiniones y las vertidas por M. Worms, por otra parte, el lector puede apreciarlas sin grande esfuerzo.

Las cantidades y las calidades psicológicas, como he dicho, mantienen y confirman la unión mediante aceptaciones reflexivas o espontáneas.

Pero junto a las reconocidas agrupaciones biológicas, están las sociedades contractuales: grupos creados y formados por la exclusiva voluntad del hombre, en los cuales el lazo es un fin apreciado por la inteligencia y a cuya conquista se va de un modo previsto y querido; la unión se origina en un objeto y hacia el tiende, supone un gasto de energías superior a las individuales disponibles por cada economía; o es el predominio adquirido por la fuerza al servicio de determinados egoísmos. De esas sociedades no puede hablarse como de conquistas biológicas; si son Estados políticos, su situación es precaria, porque, o lo artificial acaba por convertirse en natural producto, mediante el empeño conjunto de la naturaleza física una y la capacidad de imitación entre los asociados, o se destruye la entidad política, por lo menos resistiéndose a unificarse. Y si de sociedades de distinta clase se trata, las económicas, supongamos, éstas, o son eventuales con coincidencias físicas pasajeras, por razón del objeto; o por su larga duración y las mutuas influencias que permiten, van causando en el interior del grupo afinidades mayores o menores, como unidades vitales de la integridad del cuerpo social: son hechos sociales cuyo estudio ha de hacerse con el mismo título y en la misma forma que los otros del orden indicado. Así, se halla resuelto el segundo problema: la Sociología debe tener como verdadero objeto de su estudio el Estado nacional.

II

El carácter biológico descubierto en las naturales agrupaciones de hombres, señalando la necesidad de no extremar las analogías entre el cuerpo social y las

organizaciones individuales; indica, por otra parte, las rectificaciones indispensables a los criterios políticos predominantes en el siglo anterior, pero cuyas consecuencias aún permanecen, y con un arraigo férreo, en el criterio de los mejores. Me refiero a las teorías del liberalismo que se sintetizan en: dejar toda amplitud a las energías individuales, mientras no perturben el orden público; permitiendo la lucha desigual entre individuos diversamente dotados, dentro de la fórmala jurídica de círculos de actividad, con distinta amplitud, que no deben perturbarse. Y en el aspecto político, hacer del Estado sirviente de las aspiraciones particulares (en la práctica, para el grupo predominante en un momento dado) con la vista de los gobernantes fija en la opinión pública (la del partido victorioso); *democracia y libertad*.

El liberalismo y la democracia se han desprestigiado en lo absoluto. El primero, porque su teoría siendo injusta y antisocial como es, tiene además los vicios congénitos de una imposible realización; la libertad, en los mismos límites estrechos señalados por la teoría para el débil, es atacada con maestría o con cinismo por el poderoso, ante cuya transgresión el gobierno se encuentra teóricamente incapacitado de prestar cualquier tutela, siempre que las fórmulas hayan sido legales y haya procedido el sujeto en uso de su libertad. Deudas enormes contraídas en virtud de circunstancias excepcionales, le ponen al deudor en la incapacidad de satisfacer los créditos, el acreedor acaudalado persigue su pago, y le arranca al pequeño propietario su corta heredad en un precio mínimo; hay además en la práctica, la connivencia gubernamental en pro del acaudalado, para despojar al dueño de cortos medios. Es la situación de las luchas judiciarias que practicaban ciertos pueblos bárbaros: el criminal (en la sociedad moderna el indigente) era atado por uno de sus pies a un poste y se lo ponía una espada en la diestra para que se defienda de caballeros armados de punto en blanco que,

libres en sus movimientos, lo atacaban con rudeza; si contra todas las probabilidades, triunfaba el criminal, se lo declaraba libre, si no, se lo dejaba morir de sus heridas. De igual modo en nuestros países liberales, el hombre sin patrimonio, atado a la roca de la miseria, se ve frente a enemigos armados de todas las armas imaginables (traición, hipocresía, engaño, fuerza y fortuna, etc.) sin poderse defender con otros instrumentos que con sus uñas y dientes; el gobierno, juez del campo, en el raro caso de su imparcialidad, contempla sereno tal lucha, y el espectáculo sangriento no lo conmueve: si la jauría de víctimas ha sido brava, celebra temblando su triunfo, si no ha sabido defenderse, el látigo marca las espaldas del vencido.

La democracia fue el segundo sueño de la filosofía del siglo XVIII, y la declaración constitucional de los pueblos de la anterior centuria; pero, ha sido también inaplicable o monstruosa en los casos rarísimos de sus aplicaciones; si es que se habla del sentido general reconocida a tal denominación.

La democracia se ha convertido en manos de los aventureros ambiciosos del poder, en una fuente de engaño o de hábiles procedimientos de prestidigitación: la multitud es un circo de fieras apasibles o temblorosas ante el domesticador. Además, la democracia —como gobierno de todos, o del pueblo; sentido literal— es injustificable en teoría, ni aún bajo el punto de vista de la representación: el gobierno supone una preparación y aptitud especiales, es función que corresponde a aquella que cumplen los nervios en el organismo individual. La igualdad ciudadana como aspiración de cualquiera, inclasificadamente, al poder o a las más diversas funciones, por delicadas que fueran; es un clamoroso absurdo que ha dado como consecuencia la distribución ciega de papeles y honores, por cuanto la multitud es incapaz de apreciar el mérito verdadero y las capacidades reales. Lo único que puede subsistir como acatamiento de las aspiraciones conjuntas, es el

reconocimiento de la aptitud mediante la sucesiva eliminación de los ineptos; perfeccionando el ensayo de la representación funcional que en cada grupo y grado da su mínimum de rendimiento. — El objeto de aniquilar las castas privilegiadas de incapaces, pretendida por la revolución liberal, supuso necesidades sentidas y significó progreso; pues iba contra dos errores: la permanencia de una supremacía de virtud, desechada ya entre las exigencias sociales, pues la fuerza individual tendía cada vez a desempeñar menor papel en los arreglos colectivos; y fue segundo error lo hereditario de los honores, que no tenía en cuenta las mil perturbaciones de herencias contrarias o acumulaciones de vicios, en las generaciones sucesivas de una misma casta. Así, el endiosamiento del pueblo frente al monarca, simbolizado por el título de *soberano* arrancado al uno para condecorar al otro; quizo decir, ante todo, una reacción natural que pasando del un extremo al extremo contrario, representó además el nuevo concepto político del Estado o el proceso de su evolución, preocupado principalmente de su naturaleza internacional. Es todavía el prestigio de la fuerza, no ya del individuo sino del grupo, para la potencia del Estado y su papel en la vida de relación. Hoy, el fracaso del pueblo, en la organización interior, y el nuevo concepto de justicia tendiendo a destruír toda idea de fuerza física y de violencia en el arreglo de las existencias, nos conduce a mermar inmensamente el papel de la democracia, señalándola límites bien restringidos. — La política sólo puede esclarecerse y dar frutos de valor por una penetración muy honda del significado sociológico del Estado nacional.

Veamos las enseñanzas biológicas. Considerando el resultado de la sociabilidad humana como el producto último del proceso evolutivo paralelo al individual, que no rechaza leyes similares, podremos decir: *a)* la célula o porción de materia viva que no cumple el fin o no presta algún servicio a la comunidad, se atrofia y muere, y si perturba la vida colectiva ha de ser ex-

pulsada del organismo *b*) las células conquistan una morfología especial o un quimismo de cierta naturaleza según las funciones a que se han aplicado o la posición que las cupo al nacer, y no se las aplicará a otro objeto o función sin grave perjuicio para el organismo que debe servirse de tales aptitudes; *c*) no todas las funciones son de igual importancia; aun cuando sean indispensables todas para el ser, de ahí la distinción de Metchnicof, entre células nobles (ejemplo, las del sistema nervioso) y otras células (como las del tejido conjuntivo y los lagocitos). Decíamos, en otro lugar (1) como había un verdadero sacrificio en el cuerpo humano de las células no nerviosas en beneficio de las que lo son; y sabemos, que solo en la decrepitud orgánica es cuando se descuida la preminencia del aparato nervioso para ganar terreno las células inferiores; es que las unas, mantienen el sistema y lo regularizan, mientras las otras son átomos de sustancia de fácil renovación.—Claro que ni a la colonia animal ni a las sociedades naturales más o menos perfectas se han de aplicar las consecuencias en toda su rigidez, por la independencia relativa o restringuida autonomía que los individuos conservan en la corporación, pero junto a las indispensables limitaciones permanecerá el sentido de los principios.

Las múltiples investigaciones precedentes y los análisis que me he visto obligado a intentar, paréceme que me han conducido, en el aspecto político de la vida social, a afirmaciones semejantes a aquellas que al concluír el siglo XIX hicieron esclamar a Enrique Ferri: «el *individualismo* se encuentra destronado como entidad *positiva*, por sí, tanto en el terreno biológico como en el sociológico . . . El conjunto social, la *especie* es la realidad de la *vida*, como lo demuestra el socialismo y lo confirman las ciencias positivas . . ., de manera que

---

(1) Véase nuestra "Sociología General, etc."

así como a fines del siglo XXVIII, J. J. Rousseau afirmaba que sólo el individuo existe y la sociedad no es más que el resultante de un *contrato social* primitivo, atribuyendo a ésta todo lo malo y sosteniendo que aquel es nativamente bueno, así al finalizar el siglo XIX están acordes las ciencias *positivas* en sostener que la colectividad, el conjunto es un hecho natural, una consecuencia de la vida, tanto en las *especies* inferiores sociables, como en la humana; y cuanto de selecto en sí contiene el hombre, lo debe precisamente a la vida en sociedad, que es madre del progreso». Efectivamente, esos son los propósitos, o con mayor exactitud, esas son las consecuencias a las cuales llega la naturaleza al establecer la cooperación individual: una vida más plena y un desarrollo más adecuado o conveniente; resultado individual sin intención verdadera, al que puede escapar el sujeto por su temperamento inconvertible.

El proceso de la colonia, atenuando cuanto hay de riguroso en la centralización individual, estableciendo relaciones menos inquebrantables y mayores variedades, causan las modalidades de la persona colectiva: así, la herencia no es estrictamente idéntica a la reproducción de las células somáticas individuales ni debe ser invariable el medio en el cual se propaguen. Pero lo ineludible es que cada conformación bio-psicológica (componente social) ha de cumplir la función que su naturaleza le señala. De ahí proceden determinadas consecuencias.

1º — Si la verdadera entidad política es la sociedad, sus fines son los primordiales. Y volvemos a la fórmula de los romanos: ante la patria que peligra todo derecho individual retrocede y pierde eficacia. Mas, precisa que el peligro sea inequívoco y la medida discernida para conjurarlo insustituíble; porque el derecho partidular no está diluído totalmente en lo social, pero sólo subsiste sin riesgo de éste. No se trata de la mecánica jurídica o moral de los antiguos escritores: el bien de muchos frente a las exigencias de uno, sino del poder de mantener su personalidad por parte de la

persona social: la facultad de aislamiento, de expulsión y también de eliminar los peligros de cualquier clase, se origina en tal potestad que es a un tiempo deber. Pero como cualquier sujeto no se resolverá a una amputación dolorosa y de peligro, sino luego de haberse agotado todo otro procedimiento; así la sociedad ensayará todas las formas de regeneración antes de permitir amputaciones radicales.

2º — Dada la extensa complicación de las funciones y la diversidad de capacidades, tenemos, sin duda, que anotar el grado de importancia de cada una de aquellas y el lugar que en consecuencia corresponde a las capacidades respectivas. La importancia no es idéntica a su utilidad inmediata, como pretende el rústico labriego en la vida familiar y el comerciante y el banquero al tratarse de las sociedades. Para el animal carnívoro lo primero es la pieza conquistada, verdad, para el salvaje la abundancia de las provisiones; pero el hombre culto tiene más amplios horizontes, y las aspiraciones vitales fines más subidos que cumplir. Por otra parte, aun las físicas necesidades del sujeto al cambiarse en funciones sociales vienen a convertirse en obra inteligente, en la que el espíritu tiene un papel capital. La economía política, en cuanto a la producción, es un esfuerzo notable de buscar nuevas fuentes y de aprovechar íntegramente las fuerzas disponibles; y todavía, con mayor urgencia que en la producción, es en la distribución de los frutos obtenidos donde es necesario poner la plenitud intelectual y la íntegra moralidad humana para convertirla en justa institución.

Tenemos en consecuencia, que a los esfuerzos inteligentes de organización corresponderá la primera categoría, bien como en una prodigiosa arquitectura la labor del ejecutante es secundaria mientras se señala la jerarquía superior a los conocimientos del arquitecto que ordena y armoniza las partes, siendo sin embargo su papel social menos considerable que la potencia creadora de quienes hayan descubierto las leyes

de equilibrio, de sustentación y de perfecta travazon de las partes. Es el fruto colectivo de mayor aprecio aquel de buscar y descubrir fórmulas generales de aplicacion común, donde estén en potencia de ser todas las actividades dirigidas de un modo adecuado hacia el conveniente fin; es el artesano quien funde la estatua en el modelo dado y su creador el artista: imaginad, descubrid, que los demás habrán de hacer. Todas las fuerzas de la riqueza y del poder no existen mientras no se sepa descubrirlas y no se ingenie el hombre en aprovecharlas; el dueño de la lámpara maravillosa que desentraña el secreto de las riquezas señala a sus esclavos —los hombres prácticos— el lugar, los indica el modo de extraerlas; pero con mucha frecuencia en la vida de comunidad, el enjambre se une para robarlo el tesoro descubierto.

Pero si son tales las funciones y hay capacidades directoras y capacidades ejecutivas, es claro que en una organización social razonable, las primeras habrán de tener importancia mucho mayor que las segundas; de ahí la exigencia inevitable de reconocer grados u órdenes de factores de la existencia, según las capacidades descubiertas. Y esta no es sólo justicia conmutativa, es justicia extricta: es devolver en frutos el trabajo de aniquilamiento en el que se agota la vida.

3º — Véase como las enseñanzas biológicas ordenan desechar la nivelación absoluta de todos los hombres, y reconoce y proclama las cualidades individuales, acercándose a las enseñanzas de la historia natural del darwinismo: el triunfo de los más capacitados. Los mejor dotados dirigirán, los demás han de ejecutar. La democratización absoluta de las sociedades es tan absurda como la aristocracia hereditaria.

4º — Pero, quien dirige las multitudes no ha de explotarlas. Es necesario distribuír los dones del trabajo entre quienes trabajan y según la importancia social del mismo; mas de tal importancia no ha de juzgar

la multitud, pues de modo congénito está viciada en su facultad de juzgar: sólo aprecia lo externo, lo visible, aquello que satisface un apetito o instinto. ¿Cómo ha de remontarse al trabajo intelectual de donde surgen tales efectos con su extrema dosis de ignorancia? ¿Cómo el hombre superior ha de ser comprendido por las medianías o nulidades colectivas?

El reconocimiento de la organización biológica de lo social, tal como lo hemos descrito, marcha hacia la transformación de lo jurídico en el sentido nuevo que palpita en ciertas definiciones del derecho; y agitando la discusión de cual sea el fin del Estado determina el significado natural de la soberanía en oposición a los criterios anteriores. En lo jurídico, la fórmula de, «el derecho es la noción que se deduce de las condiciones bajo las cuales la facultad de obrar de cada uno puede armonizarse con la facultad de obrar de otro según una ley universal de libertad», bandera de la autonomía irrestricta de las teorías políticas de los discípulos de Kant; se convierte en el princio de armónica y amplia cooperación en una jerarquía inteligente de valores, no para el bienestar particular sino para el triunfo de las aspiraciones del grupo. Este nuevo principio parece insinuarse en el espíritu de M. León Duguit, cuando nos habla preferentemente del derecho objetivo que supone, antes que facultad de exigir, imposición de obligaciones, para demostrar como la exigencia del sujeto particular sólo es accidental, subordinada a su posición jurídica; como si dijéramos: pido esto, en cuanto debo hacer o estoy obligado a conservar tal situación. Las nuevas ideas del derecho resplandecen en la definición objetiva del mismo, debida al ilustre profesor de Burdeos; dice que es: «La línea de conducta que se impone a los individuos que viven en sociedad, regla cuyo respeto se considera, en un momento dado, por una sociedad, como la garantía del interés común, y cuya violación ocasiona una reacción colectiva, contra el autor de

dicha violación» (1). Talvez hizo falta a M. Duguit un análisis biológico más profundo, para que desaparezca en su notable definición ese aspecto mecánico de equilibrio entre las aspiraciones individuales y las comunes, que parece teñirla: la voluntad de la mayoría o la colisión entre una y varias voluntades concurrentes. De todos modos, ha insistido contra el perturvador principio del Estado cumplidor de las puras aspiraciones de la persona individual. — La sociedad política en su aspecto de producto vital nos enseña como, si su función es la jurídica, según el principio «el Estado es sociedad para el derecho», ésta se cumple mediante los individuos pero no en vista de sus necesidades; el sujeto particular es un accidente, la permanencia de la institución y su desarrollo es lo capital. Claro, la justicia representa el arreglo adecuado para no exigir a un individuo, sino el trabajo y función correspondiente a su posición social y a su plenitud de vida.

¿Y la soberanía del Estado? En el interior como en el exterior no representa otra cosa, que la facultad de desenvolverse evitando los obstáculos. La soberanía no ha de equivaler a la egoísta presunción de un grupo o de una comunidad, de que cuanto ellos hagan, sea definitivo, sin permitir petición de enmienda. Volvemos a Duguit. Para el mismo Estado, el derecho es deber: obligación de procurar su permanencia, de mantener sus instituciones, de causar su progreso, ocasionando de rechazo el bienestar y el adelanto del ciudadano; ¿y en lo internacional? es deber de cooperación, de mutuo auxilio, para que los fines nacionales prosperen. De la idea moralizadora de deber nacen los admirables principios del nuevo derecho: cada uno en su lugar, cumpliendo una función; y la prosperidad de todos por la marcha adecuada social.

---

(1) León Dugnit "El Estado, el derecho objetivo".

III

Ward, siempre predispuesto por su idea de las creaciones sintéticas de la naturaleza cuyo coronamiento ha sido la vida humana en sociedad (1), ha pensado que la sociología exige de su cultivador los conocimientos de una amplísima cultura, pues de otro modo no cabría fundamentar sus estudios; desde cuando la sociedad contiene en síntesis las conquistas cósmicas más variadas. Pero ¿y el cuanto del conocimiento imprescindible? no ha de exigirse, dice, una efectiva especialización en todas las materias, cuestión que haría fracasar todo intento de reconstrucción sociológica, pues ningún hombre conseguiría tal conquista; lo que precisa hallar son los principios fundamentales abandonando los detalles, y éste abandono no puramente por la imposibilidad de abarcar todo sino por lo perturbador y poco eficiente del dato y el detalle; la ciencia es y debe ser

---

(1) Es algo extraña esa especie de sustantividad vital reconocida por Ward a la sociedad humana, y su criterio de que puramente procede del desenvolvimiento de la inteligencia del hombre, que no le es innato. Copio de este autor, el siguiente cuadro muy ilustrativo:

Las fuerzas sociales son:

- fuerzas esenciales
  - fuerzas preservativas
    - Positivas. — Gusto (buscan el placer)
    - Negativas. — Protectoras (evitan el dolor)
  - fuerzas reproductivas
    - Directas. — Los deseos sexuales y el amor
    - Indirectas. — Afectos paternales y de la consanguinidad.
- fuerzas no esenciales
  - fuerzas estéticas
  - fuerzas emocionales (morales)
  - fuerzas intelectuales.

filosofía del conocimiento y no catálogo de las observaciones, procederá sobre datos pero ha de superarlos. «¿Qué sería de la geología si no conociésemos más que los meros hechos que las rocas presentan? ... la geología, en lo que nos procura alguna cosa de valor, es una filosofía. Lo mismo puede decirse respecto de la física y de la química. Trátase de agentes y elementos totalmente fuera de la acción de nuestros sentidos, y sin embargo la mayoría de los progresos materiales del mundo han resultado de los razonamientos de los hombres sobre esas cosas invisibles e intangibles». Pero si tan amplios son los fundamentos sobre que ha de construirse la sociología, hay algo de más próximo, más inmediato, más sustancial, «los fenómenos vitales y psíquicos son los que inmediatamente gobiernan y dan forma a los del mundo humano y social». Y siendo la existencia del hombre con sus facultades y potencias el *hecho* primordial, es claro que «todo este orden de fenómenos manifestados por el hombre en sus múltiples relaciones con el mundo material, constituye los datos de la sociología, y algo debe ser considerado de él antes de poder pasar a considerar aquellas leyes superiores que entraña la asociación humana, las que, en definitiva, son simples generalizaciones de los hechos de un orden inferior».

En fin, el método aconsejado por Ward, aún cuando no del todo seguido por él, se aclarará con esta última transcripción: «Jamás se ha propuesto un sistema mejor que el de considerar los sucesos como productos de las ideas, clasificando las ideas; tal es el verdadero método psíquico que conceptúa la sociología como basada en la psicología».

Estoy de acuerdo con Ward, en varias de sus apreciaciones, como se verá a medida que determino el hecho y procedimientos sociales y el método que he seguido; todo, como antecedente del criterio director de la penetración del significado de la conciencia social.

Fijé ya mi opinión sobre la relación de la sociología con las otras ciencias sociales, y entonces hube de expresar que sus respectivas posiciones eran equivalentes a las que se descubren entre la ciencia general de la vida y las disciplinas particulares, como la botánica y la zoología; de ahí era de deducirse, según he insistido, la necesidad imprescindible para la biología y la sociología, de abandonar, a lo menos en parte, el detallado reconocimiento de las formas, para penetrar muy adentro en el dominio de las actividades. El hecho, por fundamental que sea y por característico que se presente, es un suceso o resultado pero no es lo social; es lo externo, lo visible, pero no el contenido y la esencia.

Sin embargo, el hecho social fundamental tiene inequívoco valor bajo dos respectos: como indicación de la composición de elementos de que nace y para determinar su significado junto o frente a esos componentes: si es algo de naturaleza distinta de todo lo precedente o su pura síntesis.

Hemos visto como a la naturaleza de la síntesis biológica representada por las colonias animales que se mantienen por la simpatía morfológica y atracción funcional, precisaba agregarse un nuevo lazo de unión, la simpatía psíquica de necesidades comunes, para ver surgir las agrupaciones denominadas sociedades, y en fin, era indispensable que se superpusiera en lo absoluto lo psíquico a lo fisiológico organizando un amplio campo de nuevas posibilidades espirituales, para que de las colectividades animales pasásemos a la contemplación de las naturales sociedades humanas; y estas se simbolizan por la conquista cada vez más extensa de sentimientos altruístas frente al egoísmo de las agrupaciones animales o de las primitivas humanas: al asesinato de los ineptos sucedió la beneficencia, y a ésta, la asistencia pública, que sostiene al indigente porque lo debe, no por conmiseración. El egoísmo mantiene la supervivencia individual, pero el altruismo es la perfección social del sujeto; es el papel de los supremos

reformadores víctimas de todos, pero sacrificándose por la comunidad.

Tenemos por consiguiente, que el reconocimiento del hecho social como el resultado de un proceso psíquico, es el terreno en que nos hemos colocado, sin que la nota general del altruismo nos indique casi nada de su efectiva naturaleza. Y ¿de qué fuerza vital surge ese procedimiento, en dónde se arraiga, cuáles son las leyes de su difusión? ¿del puro psiquismo individual en sus notas superiores que, en contacto con otras fórmulas ideales, se entrecruzan, se completan, se pulen para producir el pensamiento social? (Gabriel Tarde) ¿o es un brote, un fruto colectivo que da de sí la sociedad, cuya actuación se dirige a imponer maneras de existencia o a informar y crear la cualidad espiritual humana plenamente psicológica? (Durkhein y Roberty) ¿O nos hará falta reconocer y desentreñar el sentido del hecho social, permanente y universal, como algo que presta coacción al grupo en sus moléculas, determinando las coexistencias por las semejanzas, esto es, *por la conciencia de la especie?* (Giddings). En esos varios puntos de vista hay algo de parcial y mucho de excesivamente generalizado.

No tengo la pretención de llegar a resolver los asuntos planteados, de modo suficiente, pero trato de exponer con la posible claridad mi criterio, justificando, en consecuencia, la manera de mi ensayo sobre la conciencia social con su triple división de materias: las fuerzas individuales originarias, el sentido de la herencia bío y psicológica y los procesos sociales con sus dos aspectos de actos, el colectivo y el de influencias sobre el individuo.

Si buscamos el hecho social primordial y originario, el problema debe descomponerse en estas dos cuestiones: el motivo por el cual se ha generado la sociedad, por el cual ella ha nacido y las causas más intimas de la permanencia social de las instituciones, movimientos y actos colectivos. Una y otra investigación nos darán distintos datos.

Producto biológico la sociedad, los estímulos de donde hubo de proceder en sus comienzos, son los generales de la integración de las sustancias vivas, esto es del instinto: la distinción de semejanzas física y funcionales como atracción primordial. Seres de la misma especie se aproximan y de modo irreflexivo se auxilan; a esto se acerca mucho la organización de las sociedades humanas primitivas, con un dejo muy marcado de egoísmo y de singularidad, de ahí que el padre de familia fuera todo para su grupo: el artesano, el guerrero, y el sacerdote; los alimentaba, defendía y distribuía justicia entre ellos, siendo las relaciones de familia a familia en exceso débiles. Mas las características humanas habíanse ya fijado, aun cuando imperfectas o poco desarrolladas, en la sumisión–respeto y en la potestad–amor; el sacrificio de cada uno, por los demás, se presenta muy pronto, y el instinto marcha hacia su perfección en la idea abstracta de familia o patria. Así, el respeto a los antepasados es el primer lazo religioso que soportan los hombres. — Lo primariamente sociable, podemos decir, es la simpatía orgánica, con su modalidad particular humana de las diferencias amables. El egoísmo familiar tiene mucha parte en la vida de los hombres primitivos. — Es en consecuencia la *emoción de la especie* lo originario y primordial para constituír las agrupaciones humanas, de donde han de nacer las sociedades naturales de hombres.

Pero la agrupación que traspasa el puro organismo familiar se constituye, permanece y afirma por virtud del reconocimiento de los fines comunes y de las aptitudes diferenciales; lo que da de sí la división del trabajo. Sólo mediante esa semejanza espiritual los hombres sociales se sienten unidos y permanecen juntos. Es la simpatía intelectual cuyo valor tanto impresionó a Tarde: identidad de fines perseguidos, pensamientos comunes con su fórmula altruista, que envuelve, en general, ocultos y más firmes egoísmos —según las enseñanzas de determinadas filosofías— pe-

ro que puede elevarse sobre toda consideración del bienestar del agente, para conducirlo al sacrificio: virtud suprema de los hombres superiores, reformadores y fundadores de cultos, que la humanidad después de haberlos crucificado los reberencia. Hay además que, junto a la intimidad consciente que nace del pensar común, del discutir y aceptar fórmulas de progreso, está algo que nutre aquella similitud, que causa las semejanzas de pensar; son, de nuevo las constituciones corporales similares que imponen reacciones semejantes ante estímulos del mismo orden y la vida afectiva emocional que señala a todo el grupo semejanzas mucho más importantes: las causas del proceder colectivo, siempre pasional y afectivo. Tenemos, pues, el entrecruzamiento y choque de ideas, causando las sugerencias mutuas y las mutuas simpatías, de las enseñanzas del autor de la imitación; pero reforzados por los impulsos comunes de los deseos y emociones públicas. No es la pura lucha de pensamientos, que acaso conduciría más que a la aproximación a las resistencias hostiles, si cada cual dotado de un distinto fondo emotivo, sintiera diversamente, tal como pasa entre agrupaciones discimilares, puestas por cualquier circunstancia en contacto; antes de que nazca la idea, ha de haber un terreno fértil en que pueda fructificar.

Hemos descubierto así como lo que mantiene a la sociedad, es la simpatía espiritual, que sobreponiéndose a la orgánica la oscurece, y no en raro caso, puede contrariarla: ejemplo, el de las relaciones de un hombre culto con un sordo-mudo, de Tarde. Por tal razón se constituye la sociedad, y, la sociedad humana, donde lo psicológico predomina y lo orgánico pasa al segundo plano. El señalamiento de su papel a cada uno o la división del trabajo, es el símbolo en la organización, de los fines comunes que persiguen; pero la finalidad particular deja al poco tiempo de ser tal para convertirse en fin de la asociación, propendiendo hacia la sociedad natural; difícil conquista que quizá la alcanzaremos después.

Mas, halladas las causas de asociación y los motivos que la mantienen, la manera de penetrabilidad de los criterios y la formación del pensamiento colectivo que ocasionan los actos públicos y permiten las instituciones sociales y la herencia colectiva; ¿deberemos detenernos ahí? No; no hemos hallado las iniciales causas, las energías componentes y no puede ser claro el resultado para nosotros, sin tales investigaciones. Los hechos sociales primordiales quizá sean los indicados, o acaso los señalados por Roberty, pero ni aún podemos decidirnos por uno o por otro criterio, hasta cuando no veamos que actividad y potencia traspasan los puros límites de la vida personal del hombre y comunicándose al grupo, origina realidades colectivas. El análisis nos manda en consecuencia, investigar en la psicología humana, cuales son los poderes individuales, como se comportan en el interior del sujeto y como se mezclan, se combinan y reaccionan para dar un producto extraindividual (la influencia mutua); y ver luego lo que no es psicología particular sino del conjunto y de que manera devuelve elaborado la sociedad lo que recibe. — Por eso, mi primera preocupación es la de las fuerzas individuales.

Sabemos que el vínculo social es un vínculo psicológico, o sea, interespiritual, y, de un modo mediato, interorgánico. Mas, ¿qué da de sí ese vínculo? lo que tiene, lo que le permite ser, la energía cerebral: síntesis y organización de todas las actividades vitales del hombre, donde se han concentrado a su vez y se han perfeccionado, las múltiples conquistas de la evolución que ha ido constituyendo en el animal todas las facultades internas, de percepciones, deseos y emociones; cuanto pudiera denominarse con un sólo término, lo psico–físico.

Pero viene la combinación intercerebral, esa especie de quimismo psíquico nacido por el contacto de calidades aptas para ello; y ¿se ha de creer entonces algo nuevo que aparece? No, hemos dicho desde mu-

cho antes, hay sólo la formación de un sistema distinto de fuerzas, resultado que permite actuar a las energías antes incapaces de representarse fuera, por débiles; no son las que llaman los físicos fuerzas potenciales, son fuerzas iniciales. El pensamiento abstracto, supongamos, que únicamente surge en las sociedades muy cultas y mediante el auxilio de un lenguaje muy trabajado; es producto social que requiere como base, los conocimientos particulares, las impresiones y sus recuerdos, a manera de procedimiento requiere la comunicación personal de las experiencias de cada uno, y como trabajo constitutivo una potencia de elaboración cerebral de los datos así recogidos, elaboración que de continuo exige una capacidad extraordinaria y que luego se impone a las inteligencias comunes en fórmulas, leyes y preceptos, apreciados por ellos porque traduce sus experiencias particulares. Con frecuencia, por medio de imágenes hay que simbolizar el proceso mental, para auxiliar al público en ese parto espiritual que denominaba Sócrates la *maiéutica*. Así el hombre ordinario piensa haber conquistado por sí lo que se le ha impuesto. — Suponerse la creación de algo irreductible a los valores de la psicología individual, por sólo el contacto y la aceptación de un pensamiento en varias inteligencias que se agrupan, me parece inaceptable: el término que expresa de modo suficiente el resultado de ese contacto, es el de cooperación: poner en común esfuerzos y multiplicarlos por tal unión; de ahí que sea preciso reconocer poderes individuales no suficientes para dar un resultado apreciable por su sólo desarrollo, pero que agregándose, incorporándose a otros semejantes en la vida social, lo permitirá actuar de modo enérgico e impresionante. De manera continua la naturaleza, aún en los distintos órdenes formados por ella, no hace otra cosa que arreglar en distintos sistemas y grupos los poderes disponibles, formando con ellos síntesis nuevas; pero ese distinto arreglo lleva en sí modificaciones sustanciales en el resultado que se alcanzará, por el poder evolutivo de las energías en lucha

con la materia difícilmente penetrable. Apenas se rompe la serie de las modificaciones físicas de las físicas energías, cuando de los procesos psico–físicos se pasa a los grados superiores de la mentalidad humana.

El gran punto, no esclarecido todavía de modo suficiente, por más que se marche decididamente hacia ello, en virtud de las investigaciones que más apasionan a los hombres contemporáneos, es el de la insinuación de cada mentalidad en las otras: el converger en una conciencia los difusos anhelos de todos y el imponerse de una voluntad con el carácter de sugestión en las más diversas individualidades.

Después del aspecto externo, del haz, del suceso, precisa dirigir nuestras miradas al lado oculto, al envez, al procedimiento. Indiqué como el pensamiento generador de las fórmulas, preceptos e instituciones sociales, nacía en el cerebro individual, y aún cuando se afirmase que el sujeto cumplía su misión pública dentro de la cual se hallaba contenida la psicología colectiva del grupo en donde vive, tendríamos que se trata de un órgano dotado de determinadas aptitudes, cuyo nombre no puede ser otro que el de aptitudes psíquicas. Mas, de este punto se ha hablado en otro lugar y sólo debo insistir en el hecho de que las sociedades no tienen nunca sino aquello que los individuos pueden darlas: está demostrado esto con el estudio de las sociedades animales.

IV

Las indicaciones que pretendo del método aplicable al conocimiento de los procesos sociales, no se refieren a los clásicos sistemas imaginados por la lógica con el valor de procedimientos generales para las ciencias, cuya misión es la de facilitar las investigaciones; se trata de determinar la posición del sujeto que observa frente a la materia de su observación y del

auxilio que puede solicitar de otros órdenes de los conocientos.

Hemos manifestado la insistencia con la que se ha pedido el reconocimiento de los hechos sociales como cosas exteriores al individuo y que nada tienen que ver con cuanto piense, sienta o quiera el investigador; conexionándolo el propósito, claro está, con la rechazada afirmación de que la sociedad es un orden, un reino aparte de la naturaleza, si la comparamos con la especie animal llamada hombre. Los psicólogos, por el contrario, sobre todo los que reaccionan contra el puro sentido materialista de su ciencia, señalan la imposibidad de representarse la causación histórica o la generación y desarrollo de cualquier fenómeno colectivo, sin que investigue en sí el sujeto cuales puedan ser los antecedentes y la marcha real de las resoluciones tomadas y de las prácticas cumplidas, como antecedente inequívoco de las actividades sociales: toda la realidad social es producto subjetivo en que toman parte las íntegras fuerzas vivas de la comunidad (1).

Yo pienso en la vida social como producida por una conciencia, a la manera de las aspiraciones individuales nacidas de exigencias orgánicas: débiles elementos, voces de necesidad que se unen en el clamor de una aspiración, o fuerzas espirituales que coinciden en un esfuerzo, en un trabajo (sistema de composición y descomposición de ener-

---

(1) Copiamos las siguientes frases de la obra de Guido Villa "El idealismo moderno": "los hechos psíquicos, *morales, históricos, sociales, estéticos*.... son pues valores y como tales valuables sólo con la apreciación subjetiva y directiva de la conciencia Su carácter propio, original, intraducible, lo reciben no ya de las formas intelectuales a que están asociados, sino de los procesos más íntimos de la voluntad y del sentimiento. La relativa objetividad que sobre ellos, dentro de ciertos límites, puede imponerse y que es sin duda la conquista más notable en el orden de los estudios morales, se refiere a un acuerdo que puede establecerse entre las conciencias individuales, en la común apreciación subjetiva frente a la realidad que ha de considerarse; pero no puede ir más allá, no puede salir de la conciencia...."

gías). De ahí estos resultados: la suma de individuos humanos constituímos con nuestra energía, la energía social. Pero, al conocimiento de nuestras propias aptitudes llegamos por dos caminos: o por el método interno de penetración para analizar lo que tenemos y sentimos, o por la contemplación de lo externo y objetivo de las manifestaciones y cualidades de los demás, según la práctica de la psicología experimental. Esta última manera de contemplar las realidades nos ofrece varios resultados capitalísimos: *a*) constatamos las calidades comunes a nuestro yo y a los demás individuos que conocemos; *b*) nos permite realzar cuanto aparece vago o borroso en nosotros, al contemplar los caracteres agenos donde esas cualidades son capitales y no débilmente diseñadas como en nuestro espíritu; *c*) sobre todo las circunstancias patológicas, descomponiendo lo complejo, hacen visible ciertos hilos de que se forma la trama de nuestra vida que contemplamos en resultados. Y, dada la fórmula para los movimientos colectivos, habremos de buscar las notas de mayor difusión para hallar la base constante, medir su energía, para saber cuanto pueden dar de sí y descubrir el secreto de las combinaciones. Además, en la sociedad hay el resultado perceptible como algo subsistente fuera de nosotros, producto para cuya constitución se mezcla la física social (de las masas de población supongamos) a las fuerzas de la psicología intermental.

La psicología general que nos explica las comunes aptitudes individuales de los hombres, sin consideración alguna a la calidad etnológica, da el matiz primordial de las sociedades, cualquiera que sea la raza de que forman parte: en todos y cada uno hay las fundamentales aptitudes psico-físicas, cuyo reobrar no es en lo absoluto desemejante. Pero, el universo o cuanto le rodea es conocido por el hombre según los datos que las existencias exteriores lo suministran y según la forma como aquellos datos son apreciados por él, lo cual equivale a decir, según el matiz de que los reviste

el órgano que los contempla; causando por tales antecedentes la manera de orientar el procedimiento. Mas, las diferencias de constitución física en el hombre, o determinan la raza, cuando son capitales e imborrables, o tienen los caracteres menos firmes, diferenciales y perpetuos, que se descubren en los aspectos nacionales. De la permanencia largamente continuada de un pueblo en determinado medio y a causa del constante recibir por todos sus miembros de idénticos estímulos, nace el sentido psicológico de las civilizaciones nacionales. —En fin, del predominio de una u otra aplitud, del triunfo de uno u otro carácter interno, proceden los distintivos de la psicología individual y las luchas psicológicas de que se nos habla, al pretender explicar aquella discimilitud entre las apreciaciones de varios sujetos unidos por todas las circunstancias exteriores, discimilitud que, al referirse a lo sustancial o básico, puede destruír la energía innovadora, si es resistencia o impulso que contenga un grado de eficacia bastante a impedir la natural expansión de aquella, o apropiándose del fondo conceptual los nuevos aportes espirituales no hacen otra cosa que sustituír o completar detalles o modificar orientaciones. Y todo eso se comprende en la fórmula del duelo lógico y de la lucha por la existencia.

De esa manera es como la psicología penetra y vivifica lo social, alumbra y encamina el pensamiento del investigador, no en el sentido metafísico de la subjetivación de la realidad, sino en el de dato que suministra elementos para la apreciación del conjunto (1).

Hé aquí por qué comienzo la investigación de lo que sea la naturaleza de la conciencia social, por el re-

---

(1) El Sr. Adolfo Posada se expresa en los siguientes términos, al tratar del método psicológico para las investigaciones sociales: "El análisis psicológico, es, pues, el que puede discernir el

conocimiento de las aptitudes espirituales del hombre; es arrancar los elementos simples de la trama compleja y verlos actuar separadamente, saber qué contienen en sí, como se amalgaman, se funden o se rechazan, para luego reconstruír paso a paso la constitución de los fenómenos colectivos; donde podemos hallar: ya las resonancias colectivas de actos individuales, cuya organización definitiva y proceso de ejecución se han concluído en el sujeto particular, tales como pasa en las manifestaciones de la criminalidad o en la vida artística, científica, etc.; ya se trate de puros aportes personales del hombre para un fin común. Proceder de otro modo me parece que sería olvidar la vastísima preparación antecedente al hecho; querer ver lo social sin el conocimiento de su proceso de formación, es contemplar el haz, o apenas escarbar en su superficie, es tener algo dado como las premisas irrebersibles de ciertos juriscunsultos, quienes levantan sobre ellas castillos fantásticos de lógicas deducciones del axioma. El proceder científico es hacer vivisección de todo lo comple-

---

carácter propio, de los elementos sociales, del hecho social irreductible, y el que puede dar una significación positiva al hecho social elemental.... "Quizá se diga: eso es *psicología;* eso, a lo sumo, podrá ser *psicología social;* pero no es Sociología. "Es una cosa y otra según el punto de vista que se tome. La Sociología, ciencia compleja, tiene muchas raíces en otras ciencias, y una de ellas es la Psicología;.... "El análisis psicológico puede proponerse el conocimiento de los fenómenos de conciencia por sí mismos, sin ulterior preocupación, como relaciones concentradas en el individuo: en tal respecto es un instrumento de la psicología; pero desde el momento en que dicho análisis busca el lado social de los fenómenos de conciencia, se constituye ya en método o procedimiento de investigación sociológica, sin dejar de ser labor. labor de psicología —psicología social— que es una parte muy natural de la Sociología, pero no toda la Sociología". El concepto de la psicología social parece darse en otro sentido en los investigadores, que el descubrimiento de las fuentes u orígenes individuales de las fuerzas o energías del organismo colectivo; pues su estudio es el del aspecto psicológico y manifestaciones espirituales de la vida de los grupos.

jo, hasta descubrir los nervios, músculos y células cuya actividad se ha convertido en ejecución. El sociólogo cuyo análisis se detiene en el hecho social elemental, procede en idéntico sentido de la antigua psicología, cuyo afán nunca llegó a más allá de lo consciente, sin querer ver como se preparaba esta explosión en la superficie llamado el suceso consciente, por un crecimiento lento y progresivo de sintéticas compenetraciones inconscientes.

Hay campos biológicos y mentales envueltos en el limbo de tenuísimas claridades, son como abismos marinos donde la luz se diluye como a través del ópalo o de varios refractores de cristal, talvez diríamos con mayor aproximación a la verdad, son túneles oscuros que reciben la refracción lejana de dos campos de claridad que separan; tales son los misterios de las constituciones hereditarias, con su doble zona de aplicación: la morfología de los seres que constituyen la especie y las aptitudes semejantes de las sucesivas generaciones que originan las cualidades familiares. Y es el campo que se hunde, se sumerge en las levísimas irradiaciones de las dos escalas de fenómenos que comprenden el íntegro vivir humano —lo individual y lo social—; es la vida de lo supra-consciente, del fenómeno mental que se integra, se vacía en nuevos moldes por virtud de la sugestión, y todavía, el florecer de las potenciales aptitudes del individuo por el trabajo social. Este es el hundirse del minero en las entrañas de la vida, cuyo paso ensayaremos.

Los hechos sociales, en fin, como movimientos públicos, como trastornos invencibles que supone una elasticidad prodigiosa de los estímulos, como instituciones sugeridas o practicadas, como leyes o reglamentos puestos en eficacia; todo el pensar y el sentir que determinarán el aceptar, continuar o contradecir las organizaciones preformadas como una herencia de la que ha de vivir el individuo y la sociedad.

Sólo por el esclarecimiento de los puntos de vista cuyo planteamiento acabamos, nos hallaremos aptos para determinar qué sea la conciencia social, cómo se produce y obra el conocimiento y la intención públicos, cómo se forma la idea del grupo y de su coherencia (apreciación de un yo personal, idea de la especie); que es el contenido de la conciencia de las sociedades naturales, y de esta culta emoción de la especie denominada el sentimiento de patria.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO
Universidad Central del Ecuador
Omnium Potentior est Sapientia

PARTE PRIMERA

LOS FENOMENOS DE LA VIDA CONSCIENTE EN EL INDIVIDUO

CAPITULO PRIMERO

LOS METODOS DE LA PSICOLOGIA

Determinación del propósito perseguido: reconocimiento de las energías internas humanas y anotación de los resultados en los diferentes momentos y circunstancias en que actúan. — Relacionándose el llamado método experimental en extricto sentido —el del laboratorio— con una reacción de carácter positivista contra los puros análisis internos por parte del sujeto, sólo ha dado de sí mínimos resultados. — La descomposición de cualquiera realidad en sus elementos simples, permitiendo medir con exactitud más o menos próxima o lejana el cuánto y el cómo de ellos, es un procedimiento matemático notable, del cual la psiquiatría ha sabido valerse para explorar las interioridades de nuestro espíritu. El peligro está en las generalizaciones muy extensas, tales como las debidas al *psicoanálisis*. — Si los primeros pasos de las investigaciones patológicas fueron a reconstruir los poderes particulares aislados sin sistematizarlos para el resultado, los notables ensayos de los doctores Delmas y Boll tienden a descubrir la organización integrada de cada temperamento. — Las circunstancias de la sugestión desempeñan papel importante, lo mismo en la forma de existencia privada del sujeto particular, que en las maneras de sus relaciones sociales y en los productos colectivos del grupo. — Mediante la organización armónica de todas las investigaciones, podremos alcanzar una visión aproximada de los problemas psicológicos.

I

Como promesa de entusiasmo, para todo investigador de los problemas que directa o indirectamente se refieren al hombre, quizá no hay otro que guarde en sí mayor caudal, que el relativo a los métodos de la Psicología. Parece, cual si por su poder se pretendiera arrancar su velo de misterio a la enigmática Isis del recóndito santuario de la conciencia, o desgarrar sus atavíos a la princesa de ensueño recluída en las torres de egoísmo y de dolor levantadas por los artistas para su morada; o en fin, en los mejor disciplinados o menos entusiastas, se trata de traducir una fantasía quimérica por otra de mayor aproximamiento a la verdad. Y de todo ha de desprenderse tantas esperanzas que animen nuestras más arduas investigaciones.

Son florecimiento de milagro ciertas existencias, son quimeras de espanto otras vidas; pero ¿toda virtud activa es perfección ética y toda negra maraña de crímenes supone un abismo de maldad?

Facultades o poderes espirituales y actos ejecutados o en iniciación, constituyen la vida; mas ¿por qué la perfección mental en determinados sujetos y el rudimentario o nulo poder de pensar en otros? ¿por qué el egoísmo más ascendrado simboliza esta vida y esta otra el sacrificio de todas las exhuberancias en el ageno bienestar con olvido de las propias exigencias? y en uno y otro caso ¿cuál cumple el fin humano con mayor rendimiento? ¿dónde están las aptitudes vitales de más alto valor? La misma clasificación de las operaciones mentales, pretendida por la Psicología, nos impone preguntarnos: ¿cómo se cumplirá tal propósito? Somos mineros de escondidas minas ¿cómo habremos de explotarlas? Somos buzos de cavernas desconocidas ¿cómo no perecer en las ondas del mar o perder nuestro derrotero por los encantamientos de Circe de nuestra propia fantasía? ¡Cuántas y cuántas sorpresas nos guarda el conocimiento! A la manera de las heladas

regiones del polo, almas frígidas, caracteres de nieve hemos visto; nada debe conmoverlos y no habrá un sol capaz de derretir su entereza. Y sin embarga, cuán lejos de la verdad está quien los encuentra inmutables: hay luchas espantosas, fuerzas incontrastables que abren mil abismos en esas conciencias, que hacen estallar bramidos de tempestades supremas y presiones inauditas de sufrimiento. Hay también vivos centelleos de luz, claridades inimaginables, ternezas, dulzuras y pasiones insospechadas. Es la claridad boreal en aquellos témpanos, la voz del infinito en aquellas soledades; que supera, como su energía supera, a los comunes amor o alegría. — Y en opuestos panoramas: ¿no habéis visto energías desbordantes, alardes de fuerza que parece no tener opositor, y son no obstante verdaderas simulaciones o efectivos derroches de los últimos restos de un patrimonio escaso? Tal es la voluntaria simulación del débil para amedrentar a la necedad agresiva— según la hábil explotación de la agradable comedia «Mi hombre»—; o la involuntaria simulación de los histéricos, de los nerviosos cuya prudencia orgánica y economía racional es insignificante.

Y la Psicología hubo de empeñarse, en ocasiones con estravagancias oratorias de mucha sonoridad, en hallar unas cuantas facultades humanas cuyo significado era preciso definir, que explicaría toda realidad por el tanto de la dotación individual. Ya las largas controversias por una definición y sus explicaciones han pasado de moda; el psicólogo no está obligado a explicar qué sea cada facultad en esencia, del mismo modo que el físico no se siente ya cargado con el pesa insoportable de inquirir la naturaleza íntima de las cosas; a uno y a otro les basta describir los fenómenos y los hechos induciendo sus causas inmediatas. El proceso es el opuesto al lógico proceso antiguo, deductivo; vistas las consecuencias, se procura reconocer hoy las potencias o funciones de las causas. Y si se llega a las más

altas generalizaciones, es como resultado, no como premisa.

«Las controversias acerca de la naturaleza real de la mente, han quedado hoy, por lo general, relegadas a los filósofos y metafísicos; en tanto que la psicología se dedica por entero a estudiar las leyes de la actividad mental, y a descubrir métodos de mental desarrollo.» (1).

II

Por ese propósito, y mas aún por las acervas críticas dirigidas, de modo indistinto a cualquiera investigación teórica de las existencias con falta de comprobación positiva: se ha ido a sustituír a la sutil metafísica y prolijo análisis del auto-conocimiento, que exigían hundirse cada vez más hondo en el mar alborotado o tranquilo de la conciencia, para hallar, al lado de unas cuantas perlas de emoción, de sentimientos o ideas, las ficciones de adruptas rocas de prejuicios, los deslumbramientos de vivas esperanzas y sobre todo las mentiras de la realidad lógica deducida de ciertos antecedentes, de la omnicomprenciva dialéctica aristotélica —el mayor de los peligros de falsedad—; se fue a sustituír, en vista de su fracaso, un fracaso mucho mayor y más desilusionante: el del rudo materialismo representado por el Gabinete de psicología experimental. Ese gabinete en donde al lado de unas cuantas funciones del espíritu artificialmente provocadas, anotadas con falsedad o interpretadas al capricho o con interpretaciones sin valor; fueron las frecuentes quiebras del aparato que no respondía o respondía en falso.

Se había pensado con justicia —y como grave crítica a las posibilidades del propio conocimiento— ¿cómo llegará a analizar el hombre los momentos más fuertes

---

(1) W. W. Atkinson "El empleo de la inteligencia".

de una conmoción interior, sus estados pasionales de alta intensidad y hasta los procesos mentales de íntima concentración en un objeto, sin desnaturalizarlos? Reflexionad sobre vuestra cólera y habrá de desaperecer o atenuarse; volved sobre vuestras emociones y de ordinario se os presentarán pálidas, indecisas; y la atención que restéis al problema para atender tal atención, tendrá que modificarla. Pero, ¿qué es capaz de hacer la falsa psicología experimental? Cambiar el conjunto de conocimientos internos en algo artificioso y discordante. Ensayad el método descrito por Baldwin para descubrir el «tiempo de la reacción» (1), supongamos; y de seguro os encontraréis con que no sólo los datos obtenidos son insignificantes por la multitud de circunstancias personales que los hacen variar, y en el mismo individuo, por el estado de tensión nerviosa, de distracción, etc.; sino que además son inexactos. ¿No es conocido que cualquiera espectativa aumenta la rapidez de la respuesta, pudiendo —dicen algunos autores— anteceder a la verdadera impresión?

El magnífico investigador Alfredo Binet, comprendió con admirable presición lo que podía esperarse y cuanto se ha de exigir de la psicología experimental. La observación sobre el sujeto que ha de dar materia a nuestras afirmaciones, debe ser metódica y sobre todo continua: ha de seguirse con paciencia el curso de la vida, sus momentos de inquietd, de alarma o de pacividad y confianza. Tales esfuerzos nos darán un *mínimum* de datos, pero seguros, insospechables; pues se confrontarán resultados, se analizarán concurrencias y se anotarán residuos. La observación eventual sobre individuos cuyo carácter se ignora, cuyo estado de ánimo no nos preocupamos de discernir, son contingentes por cuya absoluta virtud ningún investigador prolijo y responsable podrá nada construír. «Si he podido llegar a alguna luz en el estudio de los individuos, se expre-

(1) J. M. Baldwin "Historia del alma", pág. 165 y siguientes

sa, es que los he observado viviendo y los he examinado a fondo durante varios años». — «Cuando me he apartado de este método he recibido mi castigo. He hecho por preguntas análogas las investigaciones en niños de la escuela primaria; estas investigaciones me han preocupado semanas enteras; no publiqué ni una línea, por encontrar que el análisis no fue lo suficientemente profundo». (1)

El *individuo de laboratorio* nos engaña de muchas maneras: ya por la simulación querida o afán de complacer al operador, a que se refiere Binet; ya por simulaciones inconscientes debidas a sugestiones u otras causas; o por momentáneos desacuerdos del espíritu con el temperamento ordinario etc. etc. El Gabinete, en fin; por multitud de motivos es perturbador para la vida normal del sujeto al cual se observa.

Sinembargo, algo ha dado de sí el Gabinete de psicología experimental: nos distrae con sus datos estadísticos y nos permite comprobar con números que algunas operaciones internas no son puras ficciones. — Los números son para ciertos iavestigadores la única realidad —.

Completábase el aparatoso cuadro de esa enseñanza objetiva — por lo menos en nuestros Institutos de educación secundaria — con un amontonamiento de datos intraducibles sobre la anatomía nerviosa: esa construcción tan compleja y desesperante que fatiga al especialista, y aturde y desalienta al pobre escolar no preparado para tal trabajo. Había más, el estudio de la arquitectura cerebral iba acompañado de un desentendimiento casi absoluto de la fisiología del mismo. Era el lujo de detalles experimentales, sin organización, sin propósito de contruír.

---

(1) Alfred Binet "Estudios experimentales de la inteligencia" nueva edición.

III

Pero, al ver como la introspección en sus mejores intuiciones rara vez había pasado a más allá del puro emerger en la conciencia de los resultados, sin saber o cerrando los ojos ante el proceso de formación, dejando hundido en el misterio todas las fuerzas subconscientes, y sin discriminar tampoco, de modo bastante los elementos, en su afán de apreciar el conjunto; se quizo evitar los errores, discipar nuestras ignorancias y traspasar la penumbra del umbral de la conciencia con la nueva ciencia del espíritu armada de un gran número de reconocimientos, en biología, en fisiología nerviosa y, sobre todo, en ese imponderable auxiliar, buscado hoy con sin igual empeño, el de los estados anormales de la enfermedad. — Los subterráneos forjadores son los verdaderos artífices, ellos habrán de extraer el oro fino, el hierro dúctil, el cuarzo y el carbón, para fundir en sus hornillos, forjar en sus yunques y moldear y formar la resplandeciente joya, el broquel de fuerte acero o el fino y frágil cristal de mil reverberaciones; la conciencia con sus poderes mágicos, no ha hecho sino sorprender un secreto y servirse de una obra. Además, el conjunto es el aglutinamiento de las partes y el resultado es una suma: para comprender hace falta separar, para dirigir, conocer.

Esquirol, Morel, Dupré, nos han enseñado la técnica según la cual hemos de deshilar la densa trama de la vida, para que nos ofrezca en definiriva sus últimos componentes; pero en nuestras manos los elementos ¿seremos como los niños que despedezaron una máquina compleja para conocer, y jamás la reintegrarán? Pierre Janet, Delmas y otros muchos psiquiatras nos han de decir la forma del pacienzudo tejer, del reconstruír prolijo. Todo se utiliza y regenera si se adivinan las necesarias condiciones, sólo la carencia absoluta es irreparable, porque el hombre se halla des-

provisto del milagroso fiat que crea. Nada puede parecer menos aprovechable que las discordantes y violentas descargas de la histeria, sin embargo cabe que sean poderosos auxiliares de una auto integración orgánica: en este como en otros gastos de energía equivalentes piensa Féré y con él varios autores, que se trata de una tensión nerviosa insoportable para el sujeto, del cual se descarga éste por los medios indicados. Sea o no verdad esto, la satisfacción del paciente que ha obrado, nos permite pensar en la conveniencia de la función. — La tensión se me imagina la parte de corriente difundida para poner el nervio en aptitud. — Otro punto, a primera vista absurdo, es el provocar emociones en sujetos que parecen agotados, para volverlos siquiera por algún tiempo a la normalidad: la emoción es un notable gasto de energía ¿e imponer tal sacrificio no es obligar al proletario a gastar sus últimos ahorros exponiéndolo a perecer mañana de hambre? no; es inducirle al disipador a agotar los restos de su patrimonio para buscar en sus músculos nuevas fuentes económicas; o exigir que el avaro ponga en circulación sus escondidas riquezas. — Las extrañezas de un cambio total de conducta, de insospechadas posibilidades en el sujeto por causas insignificantes, en ocasiones, es el triunfo de una tendencia de segundo orden hasta ese momento en el individuo, que pasa a la primera categoría. Hé aquí una alucinasión: visiones terroríficas o espléndidas, negras cavernas infernales con todos los suplicios posibles y un puesto entre los condenados para Santa Teresa, o las maravillas ponderadas en todos los siglos del cristianismo para los bienaventurados. La historia de las conversiones es el interno misticismo del alma oculto antes por mayores preocupaciones. — Mas, pretender conseguir que un temperamento esencialmente egoísta, donde la simpatía no tiene ni siquiera un mínimum, marche al sacrificio, es empeñarse en vano.

Toda la delicadeza en la incisión de las capas que recubren el núcleo original, y la maestría en separarlas, iniciada por la visión casi adivinatoria de la novela psicológica, de un país tan trabajado como Francia; se continúa por su admirable labor clínica. Larga y abundante es la corriente literaria, resuelta a escandalizar la timorata virtud de los pobres de espíritu, mediante el esclarecerse de reconditeces de temperamento, donde se genereu las inclinaciones anti-sociales o las perversidades múltiples, sexuales o no, de la juventud que busca ávida nuevas sensaciones o en cuya contextura interna está inscrita la degeneración. — Son a veces las decoraciones fastuosas del opio engañador en cuyas vaguedades se idealiza la vida —no es la existencia real pero tampoco en lo absoluto el artificio, es el artificioso arreglo de lo verdadero— en ocasiones, son evidentes caricaturas, con la exageración del dato, la enormidad del detalle, pero de cuyo arreglo sale en algunos casos el significado específico de una fisonomía moral; o son observaciones sutiles que nacen de serenos análisis.

Jean Lorrain, Huismans, Barbusse, se aventuran en verdaderas fantasmagorías del vicio triunfante en mentalidades enfermizas, o en escaramuzas de sublimar las impresiones para agotar su esencia de poder; Octavio Mirbeau, junto a paisajes rápidos pero deliciosos, se deleita en las más irritantes escenas de la podredumbre y de un crudo y áspero sadismo —es torturador leerlo pero se nos impone hasta el fin, en el «Jardín de los suplicios»—.

La naturaleza de nuestro trabajo no nos permite ni siquiera indicar los nombres de los notables novelistas que han espigado en estos campos; por otra parte, la lista sería demasiado abundante y el conocimiento de sus obras es bien vulgar; con todo, quiero recordar a Marcela Tinayre, cuya «Casa del Pecado» evocau las novelas de mística sensualidad —con olor de oratorio y con terrores de arrepentimiento— de las duquesas de Don Ramón del Valle Inclán; y me refiero

a Paul Burget quien, por confesión de un científico de la calidad de M. Maurice de Fleury, tiene descripciones de precisión asombrosa de algunos estados mórbidos.

Ya no es novedad en la psicología las referencias más o menos extensas a los estados de perturbación mental, pero de ordinario sin insistir bastante sobre su efectivo valor y sin sistematizar en forma adecuada los conocimientos Mientras tanto la psiquiatria ha avanzado sin detenerse desde la comprensión de un síntoma, de un sindrome o una enfermedad, hasta la constitución y temperamento enfermizo de cada sujeto.

Pero ni los creadores de tipos en la literatura psicológica, ni, mucho menos, los investigadores clínicos de las perturbaciones del espíritu, se satisficieron con los datos de la psicología mórbida; pues, junto al marcarse de relieves y al sobrenadar de determinados componentes mientras naufragaban todos los demás, que anotó la clínica neuro–psicopática, hubo de reflexionarse que éstos eran resultados, mientras se hacía indispensable pensar en los antecedentes. Yo siento en forma diversa del ordinario sentir, pero ¿por qué siento así? sufro extrañas influencias que no comprendo, ¿cuál es la causa? He ahí los enigmas que se apoderan del dramaturgo y del místico dictándolos los presentimientos, las influencias a distancia, los caprichos de la teosofía o del espiritismo. Y con el método experimental de la medicina: luego de interrogar las vísceras, de leer en los trastornos funcionales, pedir y arrancar múltiples datos a la subconciencia del hombre normal y del patológico en estado de vigilia, de hábito, de sugestión o de sonambulismo; interrogando todos sus recuerdos por discordantes, por discimilares que parezcan con las cuestiones actualmente tratadas o con las causas supuestas de la enfermedad; ya que el mínimo indicio puede ser parte o es capaz de incorporarse a los llamados «recuerdos traumáticos» o conducirnos a los *estados de vigilia subconsciente por disgregación* de que nos habla Janet.

Es de modo particular en el examen e indicación de las circunstancias emotivas y sus resultados para la marcha del pensamiento, donde los aportes han sido mayores; y se ha constatado tal importancia en los diferentes resultados que de ellas proceden, que haya autores que admitan «la palabra alma, en el sentido de conjunto de las facultades afectivas, y por oposición al intelecto propiamente dicho.»

* * *

Pero el peligro de las generalizaciones excesivas no se ha sorteado aún, de un dato quiere hacerse una ley, y se habla de unas cuantas observaciones como de principios conquistados. Si es indispensable triunfar del odioso detallismo, el generalizar sin bastante fundamento nos conduce al absurdo.

En la confesión general exigida al enfermo, aún de las partes de su existencia por él desconocidas, en el arrebatarle de sus secretos más recónditos; se originó el sistema del diagnóstico de las enfermedades mentales, denominado por Pierre Janet del «análisis psicológico», y aconsejado por él, principalmente para los casos de la grande histeria; y hubo de pasarse de ahí, por una transformación lógica, a un amplio sistema de filosofía y de método psicológico, el bautizado por Freud con el nombre de psico-análisis. Pero tales entusiasmos tuvieron por resultado el conducir muy lejos, llegándose a consecuencias injustificables; no sólo en la extensión del aplicarse del método sino en las bases propuestas para traducir la íntegra vida mental del sujeto.

Uniéronse términos de desigual valor, extendiendo el significado de los datos particulares sin el menor escrúpulo, y se habló de la nebulosa vida instintiva —ado, fatalidad, cuerpo astral o karma —no rara vez

triunfante de toda decisión, cultura social o hábitos morales. La noción ética explotada por extenso en Freud y sus discípulos, para las limitaciones del campo consciente en la vigilia, y la frecuencia del conflicto moral en las relaciones galantes: por la forma de educación de nuestros tiempos, por los contactos sociales impuestos y las irresistibles simpatías que despiertan superiores a todo dique de precepto, ley y conveniencia; hicieron pensar que en la integridad de los casos la inquietud anímica de donde procedía un trastorno psíquico, tendría su origen en aventuras de amor o inadecuados funcionamientos sexuales. Usaron de un lujo asombroso de deducciones para permitirse interpretar las más varias imágenes de un sueño, por inocentes que parezcan, como tragedias de pasión. De ahí el «pansexualismo» tan combatido y ridiculizado hoy. Brutales ataques a la familia e interpretaciones desnaturalizadas de todo sentimiento humano, se ocultaban en sigilo, en ello; ni confianza ni abandono en la amistad ni fe en el filial cariño, podía permanecer desde que se comprobara las pretendidas fórmulas de Freud: renovación de ansestrales prácticas de una supuesta promiscuidad primitiva en el supremo placer, para ellos, que nuestra moralidad proscribe.

La extravagante fantasía es bien notoria, y la encuentro más inaudita aún, que la rarísima interpretación del exhibisionismo que prefiere la mayor publicidad, como una permanencia hatávica del culto fálico.

Los exesos de interpretación produjeron sin misericordia la muerte de ese sistema, para recoger sus elementos de verdad en una nueva construción, el de las clasificaciones constitucionales, de la psicología con base psiquiátrica de Achille Delmas y Boll. En este momento parece el mayor resultado obtenido en la formación de una Psicología fundada en los datos de la clínica mental. (1)

---

(1) Sobre el significado y valor del Psico-análisis puede consultarse: E. Reigs y A. Hesnard, "La psico-análisis de neurosis

IV

Como queda insinuado, los Dres. Delmas y Boll no ensayan un nuevo método de investigación psicológica, lo organizan sí y lo vuelven capaz de muy extensas aplicaciones.

En verdad, el procedimiento es de recomposición, van, no ha establecer las cantidades simples y las calidades múltiples de las llamadas potencias, facultades o virtudes espirituales del hombre, sino, sobre todo a investigar la vida interna, en el contenido de cada temperamento, para explicar la diaria determinación por el continuo curso de la existencia que impone una manera de ser. (1) En la cumbre del sistema está este reconocimiento: todo individuo de la especie humana viene dotado de determinadas aptitudes hereditarias que contienen en potencia su vida, y actúan en una especie de química viviente ante la combinacion con las múltiples circunstancias de la existencia. Y esas varias dotaciones pueden clasificarse en derminado número de grupos, cuya designación será el de los varios temperamentos posibles. El sujeto particular normal debe nacer provisto de todas esas aptitudes, pero en una distribución cuantitativa diversa (y acaso también cuali-

---

y de psicosis"; Pierre Janet "Los métodos de tratamiento psicológico" y "Medicina Psicológica". El Dr. Maurice de Fleury, se expresa sobre el psico-análisis: "Hoy está muerto, enterrado por el buen sentido y la sana ironia de nuestra crítica francesa. Tenemos verdadero derecho a decir que desde los hermosos debates de la sociedad de psiquiatria de Paris y después de la obra irresistiblemente demostrativa del Profesor Ch. Blondel (de Estrasburgo) y de la punsante sátira de Marcel Boll (1924) no queda ni restos de dicha teoria". Vease "La angustia humana".

(1) Por los datos de que dispongo, creo que una de las obras más ilustrativas que pueda consultarse sobre el estudio de las *constituciones psicopáticas* y sus resultados psicológicos, es el ponderado "Tratado de Psicología" de M. Dumas.

tativa) con predominio de alguno o algunos de esos caracteres, siendo rarísimo el caso de hallarse proximamente equilibrados en alguna persona. — Debo indicar así mismo que toda herencia puede perderse o perfeccionarse, nunca adquirirse; es decir se desarrolla, fortifica y emplea útilmente lo que se tiene, pero dotar de una virtud a quien no la posee en germen, es imposible.

¿Y cómo han llegado los autores citados a constituír su sistema? Por una larga observación de los estados patológicos que los permitió: primero, clasificar las enfermedades mentales y nerviosas, y luego, deducir de eso, en las circunstancias normales una ordenación de las aptitudes del hombre; pues creyeron poder afirmar que: «las agrupaciones de las dependencias que forman las constituciones psicopáticas son las mismas en psicología que en psiquiatria, de forma que a cada constitución psicopática corresponde una constitución psíquica especial» (1).

Se comienza por señalar órdenes aparte y bien definidos de las realidades neuro o psicopáticas, distinguiendo las enfermedades de la sustancia cerebral de las denominadas por los autores, en conjunto, enfermedades de la afectividad. Desde este momento señalo yo el importante paralelismo orgánico encontrado, que nos servirá de grande auxiliar en el oscuro campo desde el cual estudiaremos las emociones. Agrego aún por mi parte, la distinción señalada no es arbitraria, sólo que acaso debiera completarse y delimitarse con mayor precision, hablando de las enfermedades del sistema nervioso central (psicopatias o neuropatias, con sus estados afectivos de dolor, como la neuralgia, los sufrimientos físicos de ciertos paralíticos, etc.,) como el

---

(1) Delmas y Boll "La personalidad humana, su análisis".

grupo A, y dejando para el grupo B los desarreglos emotivos. (1)

Siguiendo una ya antigua clasificación se han distinguido dos clases de psicosis: las que se denominan sistematizadas (o constitucionales) y las accidentales, traumáticas o de lesión de un aparato (debidos a destrucciones o influencias tóxicas múltiples: intoxicación accidental, autointoxicación etc).

El proceso clínico y tratamiento de las psicosis accidentales han dado de sí abundantes datos para la psicología. Se ha podido seguir la disgregación de partes sobre cada orden de la contextura mental y se han descubierto las lesiones anatómicas, que son signos de alguna ilustración para las relaciones psicofísicas en el cerebro humano. Los trastornos provocados en tales casos pueden ser momentáneos o de carácter continuo, y en ambas circunstancias sus enseñanzas son de valor indudable, en particular para las posibilidades regeneratorias. De ordinario, la irritación que es el comienzo de las transformaciones psicopáticas causan una hiperactividad notable, para luego convertirse en atrofia: ha de desconfiarse de toda ebullición imaginativa y conceptual en sujetos de mentalidad enfermiza. — Las intoxicaciones, los resultados traumáticos y en general toda causa de psicosis accidentales lleva: como nota anatómica, destrucciones más o menos extensas e irreparables o de una posible regeneración, en la sustancia cerebral o excesiva proliferación de la armadura fibrosa que hace pensar en la cizaña de la parábola bíblica que ahogaba toda buena semilla.

Pero junto a los desórdenes nerviosos que tienen una causa determinante singular y de consecuencias

---

(1) Las exposiciones de Andrés Thomas sobre "Los medios de exploración clínica del sistema simpático", hacen vislumbrar el papel inmenso encomendado a la regularización vegetativa para el proceso íntegro de la existencia. Y aún cuando nos hallemos todavía en un caos acerca de tales conocimientos, quizá nos proporcionen ellos la clave de muchos problemas.

anatómicas más o menos visibles, están aquellos que, si provocados en motivos actuales, mediante la condicionalidad de ciertas circunstancias, sus causas determinantes están ocultas en la calidad de la herencia recibida. Se nace con determinadas predisposiciones, las cuales se expresan según Delmas y Boll, como «una especie de enfermedad crónica que crea un terreno específico propicio al desarrollo de psicosis—unas pasajeras y otras durables—cuyos síntomas no son más que el desarrollo de las tendencias constitucionales». El médico no encuentra signos anotómicos que los representen pero si manifestaciones muy claras en la vida no atacan ni destruyen directamente las facultades mentales, son desórdenes afectivos (emocionales en gran parte). (1)

Los psiquiatrias mencionados siguiendo las huellas de autoridades casi clásicas en la materia y completando sus datos, catalogan en cinco grupos estas enfermedades —de los trastornos emocionales con resultados psíquicos—; de ahí deducen cinco constituciones o temperamentos enfermizos: el de los ciclotímicos, cuyo trazo de existencia es una especie de marcha ondulatoria, en la cual se descubre caídas y depresiones y ascensos de hiperactividad; 2º el temperamento cuya denominación específica ha sido el de *emotivo*, de los psicasténicos o atacados de neurosis de angustia; 3º es el tercer grupo el de los perversos, equivalente en gran parte a los designados por la criminalogía positiva de los inadptables sociales, grupo extenso de delincuentes o de gente temible (entre ellos los impulsivos más peligrosos); 4º en el cuarto grupo se coloca a los *mitomaniacos*, insociables también, pero no propiamente por dañosos sino por eterna sospecha de engaño: la base de la vida en sociedad es la creencia, la fe, y ¿cómo tener fe en el eterno simulador?; 5º en el quinto grupo se encuentra

---

(1) Quizá los signos anatómicos imperceptibles hasta hoy pero que deben existir a lo menos como transformaciones neuroquímicas (Damaye, Dumas, Janet) deban buscarse en el sistema *simpático* o en la inervación viceral.

ese amplio conjunto de seres desprovistos de simpatía, egoístas reconcentrados, reivindicadores de todo privilegio; fatuos y agresivos denominados en conjunto de *constitución paranoica*.

Con claridad vivísima comprendieron los Drs. Delmas y Boll que a tales estados de enfermedad deberían corresponder circunstancias menos exclusivas pero cercanas entre los hombres llamados normales, y pensaron, en consecuencia, en una clasificación psicológica de los temperamentos equivalente a la psiquiátrica de las constituciones. Estuvieron en lo justo; la enfermedad no es sino el desarrollo excesivo o mal dirigido de una necesaria función. Así mismo, los componentes de la inteligencia exacervados o anulados en la enfermedad, están repartidos diversamente entre los hombres.

Los tres elementos señalados de la inteligencia —memoria, imaginación y juicio— quizá no pueda decirse que agoten la vida del pensamiento, pues sólo a virtud de una extensión exesiva del significado de la expresión *juicio*, podrá comprenderse como de su dominio la formación de las ideas generales y abstractas. Cierto que mediante juicios se inician las labores para aquellas adquisiciones, pero muy luego se supera para las abstracciones, la pura aplicación de calidades al objeto. Y es la absoluta carencia de ideas abstractas lo que constituye determinados estados anormales como la imbecilidad; de la misma manera que la obnubilación y confusión mentales se extreman en el idiotismo. En el hombre normal tendríamos: el imaginativo o el de imaginación tardía, con sus matices intermedios; el dueño de una memoria muy viva y muy extensa, o el torpe de memoria, el olvidadizo o el que confunde y trastorna los recuerdos: y encontraríamos seres juiciosos, meditativos, prácticos, o febriles de entusiasmo, aturdidos y falsos argumentadores. El exceso o carencia de ideas superiores nos da: o los idialistas —sabios y artistas si acompaña a sus construc-

ciones un recto juicio, desequilibrados y fantaseadores cuando carecen de él— o el imbécil que hemos dicho, el grosero y el puro tipo de pasiones. (1)

En fin, las notas afectivas determinantes de los temperamentos las hallamos así diseminadas entre los individuos: a) el modo de ser que la antigua psicología asignaba —según sus términos— a los nerviosos: instantáneas alegrías, hilaridades desproporcionadas con la causa y horas de depresión, de melancolía y abatimiento. Parecen en ocasiones como indicadores del tiempo, que gorjean ante el cielo azul, se encienden en la llama dél sol y alegres juguetean, o sufren y tiritan en la niebla. ¿Quién no ha sentido, en ocasiones, al despertar, una intensa vitalidad que sube y se derrama por los nervios a la manera de un estímulo de hacer? Es, con el nombre amado por los ingleses, *la alegría del vivir*, cuya correspondencia interna se descubre en las funciones cumplidas con plenitud y sin dificultades: energía para gastar y adecuada aplicación, como el rico de su tesoro. Y hay días en que no nos levantaríamos del lecho, en los cuales todo esfuerzo nos resulta penoso y la laxitud de nuestro cuerpo se complica con la inercia cerebral, no podemos pensar. El predominio de estos estados tiene en cada hombre distinto sentido: y nos encontramos con temperamentos alegres y melancólicos, los unos resueltos a triunfar y plenos de fe, los otros abandonados al fatalismo.

b). — La descripción inmediata anterior nos ha impuesto descubrir la íntima relación de ese estado mudable y vacilante del espíritu con la emotividad, pero ésta siendo la base común al rededor de la cual se concretan los temperamentos toma particulares aspectos expresivos en ciertos individuos; los designados por eso, como emotivos. Su signo es de la reacción instantánea, poco reflexiva, y su carácter psicológico será el

(1) También se ha pensado en una especie de enfermedad mental de los poco inteligentes o de desarrollo retardado, semejante a la demencia por el déficit que supone (Binet y Simón).

de constituír una *emoción* con las aptitudes emotivas de que disponga —según la distinción que hacemos en otro lugar (1)—;

c). — Han querido designar con el nombre de *sociabilidad* Delmas y Boll, la tendencia supuesta normal del ingenuo proceder, de la lealtad en una amable cortesía, cuyo opuesto signo es la simulación el engaño y la fatuidad. Pero, no podemos prescindir de señalar que, talvez respecto de ninguna otra cualidad humana ha hecho la sociedad tan hondos estragos como en ésta: la sinceridad, de ordinario, en el trato social es dureza; la ficción y el engaño, cultura, dominio de si mismo, etc. De manera que no se hasta que punto deba llamarse lo positivo sociabilidad y no lo negativo. Lo contrario a la colectividad es la mentira maliciosa, dañina, la adulación y el disimulo que marcha hacia la vanidad morbosa y el embuste;

d). — El hundimiento de los preceptos éticos, el desvanecerse de sus estímulos, determinan en el hombre la amoralidad cuya combinación con estímulos pasionales conducen a la criminalidad. Del puro estado amoral debe nacer la indiferencia, pero de su complicación con otros estímulos procede la perversidad; especialmente:

e) - - cuando el propio aprecio y la subordinación de todo a su querer, hacen de él un egoísta, un ávido. El universo debe girar en torno suyo, se han de sacrificar los hombres por complacerle, y si no lo hacen, se queja, se irrita y persigue. El orgullo sin fundamento que debe llamarse vanidad, conduce a la soberbia y a la tiranía. Soberbia: ínfimo aprecio de los demás y agresividad; tiranía, avazalladora imposición de la voluntad propia con miras personales de aprovechamiento.

—He colocado junto al señalarse de los puntos y orientaciones generales de los psiquiatras franceses, ciertas indicaciones y pruebas esclarecedoras del conte-

---

(1) Véanse los capítulos que publicamos sobre las emociones.

nido; porque si no en todas sus partes, en lo esencial acepto el sistema, por parecerme de verdad indiscutible y de magníficos desarrollos. — Sean cuales fueren los vacíos en la clasificación, el intento es notable, el mérito verdadero y la iniciación habrá de seguirse. La Psicología prosperará así, mediante sus auxiliares y estos a su vez hallarán en ella indicaciones que preparen a ver disgregarse o descomponerse ciertas calidades anímicas—.

V

A toda desilución acompaña inmediato el rechazo, y tanto más violento y opuesto a transacción cualquiera, cuantas mayores esperanzas se habían fundado en la idea o procedimientos fallidos; es una infantil venganza del investigador que, sin querer confesar sus faltas en el método o su modo de generalizar inadecuado del dato y sus fantasías extravagantes en él nutridas; acusa de error el sistema. Eso se hizo respecto del hipnotismo; prestigiado en sus orígenes científicos con una plenitud de virtudes tales que sería la terapéutica universal, la manera de adquirir o recobrar todos los funcionamientos normales y el camino para penetrar hasta las reconditeces más ocultas del pensamiento y la conciencia del individuo. Los experimentos dieron hermosos comprobantes pero de resultados parciales: la curación de algunas enfermedades nerviosas y psíquicas constituyeron meras treguas con un resltado posterior de reaparecer—en ocasiones con mayor violencia—el antiguo mal; la reeducación de ciertos movimientos fueron parciales o duraron poco; y el espíritu y el alma del hombre quedaron tan intangibles y tan imimprecisos como siempre. La posibilidad sugestionante pudo desmostrarse pero con aplicaciones de escazó interés.

Sin embargo, ciencias auxiliares de la psicología general y de la medicina psíquica, vinieron a robustecer lo adquirido y a volverlo eficaz: tal la ciencia de la

educación con sus ensayos sobre el niño y la sociología de los movimientos colectivos. La sugestión es factor imponderable en las acciones y medio importantísimo de educar. Se completa con las capacidades activas de sugerir y de imitar, y para hacer del niño hombre culto y sociable. De manera identica el orador y el hombre de prestigio, como el adulador de las pasiones colectivas; despiertan tendencias dormidas, dirigen energías disponibles sumando orientaciones de una misma clase y restando las contradictorias, y son los verdaderos responsables del actuar conjunto de una multitud.

V I

Comprendida la exteusidad del campo que la psicología ha de recorrer y la difícil penetrabilidad de símbolo que en cada conciencia adquiere un fenómeno o función; no es posible dudar que todo dato, toda investigación, cualquier análisis es de importancia indudable y no se lo desechará sin gran perjuicio; lo que hace falta es interpretarlos de manera adecuada y ordenarlos en su natural graduación.

La introspección es el adecuado conocimiento del yo en cuanto se desarrolla y actúa: da a ciertas causas la preferencia como motivo y señala al análisis puntos de vista para una descomposición posterior. La objetivación del hecho interno no puede darse sino en nosotros: tu cólera es un movimiento de alma semejante a la por mí sentida en determinadas circunstancias. De manera que respecto a tal estado no explica la psicología a nadie que sea, se refiere al individual conocimiento. La objetivación exterior es de las causas y de los efectos, sobre la base de postulados precedentes: y entonces el papel de la observación externa. De ahí que no hace mucho haya podido decir Janet, que la psicología introspectiva sigue siendo la más exacta desde el punto de vista metafísico. Y a

pesar de cualquier desprestigio sufrido, la metafísica renace y se apodera del pensamiento contemporáneo, con una u otra atenuación, con una u otra salvedad. Mientras permanezca un misterio para el pensamiento y fuerzas incontables o medibles por instrumentos físicos, la basílica de nuestro refugio será a perpetuidad la metafísica.

La experimentación es el bazar de hechos donde se exhiben de continuo los productos y los elementos de su composición. Y, o se presenta como estadística de datos o como descomposición y recomposición de materias. La estadística tiene su valor para la comparación, permite proceder en vista de la generalidad y nos dá el conocimiento de lo continuo y de lo discontinuo en la especie; la llamada medida de la inteligencia, que no es sino aproximación al trazo o dibujo general de la capacidad média, con diagramas suplementarios de sus exesos y faltas, nos viene de tales datos. Un investigador de psicometría de la talla de Binet ha llegado a expresarse: «Esta escala nos permitirá no medir, porque las cualidades intelectuales no se miden, sino establecer una clasificación, una gerarquía entre las diversas inteligencias: pero para las necesidades de la práctica, una clasificación equivale a una medida». Las anotaciones obtenidas deben depurárselas de todo lo extraño —tan frecuentemente incorporado por la complejidad de la vida— y hasta corregirlas en su sentido material: por las imperfecciones del operador o del aparato, entre otras.

Junto a la observación artificial —con todos los vicios experimentales— está la natural —la del hombre atento a las modificaciones que se operan sobre cuanto en torno de él está—. Sabios anotadores estos últimos de las desviaciones, pérdidas y calidades, y caídas y reintegraciones de los procesos del espíritu. La misma provocación de estados mentales entre estos investigadores, es puramente el colocar las condiciones para un surgimiento natural de estados anormales.

Sólo por el conjunto esfuerzo de todas las prácticas que dan algo de sí, irá a formarse el conocimiento integral del mundo de la conciencia humana; de ahí que al lado de esos sistemas esté el de la etnografía comparada como nuevos aportes de observación.

La *psicología etnológica* estaba destinada a dar resultados de mérito incomparable, pero los procedimientos han resultado inadecuados.

Por parte de los antropólogos, etnógrafos y sociólogos ingleses, continuadores, en muchos sentidos, de los esfuerzos de Vico por esclarecer importantes problemas histórico-filosóficos; su prodigiosa labor se ha encaminado a hallar los orígenes de la civilización y de sus instituciones, refiriéndose incidentalmente a las calidades individuales del grupo. Así han procedido Lubbock, Tylor y hasta el mismo Spencer. Quizá únicamente un continuador insigne de tales maestros, cuya principal especialidad fue la psicología; puso todo su entusiasmo en un ensayo capital de reconstrucción evolutiva de los factores espirituales humanos. G. J. Romanes, arranca el conocimiento de las condiciones del hombre de una internación muy sugerente en la psicología animal: procedimiento genético admirable de propósito darwinista para esclarecer los orígenes; continúa por la comprobación de los datos particulares «tomando desde el punto de vista de la descendencia» para demostrar «que el espíritu humano deriva de las facultades mentales, tales como las encontramos en los animales inferiores al hombre», y rebasa lo individual con aspiraciones no extrañas a la evolución psíquica, cuando encuentra: «Por último, es también un hecho de observación, como lo demostraré en la obra que seguirá a esta, que la historia de nuestra raza según lo refieren los documentos, las tradiciones, las ruinas antiguas, los instrumentos de la edad de piedra, la inteligencia de la raza a estado sometida a una serie regular de desarrollo gradual». (1) La idea eje pudo ser pro-

(1) Romanes "La evolución mental en el hombre".

digiosa en ramificaciones, pero se resistió Romanes a los detalles, y falta la comparación de capacidades y aspiraciones.

A la escuela alemana de Lazarus, Wundt, &., se la critica el haber pretendido renovar, en la psicología etnológica, la mecánica psíquica de Herbart. Y se se ha fracasado en otro terreno aún, el ya indicado de la psicología de los pueblos; por haberse pretendido hacer de ciertos tipos considerados como característicos, los representantes de la nación: la máscara bufa o trágica, de un jefe de estado, de un aventurero de fortuna, o de la plebe en día de fiesta, pegada al rostro de una sociedad para representarla ante la historia.— El individuo es el elemento, el producto es la institución.

CAPITULO SEGUNDO

VARIAS TEORIAS QUE TRATAN DE EXPLICAR LO QUE ES LA CONCIENCIA (1)

Introducción: la naturaleza social y los fenómenos vitales. Importancia de la técnica biológica en el estudio de la constitución de las sociedades humanas. — La Sociología se preocupa ante todo de la investigación de los caracteres y antecedentes de la conciencia social, de la misma manera que los estudios de psicología individual, son preponderantemonte de esclarecimiento de lo que es la vida consciente y los límites de tal actividad — Varias opiniones sobre el origen filogenético de la conciencia. — Hipótesis que tratan de explicar lo que la energía consciente es. — Interpretaciones biológicas de la conciencia.

I

La energía vital que ha ido constituyendo los organismos en su recorrido ascendente de perfección, des-

(1) Ilustran el contenido de este capítulo, las siguientes obras: "Compendio de Psicología" de G. Wundt, "Los Enigmas del Universo" de Hæckel, de Hoffding "Bosquejo de Psicología basado en la experiencia", los "Principios de Psicología" de W. James; Lotze "Microcosmos", "La evolución Creadora" Bergson, Baldwin "Historia del alma", Carlos Vaz Ferreira "Psicología

pués, de haber ensayado entre las varias especies de animales el aparecer de sociedades más o menos amplias y estables; entre los hombres determinó el más perfecto sistema de agrupación. Pero, ¿habrá sido la misma energía que hubo ordenado y sistematizado las agrupaciones celulares para que constituyan los organismos vivos, que aquella a cuyo impulso habían de aparecer las organizaciones sociales? en otros términos, ¿lo social es sólo un grado superior en que se manifiesta el trabajo constante de la vida para dar origen a los individuos y a las especies? No, se contesta con frecuencia: lo uno estuvo sujeto a puras leyes biológicas en su formación, lo otro debió haber nacido y desarrolládose—como aún hoy sucede—en virtud de un poder psicológico capaz de triunfar de las resistencias opuestas por las aspiraciones rivales; triunfo, no en lo absoluto predeterminado, sino que reviste vivos matices de elegibilidad, de voluntaria aceptación. Talvez quienes así reflexionan, no tienen por el momento a la vista la imagen de las sociedades animales.

Pero, pensando en esa misma actividad psicológica, fuerza preponderante en los resultados de las agrupaciones humanas, y cuyos caracteres, en parte a lo menos, serán aplicables a las sociedades no de hombres; nos preguntamos: ¿es esa actividad en esencia distinta de las energías reconocidas y estudiadas por la Biología? He aquí una de las materias de principal investigación para llegar al conocimiento de la naturaleza social; pues, como sabiamente lo decía Leibinitz, todo sistema de fuerzas está formado de fuerzas menos complejas, que a su vez se resuelven en unidades de energía, y hasta la mayor simplificación posible deben ir el análisis y las investigaciones para alcanzar a comprender el sistema. Y, ¿como podremos descomponer las

---

Elemental", Abel Rey "Psicología", los "Principios de Psicología Biológica" de J. Ingenieros, Otto Klemm "Historia de la Psicología" y los trabajos psicológicos de Luquet.

actividades sociales? ¿Cuál será el límite de simplificación de las funciones hasta donde podamos llegar?

El biólogo busca en la intimidad de la célula, en la complicación de su estructura molecular, la explicación de la actividad funcional de un organismo compuesto de muchos millares de células; así, nosotros descubriremos el centro o núcleo de las primeras individualidades del compuesto, la unidad fisiológica (comprendiéndola en lo social, igual a aquella que creía descubrir Spencer en el interior de la célula viviente) en el individuo, hombre, que sufre la interior dirección de una fuerza íntima, de poderes ocultos y avasalladores, capaces de señalar orientaciones a las formas varias de sus actividades, en presencia del correspondiente estímulo procedente del exterior; y todo eso cambiándose en reacciones, oposiciones y sumas de fuerzas parciales, para la determinación de los caracteres de la primera unidad social que hemos dicho.

Pero, si bien las sugerencias de las organizaciones biológicas son muy enérgicas y llenas de actractivos para todo investigador de las constituciones sociales, debemos pensar que la organización humana y su energía espiritual, no pueden darnos exactas semejanzas conceptuales, con esa unidad fisiológica, término medio e hipotético, entre la base molecular química y la unidad formal (1), la célula (que sería en lo social el agregado familiar) concebida por Spencer; desde que esa entidad biológica, sin base apreciable en el estudio celular, es real en la vida del grupo, mientras que la unidad química es reemplazada por los poderes ocultos que for-

---

(1) "Spencer da el nombre de *unidad fisiológica* a las partículas menores de materia viva. Estas unidades pertenecen a un orden intermediario entre las unidades químicas (moléculas) y las unidades morfológicas (células); están formadas de moléculas y forman las células. La forma del organismo resulta de su colocación y ésta depende de la forma de las partículas mismas...." Yves Delage y M. Goldsmith "Las teorías de la evolución".

man la conciencia. Más aún, la técnica biológica sólo puede dar origen, en muchos casos de aplicación humana, a un lenguaje metafórico, muy capaz de inducir a error, pero al mismo tiempo lleno de promesas para poder insinuar en la imaginación, como trabajan las fuerzas subterráneas de la vida que vemos florecer a nuestra vista, en la matizada flor del hecho histórico o convertirse en el fruto suculento de una institución social.— Por eso, a través de muchas rectificaciones, y a veces también con su verdadero y neto sentido, es preciso emplear el lenguaje de la Biología en las explióaciones sociales; ya que ella es fuente de inagotables enseñanzas para comprender todo el trabajo psicológico que se opera en la vida espiritual humana.

II

Ahora, si penetramos en la realidad social, si tratamos de comprender la vida del grupo en su desenvolvimiento y en sus singularidades; hemos de hallarnos con que uno de los capítulos más importantes y difíciles de la Sociología, se titula la conciencia social, tal como en la Psicología individual la primera interrogación y la más formidable, para cuantos se deciden a penetrar en el maravilloso alcázar donde discurre la vida espiritual «como una infanta de corte, ataviada», es el problema de la conciencia; y en verdad, sólo esta clave resuelve la naturaleza de la mayor parte de los fenómenos internos.

Y ¿qué es la conciencia? ¿cómo se manifiesta? ¿cuál es la energía que le da origen? ¿y su proceso filogenético y la ontogenia de su aparecer?

Hacia el origen de la conciencia social o su forma de constituirse, la manera de su resultado vital y los caracteres de su funcionamiento; es hacia donde han ido casi siempre las investigaciones de quienes buscan

la fuerza primordial, la causa primera de las actividades de un grupo humano.

Ya se piense con Tarde en el fenómeno intermental, dándole el papel de constituir el principio psicológico de las semejanzas individuales en la convivencia social; ya se afirme como el sentimiento esencial el de la especie y la idea de agregado humano homogéneo, como causa sólo de simpatía o también cual si fuera el principio de rivalidad entre grupo y grupo, reuniendo a los semejantes para enfrentarlos en hordas hostiles, en presencia de lo limitado de la naturaleza y lo ilimitado de las aspiraciones; según lo comprendió Gumplowicz, cuando señalaba la lucha entre especies rivales para explicar todos los sucesos históricos: Sobre el mapa de arenosas tierras de la Mesopotamia, que el Eufrates y el Tigris recortan y abrazan; líneas rojas trazaron con su propia sangre hititas, asirios y caldeos. O bajo la protección de Agni, dios supremo, o del inmortal Indra; tejieron la corona de sus triunfos y de su opulencia los bramanes, con los lotos blancos cultivados con sangre de los dravidianos. — O explicando la manera de generarse la atracción de grupo, cuando se habla del egoísmo y del altruismo en la existencia de los hombres reunidos, y se hace el recuento de los resultados en virtud de sus extrañas combinaciones. — Que todo lo dicho es formación de conciencia y origen del yo específico, que se presenta junto y distinto de toda otra individualidad.

O ya pensando en las relaciones de conciencia a conciencia, o en los antecedentes de la una en la otra, como cuando Roberty nos enseña que la social precede a la individual y la informa. — Cuestión de conciencia individual y del grupo, es la que dilucidan la antropogeografía y la escuela jurídica y moral, cuyas investigaciones sobre los orígenes del sentimiento y reglas del derecho, de la religión o preceptos morales; no hallan otra cosa que la explicación del arreglo social, según la común aspiración, en esas esferas del orden.

De igual manera, hoy la Psicología se decide a definir el objeto de su estudio en esta forma: «es la ciencia de los fenómenos de conciencia», como si nada más que eso le correspondiera investigar. Pero ¿ese conocimiento se relaciona con el de un fenómeno espiritual de orden particular, de una como facultad, en el sentido reservado a este término en la antigua Psicología? (1)

Esto es lo que vamos a ver con el estudio de las varias hipótesis propuestas.

III

Principiando por oponer al criterio general que se ha ido formando, desde cuando Descartes trató de explicar la conciencia como un poder especial de que disponía sólo el alma espiritual del hombre, entre todos los seres en la realidad visible existentes, los criterios más radicalmente opuestos; señalaremos en el orden siguiente:

Primero; nos encontramos con la hipótesis que la concibe como una energía cósmica, de semejante naturaleza a las fuerzas del odio y del amor de los sueños metafísicos de Empédocles; así los cristales tendrían conciencia de su sistema de cristalización, y los átomos de materia de sus reales atracciones, representadas por su grado de estabilidad en sus respectivos compuestos. Si la idea es inaceptable, por lo menos se explica su aparecer. Que es la conciencia se ha pensado, conocimiento y elegibilidad (arreglo, dirección); pues no consiste en otra cosa la conciencia humana, que en el conocimiento del hombre de su actual situa-

---

(1) Ya Santo Tomás parecía negar la sustantividad de la conciencia, cuando la designaba así: "la conciencia, hablando con propiedad, no es potencia sino acto".

ción y en su capacidad de dirigirse en relación con tal conocimiento; algo semejante debe pasar, una elección de igual clase deben tener las sustancias químicas que abandonan un compuesto, por ejemplo, en presencia de un cuerpo por el cual tengan mayor afinidad: el conocimiento y la elección parecen ser las fuerzas de cuyo ejercicio ha procedido el resultado dicho; y lo mismo, en la forma según la cual elige el polo respectivo el cuerpo químico que ha sido electrizado. — Mas, nosotros deberemos reflexionar que el resultado se orgina en fuerzas externas, en contactos casi mecánicos; no hay en consecuencia verdadera elección, acto interno; es seguir la corriente, como el río que tuerce su cauce en razón de un cambio de plano, por virtud de la atracción terrestre. — El sistema de las composiciones y descomposiciones inorgánicas, son sólo sistemas de atracción procedentes de la naturaleza de las masas, como sucede en la organización de los equilibrios en el movimiento universal. Si suponemos a un cuerpo rodando en los espacios sujeto a determinado curso por la atracción de un astro, e imaginamos luego, que repentinamente sufre la influencia de otro planeta de mayor poder atractivo, y por lo mismo, le vemos dejar el un sistema para penetrar en la órbita de la nueva influencia ¿pensaremos que hubo elección? No, porque ha cedido a una imposición procedente de afuera, no es impulso interno en el cual haya ido envuelto algún conocimiento. Y debemos también considerar que, en las relaciones de aproximamiento y ordenación del sistema mecánico en las sustancias químicas, no debe influir únicamente las masas, sino la rapidez del movimiento, la cohesión de las partes, y la manera íntima como están organizadas las fuerzas de la formación de la mólecula de cada cada cuerpo. Y esas calidades internas se aumentan en magnitudes extraordinarias en las sustancias vivas, pues incluso el *tropismo* de los biólogos, requiere, junto a estimulantes externos, condiciones internas adecuadas; es la colaboración interna que se califica con esta nota específica de los vivientes:

actividad, frente a la inercia de los minerales. ¿Y en el sistema de cristalización? Es ley fatal que el cuerpo no puede cambiar por sí, y por tanto, no cabe en ese caso elección, pues ella supone varias posibilidades de las cuales se ha preferido una; sea aun cuando fuere mediante la oposición y triunfo de las pasiones, que son fuerzas que nosotros las hemos constituído o aceptado, dentro de ciertos límites.

Otra opinión nos enseña: es una propiedad celular, y a la conciencia del animal no puede concebírsela sino como la suma, la agregación de esas conciencias sin ningún cambio en su naturaleza.

Hay quienes afirman que todo organismo vivo complejo está dotado de conciencia, y otros que es propiedad exclusiva del animal (1) llegando algunos autores a relacionarla únicamente, con un amplio desarrollo de centralización nerviosa.

Junto a las tres últimas hipótesis, Bergson ocupa una posición especial, pues él nos dice: «Entre la movilidad y la conciencia hay relación evidente: cierto es que la conciencia de los organismos superiores parece solidaria de determinada disposición cerebral: cuanto más se desarrolla el sistema nervioso más numerosos y más precisos son los movimientos entre los cuales puede elegir y más luminosa es también la conciencia que les acompaña. Pero, ni esta movilidad, ni esta elección, ni por tanto esta conciencia, tienen por condición necesaria la presencia de un sistema nervioso, éste no hace más que canalizar en sentidos determinados y llevar al más alto grado de intensidad una actividad rudimentaria y vaga, difundida por toda la masa

---

(1) Buscando diferencias entre las formas de vida de plantas y animales Schopenhauer se expresa: "La conciencia no es absolutamente conocida más que como la propiedad de los seres animales. Aún cuando se eleva y progresa a través de toda la serie animal para llegar hasta el hombre y su razón, la inconciencia de la planta, de donde la conciencia ha salido, continúa siempre siendo el punto fundamental de partida."

de sustancia organizada. Cuanto más se desciende en la serie animal más se simplifican y se separan los centros nerviosos hasta desaparecer por fin los elementos nerviosos como sumergidos en el conjunto de un organismo menos diferenciado; pero así sucede con los demás aparatos y demás elementos anatómicos, y sería tan absurdo negar conciencia a un animal por no tener cerebro, como declararlo incapaz de nutrirse, por no tener estómago.» Y pensando en que la movilidad es causa de desarrollo de la conciencia a tiempo que puede ser efecto, y reflexionando además, en que también en las plantas, aún cuando en menor escala que en la otra rama de la evolución vital, hay movimiento, concluye: «podría definirse al animal por la sensibilidad y la conciencia despertadas, y al vegetal por la conciencia dormida y la insensibilidad.»

Pero ¿cuál es esa actividad vital cuyo desarrollo da tan sorprendentes resultados? y ¿cómo se procede en el interior del organismo para producirla? La metafísica de Bergson no entra a esclarecer bastante estas cuestiones, y sólo nos enseña que el desenvolvimiento de ese carácter en los animales, su mayor valor en ellos, está condicionado por una contextura celular, que evitando la rigidez de la envoltura facilita los movimientos. Por otro lado, la función con el carácter de especialización en un órgano, de la actividad ya antes ejercida por los organismos inferiores de un modo indiferenciado, de las explicaciones del autor francés, parece volvernos al concepto de la conciencia celular, a cuyo perfeccionamiento únicamente se ha llegado, por la especialización del trabajo.

Pero no se le escapa a Bergson que: «para elegir voluntariamente entre muchas actividades determinadas, se necesita centros cerebrales, es decir, encrucijadas de donde partan distintas vías que conduzcan a mecanismos motores de configuración diversa y de igual precisión». Mas esto, cuyo resultado podríamos imaginar debiera ser conducirle a descubrir en el sistema nervioso un poder y una función especiales, le lleva

a esta determinación: «Pero aún allí en donde no se ha producido todavía la canalización por elementos nerviosos y menos se ha producido la concentración de elementos nerviosos en sistema, siempre hay algo de que saldrán, por desdoblamiento, lo reflejo y lo voluntario.»

Mucho hay de verdadero en los puntos de vista reconocidos por Bergson, especialmente eso de dar una participación de conocimiento de sus acciones a todo ser vivo, pero lo inexplicado de la base física de la conciencia, le hace confundir grados y capacidades; y le lleva a esa especie de indistinción, hermosa pero que puede dar lugar a muchas discusiones que con su pura metafísica sería casi imposible de resolver, de la naturaleza del instinto y de la inteligencia.

IV

Todas las hipótesis hasta aquí enunciadas, se han preocupado casi exclusivamente de la génesis u origen de aparecer, en el mundo de la vida, de las actividades conscientes; pero ¿cuáles son las explicaciones dadas sobre la naturaleza de la conciencia? Es verdad que se han ensayado un sinnúmero de hipótesis en esta materia, pero pueden todas agruparse los siguientes sistemas de clasificación.

Aquel cuyo enunciado fué debido a Descartes, y que ha dirigido las enseñanzas de los espiritualistas, durante la mayor parte de la historia de la Psicología: las actividades físicas corpóreas y las espirituales funciones del alma, actúan las unas sobre las otras produciendo el resultado del vivir humano a que asistimos en la conciencia de una sensación, de una idea, o de las funciones orgánicas que en ellas tienen su móvil o causa de ejecución: resultado en los cuales el trabajo rector, es debido a las facultades del espíritu. — Opinión combatida en el pasado siglo, aplicando al organismo

humano una ley física universal: la permanencia de la energía y la imposibilidad de cambiar, la física, procedente del estímulo exterior convertido en vibración nerviosa, por otra de naturaleza que se quiere concebirla tan distinta, como la espiritual o psíquica.

Esa vieja teoría ha sido defendida y renovada por Maxwel, quien se propuso evitar las objeciones así explicando el hecho: «una fuerza actuando perpendicularmente a la dirección del móvil, no produce ningún resultado, y cambia solamente la dirección pero no el coeficiente de la velocidad. Por consiguiente, la energía actual o fuerza viva, que depende del cuadrado de la velocidad, permanece la misma.»

Es en estricto sentido opuesta a la anterior la teoría materialista, que ve en la conciencia sólo un producto de las energías físicas cerebrales, y menos que eso, por virtud de las afirmaciones que culminaron en los groseros conceptos emitidos por Karl Vogt: la producción de todo fenómeno de conciencia, decía, no es otra cosa que secreciones del cerebro, de igual clase o del mismo orden que de las otras glándulas del organismo.

La escuela denominada del panpsiquismo, cree descubrir en el fondo de todos los seres, incluso los inorgánicos, una energía psíquica, espiritual, de donde procede cuanto es, y cuyo revestimiento únicamente, o forma exterior, es la materia, son los cuerpos. Lotze quiere representar a los seres todos del universo, como compuestos de un sinnúmero de pequeñas porciones de materia, átomos, que a su vez están formados de elementos menores, pero ya no materiales, sino psíquicos; (hacen recordar estas afirmaciones la moderna teoría física de los electrones). — Fundándose en las indicadas enseñanzas, nada encuentra Lotze de inaceptable en que la actividad física pueda convertirse, en el interior de un organismo, en psicológica actividad; y hasta parece buscar con Descartes, un lugar en el cerebro donde tal transformación se efectúe, «el asiento del alma».

Pero va más allá el autor del «Microcosmos», piensa que aún no aceptando sus afirmaciones sobre la naturaleza de los seres, podría creerse con perfecto derecho en la indicada transformación, pues la ley de conservación de la energía no exige otra cosa que un equivalente, aun cuando sea de distinta naturaleza que aquel que la originó.

Por fin, hay una gran corriente en el pensamiento moderno, que trata de resolver las dificultades de la oposición y doble naturaleza de las energías y sus transformaciones de unas en otras, con la confusión en una misma forma de ser y de actualidad de subsistir de las dos actividades: no son dos energías que se transforman o que la una influya en la otra o rija sus actividades, son dos aspectos, dos faces de una sola realidad: «nos vemos impulsados a considerar la acción recíproca, material entre los elementos de que se compone el encéfalo y el sistema nervioso, como una forma exterior da la unidad ideal de la conciencia», pues «no tenemos ninguna razón para considerar el alma y el cuerpo como dos sustancias diferentes». Fechner nos enseña en forma de una metáfora el contenido de las afirmaciones de la hipótesis de la identidad: son los aspectos material (cerebral y de modo general nervioso) y psicológico (consciente) «como los lados cóncavo y convexo de una curva». — «Debemos admitir — dicen quienes aceptan esta teoría—que la existencia fuera del aspecto que nos lleva a considerarla como materia, tiene además otro aspecto que en nuestra conciencia se manifiesta inmediatamente a la introspección, pero que hay que suponer también en los demás estados de la existencia bajo formas más sencillas, y estos grados inferiores son, a lo que conocemos, en tanto que conciencia, como la energía potencial a la energía actual»; en fin sus defensores protestan que «declaran únicamente que la misma cosa que vive, se extiende y reviste una forma en el mundo exterior de los cuerpos, se extiende también en su fuero interno pensando, sintiendo y queriendo».

Hay demasiada metafísica en las explicaciones hasta ahora indicadas respecto de la conciencia; y no la metafísica preciosa para las ciencias experimentales, que penetrando en lo interior de la vida, mira las palpitaciones de la materia, investiga con apasionado amor el enlace y oposición de las fuerzas, siente el brotar de una actividad en fuente viva, que irá regando el campo donde ha de florecer floraciones exóticas y avigarradas de hechos incomprensibles; para ver así, en el fondo la actividad y en la superficie el fruto, y reconstruir idealmente todo el camino de la fuerza, todas las dificultades vencidas por la energía y todas las resistencias de la materia para ser penetrada por ella.—Como en la historia humana es necesario soñar con profundo cariño, y después de seguir a los pueblos antiguos en su recorrido, sentarnos con los israelitas a las márgenes del Eufrates y repetir con ellos sus lamentaciones, cultivar con lágrimas bajo el cielo de fuego de la tierra de Cam los frutos que servirán de rodillas a sus señores, y huir con ellos también a través de desolados desiertos guíados por la voz inspirada de sus profetas, viviendo de sus alegrías y de sus dolores; recorrer los áridos campos de la Samaria envueltos por uno de esos crepúsculos milagrosos cuando se deshojan pétalos de luz de rosa sobre las mujeres que van a llenar sus cántaros; que sólo así sabremos alimentar sus ilusiones y comprenderemos la eterna esperanza de una felicidad que nunca llega y se espera con inquebrantable fe: «Jerusalem tu serás salvada por un descendiente de Salomón, que devolverá a tus palacios y a tus templos su magnificencia».—De la misma manera la naturaleza sólo ofrece el secreto pudor de su vida íntima, al amante que llega hasta ella, sueña y ama, desea y conquista; después de conocer interpretar, junto al dato la intuición.

V

Aún los autores que buscan en la Biología el esclarecimiento de la idea de la conciencia, se detienen frecuentemente en el paralelismo de dos órdenes de la realidad: «Para mi —se expresa Hæckel— entrelas diversas teorías contradictorias, la que me parece más verosímil, es la que relaciona la formación de la conciencia a la *centralización del sistema nervioso* (subrayado en el original) la cual falta aún en los animales inferiores. La presencia de un órgano nervioso central, de órganos de los sentidos muy desarrollados y de una asociación muy extensa entre los grupos de representaciones, me parecen las condiciones necesarias para hacer posible la conciencia.» Pero si ese fuera el hecho —admitiendo que la conciencia sea una fuución exclusiva del sistema nervioso— ¿cómo se ha producido en el momento actual? ¿cómo se ha generado? siempre una energía milagrosa de orden particular a menos de concebirla en el sentido descrito por Vogt; y en todo caso, dentro de aquella opinión, ¿no cabe que haya ni rudimentos de conciencia, y al decir esto, se dice de elegibilidad, entre los animales desprovistos de cerebro? ¿Cómo se manifiesta la vida en esos casos? ¿como actividad mecánica pura? buscar alimento, evitar los choques por los cuales pudiera peligrar la vida del ser y ejecutar actos de mayor complicación aún ¿serán reacciones mecánicas como las de un resorte? la prolongación de los pseudópodos para aprisionar las necesarias sustancias a la alimentación de la amiba ¿deberán considerarse como actos en lo absoluto físicos? No; es que Hæckel parece no concebir como de conciencia todo acto electivo que ejecuta el sujeto en previsión de un fin, sino puramente las más elevadas formas de la vida psíquica, donde se encuentra el pleno conocimiento de la situación y en consecuencia la clara dirección, o acaso sólo piense que es trabajo consciente el círculo

de vida donde se forma la personalidad; pues, en la página 183 del primer tomo de «Los Enigmas» hallamos: «Las células ganglionares o «células psíquicas» que constituyen el órgano nervioso central, son las más perfectas de todas las partes elementales orgánicas, pues hacen posible no sólo las relaciones entre los músculos y los órganos de los sentidos, si que también las más elevadas funciones del alma animal, la formación de representaciones y de pensamientos, *por encima de todo, la conciencia.*» Y esto, aun cuando diga que hay dos campos para la conciencia, el de la experiencia exterior o conocimiento objetivo, y el de formación del yo, o sea la interna experiencia; pues en la página 199 de la obra citada hallamos: «Hoy día me afilio al parecer de Max Verworn, que admite en sus notables estudios psicofisiológicos sobre las prostitas, que probablemente carecen todas de «conciencia del yo» desarrollada, y que sus sensaciones, como sus movimientos, *tienen caracteres de inconciencia*». Por tanto, toda actividad y toda vida de los seres no dotados de sistema nervioso centralizado, deben recluírse a las manifestaciones psíquicas del alma de las células.

José Ingenieros en su «Psicología Biológica» nos afirma: «La posibilidad y el grado de la conciencia de los fenómenos psíquicos en la evolución filogenética, están condicionados por la suma de experiencias comunes a cada especie y particulares al individuo», pero después de haber definido la capacidad de conciencia, teniendo en cuenta las experiencias de la especie y las del individuo, como si cada una comenzara el trabajo de formarla, parece creer también en el aumento de las capacidades de conocer, en virtud de la experiencia hereditaria, transmisible de especie a especie, pues a continuación dice: «Las exitaciones y reacciones de los organismos unicelulares son poco diferenciadas; si llegan a sistematizarse (formando hábitos y transmitiendo tendencias), los sistemas son tan elementales que las nuevas exitaciones sólo pueden relacionarse con una ex-

periencia escasísima: es decir, su grado de conciencia posible es casi nulo». Primera interrogación ¿y el tiempo que permite millares de experiencias, no determina en las especies más antiguas conciencias más claras? ¿por qué? Y después, ¿no es cierto que las experiencias transmisibles hereditariamente de especie a especie, conviértense en emociones e impulsos, es decir, en procedimientos espontáneos que se presentan con vivos caracteres de automatismo?; en ese caso, la concien, cia en vez de ganar, pierde. Pero apartándonos de eso, las adquisiciones para la especie debidas al individuo conviértense en su organismo en hábitos, procedimientos que excluyen el pleno conocimiento individual. El animal ejecuta sus actos talvez mediante una organización correspondiente a los centros inferiores del sistema nervioso, quizá a la médula espinal, y en parte a las bajas regiones del encéfalo, sin reflexión actual y sin detenerse a elegir; pueden haber muchos caminos y hasta pueden representársele para el acto esas existencias, pero hace caso omiso de toda otra posibilidad que aquella que elige, como si todos los otros senderos estuvieran tapiados con muros invisibles. Al igual del caminante que ha ido mil veces de su pueblo a la ciudad, y en la encrucijada donde se reunen varios caminos, ha elegido en diez, veinte, cien ocasiones el que le pareció más corto, después no duda en seguir la senda que constantemente siguió, y largas reflexiones serán necesarias despertar en él para hacerle cambiar de ruta. — Lo habitual ha sido de un modo constante opuesto a la idea de acto reflexivo y que se elige: el verdadero aspecto de lo consciente.

Toda la experiencia psicológica de que disponemos se opone a esta otra afirmación de Ingenieros: «en todo ser vivo el grado de conciencia que puede acompañar a una sensación recibida, depende de la cantidad de impresiones anteriormeute *fijadas por la memoria y sistematizadas en tendencias hereditarias* en hábitos individuales» y subraya lo siguiente: «a un máximum de experiencia corresponde la posibilidad de un máximum

de conciencia». La ley de los exitantes de la conciencia va contra eso, si pensamos (como acaso pudiera pensarse dentro de las indicaciones del escritor argentino) que se requiere un gran número de experiencias relativas a un mismo estímulo; pues, bien sabido es que un estímulo extraordinario produce una fuerte impresión que se traduce en una atención viva dirigida hacia el estimulante, mientras a medida de su constancia en reaparecer, va perdiendo su eficacia de impresionar, hasta el límite después del cual pasa a ser inapreciable para el sujeto. — Si las experiencias a que se refiere se reducen a un cultivo de la conciencia, entonces, nada nuevo nos ha dicho, todo se perfecciona mediante el ejercicio, hasta la madera se aliza y la máquina adquiere suavidad; sólo que esto no explica el conocimiento, sino como la aptitud perceptible se vuelve más fina. Pero hay más, con las indicadas afirmaciones no sólo no llega a demostrar lo que se propuso sino que se encuentra ante una formidable observación: ¿el instinto es grado superior de conciencia que la inteligencia o son desarrollos paralelos? la exactitud de la respuesta al estímulo es muy superior en el estado instintivo que en el inteligente: mientras el segundo vacila, yerra con frecuencia, el primero es rápido en sus decisiones y de gran eficacia; pero entonces, ¿la conciencia en el hombre es inferior que entre los animales? y siendo el hombre el grado más alto de la evolución psíquica ¿por que se merma repentinamente en él, la importante adquisición representada por el instinto?

En fin, después de haber dicho lo que dijo de la memoria para la formación de la conciencia, viene a rectificar la idea expresándose: «conviene recordar las diferencias oportunamente establecidas entre memoria y experiencia. Un estímulo es sensación, es consciente, cuando es referido al sistema de experiencia psíquica precedente, que constituye el yo individual o personalidad consciente.» (Parece esto tener sus orígenes en las afirmaciones de Pierre Janet sobre lo inconsciente y los fenómenos de la conciencia, de que daremos

cuenta más tarde). Con esa explicación pensó dar la clave del fenómeno, pero se equivocó: sólo son experiencias los sucesivos acontecimientos que han caído bajo el imperio del yo, mas ¿si las experiencias anteriores son las que van constituyendo la personalidad, ellas dibujan sobre la realidad de los recuerdos al hombre como es, para darse cuenta de su individualidad y oponerla a todas las demás? El yo se forma de experiencias y es posterior a ellas; por otra parte, lo que comenzó por caer bajo el control del yo, sucesivamente, por continua repetición, acaba por librarse de él ¿qué significa entonces ese máximum de experiencias que constituye la conciencia y al mismo tiempo es causa de la vida espontánea? Parece que Ingenieros se fijó en algo externo cuya influencia ha sido capaz de sugestionarle: la conciencia del niño se perfecciona a medida de los años que pasan sobre el individuo y a medida de su educación, pero ¿qué entiende por conciencia? talvez, sólo el aspecto personal de ella, equivocación de muchos autores, que trato de rectificar; aún cuando en varias ocasiones distingue en la manera de designar, la formación del yo personal y el aparecer de los fenómenos conscientes.

CAPITULO TERCERO

LA CONCIENCIA INDIVIDUAL: SUS FORMAS Y MANIFESTACIONES (1)

Teoría de la conciencia individual según las enseñanzas recogidas por la Biología. — ¿Puede existir en la vida psicológica estados de inconsciencia? y ¿en qué relación se hallan los actos inconscientes respecto de las actividades de conciencia? — Aspectos bajo los cuales pueden ser estudiadas las manifestaciones de la conciencia, o sea, estudio de los grados de conocimiento en el acto efectuado y descomposición de que es susceptible la plena vida consciente del hombre. — ¿El acto ejecutado y el conocimiento que de él tenemos son dos cosas distintas? Varias opiniones sobre esta materia

I

Antes de permitirme señalar la hipótesis que he adoptado, en el estudio de la naturaleza y forma de la

---

(1) Además de las obras que se ha citado en el capítulo anterior, puede verse para el presente: "La Inteligencia" de Taine; el "Diccionario Enciclopédico de ciencias médicas" de François-Franck; "Nociones de Biología" por H. W. Conn; Ch. Robin "Anatomía y Fisiología Celulares"; E. Gley "Tratado de Fisiología" (cuarta edición francesa, traducida); Max Kollmann "La Biología".

conciencia, creo necesario indicar, que gran parte de las confusiones y discrepancias existentes entre los partidarios de las varias teorías apuntadas; nacen de la confusión de tres estados o aspectos internos que constituyen diversas faces de la vida individual, y de donde procede su complicación: la conciencia celular, la sensorial, que se divide en reflexiva y la que yo la llamo orgánica (o sea, la respuesta de un animal al estímulo, sin reflexión actual; que ha sido designada en la psicología con el nombre de movimientos espontáneos), y la formación del yo consciente de la personalidad.

Le Dantec, Kollmann etc. han insisto con vehemencia en los peligros que encierra la interpretación antropocéntrica de la vida; así, dicen ellos; los dotamos a todos los seres de idénticas aptitudes a las nuestras, y el protozoario como el hombre tienen en lo esencial las mismas calidades. El sistema aquí ensayado es de otro orden: si hay semejanzas o identidades parciales, es por la continuidad evolutiva en perfeccionamiento ascendente.

Tratando de buscar explicación a todo esto es, que me atreví a afirmar en el primer volumen de mi «Sociología», lo siguiente:

Los centros nerviosos contenidos en la bóveda del cráneo y en la columna vertebral, designados por la fisiología con el nombre de sistema central, tienen para mí el carácter de verdaderos acumuladores de energía; allí se concentran —me refiero a la constitución del hombre y de los mamíferos superiores— las actividades procedentes de todas las células del organismo, sin nada olvidar; función cuyo principal papel es desempeñado por el cerebro.

«Según es sabido, la sustancia protoplasmática de las células en cualquier ser vivo, tiene el poder de convertir la materia ofrecida para su subsistencia, en verdadera fuerza, energía actual, o en potencia de ser; y las energías producidas en cada momento, sumándose en millares de unidades de la misma especie, son con-

ducidas a la manera de la electricidad, a aparatos que las reciban y las conviertan en fuerza y en poder del organismo total.

«Mis investigaciones en diversos problemas de la Biología y de la Psicología comparada, me han conducido a imaginar como la explicación más apta para resolver muchos de sus misterios, considerados hasta hoy casi sin solución, esta manera de comprender lo relacionado con el asunto difícil e importante de la naturaleza y los caracteres del desarrollo de la conciencia individual (1), en la rama animal de la evolución de la vida.

«Con los progresos de la Biología, somos testigos del aparecer de un concepto aceptado, por la mayoría de los investigadores de esa ciencia; me refiero a la afirmación de la conciencia celular, equivalente a lo que llama Hæckel, (2) alma de las células o «citopsiquis», desde las existentes de un modo aislado en los unicelulares, hasta las agrupaciones prodigiosas en número, de las reunidas para formar los órganos de los animales de más compleja constitución. En todo organismo cada célula dispone de la necesaria conciencia individual para poder subsistir sirviéndose de las condiciones dentro de las cuales vive, mas su actividad excede a esta su propia conservación, y esa especie de energía disponible, hace falta aprovecharla conjuntamente y en su mayor valor; ésto lo ha conseguido la naturaleza mediau-

---

(1) He sustituído la palabra persona que consta en la obra original, para distinguirla de la conciencia social, por el equivalente más propio, de conciencia individual; con el objeto de evitar equivocaciones dándole el significado de la formación del yo.

(2) He puesto "equivalente a lo que llama Hæckel &", en vez de "llamada por Hæckel" que sencillamente constaba en el original, para evitar el error de que se crea que el filósofo alemán confundía la conciencia con el alma; aún cuando en realidad, "el alma de las células" de sus explicaciones, es la "conciencia celular", tal cual nosotros la concebimos. Con mucha probabilidad, el concepto de la *citopsiquis*, es una supervivencia del tiempo en que defendía la conciencia celular, según el mismo nos lo ha referido, en el párrafo que cité en el capítulo anterior.

te la implantación de un sistema especial de aparatos vivos dentro del organismo, capaz de emplear la energía sin dejar residuos en interés de todo el ser. — Las neuronas o células nerviosas aisladas, primero; y luego, reunidas en sistemas, los cuales crecen en complicación a medida del avance de la actividad vital en el camino de la perfección organizadora; representan en forma definitiva, la perfección ascendente de la conciencia personal en los animales.

« En estricto sentido, la conciencia no es una ofrenda del sistema nervioso a la existencia del ser vivo en donde se presenta, pues de él no procede tal clase de actividad en sus elementos, y sí sólo la recibe de las diferentes células y la transforma en el resultado del cual estamos explicando el aparecer; la energía celular es como la electricidad, fluído capaz de convertirse en fuerza o en luz, mediante el poder del aparato acumulador y transformador.— En síntesis: el sistema nervioso es acumulador de la energuía celular, capaz de transformar esa energía en la fuerza animal denominada la conciencia ».

Hoy debo razonar el punto con mayor extensión, señalando a lo menos algunas aplicaciones, al conocimiento de los procesos internos humanos.

En la complicada constitución de la célula viviente, encontramos ante todo tres regiones o partes constitutivas: la envoltura, el protoplasma y el núcleo. En el orden del funcionamiento, el papel de la envoltura es nulo o casi nulo, sirve más bién para la protección que para la actividad del ser (1) (aún mirándola con el aspecto que lo quiere Bergson, de permitir la movilidad en el animal y condenar a la planta a la rigidez); los dos grandes centros esenciales para el funcionamiento

---

(1) Por eso que pudieron pensar con perfecto derecho Fechner y Haeckel en la existencia de células primitivas sin envoltura, origen de la equivocación del primero, sobre el encuentro de tal organismo, que tuvo que rectificar más tarde.

y el desarrollarse de las aptitudes indispensables a la subsistencia de la especie y la del individuo, son el protoplasma y el núcleo. Pero, aún cuando alguno piense todavía que la importancia preponderante es la del protoplasma, parece probado por las experimentaciones de los más eminentes biólogos, que en el núcleo se encuentran los orígenes de dos de las más altas manifestaciones de la vida: en primer lugar, la reproducción, y luego, la dirección de la actividad protoplasmática para la conservación del individuo, representada por la asimilación: el protoplasma puede ingerir por sí sustancias alimenticias, pero no es capaz de elaborar aquellas que no son inmediatamente asimilables, sino merced al concurso del núcleo.

Mas, sin tratar por el momento de la función nuclear, como reproductora de la célula y origen de la herencia de los caracteres específicos y adquiridos; se nos hace necesario ver la naturaleza de los trabajos protoplásmicos, y su importancia. «Ni el movimiento ni la ingestión están regidos por el núcleo» afirma Gley, y en esa virtud, produciéndose el movimiento y el crecer de la célula mediante las funciones protoplasmáticas, es que se puede decir como lo ha dicho Verworn, «Ni el protoplasma ni el núcleo aisladamente, desempeñan la función primordial en la vida celular, sino que ambos participan de igual manera en la producción de los fenómenos vitales». «Los procesos metabólicos de la vida son a la vez constructores y destructores, nos enseña el profesor H. W. Conn, por los primeros, el material que entra en la célula en forma de alimento, se transforma en tejido celular, linin, microsomos etc.: por los segundos *se desmenuza en fracciones mayores o menores para poner en libertad su energía y producir las actividades de la célula* ... La vida es incompleta sin ambos procesos (1). Ahora bien: en la existencia

(1) De ahí la definición de la vida que siempre se cita al tratar de esta materia: "la vida es la muerte".

de la célula, *puede atribuírse los procesos destructores a la sustancia celular y los constructores al núcleo*».

Veamos como se producen esos procesos de destrucción, y la importancia que las pérdidas celulares tienen para el organismo multicelular. Este es el mecanismo del trabajo en una de las manifestaciones más importantes de la existencia de esos microorganismos: las sustancias de que está constituído el protoplasma en el organismo vivo (incluso las proteicas, que fuera de él pierden una parte de sus caracteres) sienten una fuerte inclinación en sus respectivas moléculas hacia el oxígeno, sustancia que mantiene las circunstancias de la vida y su renovación; y, las granulaciones citoplasmáticas (próximas al nucleo) en esa virtud, constantemente cambian de plano para pasar al lugar donde puedan adquirir el oxígeno que necesitan; más, el proceso químico de la oxidación de la materia es causa que produce calor (el calor desprendido por las actividades de la vida) y puede desprenderse también una pequeña cantidad de otra energía constitutiva del tono vital. (1) Pero no concluye ahí la actividad: al oxidarse la materia se ha producido una combinación inestable (2), que puede descomponerse o porla simple causa física de un choque o por nuevos contactos químicos; el choque deja en libertad una energía que se convierte en reacción respecto del estímulo: las amibas y los leucocitos que al contacto de un roze muy suave extienden sus pseudópodos para aprisionar el ob-

---

(1) De una vaga impresión procedente de la actividad conjunta de todos los órganos, en estado de salud, nace esa clase de bienestar que se llama euforia; pero los estados cenestésicos con mayor o menos claridad definidos, sólo se producen acompañados de dolor y son signos de enfermedad.

(2) "Lo que hay de característico en el estado de organización, está representado por un hecho de equilibrio inestable, de las moléculas de los principios inmediatos, debilmente combinados" Ch. Robin "Anatomía y Fisiología celulares". También Pfluger encuentra que la albúmina muerta se distingue esencialmente de la viva, porque la segunda está en estado de inestabilidad y la primera es fija.

jeto, con la impresión de un choque violento retiran sus brazos, se encojen como para huír; y nos hallamos ante la conciencia celular: reacción adecuada debida a un estímulo procedente del extesior. Aquí el contacto ha dado noción del objeto, y la naturaleza interna de quien lo sufre ocasiona el comportamiento (1). Es cosa corriente en las opiniones de hoy, que la aptitud primera de que fue dotado el ser vivo, fue la sensación tactil vagamente difundida por todo su cuerpo; y se dice que de ella procedió por sucesivas divisiones del trabajo y especificaciones, todos los demás órganos de los sentidos.

En lo relativo a la adquisición del oxígeno por la molécula protoplasmática, aun cuando he dicho que siente una fuerte inclinación a adquirirla (dando así una impresión como de conciencia y voluntad, con el exclusivo objeto de precisar los caracteres) sin embargo, el mecanismo para tal resultado debe ser más sencillo, y se explica de un modo físico muy claro: el corpúsculo enflaquecido, debilitado, que se halla en las capas más bajas del protoplasma, ha perdido peso, y por su mayor ligereza sube a la superficie, en donde, enriqueciéndose de sustancias, vuelve a ser menos liviano que otros corpúsculos que le desplazan. Como ese hundirse y flotar de las granulaciones es constante, algunas han de hallarse en la superficie en el momento del exitante exterior, y sobre ellas produciéndose directamente, se causa las descargas respectivas; en ciertas células y por determinados choques, el resultado traspasa la superficie y afecta todo el cuerpo celular, de ahí talvez, el desaparecer o contraerse de los vacuolos.

Cierto que se presentan muchas dudas al espíritu al aplicar el término conciencia a las reacciones celula-

---

(1) Basta un cambio nutritivo en ocasiones, para modificar las respuestas al mismo estímulo: las orugas de *Porthesia chrisorrhea* que buscan el sol cuando se hallan faltas de alimento (heliotropismo positivo) huyen de él en las horas de la nutrición.

res, pero sea lo que fuere, la verdad es que ahí, en las exitaciones sobre las células, está el origen de la actividad consciente del animal; y conservaremos la designación, tanto porque no hay motivo suficiente para negar a la célula un principio de conocimiento y dirección, como para concretar con facilidad la idea.

Y la descarga energética no se agota en su totalidad con la respuesta celular al estímulo, hay una cantidad de fuerza que se desprende de ese microorganismo y se pierde para él; esto es lo que va a aprovechar la naturaleza con la implantación de un sistema especial de aparatos vivos, que se ha dicho; o sea, con las células profundamente sensitivas y registradoras, del sistema nervioso.

Concebida la conciencia sensorial del animal en la forma como queda insinuada, no es sino la repercusión en el aparato vivo registrador, de los cambios orgánicos, de las modificaciones sufridas en las células, por virtud de un exitante externo, cuyo resultado inmediato fué la descarga respectiva. No se trata de modo exclusivo de una nueva conquista; la correspondiente a la memoria, como parece pretenderlo Kollmann: «A partir de los artrópodos empiezan a complicarse. En los últimos, y en los animales superiores, el sistema nervioso está bien desarrollado, dejando sentir su intervención, conservando la huella de determinadas sensaciones» lo que se consigue especialmente es, acumulando los residuos, servirse de ellos mediante la especificidad sensible de la célula nerviosa.

Sabido es que la reacción celular procede diferentemente según la clase de célula y el lugar que ella ocupa en el orgánismo al cual corresponde (principio de la especificidad de la reacción): la estructura fibrosa de los músculos es adecuada para el movimiento. Y fuera de esa distribución del trabajo en la existencia conjunta, hay capacidades del mismo género en la vida aislada: algunas células son de modo particular sensibles a la influencia de la luz (muchas especies de amibas

toman la forma de una bola si se las ilumina bruscamente); hay otras para las cuales el estímulo preponderante es el del contacto o cualquiera influencia mecánica, de donde proceden muy extrañas modificaciones (la iluminación de las noctilucas): «basta agitar con una barilla el agua del mar en que haya noctilucas (infusorios flagelados) para provocar su fosforecencia».

En los organismos dueños de aparatos nerviosos centralizados, las energías escapadas de las células que sufrieron el poder de un exitante, son recibidas con el carácter de la reacción operada y devueltas en forma correlativa. Pero hay que tener en cuenta que no es puramente acumulador de energía el sistema nervioso, es también transformador. Ya se ha pensado en la comparación del cerebro a una pila eléctrica: «He aquí una pila eléctrica compuesta de un carbón, de un zinc y de un ácido. Del contacto de estos tres elementos resulta una corriente eléctrica. Esa corriente es evidentemente distinta y nada tiene de común con los tres elementos de la pila. A nadie sin embargo se le ocurrirá decir que el funcionamiento de la pila y la aparición de la corriente eléctrica deben ser considerados únicamente como paralelos, bajo pretexto de que ignoramos como se hace la transformación de la energía latente en los elementos de la pila; ni tampoco que la corriente eléctrica es un hepifenómeno que viene a agregarse al funcionamiento de la pila; ni en fin, que la corriente eléctrica existe independientemente del de la pila y viene a dirigir su funcionamiento». Y las transformaciones que hasta el momento actual pueden señalarse entre el comportamiento de una célula estimulada y el animal que reobra sobre ese estímulo, no son tan radicales como las de la acción química en la actividad eléctrica, pues que en las modificaciones orgánicas no hubo mucho más de lo que hicieron de un modo aislado sus elementos; lo ha coordenado, eso sí, y ha impuesto a toda una región lo que pudiera llamarse la solidariedad. Recuérdese lo que hace poco hemos dicho de los movimientos amibáceos ante diferentes sensaciones de con-

tacto, y dígase ¿qué más hace el animal dentro de las primeras reacciones que hemos supuesto? una sensación agradable, la prolonga, de una dolorosa, procura huír, mediante contracciones o distenciones adecuadas de los músculos. Pero no termina ahí la complejidad de la vida consciente, sino que prosigue por las avanzadas formas de constitución del yo personal, de lo que hablaremos después.

Insisto sí, en la solidaridad de los componentes dentro de los organismos complejos: las sustancias hormónicas, por ejemplo, y todos los humores circulantes ejerciendo el intercambio químico para la unidad fisiológica del sujeto.

II

Las explicaciones que hasta aquí se han dado, creo pueden conducir a resolver en forma adecuada, gran número de problemas que han sido vivo tormento para la Psicología, y en especial, la importante cuestión de la existencia de lo inconsciente, de donde nacieron tan interminables discusiones.

Todo fenómeno psicológico es consciente, afirman ciertos autores, los actos de la inconsciencia deben ser rechazados al campo de lo puramente fisiológico, añadiendo algunos con la antigua teoría —lógica siempre en sus deducciones ideales—: la conciencia es una unidad que no puede descomponerse en elementos inconscientes, puesto que lo inconsciente sólo puede concebirse como ausencia del fénómeno positivo, como cero de conciencia y por tanto, aun cuando se sumaran en infinitas cantidades estos ceros, no podrían jamás dar una unidad de conciencia.

Leibinitz veía más lejos, o mejor talvéz, de un modo más profundo, y nos dió así la preciosa nociún para la Psicología, de las pequeñas percepciones. «Basándose en consideraciones varias, concluye que las pequeñas percepciones no pasan al grado de conscientes como los

contenidos ordinarios de la conciencia, ya por su escasa intensidad, bien a causa de su multiplicidad; pues, dándose a un tiempo mismo, las imposibilita de destacarse aisladamente; y, aún por último, a causa de ser desplazadas por otros contenidos de conciencia más intensos» (Otto Klemm «Historia de la Psicología»). Pero entre todo, lo de mayor valor en las explicaciones de Leibinitz, es su concepto de la forma de adquirir una sensación: una sensación perceptible se constituye de de la suma, del agregado de millares de pequeñas sensaciones. — De todos los fenómenos con que la naturaleza se desarrolla en torno nuestro, sólo recojemos los resultados cuando llegan a cierto grado de intensidad, muchas de las armonías universales son ritmos que se extinguen sin haber llegado a nosotros su vibración; y talvez en las milagrosas sonoridades de organizaciones privilegiadas debemos buscar el origen del sentimiento artístico: el silencio que es armonía incomprensible para todos los demás, está poblado de mil voces para mi corazón, como cantaba el poeta español.

Y ¿de las enseñanzas de Leibintz ha provenido el grave problema de lo inconsciente? Si; pero se ha dicho, talvez con mucha razón, que el filósofo alemán más que referirse a fenómenos en realidad inconscientes, habla de estados de baja conciencia: el verdor con que un bosque lejano se nos presenta, procede de ligeras exitaciones que nos vienen de cada una de las hojas, son impresiones tan pequeñas cada una por sí, que no alcanzan al umbral de la conciencia sino mediante su adisión; y dentro de nuestras explicaciones, serían choques parciales sobre una región del organismo, que exigirían la suma de millares de unidades de energía, que desemboquen en la corriente de una fuerza apreciable. — Entre una y otra explicación, como se ve, hay diferencias evidentes: cada hoja da un mínimum de exitación sobre la región correspondiente, y la superposición de todas esas hojas entrevistas, producen la tonalidad verde apreciable; mientras en nuestra hipótesis, las unidades de impresión se dividen, no en cuanto al obje-

to, que no serían hojas sino tonalidad verde en el horizonte, sino en cuanto al sujeto de la apreciación: las impresiones se componen (y así pueden descomponerse idealmente) de unidades de exitación de las diversas células de la región del organismo, cuyo funcionamiento ha sido solicitado, dejando en libertad determinada cantidad de energía, sólo apreciable para el organismo total, o de modo más concreto, para el sistema nervioso, cuando exede de una cantidad dada, que se forma por la concurrencia de fuerzas de igual clase: la inercia de la materia no puede vencerse sino sumando las energías demasiado débiles.

¿Qué valor tiene entonces lo inconsciente?

Antes de señalar de modo expreso lo que virtualmente se contiene en las anteriores indicaciones, nos hace falta explicar que aún entre los mismos defensores de la existencia de lo inconsciente psicológico, hay una doble tendencia al tratar de comprender su naturaleza. Hartman, por ejemplo, cree que los fenómenos inconscientes y los conscientes, son entre sí en totalidad heterogéneos: «los fenómenos psíquicos inconscientes no se hallan sometidos a regla alguna de la experiencia: son siempre el eterno inconsciente, existencia aislada, con propiedades completamente trascendentales»; concebidos así los dos aspectos de nuestra vida interna, era justa, muy justa la observación de quienes querían se recluya el «eterno inconsciente» a la esfera de lo fisiológico, como opuesto a lo psíquico; pero no está en la verdad Hartman. — La opinión contraria tiene un defensor en Ulrici, el cual concibe, para los efectos de la visión por ejemplo, que apreciamos los objetos de gran volumen en virtud de pequeñas impresiones procedentes de cada una de sus partículas: «a pesar de que los objetos pequeños no son visibles, deben partir de ellos alguna visión sensorial», así, lo inapreciable y lo que cae bajo nuestra conciencia, no son sino grados de una misma actividad; y como comprobación de sus aserciones dice: es un hecho conocido que en las copias pueden ser apreciados detalles que se nos escapan en el

original. En verdad, en un cuadro visto, hay ciertos caracteres que dan una tonalidad particular a nuestra sensacion respecto de él; ¿qué es esa especie de el alma del paisaje? nosotros, los profanos en arte, no nos damos cuenta; hay muchos aspectos, hay muchos detalles que los consideramos como accidentales, y sin embargo ahí está la impresión que no la traducimos suficientemente; el artista marca la línea, exagera el matiz y hace resaltar la impresión; por eso no basta copiar un paisaje hermoso para hacer una obra de arte, es necesario descubrir el alma, lo que para nosotros es el espíritu del cuadro: este es el naturalismo contrario a la fría copia de la realidad.

Vista la naturaleza de la inconsciencia bajo el prisma de nuestro criterio, se llega a descubrir puntos de aproximación entre las dos afirmaciones contrarias. El fenómeno inconsciente no es de distinta naturaleza que aquel que cae bajo el dominio de la experiencia, y sin embargo, lo primero puede llegar a ser total ausencia de los caracteres del segundo: la reacción celular a un estímulo cabe que sea muy débil, de manera que se agote en las modificaciones del plasma y de los otros elementos celurares, o cabe que haya afectado el estímulo a muy pocas células de la región respectiva, y la corta energía puesta en libertad se haya consumido en el trayecto antes de llegar al centro de la reacción orgánica, Kant presentía acaso todo esto cuando afirmaba que la conciencia era una síntesis, y de tal síntesis decía: «es una función ciega aunque indispensable del alma, sin la que no tendríamos absolutamente ningún conocimiento, pero de la cual no adquirimos verdaderamente conciencia sino muy raras veces».

O la fuerza desarrollada por la exitación traspasó los límites indicados, y subiendo hasta los centros inferiores cambióse en conciencia orgánica funcional, que por virtud del hábito o a consecuencia de cualqüiera perturbación o falta de continuidad entre estos bajos centros y los que parecen tener la misión de coordinar la vida individual, formando grupos asociativos más o

menos complejos hasta llegar a completar la red en un centro de unidad llamado el yo; digo que por el hábito o esa discontinuidad, se ha desenvuelto inmediatamente la acción como espontánea.

Los actos reflexivos suponen una comparación más o menos amplia o restringida: memoria de imágenes sensoriales y motrices, y elección entre ellas; elección ésta que parece sólo sujeta a una especie de irritabilidad nerviosa, la actividad despertada por las imágenes de mayor o menor viveza y del mismo grado impresionantes. Esta elección no es aún la que llamamos la libre voluntad no condicionado por causas físicas, es la que se encuentra entre los animales y prepondera a veces en la vida humana, en los estados patalógicos; de lo que daremos breves indicaciones después.

El último grado de la conciencia en donde se presenta en toda su complejidad la vida reflexiva con los matices de acción que llamamos voluntarios y plenamente conocidos, es la formación de la personalidad, función encomendada, probablemente en la fisiológica organización, a los centros llamados asociativos en el cerebro. Pero no ha de pensarse que formación de la personalidad y aparición del acto voluntario pleno son una misma cosa, ni que siempre que hay una personalidad formada, va ésta acompañada de tal poder volitivo: entre los animales hay formación de la personalidad (en las especies superiores, y aún no parece la indicada voluntad). De todas estas distinciones se tratará en el capítulo destinado a explicar la formación del yo.

III

La conciencia en su grado más alto de manifestación podría ser descrita: el estado de nuestra vida interna por el cual nos damos cuenta de los actos que ejecutamos, de los sentimientos que nos inspiran o de las ideas que nos mueven, refiriéndolas al mismo sujeto

del conocimiento. Pero esa complejidad de la conciencia, por serlo, es susceptible de muchos grados de descomposición, no en idea sólo sino en la realidad de las existencias.

Es caso de comprobación muy fácil, por darse a diario, el de alienados que ejecutan los actos más precisos en una situación dada, pero no se atribuyen a ellos la ejecución; esto es lo que en grado un tanto menor debe pasar en las alusinaciones de los iluminados, cuyos pensamientos y fantasías por falta de conexión lógica con su vivir ordinario, los atribuyen a inspiraciones divinas. La psicología infantil nos da otros ejemplos de tanta importancia como los procedentes de los alienados: los niños reaccionan con toda seguridad en ciertos casos, y sin embargo, no se han dado cuenta aún de la situación de su ser como estimulado por los objetos exteriores: si oyen un ruido, vuelven su cabeza hacia el sonido, tienen el suficiente grado de conciencia de su necesidad o de su placer, para buscar la luz o el pecho de su nodriza. — Hemos descubierto pues la conciencia orgánica sensorial, desprovista del juicio que atribuye el acto al sujeto.

Otra clase de disminución o desintegración de conciencia, es la representada por las pérdidas o vacíos en los recuerdos (quizá debiera considerarse ésto particularmente como amnesias, pero las amnesias tienen una resonancia muy característica en los resultados internos del conocimiento, desde que son los elementos esenciales de la comparación por los cuales nos damos cuenta exacta de los sucesos, y especialmente, son los materiales sobre los que trabaja nuestro yo). Esos son los casos de sordera o ceguera psíquica: en los cuales el hombre contempla el objeto y oye el sonido, se da cuenta de tales existencias, pero no puede reconocerlas, y distinguirlas y clasificarlas entre todas las demás; casos comprobados por los notables experimentos de Munk, Scharader, Brown-Séquard, Golz, Loeb, Exner, etc. etc., quedando sin embargo la facultad de per-

cibir el cuerpo, como se ha dicho, que es la llamada visión sensorial.

¿De dónde procede la ceguera psíquica? En los animales superiores sobre los cuales se han practicado los experimentos (aves, conejos, perros y monos) y del estudio de cadáveres humanos de individuos que habían sido atacados de tal enfermedad, parece reconocerse que la causa fisiológica es la de una lesión o destrucción de la región occipital de los hemisferios. El poder del estímulo subsistía y la reacción subsistía también, dando estos resultados: según varios experimentos efectuados por Goltz sobre perros atacados de ceguera psíquica, se comprobó que estos evitaban con cuidado franjas de luz o recortes de papel sobre el suelo, como si se tratara de objetos sólidos.

Mas, esa facultad imperfecta de conciencia sensorial puede perderse: momentáneamente en los casos de pura reacción orgánica en los cuales ha desaparecido la reflexión, y definitivamente cuando el animal ha sido atacado de ceguera psíquica y sensorial, completas; sin que el aparato sin embargo, haya perdido en lo absoluto la facultad de reaccionar al estímulo: el ojo es aún capaz de modificaciones, si se le saca por ejemplo, de una total oscuridad a una luz viva, el cambio no ha sido apreciado por el animal, pero puede constatarlo el observador; siempre eso sí que las células del órgano estén todavía vivas. — Así se ve, como junto a la muerte de todas las otras puede seguir subsistiendo la conciencia celular.

El reconocimiento de las hechos apuntados dieron lugar a la hipótesis de la conciencia de los centros inferiores, junto a la organización de las más altas regiones nerviosas para centros del conocimiento pleno, opinión que aparece muy fundada, de modo especial por los experimentos llevados a cabo en ranas y palomas privadas de cerebro, que ejecutaban movimientos dirigidos hacia un fin. Virchow ha creído poder decir, el niño recién nacido no es más que «un ser espinal». Acaso haya un exeso de afirmación en lo dicho por

Virchow, el niño que acaba de nacer, tiene, con toda probabilidad, experiencias y recuerdos, muy escasos muy vagos, muy inconexos, es cierto, pero reales; mas, en verdad, de casi nada le sirven esos recuerdos y queda para los comienzos de su vida sólo, las experiencias hereditarias cambiadas en emociones; si el infante no es «un ser puramente espinal», en el sentido que tendría este término en el palomo privado de cerebro regido por los puros hábitos adquiridos, procede como tal o poco menos (1).

IV

Y lo anterior nos conduce a volver, en parte, a las hipótesis que apuntamos y a completar las noticias dadas sobre ellas. Sabemos como desde muy antiguo no se concebía acto psicológico sin conciencia; y que dentro de las opiniones de los continuadores de Descartes se confundían los términos conciencia, espíritu y alma humanos, para hacer del conocimiento de los actos atributo de sólo el hombre y consustancial con él; no cabía, pues, hablarse de conciencia de los seres inferiores, ni esclarecerse, en consecuencia, su sentido por la contemplación de la actividad interna de los animales. Sabemos también como tal hipótesis ha sido renovada, tratando de encajarla dentro de un marco científico, en el siglo anterior. — Y en Luquet hallamos estas afirmaciones: «En síntesis, el conocimiento del hecho psíquico no es sino uno con el hecho mismo; la existencia

---

(1) En la "Psicología" de Hoffding hallamos: "Es muy difícil decir en que momento comienza la vida consciente del hombre. *Ciertamente, no puede ponerse en duda la existencia de una vida consciente antes del nacimiento, aunque vida tal sea necesariamente muy vaga y semejante a un sueño*" Y Baldwin dice en su "Historia del alma": Es probable que la conciencia primitiva sea simplemente una masa de sensaciones musculares y tactiles *experimentadas, en parte, antes del nacimiento.*

del hecho psíquico se duplica en el conocimiento por sí mismo; en otros términos, el conocimiento que es mediato en el caso de los objetos exteriores, que nosotros no conocemos sino por el intermedio de los sentidos, es intuitivo e inmediato en el caso de los fenómenos psíquicos que nos son revelados por la conciencia» (1).

Hay quienes por el contrario la conciben como algo sobreañadido, como un hepifenómeno que acompañando al hecho psicológico, ni lo determina, ni lo modifica, ni lo orienta, llegando en ciertos criterios a presentarse como el espejo de la estancia en los preciosos versos de Rodembach: «El espejo es el alma gemela de la alcoba». — Y hay una coincidencia muy singular en este punto, con las conclusiones a las cuales llegaron ciertos fisiólogos en el estudio de las funciones del sistema nervioso: «Los hemisferios no acoplan nativamente cualquiera impresión particular del sentido con cualquiera descarga especial, sólo registran y conservan huellas de tales acoplamientos cuando están ya organizados en los centros nerviosos inferiores».

De ese doble y paralelo reconocimiento podría deducirse lo siguiente: la reacción nerviosa orgánica debida a un estímulo externo, la cual procede de los centros inferiores que organizan ya la reacción como simple movimiento de descarga, no completa el ciclo de formación de todo movimiento interno, pues, con frecuencia, a esa función se añade una, la memoria, (a veces implicada en el simple movimiento espontáneo,

---

(1) Ya Hamilton, sobre la naturaleza de los hechos psicológicos se había expresado: "no sentimos sino sentimos que sentimos, no entendemos sino entendemos que entendemos", esto está contrariado por la experiencia de los trabajos mentales inconscientes, representados por las repentinas inspiraciones, por ejemplo. — La distinción entre la forma mediata del conocimiento de los fenómenos exteriores y la inmediata de nuestros estados de alma, dió origen, en las antiguas Escuelas, a la afirmación de que en lo tocante a nuestra vida interna no podemos equivocarnos.

pero sin el verdadero carácter de posibilidades de elección que toma en el acto electivo), que conserva el recuerdo del estímulo como doloroso o placentero, y que va formando la conciencia del yo en calidad de acto o función ejecutados por mí, como míos, y dolor y placer míos también; estas funciones de conexión capaces de convertirse en estímulos de reacción: poder electivo, que no es otra cosa que la energía recibida de afuera, elaborada en la región más alta de nuestra vida nerviosa, para convertirse en acto. Por encima de esta especie de irritación del sistema en virtud de imágenes actuales o rememoradas, o de unas y otras, está para el hombre lo propiamente voluntario, o sea la elección en virtud de un concepto abstracto o idea.

Y la conciencia, siendo el espejo que retrata varias posibilidades y la preferencia dada, de la concepción de unos; no es la luna inactiva que copia las líneas de cuanto se le presenta sin influír sobre los resultados cuya causa será ese objeto del conocimiento; es como esos espejos ustorgios cuyo descubrimiento se le atriye a Arquímedes, que recibiendo la energía de la poderosa fuente del sol, la volvía, no en reflejo de luz sólo, sino en verdadera energía de calor y de atracción. En todo esto hay la confusión de muchos grados y aspectos de la vida psíquica, como hemos repetido tantas veces; pero sigamos viendola en esa misma complejidad cuya separación se hará, más al detalle, en otro capítulo.

Siendo la memoria origen del concepto del yo, no son sin embargo idénticos los dos conceptos, pues hay grados de memoria anteriores a la formacion de la personalidad y que la preparan, y otros como que fugan o se apartan del centro atractivo personal; así pasa en los niños que aún cuando no dejan de tener recuerdos y ejecutar actos con dificultad elaborados, como aún no han constituído sus recuerdos formando sistemas mediante la completa constitución de las asociaciones, no se dan cabal cuenta de los actos que ejecutan, en el sentido de la integridad de la vida, ni se atribuyen plena responsabilidad; y esto paralelamente a la falta de

ciables los dos para el órgano de la visión cuyo propio objeto es el reconocimiento del color, sin dejar por eso de tener aplicaciones e importancia notables para otras necesidades del hombre los rayos ultra-violados y ultra-rojos; así, junto a la clara conciencia de los seres y de los hechos que se impone a nuestra visión interior de la vida, hay algo que escapa por tenue y algo que supera a nuestra ordinaria forma de conocimiento, por proceder de estímulos muy lejanos o de una potencia superior a las propias facultades receptoras. Y estamos ante dos zonas inesploradas que acompañan o pueden acompañar a las múltiples faces de la vida de desdoblamiento espiritual, designada con el nombre de conciencia.

Desde una ligera elevación vemos caer la tarde sobre la ciudad; y es caer, porque sobre nosotros desciende una paz y una dulzura que suaviza todos los contrastes de viva luz o de sombra de nuestra vida interior, como la suavidad del crepúsculo borra toda intensa reverberación, para idealizar las líneas y el color; las sombras violetas junto a las aristas más duras, atenúa las rigideces y como que las disuelve en el matiz de la impresión; así como el rigor de una conducta moral puede atenuarse en las benevolencias del espíritu.—Hay un momento de éxtasis en la naturaleza: parece que todos los labios se cerraran y todas las almas esperaran una anunciación; hay en el fondo de nosotros una extraña serenidad, y millares de voces nos hablan en ese silencio, sin que traduzcamos su idioma. — Es la atenuación de los choques externos que suben con una embriaguez infinita a travez de los nervios, sin romper la armonía inefable del alma que sueña.

Abel Rey nos dice: «El papel considerable de lo inconsciente ha sido notado por los filósofos desde hace tiempo. Leibinitz fue uno de los que más contribuyeron a ponerle de relieve. Pero también ha quedado como un enigma muy difícil de resolver. Se comprende fácilmente que un hecho de conciencia pueda influír en otro hecho de conciencia. Se compren también fácil-

mente que un hecho material pueda influír en otro hecho material. Nos representamos, en fin, fácilmente un hecho de conciencia (no hay para esto más que observarse a sí mismo) o un hecho material (no hay para esto más que tocar o ver un cuerpo cualquiera). ¿Pero qué puede ser un hecho que no es material, puesto que entra en el mecanismo de las operaciones mentales, y que no es un hecho de conciencia, puesto que es inconsciente? ¿no hay contradicción en hablar de un inconsciente que desempeña papel en la conciencia? ¿de un hecho psicológico inconsciente, siendo el caracter esencial del hecho psicológico el de ser consciente?» y en otro lugar: «El estudio de lo inconsciente es tan difícil, tan incompleto, con frecuencia tan desconcertante, que todo lo que se ha dicho sobre este asunto no puede ser considerado sino como hipotético» Y en verdad, todas las hipótesis imaginadas sobre tal materia están llenas de dudas y dejan vacíos inmensos por llenar.

La teoría fisiológica de hoy dice: «es una cerebración inconsciente» en cuyo trabajo el factor psíquico que de ordinario acompaña a los procesos nerviosos, desaparece; pero, ¿qué es este factor psíquico, y por qué unas veces está presente y otras en ausencia? Si no fueran tan dignos de respeto los autores que se afilian a esta explicación, sería de recordar las ingenuas creencias de nuestro bajo pueblo, que nos cuenta como mientras dormimos el alma deja la estrecha carcel de la carne y viaja por lejanas comarcas donde ve todos aquellos paisajes y escenas que al dormir soñamos. — Ribot siente la insuficiencia de las explicaciones indicadas, aún cuando parece aceptarlas: «Está establecido por numerosas experiencias, dice, que actúan sensaciones inconscientes que producen las mismas reacciones que las sensaciones conscientes. Pero el caso particular de la invención es muy distinto, porque no supone solamente la adaptación a un fin que el factor fisiológico bastara a explicar, sino que implica una se-

rie de adaptaciones, de correcciones, de operaciones racionales, de las cuales la acción nerviosa, por si sola, no proporciona ningún ejemplo».

Tiene mucha razón el autor francés en dudar de las puras explicaciones fisiológicas para comprender el proceso de ciertas formas de actividad espiritual, esto es, para las más altas manifestaciones de la vida psicológica humana; pero de esto hablaremos en otro lugar. — En lo que se debe poner grande insistencia, es en manifestar que lo intraducible para muchos autores, de la naturaleza de lo inconsciente, se halla en haber considerádole como en esencia y absolutamente distinta de los fenómenos del conocimiento, o en no haber profundizado bastante los puntos de contacto y de separación entre uno y otro.

La Escuela Psicológica moderna, en lo relativo a lo inconsciente, piensa, que son fenómenos de la misma clase que los que caen bajo la conciencia, pero menos desenvueltos, más elementales. O tratan de representar con Pierre Janet como idéntico, en naturaleza y en grado, los unos a los otros, para buscar sólo la diferencia en la situación de la personalidad con relación a ellos: lo inconsciente escapa a la experiencia, por cuanto se ha presentado una como desviación, una falta de nexo entre el centro real de la vida psicológica, en torno del cual giran todos nuestros actos y cuyo núcleo se forma del tiempo inextenso, pero donde cadenas de hechos se reúnen en forma de recuerdos; mas, según la hipótesis de Janet, ciertos recuerdos que no han caído dentro de la zona de atracción indicada, y estados de alma no centralizados en la síntesis que constituye la personalidad; estos grupos de fenómenos aislados, o en agrupaciones menores, fuera del centro principal, forman nuestros estados inconscientes.

Y ¿cuándo la vida psicológica se desdobla en dos o tres personalidades, cuándo aparecen muchos núcleos atractivos con sus correspondientes satélites o masas de hechos atraídos? ¿tendremos varias conciencias? ¿o cuál será la preferente para el arreglo de las existen-

cias? Si hubiera varias conciencias habría derecho a pensar en la perfección funcional en consonancia con las especializaciones alcanzadas por los grupos diferentes de hechos; todo a casi todo el campo de la vida íntima quedaría así iluminado, y los fenómenos más distintos serían inteligentes; pudiéndose entonces responder a aquel que preguntaba si los locos son los encerrados en los manicomios o los que viven libres: los hemos encerrado porque eran superiores a nosotros y no los toleramos; ya que se piensa que el proceder inteligente es la más alta cualidad humana. — Por otra parte, conocemos de un modo experimental que basta sólo aumentar la potencia de la impresión, para hacer salir de la esfera de lo desconocido a lo claramente consciente a ciertos fenómenos, hay un umbral de conciencia que se puede traspasar con los mismos procedimientos antes empleados sin efecto, pero que se los aumenta en grado: conocidos son los resultados de los experimentos sobre las vibraciones sonoras; y se agrega a eso los importantes resultados de la atención, cuyo poder de esclarecimiento de conciencia y de grado de conocer, está al alcance de todos por una fácil introspección. — En caso de una falta de conexión entre las síntesis inferiores y la constitutiva de la personalidad —que debiera suponerse ser una ruptura o discontinuidad de las ligazones anatómicas cerebrales— no podría convertirse lo inconsciente en estado de plena conciencia, ni por aumento desmedido de exitación, ni por atención alguna, desde que la atención parece proceder desde ese centro, yo, hacia todas las particulares impresiones, una de las cuales se ha supuesto desligada de él.

II

Mis afirmaciones sobre la materia de lo inconsciente, me parecen claras: a la conciencia celular se agrega, he dicho, la orgánica, cuyo centro —en el hom-

bre y los vertebrados— se encuentra probablemente en la médula espinal y en parte, en las posteriores regiones del encéfalo; esta es la conciencia de los centros inferiores, de la cual han ablado muchos psicólogos.

Nadie ignora como la energía a medida que va pasando a travez de los cuerpos, pierde una parte de su potencialidad, a consecuencia de las cantidades de inercia que es preciso vencer; si es corta la energía disponible, se agotará en los esfuerzos hechos, sin poder completar el ciclo de su actividad. Esas son las impresiones que nos parece perderse, pero que en realidad algo han dejado: la facultad de vibrar al impulso con gran tenuidad, que produce en nosotros una especie de alegría interna (la satisfacción de vivir, podría llamarse) como un contento sin aparente motivo, igual a los resultados benéficos del eter sobre el organismo.

El eter es un anestésico general (como es sabido) productor de sueño y de insensibilidad, pero que en dosis pequeñas absorvido, nos causa una alegría singular, casi puramente orgánica. La tristeza que nos atormentaba un momento antes desaparece como por encanto, y sentimos una satisfacción que sube por todo nuestro cuerpo, el cual, perdiendo de peso, parece como si ascendiera; la descarga de esa plenitud, son movimientos más o menos exagerados, cual los del animal joven que juega o del salvaje que baila. — Es probable que el efecto fisiológico sobre los nervios sea el de darles una mayor rigidez, dificultar la aptitud vibratoria, y así, las ordinarias exitaciones que brotan para nosotros de todas partes, perdiendo su intensidad, ya no nos hieren, y son pequeños choques que llegan en la armonía de una sensación muy leve. — Esto, mientras el éter sólo es absorvido en corta dosis, que aumentada su cantidad, puede dar distintos efectos fisiológicos que producen opresión o dolor, de seguro, por la misma rigidez nerviosa.

III

Hasta aquí, una suma de pequeños exitantes que, sin llegar cada uno a tener su individualidad en el organismo, alcanzan en él, por la reunión, el significado descrito.—Pero, fuera de la tenuidad e indistinción de los exitantes, pueden existir otras causas de reflejos expontáneos: los procedentes del hábito o los de una interrupción de la continuidad nerviosa con los centros superiores.

La repetición es la causa de la memoria, se dice. — Hay, según creo, dos clases de memoria: una correspondiente a las células receptoras de la imagen (la memoria propiamente tal) y otra, que es aptitud vibratoria de los cordones conductores de la éxitación (si este cabe llamarse recuerdo, memoria no, pero con este nombre se lo conoce en la Psicología). Lo uno es como una impresión, un signo dejado sobre la célula sensible, lo otro es facilidad de repetir un estado de vibración dada. Como el resultado en una cuerda constantemente vibrante que adquiere grande y plena aptitud para los sucesivos estados de vibración. Por virtud de esta segunda clase de memoria, a medida de la constancia de un exitante es más rápida la descarga correspondiente, que si al principio tuvo que ser reflexiva para el efecto de la elección del movimiento, y lenta además por falta de aptitud adquirida, la elección repetida de uno mismo, lo vuelve instantáneo e irreflexivo.

Hay en nuestra vida interna dos circuitos, según la explicación de Willams James, uno que termina en la médula y el bulbo, con su doble función sensitiva y motora (centro inferior, que no creo pueda determinarse de un modo tan preciso, ni igual para las diversas especies de seres cerebro-espinales) pero capaz de abrirse y ampliarse para que la corriente penetre en las esferas superiores.

— La unidad nerviosa de todo el sistema es muy distinta entre las varias clases de seres, como ya dijimos en otro lugar, en las aves, por ejemplo, parecen, la columna vertebral y el encéfalo, dos sistemas superpuestos, y por eso puede seguir viviendo el ave desprovista de cerebro. En el hombre, la solidariedad de las partes es muy estrecha. Y, debe reflejarse en la función esta doble manera de ser anatómica.— De ahí que yo piense que en los trabajos reflejos primarios, haya alguna función cerebral, aún cuando la predominante debe ser la de la médula.—

El hábito, insinuando la rápida descarga correspondiente a un estímulo dado, puede hacer que se cierre como automáticamente el primer circuito (compuesto de los elementos sensitivo y motor unidos por fibras asociativas; que en el caso del hábito debe estar casi completo dentro de la organización medular) sin que la acción haya tenido resonancia, o la haya tenido muy débil, en la conciencia personal, como de contra-golpe, o siquiera en la refllexiva: por una ligera cantidad de energía dejada en libertad. — O puede darse el resultado de que, llegada la impresión a las esferas superiores, éstas, por un trabajo en el cual se hallaren absorvidas, no se den cuenta del suceso.

Al rededor de los indicados caracteres de las acciones reflejas y habituales, gira todo lo inconsciente y sus resultados a veces extraordinarios; como en torno de la falta de atención para ciertos estímulos se deben agrupar todos esos recuerdos o imágenes que las hemos alcanzado sin darnos cuenta, o los trabajos mentales oscuramente realizados, para surgir bajo la forma de una inspiración.

IV

¿Y lo supra-consciente?

No obstante las muchas explicaciones que se han dado, y la insuficiencia de todas ellas, y a pesar de dudarse con frecuencia de la realidad de esos fenómenos designados en el lenguaje común con el nombre de maravillosos; la verdad es que está al alcance de todas las experiencias los estados hipnóticos, el sonambulismo y los presentimientos. (El sonambulismo puede caer bajo las explicaciones de lo inconsciente que hemos dado, más no los otros dos).

El hipnotismo, cuyo estudio científico fue comenzado por obra de Charcot, Liebeault, Bernheim, etc.; fue considerado por las dos escuelas rivales en el estudio, con dos significaciones distintas: — Para Charcot, y con él la escuela parisiense, se trata de un estado patológico del hipnotizado, que se puede producir con mayor facilidad en los neurópatas que en los individuos normales; en opinión de la escuela de Nancy, sólo nos hallamos ante una forma especial del sueño ordinario, producido artificialmente por sugestión y en el cual ésta, tiene un poder asombroso sobre el individuo que la sufre, aun cuando no de otra clase que del ordinario influjo del hombre sobre el hombre, por tales medios.

Pero, con éste o el otro significado, el hecho es que la prodigiosa importancia del hipnotismo, y la gravedad de sus resultados, están hoy reconocidos por todos.

El hipnotismo tiene dos aspectos psicológico singulares: la sustitución de conciencia (si puede llamarse así) por la cual el paciente olvidando su manera de ser ordinaria, pierde su memoria normal y adquiere otra sonambúlica: el hipnotizado al despertar de su sueño, ha olvidado en lo absoluto cuanto le sucedió mientras

vivía la vida de sugestión; afirmándose con frecuencia, que en las sucesivas seciones de hipnotismo, continúa la existencia comenzada bajo el dominio hipnótico. Entre otros hechos se cuenta, el de una enferma que tuvo relaciones de un apasionado amor con el médico que la curaba, mientras vivía la vida del sueño, sintiendo hacia él una profunda repugnancia durante el tiempo de vigilia.

El segundo resultado es la pérdida de la voluntad, sustituída por la del operador; cuestión ésta, que se ha presentado tan de bulto a los investigadores, que ha sido a lo que de un modo principal se han dirigido sus estudios. Y hay sobre la materia, dos afirmaciones opuestas, pertenecientes también a las dos escuelas rivales, de las que se ha hablado: «Para la escuela de Nancy, la confiscación de la voluntad es completa, y toda resistencia a los mandatos es vencida a la larga en la persona francamente sugestionable, que se hace así «perinde ac cadáver».—«La escuela de París rechaza esta tesis absoluta, «que no se apoya más que sobre crímines de laboratorio» (es decir, ficticios, simulados, ejecutados por condescendencia). Sostiene que la resistencia es posible; muy débil cuando el acto mandado es una futilidad, aumentaría en proporción de la gravedad del acto sugerido. Esta resistencia se manifestaría de muchas maneras: resistencia despertarse si no se reboca la orden, sueño o crisis en el momento de la ejecución, etc. «El hipnotizado no ejecuta más que lo que quiere ejecutar».—Ambas afirmaciones son demasiado radicales para ser justas. Si tomamos la frase de la Escuela de París: «el hipnotizado no ejecuta sino lo que quiere ejecutar», como acto plenamente volitivo, como una elección en lo absoluto libre, nos hallamos ante una afirmación falsa en su totalidad; pues las sugestiones normales capaces de dirigir una conducta en los individuos en estado de vigilia, sujetos estos mismos individuos al hipnotismo, aumentan en una cantidad de poder incalculable. Hay casos bien comprobados de verdadera imposición de un mandato.

Y si se puede explicar el estado hipnótico por una verdadera sugestión—influencia del hombre sobre el hombre—; pero ¿cómo se ejerce esa sugestión que impone actos, hace concebir ideas y determina sensaciones en el paciente?

Nos vemos obligados a copiar una página del estudio sobre el ocultismo, del Dr. J. Grasset: «Sabido es, nos dice, desde Pierre Janet sobre todo, que los actos psíquicos se dividen en dos grupos: los unos, voluntarios y conscientes y automáticos e inconscientes los otros.—A estos dos grupos de actos psíquicos corresponden dos grupos de centros y de neuronas psíquicos, situados todos en la corteza cerebral: los centros superiores (O) de nuestro esquema, lóbulo prefrontal) y los centros inferiores (centros poligonales de nuestro esquema, zona de asociación de Flechisg).—En el estado fisiológico, en la vida ordinaria, el psiquismo entero colabora y participa en la dirección general; los dos órdenes de centros psíquicos mezclan y sobreponen sus actividades. Pero hay circunstancias en las cuales se separan ambos órdenes de psiquismo, no superponen ya sus actividades La distracción y el sueño natural constituyen ejemplos de esa desagregación sub-poligonales fisiológicas.— La hipnosis o sueño provocado es un estado extra-fisiológico de desagregación sub-poligonal. En el sujeto dormido los centros superiores (O) se hallan aniquilados, duermen, no intervienen ya en la vida activa; tan sólo el polígono conserva su actividad. He ahí el primer carácter de la hipnosis.—En segundo lugar, ese polígono del sujeto dormido, de tal suerte separado de su propio centro (O), es sumamente maleable y se deja influenciar muy fácilmente por el centro (O) de otra persona, particularmente del magnetizador.— La sugestión es, presisamente, esa influencia ejercida por el centro (O) del magnetizador sobre el polígono desagregado del magnetizado».

Lo que puede verse a primera vista en los reconocimientos del Dr. Grasset, es su creencia en dos centros de vida psicológica: la una superior y directora,

la otra, inferior y dirigida. Pero hay falta absoluta de determinación de los centros; ¿el superior es aquel donde se constituye la suprema síntesis de la personalidad o es centro puramente volitivo? Según se deduce de numerosas observaciones de sujetos que han sufrido una influencia magnética, parece perderse para éstos la conciencia de su personalidad, para adquirirla cualquiera que se le sugiera; por lo tanto, se ve que el efecto fisiológico es de relajación de los centros asociativos que dan origen a la unidad del yo, subsistiendo eso sí las asociaciones parciales de recuerdos, de cuyo sustituírse e imperar sobre todas las demás se forma la momentánea individualidad del hipnotizado. Pero así concebido el resultado, no cabe localizar con precisión el asiento de los dos centros, como lo ha pretendido el biólogo francés; pues, acaso en el lóbulo prefrontal se halle la región por la cual se exterioricen las funciones más elevadas de la vida interna, acaso la voluntad: como materialización en imágenes, de la idea abstracta, para cambiarla en causa de acción —procedimiento cuyo estudio haremos más tarde—.

Lo realmente justo en las explicaciones de Grasset, es el concebir que subsisten operaciones psicológicas distintas y superiores a los puros reflejos; el operador no se sustituye así en lo absoluto al paciente, en todo el arreglo de su vida, sino que determina orientaciones, precisando e imponiendo ciertas imágenes que impriman una conducta. (Este punto se esclarece al tratar de la elección voluntaria y del sentido de nuestra libertad interna).

V

De las anteriores explicaciones (y sintetizándolas) se deducen estos reconocimientos: en presencia de los dos centros de actividad interna determinados en el cerebro humano (de los cuales creo, no podemos localizarlos de modo neto en las regiones indicadas por el

Dr. Grasset, ni es posible separarlos en la forma como lo hizo James; sino suspender la exacta demarcación mientras las experimentaciones psico-fisiológicas no lo señalen con claridad) podemos decir que el superior ejerce las funciones de control y de dirección voluntaria, como también las inhibitorias de esta clase; que estas funciones —sobre todo la última— son en algún sentido sobreañadidas, y representan, más allá y en vista de los caracteres de la personalidad, la conciencia del acto como mío, como procedente de mi libertad, en presencia de la lucha de pasiones, deseos y estímulos morales que trabajan y señalan una resolución; de ahí el sentimiento de responsabilidad nacido de tal control.

Pero ha de insistirse en que los actos descritos no son los puramente reflexivos, hay un grado más, la voluntariedad con previsión de lejanas finalidades. De manera que de lo espontáneo se pasa a lo reflexivo y de éste se avanza a los actos determinados por un ideal: lo espontáneo tiene aspectos casi mecánicos, la inestabilidad de un desequilibrio; lo reflexivo tienen en sí la elegibilidad y la concurrencia de los recuerdos que señalan una direción; los fenómenos más altos de las decisiones humanas tienen en previsión algo que no es pero que puede llegar a ser, o las inspiraciones hacia lo inmaterial. El Dr. Debierre ha descrito gráficamente en un esquema los dos aspectos que pueden revestir en el individuo un movimiento, el espontáneo y el reflexivo: en la trayectoría de dos cuerdas, como dos alambres eléctricos que siguen caminos paralelos (el nervio centrípeto y el centrífugo) coloca dos células, la una hacia la mitad del camino, la otra hacia su final (son los dos circuitos de James); un estímulo conducido por el nervio centrípeto llega hasta la primera célula, que pone en contacto los dos alambres: si el nervio centrífugo ha adquirido gran capacidad vibratoria —como lo hemos supuesto al tratarse de hábitos conseguidos—o por cualquier motivo se interrumpen ahí la conductibilidad

del hilo, ciérrase el circuito y la reacción espontánea aparece violenta. En caso ordinario la corriente no termina ahí, sube hasta la segunda estación, donde termina el esquema de Debierre, pero que debemos completarlo en la siguiente forma: la segunda célula impresionable, y en la actualidad impresionada, se comunica por sus dentritas con otras células donde descubre imágenes relacionadas con el actual estímulo y así se forma la elección en vista de las posibilidades, de ese proceso resulta un acto reflexivo; completo si la atención y condiciones del yo lo han iluminado, incompleto, si las relaciones han sido concluídas en un corto número de imágenes visibles (centros asociativos inferiores). El hipnotizado procede en virtud de sus propios recuerdos asociados en centros secundarios, merced al estímulo impuesto por el operador.

Dada la complejidad descubierta en los procesos de nuestra vida interna y las funciones paralelas del sistema nervioso, podríamos acaso repetir las afirmaciones de Abel Rey: «La constitución del sistema nervioso explica estos resultados (o a lo menos diríamos nosotros, nos da una imagen de ellos). Es esencialmente una gerarquía de centros. Ahora, la conciencia clara está ligada al ejercicio de los centros superiores. Y todo nos conduce a suponer que este funcionamiento autónomo debe suscitar estados internos (se refiere a las síntesis inferiores, inconscientes, de las afirmaciones de Janet) análogos en naturaleza pero muy diferentes en grado, de los estados internos plenamente conscientes, ligados al ejercicio del sistema completo». Son gerarquías de centros los nerviosos y son gerarquías de hechos los de la vida espiritual.

Ahora bien, según las hipótesis del Dr. Graset, el centro supremo, que él llama (O), puede ser sustituído en el hombre o subordinado en ciertos casos, al centro (O) de una persona distinta; y de tal manera cabe que influyan las voliciones agenas sobre los actos propios, que la sugestión actual puede ser origen de ejecuciones

muy lejanas (en las observaciones del Dr. Grasset a 40 y 43 días, en las de otros médicos, hasta un año).

V I

Pero resulta extraordinario que el sabio biólogo y médico francés, reconociendo la importancia de las sugestiones hipnóticas «hasta sobre la menstruación y otras determinadas hemorragias»; y «para provocar erupciones y otros fenómenos»; se niegue a creer en la telepatía, que no es sino una sugestión a distancia; habiendo afirmado además que el hipnotizador puede obrar sobre un paciente que no se halle en actual presencia, y en ocaciones, hasta de un modo involuntario para el operador.

¿Cuál es el concepto de telepatía? La palabra inventada por Myers, fue definida por él mismo en esta forma: «La transmisión de impresiones de un género cualquiera entre un cerebro y otro, independientemente de toda vía sensorial reconocida». — Entre fenómenos semejantes ha hecho Maswel esta distinción: «Telepatía, si el sujeto parece influenciado por un agente lejano, telestecia si parece experimentar activamente impresiones a distancia», y J. Grasset nos explica: «Se llama telepatía una sensación experimentada por un sujeto A, cuando *a una gran distancia*, sucede un accidente grave (enfermedad, accidente, muerte) a un sujeto B, que no está ligado actualmente a A por ninguno de los medios ya conocidos de comunicación psíquica». La condición de que sea gran distancia, me parece innecesaria, pues siendo el requisito esencial el de que la influencia no caiga bajo el dominio de los sentidos, tanto vale la distancia de cien leguas como la de una, y menos, basta la separación de pocos metros, como en el caso descrito por Sollier de que vamos a hablar en seguida.

Aún cuando una explicación suficiente sobre la naturaleza y causas de lo maravilloso en la vida interna espiritual, no se siente todavía la ciencia capacitada para exponer de un modo riguroso, sin embargo, no con el afán de insinuar una teoría sino como apuntando reflexiones, diré: la explicación de la conciencia total, como cantidades de energía que se concentran en aparatos receptores y transformadores, dejan en el ánimo el concepto de un fluído nervioso capaz de irradiar fuera de la persona y convertirse en estímulo de determinadas actividades. Esto sólo me parece puede esclarecer un notable experimento llevado a cabo por Paul Sollier:

Relata como «hallándose el enfermo (sujeto de la experimentación) ocupado y vuelto de espaldas, con la mano extendida y vuelto hacia él, hizo ademán de tirarlo sobre sí. Detúbose el enfermo en seguida en sus ejercicios, se volvió y dirigióse en derechura hacia el médico. La experiencia se repitió con el mismo éxito a cuatro metros de distancia y con un telón interpuesto entre ambos. Otra vez el gabinete en el que se hallaba el experimentador, estaba separado del laboratorio en el que se hallaba el enfermo, por un vestíbulo de escalera de cinco metros de ancho, un muro de cuarenta centímetros de espesor, precedido de un pequeño vestíbulo que tenía acceso sobre una galería cerrada con una puerta vidriera». Sollier ha pretendido explicar el resultado en una forma en lo absoluto inaceptable: «No hay en ello, dice, ningún fenómeno de adivinación, de intuición o de comunicación de pensamiento con su hipnotizador, no hay sino un fenómeno de percepción. Y la prueba de ello es que, no solamente otros experimentadores distintos de mi obtuvieron inmediatamente el mismo resultado, sino también que el sentido de la impresión es el que determina su movimiento». Singulares pruebas aducidas, de ellas no puede resultar sino el reconocimiento de la suma sugestionabilidad del sujeto pasivo de la experiencia, tal como pasa en el hipnotizado que responde a las sugestiones de personas

distintas al magnetizador; pero Sollier, de las pruebas aducidas concluye: «Parece, por consiguiente, que se trata de una agudeza particular de la sensibilidad» y añade, «Vése uno inclinado a admitir, o que la propagación de las vibraciones impresas al aire se realiza a travez de obstáculos hasta ahora considerados como insuperables, o que se trata de vibraciones de un orden desconocido».

Esas vibraciones de un orden desconocido deben ser, las que poéticamente las describe Tennyson: «Vibrando, comunícase la luz de estrella a estrella; ¿o podría el alma enviar también al alma una partícula más sutil de sí misma?» Sería el pensamiento que irradia como energía no agotada en los procesos cerebrales; comparable a luz cuando es idea o a la ley invisible de atracción de los cuerpos, si es voluntad.

VII

Es verdad que los autores que han procurado estudiar de un modo científico, o serio a lo menos, los fenómenos de lo maravilloso, separan frecuentemente de los resultados telepáticos (en los cuales el sujeto que influye, en un conocimiento por ejemplo, es inactivo) los de la clase del citado en el parrafo anterior, por la circunstancia de que hay una voluntad consciente que influye en una resolución. Pero nosotros no podemos entrar, en estos brevísimos apuntes, a divisiones y subdivisiones de hechos; por eso todos los fénomenos de transmisión a distancia de un pensamiento o una volición sin influencia del dato de los sentidos, y en estado normal de vigilia, los agrupamos dentro de una designación común, llamándolos telepáticos por ser el nombre más conocido. Hay además que, en el estado de hipnotismo, puede presentarse esas dos fases del feuómeno: hipnotismo voluntario y hechos de sugestión hipnótica contra la voluntad expresa del sujeto domi-

nante o con su total desconocimiento, como se ha comprobado algunas veces.

Otro hecho notable de influencia de un sujeto sobre otro en estado de vigilia, nos trae el Dr. Grasset, en la obra ya citada; se refiere al Abate P. de Aix quien le decía: «Yo encontraba siempre con la mayor facilidad el objeto que se había escondido, hasta con los ojos vendados y sin ver . . . Sentíame atraído por M. M . . . Yo tenía los ojos vendados y M. M. detrás de mí pensaba fuertemente en un movimiento que quería hacerme ejecutar. Tratábase, por ejemplo, de una vuelta a la derecha; yo sentí, *sentí positivamente* una influencia que me cogía toda la parte superior y media de la espalda derecha, que me hacía girar . . . era una influencia suave que tenía algo del soplo y del imán, y que se ejercía directamente no sobre mi cerebro sino sobre mi espalda» etc.

Pero a estos casos que el Dr. Grasset los clasifica como de «sugestión mental y comunicación directa del pensamiento», separándoles de los designados propiamente como telepáticos, por la naturaleza de la influencia; debemos agregar aquellos que recaen bajo la estricta definición de la telepatía.

El notable biólogo, últimamente citado, que para los fenómenos de la sugestión mental, cree en la posibilidad de que lleguen a caer bajo el dominio científico, dice explícitamente que en la existencia de los telepáticos no cree; señalando para los fenómenos llamados adivinatorios y telepáticos, perfectamente comprobados, explicaciones de esta clase: «No puede haber otra cosa que presentimientos, basados sobre razonamientos inconscientes, más o menos complicados»; o pueden significar sencillos hechos de coincidencia.

Ambas explicaciones del Dr. Grasset caen por su base, cuando se trata de hechos que contrarían en lo absoluto cuanto podía prevecrse, de esa clase de sugestiones que nos asaltan a pesar de todo dato, de toda noticia: acabo de recibir una carta de un amigo ausente en la que me refiere su perfecto estado de salud, las

alegrías que la vida le proporciona, y sin embargo pienso con tenacidad en que una gran desgracia le ha sobrevenido o que ha fallecido, dos, tres o cuatro días después llega la noticia de su muerte. Ni cabe coincidencias cuando las circunstancias son muy complejas, y todas o casi todas se le presentan al clarividente.

VIII

El notable escritor Paul Bourget describe un caso importante de telepatía, sucedido con su misma persona «En 188 . . . me encontraba yo en Italia. Tube un sueño absolutamente intolerable de realidad, en el que veía a uno de mis colegas de la prensa, León Chaprón, en su lecho de muerte. Encontreme enseguida asistiendo en mi ensueño a todas las circunstancias que siguieron a su muerte, especialmente a la discusión de su reemplazo, como cronista dramático en un diario. Tal fue la fuerza de este ensueño, que a mi vuelta a París, no pude dejar de hablar de ello a Maupassant, quien me dijo que yo sabía que estaba enfermo. Ahora bien, esta era la primera noticia que yo recibía de esa enfermedad. Chaprón murió ocho días después de esta conversación». Y dice Bourget que sólo recibió una carta de su amigo durante su ausencia, en la que le comunicaba su perfecto estado de salud.

Mi más íntima convicción sobre la real existencia de los fenómenos telepáticos, procede de comprobaciones de que puedo yo dar fe; creo firmemente en el poder de ciertos organismos, para en determinadas condiciones apreciar los sucesos que tienen lugar a distancia, fuera del círculo de sus actividades orgánicas. Se trata de la vida normal de una niña:

Un espíritu muy dulce, muy delicado, pero en exceso nervioso. Los pequeños accidentes de la vida tienen para ella una trascendencia incalculable, la hiperes-

tesia de su sensibilidad es maravillosa y su corazón es como hecho de emotividad.

Los hechos son bien claros, y por lo menos cuatro, perfectamente comprobados; se refieren casi siempre a circunstancias comunes de la vida.

He aquí uno: En una pequeña ciudad de provincia vive la familia a la cual pertenece esa niña, y talvez a unas dos horas de distancia de la ciudad, para un peatón, posee una hermosa quinta de recreo en que pasa todas sus vacaciones. En cierto día es atacado de una enfermedad violenta uno de los moradores de la quinta, y se manda un sirviente en busca de las más urgentes medicinas; pero, las horas pasan y el sirviente no vuelve, crece la angustia de la familia con el dolor del enfermo, y la niña dice entonces a su madre «mamá, ya vuelve tu sirviente pero no trae medicinas, porque en la plaza que queda en la entrada de la ciudad fue perseguido por un toro furioso y perdió todo el dinero que llevaba», una hora más tarde llega el sirviente y relata la escena tal como la niña la anunció. Las deducciones lógicas de que habla Grasset, pierden en este caso toda aplicación, y es mucho menos aceptable la idea de una coincidencia que relate todos los detalles del suceso.

La misma persona me ha referido —después de una larga obstinación mía— otro suceso de su vida: «Yo veía perfectamente, me dijo, una señora desconocida que venía a visitarnos, y describí a mis hermanas las facciones de esa mujer y el vestido que llevaba; unos veinte minutos después, aparecía en la esquina de nuestra casa la señora cuya descripción yo había hecho, en la cual reconoció una de mis tías a la esposa de un antiguo amigo de la familia, a la que yo ni mis hermanas jamás le habíamos visto. Con el antecedente de mi anuncio, mi tías averiguaron que la señora salió de su casa y vino directamente a la nuestra, de modo que se comprobaba que yo la ví cuando trasponía el umbral de su morada».

Una explicación sujestiva sobre todas esta clases de fenómenos y los de psicometría, es la adoptada por el Dr. Osty: hay como flotando en la atmósfera, y en el mundo entero, millares de millares de fuerzas que se entrecruzan, se mezclan y se superponen, escapando casi siempre a nuestro conocimiento actual, pero que circunstancias particulares pueden ponerle de relieve en medio de la trama en donde estuvo oculta —una o algunas de esas fuerzas— para ponerla ante nuestro conocimiento: «Estos objetos, dice, (refiriéndose a cartas, pañuelos etc. por medio de las cuales ven los videntes a las personas a quienes las pertenecía y pueden reconstruír parte de su vida) no tienen otra misión que la de permitir a la sensibilidad del sujeto distinguir una fuerza determinada, entre las innumerables fuerzas que le solicitan». — Además, piensa el Dr. Osty que el sujeto lúcido es como un espejo en el que se retrata lo que pasa en otro individuo, las ideas que piensa, las emociones que tiene y las pasiones que le mueve en un momento dado.

Yo me represento a la cabeza humana como aureolada de una extraña claridad de ideas, que se escapan de las limitadas regiones del cerebro para inundar el mundo con sus efluvios. Lo que estoy pensando hoy, hay aparatos cerebrales que lo reciben, y creen pensar ellos lo que yo dicto; o al revés ¿soy el secretario que escribe lo que otro en este mismo momento piensa? Así se explican los resultados, no raros en la historia, de hombres que sin conocerse trabajan al mismo tiempo obras semejantes, diseñan hipótesis de igual clase y exponen teorías muy parecidas; son colaboradores inconscientes en el mismo esfuerzo.

También en el orden de sucesos maravillosos descritos en este capítulo, deben inscribirse los extrarrdinarios fenómenos de los caballos de Elberfeld, de que tanto se ha hablado; y que para algunos es la manifestación de las posibilidades sugestionables del hombre sobre los animales. Dentro de las afirmaciones de Grasset, podríamos señalar como una capacidad de superposición

del centro O del operador, sobre el polígono de los caballos de la experiencia.

La existencia de la sugestión y de la telepatía entre los hombres, son cosas innegables, y que tienen la virtud de servir para hermosas aplicaciones en la interpretación de los fenómenos colectivos, como lo haremos después.

CAPITULO QUINTO

FORMACION EN LA VIDA DEL INDIVIDUO DE LA UNIDAD PERSONAL (1)

Las primeras manifestaciones de la vida interna en el individuo humano, anteriores a la formación del *yo* y que lo preparan. — Opiniones de Wundt y James sobre lo que se entiende y es la conciencia de la propia personalidad. — Descripciones e hipótesis de otros autores sobre la misma materia. — Aspectos psicológicos del yo y su probable sustractum fisiológico. — ¿Pueden confundirse los términos conciencia y personalidad? — El yo y el carácter moral del individuo. — Determinación del hecho psico-fisiológico de la formación del yo. — Estados patológicos de desintegración, pérdida o cambio de personalidad. — Datos psiquiátricos.

I

Después de haber visto los fenómenos de la conciencia y los dos campos sobre los cuales ella se prolou-

---

(1) A más de las obras citadas en los capítulos precedentes, véanse éstas: Herzen "El cerebro y su actividad"; Romanes "La evolución en el hombre"; Pierre Janet "El automatismo psicológico"; de Ribot "Las enfermedades de la personalidad" y "Las enfermedades de la voluntad"; Emmanuel Regis" Tratado de Psiquiatria"; Rogues de Fursac "Manual de Psiquiatria"; H. W. Gruhl "Psiquiatria".

ga (lo inconsciente y las manifestaciones de la supra-consciencia); nos hace falta representarnos como vive cada uno de nosotros nuestra propia vida consciente, y por qué motivo los actos ejecutados, las ideas pensadas y las emociones sentidas, las atribuímos a una individualidad, a un yo interno.

El campo está suficientemente preparado para comprender este nuevo aspecto de la vida, y por otra parte, el análisis que emprendemos acabará de esclarecer, en la medida de lo posible, las anteriores investigaciones.

El ser humano que principia a vivir, comienza a sentir y a reaccionar también; pero esto debe ser limitado a lo orgánico en el feto que palpita dentro del claustro materno, una aptitud hereditaria, una herencia específica, y en general, vital, cuyo aspecto en la conciencia del feto está así determinado por Hoffding: «Ciertamente, no puede ponerse en duda la existencia de una vida consciente antes del nacimiento, aunque vida tal sea necesariamente muy vaga y semejante a un sueño. De los sentidos exteriores uno sólo puede funcionar, el tacto; es posible aún que sea activo, si el feto, durante sus movimientos con frecuencia muy vivos, recibe exitaciones de las partes que le rodean. Quizá también estos movimientos que parecen ser ante todo las expresiones de la energía acumulada por una abundante nutrición, están también en enlazadas con sensaciones kinestésicas. Podrán además admitirse las sensaciones vitales, es decir, sensaciones que corresponderían al ejercicio de las funciones orgánicas, particularmente de la nutrición, *y que estarían provocadas mediante exitaciones producidas en el encéfalo por los órganos inferiores*. A estas diversas sensciones, especialmente a las sensaciones vitales, estarían unidos sentimientos más o menos intensos de placer o dolor». Por lo tanto, no puede definirse a un niño recién nacido, en lo absoluto, como un ser espinal; pues trae con el nacimiento ciertos recuerdos difusos de una vida anterior, que le inducirán a determinada conducta; desiciones inapreciables para nosotros, que le han conducido a

Hoffding a esta vacilante afirmación: «Si se quisiera hallar ahora, en el estado del feto, un gérmen de oposición entre el yo y los objetos, sería preciso buscar en la oposición que existe, de un lado, entre la sensación vital, del movimiento, los sentimientos de placer y dolor, que están inmediatamente enlazados con el estado del individuo, y de otro lado las sensiones tactiles correspondientes a las exitaciones externas que obran sobre el tierno organismo».—Sólo que Hoffding parece confundir en una misma forma de comprender, los datos sobre los cuales se trabajará la idea de la propia personalidad psicológica, con esta real formación. El contingente trófico (nutritivo) se le da hoy una importancia notable para el establecimiento de la conciencia.

Dotado de tal conciencia casi puramente orgánica nace el infante, sin que se pueda atribuirle noción alguna de su personalidad; su yo va a constituírlo por sucesivas experiencias sobre el mundo externo; pero ¿como?—A los pocos días de nacido busca la luz, si oye un ruido vuelve la cabeza, pero todo es uno para él, objeto y sujeto; los seres exteriores y las diversas partes de su cuerpo; son terrenos desconocidos, comarcas inexploradas hacia cuya conquista hay que ir. Pero el contacto de su mano con un objeto le produce dolor hoy, mañana una luz lo deslumbra; más, los contactos pasan y luego se renuevan, mientras que el dedo que los sintió permanece el mismo, el ojo que vió, vuelve a ser deslumbrado por una nueva luz. Sobre la región de tantos contactos, un día se produce una quemadura y en seguida el alivio de la curación; cuando quiere moverse, siente que lo hace con sus pies, y si encuentra un obstáculo que lo detiene, halla que hay algo fuera de él capaz de oponerse a su querer; y esas sucesivas impresiones son recogidas por la memoria, la cual conserva el recuerdo sin la presencia del objeto y lo saca a luz cada vez que las circunstancias lo exigen. — Los recuerdos conservados sólo de un modo fortuito podrían ponerse en evidencia, si no hubieran centros asociativos que los clasifiquen y los unan; y es bien conocido,

desde las ya bastante antiguas observaciones de Flechsig y Parrot, que las fibras de asociación en el cerebro sólo asoman muy tarde; y puede colegirse que la completa constitución de las redes asociativas, no se alcanza sino en una edad avanzada de la vida del individuo.

La época descrita, es en consecuencia, de recolección de materiales aislados, que servirán para dibujar una personalidad, pero que aún ni siquiera la diseñan. Centros inferiores, grupos parciales de recuerdos, pueden estar formados ya, pero como digo, dispersos. — A ese período de nuestra existencia, debemos atribuir, ciertas imágenes, ciertos recuerdos fraccionarios que sin poderlos localizar ni en el espacio ni el tiempo, los contemplamos, ya vagamente, ya con una extraña precisión, pero sin formar parte de un cuadro total, y que son en consecuencia casi imposible de reconocer.

Pero si las redes de conexión no están formadas o lo están incompletas, las imágenes sí han alcanzado sustantividad y han ido catalogandose, mediante funciones de relación y además, adquiriendo la tonalidad de ser placenteras o dolorosas. Mediante la impresión de los tonos sensibles de cada recuerdo, una y otra vez repetidos sobre determinada región u órgano, se van formando las ideas de permanencia del organismo, de solidariedad de sus partes y de limitación frente a las otras existencias y a la corriente continua de los fenómenos exteriores.

Corresponden semejantes caracteres a la unidad psíquica correlativa a la integridad biológica corporal, pero cumplen las dos distintas funciones y son de diferente sentido. — La especialidad orgánica, en su fondo último de naturaleza química, distribuída en regiones morfo-funcionales discimilares en cada uno, encuentra causas de aproximación y de influencias recíprocas en el organismo particular: con el continuo intercambio de materias hormónicas circulantes por las cuales se envían y reciben, con un sólo término, se cambian productos de distinta contextura química aún cuando del

mismo género; y luego, hay el funcionamiento integrador, regularizador y unificante del sistema nervioso. De ahí procede la sensación de unidad en el espacio y la permanencia de las formas. — Y es lo psíquico, ante todo, idea de continuidad, de permanencia en el tiempo, establecida mediante la integración de los recuerdos asociando imágenes diversas dispersadas en la trayectoria de la vida. La plenitud del yo nace de los dos elementos. — Y es en esta calidad de incorporación de todo cuanto somos física y espiritualmente, en lo que ha insistido con energía Ribot al describirnos la conciencia: «Es el organismo y el cerebro su representación suprema, dice, lo que constituye la personalidad real, conteniendo en sí todo lo que hemos sido y las posibilidades de lo que seremos. El carácter individual está allí inscrito por entero con sus actitudes activas y pasivas, sus simpatías y sus antipatías, su genio, su talento o su torpeza, sus virtudes y sus vicios, su pereza o su actividad. Esto, que asciende hacia la conciencia, es poco en relación a lo que queda oculto, aunque actuando». Sin embargo Ribot parece preocuparse de modo un tanto absorvente e injustificable, de la llamada por nosotros unidad en el espacio, señalando muy corto relieve a la colaboración en el tiempo: pues: «La unidad del yo no es la entidad *una* de los espiritualistas que se desparrama en fenómenos múltiples, sino la coordinación de un cierto número de estados naciendo sin cesar, que tienen por sólo punto de apoyo el vago sentimiento de nuestro cuerpo. Esta unidad no va de arriba abajo; no es un punto inicial sino un punto terminal». En fin, lo singularmente interesante en las enseñanzas del autor francés, es la insistencia sobre la calidad de coordenación, no pérdida de individualidad, de los elementos de conciencia: «La unidad del yo, en el sentido psicológico, es la cohesión durante un tiempo dado de cierto número de estados de conciencia claros, unidos a otros menos claros y a una multitud de estados fisiológicos que, sin ir acompañados de conciencia como sus congéneres, obran lo mismo

que ellos y más que ellos. Unidad quiere decir *coordinación*. La última palabra de todo esto es que el *consensus* de la conciencia, estando subordinado al *consensus* del organismo, hace del problema de la unidad del yo, bajo su forma última, un problema biológico». — Mas, debe meditarse que en las resoluciones de la persona no siempre es la plenitud de coincidencias la que actúa, antes bien, este concurso unánime es muy raro: hay que vencer y apartar tendencias, estímulos y pasiones, sacrificar parte de nosotros mismos para resolvernos. De manera que el yo no es la omogeneidad y ni siquiera la íntegra colaboracion, pero sí una concurrencia de partes más o menos extensa. De ahí saldrán aplicaciones sociales notables.

Insisto: la memoria conserva todos los recuerdos y los atribuye a las diferentes regiones del organismo, reconociéndolos como origen de las sensaciones de bienestar o de dolor que de ellos proceden; así el individuo opone lo que él es a cuanto le rodea, y busca los contactos que le agradan y huye de los rozes que le traen dolor — Nuestra vida es un perpetuo fluír entre satisfacciones y pesares; sólo que lo ordinario, aquello que no tiene en la exitencia gran relieve, no nos impresiona como un grado de dolor ni nos da la alegría de la satisfacción; únicamente las olas cumbres se destacan en la perpetua movilidad de cuanto es.

«El hombre en el origen de su vida psicológica, no se distingue como un ser aparte y se absorve, por decirlo así, de una manera indistinta en sus representaciones objetivas . . . Los animales superiores, los niños pequeños y los idiotas que no tienen nociones bastante precisas de los objeto., no tienen ninguna de su propia personalidad . . . » (Abel Rey «Psicología»). «Con las nociones de esfuerzo y de resistencia, continúa Abel Rey, se precisa la oposición entre el mundo exterior y este pequeño mundo que se forma al rededor de nuestro sentido vital. El niño aprende que es capaz de producir por sí mismo cambios en el mundo exterior sin que se modifique el fondo formado

por sus sensaciones internas. Se conoce como causa activa y limitada y descubre poco a poco su propio cuerpo». Por el momento sólo haremos una indicación respecto de las opiniones vertidas: la absoluta carencia de formación de su yo señalada para los animales superiores, no parece se pueda sostener; hay manifestaciones muy claras, en contrario.

II

Difícil, lento es el trabajo por el cual se forma la personalidad, trabajo de millares de experiencias, y de coordenación y de selección de ellas, clasificaciones que no se comienza con los orígenes de la vida, sino después de un importante desarrollo cerebral; por eso desde la antigüedad se ha pensado que nuestro yo comienza a actuar en el arreglo de las propias actividades, desde una edad bastante caprichosamente elegida; hasta esa edad, se dice, los impulsos son espontáneos e inmediatos, desapareciendo por tanto la responsabilidad. Hoy se afirma que la plenitud de la personalidad sólo se alcanza en tiempo muy posterior, al llamado del ejercicio de las facultades racionales.

Talvez puramente a la idea de responsabilidad y de formación del yo moral, se refería Abel Rey, cuando dijo que los animales no tenían concepto de su personalidad, en definitiva, no formaban su yo. — Más, para esclarecer el sentido del término —yo o personalidad consciente— y señalar si puede encontrarse en la escala de la vida grados de personalidad correspondientes a los seres inferiores al hombre; hace falta precisar lo que debe contenerse dentro de la idea, y para eso estudiaremos las opiniones vertidas en esta materia por varios psicólogos.

He aquí una notable página de Wundt: «En este desarrollo (el de la conciencia) un grupo particular de percepciones reclama un significado preeminente, a sa-

ber, *aquellas cuyo manantial radica en nosotros mismos.* Las imágenes de los sentimientos que obtenemos de nuestro propio cuerpo, y las representaciones de nuestros movimientos, se distinguen de todas las demás por formar un grupo permanente. Como siempre hay algunos músculos en estado de tensión o de actividad, se sigue que nunca carecemos de un sentido oscuro o claro, de las posiciones o movimientos de nuestro cuerpo. Este sentido permanente, por otra parte, tiene la peculiaridad, de que nos damos cuenta de nuestro poder de exitar voluntariamente en cualquier momento uno de sus ingredientes. Exitamos las sensaciones de movimiento inmediatamente por impulsos de la voluntad que exitarán los mismos movimientos; y exitamos los sentimientos visuales y tactiles de nuestro cuerpo por el movimiento voluntario de nuestros órganos de los sentidos. Así llegamos a concebir esta masa permanente del sentimiento, como inmediata o remotamente sujeta a nuestra voluntad y a llamarla la conciencia de nosotros mismos . . . Es esa conciencia propia en el principio completamente sensacional . . . sólo gradualmente el segundo nombrado de sus caracteres, la sujeción a nuestra voluntad alcanza predominio. En proporción a que la apercepción de todos nuestros objetos mentales nos aparecen como un ejercicio interior de la voluntad, nuestra conciencia individual comienza a ensancharse y a estrecharse al mismo tiempo. Se ensancha en el sentido de que cualquier acto mental viene a estar en relación con nuestra voluntad; y se estrecha en el sentido de que se concentra más y más en la actividad interior de las apercepciones, mientras que nuestro propio cuerpo y las sensaciones relacionadas con él aparecen como objetos exteriores diferentes de nuestro propio yo. A esta conciencia, contraída hasta el proceso de la apercepción, llamamos nuestro Yo; y la apercepción de los objetos mentales, en general, puede así designarse, según Leibnitz, como la raíz de ellos en nuestra conciencia. Así pues, el desarrollo natural de la conciencia del yo, envuelve implícitamente las formas más

abstractas en que esta facultad ha sido descrita en filosofía; sólo no se encuentra la filosofía de colocar al *yo* abstracto al principio, y así aniquilar el proceso de desarrollo. No debemos desdeñar el hecho de que el yo completamente abstracto (como actividad pura) aunque sugerido por el desarrollo natural de nuestra conciencia, nunca se encuentra actualmente allí. El más especulativo de los filósofos es incapaz de desunir su yo de estos sentimientos e imágenes corporales, que forman el incesante segundo término de su conciencia de sí mismo. La noción de su yo, como tal, es lo mismo que toda noción derivada de la sensibilidad, porque el proceso de la misma apercepción viene a nuestro conocimiento principalmente por medio de estos sentimientos de tensión que lo acompañan».

Justísima es la crítica de Wundt contra quienes quieren limitar el aspecto personal de la vida a las manifesiaciones más altas de nuestro espíritu; sólo que fijándose en la sustantividad de los fenómenos externos, pretende hallar la constitución del yo en el trabajo del conocimiento, desde la sensación hasta la idea; pero no con el aspecto especial de elrboración de la particularidad de tonalidades, en el aprecio de cuanto es para cada temperamento, ni como conocimiento del conocer en la unidad del sujeto de la percepción; sino como datos que constituyen el acervo de nuestras experiencias unidas por la continuidad y enlace en el tiempo de su aparecer, y representados en cada momento por los «sentimientos de tensión» que los acompaña. La unidad del sujeto que al travez de todo esto parece querer descubrir Wundt, no se encuentra como traducirla, sino a lo más como la designada por nosotros como identidad biológica, con capacidades psíquicas.

Las ideas del primero y segundo término de la conciencia de sí mismo, fueron, de seguro, las que alcanzaron a sugerir a W. James, el concepto de varios yos con un centro o núcleo en un «Yo de los yos», así descrito por el notable psicólogo: «Si el torrente es un conjunto (esto es, el desarrollo constante, el flluír de la concien-

cia) se identifica con el yo mucho más que con cualquiera otra cosa exterior, *cierta porción del torrente aislado del resto*, está tan identificada en un grado del todo peculiar y es sentida por todos los hombres como una especie de centro interior dentro del círculo del santuario, dentro de la ciudadela constituída por la vida subjetiva en conjunto. Comparadas con este elemento del torrente las otras partes, aún de la vida subjetiva, parecen posiciones transitorias y externas de las cuales cada una a su vez puede ser despojada, mientras que lo que despoja permanece. Ahora bien, se pregunta, ¿cuál es este yo de todos los otros yos?», que la generalidad de los que reflexionaran sobre este punto diríau, afirma: «Preside a la percepción de las sensaciones, influye en los movimientos que tiende a exitar. Es el hogar del interés; no es placentero o penoso ni aún el placer o el dolor, como tales, sino lo que dentro de nosotros habla de ese placer o de ese dolor, o de eso placentero o de eso penoso. Es el origen del esfuerzo o de la atención, y el lugar desde el cual parece emanar los mandatos de la voluntad. Un fisiólogo que reflexionase sobre todo eso en su propia persona, apenas podría menos, pienso yo, de compararle más o menos vagamente con el proceso por el cual las ideas entrantes «se reflejan o pasan a los actos exteriores». — La impresión de la descripción de los fenómenos en James, es esta: «la vida subjetiva puede representarse por círculos o zonas de hechos, que van desde el exterior de la circunferencia hasta su centro, todos ellos son jerarquías, especies de yo, pero a lo que damos el nombre de tal, es a un poder activo —representado en la gráfica por el centro circunferencial— «que da o quita su asentimiento, influyendo en los movimientos que tiende a exitar», de manera que este foco de dirección, que parece confundirse, con esa facultad de dirección procedente del espíritu, que la psicología designa como voluntad. — En momento oportuno veremos como el poder volitivo puede atenuarse o perderse sin que sufra la conciencia de la propia personalidad, o puede disgregarse y desapa-

recer, la realidad para mí de mi propio yo, subsistiendo sin embargo la firmeza de la voluntad para permanecer en una situación o inducirme a un acto.

Y después de la descripción transcrita de los aspectos psicológicos, que James la completa de este modo: «Las incompatibilidades y convenios mutuos, los refuerzos y las obstrucciones que obtienen entre estas materias objetivas aspectos opuestos de reverberación, y producen lo que parece ser incesantes reacciones de mi espontaneidad sobre ellos, acogiendo u oponiendo, apropiando o despojando, luchando con o contra, diciendo sí o nó. Esta palpitante vida interior es en mi ese núcleo central . . . » Que después de aquella descripción, digo, siente las graves dificultades de encontrar el proceso en sí mismo, de la vida interior, para tal resultado; y llega a esto: «es difícil para mí descubrir en la actividad cualquier elemento puramente espiritual. Siempre que mi vislumbre introspectiva consigue girar bastante rápidamente para cojer en el acto una de estas manifestaciones de espontaneidad, todo lo que puedo sentir distintamente es un proceso corporal que se efectúa casi siempre dentro del cerebro . . . » «Al atender a cualquiera idea o sensación perteneciente a una esfera del sentido particular, el movimiento es el ajuste del órgano de los sentidos. No puedo pensar en un término visual, por ejemplo, sin sentir un juego fluctuante de presiones, convergencias, divergencias y acomodaciones en las órbitas de mis ojos»; y así, ese Yo de los yos, cuando se examina cuidadosamente se encuentra, que principalmente consiste en la colección de esos movimientos (los del cerebro o de la faz en el hombre al tiempo de pensar o de querer) «particulares a la cabeza o entre la cabeza y el paladar»; de donde se seguiría, agrega: «que nuestro sentimiento íntegro de nuestra actividad espiritual, o lo que comunmente pasa por ese nombre, es realmente un sentimiento de actividades corporales, cuya naturaleza exacta examinan la mayoría de los hombres» y si «dividimos todos los actos fisiológicos posibles en arreglos y ejecuciones, el yo

nuclear equivaldría a los arreglos colectivamente considerados, y el yo menos íntimo, más variable en cuanto que fue el activo sería la ejecución».

Lo que ante todo apuntaremos, es el decidido afán de buscar un centro unificador de la vida, pero en vez de estar la circunferencia sólo plena de radios de atracción procedentes de su centro, se convierte en productora e inhibitoria de movimientos; pero más que eso, dentro de las opiniones que estudiamos el yo es el movimiento, algo semejante a las sensaciones de atención de que nos habla Wundt. — No puede concebirse que consista esa alma de los pensamientos y de la conciencia, imaginada por el autor, en los puros movimientos cerebrales inhibitorios o de relación, pues al lado de la actividad, en lo absoluto fisiológica, hay procesos y resultados para los cuales esos movimientos no son más que la apariencia externa —y talvez puede decirse, en todo caso, no son sino los mecanismos motores representativos y colaboradores en la función, pero no la actividad misma con su valor para cierto resultado.—

Por otra parte, ese concepto del yo fundamental es excesivo y es estrecho: Excesivo, por cuanto la personalidad es reconocimiento de una subsistencia a travez del tiempo de algo que persiste: un sujeto con sus atributos y poderes; y sólo es reglamentación, no como voluntad de hacer, sino en el sentido de señalar posibilidades de acción; darle el sentido que rechazamos, sería concebirla como una entidad semejante al alma de los filósofos escolásticos. La estrechez del criterio se marca, en esa especie de desligazón que pretende, respecto de los grados inferiores de conocimiento, que forman lo que él ha llamado los yos subordinados; entidades distintas que pueden sufrir la influencia, como de mandato, del yo central. — Repito, el sentimiento de la personalidad, debe representarse como la capacidad de señalar la permanencia y unidad del sujeto subsistente a pesar de todas las otras transformaciones; pero esa unidad parece tener un símbolo, especie de luz que baña y matiza los recuerdos.

III

El distinguido investigador de la evolución mental en los animales y el hombre, nos ha dejado también un importante análisis de *la conciencia de sí mismo.* George John Romanes principia por protestar de que no es su intención confundir, los caracteres de la personalidad en el hombre con los aspectos y grados de conocer entre los animales; pero ensaya hallar el origen, los antecedentes de formación de aquella, en las propiedades y esfuerzos de la psicología infantil, equivalentes, en muchos aspectos, a los estados internos de los animales. La «conciencia de sí mismo» consiste para él, «en prestar el mismo género de atención a los procesos internos psíquicos que la que habitualmente se presta a los procesos externos o físicos». A surgido así la idea de atención, o conocimiento, como la esencia del carácter del yo. Pero este conocimiento interno debe poder producirse por una real energía íntima, una voluntad de conocer, y no por puros accidentes o estímulos de afuera, para que aparezca la formación del yo humano, único al que se puede «aplicar estrictamente la palabra» de personalidad; lo demás, imágenes–símbolos, recuerdos de situaciones o de hechos pasados sin motivo externo actual, como «el mal del país» o las representaciones del sueño en los animales y los niños, «son facultades del espíritu que en el caso del niño, preceden a la aparición de la conciencia, y según la opinión del autor, prepara su camino»

En presencia de un gran número de hechos que demuestran para el animal verdadero conocimiento de una situación, como los casos de la personalidad ficticia en el juego,, —en el cual fingen una pasión y disimulan otra— o «los de rivalidad, sentimiento de merecer un castigo o la venganza etc.» y en presencia además de que: «Todo estímulo dado por el exterior, todo movimiento que se origina internamente, lleva consigo el

carácter de pertenecer al que siente o se mueve. De aquí que un animal como un niño pequeño, hayan aprendido a distinguir sus miembros y hasta su cuerpo entero, de los demás objetos». Por todo esto, digo, se creyó en el caso de señalar dos clases de yo; el uno, propiamente tal, el otro, impropiamente dicho: «La conciencia receptual o externa, pues, es el conocimiento práctico del yo como un agente activo y sensible; mientras que la conciencia conceptual o interior es el conocimiento introspectivo del yo como objeto de conocimiento, y, por consiguiente, como sujeto. De aquí que una forma de conciencia difiera de la otra en que es sólo objetiva y jamás subjetiva». ¿Será sólo objetiva la conciencia del perro —tantas veces citado en las obras de psicología animal— que se dejó morir de hambre junto a la tumba de su dueño? O en el caso del perro que jugando con su amo, simulaba gran furor y jamás le hería, mientras sangraba, un momento después, las carnes de cualquiera otra persona o de un animal que se ponía a su alcance ¿no se dará cuenta de su situación frente a los demas? Lo que hay es que constantemente en la Psicología, se ha querido designar con el nombre de formación de la personalidad, el ejercicio de las más altas facultades humanas; siendo en realidad el yo no otra cosa que el punto de enlace entre todas las facultades internas, inferiores y superiores.

También Romanes, apunta una observación ya muy antigua: «Entre la evolución gradual de la ideación receptual y la no menos gradual de la conceptual, parece haber un momento crítico en que *el alma se separa por primera vez del cuerpo que le nutre de percepciones madres*, y entra en el nuevo mundo de una existencia conscientemente individual»; esto, es casi la repetición de las afirmaciones de Wudt. «El proceso final por el cual se hace la separación del yo y del mundo exterior se opera repentinamente. Se prepara por un lento trabajo, pero en sí es un hecho súbito: hay un momento determinado en que de prouto el yo toma plena claridad en el alma, y en este mismo momento se

establece la conciencia. Ocurre muchas veces que esta iluminación súbita de su conciencia, deja en el curso de los años un recuerdo claro y preciso».

Hay muy graves sugestiones del dato en casi todos los autores, que triunfa de las reales consideraciones sobre la elaboración de los mismos; por un lado las sensaciones en sus varios aspectos y las formas distintas de la emotividad y por otro, las formaciones de idas y el aparecer de actos volitivos. — Así se llega a la concepción de algo semejante a dos focos de atracción que constituyen, dentro de nosotros, un doble sistema de hechos y de representaciones, coordenados talvez o subordinados, que en general no lo explican; y es que no se ha separado con rigor la parte orgánica de integración personal de los elementos psicológicos del yo.— Este disgregarse, este fraccionamiento de la vida psicológica, conduce a ciertas afirmaciones de Hoffding, de que vamos a hablar.

Hallamos en el autor últimamente citado: «El cuerpo propio distinguido hasta aquí del no yo (mediante las experiencias efectuatas sobre los objetos exteriores) parece no obstante poseer sus mismos caracteres esenciales; cae en la esfera de los sentidos y puede ofrecer resistencia. Se opone, por esto, el sentimiento de placer y de dolor a la influencia interna de los recuerdos y de las representaciones. Lo que sentimos es el objeto de nuestra percepción externa, *pero no es la sensación misma*, que es una facultad de conciencia. Podemos ver el rojo pero no la sensación de rojo. Podemos quizás, por medio de nuestra facultad sensible, percibir lo que es ocasión de nuestro sentimiento de placer o de dolor, pero no el sentimiento mismo. Aquello de que nos acordamos y que nos representamos puede ser el objeto de nuestra percepción externa, pero no el recuerdo y la representación misma. Esta oposición es tan decisiva que *la representación del cuerpo bajo su aspecto objetivo, puede colocarse en el no yo*, y no nos queda ya entonces más que la representación del yo como sujeto del pensamiento, de la sensi-

bilidad y de la voluntad. La oposición entre lo externo y lo interno se halla así reñnada, o más bien no conservamos la expresión «interno» sino a guisa de metáfora, *para designar el dominio del alma por oposición al dominio externo del cuerpo.* La experiencia interna comprede pues, las sensaciones, representaciones, sentimientos y voliciones, como estudios psiquicos; la experiencia externa comprede lo que es visible y capaz de resistir al movimiento en el espacio». Y como la experiencia interna forma la personalidad, nuestro mismo cuerpo es exterior, es el *alter* de nuestro yo, y acaso un enemigo, un obstáculo para nuestro pleno desarrollo, como en las enseñanzas cristianas de la carne enemiga de toda perfección espiritual.

Ya James señaló las dificultades de trazar la línea divisoria entre lo que el hombre llama su yo y aquello que sencillamente dice, mío; pero lo mismo entre mis vestidos, mis libros y mi personalidad, que entre mis sensaciones, mis ideas y mis actos de voluntad, y ese mismo carácter personal, hay reales diferencias: sólo que lo uno es accidental e inconexo con el yo, lo otro penetra en la zona iluminada por la virtualidad del sujeto. En todo, tanto en las sensaciones corporales como en las manifestaciones más altas del espíritu, pone de su parte el yo, la idea de solidariedad: yo, con todo lo permanentemente mío, somos colaboradores de la existencia que vimos; he ahí el sentimiento de mí mismo, como unidad en el espacio y en el tiempo: hemos trabajado en conjunto todas las partes de mi ser para constituír mi historia.

IV

Si decimos, este es mi pensamiento actual, esta es mi sensación del momento, representamos aspectos de nuestra vida interna; y al decir, son míos, señalamos como viven en ese instante y respecto a esa relación mi

espíritu, por causa de un determinado estímulo; que lo mismo vale si es interior o procede de afuera.

Pero la calidad impresionable que, teniendo su asierto en un aparato u órgano particular, se transforma no sbstante en calidad del sujeto, tiene su base física en la solidaridad biológica ya indicada, siendo su vehículo o factor primordial en el hombre, la manera, grados y condiciones nerviosas, si bien a éstos se agregan distintos medios para el mismo fin. Son interesantes las indicaciones de Augusto Pi y Suñer sobre la materia: «La conciencia no se basa sobre percepciones sensoriales únicamente. Estas percepciones vienen a incertarse en los sentimientos biológicos, en nociones más o menos claras que adquiere el sujeto desde los primeros tiempos de su vida y por su vida misma y que perdurarán mientras viva, que adquiere por el propio funcionamiento de sus órganos y por lo que es condicion esencial de este funcionamiento, por la nutrición celular». Al biólogo le perturba el contenido bío–fisiológico de la personalidad y pretende explicar todo por él, perdiendo de vista las transformaciones de materia para sólo preocuparse de las aptitudes que subsisten como posibilidades de hacer.

Es muy común en la Psicología de hoy afirmar que la sensación actual consciente, no es la pura impresión del fenómeno apreciado en ese momento, es una modificación, un trabajo, en el cual colaboran tanto las actuales impresiones como los recuerdos, que de otro modo no podríamos situar adecuadamente al objeto en el espacio y en el tiempo, y que tampoco podríamos reconocerlo; y de ahí surge el resultado del conocimiento mío con su aspecto particular, por referirse a mí: yo conozco las cosas, siento las sensaciones de una manera particular, y son así por ser mías, a causa del trabajo efectuado sobre ellas. — De tal manera que, cuanto sé, pienso y hago puede estar adscrito al yo psicológico, siendo sinembargo exterior a él. Parodiando a Rodembach diremos: «el yo es alma gemela de nuestra vida interna»: no es el conocimiento del objeto, pero

es el conocimiento de ese conocimiento, no es la voluntad de hacer, pero es el conocimiento de las posibilidades de acción y del hecho ejecutado; sólo que al penetrar la imagen en el espejo, éste, teñido de un color especial, colora la imagen. Retratada la estancia en él, el nuevo objeto toma su posición en medio de los demás existentes, y completa el cuadro: una esquina, un lienzo de la estancia. Aquel espejo tiene iluminación interna y dirige su foco a donde quiere.

Las imágenes que he empleado para representar cómo el individualismo psicológico se conquista, tiende a conseguir que se fije la naturaleza que creemos descubrir en el papel de la memoria, cuyo desarrollo haremos después; para entonces estos antecedentes cuyo aporte me permito agregar con un intento de Maxwell —cuyo conocimiento me ha llegado con posterioridad a la publicación de este capítulo en la Revista que lo aceptó— muy próximo al mío, según creo: «Si yo pudiera —dice— hacer una comparación muy extensa entre los fenómenos de la vida psíquica y los hechos de nuestra experiencia común, compararía lo inconsciente a una inmensa sala conteniendo infinidad de objetos. Esta sala está obscura; para percibir lo que contiene no tenemos más que una linterna sorda provista de un lente que proyecta los rayos en un cono, tanto menos luminoso cuanto mayor es la superficie sobre que se extiende; para reconocer el objeto tenemos que aproximar la lámpara, a fin de dirigir una luz más concentrada y más viva. No podemos ver los objetos que están fuera del círculo luminoso de la lámpara. Los objetos que iluminan son nuestros recuerdos. Cuanto más poderosa sea nuestra lámpara mayor será el campo que alumbre y más objetos podremos ver en la sala; de igual modo, cuanto más desarrollada esté nuestra conciencia activa, más recuerdos abarcará en la inmensa reserva de lo inconsciente . . . «En la vida psíquica si la conciencia activa es como la lámpara, la atención es como la lente».

Pero sin metáforas. La conciencia del yo se forma por verdaderos centros cerebrales de conexión de donde parten fibras correspondientes, y las manifestaciones externas que contempló James, son el aspecto exterior de las energías desarrolladas por ese centro para cumplir su función; he ahí las partes cóncava y convexa de la la cuerda, en las explicaciones de Fechner. Por eso, tan mío es mi pensamiento y mi sensación, como mi cuerpo; están sujetos a mi voluntad; pero ni uno ni otro, por sí, es mi personalidad, ni ésta puede confundirse en ningún caso con mi volición. Los caracteres que forman el yo consisten, en la contemplación de las actividades de que puedo disponer, y de las energías, recuerdos y sensaciones que poseo; el yo no es actividad, es conocimiento; por más que con frecuencia el conocimiento sea origen de actividad, pero hay ocasiones en que el uno subsiste sin el otro.

Así describe Taine la personalidad: «Es un centro inextenso, especie de punto matemático, en relación con el cual definimos todo lo restante . . . A cada instante de nuestra vida volvemos a él. Hay algo que dura y permanece en nosotros. Yo soy hoy, pero era ayer y anteayer, y lo mismo para Pedro y para Pablo. Si, en ciertos respectos, ellos y yo hemos cambiado, en ciertos otros respectos ni ellos ni yo hemos cambiado, y yo veo en ellos y en mí alguna cosa que ha permanecido fija». — Por la anterior descripción no puede distinguirse ningún otro fenómeno activo que el recuerdo: yo soy y era, yo sentí y hoy siento, hice en tales circunstancias tales actos y en circunstancias semejantes podría proceder en esta forma; de ahí resultará para la voluntad, orientaciones, impulsos directivos, pero como puras influencias.

V

El esfuerzo que forma la personalidad, es el trabajo de coordenación y unificación de los aspectos de la conciencia, y por lo mismo no puede confundirse con ésta.

«¿La conciencia y la personalidad son dos cosas idénticas? —se preguntan N. Pitres y E. Regis, en su obra sobre las obsesiones y los impulsos—. A nuestro juicio: no, se responden. Desde luego si se entiende la palabra conciencia desde el punto de vista clínico, en tanto que percepción exacta de fenómenos psíquicos sentidos, es evidente que, salvo raras excepciones, la conciencia se conserva en las obsesiones. Los hechos conocidos de todos en los que los enfermos se estudian y se observan en plena crisis, no pueden dejar ninguna duda de ello; y sabemos que están de acuerdo para acusar esa sensación de disgregación, de despersonalización, que es la nota dominante de su estado mental en ese momento; porque si ellos se dan cuenta de esa disgregación, de esa despersonalización, si la analizan tan correcta y justamente: es porque tienen conciencia». Estas afirmaciones deben ser revisadas por el psicológo, porque parecen confundir varios aspectos, formas o estados de gravedad de las circunstancias morbosas de disgregación del yo y especialmente el disgregamiento orgánico de la síntesis biológica y el mnónico de continuidad psíquica; más tarde hablaremos de una experiencia notable de comienzos de despersonalización, y entonces acaso sea oportuno señalar las modificaciones en el criterio que correspondan.

Entre otros muchos aspectos de pérdida o disminución de la personalidad, sin pérdidas de la conciencia, y a veces con hiperestesia sensible, debe contarse los casos de los medium que se creen inspirados por un espíritu o de los iluminados por influencias divinas, según ellos creen; como hay los casos frecuentes de personas que forman un segundo yo, dándose plena

cuenta de cuanto hacen, pero atribuyéndolo a cierto personaje encarnado en él.

Oigamos lo que dice Luquet sobre la realidad del yo personal: «La aparición de un dolor no aparece únicamente como el conocimiento del dolor por sí mismo, sino como el conocimiento por mí de ese dolor. Se expresa generalmente este hecho innegable diciendo que la conciencia es el conocimiento que el yo tiene, no sólo de sus estados actuales sino también de sus estados pasados, y aún, hasta cierto punto, de sus estados futuros. Pero esta fórmula no es rigurosamente exacta, no expresa con plenitud la realidad. El yo no puede conocer cosa alguna puesto que no tiene existencia actual, no es el yo sino el estado actual . . . ;» y después: «la conciencia no es el conocimiento del estado actual por el yo, sino el conocimiento del yo por el estado actado actual»; y en fin: «El yo es el conocimiento por el estado actual, no sólo de ese mismo estado, sino tambien del conjunto de los estados que lo han precedido: esos estados tanto actuales como pasados son reunidos bajo el término común del yo». ¿Qué significa todo esto? ¿este yo sin realidad en la vida y que se apoya en el estado actual, donde converge cuanto ha sido y se prevee lo que será? ¿la vida íntegra deberá estar presente en cada momento psicológico, para poder decir, soy responsable de los actos que he ejecutado de lo que he pensado y querido? Difícil sería proceder así, encadenando la resolución de hoy con todo el vivir anterior. ¿Cuánto tiempo requeriría entonces la reflexiva ejecución de un acto? Cierto que toda nuestra vida colabora en cada decisión tomada, pero no en calidad de una comparación o de un recuerdo, sino por que ella ha ido formando nuestro carácter, las singularidades de nuestro ser; únicamente en ese sentido pudo decir Leibnitz: lo presente está pleno de lo pasado y henchido de lo porvenir. — Por otra parte, no puede decirse que el estado actual nos de el conocimiento del yo, pues entonces no cabría imaginarse que sea; ese sentimiento de cada uno de su particular personalidad

el momento psicológico tiene una representación, y esta ¿evocará por sí todo el inmenso campo de los anteriores momentos? entonces, esa particular fuerza de irritabilidad cuyo proceso inexplicable no entra a describir Luquet, daría como resultado un galopar fantástico de imágenes o representacianes de estados, como en los momentos de disolución de la vida normal. Cierto, ciertísimo que la personalidad no es otra cosa que la epresentación total de nuestra existencia, pero no en cuanto el momento actual sea causa del conocimiento, sino por cuanto el sentimiento, la reflexión o la emotividad del momento, es elaborada por la comparación con estados del mismo grupo u orden; la unidad del yo debe ser como un centro cerebral que irradie su claridad por todas partes, a medida de las solicitudes que recibe.

V I

Junto al yo que conoce está el yo que elabora tal conocimiento, tiñiendo la vida y sus manifestaciones, bañando la imagen en la claridad de su atmósfera. — Plena de virtualidad para lo sucesivo, es la formación del niño; de las impresiones recogidas en los primeros años se constituye en gran parte el yo individual con su temperamento, y la vida dolorosa en esa edad decide del carácter sombrío del hombre. Claro, que corrigiendo y encausando el resultado en determinados sentidos, viene la herencia, y hasta la constitución orgánica, formándolo al niño más sensible al dolor o más propenso a la alegría, decidido, para triunfar de los obstáculos, o tímido, para ceder y desesperarse en su presencia.

Si el yo se forma de la experiencia diaria de manera de poder decirse que «memoria y personalidad se implican absolutamente»; ¿cual es el trabajo interno que lo ha constituído y cómo podríamos imaginarlo? ¿como entidad real o como existencia metafísica? ¿cuál es su esfera de acción y el radio de su actividad hasta dónde

se extiende? en fin ¿hay una base fisiológica sobre la cual se apoye y que sea capaz de representarlo?— Nuestro criterio sobre casi la totalidad de estos asuntos está ya indicado, con las notas, observaciones o apuntes hechos al rededor de las varias hipótesis estudiadas; mas ahora nos toca mirar en una vista de conjunto esas mismas indicaciones parciales.

En el fondo, en el comienzo está lo biológico: la solidaridad de partes y la integracion orgánica, luego la experiencia ayudada por el recuerdo y la comparación, que vandando idea a la persona de su existencia, como una individualidad frente a cuanto le rodea. Pero según el medio dentro del cual vive, el escenario que es el marco de su existencia, el niño tendrá mayor número de experiencias agradables o dolorosas. O su existencia se desarrolla entre el fausto, el cuidado y el lujo, o en todas partes encuentra la miseria y el olvido para él; según el predominio de esas impresiones se forma el núcleo mayor de las experiencias, al rededor del cual se irán agregando todas las demás.

El yo, en realidad es el centro de la vida psicológica, de donde parten rayos de claridad que alumbran los diversos procesos de la existencia; pero esa luz es diversa según el temperamento en que se ha teñido el foco, o espejo más bien, de las representaciones; por eso (como antes dije) el hecho, suceso o experiencia nuevos se matizan al penetrar en el círculo del conocimiento personal. Mas, las grandes épocas de constitución del temperamento coinciden con dos momentos de la vida: cuando el niño principia a formar su individualidad con las experiencias recogidas hasta entonces, mediante el completarse de la red de relaciones, y con la época del desequilibrio de las funciones, correspondiente al período de la pubertad; pues las influencias orgánicas tienen efectos capitales y las interacciones vegetativas y sensoriales son múltiples. Se trata en el primer aspecto de continuación de una naturaleza que se forma, cuyos elementos de constituírse no pueden ser otros que aquellos encuentra ya hechos; en el segundo caso las pasiones que

explotan y parecen ir a abasallar todo, y se presentan en primer plano sobre todo las imágenes relacionadas con la pasión genésica. — Las adquisiciones posteriores (por lo regular) sólo trabajan en ampliar el conocimiento de la vida y adaptar al hombre a las necesidades que conoce, suavisa el rigor que pudiera proceder del libre desarrollo del carácter, en presencia de nuevas perspectivas y en reconocimiento y anotación de los procesos según los cuales se desarrollan las existencias de los demás hombres del grupo. Unicamente en contados casos hay cambios reales de temperamento, (debido a circunstancias excepcionales) fuera de los casos indicados y de la disolusión de la personalidad correspondiente al período de la vejez; en toda otra modificación debemos ver la mutabilidad correspondiente al combinarse de los elementos preexistentes o a una diminución de los impulsos debido a un mejor control.

Los temperamentos sombríos ven casi todos los sucesos de la vida bajo el prisma de su sufrimiento actual o posible, mientras hay espíritus a los cuales podemos aplicar con justeza, que lo ven todo de color de rosa. He ahí la importancia de prevenir a la niñez contra el dolor, hay que rodearla de alegría para formar en cada uno de los niños un yo confiado y firme en la lucha por la esperanza del triunfo. — No hagamos el templo de aquellas conciencias al igual de los templos medioevales, antros de tinieblas, hasta tiñendo las vidrieras que podrían dar a los santuarios dorada luz de sol. Por todo lo dicho vemos como, «la síntesis consciente no puede nacer por la sola asociación de partes separadas. En esto precisamente difiere la conexión mental de la conexión material».

Y después de esclarecido, en la medida de lo posible, la naturaleza y formación del yo, podemos describirlo, en la manera de sus procesos, con Taine: «forman (los sucesos que nos dan idea de nuestro yo en el tiempo) una cadena cuyos eslabones, todos del mismo metal, aparecen a la vez como unidos y como distintos . . . Nosotros pasamos sin dificultad de un esla

bón a otro . . . ; no solamente vamos de uno de nuestros momentos al momento inmediato, sino que, por abreviaciones que unen a una imagen una larga serie de momentos, vamos de uno a otro período de nuestra vida». Los acontecimientos salientes forman como puntos de apoyo en nuestra vida pasada: «Puedo así, continúa, remontarme muy lejos y muy rápidamente saltando de cima en cima, y alcanzar en un instante diez o veinte años de distancia. Necesitamos para este atlas auxiliar el emplazamiento que ocupan nuestros diversos acontecimientos en la duración, los unos en relación con los otros, y podremos así, no sólo volver a ver en un segundo los acontecimientos más lejanos, sino evaluar también el intérvalo que los separa del presente».

Hermosa es la explicación de Taine y de gran verdad, sólo no se fija en un aspecto, la posibilidad de rememorar un acontecimiento muy lejano, sin localizarlo en el tiempo. Un hombre vuelve, como si dijéramos, de un vuelo, veinte años atrás, relata con minuciosidad una escena, cuenta un suceso pero no tiene noción del tiempo en que eso pasó, y si de improviso le preguntáis, os pide un momento de tregua, y a los hombres ancianos con frecuencia les habréis oído hacer sus cuentas en alta voz: «fue antes de hallarme en tal población, en ella estuve en tal administración, correspondiente a estos años etc.; luego el suceso debió tener lugar por el año tantos». Estos saltos incommesurables, sin puntos de apoyo, y en ciertas ocasiones los saltos de las inteligencias privilegiadas, en el conocimiento, sin intermediarios de reflexión y encadenamiento, que ha querido explicarse siempre por un trabajo sub-consciente de lógicas deducciones, puede hoy comprenderse bastante bien, por el conocimiento de la base física de los trabajos del yo espiritual.

VII

¿Hay una base fisiológica para el resultado que estudiamos? Se dice: la unidad del yo es correlativa y significa, la unidad del sistema nervioso en el hombre; pero eso no nos demuestra de modo suficiente los sucesos.

Sin insistir sobre los modos de individualización orgánica, veamos el cómo de la unidad vital del sujeto frente a las manifestaciones exteriores, por obra de los recuerdos. Lógicamente puede deducirse que el lugar donde se elabora esa adquisición, son las partes del cerebro que se designan como centros asociativos. Pero como ya hemos dicho, no es el grado supremo del trabajo espiritual, la formación del yo: éste, es sólo un lente de doble proyección, hacia los fenómenos sensoriales y sus imágenes que pueden dar lugar a la electibidad del acto, y hacia las combinaciones mentales e imágenes suprasensibles de las cuales procede en el ejercicio el acto voluntario pleno y el formarse de ideas, juicios y razonamientos; así tenemos la visión integral del hombre: es el mismo el instintivo de pasiones a veces groceras, quien en el dominio de la idea, lucha y sufre por los ideales del espíritu. — Todo se coordena en el yo, mediante intrincadas redes que, como los vasos sanguíneos para la nutrición del cuerpo, recorren todo y todo lo vivifican. Hay un mandato de pensar en algo, y sumiso a la voluntad, el yo ilumina la región donde el dato puede hallarse, a veces a él se han superpuesto o yuxtapuesto muchos otros, y entonces no se descubre con facilidad sino después de muchas operaciones de discriminación, o de simple busca. Por otra parte, la fibra asociativa puede ir directamente hasta la última estación sin pararse a contemplar las intermediarias.

Las redes asociativas pueden despedazarse, pueden hallar obstáculos insuperables, y entonces, como que se fracciona la vida interior y se rompe la total unidad

para aparecer aquí y allá pequeños centros asociativos; en fin, las asociaciones internas tienen leyes de poder o de fuerza asociativa: por un momento o constantemente una serie de imágenes son capaces de imponerse e inhibir a las otras. Todo esto se demuestra con el estudio de los estados patológicos, de las dobles o triples personalidades, de la disolución de la personalidad etc. etc.

Por último, el reconocimiento de la personalidad actora y que se decide a proceder no debe confundirse con el de los poderes o fuerzas voluntarias; aparece clarísimo de los casos de abulia, en los cuales el individuo se dá plenísima cuenta de que él es dueño de sus actos y no los ejecuta queriéndolos, o cede a direcciones que le contrarían a pesar de si mismo. Por otro lado, hay casos de desdoblamiento de la personalidad en los cuales el sujeto siente poseer una enérgica voluntad: no vacila, es rápido y tenaz en sus deciciones, pero no es el quien ejecuta la acción, es otro a quien él lo contempla y cuyo procedimiento talvez censura: «Un demente, relata Ribot, habla siempre empleando el pronombre nosotros . . . dice que habla así porque hay otro con él. En la mesa, dice, yo estoy harto; pero el otro no lo está . . . » Un día se precipita sobre un niño para estrangularlo, diciendo que no es él sino el otro. En fin, «intenta suicidarse para matar al otro, que cree estar oculto en la parte izquierda de su cuerpo».

Ejemplos de subsistencia del pleno conocimiento de sí con aflojamiento o desaparecer de los resortes voluntarios, son muy numerosos, pero yo sólo referiré uno que creo poder inscribir entre las locuras impulsivas, por falta de suficiente poder inhibitorio de la voluntad. Conocí a una señora que cuidaba con gran solicitud y cariño a un sobrino suyo atacado de demencia: en su estado ordinario era un hombre razonable y de alguna ilustración, bastante correcto en sus maneras, pero que tenía singulares fobias, entre ellas, la de que las personas que pisaban fuerte trataban de humillarle: «me pisan en la cabeza» se expresaba. La señora me ha

relatado dos hechos muy singulares; juzgado por ellos parecía un insigne bribón, y nada más, pero hay muchos otras notas que manifiestan su estado de absoluta locura. «En una ocasión nos levantábamos de la mesa después del almuerzo —refiere la tía— y A . . . se enfurece de un modo repentino por no se que causa insignificante, y toma un cuchillo con la decidida intención de matarme. Yo corría interponiendo la mesa y las sillas entre él y yo, pero A . . . se exitaba cada vez más; fatigada opté por un recurso, refería la señora M . . . : le dije, bueno, mátame que te llevarán al Panóptico por asesino. Entonces el loco soltando una gran risotada le contestó: nó, porque a los locos no encierran en las cárceles. Sólo con la entrada en el comedor de otra persona, calmóse la exitación de A . . .» — Otro hecho no menos singular del mismo alienado es el siguiente: habitaba con su tía en casa de unas señoras de alguna edad y no muy bien parecidas; en cierta ocasión escóndese A . . . en uno de los corredores bastante obscuros de la casa y al pasar una de ellas, se acerca, le abraza y le da dos fuertes besos; la señora quejóse amargamente a la tía del loco de que éste «le abrazó estrechamente», y al ser reconvenido A . . . contesta: «no sólo le abrazé sino que le besé además. pero debe quedar satisfecha de que siquiera yo le haga estas manifestaciones».

VIII

Muchos casos se hallan descritos en la preciosa obra de Ribot «Enfermedades de la personalidad» de desdoblamientos o de muchas personalidades; de abulias en su libro sobre «Las enfermedades de la voluntad», de amnesias en su trabajo sobre «Las enfermedades de la memoria»; y de todo hay en las importantes observaciones sobre «Las obsesiones y los impulsos» de de N. Pitres y E. Regis. Pero no hace falta llenar de

ejemplos en esta materia, pues el aficionado podrá encontrar con facilidad multiplicados relatos; voy puramente a elegir unas cuantas observaciones, prefiriendo dos sucesos de que puedo dar razón.

El primero de los casos es como sigue: para un amigo hacia el cual guardaba profundo cariño y que ocupaba una habitación próxima a la mía, llegó una época de inmenso apasionamiento por el estudio de la historia antigua, especialmente la del Egipto; le vi días y días, embebido, febril en el relato de las hazañas de los Faraones; y se hallaba —a tiempo de la observación cuyo relato voy a hacer— devorando el trabajo tan lleno de documentos, de Meyer, publicado en la colección de Onken. Alcancé a contemplarle hasta las doce de una noche en su faena, y serían las tres de la madrugada cuando sentí fuertes golpes en la pared que separaba mi dormitorio del suyo; me vestí de prisa y fuí a saber que sucedía. Le hallé con el rostro inflamado, los ojos extraviados y me gritó al verme, con angustia mortal, «me muero, voy a volverme loco»; procuré calmarle, le hice levantar y fuimos los dos en busca de un médico.

El aire de la mañana calmó sus nervios y volvió a su estado normal. — Me refirió entonces: «creí volverme loco. Había leído por largo tiempo la historia de Onken, hasta que el cansancio me dominó y quise dormir; habría dormido una media hora cuando me desperté sobresaltado, sentía una extraña impresión en mi espíritu. Parecíame que no era yo mismo el que pensaba, y sin embargo reflexionaba que algo extraño me debía pasar. Era yo un Faraón poderoso y cruel, y el fausto de mi corte deslumbrante; pero a medida que eso imaginaba, descubría mi lecho, veía mis objetos familiares, y seguía pensando que era un Faraón. Por un momento me causó risa esta complicación y desdoblamiento de mi ser: el hombre del siglo veinte pensando y sintiendo como un monarca de acaso seis u ocho mil años antes; pero había más, mi reflexión subsistía, y comencé a pensar, que acaso esta debiera ser la

disolución de la personalidad que acompañaba a ciertas clases de demencias. Puse entonces toda mi energía en desvanecer esa alusinación y recobrar la entera posesión de mí mismo, y al cabo de una larga lucha y fatigosa reflexión, readquirí la conciencia plena de mi personalidad. Pero fue más espantoso aún lo que me pasó entonces: sentí una ansiedad orgánica formidable, invencible a tragarme la lengua, y luego, a cortármela con los dientes; hacía inútiles esfuerzos pordominarme o pensar en otra cosa, hasta que en el colmo de la desesperación he llamado».

Es el caso estricto de un principio de desdoblamiento personal, momentáneo; el médico consultado lo atribuyó a un comienzo de intoxicación debida talvez a la extricnina de un reconstituyente que le habían recetado. Pero sea lo que fuere respecto de la causa, el hecho psico-fisiológico parece ser el de una oposición y lucha momentánea de dos centros de personalidad: el habitual, el diario, y un ocasional procedente de la viva representación, del imponerse, como si digéramos de imágenes sobre las que se ha insistido de un modo constante. Conservaba aún el yo normal suficiente fijeza y coerencia para triunfar, y triunfó; además si creemos en la intoxicación, la momentaneidad del resultado procedió de la poca gravedad de ella.

Pero el estado de adquisición de personalidades ficticias, pueden volverse mas o menos permanentes; es como un partirse en dos de todos los recuerdos que conservamos de nuestra existencia: doble centro para doble clase de imágenes. He aquí un caso de locura circular, relatado por Billod en «Anales médico-psicológicos»: «Un alienado de la casa de Vauves, cada diez y ocho meses, aproximadamente, dejaba crecer su barba y se presentaba con una apariencia y modales insólitos a toda la casa, como si fuera un jefe de artillería llamado Nabón, recientemente llegado de Africa para reemplazar a su hermano . . . El enfermo permanecía entonces muchos meses en un estado de exaltación pronunciada, conformando toda su conducta con su

nueva individualidad. Al cabo de algún tiempo anunciaba la vuelta de su hermano que decía estaba en el pueblo y debía venir a reemplazarle. Después, un día se hacía afeitar completamente la barba, cambiaba de traje, y actitud adoptaba, su verdadero nombre». (Tomado de la «Psicolcgía» de Abel Rey). — De un caso de múltiples personalidades sucesivas nos da un ejemplo Ribot, al contarnos el suceso del presidiario que después de un ataque producido por la vista de una serpiente, cambió en totalidad su manera de ser, para luego cambiar por segunda y por tercera vez, siempre a consecuencia de ataques nerviosos. En esos sucesivos estados perdía la noción de su existencia anterior, volviendo a veces a continuar un período de su vida precedente, dejando el paréntesis de diez o más años sin un recuerdo. Había de notable que a esos cambios acompañaba modificaciones orgánicas: períodos de parálisis y épocas de completa movilidad.

Hay casos en los estados morbosos, no ya de cambio de personalidad, sino de verdadera disolución de ésta, sin sustitución; es como si nuestros recuerdos, las imágenes de nuestro cerebro se disgregaran, presentándose en fantástico tumulto para nuestra atención sin asociamiento alguno apreciable, o sólo como manía de un grupo de hechos, del cual no puede salir el enfermo. De lo primero, son casos evidentes los delirios de los febrisitantes: pasan a galope y con viva precisión las imágenes más distintas dejando en el cerebro una vaguedad, un desvanecimiento intraducible; la pérdida de la personalidad con la sustitución de un sólo grupo de imágenes, lo tenemos en la monomanía, y de un modo transitorio en el arrobamiento místico —de esto último se hablará en el capítulo sobre las manifestaciones de la voluntad—.

Veamos una descripción de Herzen: «Durante el síncope tiene lugar el aniquilamiento psíquico absoluto, la ausencia total de toda conciencia; después se comienza a tener un sentimiento vago, ilimitado, infinito; un sentimiento de existencia en general, sin ninguna de-

limitación de su propia individualidad, sin la menor traza de una distinción cualquiera entre el yo y el no yo; se es entonces una parte orgánica de la naturaleza; se tiene, dicho en dos palabras, una conciencia impersonal».

Procedente de mi observación este suceso: Se trataba de una pequeña operación dentaria en un individuo sumamente nervioso, y para ella el dentista, a instancias de su cliente empleó el somnoformo. El paciente relata así los resultados de la anestesia: «experimenté de pronto perder la sensación de contacto, y una emoción como si principiara un aéreo ascender, al mismo tiempo mis ojos se nublaron y después de un instante no vi más. Me sentí en medio de una noche negra, inmensa, sin fin, más negra que cuantas había visto hasta entonces, sin una estrella y sin un cuerpo en aquel infinito vacío. Mi espíritu o mi cuerpo —no se cual de los dos— se despeñaba en aquellos abismos, y oía yo constantemente un grito, no se si de terror o de lucha, porque de ambos caracteres participaba, que brotando de no se donde, me parecía ser el eco de mi misma voz; y la total sensación era un sentimiento de angustia placentera. Esta imagen debió soñar Milton cuando relataba el hundirse de Lusbel en el caos.'— Después, me sentí despierto, pero la conciencia de mi persona no volvió inmediatamente a mí; al ver el pequeño paño blanco que me había puesto el dentista sobre el pecho, sentí la extraña sensación de haber vuelto diez o doce años atrás: me creí niño y me imaginé que me habían colocado un vestido que entonces acostumbraba ponerme mi madre, con una gola blanca. Algunos instantes después, recobré mi cabal juicio.» — He ahí como persistiendo la unidad orgánica con su base física de contactos el disgregarse de la plenitud del ser, es la suspensión de los funcionamientos cerebrales. Aquí es el cuerpo que padece y cuyo sufrimiento convertido en emociones por obra del simpático, sólo llega indirectamente al cerebro como un residuo escapado de malestar, que el lo traduce por una visión. Otras veces el

cerebro funciona pero los agentes de relación con el mundo exterior, los nervios, están paralizados o en discontinuidad. Siente el paralítico como extraños sus miembros, pero cuando esta plena su inteligencia atribuye a la enfermedad, mas a poco que sufra trastornos intelectuales, la falta de físicos contactos, la resistencia del miembro a obedecerle, los atribuye a que sus partes orgánicas son agenas.

IX

Es el escaso o desviado análisis con que se procedió por parte de los psicólogos en la determinación de los caracteres de la conciencia frente a la naturaleza de la personalidad, la que reaparece entre gran número de psiquiatras que emprendieron en el examen de las correspondientes desviaciones psicopáticas; y eso puede apreciarse en la reciente obra de H. W. Gruhl, a pesar de que su propósito «tiende a destruír ciertos prejuicios sobre la psiquiatria y su falta de eficacia en el orden terapéutico, y se encamine a lograr una más amplia comprensión de los fenómenos psicológico–psiquiatricos» (Prólogo de mayo de 1924); pues se ve en tales autores un confundir muy peligroso, entre cuanto meramente afecta a la claridad u oscuridad de la conciencia o las desviaciones de la voluntad, y lo que en estricto sentido son discontinuidades o pérdidas de la personalidad — Por la naturaleza de la obra apartada de toda discusión técnica y los escasísimos límites disponibles, no podemos ni debemos entrar a detallar cargos ni a indicar inconvenientes.

Siguiendo a Regis pueden agruparse los trastornos en dos órdenes diferentes: en los de la conciencia y los de la personalidad, como primer punto de partida. Entre los de la conciencia señala Regis: los relativos a alteraciones de la percepción, los correspondientes al regular incorporamiento de las sensaciones al yo y los referentes al conocer por faltas en la concatenación ló-

gica de los recuerdos. Es fácil comprender los motivos por los cuales se han incorporado estas calidades anormales de la conciencia en el efectivo desnaturalizarse de la persona psíquica, pues de ordinario hacia allá se encaminan, de modo particular las últimas, a medida de la gravedad del mal simbolizado por tales daños. — En cuanto a los efectivos trastornos de la personalidad, ponderando Regis la división sintomática y característica debida a Teodoro Ribot, de: la alienación de la propia persona, la alternatividad entre varias que se atribuye el sujeto y el caso de sustitución; ensaya sinembargo un nuevo sistema de clasificar, cuyo contenido es: 1º trastornos de la personalidad consciente; 2º en las relaciones de la consciente con la inconsciente (tomándolas por estas las llamadas actividades del polígono, en el esquema de Grasset); y 3º disolución de la personalidad. En fin, hallamos en Fursac, descripciones de tres grupos dentro de los cuales pueden inscribirse los signos mórbidos capaces de afectar la contextura del yó; a) el debilitamiento de la noción personal; b) las transformaciones de la propia persona; y c) su desdoblamiento.

Me parecen esas varias clasificaciones un tanto formales en su propósito terapéutico, y apenas encuentro anotamientos incidentales, más bien al describir los hechos que en otra parte, para el propósito cuyo esclarecer es mi intento. — Hallada en la arquitectura psico-física del yo dos órdenes de enlace y de continuidad, hace falta comprobarlos, y para ello acudimos a las posibilidades anormales del ser.

De muchas maneras y por múltiples motivos pueden presentarse las pérdidas personales y los casos de desdoblamiento. Ya porque el exitante no lleve consigo las ordinarias capacidades impresionables, y el sujeto atacado en su recto juicio atribuya su desinterés actual a maligno influjo: tal sucede con ciertas almas que habiendo perdido su fervor religioso, acusan a los enemigos del espíritu su impasibilidad. ¡Horas torturadoras para el creyente que se postra ante su confesor; y

no puede esprimir de su alma seca un solo movimiento de contrición! Todos hemos sentido instantes de absoluta pérdida emotiva o a lo menos de descenso muy grande de nuestras calidades de afecto, subsistiendo por otra parte la plenitud inteligente y la perspicacia analítica, que nos hacen discernir lo contradictorio de tal estado con el ordinario modo de ser. Hasta aquí un caso de abulia momentánea o más o menos permanente, pero complicadla, con un juicio apenas perturbado y os hallaréis ante los monomaniáticos, y avanzad un poco más en ello y os hallaréis ante los dementes. El puro desinterés no es vicio trastornador de la persona, como parece pretenderlo Gruhl. — Igual proceso podemos hallar en ciertos casos de parálisis, en los cuales, decidida una acción el sujeto se halla incapacitado para cumplirla. Hay una discontinuidad nerviosa que hace caer por tierra todos los propósitos. — Pero sobre todo, lo más revelador en el sentido de nuestro intento, es lo relativo a los estados denominados de *autoscopia*, con su doble forma, la externa y la interna. Significa la primera ese estado de agudo terror, mezcla de alucinamientos y de sensaciones más subjetivas aún, en el cual el enfermo ve a su doble marchar ante él, sentarse en el borde del lecho en el que reposa y perseguirle, como el ojo bíblico, por donde quiera que vaya Fursac ha reconocido que en la *autoscopia externa* se trata de «algo más que una simple alucinación visual; se trata de un verdadero desdoblamiento de la personalidad. No es sólo su imagen la que el sujeto tiene ante sí, o a su lado, sino una reproducción de su propio individuo, no sólo se ve sino qus se siente desdoblado. Por tanto, *como base del fenómeno hay una alucinación cenestopática*». — En las fantasías de ver sus propias vísceras y su funcionamiento, *(autoscopia interna)* nada puedo fundar, pues es difícil distinguirla de la pura rememoración o reconstruír imaginativo de gravados vistos o descripciones leídas.

Las precedentes indicaciones señalan como en muchos casos de desdoblamiento de la personalidad, hay

un fraccionarse evidente de las unidades internas señaladas antes: la que preside la integración del organismo y la que procura centralizar los recuerdos —pérdidas o baja tonalidad afectiva, descenso de las facultades voluntarias, malestar orgánico básico de la *autoscopia* etc.—Hesnard ha demostrado (1909) aún cuando señalando orientaciones psíquicas, como es debido a un agotamiento orgánico de los psicasténicos *la sensación de estar mal unidos al mundo o a su propio organismo físico;* se trata de una vida a retazos, fracmentada, según determina Hesnard. Un dato muy conocido es el de la laxitud acompañante a las anemias causadas por hemorragias abundantes. — Tiempo tendremos de volver sobre las cuestiones relativas a los trastornos de la afectividad.

Los cambios en la personalidad psíquica, tienen otro carácter. Los más son disoluciones de la cadena de nuestros recuerdos, destrozada y dispersa; de ahí nacen, como lo ha explicado Janet: centros inferiores, parciales de recuerdo predominado, o la lucha entre varios de ellos. Yo fuí fulano, hasta tal época pero ya no lo soy (complicado probablemente con accidentes orgánicos muy perturvadores pero incidentales, como en el sujeto de la observación de Ribot que cambiaba de personalidad después de fuertes ataques epilépticos); a veces, se sitúa el individuo en un momento de su vida, olvidando todo recuerdo posterior, y entonces, puede ser un niño que piense, quiera y proceda como tal, *pueriIismo mental* (Garnier y Dupré). A veces las imágenes de creación individual, toman fuerte relieve en la mente, constituyendo agrupaciones artificiales que luchan con el yo verdadero: de ahí las fantasías de reencarnaciones milagrosas, como el loco que se creía Jesucristo en una nueva envoltura terrena y en vez de ascender como pretendía para unirse al Padre, descendió de una alta torre y destrozó su sacrosanta humanidad. Como caso muy claro de desdoblamiento de la personalidad psíquica momentáneo,

el de aquel sujeto descrito antes, quien se sentía un fastuoso Faraón.

No ha de pensarse que al hablar de disolución psíquica como opuesta a la orgánica, trato de afirmar que no se ha lesionado la parte física del enfermo, procuro únicamente distinguir cuándo predominan las pérdidas de la vida vejetativa y cuando nó.

Todo nos demuestra como la conciencia de sí mismo no es para el hombre otra cosa que la coordenación de todas las manifestaciones de la vida, en virtud de la asociación de cuanto es y ha sido para nosotros; mediante imágenes agrupadas y ordenadas en torno de un centro.

CAPITULO SEXTO

LOS HECHOS PSICOLOGICOS REPRESENTATIVOS —LA SENSIBILIDAD Y LA MEMORIA—

Descripción de los estados generales de la sensibilidad, por efecto de las múltiples exitaciones de los diversos órganos de los sentidos en un organismo sano, y sus resultados sobre la memoria. — El estímulo y la impresión: hipótesis que tratan de explicarnos y resultados a donde nos conduce las afirmaciones de las energías celulares recogidas por el sistema nervioso centralizado. — Descripción de varios de los caracteres que revisten las sensaciones. — La fatiga psíquica y los procesos internos de la atención. — Opiniones sobre la naturaleza de la memoria. — Los recuerdos: formación y conservación de ellos; explicaciones biológicas de tales fenómenos — ¿Qué es el reconocimiento de una imagen recordada y qué debe entenderse por percepción?

I

Entre el leve estremecimiento de una mañana azul y verde, resplandeció el sol. Acariciantes ráfagas de viento agitaban las copas de los árboles, dejando caer sobre nosotros —como bautizmo de juventud— de trecho es trecho, lluvia de rocio. — El vivo olor de las maderas fragantes se mezclaba al intenso perfume de las flores silvestres. — Y yo sentía como la vida era esa

frangancia, esa viva reverberación de la luz en las irisadas hojas, esa lluvia balsámica sobre mi frente descubierta.

Todo mi espíritu se renobaba, y con los mil ecos de la selva cantaba él

Una estrecha cinta de terreno marcándonos el camino, y a uno y otro lado, escalándose en una fantasía de ascención sin fin las maravillosas montoñas — esmaltadas de oro bajo el sol, entre la esmeralda de mil matices de las plantas—.

Los troncos milenarios junto a los débiles arbustos que un año antes aún no nacían; y triunfantes, reales en su magnificencia las palmas, cuyos abanicos se dibujaban con precisión en el azul verdoso de la atmósfera.

Bandadas incontables de aves de plumaje blanco–rosado, que llaman en el país garzas marinas, pasaban constante, inagotablemente, como coros silenciosos de ángeles.

¡La embriaguez feliz de la naturaleza subía a través de todos mis nervios, y habría querido bailar, como los profetas inguenuos de Israel, ante el sueño de una visión divina!

Después de dos horas de camino se abría el horizonte: era la selva la selva intrincada aún, pero selva de llano; los árboles casi al mismo nivel se extendían hasta perderse en la lejanía, y sólo a veces alguna palma real dominaba ese fantástico ejército que marchaba hacia no sé donde.

Algún trecho bajo esa bóveda de ramas y hojas, y cuando el sol principiaba a vibrar sus rayos con excesivo vigor; una voz milagrosa de frescura, un claro del bosque y el correr del agua mansa entre los guijarros. —Este primer riachuelo se llama agua clara; era de oro líquido bajo el sol, pero al aproximarme hasta él vi la claridad sin mancha de sus hondas y sentí su deliciosa frescura.

Luego, de nuevo, los árboles en sucesión interminable de especies distintas: la piña silvestre, el chirimoyo de fragancia inimitable; y entre el verde follaje

de los naranjos la opulencia de los huertos de las mil y una noches, con el dibujarse de sus doradas ofrendas en la luz; los platanos de anchas hojas cargados de suculentos racimos, y los pequeños árboles del café — Después una nueva apoteosis del agua bajo el incendio tropical (tigre–ubiana llaman a este pequeño torrente, que equivale, a decir, agua donde bebe el tigre).

Bajo bóvedas espesas donde el cade triunfa, otra vez el camino, cortado a tres horas de marcha por un río de ancho cauce, que hacía estremecer todo el misterio de la selva con su rumor. — Media hora antes de llegar a ese río, en medio de la claridad de la tarde (ocre vivo, ánforas de sangre derramadas desde el horizonte) vibró poderosa, como un órgano inmenso esa voz.

¡Los brahamanes cantarían así al supremo Indra, en medio de la paz de la tarde, que llama al reposo y a la meditación!

El profundo cauce del río dejaba casi en sombras sus aguas; pero al bajar hasta él para comenzar en seguida la nueva ascención, ví sorprendido el danzar de luces de mil colores en el estrecho sendero tapizado de musgo: claras luces amarillas, grandes llamas de azul magnífico, rosas danzarinas, y también, como trozos de noche condensados, manchas de negro terciopelo.— Estas mariposas son los genios de los bosques cantados por los antiguos, reflexioné.

Toda la alegría de la belleza sentida, toda esa juventud, me evocaron con una insistencia extraordinaria los himnos védicos, y las encantadoras tradiciones indostanicas del nacimiento de Adima o del parto miligroso de la reyna Maya cantado por los budistas.

Y subieron a mis labios los maravillosos versos que repitieron los arios de las antiguas edades y mi memoria resplandeció con las descripciones del Mahabarata:

«Los himnos se elevan hacia los dioses en el momento en que el carro de Indra, todo

centellante de luz, viene a despertar el mundo abatido.

«*Sube hasta el cielo que se desgarra y nos da ese alimento luminoso que sacia nuestros ojos.*

«*Hija del cielo, Aurora, diosa brillante y generosa, detén al genio maléfico de la noche y expulsa al inmenso buho que cubría el cielo.*

«*¡Ya ha nacido, ya va a brillar la divina Aurora; ven, ven gloriosamente y sube al cielo para hacerlo resplandecer de luz!*

«*Eleva tu estandarte por encima de las montañas, y ven en tu carro que arrastran vacas de colores purpúreos*

«*Los fulgores de la aurora se distinguen; ella avanza por grados; ilumina lo que la rodea y da a todo tintas tornasoladas.*

«*Bella y benévola, sonríe.*

«*Hija del cielo, resplandece. Como la bailarina descubre su seno, lo mismo que la vaca muestra sus fecundas mamas, y así como ésta da su leche, la aurora distribuye al munao entero su luz.*

«*Vedla, abriendo las puertas del cielo y coloreándose con los fulgores del sol, su amante.*

«*De igual modo que un profundo mar, así todo lo llena con su grandeza.*

«*Siguiendo los pasos de las auroras pasadas, eres la primogénita de las Auroras futuras, de las Auroras eternas. ¡Ven a reanimar todo lo que tenga vida, Aurora!*

«*¡Ven a vivificar lo que está muerto, madre de los dioses, pues que contigo todos los dioses despiertan! ¡Ojo de la tierra, porque sin tí el mundo sería ciego! Men-*

sajera del sacrificio, noble Aurora, brillla para nosotros; aprueba nuestros votos y esparce sobre nosotros tu luz.

«Aurora, bendice, iluminando con tus rayos, al padre de familia prosternado ante tí rodeado de sus hijos.» (1)

Creí entonces haber desgarrado todas las tinieblas de nuestra incomprensión, y volviendo atrás cinco mil años, sentí en mi espíritu palpitar toda la juventud de una raza: sus ingenuas creencias, sus candores, su fe viva y su imaginación triunfante de las limitaciones de los sentidos y aún no perturbada por la lógica de una razón que estrecha los horizontes o limita el campo del conocimiento.

II

Son tres los aspectos señalados en las sucesivas situaciones de alma que hemos descrito: la impresión actual de un panorama que se desarrolla ante la vista del sujeto, con su acompañamiento de rumores, sensaciones térmicas, etc.; el recuerdo de las imágenes anteriores, de los antiguos estados de alma por aquél despertados; y la representación fantástica de una realidad desconocida. — Y estos van a ser los puntos de una ligera exposición en el presente capítulo y en el que sigue: lo que es la sensación, cuál es el estado de alma que llamamos recuerdo, y en fin, que es la imaginación, y cuando ésta ejerce su cualidad de creadora, para avanzar hasta las formaciones de las ideas abstractas o razonamientos. (2)

---

(1) Es el himno a la Aurora traducido de los libros Védicos, por Jorge Frilley (Véase "Literatura Sánscrita").

(2) No puede tener otro objeto el estudio de los puntos indicados —en el actual trabajo— que el de señalar algunos datos, mos-

El resultado en nuestra vida interna de los datos procedentes de los estímulos de afuera, puede decirse que es: *una transformación orgánica equivalente a exitaciones exteriores del mismo orden, ejercitados sobre órganos diversos de los sentidos.* A esos resultados se los conoce en la Psicología con el nombre de *impresiones.*

La determinación: exitaciones del mismo orden, procede del criterio aceptado casi con unanimidad, de que todas ellas tienen causas u orígenes de una misma naturaleza: ya sean las palpitaciones incesantes de un fluído identico y eterno, que se arremolina y condesa o se expande y diluye para formar cuanto es; o sea el constante agitarse de átomos que se aprietan en torno do un centro o viajan como el polvo de oro que sube por el rayo de sol que penetra entre las sombras de una morada. — La antigüedad del concepto de la materia substancial, internamente idéntica, pero con cualidades exteriores de representación diversa, viene desde la Escuela Atomística de Abdera, cuyas raíces, como de todo pensamiento filosófico, debemos buscarlas en los países del sol naciente; y tal concepción fundamental triunfa en la misma dialéctica escolástica y revive, o retoña más bien, en nuestros tiempos — en las explicaciones físicas y metafísicas del universo — bajo la doble forma que hemos dicho.

Lo de transformación equivalente, es el contenido de dos conceptos: equivalencia de la transformación y

---

trar ciertos aspectos de la vida interna, con el objeto exclusivo de que se llegue a vislumbrar, el resultado, origen y forma de las funciones íntimas del ser, de la psicología de los individuos, en la ordenación de su vida, en el concretarse de anhelos y en los impulsos que han determinado una actividad, momentáneamente o de un modo continuo, para la existencia de las sociedades. Cuando me preocupe de un modo especial y concreto de los diversos fenómenos particulares de la vida del grupo, de sus singulares instituciones, etc.; entonces será oportuno ahondar en la trama psíquica, en la naturaleza oculta humana; para saber todo el valor de símbolo de cada institución

el estímulo, y equivalencia de las transformaciones entre sí. — Al cambiarse los antiguos criterios objetivos, de que las impresiones eran reales apreciaciones del ser tal cual es en su sustancia, mediante el internarse en nosotros de algo del objeto percibido, como un desprenderse de la imagen de la cosa —sustantiva, real, física —en partículas sutiles de la misma que penetraban en el canal del ojo, abierto para verlo, por ejemplo, y dotado de energía para apropiárselo (Empédocles) al abandonarse esa idea, digo, en la Psicología se ha presentado las doctrinas de las energías sensoriales específicas: del nervio, del órgano afectado o del centro de la localización.

Cada sensación particular está adscrita a las vibraciones de un determinado filamento nervioso cuya conductibilidad exclusiva es la de esa impresión: es como se plantea, el caso de la *especificidad del nervio*. Pero la indiferencia de la conductibilidad de las cuerdas nerviosas, ha sido defendida con gran viveza y las experimentaciones practicadas parecen dar razón a quienes esto último afirman. Llevada a efecto una sección del nervio acústico e ingertado en él uno visual, se excitó el órgano por ondas luminosas y recibió el sujeto impresiones de sonido, aunque muy confusas y sordas.

La especificidad de los órganos exteriores afirmada por Helhmoltz, ha sido no hace mucho sostenida con vigor, y fundándola en los más modernos datos y completándola con las opiniones más nuevas sobre la materia, por W. Nogel. Teoría es ésta cuya adopción es un hecho, por gran parte de la Psicología didáctica.

Y hay junto a las otras, y con pretensión de corregirlas, la apuntada idea de las localizaciones con aptitudes especiales cada una para apreciar la impresión. (El experimento de la inserción de los nervios, de que hemos hablado, parece a primera vista justificar esta teoría; pero ya indicaremos cual es el sentido propio de la especificidad de los centros).

Pronto apareció el criterio del origen comun de todas las manifestaciones sensibles, lentamente diferen-

ciadas, desde el vago contenido tactil, como única facultad sensorial de las primitivas células animales, hasta la organización más compleja de los organismos superiores, por el esfuerzo mediante el cual se distribuyó el trabajo constituyendo aparatos especiales, para la apreciación en sus diferentes formas, de la perpetua movilidad de los seres del Universo; así se formaron los varios órganos de los sentidos. — Y aún cuando se presenta esta tendencia como un verdadero contradecir a las teorías de las energías específicas, creo sinembargo, que en realidad unas y otras pueden compaginarse y se completan, señalando que el hecho de la evolución indicada, mediante sucesivas adaptaciones, impuso formas adecuadas a ciertos órganos, para recibir con preferencia determinadas exitaciones, o para hablar con más exactitud, para apreciar de modo diferente los estímulos de afuera. — En realidad, la única distinción en los estímulos parece ser su velocidad o tono.

Todos los estímulos son equivalentes, en el sentido de proceder de un sólo orden de fenómenos o estimulantes, que obran de una manera semejante en el órgano respectivo —órgano de reacción específica— *y son conducidos en forma equivalente también hasta la región central.*

La última equivalencia indicada no es la de una combinación química, en mi concepto, es vibración, producto físico-mecánico.

Las explicaciones precedentes no nos hacen sino volver hacia la hipótesis expuesta de los pequeños choques sobre las células del organismo correspondiente, que cambiando de un modo momentáneo la estructura del aparato —cuyos símbolos son las contracciones y distenciones del iris— trasciende de esa modificación para constituir el cambio vibrante del nervio respectivo, donde se deja un sedimento o proyección en el tiempo, que es la aptitud vibrátil.

Ahora ¿las células desde siempre tuvieron la especificidad de la reacción a los fenómenos de afuera? eso sería negar el gran principio evolutivo: la marcha

ha sido de lo homogéneo a lo heterogéneo, me expresaré con Spencer. Al principio todo lo exterior es contacto, pero éste, que es movimiento, tiene la rapidez y la extensión de la honda, por lo cual va apareciendo una cierta diferencia en las reacciones celulares a medida de la perfección de la aptitud sensible —ejemplo, la forma esférica que en presencia de la luz toman ciertas amibas, según antes dijimos—. En los organismos multicelulares, poco a poco se van señalando funciones, según las posiciones de las células y los estímulos que el ser vivo recibe; tal como en la evolución individual el hectodermo, en contacto con el exterior, se constituye de células más resistentes que las del endodermo. — ¿Y respecto a los nervios? los cordones, para mí, no son sino conductores, no dan su significado a la impresión —aun cuando sí pueden acompañarla de ciertos matices afectivos, por cuanto participan de la cualidad de la célula nerviosa, o sea la de ser estrictamente sensible—. Pero, para recibir el estímulo en su mayor valor, la naturaleza se ha visto precisada a la gran ramificación nerviosa, por poder de las fibrillas terminales; así procura el nervio recibir el mayor número de modificaciones posible que han sufrido las células de una región. He aquí como se explica la enseñanza fundada en la experiencia, de que la piel se halla dividida en pequeñas zonas o espacios sensibles, cada uno de los cuales en un momento dado no puede recibir sino una impresión; Weber decía que, cuando dos exitantes iguales caen al mismo tiempo sobre una sola fibra nerviosa elemental, no se recibe sino una impresión. Así se representan las modificaciones sufridas en los órganos periféricos cuya energía desprendida se la conduce a través del eje respectivo para reflejarla en el órgano central en forma idéntica; y toda la organización con la especificidad adquirida en el exterior y el ramificarse terminal de los nervios, sugieren la teoría de la ortogenesis, con sus afirmaciones de la materia viva, sujeta a las influencias exteriores y dotada de una capacidad *sui géneris* de reaccionar en el sentido

señalado por el estimulante; equivaliendo a decir, cambio impuesto por el tono de la onda.

La historia de la evolución ha escrito un capítulo capaz de comprobar los acertos que anteceden. Juan Ranke tratando de desvalorizar las opiniones sobre las energías específicas, ha llegado a demostrar por el estudio de Anatomía y Fisiología comparadas, que «los bastoncillos acústicos de muchos insectos y los tactiles, ofrecen una forma poco diferenciada de los corpúsculos del tacto. De análogo modo descubrimos los llamados órganos de la visión de la sanguijuela con función al mismo tiempo tactil y olfatoria» datos que le condujeron a la afirmación de los órganos de paso. Nosotros apuntamos ya en otro lugar el hecho de la indistinción de las funciones en los moluscóideos.

Insisto y sintetizo mis opiniones: a medida de la evolución, las diferentes partes de los organismos se fueron constituyendo en aparatos adecuados, según las imposiciones del exterior, reobrando la materia viva respecto de los estímulos de afuera para el efecto de un mejor apreciar de la naturaleza circundante; y paralelamente, siguiendo el movimiento de complicación del aparato respectivo, la ramificación siempre creciente de las fibras terminales de los nervios, para recibir en su más completa expresión la energía escapada de las células que componen el órgano exitado.

Pero no es ese todo el proceso. Hemos dicho como se había pensado en la especificidad de las regiones centrales, de la circumbolución raíz del nervio sensorial, pues hemos visto cambiarse una excitación luminosa de los ojos en sensación de sonido, porque desembocaba el nervio óptico en la región de donde partía el acústico, y porque además, mil experimentos nos han enseñado que la sensación de un órgano desaparecido conserva el paciente algún tiempo después de la pérdida. Pero dijimos ya que reflexionaríamos a tiempo sobre el verdadero sentido de las localizaciones cerebrales, y creo haber llegado el momento de hacerlo. La región

cerebral de donde parte el nervio que vivifica el correspondiente aparato periférico y hacia donde se internan las respectivas impresiones, se ha acostumbrado a *traducir* las excitaciones que recibe en el sentido del constante influjo. Es indispensable que yo traduzca esto de traducir las excitaciones: no es otra cosa que un nuevo reconocimiento de la *identidad en género de todos los existentes*, por eso, en el ejemplo tantas veces citado, la viva claridad se transforma en vaga, imprecisa sensación de sonido. — Larga crisis ha sufrido, y rudos ataques la opinión de las localizaciones, por virtud de ciertos experimentos que parecían destinados a echarla por tierra; me refiero a los casos en que se reconoció la readquisición —o la reeducación, como dicen con más justeza algunos— de ciertas aptitudes perdidas momentáneamente por causa de una lesión cerebral. Claro, la especificidad nativa de los centros o circumboluciones cerebrales, queda sin fundamento, desde que otra región del cerebro puede apropiarse, o adquirir más bien, las funciones de la parte destruída; llegándose sí, a aquilatar el sentido de la localización y su valor, con las explicaciones que he dado.

III

La teoría celular de la conciencia explica además, una multitud de modalidades de la impresión sensible, del tono y resultado psicológico de las mismas, del cortejo de impresiones que le acompañan o siguen, de la aureola en que se proyecta, de la fusión de muchas impresiones en un solo resultado, etc., etc. Y en tal hipótesis estaba contenida la siguiente enseñanza: los pequeños choques sobre las células que causan el desprendimiento de cortas cantidades de energía, recogidas talvez por los filamentos que parten del gran simpático, irán a originar los estados cenestésicos. Se considera, por consiguiente bajo la apariencia de un estado aisla-

do el cenestésico, en las circunstancias en las cuales los estímulos son en exceso débiles para ser recogidos por los nervios que determinan la conciencia sensible; pero podemos verla también marchando al unísono con las impresiones de las imágenes sensibles, aun cuando con frecuencia en estos casos lo cenestésico es tan vago, que con dificultad nos da una impresión interna suya

—La insuficiencia de la energía para producir una sensación, puede causarse de modo artificial por provocadas rigideces de los nervios—.

«Una sensación influye siempre sobre la vida orgánica individual —se expresa Abel Rey—; de aquí un estado *agradable o desagradable* que constituye lo el tono de la sensación. *Esta tonalidad está en razón inversa de la claridad de las sensaciones;* mientras más pura sea una sensación, más claro será el conocimiento que nos proporciona y menos intenso el estado afectivo que le acompaña.» El autor francés agrega, que no debe confundirse ese estado afectivo de la vida vegetativa con las verdaderas tonalidades dolorosas o placenteras, producto o resultado directo de las mismas impresiones. Y respecto a la claridad de un estado que causa el oscurecerse del otro, talvez es debido a un fenómeno de atención, de la misma clase de los que influyen en la forma de apreciar varias sensaciones concomitantes, de lo cual vamos a hablar.

Una sensación viva oscurece a otra concomitante con ella; pero en el caso de ser del mismo género o de calidad cercana a la suya, la primitiva contraposición desaparece para surgir ambas en la armonía de un pleno reconocimiento de las dos.— Conocido por todos es como un estímulo fuerte ejercitado sobre un organismo, impide la apreciación por él de otro estímulo menor que tratara de impresionarle al mismo tiempo; fenómeno resultante es éste de la atención, que ha hecho inclinarse a muchos autores a afirmar la simplicidad en cada momento de los estados de conciencia: el alma no puede percibir sino una sensación actual, se dice; yo creo sería mayor verdad afirmar que una se destaca con

frecuencia y las otras se ocultan y apagan su brillo, pero con sus tintas matizan el cuadro, con sus tonos completan la singularidad del estado interno.—Y si al resultado de la preeminencia y absorción de un estado por otro pueden conducirnos las más faciles y diarias observaciones, se necita algo más, una experiencia más reflexiva para apreciar otros aspectos de la vida íntima individual: cierto que una viva claridad por de pronto nos absorve en su contemplación, sin permitirnos apreciar las notas de un concierto que llegan vagamente hasta nosotros, perdiéndose muchos de sus acordes o a lo menos las completas flexiones de su armonía; pero al poco tiempo nuestro espíritu va tomando posesión de sí mismo. adquiere como un equilibrio de sus facultades, y la luz resplandece y la música vibra en una armonía perfecta de nuestros estados internos. — Esto parece muy claro: el resultado primero es el de la atención, respecto de la cual se ha impuesto la más viva de las impresiones, pero como era real armonía procedente de vibración nerviosa, produjo ondas capaces de hallar aparatos equivalentes que las reciba; así como en lo físico dos diapasones de igual onda vibrante o de estructura equivalente, colocados uno en frente de otro, se acoplan en el sonido y lo producen con sólo poner en conmoción a uno de ellos. — De ahí concluyo como consecuencia, que la obra de valor estético supremo es la ópera, por cuanto mezclando sensaciones visuales a sonoras con sabia combinación de fuerzas exitantes, nos permite apreciar mejor las dos.

Las explicaciones físicas, apuntadas, y la unidad de orden de los estímulos, estan bien determinados por una serie de datos procedentes de la experiencia, entre ellos, por la transformación de cualquier choque mecánico sobre el ojo, en impresión luminosa, y los resultados de presiones ejercidas sobre los nervios auditivos, convertidos en sensaciones sonoras. — Pero quiero referir dos experimentaciones profundamente sugestivas, sobre la equivalencia de los datos sensibles:

Un notable pianista sud-americano ofrecía al público de Quito hermosas audiciones musicales. Fuí lleno de entusiasmo a asistir a semejantes veladas. — La casi total oscuridad del teatro preparaba a fijar la atención en sólo las voces del piano, pero quise ir más allá, para no perder ni un compás, ni matiz de sonido; cerré los ojos y me puse a escuchar con fruición. Al poco rato, y con gran extrañeza mía vi representarse —en el campo de mi visión interior— con una claridad y vigor extraordinarios, un castillo maravilloso: blancuras de mármoles dibujándose en columnatas, peristilos, pórticos, balcones y torres, sobre un cielo de azul acuoso y plateado por la luna; parecíame la reproducción, con el primor de una filigrana, de uno de los palacios del renacimiento; trazos iguales sólo he visto en las ilustraciones de Gustavo Doré. Fatigado por la tenaz atención y vivas representaciones, abrí los ojos, y después de un corto instante volví a cerrarlos: era singular, pero continuando la misma música volvía idéntica visión. La particularidad del caso me hizo intentar una desviación imaginativa; pero el hecho era que se imponía la misma imagen sobre toda otra sustitución pretendida.

Después vino una nueva pieza musical, y el resultado psicológico fué aún más extraordinario, por la naturaleza de la paralela visión; veía sobre una alfombra roja —y con igual insistencia y con la misma claridad, de la imagen antes descrita— un ramo hermoso de flores blancas. — Los otros motivos musicales tuvieron semejantes cambios en el interior de mi espíritu.

No se si pudiera llamarse alucinaciones a estos datos concretos, precisos, insistentes, de visiones debidas a estímulos auditivos.

— No habiendo para el observador, en esos casos, y en medio del silencio y la oscuridad de la sala, otro estimulante que las notas del piano, creo que lo general sería el decidirse por llamarlas alucinaciones: impresiones visuales sin causas impresionantes; pero yo las interpreto más bien como procedentes de un verda-

dero estímulo, que por vibraciones concordantes ha causado los resultados dichos —.

Ni aún me había fijado en el programa el nombre del compositor ni la designación de las piezas —algunas de las cuales me parecieron enteramente nuevas para mí— para que pudiera pensarse en una asociación por tales motivos ideales.

Relaté esos hechos a un notable pintor quiteño— el señor Mideros— quién me dijo: yo he sentido una transformación equivalente de sensaciones artísticas. En uno de mis viajes al exterior —no recuerdo el lugar extranjero del suceso— me hallaba maravillado ante un friso de arabescos llevado a cabo con un primor intraducible, cuando de un modo repentino sentí cambiarse la impresión de la línea y del color en un verdadero estado de armonía musical.

IV

El gasto de la energía disponible para las impresiones, equivalente al grado de nutrición de las células, señala la justa interpretación de las leyes de Weber y de Fechner, las cuales se dirigen a afirmar lo siguiente: «la intensidad de la sensación no crece proporcionalmente a la intensidad de la exitación que la provoca, sino en cantidad mucho menor.» En efecto, una primera exitación halla un poder celular reaccionante muy vivo, pero ella ha consumido una importante parte de la sustancia explosiva de las células del órgano, sobre todo cuanto se hallaba en la superficie celular, por eso un nuevo estímulo necesita exitar con gran intensidad no sólo la superficie, sino con frecuencia, parte mayor o menor del cuerpo de la célula. No podría explicarse de un modo suficiente, por pura fatiga nerviosa, en un hombre robusto y atento que ni aún hubiera hecho anteriores y continuos trabajos, su incapacidad para seguir la proporción de los estimulantes; por eso es tam-

bien que la ley de Weber está completada y corregida en parte, por estos experimentos: la exigencia del estímulo subsiguiente es tanto menor —para poder impresionar— cuanto menos enérgica fue la impresión anterior: diez gramos de peso agregados a diez, son con facilidad apreciables, mientras que esa cantidad agregada a un quintal que se transporta desaparece para la apreciación. —El cansancio del órgano estimulado creo, en consecuencia, que es ante todo la debilitación de sus células y no de modo principal de los filamentos nerviosos que le inervan, pues la misión de estos es recojerla y presentarla en un sentido de dolor la fatiga, al órgano central; de ahí que sus pérdidas son en relación muy cortas en esos casos.

Pero la fatiga que acabamos de describir no es propiamente la fatiga psicológica, sino otra orgánica o perteneciente a la actividad funcional, fisiológica del organismo; la que hemos llamado fatiga psicológica, tiene ciertos caracteres distintos y se relacionan de modo íntimo con la naturaleza y formas de esfuezo procedentes de la atención, como lo ha afirmado Mosso —según lo recuerda Dn. Alfredo L. Palacios, en su importante obra de «La fatiga y sus proyecciones sociales» —. (1) ¿Mas, la atención qué es? Es, dirección consciente —voluntaria o no— del centro asociativo de nuestras sensaciones, hacia un determinado fenómeno o

---

(1) En la obra citada del autor argentino hallamos además: "El estudio de la atención, fenómeno de actividad nerviosa, de origen central, nos permite referirnos a las diversas aptitudes y establecer las diferencias individuales de esas disposiciones, ya que, según lo ha probado Omer Buyse, un elemento importante de la inteligencia profesional es la atención voluntaria y la concentración. Las aptitudes psico-físicas, particularmente favorables al trabajo, son de acuerdo con el autor citado, la rapidez de los movimientos y su precisión: estas características son la expresión del grado de control que el sujeto posee sobre los movimientos de su coordenación." — Volveremos sobre el estudio de la atención después.

grupo de ellos. — Supone en consecuencia dos trabajos: uno positivo, que hemos llamado de dirección, y otro negativo inhibitorio; esas actividades tienen como representaciones externas los movimientos musculares del rostro de que nos habla James tratando de explicar la forma del yo. — No son raras las contracciones de apariencia angustiosa, sobre todo en los niños que aún no han adquirido pleno dominio de si mismo, tendientes a evitar un pensamiento que los atormenta, por ejemplo; en el hombre, parece que van cambiándose esas manifestaciones exteriores por más violentas conmociones internas—.

Como se ve, hay una fuerza sobre todo de defensa, cuyo resultado es el fatigarnos, y hay una energía de control: desplazamiento de ciertas sensaciones para la plena percepción de las otras. — Sólo que, como no se pierden del todo las sensaciones concomitantes, deben éstas aureolarlas a las plenamente conscientes por virtud de la atención—. Mientras más única, sola, sea la impresión atendida, la fatiga se presenta más pronto; sucediendo, por el contrario, que cuando son múltiples los estímulos que nos interesan, un orden, un grupo de fenómenos— ocupando ellos por la energía de su presencia, imponiéndose a la atención, no exigen un trabajo muy vivo de los nervios inhibitorios.— Del reconocimiento más o menos inconsciente de estas condiciones psicológicas, han sacado los pintores las grandes reglas de la figura central y de las figuras de composición o secundarias: la una con su choque impone la impresión, estimula la atención; las otras, sin hacer perder la fuerza del cuadro como estimulante, permiten el descanso y evitan la fatiga.

Pero no es esto todo. Ya hemos dicho, y hasta hemos insistido, sobre el significado extricto que tiene lo del carácter sintético de las sensaciones, y hemos insinuado, de modo constante, como de su tonalidad había de proceder los estados de alma placenteros o dolorosos. — La atención que se dirige de un modo constante y repetido hacia un estímulo, acabamos de decir, nos pro-

duce la fatiga: excesivo desgaste de las energías acumuladas en un mismo órgano y actividad constante de un sólo grupo de neuronas; pero para la psicología de las sensaciones debe tener muy en cuenta el artista, además, que la fatiga puede proceder del cambio constante y brusco de impresiones extremas; tal como una cuerda vibrante que pasando sin transición desde el límite bajo de la escala hasta el grado más alto de la vibración, acaba por romperse. — Y esta es propiamente la parte que toman las *fibras nerviosas* en la producción de la fatiga, parte pequeña en comparación con las otras que hemos señalado—.

El cambio brusco de tono es indispensable para despertar la atención y dar el matiz del mismo es necesario para causar una impresión estética.

Con aplicación de cuanto sabemos, hemos de decir: la sucesión no interrumpida de matices, de tonalidades, mecen el alma en una sensación de quietud; pero esa suavidad, ese llegar vago de impresiones en virtud de las cortas diferencias en grado de los estímulos, puede adormecer el espíritu, insensibilizarlo en su letargo, si de tiempo en tiempo una nota distinta, rompiendo sabiamente la melodía, no impone un salto armónico hacia nuevas esferas de sensación. Esas son las reglas que han impuesto los músicos a sus sonatas; las exitaciones fuertes sirven como estimulantes para saborear mejor la quietud en la armonía de la vida.

¿Y qué es la felicidad de la vida en la armonía? Son vibraciones de todo género que reunidas suben hasta nosotros, y nos inundan en su música: vibraciones térmicas de frescura, visuales de preciocidad del color, embriaguez de sonidos; he ahí la plenitud de la vida que hace saltar dentro de nuestro pecho el corazón.

V

Después de haber apuntado algunos datos e insinuado ciertas consideraciones sobre la naturaleza y forma de los fenómenos sensibles —que se completan, en la parte indispensable para cumplir el objeto del presente trabajo, con lo que hemos dicho en los capítulos dedicados al estudio de la conciencia—; nos toca hoy dar una visión de conjunto, dejar una rápida impresión, sobre el problema discutido con tanto empeño en la Psicología, relativo a la memoria.

¿Qué es la memoria? Para comprenderla en su complejidad es necesario verla bajo sus tres faces: cualidad de *conservación de las imágenes* percibidas, forma de *reproducción* y manera como se las *reconoce y localiza* en el espacio y en el tiempo; pero esos tres aspectos del fenómeno, para ser comprendidos, requieren ante todo la explicación del mecanismo o manera de constituirse la *imagen* en algo permanente —con permanencia mayor o menor,— y para eso se han ensayado muchas hipótesis Sólo hablaremos de las dos que hoy se disputan la privanza.

Th. Ribot comienza sus explicaciones sobre la memoria por afirmar que la esencia del fenómeno es la de ser un hecho biológico y que sólo por accidente toma la naturaleza psicológica; y determinado así su punto de vista, se lanza a la exposición de sus hipótesis, no sin antes refutar aquellas que comparan el hecho interno de la memoria con ciertos fenómenos físicos «por sus analogías lejanas» dice Ribot, tales como «la propiedad que tienen las vibraciones luminosas de poder almacenarse sobre una hoja de papel, y de permanecer, en estado de vibraciones silenciosas, durante un tiempo más o menos largo, dispuestas a aparecer al llamamiento de una sustancia reveladora»; que esta concepción procede, nos afirma, de la tendencia injustificable de aplicar de un modo estricto las leyes físicas a las acti-

vidades biológicas y sus resultados, pues la biología tiene sus leyes particulares de subsistencia. Pero no tiene otro razonamiento —a más del indicado— para negar la sugestiva comparación con la placa sensible conservadora de una imagen, que el siguiente: se olvidan, dice, del fenómeno activo de la reproducción, para convertir a la memoria reproductora de un hecho accidental cuyo brote se debe a causas extrañas. Pero esas objeciones me parecen excesivamente superficiales: el recuerdo de una imagen conservada al surgir a la superficie, en las operaciones internas del conocimiento, siendo con frecuencia accidental, por virtud del estímulo del momento, se presenta cuando es voluntario, como efecto que debe atribuirse a otra función psicológica distinta de la pura memoria; en realidad, la función que estudiamos, tiene como real papel el de conservar las imágenes —y bajo otro aspecto, el de reproducir los estados internos—pero no es trabajo suyo el de la comparescencia de una imagen; como conservadora, la memoria interviene en la reproducción, pero es obra de la voluntad, en unos casos, o de las representaciones similares el de iluminar el campo donde se oculta el recuerdo correspondiente

Y respecto a la aplicación de las leyes físicas a las operaciones biológicas, todos los partidarios de las puras enseñanzas de la biología para explicar la vida psicológica, llegan más o menos tarde, al ahondar en el problema de la vida, a los fenómenos de la naturaleza inorgánica, aún cuando se declaren incapaces de explicar el tránsito.

Pero apuntemos las hipótesis de Ribot. Con la indicación hecha ya de que lo esencial para el autor francés era lo fisiológico, lo capital de este aspecto no será necesario razonar, sino únicamente, enumerar con él las faces del fenómeno; hay dice: «1º una modificación particular, impresa a los elementos nerviosos; y 2º una asociación, una conexión particular que se establece entre cierto número de estos elementos». — De la segunda indicación no trataremos hoy, porque es sólo

nuestro objeto por el momento, insinuar el modo como, según Ribot, se adquiere el recuerdo: «es una modificación particular impresa a los elementos nerviosos», se expresa, y la describe así: «Toda impresión deja cierta huella imborrable; es decir, *que las moléculas una vez arregladas y forzadas a vibrar de cierta manera, no volverán a colocarse exactamente en el estado primitivo*», y he aquí su comparación física para representar el fenómeno: «Si yo rozo la superficie del agua tranquila con una pluma, el líquido no volverá ya a tomar la forma que tenía antes; podrá presentar de nuevo una superficie tranquila, pero hay moléculas que han cambiado de lugar, y un ojo suficientemente penetrante descubriría, ciertamente, el paso de la pluma. Las moléculas animadas, cambiadas de lugar, adquieren, pues, un grado más o menos débil de aptitud para sufrir ese cambio. Sin duda, esta misma actividad exterior no vuelve de nuevo a actuar sobre esas mismas moléculas, tenderán a recobrar su movimiento natural; pero las cosas pasarán de muy otra manera, si sufren muchas veces la misma acción. En este caso, pierden poco a poco la facultad de volver a su movimiento natural, y se identificarán más y más con el que se les imprime, hasta el punto de que llegará éste a ser natural a su vez, y más tarde obedecerán a la menor causa que les ponga en conmoción »

La anterior descripción de Ribot, que toma en parte de Delboeuf («Teoría general de la sensibilidad ») produce un gran número de incovenientes para comprender el resultado. En primer lugar, no se evita las confusiones entre las leyes vitales y las físicas, que fué la grave objeción opuesta a quienes comparaban la memoria al conservarse de la imagen en una placa sensible; comparación por comparación, talvez la del agua cuyas moléculas no consiguen *volver al primitivo estado de equilibrio* me parece más mecánico, menos próximo a lo biológico; pues debe tenerse en cuenta, que tanto los unos como los otros, sólo tratan de los

carácteres físicos descritos, para dar la impresión del suceso interno.

Ahora, si es un desviarse de las moléculas por obra de la impresión recibiba, cuyo nuevo arreglo supone un cambio particular en sus respectivas posiciones, *como las partículas de agua removidas;* una agitación subsiguiente producirá un nuevo desviarse, y en un sentido que no se podría determinar: acaso las moléculas —por obra de la casualidad— volverían hacia atrás en el camino antes recorrido y se aproximaran más o menos al estado de su primitivo equilibrio; o sucesivamente los estímulos, una y otra vez actuando, irán cambiando las posiciones de las moléculas, de manera que por la última impresión el estado de composición de la masa de sustancia estaría de tal manera trastornada que, en ese sentido, al último estado interno no cabría compararlo con los anteriores, no se asemejara en nada a los estados de equilibrio que pasaron. — Por otra parte, el readquirir del *movimiento natural* (en caso de un sólo estímulo no repetido) no se comprende con la hipótesis expuesta ¿habrá acaso una fuerza interna que solicite en cada nervio un equilibrio determinado de sus partículas? no lo explican sus partidarios, y antes por el contrario, la comparación con las moléculas del agua nos dice, que no hay otra ley que la mecánica del mutuo punto de apoyo, son como los granos de arena que caen en confusión y no se puede prever el puesto que entre los demás hallen en el arreglo.

La teoría opuesta a las hipótesis fisiológicas, ha planteado la cuestión en esta forma, por boca de Bergson: «La memoria no es otra cosa que una función del cerebro, y no hay diferencia de grado, sino de naturaleza, entre la percepción y el recuerdo». — La discusión de este nuevo punto de vista y las reflexiones que pudieran proceder de ahí, nos harían traspasar en mucho los límites que nos hemos señalado en este estudio; por eso, sobre el fenómeno del recuerdo sólo voy a exponer mi manera de concebirlo.

V I

La manera y efectos del estímulo y de la sensación, están determinados en los párrafos anteriores, pero ¿cómo se conservan las sensaciones? y ¿es lo mismo la aptitud, la facultad de obrar adquirida mediante un hábito que se inpone y el recuerdo plenamente psicológico de una imagen? He ahí dos problemas de singular importancia.

Nadie ignora que la especifidad de las células nerviosas consiste en la de ser en supremo grado irritables *(impresionabilidad de las mismas)* pero ésta puede presentarse en dos formas: o de descarga o de apreciación; la cualidad de apreciación es la predominante en las células de la corteza cerebral, y yo he insistido en varias ocasiones en comparar esta aptitud a una cualidad de refracción, idea que tiene un comprobante bien notable en las enseñanzas anatomo–fisiológicas que afirman que el aparato visual (el ojo) es en gran parte una prolongación, un brote al exterior de sustancia nerviosa; pero sobre todo, son los aspectos de las imágenes recordadas y las alucinaciones lo que nos induce a ello; una viva imaginación representa con todos sus colores, bajo todos sus aspectos y en sus varias perspectivas y líneas, un cuadro antes visto: realmente vemos, no es que el estado psicológico resurja puramente, es que el ojo ve, vuelve su mirada hacia adentro y de su nueva contemplación procede el estado correspondiente. Para poder trasladar al lienzo el pintor contempla; la línea pura de la estatua surge vigorosa en el interior, para trabajar la escultura sin modelo presente. No sé de qué otra manera pueda explicarse las reales ficciones de ciertos paisajes que nos parece en la actualidad verlos, en la forma de los extraños espejismos del desierto que retrata e idealiza.

Las imágenes de los recuerdos y las actuales impresiones, tienen efectos similares con orígenes opues-

tos: las unas nacen fuera para interiorizarse en nosotros, las otras surgen adentro, para exteriorizarse o no. Cierto que una impresión causada por un estímulo exterior actual, puede agitar y hacer surgir una imagen —y de hecho sucede así en todo conocimiento, que es tal, merced a comparaciones y clasificaciones conscientes o inconscientes— pero eso, cuando ya se ha interiorizado, cuando de estímulo se ha cambiado en impresión.

Creo que no pueden concebirse las imágenes visuales, por ejemplo, representadas por la memoria, sin que surja en nuestro espíritu la idea de un signo o marca dejados en el cerebro por la impresión; pues, voluntariamente en la vigilia o involuntariamente en el sueño, nos representamos una imagen o un cuadro visto, que están lo más lejos posible de las condiciones actuales de nuestra vida, esas imágenes —por más que se proteste contra lo físico de la comparación— se parecen a retratos conservados en nosotros cuyo contenido volvemos a verlo después de algún tiempo. Pero la imagen interna tiende a exteriorizarse, y sólo se completa mediante el aparecer de un estado orgánico del aparato respectivo, el cual vuelve a nosotros la condición físico-psicológica antes sentida; por tanto, éste es posterior a la imagen, es su complemento, y puede con frecuencia faltar como en las imágenes muy idealizadas.

Ciertos datos experimentales nos dan materia para abundantes reflexiones. Parece como si todo estado de conciencia renovado tuviera como antecedente una imagen visual que renace: quiero, supongamos, tener un recuerdo de movimiento, y principio por imaginar un lugar en el cual lo ejecuté o las posiciones tomadas por mi cuerpo al efectuarlo, y entonces, la propia sensación significa un modificarse de los músculos y de los nervios correspondientes, pero no en el sentido de cambiar las moléculas de posición de un modo permanente, sino de flexibilidad adquirida; no es memoria la del violín del artista que responde mejor a sus inspiraciones que otro cualquier instrumento, ni creo hallar aquí ni en

impuesta por un conjunto de sensaciones presentes o pasadas. Decíamos en uno de los capítulos anteriores que el centro de nuestra vida psíquica es como un espejo donde se reflejan todas las impresiones que sucesivamente se han ido catalogando en el cerebro, que cada legión de imágenes tenía su arreglo y su número para cada una, pero que el número veinte se colocaba entre el veintiuno, diez y nueve, y diez y ocho y veintidós, y todos formaban un haz de conocimientos, de ahí la asociación de imágenes y el trabajo fatigoso inhibitorio, de la atención; ésto llevado a cabo mediante las gotas de licor de vida del torrente circulatorio que el trabajo cerebral ha encausado.

La catalogación de las nuevas impresiones entre las antiguas, señalando órdenes y esbosando diferencias, es lo que se ha llamado con frecuencia por los autores, percepción. «Todo conciniento propiamente dicho supone —se expresa Abel Rey— una distinción, por vaga que sea, entreel sujeto que conoce y el objeto conocido. Esta distinción es toda una serie de operaciones mentales bastante complejas, conocidas bajo el nombre de *percepción*, que será producida elaborando por decirlo así, dos grandes sistemas, en los cuales son organizadas y combinadas todas nuestras sensaciones: el sistema de la *percepción externa* que nos da la noción de los objetos exteriores, y el sistema de la *percepción interna*, que nos proporciona la noción de nuestra personalidad». — Las rectificaciones, enmiendas o aclaraciones, que dentro del sistema general por nosotros aceptado, pudieran hacerse a las frases del escritor francés, están implícitas ya en el desenvolvimiento total de nuestro estudio.

* * *

Sería del más alto valor para cualquiera preferencia teórica sobre la forma de concebir la memoria, el reconocimiento y análisis de los estados mórbidos que la modifican; pero, la angustia de los límites trazados a

este estudio, que se preocupa de descubrir posibilidades de actividad, antes que de las varias facultades del espíritu y su naturaleza; nos prescribe limitarnos a un sólo dato psiquiátrico, el relativo a las alusinaciones. — Sabido es como por tal nombre se comprenden las circunstancias en las cuales se llegan a percepciones sin objeto que las justifiquen: en la oscuridad un fantasma, en el silencio un ruido, en la soledad un contacto. La imagen es plena y la ausencia de motivo absoluta; pues al falso interpretar de un dato lo llaman ilusión.

Es la ilusión realmente un falso juicio o una exitabilidad incompleta o inadecuada del aparato receptor; respecto del alusinamiento no caben sino dos suposiciones: o se ha modificado espontáneamente el órgano de los sentidos a que se atribuye el dato o hay trastornos cerebrales que se proyectan fuera (en apariencias objetivas recordadas o supuestas: memoria propiamente tal o imaginación). Gran número de psiquiatras parecen decidirse por el segundo modo de comprender el suceso, como lo demuestra la fórmula determinante del alucinamiento, según la expresa Regis: se dicen que son *ideas proyectadas*, *impresiones exteriorizadas*. Y el valor de prueba de lo dicho está en el demostrarse objetivo de los alucinamientos por pérdidas nerviosas cerebrales.

Sólo habré de relatar el caso de un joven lleno de prendas morales y dotado de un claro talento, que sufre alusinaciones muy fuertes, (auditivas sobre todo) que las atribuye a un espíritu que vela por él. — Con gran precisión nos ha relatado el mismo, el accidente al cual debemos atribuír el origen lejano de las indicadas impresiones sin objeto. Era un muchacho robusto, sano y alegre, que en cierta ocasión fue precipitado fortuitamente del primer piso de la casa que habitaba al patio de la misma. Me han referido, se expresa, que fue mi cabeza a chocar contra una piedra que me rompió el cráneo de donde se me escapó abundante sustancia cerebral. Transportado al hospital, el médico de servicio protestó porque se lo llevaran cadáveres, o poco

menos; con todo, lo vendó cuidadosamente para dejarlo morir en paz. Grande fue su extrañeza del segundo día al hallarlo vivo aún y se interesó por la casualidad de un milagro. — Su restablecimiento o reeducación espiritual es bien notable. Como en el relato del génesis, primero fue la luz: una claridad grisásea, en que se envolvía y sumergía todo, luego, lenta, muy lentamente el destacarse de los objetos; y así, de una en otra conquista el volver a la realidad. De seguro que la sensación de contacto fue la primera, mas se presentaba tan indistinta, tan sin relieve, que el enfermo no se daba cuenta. — Hoy se oye llamar por su nombre y cree sufrir rudos contactos.

Se evidencia como todo procede de disturvios cerebrales con exteriorizaciones orgánicas y no de cambios orgánicos que se interiorizan.

CAPITULO SEPTIMO

LOS HECHOS PSICOLOGICOS REPRESENTATIVOS

—LA IMAGINACION—

Descripción general y contenido de la actividad interna denominada la imaginación. — Exactitud del término imagen, aún dentro del puro sentido visual, para determinar lo que es la representación de las existencias en la conciencia del individuo. — Amplitud de la aplicación del término imagen a los fenómenos psicológicos individuales, y, naturaleza de las imágenes como origen y materia prima de los trabajos internos de la inteligencia — Los dos órdenes o esferas de la vida intelectual que constituyen los múltiples aspectos del conocimiento, el juicio y las actividades de la razón. — La fuerza creadora del espíritu. más allá de las puras representaciones sensible rovivicentes, idealiza y da nueva vida a la realidad. — El artista crea las existencias, y no las imita puramente. — De cómo la imaginación puede causar las falsas interpretaciones de la realidad, o descubrir y explicar la naturaleza y reconstruir el universo.

I

El investigador que sondea el espíritu humano para el reconocimiento de una cima o de un abismo, para descubrir como nuevo tesoro un pensamiento, una emoción, un afecto, en la profundidad de sus raíces y en el

secreto de la savia que los anima; ve que hay una luz que le ilumina, signos que le marcan el camino y recuerdos que se agolpan, se alejan, se colocan de mil maneras; es una fantasía de vida vivida antes, y más que eso, es una atmósfera de nuestra existencia anterior: andamos con frecuencia entre recuerdos insinuados y entre formas de contornos indefinidos, es un paseo irreal de ideas-imágenes cuyo aprisionamiento exige, con frecuencia, un esfuezo y una agilidad mental incomparables. Ahí están estilizados o en su perfecta realidad: el paisaje visto, la música escuchada, la palabra cuyo significado nos impresionó, nos ha herido, o que toma éste o el otro valor convencional, según el momento de pasión en que dentro de nosotros vibra.

Tal es la imaginación: luz, indicio, sentimiento, dirigiéndonos, conduciéndonos por el laberinto de nuestra propia existencia. — Pero no es eso todo, la imaginación se compenetra con las más altas de las operaciones mentales humanas, las sostiene, las vivifica, las conduce a la actividad. No hay concepto sin recuerdo anterior, no hay idea sin imagen (y el recuerdo es el grado primero de la imaginación). — Nada en la vida interna del individuo supone un capital de mayor importancia que el representado por el contingente de tal facultad, ella revive todas las formas de las actividades psicológicas y da el material con el que se han de construír los maravillosos palacios del arte y de la ciencia; mediante ella triunfa la religión, exhornando sus escenas litúrgicas de símbolos radiantes o imponiendo su credo por el terror; por su virtud nacen los sentimientos y es su escencia que nutre la esperanza o la desesperación; es hada, prodigio, sombra o caos, y el mundo se alimenta de sus ficciones y la verdad humana nace por su poder.

«Todas las sensaciones de los diversos sentidos; todas las emociones, desde las que tocan al oscuro fondo de la vida orgánica, hasta las más elevadas; todos los recuerdos, todos los estados de alma y de cuerpo; en-

tran en la imaginación a título de elementos, contribuyen a su formación y a su desarrollo» (1).

Pero si es tan enorme el contenido de esa función ¿qué facultad interna la constituye? ¿qué aspecto de vida la contiene? ¿es una función o un elemento de las demás funciones? ¿una causa activa o el antecedente de la acción?—Gran número de monografías se han escrito sobre la naturaleza e importancia del trabajo espiritual en cuyo reconocimiento entramos, pero ninguna señala límites claros y fijos para comprender y deslindar la amplitud de las esferas donde se ejerce tal actividad, ni —recordando la justa afirmación de Dugas— determina de modo preciso cuál es su contenido, o sea, cuáles conocimientos, qué representaciones son del esclusivo dominio de la imaginación.— Pero, mucho menos que quienes singularmente estudiaron tal materia, nosotros pretenderemos completar y definir esas nociones, pues nuestro exclusivo objeto es recoger en grandes rasgos los aspectos y manifestaciones de la psicología individual, cuya fecundidad nutre los poderosos ímpetus y supremos esfuerzos de los grupos sociales; por lo dicho, nuestro estudio es de conjunto, que recoge y sintetiza —modificando en caso de necesidad— los ensayos de anteriores investigaciones.

II

Entre los autores hay una afirmación recordada con bastante insistencia, y sobre la cual no podemos menos de reflexionar: el sustantivo imagen, dicen, tiene etimológicamente un significado visual: *imagen*, es representación de cuadro visto o recordado como tal. Pero ese valor restringido de la palabra, continúan, no pue-

(1) Véase "La imaginación" por L. Dugas.

de significar todo lo que se dice cuando se habla de la imaginación, sino, en sentido puro y neto, aquello que nos es más fácil de comprender y recordar, *la sensación visual;* y hay junto a ella, las imágenes de los diversos sentidos y de las emociones de toda clase.

Yo creo que hay algo más que un defecto de nombre en llamar imágenes a las diferentes nuevas presentaciones de estados anteriores, que surgen de modo voluntario o por causas internas en general; y es la naturaleza de la memoria psicológica, de cuyo contenido hemos hablado ya, que significa en estos casos el estimulante interno de los diversos estados afectivos o motrices en el organismo. En el laboratorio cerebral toda impresión es una imagen — representación visual interna; visión interior — cambiada en transformaciones orgánicas; como de contactos, sabor, térmicos, etc.

Se cuenta de una maravillosa operación realizada sobre un individuo ciego de nacimiento y que adquirió la vista. Se encontró, dice el relato, en la condición de un niño muy despejado, ignorante de todo cuanto se refería a la apreciación visual de los seres, y a quien se lo comenzara a educar; el aprendizaje fue rápido, y pronto pudo apreciar el mundo como cualquier individuo normal.— Ese niño no ignoraba en realidad la vida en lo absoluto, y a los objetos exteriores, ni aún bajo el único aspecto de forma y de contorno; no comenzaba su existencia sin ningún bagaje intelectual en los resultados de las impresiones oculares, sino que venía preparado para recibir educación. De ahí que se presentara como un joven salvaje *despejado*, a quien se fuera a enseñar a vivir una existencia culta y adelantada.— Las formas estaban trazadas, diceñados los modelos, faltaba colorearlos, darlos luz (porque la luz no entró aún en su cerebro) es decir, hacerlos resplandecer; he ahí el toque misterioso, la pinselada insustituible que sólo puede ofrecer la visión exterior. Es de diaria experiencia el desarrollo notable que toma en el ciego la sensación del tacto: puede dirigirse por él a donde quiera y puede hacer difíciles trabajos, como tocar ins-

trumentos de cuerda con bastante perfección; esto no se explica sino por un croquis o dibujo del mundo trazado en su cerebro.

La visión interna es mucho más amplia en poder apreciativo, que los datos procedentes de los órganos externos dedicados a prestarla material: pues a aquella contener le es posible, desde el puro y exclusivo trazo geométrico, que limita y define el objeto aislado de todo accidente, siguiendo el relieve de la línea que marca el contacto, o igual al diseño de una niebla, nube o humo (sensaciones tactiles, o espirales u ondulaciones de una música); hasta la complejidad de matiz, luz o colorido de una imagen perfecta. — Penetrad en vuestro interior, procurad aislar un recuerdo de todos los otros ¿queréis una sensación auditiva de combinación de sonidos? ¿la queréis como sola sensación de música sin antecedentes ni complementos del cuadro? Y entonces, os halláis ante compaces indefinidos, ante cuadros, esferas de sonidos, que no los reconocéis pero os dejan una vaga sensación musical. Pero, precisad el acorde, buscad el equivalente en vuestra existencia anterior; y entonces, a los cuadros hay que llenarlos, colorearlos, darlos luz, como he dicho; la complicación es pues el completarse de la imagen visual interna: en el marco ha entrado el lienzo y con él todo el contenido de la composición.

Hé aquí los primeros grados de la imaginación: imágenes incompletas en los que carecen del sentido de la vista, o que en el momento de formarlas han cerrado los ojos, supongamos; sea la descripción de este caso: se le presenta a un hombre vendado un objeto más o menos esférico para que lo reconozca; el tacto ha determinado los planos siguiendo las líneas en sus curvaturas de descenso y ascenso, y dando cuenta de la resistencia o blandura del objeto, de su estado de frescura o calor y del peso que tiene; esas son las varias sensaciones complementarias contenidas en el genérico grupo del contacto. — Pero en el trazo geométrico que hemos diseñado cerebralmente, puede encajarse —y en las

condiciones ordinarias de hecho se encaja— el objeto coloreado, y vemos una manzana y la describimos.

Con motivo del anterior ejemplo pueden señalarse los efectos de la conmemoración y de la concreción explicados por Ampere, en sus manifestaciones más impresionantes y expresivas. La sensación actual de contorno, es la del objeto puesto en nuestras manos, palpado, y que se ha convertido en vista interna del mismo; pero a tal imagen se ha *concrecionado*, con ella se ha fundido el recuerdo de nuestras anteriores sensaciones tactiles correspondientes a manzanas que tuvimos en nuestras manos. Y viene luego la conmemoración, en el recuerdo del color y perfume de determinada manzana antes vista.

Tiene tal importancia el color de la luz sobre nuestro temperamento, que un espíritu que sea lo suficientemente sensible, siente cambiar las inclinaciones de su carácter, sus disposiciones en frente a la realidad, al ver los objetos coloreados por tal o cual lente a travez del cual ve. Es pues la imaginación, conjunto de imágenes equivalentes a las visuales; todo se explica por ella y matiza y crea la pasión.

La Psicología anormal exagerando ciertos aspectos de la vida interna del hombre, nos da algunos datos bien sugestivos, pora descomponer en sus elementos el grupo de operaciones representado por un concepto, un juicio o un razonamiento; la tendencia del trabajo mental es hacia los símbolos capaces de representar series de conocimientos. El personificar palabras, cifras o letras por parte de ciertos individuos, ha sido con suma detención estudiado (1), y parece representar algo

---

(1) Un solo ejemplo tomado de la obra de Aug Lemaitre, "La vida mental del adolecente y sus anomalías" voy a reproducir. En la pág 24 dice: 'C., 14 años, inteligente, tiene también personificación de cifras. He aquí sus caracteres respectivos: "el 5 es simpático, sencillo, amigo del 7 que es un poco más orgulloso, pero que posee buenas cualidades. El 5 y el 7 se prestan un apoyo

que con menor fijeza pasa en los espíritus más sanos: pensad por algunos instantes sobre palabras, letras escritas o signos representados, y os sentiréis inclinados hacia algunos de ellos y causarán otros en vuestro espíritu verdadero sentimiento de antipatía, como respecto de un sujeto personal. En la palabra, con frecuencia, no es el sentido real de la idea que contiene, y ni siquiera el valor fonético de su pronunciación, lo que la hace atractiva u odiosa para el individuo; sino un algo que toma los caracteres de lo inesplicable, pero cuyo sentido lo determino yo como el resultado de la contemplación de una imagen interna que la representa; de ahí las perífrasis usadas para no emplear un nombre o la busca, difícil en ocasiones, de términos sustitutivos. Se descubre así como no es completo nuestra concepto sobre los seres, por abstractos que sean, sin una imagen de los mismos.

Efectivamente, los grados de la imaginación que se han apuntado, no contienen en su aspecto total la función, pues ya lo hemos dicho como el de su actividad es el esfuerzo espiritual que lo vivifica todo. A los grados inferiores suceden grados superiores en las operaciones psíquicas: las ideas abstractas que tornan a ser imágenes imprecisas, más bien que diseñadas o incompletas, como en los grados inferiores, perfectas pero esfumadas, sin que se marquen los detalles ni aún los contornos; está contenido ahí todo el trabajo de formación de la imagen, de muchas imágenes, pero simplificado, o, con una comparación física muy comprensiva, en estado de sublimación; por eso los objetos están vistos en sus trazos principales, estudiados en sus esencias.

---

mutuo pero con un buen fin. Por el contrario si trata de hacer alianzas para guerrear; es desagradable, acervo, echándolas de gran jefe de una detestable banda, etc."

III

Siendo el propio de la imaginación un esfuerzo de tanta complejidad y de tan diferentes aspectos ¿se la podrá concebir como una facultad de orden particular, con una función de distinta naturaleza que todas las otras? Función distinta, si es, puesto que representa una forma especial de trabajo ejercido sobre los datos sensibles conservados por la memoria; es la memoria misma, cuando a sus singulares representaciones se las aísla de las varias circunstancias de tiempo, lugar y contacto que las acompañaron a su primitiva presentación, al tiempo de adquirirlas; o mejor, más que aisladas las imágenes, se presentan sin todo el cortejo de las originales sino con la capacidad de formar parte de distintos grupos, para poder llegar a construír idealmente nuevas realidades, sobre los conocimientos anteriores. Así describe Taine en su obra «La Inteligencia» como se presenta en nuestra apreciación interior dando idea de no realidad actual, la base de las construcciones imaginativas, los recuerdos sensoriales: «Después de una percepción provocada por el exterior, y no espontáneamente encontramos en nosotros un segundo acontecimiento correspondiente, no provocado por el exterior, espontáneo, semejante a esta misma percepción, aunque menos fuerte, y acompañada de las mismas emociones, agradables o desagradables en grado menor, seguido de los mismos juicios y no de todos. La percepción se repite, aunque menos clara, menos enérgica y privada de muchos de sus accesorios». Señalemos dos afirmaciones que nos servirán para reconstruír los procesos intelectuales: los seres, en el recuerdo, pierden en integridad y en energía de impresión.

Al explicar lo que era el centro en donde se ejercía la función psicológica de constituír el yo—o sea, de la personalidad concreta, individual—afirmábamos que podía comparárselo con algo que equivaliera a un espejo, foco u ojo que contemplara y retratara cada sensa-

ción en el momento de recibirla, y con el clasificar del grupo a que pertenecía; que este clacificar era el resultado de las localizaciones cerebrales, esto es, de la posición de las células en donde—según explicamos antes—la impresión es recibida y fijada. Mas, en los sucesivos momentos intelectuales, no es la pura sensación aislada la que puede representarse, puede, y es lo común representarse en su integridad el momento psicológico, ya en su puro sentido interno de vista del cuadro total (suavizado en los tonos y relieves para no confundirse con las existencias exteriores) mediante el ponerse en acción de las fibras asociativas; ya representando además estados orgánicos, momentos pasionales, sensaciones kinestésicas; o puramente dando el golpe del matiz, el relieve de la figura, la claridad u oscuridad del tono. Cada sensación actual o reviviscente, tiene en consecuencia un doble papel: el de formar el elemento de una clasificación (papel, en algún sentido, pasivo) y el despertar una situación de alma con todos sus matices y formas, mediante el cambiar en actividad el reposo de las fibras asociativas; y los de la asociación son resultados muy naturales, sin esfuerzo, como los contactos de diferentes vías eléctricas que se encuentran en un punto El interrumpir y el encauzar de la corriente en un determinado sentido, es lo que impone el trabajo llamado de la atención

Repito todavía: el recuerdo que ocupa su natural posición en el espacio y en el tiempo, se clasifica como perteneciente a la memoria; el recuerdo aislado del marco de la realidad que le rodeaba al tiempo de nacer, es origen de la facultad especial imaginativa.

La imagen, en virtud de lo ya explicado, ocupa su posición entre los seres de una especie y determina relaciones de presencia: una imagen visual despierta otra visual también (relación directa) o despierta por similitud de tonos ciertas combinaciones de sonidos (relación de equivalencia). Esa doble relación causa distintas prolongaciones imaginativas, una de las cuales ha sido señalada en esta forma por Dugas: «Las sensaciones

no son solamente la materia de las que se hallan formadas las imágenes, sino que figuran entre las condiciones con las cuales se forman, o de otra manera dicho, no son solamente los elementos constituyentes, sino las causas ocasionales de las imágenes». Una impresión recibida y reflejada en el centro asociativo, *tiene su posición en medio de las demás*, «el espejo retrata un ángulo o lienzo de la estancia»; de ahí lo justo, materialmente justo, del expresarse de Taine: «la vecindad inmediata de la sensación» es la causa de las imágenes que de modo natural se agregan o sustituyen; resultado que no debemos confundirlo con el de las imágenes *consecutivas*, debido puramente a la persistencia en la retina de una impresión largo tiempo sufrida, que es el caso de Pouchet, por ejemplo, quien veía «paseando por París, las imágenes de sus preparaciones al microscopio, superponiéndose a los objetos exteriores».

Puede pues determinarse lo siguiente: 1º toda sensación es en los filamentos que inervan el órgano respectivo, modificación o cambio vibrante que puede prolongarse con posterioridad a la causa productora, como la estela que la luz perdida deja un momento; 2º esta modificación puede tener causas internas (verdaderas exteriorizaciones de los estados psicológicos surgidos o provocados dentro): el fresco recuerdo de una fuente, la imagen perfumada de una flor; 3º cuando una imagen sucede inmediatamente a la sensación, equivalen ambas a dos elementos de un grupo representativo: ya por semejanzas entre ellas, ya por coincidencias en el tiempo; de este último proceden los movimientos simpáticos que tanta importancia han adquirido para ciertos autores y cuyo sentimiento convertido en regla de acción, puede dar origen en las relaciones humanas a los imperativos para una conducta moral.

IV

La representación inmediata que acompaña a una sensación, en virtud del localizarse de las presentaciones

nuevas, es el reconocimiento del objeto; cuyos antecedentes fisiológicos y su psicología se explican en esta forma: el riego sanguíneo que acompaña a la impresión para fijarla, hace reflorecer la imagen antigua que se incorpora a la actual, y si es incompleta la perfecciona y si es idéndica se confunde y pierde dentro de aquella, por cuando es el fondo sobre el cual se renueva el suceso. Pero un golpe sensible tiene una multitud de resonancias, las de los haces de fibras actualmente en contacto y las de vibraciones paralelas que he explicado como igualdad de tonos; nuestro cerebro es una orquestación maravillosa cuyas resonancias serían innumerables sin el control de la atención y de la voluntad. Un grito de angustia escuchado nos conmueve y aterra ¿por qué? porque evoca sufrimientos sentidos, dolores vistos, cuyas torturas somos capaces de apreciar internamente; esta es la simpatía de la cual ha dicho Ad. Smith que era: «la facultad de participar de las pasiones de otros, cualesquiera que éstas sean». Pero esos son los aspectos representados por los trabajos inferiores del proceso inteligente: recuerdo y comparación que se convierten en móvil de procedimiento.

Mas, es el *yo* como un nudo a donde convergen todos los hilos nerviosos, o más bien, un lente a donde los haces diversos de luz llegan, para ir, en el hombre, a más allá, a iluminar las regiones superiores de la inteligencia; y hay de singular—o mejor, es algo natural —que los trabajos practicados en las esferas inferiores del conocimiento son repetidos, pero perfeccionados, en las altas esferas de la vida interior.

Como varias imágenes de un mismo objeto visto en diferentes ocasiones se incorporan en un recuerdo preciso y claro del mismo, también representaciones en la realidad diferentes y en el recuerdo distintas pueden superponerse, por virtud de la instantaneidad de varias imágenes del mismo orden presentes a la placa impresionable; es trabajo de atención el que señala los órdenes de imágenes que se han de sobreponer en tan rápido sucederse. Pero el efecto sobre la placa receptora

es el de fijar con intensidad, burilar aquellas líneas que en las sucesivas representaciones se repiten; lo singular de cada imagen se atenúa, pasa a un segundo orden. Para explicar este nuevo sistema de incorporación hemos usado términos que recuerdan los de ciertos trabajos fotográficos, pero no es innovación nuestra, sino empleo, en parte, de las explicaciones usadas por Uxley sobre lo que él llamó *imágenes genéricas:* «término que deja transparentar su naturaleza intermedia entre la imagen pura y la noción general propiamente dicha.... Este término se halla tomado de los trabajos muy conocidos, de Galtón sobre la fotografía compuesta»; «las imágenes suministradas por la fisonomía de seis personas son recibidas sobre la misma placa fotográfica durante ⅙ del tiempo necesario para hacer un solo retrato. El resultado final es que todos los puntos en los cuales las fisonomías se parecen resaltan con fuerza, mientras que todas aquellos por los cuales difieren, quedan en gran vaguedad. Se obtiene así un retrato genérico de seis personas».

Ahí estan los orígenes de las ideas generales y de las abstracciones, que significan para el individuo humano una labor de singular virtud sobre estos elementos materiales suministrados por el conocimiento. Ribot nos da esta noción primaria de lo que es la generalización: «El estado de conciencia obtenido por la *fijación exclusiva de la atención* sobre una cualidad y por su *disociación ideal* con el resto se convierte en una noción singular, ni individual ni general, sino *abstracta*, que es la materia de la generalización. El sentido de la identidad, el poder de apoderarse del parecido, es, como se ha dicho con razón, la *osamenta del pensamiento;* sin él estaríamos perdidos en el flujo incesante de las cosas» (1). Sin aceptar estrictamente las ideas de Ribot, sí conviene insistir en esta afirmación básica: sin

(1) Th. Ribot "Evolución de las ideas generales".

el poder de apreciar el parecido la organización de nuestras ideas sería imposible. Pero la semejanza que fija hondamente las líneas e impresiones comunes, si bien limita el número de imágenes en tal sentido y por este trabajo: en primer lugar, no hace que desaparezcan en nuestra vida interna las imágenes primitivas que siguen conservando su individualidad, por lo tanto, no es verdadera función de la actividad generalizadora el impedir que nos perdiéramos en el «incesante flujo de las cosas», tal resultado es el que hemos dicho el dirigir de la atención; y luego, el número de generalizaciones en el hombre culto es demasiado elevado para ser por sí solo capaz de causar cualquier perturbación mental por su exceso.

Al conocimiento siguen, como formas representativas, el juicio y las operaciones de la razón.

De las esferas inferiores del cerebro, dice Abel Rey, pasan a las superiores, relativamente corto número de cordones nerviosos, es que el trabajo mental ha reducido en número nuestras impresiones y las ha complicado en contenido: el juicio, que tiene por antecedente la comparación, señala atributos a los seres y los clasifica en especies, en grupos, y estas ramas o columnas de una construcción terminadas o coronadas por el concepto, se enlazan mediante razonamientos para construír arcos, bóvedas y cúpulas de un edificio científico; el *yo* es el lente de doble proyección, espejo de dos caras, donde se representan ambas regiones de nuestra vida interna. Mas a nuestro objeto y a la explicación del procedimiento especial contenido en el juicio, conviene volver una vez más a la transcripción de ciertas frases de Ribot; explicando la expresión *refuerso psíquico* y su papel, dice: «La verdadera caracrerística de la abstracción está en ese aumento parcial de intesidad (producida por la superposición de diferentes imágenes, de que hemos hablado). Aún cuando suponga una operación eliminatoria es, de hecho, un procedimiento positivo del espíritu. Los elementos o cualidades de una representación, que son omitidos por nosotros, no

llevan consigo necesariamente esta supresión. Los descuidamos solamente porque no nos conviene por el momento, y a título de medio. Supongamos un grupo de representaciones $a + b + c = d$. Hacer abstracción de b y de c en favor de a es, a lo que parece obtener $a = d - (b + c)$. Si fuese así, b y c serían conservados tales como son en la conciencia; no habría abstracción. Por otra parte, la representación del todo d no podría ser suprimida pura y sencillamente; b y c no pueden ser totalmente aniquilados. Subsisten pues en estado de resíduos que pueden designarse por x, y la representación abstracta es, no a, sino a más x reforzado, o A. Así los elementos de las representaciones abstractas son los mismos que los de las representaciones concretas; son solamente los unos fortificados, los otros debilitados; lo que produce nuevos grupos. La abstracción consiste, pues, *en la formación de nuevos grupos de representaciones que, reforzando ciertos elementos de las representaciones concretas, debilita los otros elementos*». Los elementos reforzados, para mí, son las líneas insistidas en virtud de la coincidencia de ellas en varias imágenes; y lo que se esfuma es como tono, tinte, matiz, que en una nueva combinación de imágenes puede ser lo principal, haciendo de las líneas reforzadas en el anterior los elementos debilitados. El trabajo supra-orgánico viene en la calificación, en un juicio de los atributos generales.

No faltan tan poco en el razonamiento y las abstracciones, por subidos que sean, una imagen representativa para darlos concreción; de ahí que las más altas ideas hayan podido representar los antiguos mediante símbolos. No es esta la opinión general, bien lo sé; se ha opuesto a las *imágenes genéricas* las abstracciones superiores que sólo pueden tener realidad mediante la palabra. Pero creo que es inexacta la distinción; las imágenes genéricas son simples representaciones fusionadas con sus líneas reforzadas y debilitadas, antes dicho; este es el tributo dado por la esfera inferior de nuestra vida psicológica, para que sobre él, trabajen

nuestras energías espirituales superiores (las imágenes genéricas las tienen los animales) La elaboración humana, racional, recoge el esquema y despues de discernir las esencias de lo accidental, forma idea de la naturaleza de los seres; y junto a aquel hay otro resultado, la mente difumina las líneas precisas recibidas, suaviza cada vez más los contornos hasta llegar a hacer del concepto una atmósfera de conocimiento, la vaguedad, la mutua compenetración de las atmósferas exigen entonces la precisión de una palabra para poder delimitarse.

Un estudio detenido de las altas operaciones mentales traspasaría los límites que nos hemos impuesto; pues quisimos exclusivamente insinuar como surge el resultado.

Además la imaginación, como sabemos, se convierte en expansión afectiva: amar la representación, vivir de ella, o rechazarla y huír. Las simpatías intelectuales son fuertes y fecundas: apasionarse por una idea es hermoso y, con frecuencia, productor de heroísmos; la ciencia sólo nace por tal afecto y el arte es luminosa representación de él. Pero siendo ante todo actividad, deberemos estudiarla en los próximos capítulos.

V

La imaginación que no pasa de ser el recuerdo desligado de todas las representaciones accidentales, no es la íntegra función designada con tal nombre, sino una parte de ella, la llamada imaginación reproductora.

Y ¿cuál es el trabajo de la imaginación que crea? Su más alta y comprensible representación la tenemos en las producciones de las obras de arte: es un nuevo combinarse de los elementos dispersos en la naturaleza, que la corrige y completa: la luz se descompone en millares de matices entre los que se puede elegir y un triunfo puede convertirse en apoteosis. El símbolo de

Dios que sopla en la estatua de barro para animarla, es la representación del artista que prende la ardiente llama de su pensamiento para vivificar a los seres.—El reconocimiento de lo externo, el esfuerzo para aprisionar a la realidad, la combinación excelente de datos y recuerdos dispersos: un fondo de viejos árboles, la playa alfombrada de fecundo y húmedo césped, el río dorado por el sol que declina; y por sobre todo aquello, para llenar, y más que eso, para iluminar el paisaje, la vida humana, la gracia de la mujer, el primor de sus dones: Eva recoge el fruto de la vida para ofrecerlo al mundo convertido en amor.

Se comprende así, como la combinación de recuerdos, su perfecta selección, no es el único papel del artista; la inspiración es ardor y no fría corrección de las líneas, es necesario impresionar, y luego, cambiar la realidad en símbolos, que los datos recogidos se los trabaje convirtiéndolos en realidad representativa de alguna o varias situaciones de alma, sirviendo, sin desnaturalizarse, de diverso modo a cada temperamento. Por eso, dentro del cuadro hermoso que satisface por el combinarse inteligente de colores, matices y perspectivas, actitudes y decoraciones, hay que infundir—uso la expresión bíblica—espíritu; es preciso fotografiar una idea (singular expresión pero insustituíble).—Sólo es simbolismo espiritual que encarna los sutiles estados de alma y las abstracciones de un pensamiento, son las manifestaciones más altas del arte, cuando junto a ello se encuentra el conocimiento profundo de la técnica.

En otro capítulo dije cómo en la naturaleza debía el artieta descubrir el oculto pliegue, el matiz insinuado o vago de donde procedió para su sensibilidad una impresión cuyo sentido la quiera traducir. Pero eso no es todo, hay ocasiones en las cuales el alma de la impresión no estuvo, ni pudo estar, en la naturaleza, nació por obra de la concepción del artista y a él le toca sondearla, descubrirla y eternizarla; el objetivamiento de un puro éxtasis espiritual, es el supremo esfuerzo del creador. Los egipcios comprendieron bien el símbolo

agotado en una idea que la piedra la conservaría para siempre: la Esfinge sobre las lindes del desierto desafía el tiempo y es la inmutable vida en la eternidad; la Venus de Milo es una idea palpitante entre las rigideces inmóviles del mármol. Todo artista tiene horas en que quisiera gritar a sus estatuas: ¿por qué no hablas?—Un distinguido pintor me decía haco poco: al contemplar las obras maestras del arte, siento como si algo pesara sobre mí, hay alguien que me ve, y en su presencia siento encogerme, disminuír de volúmen como si esa augusta sombra me hiciera comprender toda mi miseria. Es que el artista encierra en el cofre de su obra lo mejor de sus ideas y de sus aspiraciones, su ser; la idea es como el soplo bíblico, perdurable, eterno.

La imaginación que llamamos creadora no trabaja pues, puramente sobre datos de los sentidos, sino que tomando pie en ellos, sube, asciende a más altas regiones: la imaginación es el término medio, entre los datos de los sentidos y las construcciones ideales de la razón, o mejor que término medio, es el necesario complemento para conocer, y su coronación suprema es el triunfo admirable del sentimiento.

El poder creador del artista, es así, dar nueva vida a los elementos arrancados a la naturaleza; y como es poderosa combinación en que se ha buscado la esencia de las cosas, es al mismo tiempo la forma fácil de reconstruír el universo y de descubrir sus leyes. Nos hallamos en el caso de un arquitecto que ignorando los principios que presiden a la estabilidad de los edificios, viera una y otra vez hundirse su construcción, hasta cuando sujetándose de un modo casual a tales leyes hallara la estabilidad; y si entonces reflexionara sobre las razones del equilibrio conquistado, pudiera formular las reglas del mismo.

V I

Ya podemos interpretar el doble valor y consideración que ha tenido la facultad humana que estudiamos, en los diferentes tiempos. Para los antiguos, era la gran productora de errores, la insinuadora por excelencia de los falsos conceptos; para los modernos, es suprema virtud que corrige y completa los datos del razonamiento: la lógica de la razón nos induce a frecuentes errores por sus esfuerzos deductivos o inductivos para interpretar la realidad, y sólo puede corregirlos la fuerza que reconstruye, de una poderosa imaginación.

La imaginación puede conducirnos al error, como puede dirigirnos de manera firme a la intuitiva y justa interpretación de la realidad. Si sólo es reproductiva o incompletamente constructora, dándonos datos inexactos por falta de coherencia con la circundante realidad de ese momento; nos hará creer o suponer falsos sucesos: las cosas separadas del orden natural de la posición que en el espacio y en el tiempo tienen, debemos interpretarlas como que son retazos de las existencias arrancados a un cuadro que exige recomponérselo, y por tanto, una firme y hábil disciplina del espíritu; por otra parte, si dejamos a las imágenes aisladas formando entidades completas sin solución de continuidad, entonces ese tropel de formas, de entidades, nos aturde, marea, y los conceptos se escapan en su vaguedad.

Tenemos además lo siguiente: el poder de objetivar la imagen, al presentarla con gran viveza ante nosotros, puede inducirnos a las alucinaciones de la locura o a los ensueños místicos de la revelación. Ya lo he dicho: como por el espacio de luz que recorta un objeto exterior es modificado el órgano sensible, del mismo modo, puede proceder de adentro tales modificaciones (apreciación interna que se exterioriza) y ejercer el mismo estímulo del objeto visible, esto es, causar la

transformación equivalente, a si se recibiera en el instante una sensación de afuera. — El trabajo de la imaginación es, por eso, muy importante pero que exige a cada momento un sinnúmero de rectificaciones: contemplad el representarse de una corriente de agua clara, ella os da la idea de baño y esa fantasía, si es viva, os produce al poco rato una sensación de frescura. De ese modo proceden las sugestiones del hipnótico.

Hasta aquí los modos de inducirnos a error por parte de la imaginación; veamos cuando es principio de verdadero conocimiento de la realidad. — Estamos ante la imaginación creadora, que quiero designarla con el nombre específico de fantasía.

Es el de la fantasía acto de creación, reconstruyendo las existencias con los datos adquiridos, pero descubriendo en ellas sus esencias y relaciones. La imaginación combina de mil maneras los datos de que dispone: separa, distingue, limita y reune, y, no solamente disgrega los objetos, los datos íntegros, sino también las mismas cualidades y apariencias de cada uno. He ahí el origen del poder interno de discernimiento, capaz de disecar una figura, separar sus elementos, y buscar el esqueleto, el eje. — Así el espíritu va hallando en muchos objetos vistos, que en el fondo tienen algo de común, que al hacer su respectiva disecación y balance, se han encontrado elementos de un mismo orden: y nacen las ideas racionales en sus formas de generalizaciones y abstracción. Pero la fantasía vuelve a revestir el esqueleto, a condensar y completar lo difuminado, y al esqueleto, trazo o signo le presta morbideces de vida. En estos trabajos tiene la facultad dos peligros: o el predominio de la pura razón con sus construcciones descoloridas y el abuso de los signos abstractos, de las consecuencias puramente ideológicas de los espíritus razonadores; o el predominio e imposición imaginativas de los hombres de gran fantasía y de poco control voluntario; en este último caso las verdades, consideradas tales, son en realidad ficciones.

El que piensa en un género de objetos: hombres, humanidad; o en calidades genéricas: luz, virtud; contempla, en su ánimo sólo un signo, un trazo convencional, como una equivalencia de palabras en una escritura taquigráfica perfeccionada; sobre esto apoya el razonador sus tesis, levanta postes, tiende vigas, pero el arquitecto las reviste y completa el edificio. Y tal función triunfa sobre todo lo físico, no puede explicarse por puras fuerzas bio-fisiológicas, hay mucho más, una energía de otro orden, que se representa, eso sí, y vive mediante los elementos cerebrales de que se puede disponer.

CAPITULO OCTAVO

LOS FENÓMENOS PSICOLÓGICOS ACTIVOS

Movimientos reflejos e instintivos

Las fuerzas naturales y las energías de la vida, en lucha, van constituyendo la armonía de un orden de subsistencias dentro de determinado medio.—¿Qué es lo que caracteriza a la vida y cuáles son los resultados de la actividad? — Las tres formas de impulso en el hombre. Explicación del acto reflejo.—Ligera descripción general del instinto y la teoría de Henry Bergson sobre tal materia. — Notas características del instinto que señalan sus líneas de distinción del instantáneo movimiento reflejo y de los procedimientos inteligentes.—¿Se halla el hombre menos dotado de instintos que los seres inferiores en la escala animal?

¿Queréis representaros la vida, buscar los ocultos jugos de que se nutre y reconocer la parábola inmensa de su recorrido, desde el plasmable limo que contiene en potencia al ser humano, hasta el hombre triunfante que paga su tributo a la muerte para volver al polvo? Acercáos entonces a la prodigiosa ingenuidad de la naturaleza, que en su desenvolvimiento de fácil apariencia lleva el germen de mil secretos y sorpresas, que el ser inteligente apenas puede vislumbrar.

I

Una recia conmoción del suelo ha hecho brotar en un extense llano, como apretados senos de mujer, dos pequeñas colinas; en una de ellas, fuerte granito que ha roto la piel uniforme de la tierra, se ha erguido hostil a la vida; pero la vida conquistadora lo ha humillado, como garra gigantesca las raíces de una añosa higuera se hunden profundas; las mordeduras en la piedra la resquebrajan y es para la subsistencia del tronco, esponja prodigiosa en sabia las entrañas del mineral, en donde bebeu las mil ansiosas bocas de la planta. Pero mientras el árbol se ha enseñoreado de la roca, y la estruja, y la absorve; un sinnúmero de parásitos van a pedir al tronco participación del banquete.

La soberbia de la roca se ha convertido en sumisión ante el tronco vencedor, y el árbol victorioso se inclina ante las exigencias de la vida de los pequeños y de los débiles. ¿Habrá una moral en el mundo que señale a la larga el triunfo de la debilidad?

Por todas partes el rigor de la naturaleza inorgánica vencida por la marcha avasalladora de la vida: aquí un liquen que corroe la piedra, allá una planta trepadora que clava sus garfios en las más duras formaciones volcánicas, y avanza, crece y se nutre.

¿Es la derrota completa del medio por la insinuación o el imponerse de las aspiraciones vitales?

También el reino inorgánico da sus batidas, y batidas destructoras; una helada quema los tallos jóvenes, las piedras del granizo destrozan las cosechas, el fuego de un verano prolongado parece secar los tesoros de savia del suelo. Los grandes cataclismos inundan imperios y destruyen ciudades; y hasta las diarias tempestades eléctricas van llevando la desolación por extensas comarcas. Revienta el trueno poderoso, el rayo ciega, y las grandes manadas de toros despavoridos

huden su coronada testa en la tierra huyendo del peligro, pero el rayo los busca, los encuentra y los hiere; las selvas arden, las cabañas se incendian, y estatua eterna del dolor, el hombre ve consumirse su hacienda pensando en todas las fatigas y esfuerzos robados por los ciegos ímpetus de la naturaleza.

El imperio de la naturaleza parece ser el de su capricho: ella elige las formas de vida que acepta, señalando regiones geográficas para la subsistencia de cada fauna y flora.

En ciertas ocasiones el duelo declarado adquiere una furia y un vigor salvajes: durante largos meses, el hielo cayendo constante, ineludiblemente, parece ir a devorar los grandes plantíos: hunde el puñal de sus aristas y rasga las carnes del tronco y, helada forma bajo su sudario, el campo parece de muerte. Mas, las plantas que no murieron, los troncos no vencidos sienten bullir en la primavera un vigor de savia tanto más grande cuanto mayores fueron las penalidades del combate: cada herida abierta es una yema, cada rama, próxima en el invierno a desgajarse, ostenta el rico racimo de su opulencia (1).

¿Es pues una lucha, un combate a muerte entre la naturaleza inorgánica que quiere reconquistarlo todo y la vida que se siente pujante para inundar los ámbitos de la tierra? No es lucha ni conflicto, ha dicho Claudio Bernard, es adaptación, o sea, compenetración de las existencias y mutuo auxilio: «No es luchando contra las condiciones cósmicas como se organiza, se mantiene y se disuelve el organismo, sino por todo lo contrario: por una adaptación, por un acuerdo con ellas. El ser vivo no constituye una excepción en la gran armonía natural que hace que las cosas se adapten unas a otras; no destruye ninguna concordancia; no está ni en con-

(1) Casi todos los botánicos están de acuerdo en afirmar que después de los más rigurosos inviernos, es cuando la primavera se presenta más florida.

tradición ni en lucha con las fuerzas cósmicas generales; lejos de eso, forma parte del concierto general de las cosas, y la vida de un animal, por ejemplo, no es sino un fracmento de la vida total del Universo» (1).

Lo orgánico se completa, se constituye mediante los elementos químicos que se arracan al mineral; y éste, ve cumplirse el ciclo del recorrido de su existencia, mediante las transformaciones continuas de las rigideces inorgánicas en la plasmabilidad interna del ser vivo. La planta sabe convertir en jugo las más petrificadas y áridas formaciones cósmicas, y si ante las dificultades transigue y muere, parece que su vencimiento lo debe especialmente al sol y al ambiente: el calor, la luz, la composición y humedad atmosféricas. Las fuerzas que por los poros de la madre tierra se irradian para convertirse en actividad de los organismos, dieron origen, de seguro, a la poderosa concepción del Dios— Naturaleza: energías que recorren todos los senderos abiertos, con determinado fin, o los abren nuevos donde la resistencia de la materia flaquea apenas, y que aquí revienta en un botón de flor, allá hincha la materia dándola las formas del animal y en donde quiera infunde movimiento y acción, pero siempre y de modo constante fija la mirada en las lejanas conquistas a que aspira.

La continuinad entre los dos grandes órdenes del Universo, ha llevado hasta ensayar una estricta correspondencia entre las maneras de subsistir del mineral y del reino viviente; por eso, Henry de Varigy nos llega a hablar de la constitución celular del mineral, de su fisiología, y también, de su patología (2). A este respecto permítasenos apuntar la indicación sin discutir su real valor.

---

(1) Claudio Bernard "Fenómenos de la vida" t. I.

(2) Entre las semejanzas de constitución del mineral y el ser organizado, que nos trae Varigny en su obra "La Naturaleza y la Vida", sólo transcribiremos una breve parte de ellas: "Los metales

Mas, sea cual fuere la relación de contigüidad entre la constitución molecular de los metales, la naturaleza de sus fuerzas de coecion, el principio de sus equilibrios y los de las sustancias orgánicas: ora se suponga que hay núcleos atractivos de función similar a los núcleos celulares, o no; quedará siempre en pie, que los seres vivos se regeneran y subsisten mediante el transformarse de las materias químicas en sustancias asimilables. Pero el asimilar de las sustancias inorgánicas dan para el ser dos resultados: la integración de cuerpo celular para la subsistencia y la renovación de energía disponible, para la actividad. Y es esto último lo que por hoy nos interesa sobre todo.

II

El cambio, el movimiento procedente de un impulso interior, es lo que caracteriza al ser vivo frente

---

en general, y en particular el hierro, están enteramente formados de células aglomeradas. La teoría celular del acero ha sido confirmada por Osmond; es ya una teoría clásica, y si aún se da el nombre de cristales, más bien que el de cólulas, a los elementos de los metales, la analogía no deja de ser, por esto, menos evidente. El hierro, el acero, el cobre, los metales en general, están compuestos de unidades elementales características de cada metal, de cada género. Este hecho descubierto por físicos y metalurgistas, ha sido confirmado por un fisiólogo, M von Schroen —M. von Schroen, profesor en Nápoles, ha estudiado el modo de generación de los cristales en soluciones salinas y masas cristalinas, demostrando como en una solución se forma un petroplasma granuloso, en el que se desenvuelven petroblastos—una especie de núcleos aislados —y petrocélulas, o células nucleadas, que crecen nutriéndose de los elementos ambientes del petroplasma Este representa la materia viva primitiva, al paso que los petroblastos y petrocélulas son formas más elevadas, específicas *orgánitos* definidos. En los organismos las células son elementos relativamente sólidos, sumergidos en un medio más líquido. Análogamente, las células o cristales de los cuerpos inanimados están incluídos en una substancia menos resistente no cristalina".

a toda naturaleza inorgánica; ¿podrá en ese caso afirmarse que la vida es la actividad? no, se responde, la actividad es la destrucción, la muerte: «Cuando en el hombre o en el animal se produce un movimiento, una parte de la sustancia activa del músculo se destruye y se quema; cuando se manifiesta la sensibilidad o la voluntad, los nervios se usan; cuando se piensa se gasta el cerebro. Se puede decir también que jamás la misma materia es utilizada dos veces en la vida».

Pero sea cualquiera la pérdida sufrida por la actividad que el ser ha desplegado, no puede en realidad considerarse como una pérdida efectiva, ni siquiera para el sujeto; significa por el contrario, casi siempre, una adquisición: es adaptarse a las circunstancias y conquistar una forma reaccionante. Y la vida no es otra cosa: vivir es conquistar la naturaleza, es aprovecharse de ella; esto no significa sin embargo triunfo, casi siempre es sumisión, es el acomodarse más o menos automático del ser a la realidad rodeante. — Las formas cambian, los seres se diversifican según el ambiente de la región geográfica a donde se los trasplanta; de ahí las múltiples variedades de las especies que, a medida de la permanencia, van dando materia para clasificarlas entre grupos diversos, aún cuando talvez con exceso de precipitación. Pero eso sí, ese transformarse exige ciertas condiciones: primera, la de que los cambios no sean demasiado bruscos ni exijan total diferencia en la constitución del sujeto: como el metal bruscamente enfriado no puede resistir ni aún leves choques. Y otra exigencia se refiere a lo primitivo y poco complejo del organismo de cuya variación se trata: «*los seres menos especializados, los más primitivos, los tipos más generales, tienen posibilidades de adaptación mucho mayores que los tipos muy especializados*». — De este aspecto de la vida hemos hablado en otro lugar, y no creo del caso, en este momento, insistir.

La actividad es la suprema necesidad de la vida, tanto, que si se habla de las demás condiciones psicoló-

gicas del ser, es como antecedentes o causas de sus movimientos. Y aquí un nuevo aspecto de vida impuesto por las circunstancias del medio exterior.

Al hablar de las condiciones y naturaleza de la conciencia animal, hemos visto como cabía designarse con el nombre de conciencia de la célula, a las transformaciones causadas en el cuerpo celular por las exitaciones exteriores que se convierten en producción de energía. Claro que en sentido estricto ésta no es una conciencia comprendida como conocimiento y comparación del yo respecto de cuanto se halla fuera de él; pero los procedimientos son semejantes y las reacciones equivalentes. — Dijimos entonces, que el mecanismo debía proceder de la inmediata influencia del objeto sobre los corpúsculos protoplasmáticos, cuya constitución química representaba un equilibrio en exceso inestable. Que el medio y las circunstancias sólo habrán podido permitir la subsistencia de aquellos organismos cuya reacción era propia y adecuada — siendo esas posibilidades de adaptación, no únicas, pero sí pocas con relación a cada agente de afuera —; y la aptitud adquirida convirtiéndose en capacidad constante se trasmitía por herencia. Dijimos también, como a medida del avanzar de las constituciones orgánicas, la naturaleza había ensayado — o para dar un aspecto de menos voluntariedad y fin previsto — había conseguido la implantación de ciertos aparatos receptores y acumuladores de energía; que ellos, con su poderosa potencia de recoger las voces difusas de un grupo de células, formaban una conciencia de necesidad y daban margen a determinadas reacciones. Esas reacciones de cualidad casi siempre general en los organismos de constitución nerviosa difusa, se iban perfeccionando y delimitando a medida de la complicación y perfeccionamiento del aparato nervioso.

Pero no nos interesa ver todo el proceso filogenético, sino determinar la naturaleza de las actividades motoras humanas, para explicar la vida individual y

social. Los antecedentes apenas dibujados en las anteriores líneas, tienen, eso sí, grande importancia en este mismo sentido.

III

Tres formas de actividad podemos descubrir en el hombre: los movimientos denominados reflejos, los espontáneos y los voluntarios. — Son reflejos aquellos comunes a todos los seres organizados, y que significan esfuerzo adaptativo del organismo a las circunstancias ambientes. — En el hombre equivale el completarse del más bajo circuito de la actividad, es la reacción espinal.

He aquí la definición de Richet relativa al reflejo: «un movimiento involuntario que sucede inmediatamente a la exitación de un nervio sensitivo de la periferie» y sus aspectos diferente ha querido el mismo autor señalar en esta forma: «Se puede admitir tres variedades en los actos reflejos, según su extensión y su forma. Son simples, cuando la exitación motora actúa sobre un solo músculo; generales, cuando actúa sobre el conjunto del organismo; y coordenados cuando el movimiento está producido por músculos que concurren, cada uno de su lado, a una acción común, a un movimiento de conjunto». Y para evitar los errores que pudieran insinuarse por la falsa interpretación de las indicaciones transcritas, debemos repetir además las leyes del mismo Richet sobre la indicada materia: «1ª Cuando se irrita un punto, el reflejo se realiza primero sobre los músculos vecinos: *ley de la localización* (reflejo simple); 2ª Cuando se irrita un punto, el reflejo, que se refiere primero a los músculos vecinos, avanza hacia los diversos músculos, y hasta puede extenderse a todo el aparato motor del animal: *ley de irritación;* 3ª Cuando se ha irritado un punto . . . la médula conserva por mucho tiempo la huella de esta

irritación, y, sea directamente, sea por reflejos indirectos, sea por una serie de reflejos sucesivos, producen movimientos que pueden durar mucho tiempo: *ley de conmoción prolongagada* (reflejos generales)»

Pero ¿qué significan esas conmociones generalizadas de que nos habla Richet? ¿los circuitos o procesos nerviosos se han sucedido y completado? ¿el reflejo no es un instante bien definido y perfecto en nuestra vida psicológica? ¿cabe superposición de reflejos o una cualquiera impresión afecta el organismo total del paciente? Es el último principio el asentado de un modo riguroso por Willian James: «Hablando en general podemos decir que cada sensación posible produce un movimiento, *y que el movimiento es un movimiento del organismo entero*» (subrrayado en el original). Pocas líneas antes he dicho ya, como a mi entender sólo entre los seres de sistema nervioso primitivo (el difuso) a cada exitación corresponden conmociones del organismo entero, respuestas, que si bien tienen las tonalidades exesivas y desproporcionadas de nuestros reflejos, no son idénticos en totalidad.

La posibilidad de los movimientos generalizados tiene otro distinto sentido en los vertebrados, que en los seres de poco complicada organización. El movimiento reflejo es respuesta automática del órgano afectado, pero cabe sí que cada movimiento pueda tener resonancias posteriores y la mayor parte de los exitantes tienen la potencia de traspasar las puras respuestas reflejas. Y pronto va a verse cuan lejos está este concebir, del sistema permanente de reflejos generalizados de James.

Hay en el hombre un doble sistema nervioso coordenado —que recuerda de un modo lejano la condición de los sistemas en los equinodermos— y son, la médula espinal y el *Gran Simpático*. Las exitaciones nerviosas procedentes de afuera, llegan a la médula espinal que puede cambiarla inmediatamente en movimiento o reacción; pero esta respuesta no impide ni evita, sino que origina en el *Gran Simpático* una tonalidad afecti-

va: es una especie de estela dejada por la impresión y que *significa algo equivalente a una corriente inducida;* la corriente inducida, si es muy fuerte, puede convertirse en inductora y reobrar sobre la médula, causando los movimientos espasmódicos generalizados: un temblor nervioso, por ejemplo. No es sino un modo indirecto mediante un transformarse del seco estímulo en sensación emotiva, como el objeto exterior obra en tal caso en el organismo. — Los estados emotivos son a.los reflejos, por consiguiente, fenómenos subsiguientes y capaces de trascender del estado actual.

Mas, la tonalidad emotiva y afectiva tienen una filiación lejana y para el ser vivo, de seguro, debió originar en tiempos muy antiguos los movimientos reflejos; o como dice Abel Rey: «los estados afectivos son los que explican la combinación y la adaptación de las construcciones musculares, asignando así la forma y la dirección general del movimiento».

Con los precedentes recordados y con los principios que se asentaron en los primeros capítulos de este trabajo sobre los fenómenos de la conciencia individual, no será difícil explicarse que, «El movimiento de respuesta a la exitación es tanto más fuerte, en irritaciones iguales *cuanto menos estable es el equilibrio de la célula.* — El movimiento es, en irritaciones iguales, tanto más fuerte cuanto más repentina ha sido la irritación. — El movimiento de respuesta a una irritación muy breve dura mucho más tiempo que ha durado la irritación. — Fuerzas aisladas que parecen impotentes, se hacen eficaces cuando son repetidas; porque a pesar de su ineficacia aparente, ha aumentado la exitabilidad del organismo (adición latente)».

Así nacen y se terminan los reflejos, como un punto de exitación y un punto de respuesta; todo lo demás, son movimientos subsiguientes, posteriores, casi simpáticos, en el sentido que la antigua fisiología daba a este término al aplicarlo a las irritaciones influenciadas por un órgano enfermo sobre otro.

IV

Pero el circuito cabe que se abra, que se amplíe el recorrido del fluído nervioso para dar por resultado fenómenos psicológicos de mayor complejidad. «Si comparamos las corrientes nerviosas a las corrientes eléctricas —ha dicho William James en el primer volumen de sus «Principios de Psicología»— podemos comparar el sistema nervioso que está debajo de los hemisferios a un circuito directo, desde el órgano de los sentidos al músculo a lo largo de una línea. El hemisferio añade el largo circuito a la línea de abertura por la cual puede pasar la corriente cuando por cualquier razón no se usa la línea directa». El esquema de Debierre, del cual dimos noticia en anterior capítulo, es de idéntico significado.

Ahora, ese nuevo circuito abierto a la actividad nerviosa, puede tener doble dirección o dos valores distintos en psicología: o da origen a los procedimientos espontáneos, conocidos con el nombre de instintos, o son procedimientos conscientes y electivos (llamados voluntarios) para el desarrollo del vivir inteligente: cuyo significado es el de conocimiento y tendencia hacia un fin.

En el uno y otro caso de empleo de la nueva actividad descubierta, hay compleja concurrencia de elementos y hay también *representación* de los medios adecuados para la respectiva circunstancia; dejando eso sí, en el un caso la elección al sujeto por el insinuarse de varias vías de descarga o de conducta, y en el otro, imponiéndole la forma de la actividad, como un procedimiento resuelto o necesario

Al puro reflejo —encausamiento de actividad por las sendas comunes, como el río que sigue el declive o el cauce— se agrega la *representación*, ya en la forma de imagen actual de lo que debe hacerse, ya como recuerdo de lo hecho. El procedimiento entonces, es

I. — Porque la fuerza creadora de la naturaleza que a la inteligencia y al instinto «*va depositando a lo largo de su trayecto*» parece ser una fuerza consciente y razonadora, capaz de imponer actos para su fin: «la inteligencia está perfectamente orientada hacia la concienca y el instinto hacia la inconsciencia. Porque cuando el instrumento que hay que manejar lo ha organizado la naturaleza, el punto de aplicación lo proporciona también la naturaleza, y el resultado a obtener es el que quiere la naturaleza; bien escasa es la parte que cabe a la elección, ya que la conciencia inherente a la representación en cuanto quiere destacarse y surgir, se verá contrabalanceada por la ejecución del acto, idéntica a la representación, y que será su contrapeso exacto». Si esta no es la naturaleza reflexiva, o la omnipotencia del Dios trascendental de los escolásticos, será a lo menos el ente misterioso de las explicaciones metafísicas de Hegel, nuevo Dios, con atributos especiales y no distinto ni alejado del Universo que él anima: «el instinto plástico es análogo al entendimiento consciente; pero no hay que representarse por esto la actividad final de la naturaleza como un entendimiento que tiene conciencia de sí mismo; es un obrero sin conciencia». Este obrero privado del conocimiento de su propia naturaleza y existencia, parece no obstante que tiene conocimiento y previsión de fines, *pues el instinto plástico es igual a la inteligencia consciente.* No entiendo por qué haya de sustituírse las supremas Divinidades llenas de atributos y esplendores de las antiguas religiones, con esta concepción mística de un Dios incapaz de comprenderse pero que arregla la existencia de los seres y su desarrollo a pleno capricho. — Mucho más penetrante y honda es la visión de las internas fuerzas cósmicas, conquistando la materia mediante su penetración en ella y bordeando o triunfando de los obstáculos; allí hay, claro está, colaboración de fuerza y materia: la una dejándose penetrar, la otra hallando la parte vulnerable, lo menos defendido.

II. — El aspecto de fin de las actividades instintivas tiene todavía, en el autor de «La Evolución creadora», otra comunidad de resultados con sistemas que hoy se rechazan en la explicación de las génesis del instinto: la posibilidad de momentos más claramente reflexivos, de donde procedió para el ser los actuales movimientos espontáneos. Ravaisson cree poder determinar en todo caso, que el hábito de hacer ha ido cambiando los procedimientos inteligentes en la serie de instintos individuales cuya constatación nos es posible; y si bien esto es aceptable en limitados casos, viendo como el automatismo cambia el signo de la acción (+ conciencia por — conciencia); el vivir espontáneo, en general, es complicación del reflejo con la imagen del acto en potencia de ejecución Son talvez más graves que las de Ravaisson las enseñanzas de Bergson: «Cabe pensar que empezaron por estar implicados uno en otro (los movimientos instintivos y los inteligentes); que la actividad psíquica original participó de los dos, y que si remontáramos muy lejos el pasado, se hallarían instintos más proximos a la inteligencia que los de nuestros insectos, y una inteligencia más cercana al instinto que la de nuestros vertebrados». Mejores dotadas habrían estado, en consecuencia, aquellas antiguas especies, pues la división de aptitudes que pone imperfecciones y vacíos en los dos extremos de la serie, se habrían atenuado en gran parte: más seguridad en el hacer, menos vacilaciones que para el ser inteligente; más conocimiento y valor mayor de decisión que entre los puros instintivos.

Importancia mil veces mayor tienen sus análisis y comparaciones, en cuanto a la forma de procedimiento seguido por ambos aspectos de la psicología animal. Por ejemplo, las explicaciones que enseguida copio, pueden ser realmente la justa conclusión de todo análisis de los movimientos instintivos, como he de razonar en tiempo oportuno. «Donde la acción real es la sola acción posible, la conciencia se hace nula. Sin embargo, en este último caso sigue habiendo representación

y conocimiento si consta que hay un conjunto de movimientos sistematizados, *el último de los cuales está preformado en el primero*, y que, además la conciencia podrá de ellos brotar al chocar con un obstáculo».

Sólo como elemento ilustrativo, pues no disponemos de espacio suficiente ni aún para breve análisis, copiamos la definición de instinto traída por Romanes en la «Evolución mental en el hombre» (nota): «Este término es de orden genérico y comprende todas las facultades mentales implicadas en el acto consciente y adaptivo anterior a la experiencia individual, sin el conocimiento necesario de la relación entre los medios empleados y el fin alcanzado, sino similarmente inventado en condiciones idénticas y frecuentemente presentadas, por todos los individuos de la especie humana».

V

Para podernos explicar con claridad el significado y caracteres de los movimientos instintivos, su forma, poder y alcance, hace falta comenzar señalando las notas distintivas entre instintos y reflejos: "El caracter general y superficial que nos suministra una primera demarcación —dice Abel Rey— es la complejidad del acto instintivo, con relación al acto reflejo. Llamamos instintivo, no a un movimiento, por extendido que se halle, que sigue a una exitación, sino a una serie regular y fatal de movimientos de este género, que parecen todos consecuencias unos de otros y que constituyen todos unidos un conjunto, un acto bien determinado». Y en su aspecto interno: «El acto reflejo es una adaptación neuro-muscular, no mental, a exitaciones apropiadas; el acto instintivo es esto y algo más: hay en él un elemento mental . . . La línea que, en teoría debe ser mirada como si los separase, está constituída por las separaciones de las adaptaciones inconscientes de las adaptaciones en las que se encuentra la conciencia».

«El acto instintivo parece emanar, la mayor parte de las veces, de una exitación toda interna y de tendencias afectivas, sin estímulo externo».

Es tan difícil la línea de separación, que las vacilaciones y dudas de los autores son frecuentísimas. Véase la manera como Ribot, uno de los escritores que mayor precisión y fijeza procuran dar a sus análisis psicológicos, nos habla del deseo: «El deseo señala una etapa ascendente del estado reflejo al estado voluntario. Entendemos por deseo las formas más elementales de la vida afectiva, las únicas que pueden producirse hasta que nace la inteligencia. Fisiológicamente no difieren de los reflejos de orden complejo. Psicológicamente difieren de éstos por el estado de conciencia, frecuentemente muy intensa, que los acompaña». Y el deseo señalado con las especificaciones de los términos que se copian, es el móvil del instinto, o mejor, el instinto es el deseo objetivado: el matiz de la afectividad sólo refuerza el impulso iniciado ya por la pura contemplación.

En los trozos tomados de la «Psicología» de Abel Rey, a propósito de las diferencias entre actos instintivos y reflejos, se ha hablado de la conciencia ¿qué es ella en este caso? creo poder determinar así su significado: es el conocimiento de las posibilidades de acción, y representa las circunstancias y el cauce natural de las inclinaciones. Es un asociarse irreflexivo e instantáneo, que, dados los antecedentes, determina las consecuencias inmediatas en razón de la costumbre o el hábito: imágenes sucesivas, representaciones que pasan como en una cadena magnética siendo el acto actual el que determina la presencia del subsiguiente. Los movimientos espontáneos en forma irreflexiva e inmediata, con consecuencias de cumplir un fin imprevisto para el sujeto; son, con frecuencia, adquisiciones de la especie, que determinan a proceder al individuo.

Los instintos, *por regla general*, fueron en origen, conjunto de reflejos impuestos por las circunstancias del medioambiente y las necesidades de conservar la vida.

Eso en cuanto a su dirección, que no siempre son las causas externas las determinantes de la actividad: una vida plena, una nutrición abundante, producen movimientos, naturales expansiones de cambio de equilibrio; pero también esos movimientos, encuentran en el exterior resistencias, choques o no; que determinan los procedimientos subsiguientes ante circunstancias idénticas. —Podemos decir que aún entre los organismos más primitivos cabe hallarse dos formas de actividad: la del influjo exterior, tocándolo, impresionándolo y dándole motivo a la descarga causada por la descomposición química; y las internas, del exceso nutritivo origen del escape de energías. Mas, aún en tan bajo lugar de la escala, se hallan ya matices de afectividad: toda descarga de un exceso es signo de placer; pero el placer del movimiento, si encuentra un obstáculo exterior que lo perturbe o lastime, puede cambiarse en dolor, llegando con frecuencia al aniquilamiento del ser.

Los reflejos ciegos, absolutamente ciegos, en los comienzos, sólo dejaban para la especie la permanencia de un modo de procedimiento, aquel que no causaba la muerte del ser vivo; o sea, la subsistencia de quienes pudieron reobrar de un modo adecuado: primero, a las exigencias del medio, y luego, al modo de estar organizado el individuo. La permanencia de la reacción determina la forma de proceder en lo sucesivo; no es esta la memoria, sino la facilidad mecánica de un procedimiento (punto ya esclarecido, al tratar de aquel fenómeno psicológico).

Pero a medida del avanzar en la complicación de los organismos y al tiempo de aparecer el cerebro con su función, surge el complicarse de la actividad con el reconocimiento de los hechos efectuados: las series de acciones son inscritas en el cerebro, y la memoria da fe de los actos ejecutados y en presencia de un nuevo estímulo inicia el primer movimiento, al que se encadenarán, de modo sucesivo, aquellos que completen la serie íntegra del hecho instintivo. La conciencia del

animal, por consiguiente, consiste en reconocimientos posteriores de los hechos, y en reconocimiento actual de la posibilidad de acción; no hay conciencia personal, el ser no se señala sujeto de la actividad y sabe lo hecho como lo sabría de cualquier otro individuo: es el perro que se muerde su cola con tanta furia como si fuera ajena, hasta que el dolor le advierte que no debe hacer tal. *La conciencia personal puede, pues, brotar al choque de un obstáculo.*

Baste reconocerse que los movimientos complicados que exige el actuar instintivo, no puede llevarse a efecto sino por un conocimiento, si no panorámico, sucesivo, de las imágenes motrices: para huír es necesario entrever el camino, y antes que eso, saber los músculos que se han de poner en actividad con tal objeto. El recuerdo preciso y fuerte, eso sí, no exige largas reflexiones, se determina por lo hecho en otra circunstancia, y mientras mayor sea la viveza del recuerdo el animal se decidirá con mayor instantaneidad y violencia. En último término, para el animal, lo que se puede hacer es móvil de la acción, es el segundo circuito que se cierra de modo instantáneo: lo habitual le aprisiona, no dejando en el campo de su conciencia sino una dirección; mientras circunstancias anormales no vengan a impedir el acto o a modificar la dirección del movimiento, el cual, volviéndose constante, pronto se cambiará en nueva dirección transmisible por herencia. Y es aquella transmisión otra causa de constituírse el instinto: a veces, hay dos presencias que luchan, dos direcciones que se insinúan, aureoladas de doble carácter afectivo: según el afecto que prevalece se desarrolla el acto. Y ya hemos dicho, un procedimiento constante, repetido, se convierte en habitual y fácil: facilidad, que da la precisión del procedimiento, habituación, que a medida de las generaciones sobre las cuales se ha ejercido, puede dar origen a la herencia; así se cambian las costumbres selváticas de ciertos animales, en los hábitos de la domesticidad.

—La castumbre de hacer, que es hábito en la vida individual, convertida en permanente adquisición de la especie, toma el nombre de instinto—

Con mucha fuerza ha dicho William James: «Es evidente que todo acto instintivo en un animal que tenga memoria, debe cesar de ser ciego con una vez que se le repita»; añade eso sí que «debe ser acompañado de la previsión de un fin»; no hace falta tal elemento ni en realidad existe en los casos conocidos de instinto: las circunstancias determinan la primera acción y ésta evoca las subsiguientes. No es lo mismo que la desviación del proceso causada por circunstancias u obstáculos nuevos: el animal al volver a su caverna, el ave al retornar al nido, encuentra claras huellas de violación de su morada o halla dentro de ella al enemigo, su presencia le auyenta; pero vuelve el nuevo día, la hora del diario retorno provoca un impulso de volver, mas, a la imagen del abrigo se asocia la del peligro, y uno de los dos impulsos es vencido por el otro, o la dulzura de la vida cuotidiana o el terror del huésped inesperado; el animal abandona el refugio o tapia la primitiva entrada para fabricarla otra oculta o de acceso difícil para el perseguidor. En ocasiones, el cambio de circunstancias hacen ingeniarse al ser instintivo para satisfacer sus necesidades con los nuevos medios disponibles: tal pasa con las avejas cuando tienen que construír sus nidos al aire libre. (1).

Una observación muy antigua y que se ha repetido con excesiva frecuencia, es la que reconoce diversa cantidad es de instinto en el hombre y en el animal: son insignificantes en el hombre los impulsos instintivos si se los compara con la que puede indicarse en el animal, por eso que aquel se equivoca con excesiva frecuencia en elegir los medios.

---

(1) Véase Bouvier: "La nidificación de las avejas al aire libre".

VI

Pero, supuestos el instinto y la inteligencia como grados sucesivos y ascendentes ¿cómo puede imaginarse que la selección de medios haya permitido la pérdida para el hombre de funciones tan importantes como las instintivas, adquisición que significan economías notables y exatitud en el trabajo (según se cree)? Es que ni el hombre ha perdido nada, ni lo instintivo tiene la perfección que se supone.

Cuantos han estudiado con suficiente detención y tino los procedimientos espontáneos de los animales, se han hallado en el caso de constatar las grandes pérdidas de energía que acompañan a veces a los trabajos no inteligentes. No sólo los instintos, sino que además los hábitos mismos tienen una tenacidad e inmutabilidad sorprendentes en los seres irracionales: si por cualquier motivo (por falta de una entrada, supongamos) se le ha acostumbrado a un mastín a dar un rodeo para penetrar en alguna habitación, ya podeis remover el obstáculo que el animal seguirá dando el rodeo inútil. El perro que va acostarse en un lugar donde no hay ningún peligro, no lo hará sinembargo antes de haber dado una vuelta como de inspección, y eso, no en una ni dos ocasiones, sino constantemente.

Que tampoco ha disminuído en el hombre el número de instintos ha dicho con justicia James, existen tantos o en mayor número que en cualquier animal, y con su mismo aspecto de necesidad y de procedimientos ciegos; «pero por la memoria, la reflexión y el poder de inducir que tiene el hombre, cada uno de ellos puede ser sentido por sí, después de haber cedido a él y experimentado sus efectos, en conexión de una previsión de estos resultados». «En tal sentido se puede decir de aquel impulso a que se ha obedecido, que se le ha realizado, en parte al menos, en vista de aquel resultado».

Estoy conforme en reconocer que los instintos, como posibilidades de acción, y con frecuencia, como actual procedimiento ciego, impulsivo de una conducta; los conserva en su mayoría el individuo humano; sólo que en el camino constante de perfección que se presenta a la manera del formarse, para cada sujeto, de una amplia vida suya, obra de su impulso interior, como dije, la naturaleza ha conquistado para el hombre el dominio de la reflexión: surgiendo de varias posibilidades presentes y de su tardío decidirse. Al segundo circuito de la actividad nerviosa cerrado casi de un modo instantáneo —cuando no existe algún fuerte obstáculo, en el animal— viene a agregarse la esfera superior de las contemplaciones, ante la cual se desarrolla un amplísimo campo observable, representado por los fines: los trayectos abiertos y, a lo lejos, los horizontes sucesivos como coronamiento de la acción, verdadera llegada del sendero seguido. No son las puras imágenes unidas en el tiempo, las surgidas de modo inmediato en el campo del recuerdo, las puestas en oposición; son las imágenes elaboradas, aquellas que designamos con el nombre de ideas, las que suspenden el juicio de lo que debe hacerse, y por tanto, la ejecución. Mas esto debe detallarse en capítulos distintos, dedicado al estudio de la voluntad y el procedimiento libre.

«Sin perdernos en una discusión sobre las palabras instinto y razón —dice James— podemos decir con completa confianza que, por inciertas que puedan parecer las reacciones del hombre sobre el medio, en comparación con las de los seres inferiores, la incertidumbre no se debe probablemente a la posesión de principios de acción que falta en aquellos. Por el contrario, el hombre posee todos los impulsos que aquellos tienen y mucho más por añadidura».

También debo recordar la ley de *transitoriedad* de determinados instintos en cada sujeto particular: éstos sólo se presentan, cumplidas ciertas condiciones de edad y circunstancias, o alguna de ellas. Instintos violentos de ferocidad y de sangre pueden aparecer como

una ráfaga, un bólido en la pasividad permanente de un individuo; algo hay de los instintos de los animales carniceros en todos nosotros. Una persona sana y correcta me ha referido: jugaba en cierta ocasión simulando que mordía y sentí de improviso un impulso vivo de hacer sangrar la carne del sujeto con quien jugaba; tuve que dejar el ensayo, por miedo de herir. En varias otras ocasiones he vuelto ha ensayar, con resultado idéntico. (Esto tendrá talvez mejor explicación, cuando hablemos de la teoría de James sobre los impulsos).— Otra forma de despertarse los instintos transitorios, es por causa de determinados signos o fetiches, tales como el rojo de la sangre o la oscuridad o negrura de un color, como vivos estimulantes de procedimientos irreflexivos (1). Los instintos de esta clase, son frecuentemente actuales y permanentes, pero adormecidos mientras no se presente la causa, el símbolo o imagen.

Todos y cada uno estamos asechados por los instintos, y, a poco que descuidemos el control sobre nosotros mismos, hacen irrupciones de carácter violento para perturbar, en ocasiones, irreparablemente la vida. Imprimid de manera vigorosa una imagen sobre un sujeto que se vaya a esperimentar y le veréis proceder casi al instante como un puro impulsivo, o sea, como presa del instinto. Aquí, nada más completo que la fórmula

---

(1) Tomo de James (ob. cit. vol. II) la siguiente nota: "Ciertos animales se exitan con frecuencia, aunque no siempre, con el olor de la sangre. En ciertos individuos anormales ejerce una fascinación verdaderamente terrible. B y su padre estaban en casa de un vecino. De pronto se cortó éste un dedo y la sangre corrió profusamente. B mudó de color se puso nervioso, inquieto y aprovechando la confusión producida por el hecho se fue a la granja de un vecino y cortó la cola de un caballo matándolo. El Dr. D. H. Tuke, comentando el caso de este hombre, habla de la influencia que sobre él ejercía siempre la sangre —siendo su vida entera una cadena de atrocidades sin nombre— y continúa "Indudablemente la sangre fascina a ciertos individuos... y podemos hablar de una verdadera *manía sanguínea*".

de Bergson: «La representación está obstruída por la acción», que yo, para esclarecerla, cambiaría con esta otra: *la representación obstruye toda extraña acción, por la instantaneidad de la respuesta a la impresión actual.*

Esto explica los fenómenos de la hipnosis: la imagen ejercida como única causa de actividad; las elaboraciones cerebrales inhibidas, y una voluntad, de raro en raro, capaz de presentar alguna oposición al mandato recibido, por causa de los hábitos que se ha adquirido. El procedimiento sobre las multitudes es idéntico; la palabra representación de una imagen motora, empujando e imponiendo la actividad; la reflexión no existe, y el único que dispone de la masa en movimiento es el sujeto inspirador. Cuando el poder público castiga los crímenes de las multitudes en sus instigadores, hace perfectamente; pero ¿quiénes son los instigadores en realidad? ¿los actuales tribunos o aquellos que enardecieron la sangre o que hirieron la imaginación de tales instrumentos de sus planes? Quien se cree director de multitudes en un momento dado, puede muy bien sufrir más que ninguno, el prestigio, la imposición de voluntad ajena. ¿Dónde hallar las raíces de los movimientos populares, la causa de sus acciones?

Pero el instinto en el hombre, es pasión; instinto revestido de afectos, y al hablar de ellos volveremos sobre este punto; como de la responsabilidad o no de los actos, deberá decirse al hablar de la voluntad y del libre arbitrio.

CAPITULO NOVENO

ESTUDIO DE LAS EMOCIONES

Indeterminación en los autores de la propia naturaleza de la emoción y exeso de aplicaciones del término a un gran número de estados psicológicos diferentes. — Se trata de descubrir un criterio adecuado para fijar lo que hay de emotivo en la circunstancias emocionales, y señalar la distinción de éstas y los grupos afectivos simples del placer y el dolor. — Datos experimentales. — Forma de la explicación de las relaciones entre las modalidades corpóreas que acompañan a la emoción y su efectivo valor interno, psicológico. La hipótesis de James. — Determinación de las diferencias del fenómeno con el cuadro sensible de las pasiones y los estados afectivos superiores del sentimiento.

I

Entre los problemas tan arduos y complicados de la Psicología, quizá no hay otro de indeterminación mayor y de caracteres tan superficialmente estudiados, que el relacionado con la naturaleza de la emoción y el campo donde su real actividad se ejercita.

Ya Willian James se queja de la manera según la cual había sido estudiada hasta entonces y expuesta, la psicología de las emociones; oigámosle sus reproches: «El resultado de esta abundancia de términos —los re-

lacionados con las diferentes formas y especies de los estados afectivos —es que la literatura puramente descriptiva de las emociones es una de las partes más fatigosas de la Psicología; se siente además que estas divisiones son en gran parte o ficticias o sin importancia, y que sus pretensiones de exactitud son injustificadas. Desgraciadamente *casi todo lo que en Psicología se ha escrito, acerca de las emociones, es puramente descriptivo.* Tales como se las pintan en las novelas nos interesan las emociones, porque participamos de ellas; nosotros hemos hecho conocimiento con los objetos concretos y los azares que los hacen nacer, y todas las páginas en que nos encontramos con un toque inteligente de la observación interior nos tiene que hacer vibrar prontamente. Obras netamente literarias de filosofía aforística arrojan también relámpagos en nuestra vida emotiva y nos procuran un goce pasajero, en lo que atañe a la «Psicología científica» de las emociones, puede que yo esté saturado a fuerza de haber leído trabajos clásicos sobre la materia, pero declaro que desearía mejor leer descripciones políticas sobre la forma de las rocas de New Hamphire que volver a leer estos trabajos. *En ninguna parte os encontráis con un punto de vista central*, un principio de deducción o un principio generador. Se distingue, se sutiliza, se especifica a lo infinito, sin elevarse jamás por encima de estas sutilezas. Y, sin embargo, la belleza de toda obra verdaderamente científica consiste en descender siempre a niveles más profundos».

Cierto que esas categorías fijas de aspectos externos de los estados emotivos, sin explicar nada, —o muy poco— de los procesos internos, nos conduce a un sinnúmero de equivocaciones, y en especial a clasificar por los signos o marcas visibles el contenido total del proceso psicológico; sin pararse en la relatividad de cada suceso en el individuo, como muy bien subraya el autor: las descriociones genéricas o en grupos, son inexactas, cuando tienen a la vista los signos exteriores. —El otro aspecto o punto de vista de la crítica, la de falta de

un criterio central, es tambien evidente: los grupos específicos por ser contemplados en sus símbolos o signos son como entidades sin nexo alguno. Pero esta segunda crítica no debe reducirse a lo que parece la redujo el autor (preocupándose de la fuente u origen de ese surtidor de cambios de exitaciones corporales) sino también, y de preferencia, como equivalencia de valores de los cambios emocionales por distintos que parezcan. — En fin, hay algo que rectificar en las críticas hechas: la centralización absoluta de todos los estados afectivos, como si estado emocional y afectivo fuera una sola y misma cosa, o tuvieran a lo menos un aparato orgánico de producción, idéntico.

¿No habrá un modo de cambiar de frente, se pregunta James, en la forma y para mejor resultado de la investigación? Y nos indica que él cree haberlo hallado, aún cuando duda que se quiera aceptar, por parte de la generalidad, ese expediente. He aquí su propósito renovador: «La desgracia de las emociones psicológicas, es que se las mira demasiado como cosas absolutamente individuales. Mientras se las considere como otras entidades psíquicas eternas y sagradas, como las viejas especies de la Historia Natural, todo lo que podrá hacerse será catalogar respetuosamente sus caracteres, sus cualidades y sus efectos especiales Pero si las miramos como efectos de causas más generales (lo mismo que las especies son ya miradas como los productos de la herencia y de la evolución) la distinción y la clasificación adquieren una importancia secundaria. — Todo lo afirmado es verdad, pero fatalmente nos hallamos con que el autor centraliza en exceso —repito —y no quiere olvidar del todo las preocupaciones de sus antecesores; la vida afectiva del hombre es un solo recorrido, para él, y emana de una fuente única: desde el simple dolor al sentimiento, pasando por las emociones, las pasiones, los estados obsesionantes, todo tiene un nombre común genérico, el de emociones; apenas hay una clasificación simplísima en este campo fenomenológico, las emociones groseras y las delicadas.

Veamos otra opinión. Toda la vida afectiva, para Hoffding, es el fluír incesante del sentimiento—palabra sinónima para el autor del término emoción — (1). Busquemos con Hoffdig el conocimiento de la manera como se mezcla, se ingerta en toda representación o sensación primitiva los estados emocionales: «El pensamiento, por independiente que sea de las necesidades prácticas y de las exigencias del momento, no obstante va siempre unido a una cierta disposición afectiva. En él se encuentran elementos sensibles de que se hace poco caso porque no se adelantan al primer plano, sino que se subordinan a la actividad de los pensamientos y ésta es la que los determina. Un pensamiento enteramente puro de toda mezcla afectiva (como los que han reclamado con frecuencia los filósofos especulativos) no existe. Gracias a los movimientos afectivos ligados a toda representación y a todo pensamiento, *el conocimiento se hace una de las fuerzas del alma*».—Las últimas indicaciones son muy dignas de apuntarse, señalan la realidad de la expresión tan en uso de las ideas-motoras; pero desde el primer momento hemos de apuntar que hay indistinción, falta de límites fijos entre estados afectivos de diversa naturaleza: el puro recuerdo del elemento sensible, como irritante fisiológicamente del nervio exitado —base del conocimiento— será con frecuencia lo que determine el matiz que adquiera el pensamiento.

El mismo autor, al enseñarnos como no cabe tampoco sentimiento alguno sin una representación o conocimiento, nos habla de aquellos que han sido considerados como los grados más bajos de la vida afectiva humana, en estos términos «encontramos una aproximación de estados puramente afectivos en los animales superiores o plenamente desarrollados, por ejemplo, en el sentimiento vital o cenestésico, tonalidad fundamental

(1.) Consúltese "Bosquejo de una Psicología &" por H. Hoffding, en el índice alfabético, la palabra emoción.

que resulta del estado total del organismo, de la marcha normal o anormal de los movimientos vitales, *particularmente de las funciones vegetativas*. Sólo rara vez y de una manera imperfecta somos capaces de localizar las exitaciones que producen este sentimiento . . . El sentimiento vital consiste en una tonalidad sorda, cuya causa, en todo caso, no es conocida en seguida por la conciencia. Las perturbaciones cardiacas y las enfermedades mentales pueden producir inquietud o hipocondría sin que el enfermo descubra la causa de ello. En la época de la pubertad, al mismo tiempo que los órganos sexuales adquieren su madurez, se despiertan en nosotros presentimientos y deseos vagos, un apetito vago impulsa al individuo, sin que el mismo se explique, a no encerrarse en su propia personalidad. Por último, en las notas profundas que dominan el sentimiento vital, es donde se expresan en particular los diversos temperamentos. Ahora bien, por pocos elementos espirituales que se pueden descubrir en todos estos estados, sin embargo se presenta cada uno con un carácter de tal manera propio, que el paso del uno a otro, y por lo mismo su diferencia, deben llegar a traducirse más o menos claramente en la conciencia; ninguno de ellos puede, pues, tener la sencillez requerida para un estado puramente afectivo». (1)

Deben inscribirse los estados cenestésicos en justicia, como la base o raíz de los cambios internos emotivos, y por eso la anterior descripción es muy ilustrativa y digna de anotarse; sólo que los elementos intelectuales son a veces tan rudimentarios, que quedan en embrión: son primitivas exitaciones externas, cuyo influjo no ha traspasado la médula espinal (en el sistema sensitivo–motor). Pero no son fuentes de emociones como elementos de las mismas, como partes constitutivas, el placer y el dolor en sus caracteres primitivos; son eso sí, con frecuencia, causas o motivos

(1) Hoffding ob. cit.

externos: un traumatismo, un vivo ruido, una deslumbración cegadora de los ojos, el dolor violento por una amputación, el placer de cualquiera descarga orgánica etc. etc.

Dolores y placeres aquellos que representan para Hoffding, como para la mayoría de los autores que han tratado de interpretarlos desde Aristóteles, la indicación de una actividad favorable o destructora del organismo individual o de las condiciones de la especie. «La biología del sentimiento trata la cuestión de la importancia del placer y del dolor para el mantenimiento total de la vida, y, por consiguiente; de su importancia en la lucha por la existencia.» El placer y el dolor inscritos como emociones —repito— es un criterio inaceptable, aún cuando ambos tuvieran el papel de defensa y protección del ser.

Y continuando en la exposición del criterio que analizo. Mas tarde, la emoción no es ni los puros estados sensibles primitivos, ni sólo las sensaciones cenestésicas o la combinación de varios elementos de igual clase; es la vida de los supremos sentimientos: arte, belleza, moral. Halla, eso sí, un doble centro orgánico, para las varias categorías del sentimiento (según terminología del autor). «Los sentimientos de carácter *complejo o ideal* corresponden probablemente a procesos cerebrales, mientras que los sentimientos elementales pueden existir aun cuando los centros superiores del encéfalo falten. Una rata privada del cerebro y de los tubérculos ópticos, se estremece de miedo cuando se imita el maullido del gato, enteramente como lo haría en estado normal». Y, el reconocimiento del doble centro y del doble proceso, no fueron suficientes para hacerle pensar en distintos aspectos o funciones de la psicología animal; hubo, de seguro, vicios de perspectiva, y exeso en parte y en parte falta de análisis, como lo hemos de ver muy pronto. Para completar el cuadro expositivo; no podemos presindir aún de otra explicación que, rondando el punto central atractivo, se desvía no obstante para causar las confusiones más lamenta-

bles entre los múltiples fenómenos afectivos: «*La emoción, el sentimiento* —vuelve a expresarse Dallemagne— son respecto al funcionamiento de la idea, como los centros nerviosos inferiores, en cuanto constituyen los agentes secundarios de la actividad de los centros superiores. La aparente desaparición de las emociones y del sentimiento en la génesis de la idea, no implica más que la inferioridad de su grado de conciencia. Esta inferioridad unida a la dificultad de su llamada mnónica, *son indicios que demuestran su antigüedad evolutiva y que sirven como de transición entre las funciones medulares automáticas e inconscientes, y las funciones corticales conscientes y de aparición espontánea.* De todos modos estas distinciones no existen, por decirlo así, en el tiempo; la idea y la emoción separados por tantos caracteres, se engendran en realidad de una manera instantánea. Su coexistencia y penetración destruyen todo lo que sus diferencias de localización, conciencia e intensidad enseñan y demuestran» (1)

II

Los puntos de vista y el carácter de las opiniones transcritos en el párrafo precedente —breve muestra de una serie extensísima a que pudiéramos referirnos— nos indican las siguientes indefiniciones y hasta verdaderas confusiones de términos: 1º todos los estados internos cuyos matices o tonos afectivos nos agradan, se los ha inscrito bajo el rótulo de, *el placer;* todo lo desagradable, angustioso o negativo, es para los autores citados, *dolor;* 2º unos y otros estados afectivos, en su inclasificación y complejidad, son denominados emociones; 3º la pasión y los estados afectivos que la acompañan, son una sola y misma cosa; 4º cuando se des-

(1) Dallemagne "Degeneraciones y desequilibrios".

cubren ideas–motoras en el contenido representativo interno de la acción o como causas generadoras de los estados afectivos, se ha designado a la complejidad del estado psicológico con el nombre de emoción–sentimiento, cuando al *sentimiento* no se lo aplica mucho más amplia extención. Tal es la materia innumerable contenida bajo un solo término y una muy intraducible vaguedad de concepto, y para cuyo deslindamiento hace falta una labor de crítica, en realidad, difícil.

Por de pronto el término emoción, en su extricto sentido y tal como lo acepta de primer impulso cualquiera que lo escucha, representa un estado psicofisiológico singularísimo, tan alejado del placer y el dolor, y del sentimiento, como el acto espontáneo del puro reflejo o del voluntario; hay verdaderas líneas de demarcación, reales síntomas específicos para caracterizar a los unos y a los otros. Mas ¿será posible acaso objetar que no son otra cosa que grados, series ascendentes, nutridos de un solo principio y con igual importancia de integración o desintegración, de defensa o provecho para el organismo? Vamos a verlo.

La mirada de conjunto y la contemplación en detalles de recuerdo de los síntomas emocionales apreciados y de sus condiciones de aparecer, como también los fugitivos datos inmergidos en la complejidad de los sistemas; me permiten determinar lo que es la emoción, en la siguiente forma: *transformaciones orgánicas generalizadas que tienen su causa en una viva influencia del sistema nervioso central sobre el sentido cenestésico, y reacción de éste sobre aquel.* (1)

Las impresiones terroríficas inferiores, como la contemplación por parte de un animal del enemigo, la repugnancia por haber encontrado un ser inmundo o

---

(1) La descripción del texto solo se fija, por hoy, en los resultados emocionales de una viva impresión, reservándonos para el inmediato capítulo el estudiar los casos de emoción que anteceden y superan a cualquiera imágen.

que se nos presenta como tal sin que podamos darnos una explicación suficiente —en calidad de movimientos primitivos— y otras conmociones de igual naturaleza, no pueden llamarse con propiedad dolores; como la pasión del deseo no es en realidad placer en el iniciarse de tal tendencia como inclinación, o sea, en su parte afectivamente emocional. — Comparad, por ejemplo, un vivo dolor orgánico con el terror sumo o un dolor impreciso que afecta una región, con la angustia: ¿hay equivalencia? no; son dos órdenes de fenómenos, dos cantidades distintas en género; dolor más angustia, nunca darán un total de impresión, sino un doble estado o doble contenido psicológico Pudiendo, es claro, un dolor originar estados emotivos, sobre todo cuando es muy vehemente; pero apúntese: los provoca, porque son distintos, pero no los engendra.

El dolor y el placer es en el individuo una cantidad concreta que se localiza y se determina, ya en un punto ya en una región; se limita por la región afectada y tiene resonancias simpáticas bien definidas La emoción es ilimitada dentro del organismo; es respuesta total a una sensación indecisa; es, de ordinario sufrimiento corporal aún procediendo de una tendencia al bien, y tiene la forma total de movimientos generalizados, por más que afecte de modo preferente ciertos órganos o partes de un sistema. Los estados de quietud física en la vida, no son ni pueden ser de emoción, ya que hemos visto como su esencia es un cambio, una transformación. Y hemos de decir además, que el bien o malestar físico causados por una nutrición perfecta y fácil o inadecuada e inconveniente, puede ser base para que se presenten los estados afectivos que contemplamos, y acompañen y maticen el resultado.—Suponed cualquier dolor lancinante: un diente corroído por el cariz (el sujeto debe ser sano en la condición general del organismo y no llevar ningún morbo histérico); y hallad la equivalencia, de la definida cruel irritación del nervio con toda la aureola de sufrimiento que es su cortejo, con este estado psico-

fisiológico descrito por Burke con referencia al terror:... «lo que el paciente experimenta desde el principio es un malestar grande, pero vago, después nota que su corazón late más violentamente, *al mismo tiempo se suceden a través de su cuerpo y de sus miembros choques y vibraciones tan violentos que llegan a ser dolorosos.* Cae entonces, al cabo de algunos minutos, en un estado de inmenso terror. No tiene temor a nada en particular; y, sin embargo, tiene temor. Su espíritu está perfectamente lúcido. Busca una causa de su miserable estado y no encuentra ninguna. Pronto es tal su terror que comienza a temblar violentamente y a lanzar profundos gemidos; su cuerpo se humedece de sudor; se le seca la boca completamente y de sus ojos no se desprenden lágrimas aun cuando su dolor sea intenso Cuando se llega al paroxismo del ataque y se sobrepone, se produce una efusión de lágrimas abundante, o bien se produce un estado mental en el cual el enfermo se echa a llorar por el más ligero motivo». (1)

Basta leerse de una manera detenida la descripción precedente, para que se de cuenta de como el dolor físico, en los casos que acompaña a la emoción, no es un elemento constitutivo, es el resultado de la violencia conmocional del cambio orgánico inopinado y vivo; de ahí la frase: «choques y vibraciones tan violentas que llegan a ser dolorosos». Es la apreciación por parte del sistema sensitivo-motor de las alteraciones sobrevenidas en la vida vejetativa del sujeto.

La raíz de las emociones no está ni en el placer ni en el dolor, repetiré siempre; pues aquellos se constituyen por la actividad actual del *Gran Simpático*, (2) como motor y causa de sensación, y estos, son los productos específicos del sistema nervioso central.

---

(1) La cita está tomada del segundo volumen de los "Principios de Psicología" de W. James.

(2) En su función vegetativa.

Hay un fondo común, casi constante, en todas las emociones; fondo de angustia, de transformación orgánica, de desequilibrio; el amante que ve a su amada de modo inesperado, el sujeto que siente el terror de una caída que no pudo prever; sufren ambos igual malestar, idéntica opresión de pecho y páralisis orgánicas momentáneas de semejante valor. Esto, también ha sido señalado por Hoffding en la forma siguiente. «Si el efecto de la alegría es enteramente semejante al del disgusto o la cólera, proviene ciertamente de que el elemento que influye en todos estos casos, es propiamente la sorpresa, el estupor predominante que según sus síntomas está muy próximo al espanto». Casi puede decirse que el elemento seguro en todas las emociones, es la angustia o malestar orgánico — psíquico; pues, apenas en circunstancias anormales extraordinarias cabe descubrirse estados cuyas realidas emocional sea de la alegría. La alegría que se revienta como flor de satisfacción poniendo en movimiento al organismo, sin saber por qué, donde la cantidad espiritual de trabajo del cerebro no exsiste, ni el placer de una descarga orgánica; talvez no puede hallarse en otro caso que en los ficticios contentos de ciertas embriagueces, especialmente las causadas por el eter y otras sustancias semejantes. Una intensa tristeza —de aquellas que acompañan o acometen a las fantasías románticas de los adolecentes— atormentaba el espíritu del observador; tenía caracteres tan negros, era tan insoportable su presencia, que optó por aspirar eter. Fue raro pero ciertísimo el resultado: a la tristeza subsiguió una satisfacción, un contento ilarante en que a la risa espóntanea se agregaba el vivo impulso de movimiento —juego o danza—. Pero nada hubo que pudiera justificar un cambio espiritual o que a él equivaliera, ni pensamiento distinto ni esperanza alguna; el olvido, el puro olvido, o mejor, la anestecia espiritual. Pero había más, sin sentir angustia ni pena, verdad, se daba cuenta sin embargo el sujeto de que se trataba de una alegría externa, orgánica, en cuyo producirse no intervenía su

conciencia: contemplaba su yó los actos ejecutados por un individuo no aparte ni distinto de si mismo pero que no era su misma persona. (Una exageración o aumento sensacional acompañado de alucinaciones, de este estado anímico, deben ser los delirios del desdoblamiento personal de ciercos maniáticos que inspiró a Dostojeswki una de sus más celebradas novelas).

No puedo explicarme el fenómeno sino por una anestesia incompleta de los nervios sensibles de relación y de las células cerebrales; por tal anestesia las exitaciones externas llegan atenuadas, son suaves impresiones que imponen al centro receptor un estado tranquilo de moderada actividad, dificultando además el ascender de las impresiones exteriores hasta el cerebro en virtud de la rigidez nerviosa. El estado descrito permite al sistema viceral ponerse en primer término y causar el contento de la vida que cumple sus funciones sin choques ni rozamientos con los obstáculos exteriores. Esos primeros momentos de anestecia de los nervios no han tenido resonancia perturbadora de la actividad de los cordones centrífugos, pero si general sobre la sensación, la voluntad y las otras operaciones mentales.—Apuntaremos además, que si la vida vejetativa es normal y sin actividades excesivas, el efecto descrito se produce; si hay desórdenes o exesos en las funciones vicerales, el eter causa estados angustiosos que recuerdan algunos de los descritos por Bodelaire en los «Paraísos Artificiales». He ahí el intervenir de las circunstancias tróficas del organismo.

Por las indicaciones precedentes, para poder dar una idea de la emoción, en género, sin las modalidades o carácter singular revestidos por cada una, creo necesario transcribir estas importantes afirmaciones de Th. Ribot: «Además de todas las fobias particulares, existen, algunas observaciones a cerca de un estado vago, pero permanente, de anciedad o de terror, que se ha llamado panofobia o pantofobia (Beard); es un estado en el que se tiene miedo de todo y de nada; en que la anciedad, en lugar de estar adherida siempre a un mismo

objeto, flota como en un sueño y no se fija más que por un instante, a merced de las circunstancias pasando de un objeto a otro». (1)

El estado patológico nos demuestra con claridad suficiente el común fondo o lienzo, sobre el que cada emoción particular irá dibujando los caprichos de su presencia actual. Y nótese que hablo de los caprichos de su presencia actual, por cuanto, como se ha quejado con justicia evidente William James, las descripciones generales son por su naturaleza tan inexactas, como que en cada sujeto de observación habría que rectificarlas o completarlas: si el furor en un hombre arrebola el rostro, en otro lo hace palidecer. Y en cada tipo de observación, las expresiones diferentes del fenómeno son modos de manifestarse, por causa de los distintos estimulantes. Para el mismo paciente no es raro sentir la confusión entre varias posibles emociones: ¿ante tal suceso he sentido rabia, temor, compasión? ¿quién es capaz de discernirlo siempre?

El dolor y el placer—como creo haberlo dicho en otro lugar—son efectos de la clase de vibración sufrida por los nervios conductores del estímulo al centro cerebroespinal: vibraciones muy fuertes o inadecuadas, causan dolor; el nervio que cumple su función de modo suficiente produce en el ser impresiones placenteras. Las impresiones así coloreadas pueden ser origen de emoción, pero no rara vez cambiando el signo del estado corporal (si es que a la satisfacción se llama más y al malestar menos); la visión, que es placer de los ojos cuando no se refiere a un brillo excesivo o a un color demasiado fuerte, se cambia en terror o repugnancia ante la presencia de determinados seres.

Una de las características de las emociones frente a los otros estados afectivos, es la de ser elaboradas, mientras éstos tienen el valor de primitivos.

¿La alegría será idéntica al placer? no; puede acompañar al sacrificio, y en ocasiones, cabe considerarse,

(1) Ribot "La Psicología de los sentimientos".

aún dentro del puro aspecto orgánico, como producto del dolor: los sacrificios de los mazoquistas y de gran número de histéricos.

He aquí a la emoción. La impresión exterior que ha llegado al sisiema nervioso central, con su tono afectivo sensorial,—ya en virtud del estado anormal del organismo o por causa de los movimientos efectuados—puede ejercer influencia sobre el sistema nervioso paralelo al central, que hemos dicho, esto es sobre el *Gran Simpático:* cuya función es inervar y dirigir la vida vejetativa, produciendo los movimientos y suspensiones orgánicos; producto que apreciado y reconocido en el sistema central toma el nombre de emoción. En términos biológicos puede decirse que la emoción es una defensa conquistada por la especie para subsistir, e inscrita en el organismo.

Hay pues dos corrientes respecto del sistema nervioso visceral: la inducción producida por el aparato central que reconoció un estímulo y causó el aparecer de la actividad conservatriz y el resultado de la corriente provocada en el *Gran Simpático,* que reobra a su vez sobre el sensitivo para dar conciencia del tono y de la necesidad vital de los movimientos oportunos. Insisto: hubo movimientos orgánicos debidos a la vida vejetativa y causados por el primer influjo y esos movimienaos se transforman en la apreciasión emocional indicada

III

El ensayo explicativo de las notas características y el papel orgánico de la emotividad, como también del mutuo influjo de los estados emotivos y sensibles entre sí; tienen comprobantes notables en los resultados experimentales conseguidos por los fisiólogos y clínicos de la mayor nombradía en los últimos tiempos.

Sobre las capacidades específicas del *Gran Simpático* como regularizador de la vida interna vagetativa, descritas en los Manuales de más corta iniciación, no

precisa que insistamos; pero hace falta en verdad, dar cuenta a lo menos global a nuestros lectores de las calidades constitutivas de las células ganglionares y de la manera de actuar éstas en la vida sensible y consciente.

Parece encomendado al ganglionar la capacidad apreciable de ese íntimo compenetramiento de los órganos en el ser vivo, para constituír la unidad sensible del yo; siendo su segundo aspecto funcional, y correlativo con el anterior, el propender a la plenitud de subsistencia del sujeto, mediante las alarmas que acompañan a su despertar. Pero, ¿cómo se expresa de modo concreto el funcionamiento del organismo en una y otra circunstancia? Ya hemos visto que el carácter de la personalidad orgánica, es una intimidad de partes sentida de modo indeciso, a la manera de contactos vagos musculares y nerviosos que dan de sí el tono de la vida y de pertenencias que nos corresponden por estar inmediatamente bajo nuestro dominio. Mas, la defensa de la propia existencia, son alertas, perentorias llamadas del organismo a la sensibilidad que debe velar por él, presentándose con los aspectos psico–físicos de las denominadas emociones. De ellas se dirá por tanto, que nacen del cambio orgánico vejetativo; y esto ha podido demostrar hace pocos años Marañón (1919) provocándolas artificialmente en sus calidades orgánicas y psíquicas mediante sustancias hormónicas; son de valor equivalente los datos debidos a Scott, Canon y otros sobre el excesivo producirse de glucosa en los momentos de mayor emotividad (casos de miedo, ira o dolor). Y así se señala la justicia que asistió a Heckel al hablarnos en los siguientes términos de «las relaciones patogénicas . . . que existen entre los trastornos nerviosos emocionales y los trastornos tróficos y vejetativos»; «Si la emoción puede conducirnos a trastornos nutritivos y viscerales, estos trastornos, cualquiera que sea su origen engendran a su vez los estados emotivos».—Indicados los datos emocionales como desarrollo afectivo de los nervios *simpáticos* ¿cómo se producen las influencias

de carácter psíquico? Los datos de la fisiología nos los explicarán.

Balfour alcanzó a probar (1898) que las células cromáticas y las de los ganglios que estudiamos tienen origen común, y Kohn señaló para las dos procedencia medular. De ahí brotan varias consecuencias: 1º la proximidad de composición físico-química entre ambas categorías, capaz de causar las más cercanas influencias entre ellas; 2º la identidad específica de las células nerviosas centrales y ganglionares. Lo primero determina para el malestar orgánico por causas hormónicas (a lo menos de la clase de las indicadas) que el significado ha de buscarse en exitaciones ganglionares —como ya se ha probado—; en lo segundo se inscribe la probable proximidad de funcionamientos semejantes. La última cuestión plantea aquí el problema suscitado a raíz de los descubrimientos de Gaskell y Langle: ¿el sistema *simpático*, es sólo centrífugo sin ninguna capacidad sensitiva? Nuestro punto de vista está contenido en las anteriores indicaciones: su sensibilidad específica es la relativa a los procesos orgánicos internos; y su sensibilidad para las circunstancias externas, de ordinario, a través del sistema central. Los dos aparatos similares se auxilian mutuamente, como han podido convencerse Bechterew, Pawlow y otros, hablándonos de *las influencias evidentes de los centros superiores sobre la vida vejetativa;* siendo la influencia contraria también reconocida y anotada con proligidad por casi todos los psiquiatras, impresionados por los antecedentes orgánicos de las perturbaciones mentales. Hay aún nuevas pruebas sobre las proximidades de los funcionamientos: los grupos de neuronas intermedias nos las suministran. Me refiero a las agrupaciones nerviosas conocidas con el nombre de sistema autónomo, tales como aquellas células que naciendo en el bulbo —por ejemplo el nervio vago— y en la parte terminal de la médula, cumplen su papel orgánico vejetativo: «No hay oposición fisiológica —han dicho Eppinger, Hess etc.—entre el llamado sistema autónomo visceral,

y el *simpático*, sino que en el órgano coinciden terminaciones derivadas de uno y otro origen, que ejercen influencias distintas y muestran diferente sensibilidad a algunas sustancias tóxicas u hormónicas». — Respecto a las calidades sensibles de las estaciones ganglionares, podemos referirnos a las admirables enseñanzas de Dogiel y Laiguel-Lavastine, cuando los comprendían como centros de reflejos. En fin, indico las firmes creencias de a Pi y Suñer, que dan sólidas bases, por los conocimientos del fisiólogo español, a nuestras creencias: «caben exitaciones autóctonas de los centros —dice— por condiciones fisiológicas distintas de las exitaciones periféricas, por condiciones fisiológicas, químicas, tróficas, físico-químicas y de otra clase en que se encuentra la célula nerviosa, y caben de igual modo relaciones efectoras cuantitativamente desproporcionadas a la intensidad que puede ser levísima del estímulo periférico, dando lugar con ello a actos fisiológicos aparentemente espontáneos»; este aumento de calidad efectora y este aspecto de estados fisiológicos espontáneos, nosotros los atribuímos a circunstancias emotivas.

En fin, el papel activo hacia la ejecución de movimientos, no es tampoco extraño al *simpático:* a la vida de relación externa ofrece las calidades de su exitabilidad sobre los músculos, en el sentido de elevar el *tono* de los mismos; según lo ha interpretado Boer (1913) y con él muchos otros, luego de las confirmaciones por Bœke (1911) del descubrimiento de Perroncito (1902) de que a los músculos van fibras terminales del sistema nervioso indicado, al mismo tiempo que fibrillas procedentes del central. Pero el fluído *simpático* puede poner en tan alta tensión los músculos que inhiban el acto, causando el desorientado derivamiento de los temblores más o menos generalizados. He ahí como facilitando a veces el acto en otras ocasiones lo paraliza. Así Janet ha podido comprender que *la emoción parece presentarse en el momento en que se percibe una situación, antes de ejecutarse el acto y a veces hasta inhibiéndolo.*

Tendríamos la parálisis ocasionada por el miedo con acompañamiento de fuertes conmociones.

El anterior esquema de noticias representa el mínimum de datos, imposible de traspasar sin internarnos en materias demasiado técnicas para nuestro propósito; pero manifiéstase lo imprescindible de análisis un tanto detallado de las emociones, por cuanto son ellas las que conquistan hoy el más alto valor en la psicología de la conducta, por sus múltiples consecuencias esclarecidas por la psiquiatria. Es el caso de repetir con Janet: «La investigación de las leyes relativas a la variación del humor, a los grados de la afectividad, a las formas de la emoción, no debe dejarse a los novelistas, sino que debe figurar en el primer plano de las preocupaciones de los psicólogos».

IV

Sólo mediante los reconocimientos y apreciaciones apuntados en los párrafos anteriores, me parece posible llegar a la explicación de las modificaciones introducidas al apreciar común de los estados emotivos, de que tan orgulloso se muestra James: «La idea que nos hacemos naturalmente de estas emociones groseras —se expresa— es que la percepción mental de un hecho exita la afección mental llamada emoción, y que este último estado de espíritu da nacimiento a la expresión corporal. Mi teoría, por el contrario, *es que los cambios corporales siguen inmediatamente a la percepción del hecho exitante y que los sentimientos que tenemos en estos cambios, a medida que se producen, es la emoción* (subrrayado por el autor). Perdemos nuestra fortuna, nos afligimos y lloramos, tenemos miedo y huímos; un rival nos insulta, nos encolerizamos y golpeamos: he aquí lo que dice el sentido común. La hipótesis que vamos a defender sostiene que este orden es inexacto; que un estado mental no es inmediatamente traído por el otro, que las manifestaciones corporales deben desde

un principio interponerse entre ellos y que la acersión más racional es que estamos afligidos porque lloramos, irritados porque pegamos, asustados porque temblamos, y no porque lloremos, peguemos o temblemos estamos afligidos, irritados o asustados, según el caso». — Los argumentos traídos por el psicólogo en comprobación de su teoría, son muy importantes, y a ellos puede agregarse la observación del sujeto que simulando que mordía tuvo vivos deseos de hacerlo.

La regla, en su sentido general, es justa, aún cuando sea difícil encontrar clara explicación dentro del sistema y criterio seguidos por el autor en referencia; y hay más ¿los estados exteriores, los movimientos orgánicos visibles para el observador son los que separan los dos estados psicológicos? con más precisión: ¿debemos buscar en la fuga el motivo del terror, en el llanto la causa de la tristeza? Creo excesivo: el llanto es un derivativo del sufrimiento, en la descripción de Burke por ejemplo; la fuga es un consiguiente de la emoción terrorífica que puede desaparecer cuando se opone un obstáculo, sin que se pierda ni aún disminuya ésta.

En mi concepto, ha faltado por esta vez al notable psicólogo un análisis de suficiente profundidad y el claro deslindar de las emociones de los estados afectivos originarios. Hay dos estados orgánicos musculares y tres estados nerviosos en cada emoción; estas últimas, son las ya indicadas acciones y reacciones de los dos sistemas nerviosos; y tratándose de los estados orgánicos musculares: hay la actividad de la vida vejetativa —trastorno de las vísceras— y los movimientos de la vida de relación para huír o apartar el obstáculo y acercarse al objeto deseado. Pero, estos movimientos de la vida de relación son sólo posibles y frecuentes, pero no indispensables y necesarios; la actividad que no puede faltar es la de las vísceras.

Los movimientos de la vida vejetativa separan la primitiva impresión de las emociones consecutivas, pues la emoción es en realidad un cambio experimentado en el *Gran Simpático*, apreciado por el sistema central

para poner en acción descargas dispersas y más que proporcionales al estímulo, en cada caso. Los movimientos de la vida de relación no son, en consecuencia, sino subsiguientes, no separan "los dos estados intelectuales»; si nos irritamos es por la iniuria hecha, pero la injuria ha tenido tal poder en virtud de un trastorno viceral causado por la irradiación del hecho provocante. Así se explican también las raras emociones intelectualmente causadas para analizarlas.

Algunas afirmaciones de Heule son muy importantes en el sentido de esclarecer lo anterior— aún cuando van mezcladas con falsos principios que el lector ya se halla prevenido para reconocer— «¿No parece que las cosas ocurran como si las exitaciones de los miembros corporales encontrasen las ideas a medio camino, al fin de elevar éstas a la altura de emociones? Que ellas lo hagan realmente está probado por los casos en los cuales los nervios particulares, cuando son especialmente irritables, participan de la emoción determinando su cualidad. *Cuando se padece una herida abierta, todo espectáculo penoso u horrible causa un sufrimiento en la herida. Entre los que sufren de una enfermedad al corazón se desenvuelve una exitabilidad psíquica con frecuencia incomprensible para los mismos pacientes, pero por el que el corazón está expuesto a palpitar. Yo he dicho que la cualidad misma de la emoción está determinada por los órganos dispuestos a participar en ella.* Es también seguro que un presentimiento sombrío fundado sobre las observaciones de las constelaciones se acompañará de una sensación de opresión en el pecho, *una sensación de opresión análoga cuando es debida a una enfermedad análoga, de los órganos toráxicos se acompañará de presentimientos sin razón*».

Los estados producidos por ciertos narcóticos y la naturaleza de las pesadillas, son ilustrativos en el estudio que hacemos. Al finalizar el capítulo V de estos trabajos, referí el suceso de un sujeto anestesiado para la extracción de unas piezas dentarias que tuvo una visión de pesadilla, y las manifestaciones visibles de un

intenso terror. — Siempre el somnoformo causa en el paciente movimientos de suma violencia que el operador no podría contener sin un ayudante que le auxilie. — No creo que se trate de movimientos, en sentido neto, reflejos, sino que yo explico los acontecimientos en la siguiente forma: perdida la flexibibidad del nervio conductor por efecto del narcótico, la corriente nerviosa pasa difícil y lentamente; esa dificultad y lentitud de la corriente determinan la inducción de la misma sobre el aparato de los movimientos viscerales, las vísceras conmovidas, agitadas o paralizadas en la función, causan las transformaciones orgánicas que recogidas por el *Gran Simpático* van al aparato central, el cual sin control, se descarga en los movimientos violentos que hemos visto. — La parte de exitación escapada hacia el cerebro, dan motivo para que se traduzca en él en un ensueño que por el nimbo angustioso de la emoción paralela, toma los caracteres de una pesadilla. Lo sorprendente fue los visos o tonalidades agradables que no puedo explicarles sino por la anestecia de los nervios sensibles.

V

Deslindadas las emociones de los otros estados afectivos inferiores, debemos decir de ellas que no son el contenido íntegro de las pasiones, ya que la pasión representa la vida instintiva aureolada de cierto matiz emocional; verdad que el terreno en que nacen, la savia de que se nutren son iguales, que el confundirlas se insinúa poderosamente; pero la necesidad y la representación segura y clara en el un caso, desaparecen en el otro. La emoción acompaña al instinto, es el impulso que lo determina a obrar aún venciendo los obstáculos. —Las necesidades de la subsistencia del individuo y el grupo crearon los instintos, el matiz emocional los hizo poderosos en energías. Las dificultades opuestas por el exterior habrían hecho vacilar al individuo en el

cumplimiento de la habitual función, las emociones la imponen.

Los sentimientos, (con falsedad llamados emociones intelectuales) se diferencian de las ordinarias por una multitud de caracteres que se estudiarán con alguna detención en el capítulo dedicado a tratar del sentimiento; fijándonos, por hoy, a lo menos, en lo siguiete:

Lo capital de la emoción, que ha sido designado con tal carácter por la mayoría de los psicológos, es su naturaleza activa de repercusión orgánica: la emoción nace o se forma por la actividad corporal que se convierte en movimiento, he aquí el fondo de la doctrina de James; y de modo terminante en Hoffding: «El *sentimiento*, (léase emoción), —repito una vez aún— ocupa más los centros nerviosos que lo hace el conocimiento, y la tención así producida se descarga propagándose a un número mayor o menor de partes del resto del organismo. En tanto que la preponderancia de los elementos intelectuales se manifiesta en que la mayor energía posible se concentra en el encéfalo— y por eso el resto del organismo permanece todo lo tranquilo y pasivo que es posible —el estado determinado por el *sentimiento* tiene, por el contrario, una tendencia a comunicarse». Mientras del modo indicado pueden describirse las emociones, los sentimientos propiamente tales, como el estético, el contemplativo, tienen como realidad interna la quietud; es tranquilidad de alma satisfecha e inmovilidad de cuerpo olvidado. La actualidad de un alto sentimiento nunca es tendencia a la acción; es necesario que pase la ráfaga suprema, que la posesión total del bien se desvanezca en parte y se vele, se atenúe la claridad contemplativa; para volver a reconstruírla luego, recordar para reproducirla; el movimiento hace que se desvanezca, pierda plenitud la unión virtual del pensamiento con la idea, y por tanto el sentimiento se desnaturaliza con el predominio de la afectividad. Pero de todo sentimiento queda una aureola, trazo o estela; un recuerdo que el artista quiere perpetuarlo para sí y para comunicarse a los demás: es una

reconstrucción interna con elementos de afuera cambiados en potencia creadora.

El arte es la serenidad, pensaron los griegos, y el canón subsiste a pesar de todas las desviaciones de concepto. Talvez nunca hubo un pueblo tan artista de su religión como el bramánico, y de su plenitud conceptual del sentimiento surgió el nirvana: el sabio se penetra y esconde en sí mismo como la tortuga dentro de la concha, para contemplar dentro de él la claridad eterna.

De lo dicho, este resultado sintético: si la expresión externa de cada grado de emoción es equivalente al grado interior de la misma, de modo que emociones y acciones equivalen en grado; el sentimiento y la actividad decrecen en proporciones contrarias; al grado más bajo del sentimiento mayor impulso de obrar, al grado supremo del éxtasis, casi supresión del movimiento.

CAPITULO DECIMO

GRADOS Y ASPECTOS DE LA EMOTIVIDAD EN LAS DIFERENTES CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA INTERNA DEL HOMBRE

Pasiones, estados obsesionantes e impulsos

No debe imaginarse como imprescindible para la producción de las emociones, una impresión actual o la imagen de un recuerdo, ya que ese estado fisiológico es capaz de generarse en la pura vida vegetativa del animal, cuyos signos máximos ella los representa.—El conocimiento de los posibles resultados de los fenómenos emocionales en la conducta del hombre, deben determinar las instituciones y prácticas de la justicia penal; y han de esclarecer, en gran parte, las causas de los procedimientos colectivos. — Es la pasión el vigilante aspecto de la vida que defiende su permanencia y su continuidad. - Los modos de las neurosis pasionales pueden considerarse principalmente en las obsesiones y los impulsos. — Las obsesiones han sido tratadas y discutidas bajo múltiples aspectos: apenas diferenciándolas antes, de las psicopatías más graves, la clasificación nosológica las ha dado hoy una posición particular entre las neurosis; pero, en la actualidad, o se las ve como el resultado del predominio emocional o del imponerse de una idea: según las dos tesis en boga.— Las fobias son manifestaciones claramente emotivas que pueden presentarse, como en la panofobia y su particularidad de la llamada *espera ansiosa*, sin una imágen fija y constante, y aún, con absoluta ausencia de imágenes determinadas.

I

El sintético estudio de las emociones que en el capítulo anterior hemos ensayado, se preocupó de descubrir, de modo particular, lo que ellas tenían de sintomático en el conjunto de la vida interna en la cual aparecían, o sea, su carácter adjetivo de calidad de las impresiones; aún cuando ya, desde entonces, no se olvidó la propia naturaleza fisiológica emocional. Pero, esos aspectos de dependencia y manifestación posterior a las representaciones, no contienen todos los casos que deben comprenderse dentro de la designación de lo emotivo en la vida, pues, olvidan los trastornos originarios del sistema visceral que, causando las emociones, sugieren una representación equivalente, o mejor procuran traducirse así.

La emoción, timbre o matiz sentimental de las representaciones, ha sido lo único que han descubierto en ella la mayor parte de quienes la han analizado; eso sí, confundiéndola, con frecuencia, por su íntima compenetración con la trama psicológica en evidencia en todo cuadro emocional, con el completo proceso de la actividad desarrollada y de sus causas, o con las manifestaciones plenas pasionales. Y esto, no en los antiguos tiempos de indiferenciación o de análisis casi en totalidad metafísicos, autores entre los cuales se insiste, con vistas bastante parciales e inadecuadas, en verdad, sobre el distinguir conveniente entre emociones y pasiones; sino en los tiempos nuevos, entre los psico-fisiólogos para cuya explotación la biología y la fisiología han abierto las canteras ocultas de sus entrañas.

La sustantividad, la realidad en sí de las emociones, que no exijan de un modo necesario exitantes o estímulos exteriores a que agregarse, casi es desconocida: y sin embargo, es de fácil comprobar especialmente en los estados anormales de la vida interna. — Para muchos psicólogos, son puros grados de afectividad;

para algunos, son síntesis y enlace de sentimientos (dentro de nuestras explicaciones talvez debiéramos cambiar el término por el de afectos) de una cierta intensidad y cohesión: el enlace íntimo y compuestos múltiples permitiendo un curso determinado y especial en el tiempo, por una parte, y como resultado de esa misma conexión, la intensidad, distingue a las emociones de los sentimientos compuestos (1). En determinadas opiniones los movimientos orgánicos son secundarios, subsiguientes y sólo sintomáticos, lo constitutivo es el fundamento psicológico, «representación suscitada por un estímulo externo (exitación emotiva externa), o en un proceso psíquico procedente de condiciones asociativas o aperceptivas (exitación emotiva interna). Sigue después un *curso representativo* (lo subrraya el autor) acompañado de los sentimientos correspondientes, el cual, tanto por la cualidad de los sentimientos como por la rapidez del proceso, ofrece en las emociones diferencias especiales características. En fin, la emoción se cierra con un *sentimiento final* que queda, después del tránsito de aquel curso, en un estado de ánimo más sereno» (2). Para James, como sabemos, los cambios

---

(1) Wundt, en su "Compendio de Psicología", tratando de determinar lo que es la emoción, y después de haber señalado aquello que caracterizaba a los *sentimientos* en el tiempo, su transitoriedad, nos dice: "Cuando, por el contrario, una serie de sentimientos que se desenvuelven en el tiempo se reunen en un curso conexo, el cual, frente a los procesos antecedentes y siguientes, se especifica como un todo unido que tiene en general sobre el sujeto una acción más intensa que un sentimiento especial, *entonces llamamos a tal curso de sentimientos una emoción*" y poco después: "... la emoción, frente a cada uno de los sentimientos, es un proceso de grado más elevado, puesto que siempre incluye dentro de sí una sucesión de varios sentimientos (y pueda hallarse además) el aumento de afectos que siempre lleva consigo la suma de sentimientos".

(2) Después de describir Wundt la serie de transformaciones orgánicas que pueden presentarse en las manifestaciones emocionales, subrraya e insiste en la denominación de síntomas con que las califica. Las manifestaciones físicas orgánicas, son auxiliares, piensa, de la emoción, de idéntico modo que lo son del sentimiento:

orgánicos son primordiales, antecedentes y que mantienen y fijan el contenido; y todavía, proceden de afuera, de la periferia hacia el centro, como ondas de conmoción.

Ambas opiniones y los datos que las completan han procedido, según creemos, de un contemplar un tanto parcial del íntegro aparecer de los movimientos emotivos y de sus causas, y de la compenetración exesiva que se supone entre todos los elementos productores —En estricto sentido, las emociones son los cambios orgánicos intempestivos en la vida vejetativa del animal; son procesos fisiológicos antes que psíquicos, pero con resonancias notables en la vida intelectual.

Mas, los cambios orgánicos pueden proceder: o de una percepción antecedente, hallando sus causas y provocaciones en ella, como en el caso del animal dominado por el terror ante una sombra o el corcel que arrostra el peligro agitado su cuerpo por intensos temblores, y en la mayoría de los estados descritos por James, como también en las circunstancias nacidas de un recuerdo o una percepción; que son matizaciones impulsivas de las impresiones actuales o reviviscentes, que recuerdan el principio evolutivo: las emociones son conquistas de la especie para permitir la permanencia del individuo a pesar de las amenazas y hostilidades ocultas del medio y de la materia. O los fenómenos emotivos resultan de un inadecuado o excesivo funcionamiento o estorbos puestos a tales actividades, como sucede en las pesadillas; casos en los cuales podría aplicarse en su íntegro rigor talvez, la fórmula explicativa de Lange y otros psicólogos, como la emoción: «conciencia de las varia-

---

y, la mayor o menor intensidad del resultado, no cambian la naturaleza, y sólo permiten considerar que al lado del valor sintomático "poseen también la importante propiedad psicológica de *hacer más intensa la emoción*".—Las diferencias entre las emociones y los estados afectivos de placer y dolor, ya lo hemos indicado, como insinuamos también que no se debía confundirnos con el sentimiento.

ciones neuro-musculares», tesis muy cercana a la que hemos sostenido.

Si en el segundo caso las afirmaciones de Lange, James, etc., en una importante parte de ellas, casi son visibles y experimentalmente demostrables, sólo necesitan ciertas interpretaciones y rectificarse en algunos puntos, para reconocerlas aplicables a todas las emociones; así diríamos: las impresiones adquiridas sólo son apreciables con su tinte particular emotivo, por virtud de los cambios orgánicos internos sufridos por su influencia y la extensión de los mismos. Lo cual supone varias rectificaciones a la teoría: 1ª hace falta evitar la incorporación de innumerables movimientos, impulsos y estados internos, bajo la sola expresión indicada. Las síntesis psicológicas no han de ir a aglutinar mediante la operación mental de quien investiga, las porciones de cosas disimilares, mediante una materia amorfa; 2ª precisa destinguir los elementos constitutivos de la emoción y los secundarios y auxiliares; 3ª sólo a los cambios que marcan una ruptura de la normalidad, un desequilibrio en la armonía de la existencia, ha de llamárselos emociones.

Son muy conocidos por todos los trastornos procedentes de las pesadillas, y un análisis de los sueños terroríficos está al alcance de cualquiera.—No toda presentación, en sueños, de imágenes dolorosas o de daños posibles, son pesadillas, aún cuando vulgarmente por tales se las tome: unas surgen en la tranquilidad del reposo y en la lógica de la contemplación, como sucesos que nos pueden herir y, acaso, nos preocupa evitar el peligro, pero, sin atolondramiento ni ansiedad; otros, menores, en ocasiones, en la posibilidad del daño efectivo, van acompañados de opresión, de angustia, de un malestar desproporcionado, en lo absoluto, con el peligro que se teme: la soñada pérdida de un objeto insignificante nos despierta azarados y entristecidos; no siendo raros los casos de una pesadilla con representaciones indiferentes y hasta agradables en la vida ordinaria, pero que entonces nos tortura, sin saber cómo explicar

la angustia despertada. Con toda probabilidad, en la mayoría de los casos, la parte de representación presente en el suceso, es provocada por los trastornos funcionales en las vísceras; de igual manera pasa en las tristezas sin motivo del enfermo, en la neurastenia del débil o del insatisfecho en sus instintos genésicos (el hombre en los años inmediatamente subsiguientes a la pubertad y la mujer en determinadas épocas de su vida,) etc.; son emociones que proceden, de no sabe el enfermo qué causa, pero sin embargo, son. Mas, en el sujeto despierto de un modo más o menos consciente y en el sujeto dormido por obra de la subconciencia, el individuo trata de referirlas y explicarlas por percepciones o sucesos actuales o anteriores, o por motivos más o menos próximos y desconocidos; en el segundo caso estamos ante los falsos presentimientos de los histéricos u otros enfermos. Tratándose de un malestar la representación referida será de algún posible mal. La referencia a una causa, a veces ficticia tomada por real, para explicar un estado interno, es natural procedimiento psicológico.

En pro y en contra del aspecto fisiológico emocional, se ha discutido con pruebas tomadas del funcionamiento orgánico y de los ensayos terapéuticos tendientes a restablecer los equilibrios y tonalidades de los órganos enfermos; la materia de las secreciones glandulares, de porvenir tan brillante en la clínica moderna, parece ser, sobre todo, la que ha delimitado el campo de investigación. No es del caso que expongamos cuanto se ha pensado sobre el resultado para la emotividad de la epinefrina, los trastornos causados por el hipertiroidismo y ni aún conviene, en este momento, hablar de las influencias de las glándulas sexuales; sólo quiero señalar que aún los médicos y fisiólogos contradictores de James, convienen en la importancia capital de estos humores en los fenómenos de la emoción, por más que predomine en ellos la idea de tono o matiz. El célebre profesor W. B. Cannon, por ejemplo, contradictor notable, después de estudios muy

prolijos del carácter de los cambios viscerales en la emoción, ha tenido que confesar «que la movilización de los recursos y fuerzas del organismo animal en los momentos de miedo, cólera, etc., es función principalmente de la porción simpática del sistema nervioso vejetativo» y «además, que la reacción de este sistema se prolonga e intensifica por la influencia sensibilizante de la epinefrina, y ha demostrado experimentalmente que en dichos estados emocionales hay un verdadero y muy marcado aumento en el contenido de epinefrina en la sangre» (1). La falta de discriminación de los elementos en los complejos contenidos, causan esas largas e infundadas disputas. ¿No se conocen los resultados experimentales del empleo de la adrenalina en la prueba de Goetsch, con sus fenómenos de notable inquietud emocional cuando la reacción es positiva? ¿se ignora las graves exitaciones emotivas que acompañan al bocio exotálmico y a las perturbaciones sexuales? No, pero se piensa que el dominio emotivo es el dominio psíquico y que en virtud del paralelismo psico-físico sólo la elaboración, en la conciencia, de la impresión ha de considerarse como emoción.

Conforme a las indicaciones del anterior capítulo tenemos, que únicamente constituyen el estado emocional las modificaciones en la vida vejetativa, siendo todo lo demás agregado y subsiguiente; mas, los movimientos simpáticos apreciados por el sistema central originan las imágenes; y las imágenes, por su parte son causas de actividad: de ahí los movimientos expresivos intensivos cualitativos (mímicos) y representativos (pantomímicos), de la clasificación de Wundt. Cuando la tristeza procede de las lágrimas es por un recorrido que así se representa: las lágrimas ficticias son impresiones exteriores a la conciencia, que pueden despertar un recuerdo o imágenes de precisión mayor o menor, éstas, naturalmente desagradables, originan una emo-

(1) Tomado de la "Revista de Organoterapia" N° 3 (1926).

ción y surge la tristeza; de ahí que no siempre las lágrimas caucen pesar: al lado de las artistas imaginativas y de intensa vida emocional, se descubre con frecuencia en el teatro, las artistas frías que lloran pero que no sienten. Entre las sensaciones y emociones hay pues un círculo de estados que se auxilian y completan.

En fin, al explicar lo emotivo he dicho que son cambios orgánicos *intempestivos;* essi toda emoción lleva como signo el malestar, con dificultad se encuentra emociones satisfactorias en la vida normal. Es cierto que la base de la apreciación emotiva está en el sentido cenestésico, es verdad que la adecuada y plena función de los órganos de la vida vejetativa produce la alegría, que es satisfacción y goce; pero tenemos, que esa situación es de armonía vital, de cumplimiento de la función, de ritmo, mientras la emoción es ruptura, cambio brusco, es casi un estado patológico poco durable que, al durar, causaría la muerte: ¿no hemos oído decir siempre, una viva alegría puede matar? es que lo emocional de la alegría es pesar y sólo el apaciguamiento de ella y la posesión del objeto produce luego, el goce (1). Así únicamente persiste la emoción al lado del instinto, con el sentido de una conmoción orgánica que avisó al animal de sus necesidades.

II

Los antecedentes apuntados, nos van a permitir entrar en ciertos estudios capitalísimos para un gran número de aplicaciones sociales. La pasión como flo-

---

(1) Maurice de Fleury ha comprendido muy bien el aspecto emotivo descrito en el texto; pues afirma que: *aun cuando se dice en lenguaje hoy desusado, una dulce emoción la palabra emoción implica corrientemente el significado de inquietud, de alarma.*

recimiento del instinto por cuya savia ha de fructificar y triunfará la vida; las obsesiones que encierran en un círculo mágico e infranqueable la existencia del hombre atormentado; y el impulso con sus rudos preceptos, que borra toda responsabilidad, imponiendo el camino y oscureciendo el control. He ahí lo psico-físico en que coinciden, principalmente, las actividades humanas y las animales; y que genera el torrente invencible, el aluvión de los actos colectivos.

Las aplicaciones prácticas del reconocimiento de los procesos seguidos por cada uno de los estados psíquicos y psicopáticos nombrados, pueden tener varios aspectos, y entre ellos: 1º o son las exigencias actuales más urgentes en la educación pública, de modo especial para legisladores y jueces, encargados de aceptar y dar eficacia a los principios reconocidos, reformando y renovando, en vista de tales conocimientos, la justicia formalista y un tanto bárbara de hoy; para hacer de las declaraciones de responsabilidad e irresponsabilidad criminales, procedimientos cercanos a las absolutas exigencias del derecho penal. Nos hallamos en un momento de revisión de todos los preceptos legislativos y del modo de la conducta social y gubernativa, que tendrá en cuenta los dos factores biológicos, el individuo y la sociedad, en sus constituciones internas psicológicas, y el papel encomendado a cada uno respecto o en colaboración con el otro. Urge el desarraigar de nuestras conciencias americanas toda la falsa tradición bebida al otro lado del océano, aquella que rechaza los principios científicos en virtud, a nombre y por respeto a las costumbres practicadas; todas las experiencias un poco tardías de los europeos, que entablan reñida batalla con sus hábitos, nos señala las nuevas orientaciones, y nuestra culpa será si copiamos los conflictos extraños que no debían tocarnos. 2º Nuevas aplicaciones, no menos interesantes, son las dirigidas a determinar y clasificar los movimientos sociales, especialmente en las conmociones de grupos impelidos por las fuerzas que coinciden, pero ilógicas, de una pasión común; y esto,

hacia el cumplirse de dos aspiraciones: o encausar los procedimientos mediante el conocer de los móviles y la práctica de los eficaces resortes y frenos; o tratar de esclarecer el criterio sobre los autores responsables de un crimen en común, o la falta absoluta de meditación y lógico razonamiento en los productores del tumulto.

III

El primer problema de investigación para este capítulo ha de ser el relativo al carácter y origen de las pasiones; y de ellas hemos de decir, que son puramente los instintos de vida aureolados de emoción.

Unense, en consecuencia, dos conquistas orgánicas, activas ambas, que prepararán un esfuerzo e impondrán una dirección. Los instintos, hábitos de elegir en la especie, cuya misión, es conservar y difundir la vida; las emociones: llamamientos orgánicos, despertar al animal, y prevenirlo y armarlo para la defensa o para el impulso indispensable. Insisto sobre el carácter activo de los dos: uno y otro indican tendencia e inquietud de actuar, pero, mientras el instinto espera determinación, objeto o imagen, la emoción puede iniciar el movimiento, impulso siempre creciente a medida de los movimientos de origen emotivo, por cuanto generados en ellos, con ellos crecen. Las inclinaciones y deseos, en esa virtud, se cambian en pasiones tanto más violentas cuanto mayores elementos emocionales se hayan acumulado.

El instinto, subrrayo, es hábito de actuar y enriquecer la especie, como un grado de herencia superior que, en presencia del objeto adecuado comienza la ejecución; el instinto necesita oponerse a la resistencia de la materia inerte y a las dificultades externas de diversos órdenes; la inercia procura la quietud del organismo, la pereza corporal, los obstáculos de afuera resienten al sujeto y le hacen dudar, y el resultado de ambos sería la inmovilidad del individuo que los sufre y su

estacionamiento; pero viene la emoción, sacude el organismo e inflama el deseo.

El deseo es el recuerdo del placer, el miedo es el resurgimiento de la imagen del dolor sufrido, ambos, en la esfera sensitivo-motora como rigideces o flexividades nerviosas y como vibraciones adecuadas o exesivas. La emoción es un reflejo, aparte y fuera del círculo sensorial; hay un nuevo aparato que anota modificaciones nerviosas, como anota las orgánicas de toda clase; y esta anotación se hace con cambio en las funciones corporales, que a su vez caen bajo la anotación del sentido kinestésico.

Marcadas las coincidencias y con los antecedentes de la natural función interpretativa de la psicología humana, que hace encarnar o proceder todo movimiento emotivo de una representación, supuesta causa del mismo; no puede extrañarnos la absoluta confusión e identidad señalada por muchos psicólogos, entre emociones y pasiones; lo cual entraña esta suposición: la del estado emotivo compenetrado y hasta constituído por las manifestaciones representativas.

La distinción, para no pocos, consiste únicamente en la duración: las pasiones son más permanentes, equivalen al prolongarse del paroxismo emotivo. «Se dice generalmente que la pasión es un estado que dura: la emoción es la forma aguda; la pasión la *forma crónica* (subrraya Ribot). Violencia y duración, tales son los caracteres que se las asigna ordinariamente . . . En un momento dado ciertas circunstancias suscitan un choque, esta es la emoción . . . , que, en lugar de desaparecer la emoción permanezca fija, o que se repita incesantemente, siempre la misma, con lijeras modificaciones que exige el paso del estado agudo al estado crónico, y tendremos la pasión que es la emoción en permanencia. A pesar de eclipses aparentes, está siempre allí, dispuesta a aparecer absoluta, tiránica». Y, la existencia pasional es para Ribot, casi patológica, anormal, ya que: «Si buscamos cuál es la marca propia de la pasión y su característica en el conjunto de la vida

afectiva, es preciso, para responder a esta pregunta, distinguirle de la emoción, por una parte, *y de la locura*, por otra, *porque está situada entre las dos, a mitad del camino.* Es bastante difícil indicar con claridad y exatitud la diferencia entre la emoción y la pasión. ¿Es de origen natural esa diferencia? No, puesto que la emoción es la fuente de que emana esta pasión».

Se cree, en general, que toda pasión va formándola el individuo con sus experiencias de actos ejecutados y de emociones recibidas, cuando los llega a volver de alguna permanencia; me parece esto inaceptable, ya que un gran número de pasiones son anteriores a la experiencia individual, vienen formadas para él y a él se imponen. Y en cuanto a la emoción y pasión indistintas por el hecho de su origen, creo, que si bien la una en la otra se genera, como el todo nace de sus componentes, pero la fuente emotiva no la contiene íntegra, y cabe por lo tanto una lógica distinción. Tampoco acepto lo patológico de la pasión, pues así se justificaría la absurda guerra de algunos metafísicos contra ella, y porque, sobre todo, es contrario a la verdad biológica, que solo la representa como flujos y calmas de la vida, como mareas regularizadoras de las relaciones.

Si pensando en la identidad de emociones y pasiones se agrega con Wundt, y muchos otros, que los componentes de la emoción son simples sentimientos —traducidos por nosotros como afectos— unidos por un misteriozo lazo; tendremos, en último análisis, que la pasión es una sensación predominante, coloreada de placer o dolor.

El estado pasional es más complejo que eso. Exije ante todo la aparición de una necesidad que ha de cumplirse, el conocimiento de los medios por los cuales se ha de llevar a la práctica y la impulsión emotiva, cuyas crisis escalonadas con ciertos intervalos, dejan un resíduo permanente pero mermado en violencia. Hasta aquí la pasión como deseo e impulso. La pasión que se satisface, es placer, la pasión que se contraría es dolor; pero, dolor y placer, ambos son de naturaleza distinta

de la pasión y de las emociones, ya que aquellos sólo significan cumplimiento de una función, o cumplimiento inadecuado o insuficiente, o no cumplimiento, y, a lo sumo, estímulo como recuerdo; resultado del sistema central representativo y activo. La pasión es la necesidad pero no el resultado, es siempre inquietud, aspiración, ansia, eso sí, tanto mayor cuanto mayores placeres recuerda, pero no es la satisfacción: es anterior a ella como impulso, y es posterior a ella como subsiguiente exitación.

El instinto nos manda vivir, el desasosiego, la angustia de la función no cumplida nos dirige y prepara para cumplirla, y el recuerdo puede señalar entre los objetos el más apetecible. He ahí definida y precisada a la pasión del amor, entre otras, como aspiración sexual.

Ahí no termina el papel de la pasión, sino, como fuerza que es, halla en la mecánica de la actividad otras fuerzas opuestas, paralelas o que coinciden, de donde procede la existencia del hombre con sus actividades y sus paros.

Según un análisis ya antiguo en Psicología, al lado de la pasión–impulso hay en nosotros una especie de contra–pasión: imágenes, recuerdos y valores que interrumpen el libre desarrollo de la actividad próxima a expresarse en un acto, según el móvil pasional; es el valor de la idea, provocando el poder inhibitorio de la voluntad. La lucha contra la pasión, que es la gran lucha humana, se inicia así; más ¿qué eficacia tiene y qué grados de justicia y de razón supone?

Si bien un análisis algo detenido de las facultades o poderes comprendidos en la voluntad, con sus antecedentes y engendramientos fisiológicos o psíquicos, ha de intentarse en el capítulo destinado al estudio de aquella; aquí insinuaremos como el poder inhibitorio, dentro de la mecánica psíquica, para contrarrestar una tendencia, no precisa que tenga energía igual de oposición. ¿Por qué? porque todo esfuerzo de acción encuentra inmediatamente la resistencia de la materia a obrar,

mientras la energía inhibitoria se aprovecha de tal resistencia, pues ambas cooperan a impedir una acción que las contraría.

Así, la pasión es la vida que tiende a cumplirse, la función y el deseo que tiende a expresarse; supone armonía secreta, en brote espontáneo, de las fuentes más ricas e hirvientes de las existencias de los animales, que emplean sus actividades en la plenitud vigorosa del desarrollo íntegro. El instinto, es la especie que triunfa, el hombre que acepta una herencia, la vive, enriquece y devuelve a su decendencia; la emoción es fatiga del triunfo, resistencia y dolor que mantiene al sujeto despierto, frente a la inacción del reposo y al peligro de afuera; y es la representación y el recuerdo, elección y prestigio de imágenes para un resultado.

Y, mientras la síntesis vital descrita es en los animales impulso traducido inmediatamente en actividad, sin hallar otro obstaculo que las resistencias de afuera, actuales o reviviscentes y trabajadas en forma de una opuesta pasión; en el hombre se halla moderada, y a veces, desnaturalizada o destruída por ideas-impulsos. Mas, esas ideas-impulsos: o son juicios exactos sobre la naturaleza humana. la constitución física y mental del hombre, que imponen modificaciones al querer o direcciones al procedimiento; o nacen de los falsos principios de una lógica antigua e incoherente con las nuevas necesidades, mantenidos por el apego a la tradición, o también, de interpretaciones descaminadas de las reales necesidades humanas, fundadas en el prestigio de un sacrificio o en el respeto absoluto a la voluntad, que hacen del hombre juez de sus actos y dueño sin contradictor de su persona; de ahí las diferentes doctrinas morales y jurídicas.

De racionalidad impecable son las limitaciones al desarrollo pasional y la dirección de los actos de ella procedentes, que se fundan en el reconocimiento de los exesos de la ejecución y los trastornos que desnaturalizan la conducta. Es claro, las pasiones, grávidas ante

todo de energías de impulsión, nos dirigen a actos, pero los preferidos han de ser aquellos que se nos presenten prestigiados por su nota de placer; mas, nacen de ahí y de su constancia entre los individuos, las falsas pasiones, o sean, los motivos no procedentes de una extricta necesidad de función, sino de los artificiales deseos engendrados y provocados por el recuerdo querido. Surge en mi mente la imagen del viejo parisiense trovador del amor, que se lamentaba la vida sin potencia de amar, él que en tantas reñidas batallas de Venus había triunfado.

Y hay las pasiones contra la naturaleza, cuya total destrucción se impone. No se ha estudiado aún de modo amplio y justo, un delirante aspecto de la vida del hombre a triunfar u oponerse a las leyes impuestas por la constitución de cada grupo de seres; si bien, retazos de la patología anormal y conocimientos imprecisos o incompletos de los organismos bisexuados en los caracteres primarios del sexo, u opuestos entre estos caracteres y los secundarios, nos han dado visiones parciales sobre las causas de los desequilibrios y la manera de volverlos a la normalidad. La idea moral así, tiende a corregir y a rectificar; a impedir en la acción el fenómeno pasional de un comienzo de desorganización, cuyos estados más graves exigirán un verdadero intervenir facultativo.

De importancia humana innegable es la distinción entre pasiones nobles e innobles, más, soló cuando se comprende por tales designaciones, que unas pueden ir a más allá del natural límite y otras deben ser restringidas al mínimum conservador. Como las emociones, substractum, base fisiológica del estado pasional, con frecuencia exeden en sus movimientos e intensidad a los éstímulos recibidos, así los resultados de tal impulso pueden ir a mucho más allá de lo que las circunstancias exijan: la arrebatada pasión de la ira, que es una especie de defensa conquistada por el necesario egoísmo individual tendiente a su propia conservación; puede convertirse en vanidosa soberbia irritable por lo

mínimo y llegar en el rechazo a consecuencias inauditas por su desproporción. El mandanto moral que encierra dentro de ciertos límites el procedimiento para la satisfacción individual, es, en consecuencia, perfección del sujeto que reglamenta la vida y la vuelve superior al instantáneo impulso. Mientras un generoso esfuerzo de simpatía humana que traspasa la prudencia y el instinto—el de conservación, por ejemplo—aún siendo pasión de sacrificio desmesurado, lleva nota de mérito y de perfección espiritual.

Pero hay junto a las antedichas, prescripciones y prácticas que no reglamentan sólo y límitan la actividad, sino que tienden a destruír en la persona, desvirtuando su papel y función; sacrificio que, en virtud de la atractiva aunque falsa fantasía de ideas religiosas o seudo-filosóficas, subsisten como instituciones. La busca del sacrificio por el sacrificio, la maseración de la carne por el dolor, consecuencia inadecuada o excesiva del afán del hombre primitivo por su vigor personal, de donde procedieron los suplicios a que se sometían ciertas tribus salvajes para saber triunfar del sufrimiento, al igual de las luchas entre vecinos y parientes para fortalecer el brazo en el combate y prepararse para vencer.

La moral que persigue el aniquilamiento, en determinada clase de personas, de alguna o algunas funciones necesarias para el individuo o exigidas por la permanencia de la especie, es anti social y anti-humana; sin desconocer, eso sí, el heroísmo de los hombres que sacrifican sus necesidades inferiores, o el conjunto de sus aficiones y deseos, al cumplimiento de una misión más alta que se perjudicarían por ellos.

En fin, la reglamentación tiene otro objeto, el limitar las satisfacciones de cada uno en bien de la colectividad; así, los limitados medios disponibles son aprovechables para el mayor número (altruismo social), procurando eso sí no atacar las invencibles inclinaciones humanas y sus resultados deseables.

Los antecedentes nos dicen, como la pasión es el milagroso impulso interior del animal para subsistir, pero capaz de dañar al hombre si es excesivo, pues, junto a cuantos escollos hemos descrito, está la dibilidad orgánica que, según la complicación de la máquina y su finura gana en perfección y en múltiple trabajo, lo que pierde en resistencia; y nos dice también, como el cumplir del capricho de cada uno agotaría muy pronto las reservas con manifiesto perjuicio de los demás. De tales conocimientos, el papel del reglamento social y los principios que deben informar el régimen educativo; precisa el fomento de las pasiones y señalarlas un límite. Sin la pasión, brote del entusiasmo, sin el deseo, foco resplandeciente de energías; o la actividad se arrastra y estaciona, o falto de calor de alma el pensamiento humano es puro cálculo de probabilidades; por ser pasión de amor y miedo, la fe transporta las montañas. Buscad nuevas pasiones e id formando de ellas, por la depuración de la idea, los altos grados del sentimiento, y hallaréis el místico fuego que insensibilizando la carne, despierta y vuelve lúcido al espíritu. Hasta el daño causado se atenúa por la pasión, en su grado de responsabilidad, mientras es perversión intolerable, cuando lo engendra y justifica el frío razonamiento, del mismo modo que el bien posible ni eleva ni mejora, por la indiferencia del sujeto.

No obstante el descubierto predominio de los elementos impulsivos en las pasiones, aún puede verse en ellas un lijero equilibrio entre los aspectos representativos y activos; verdad que el equilibrio es inestable, y se rompe con mucha frecuencia, resultando a veces el triunfo de los elementos psicológicos de la comparación y elección entre imágenes presentes, y en otras circunstancias, el predominio del aspecto emotivo, que impone una conducta en vista de sólo una representación. En el primer caso: o se imponen las ideas–imágenes que han de reglamentar la conducta, con lo que se denomina la derrota de la pasión o el predominio es de la imagen sensorial, y triunfan los impulsos pasionales.— Pe-

ro junto a esos estados normales de la lucha aparecen, las propias condiciones patológicas de la vida individual: ya con la obstinada permanencia de una idea o representación, ya con el irresistible impulso de una tendencia. De los dos elementos primarios de la pasión, se ha exacervado uno, y surgen los llamados fobias, obsesiones e impulsos.

IV

Los estados emocionales patológicos, debidos a una perturbación más o menos profunda y duradera en las funciones vegetativas que rige el *Gran Simpático*, originan las obsesiones.—Sea o no activa la tendencia del sujeto atacado por una de las neurosis de la clase que estudiamos, el fondo principal, la trama primordial e e íntima es emotiva; y de esas emotividades anormales es necesario que tratemos, en la más breve síntesis posible, ya para esclarecer cuanto se refiere a los impulsos pasionales que en ellas dibujan sus más francas artistas, ya para conocerlas en sí, por cuanto representan no otra cosa que los grados más graves de una serie bien amplia de perturbaciones que, a veces constante u ocasionalmente atacan a los individuos considerados como seres normales, y en fin, para esclarecer, en lo posible, la normalidad o anormalidad de cada uno.

Fobia o terror es un estado de anormalidad psíquica en que el paciente sufre un miedo irresistible e ilógico, respecto de la marcha general de los sucesos o de un objeto u acto particular. — En el primer caso —de temor hacia todo o hacia nada determinadamente— toma un aspecto vago e indefinido, como propensión para temer; que, o se concreta en cualquier caso actual, según las circunstancias, o surge sin representación alguna, sin concreción de ningua clase; a estos estados, en general, se los ha designado con el nombre de panofobias, para distinguirlos de las fobias particulares que

se adhieren y subsisten sólo en presencia de cosas, dibujos o colores especiales. Unas y otras tienen de común los caracteres ya fijados: la naturaleza de miedos irresistibles e ilógicos.

Procurad convencer a un dominado por el terror, hacedle llegar a vuestras mismas conclusiones que derrumban toda prevención; y, sin embargo, permanecerá el miedo. A veces el rectificar de sus terrores procede del mismo enfermo, pero con igual nulidad en los resultados. El panofóbico os dirá: nada justifica esta angustia y duda que me atormentan, mi vida no tiene grandes peligros, ni puedo racionalmente esperar una catástrofe; pero todos los esfuerzos del raciocinio fallan, y mi inquietud atormentante permanece. El atormentado por una monofobia —la fobia al color rojo, supongamos— puede hablaros con exactitud en estos términos: comprendo lo ridículo e inadecuado de la exasperación que brota en mí, a la vista de cualquier tela, cartón, papel u otro objeto teñido de rojo, todos lo ven, me digo, y si no les gusta, lo toleran a lo menos sin grande esfuerzo, quiero ser como todos los demás, pero mi organismo se resiste y mi espíritu flaquea, y sólo queda de todo, mi temor.

La obsesión en sentido específico — que de manera genérica también las fobias son obsesiones — es así mismo un estado patológico y emocional, en el cual el individuo se siente poseído por una representación que fija su espíritu y perturba sus operaciones mentales. Supera a la pasión por la permanencia, y se distingue de la idea fija que preocupa al hombre sano, por el matiz doloroso de angustia que le acompaña, y por ser involuntaria, disociada, extraña al desarrollo natural del pensamiento en la respectiva persona.

El de obsesión es el término genérico, dentro del cual se comprende las fobias y las ideas fijas patológicas; ambas como se ve, suponen una representación extraña, fijada artificialmente, matizada de angustia y *obsesionante*, esto es, hacia la cual se vuelve de un modo fatal e invencible. Y, si bien en un sujeto sano preo-

cupado por un problema la vuelta hacia él es natural, y, no rara vez, involuntaria, pero no se presenta ni angustiosa ni fatal, ni, sobre todo, inconexa con el fluír de las actividades mentales: un sujeto que trabaja, ve constantemente roto el hilo de sus meditaciones, por ciertas cifras o cálculos mentales que nada tienen que ver con su labor.

Fuera de las obsesiones de pura contemplación de una imagen, hay las que se han convenido en llamar obsesiones impulsivas, esto es, aquellas que son causas de acción o de omisión: activas e inhibitorias. — La inhibición en unos casos y la falta de movimiento en otros, no supone en los obsesionados quietud orgánica, es, por el contrario, grande agitación, pero no procedente del centro sensitivo-motor, que organiza la actividad en vista de un resultado; sino puras descargas dispersas de energías acumuladas en los órganos de la vida vejetativa No está demás la insistencia sobre la necesidad de reconocer en las emociones, o mejor, en los cuadros de psicología emocional, dos actividades paralelas: la del *Gran Simpático*, que despierta de su letargo al animal, y la inducida, la cerebro-espinal que se dirige a un fin, consciente o inconscientemente.

V

La clasificación patológica y el contenido mental y emotivo de las obsesiones, consideradas en su sentido genérico, han dado mucho que discutir y que pensar a los autores.

Después de un largo tiempo de indefinición, en que se inscribían a una multitud de estados mentales y de fenómenos angustiosos, bajo nombres genéricos de aspectos psicopáticos próximos a la locura; se ha analizado y penetrando más, para hallar los componentes elementales y discernir lo predominante o director del complejo suceso interno; y han aparecido las dos opi-

niones opuestas. Una, que coloca en el primer término la representación, dando como secundario y dependiente todo lo emocional; la otra, habla de la emoción como de la raíz, del germen de las ideas obsesionantes, donde está la enfermedad, de la cual la idea es sólo un punto de referencia. En cada caso de obsesión las dudas se renuevan, y es difícil decidirse entre los dos sistemas.

Una mujer de más de cincuenta años de edad, de mentalidad muy perturbada y de debilidad extrema, debidas a una escasísima alimentación, siente fobia a los clérigos; eso sí, particularizando en un determinado grupo. Su pasión dominante es una idea mística de devoción, es una santa, según las clasificaciones clericales, pero que se siente perturbada de un modo hondo por una idea fija, acaso de contraste, acaso de defensa contra el confesor; la verdad es que se le ha clavado en el cerebro que los coronas (sinónimo, para ella, de clérigos) la persiguen. A veces, en medio de una visita en que se trata de cualquier asunto insignificante pero normal en las conversaciones de mujeres, se la ve enrojecer repentinamente y con signos de profunda angustia hacer ademanes, como de quien espanta moscas o se arranca algo de los hombros; preguntada por el motivo, responde que los *coronas* se han colocado sobre sus hombros y la asfixian. En ocasiones interroga a sus interlocutoras: ¿ven, ya vienen las coronas? no se cansan de martirizarme, se aproximan, llegan. — Los síntomas orgánico–físicos proceden con frecuencia, de las extremidades, de ordinario de los pies; dice sentir una especie de pinchazos en ellos, que le suben por todo el cuerpo, apareciendo luego una especie de asfixia, en la garganta. — Un sinnúmero de pequeños accidentes desagradables que le suceden, atribuye a los coronas. Su confesor cree en una persecución demóniaca, debida a la santidad de la paciente.

¿Podremos decir que la angustia y asfixia sentidas hicieron aparecer una representación, en cada caso, y que se habrá fijado de modo natural en los seres que más

próximos estaban a ella para atribuírlos sus sufrimientos? ¿o será, por el contrario, la idea constantemente mantenida en la contemplación de esa clase de personas la que se le convirtió en angustiosa al cabo, y en fatal, por el hábito de pensar lo mismo, originando su delirio de la persecución de los coronas? Una y otra interpretación son sujestivas desde el principio.

Con las investigaciones y resultados a que llegaron Morel y Westphal, nos hallamos ante la iniciación de las dos tendencias rivales para explicar los sucesos patológicos del actual estudio O son, para el primero, *delirios emotivos;* opinión de donde se ve surgir de modo inmediato y como antecedente, el trastorno en el tono de la vida vejetativa, laboratorio de todo contenido emocional: según reconoce el autor, al decir que el punto de partida de las obsesiones no es el sistema cerebro–espinal sino el ganglionar–visceral. O se trata, para Westphal, de *ideas obsesionantes;* determinándose así el contenido como psicológico, esto es, el triunfo de la ideación perturbadora. Una y otra hipótesis se han venido sosteniendo con empeño y con pruebas de inequívoco valor.

El reconocido imperio del aspecto mental en las obsesiones, condujo a la división de éstas en intelectuales e impulsivas, según acompañen o no a las representaciones actos de ejecución. Mickle se afilia a la tendencia en estos términos: «la idea imperativa es el gran factor; las perturvaciones emotivas pueden ser consideradas como secundarias y *debidas al conflicto entre la idea y la voluntad*» «se concierta, afirma, con el lugar nosológico que atribuímos a las obsesiones, el que el pensamiento imperativo sea superior y anterior al estado emotivo»

Mas, permaneciendo un gran número de autores afiliados en lo principal a la tendencia indicada —en el concepto de anterioridad y en el supuesto de provocación de los fenómenos por parte de las ideas— se va reconociendo por ellos, cada vez más, la efectiva importancia del aspecto emocional; así Krafft–Ebing se ex-

presa: «La reacción de la representación obsesionante sobre la vida emotiva del enfermo es de singular importancia. La obsesión provoca una congoja reactiva violenta, que puede llegar a explosiones de desesperación y a crisis nerviosas»; y hallamos en Magnan: «Es necesario no olvidar que estas no son, en resumen, más que la exageración de los fenómenos normales de la emoción, acompañada siempre de manifestaciones vasomotrices: enrojecimiento y palidez de la cara, palpitaciones, etc. Estos fenómenos que no son, en estado normal, más que un estado reaccional en frente de situaciones mentales bien determinadas, no son tampoco en el curso de los síntomas morbosos más que estados de reacción cuya intensidad se debe, precisamente, al exeso de emotividad, *a la emotividad patológica de los sujetos*. Por lo tanto, si interviene el *simpático* es de un modo secundario. Obedece, en vez de mandar, a la situación mental. Muchas circunstancias demuestran, por otra parte, que el sindrome es ante todo un estado cerebral. La onomatomanía, la locura de la duda, la manía de tocar, la ecolalia, son sin duda alguna, perturvaciones del funcionamiento de la periferia. En fin, recordemos que los fenómenos emocionales tienen una intensidad muy variable que, con frecuencia tienen poca importancie y que en algunos casos desaparecen, de jando seguir su curso al sindrome, para no reaparecer hasta el momento del paroxismo».

Las afirmaciones de Magnan resumen toda la tendencia; mas, el que no represente lo emocional de los estados patológicos otro papel que el de una exacervación de lo que ocurre en las circunstancias normales, no justifica el pensar que sean dependientes o puras reacciones del estado representativo; pues, al hablar de las emociones hemos demostrado como, en ocasiones, existen por sí, antes de toda representación o percepción, ocasionando los recuerdos en el sentido de una referencia a algo material o extrasubjetivo que explique la conmoción; de modo que la consecuencia deducida por el autor parece inadecuada. Y, el reconocimiento de

que la intensidad con la cual se presentan debía atribuírse al exeso de emotividad «a la *emotividad patológica* de los sujetos» ¿no señala ya como lo predominante, lo constitutivo de la enfermedad el estado orgánico antes que el mental? ¿manda u obedece lo emotivo, si lo intenso, lo vibrante de una idea obsesiva, por lo cual esta se diferencia de la atención permanente de un hombre sano respecto de cualquier problema que le interesa, consiste en lo absoluto en esa calidad? En fin, la atenuación o desaparecimiento de lo emotivo en el sindrome para solo presentarse en los momentos de paroxismo ¿no quiere decir que lo emocional en él, como en toda vida florecida de pasión, es únicamente momentáneo, transitorio, dejando luego una estela en que no se la puede reconocer con su violencia constitutiva? Por naturaleza la emoción es pasajera, pero deja resonancias orgánicas, ecos de diferente sonoridad en el organismo conmovido por ella.

En frente están los continuadores de Morel, quienes repiten con insistencia: «las ideas fiijas tienen su origen en la emotividad morbosa» (Féré) o «la obsesión se basa siempre en un fondo de emotividad patológica» (Séglas); llegando a demostrar, como lo han hecho Wille y otros, como la ansiedad no solo puede anteceder a las representaciones en la obsesión, sino hasta permanecer con ausencia total de toda idea, o, no obstante cualquier cambio ideativo. — Este criterio ha sido sostenido vivamente por Ms. Pitres y Regis en su importante obra de «Las obsesiones y los impulsos», he aquí las palabras de estos autores: «La mayor prueba que se puede dar de la prioridad y preponderancia de la emoción en la obsesión, es que aquella, es un elemento constante e indispensable. Considerad una impulsión cualquiera, impulsiva o ideativa, la obsesión—duda o la obsesión homicida, por ejemplo. Suprimid con el pensamiento la angustia, la ansiedad que en ellas se darán y no tendréis la obsesión. Por el contrario, considerad una obsesión cualquiera y quitad la idea fija y la tendencia impulsiva, y no dejad más que la ansiedad, la angustia y:

entonces os hallaréis con la obsesión en su esencia. Tales son estos estados de ansiedad difusa, que se precisan o no, pero siempre de un modo momentáneo, y, como dice Ribot, al azar. Puede existir obsesión, entendida en el lato sentido de la palabra, sin idea fija y sin impulsión; no puede haberla sin emoción; y en todo estatado de obsesión se hallan más o menos determinados los fenómenos constitutivos de la emotivdad patológica, y en particular los fenómenos vaso-motores». «Otro hecho viene a demostrar lo mismo. Existen numerosas obsesiones en las cuales el objeto de la obsesión es múltiple, o, si es único, se modifica. Los unos, por ejemplo, comienzan por la fobia a la rabia; más tarde tienen la fobia a la suciedad, a las monedas, etc. etc. Otras tienen, a la vez, muchas obsesiones. Lo que varía en todos estos, ya sucesiva, ya simultaneamente, es el fenómeno intelectual el del *sentimiento* o el de la idea. Lo que no varía, lo que permanece inmutable y constante es el fenómeno emotivo, es la ansiedad». «Conviene observar también, con M. Séglas, que en numerosos casos las obsesiones comienzan por una fase de angustia pura, y terminan, como dice Dallemagne, por una fase de angustia análoga, después de la desaparición de la idea fija. Observemos en fin, que si la emoción no fuese más que una reacción de la idea fija, su intensidad debería hallarse necesariamente, en razón directa de la intensidad de esta última, y lo cierto es lo contrario, porque se puede decir en tesis general, que los síntomas emocionales se atenúan en la obsesión a medida que esta tiende a intelectualizarse».

Las afirmaciones de tan prolijos investigadores, como los recientemente citados, conducen a fortalecer las opiniones por nosotros vertidas sobre la naturaleza de la emoción; y de modo particular, la posibilidad de un estado emotivo antecedente, primordial, que, reaccionando sobre las vías sensitivo-motoras pueda hacer surgir la imagen y sea capaz de producir movimientos externos, de relación. — La precedencia de los estados emotivos respecto de las manifestaciones inteligentes

en general, en la historia de tales adquisiciones, ha sido sostenido con fuertes razones por Th. Ribot.

Mi concepto. Aceptando el criterio de quienes ven en la emotividad patológica el fundamento y motivo de las obsesiones, no dudo en reconocer en cada procedimiento o acceso correspondiente, y para cada clase de enfermos, que pueden descubrirse ya antecedentes ideativos, ya puros desarreglos emocionales para sus estados obsesionantes; del mismo modo que en las circunstancias emotivas de la vida normal, a veces preceden las representaciones e imponen un estado aflictivo traducido en movimientos de terror y en signos externos de angustia, como en una noticia pesarosa; y en otras ocasiones, la inquietud es orgánica y el resultado representativo subsiguiente. Mas, es notorio, como en uno y otro caso, para que la simple emoción pueda convertirse en estado obsesionante, precisa una enfermedad orgánica: predisponente, para una de las dos tendencias descritas, determinante, para los defensores de la otra; para mí también determinante, por cuanto, sin ella, no se pasaría de la pura idea fija atractiva, de los hombres inquietos por una resolución.

VI

Entre las más fuertes descargas emotivas podemos inscribir a aquellas que se presentan en las neurosis fóbicas, en forma de trastornos violentos, de sacudidas que recuerdan (atenuadas) las histéricas, de ciertos panofóbicos en los instantes de crisis.

Los paroxismos de los enfermos atacados de panofobia son, en algunos casos, de una intensidad que alarma, y sin embargo, muchas veces os será imposible descubrir la representación a la cual haya de atribuírse o la impresión actual que la provoque; y podéis hallaros también, en no rara ocasión, en presencia de una parálisis de todo acto dirigida hacia un fin.

He aquí unas frases bien notable del estado paroxístico de un panofóbico: «Estos fenómenos que existen siempre en estado débil, se convierten, a veces, en paroxismos, que comienzan bruscamente por una especie de aurora sensible cuyo punto de partida es indistintamente el corazón o las extremidades. En este último caso la enferma se encuentra molesta, siente comezones en los miembros, hormigueo en la piel del cuerpo, picaduras o quemaduras en la parte posterior de la cabeza». «Cualquiera que sea el punto de partida de la crisis, su camino es siempre el mismo: llegada al cerebro; el aura hace una especie de explosión, dando rienda suelta a una multitud de ideas fijas, de escrúpulos, de fobias y de impresiones» (1).

Aún el mínimun de precisión representativa, que acaso pueda descubrirse en las panofobias de la clase de la descrita, desaparece en otras circunstancias para no dejar sino la angustia de algo inesperado que se espera. Es la *espera ansiosa* de Freud con su poder de adherirse sucesiva y momentáneamente a cuanto pasa, en el torrente de la existencia humana, interpretando en mal y en daño aún las cosas de menor trascendencia, especie de misantropía o de pesimismo pero delirante y doliente; más, en muchas circunstancias, como dije, no se funda en nada actual, es creencia en un suceso imposible de prever y que trastorna nuestra vida, llegando en ocasiones a lo inexplicable, a lo indeterminado que ni la más vaga idea lo fija. Freud describe el mal: «La espera anciosa es el síntoma esencial de la neurosis angustiosa y el que esclarece esta teoria. Podría decir que *existe en este estado cierta cantidad de angustia, flotando libremente, siempre dispuesta a manifestarse*, presentándose en distintas formas según las diversas circunstancias de que dependan»:

---

(1) Pitres y Regis "Las obseciones y los impulsos", descripción de un caso de panofobia precedida de ataques ansiosos.

Al lado de las fobias predisponentes para cualquiera traducción angustiosa de los acontecimientos, de esa angustia disponible para encarnarla en cualquiera imagen; tenemos las fobias parciales. El sujeto es víctima de un terror y alarma incomprensibles, ante cosas o acontecimientos insignificantes para los demás, o que si los disgusta, es de un modo lijero, como débil repugnancia.— Las fobias parciales pueden revestir grados muy diversos de trastorno y expresión, comenzando por una simple hiperestecia que vuelven insufribles ciertos olores, sabores o ruídos, como en el conocido caso del poeta italiano Faboriti que no sufría el olor de las rosas; hasta las situaciones más graves, que simulan monomanías; para conducirnos a observar e interpretar las graduales transformaciones de un estado normal a un estado patológico. La repugnancia a una rata, común a muchas personas, produce los mayores aturdimientos en algunos y, en ocasiones, pérdidas del conocimiento.

La señorita A . . . , hija de padre nervioso y madre normal, es una muchacha de exitabilidad atormentante y ha tenido una existencia en que pueden estudiarse fenómenos muy raros de anormalidad hipersensible, unidas a casos de clarividencia. De muy niña, no podía soportar el olor de cera ni de incienso, y al sentirlos, caía al suelo sin conocimiento; produciéndose, en ocasiones, fuertes emorragias nasales. Hoy es una atormentada por las ratas; imposible vencer su repugnancia y sus extremos de terror ante esos vichos; ni aún por el temor al ridículo ni por ninguna consideración social; en sus visitas de compromiso y aún en el templo, huye de esos pequeños animales lanzando gritos de terror.

Los paroxismos en la panofobia, que son los reales estados fóbicos de tal enfermedad, y los demás estados de fobias provocados por los objetos temidos, tienen de característico, como la emoción, el ser momentáneos pero infinitamente renovables; mas, la inquietud deja un resíduo, un malestar de permanencia diferente hasta los casos crónicos, y la fobia, una y otra vez repetida, tien-

de a presentarse con mayor frecuencia: ante todo objeto que le recuerde el temido y aún por espontáneo aparecer del mismo; por eso lo representativo en las fobias particulares camina hacia la idea fija, que no es sino un constante llamamiento de la atención respecto a determinada imagen; de aquí directamente, e indirectamente en el caso de lucha contra el terror, puede proceder la idea fija de la obsesión. No es raro hallar en el enfermo este proceso: primer trastorno, el indeciso, vago e íntimamente conmovedor de la espera ansiosa; segundo, como evolución de la enfermedad, como orientación y determinación de la misma, según opina Ribot, aparece el fijarse de un solo objeto temido, constante siempre, o transformable a intervalos mayores o menores; el tercer momento de la transformación, es la idea imposible de arrancarse del cerebro, incrustada ahí como hipertrofia de la atención. El enfermo para luchar contra su terror que lo cree irracional, frecuentemente, busca razonamientos, contrapruebas, de donde nace con frecuencia un nuevo mal, el de la idea contradictoria destacándose e imponiéndose a todas las otras, de ahí las ideas parásitas tan características de las obsesionados.

CAPITULO UNDECIMO

GRADOS Y ASPECTOS DE LA EMOTIVIDAD EN LAS DIFERENTES CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA INTERNA DEL HOMBRE

Pasiones, estados obsesionantes e impulsos

(CONTINUACION)

Las fobias y las obsesiones contienen aspectos representativos equivalentes, cuyo estudio significa un trabajo prolijo de análisis, para el conocimiento de su grado, la gravedad del trastorno que supone y sus probables orígenes y duración. — Aspecto psicológico de las obsesiones. De su carácter patológico acaso podamos afirmar, que aun cuando con frecuencia se engendran en las neurosis angustiosas, por vía de evolución, representando las monofobias adquiridas —ya en forma directa o en virtud de derivaciones naturales— éstas y aquella enfermedad pueden tener significado diverso en una clasicación clínica de las mismas. — Los grados de conciencia y los transtornos del conocimiento, en los estados obsesionantes en general, y, en los momentos de paroxismo particularmente.

Hemos visto a la emoción convertirse en angustia y fobia; brotar de las entrañas doloridas del enfermo, ascender por sus músculos y nervios, y explosionar en el cerebro en una multitud de representaciones más o menos obsesionantes.

Pero, si es ese el ataque violento y vivo, es más honda la enfermedad y durable: parece un inadecuado funcionamiento visceral continuo, que deja una constante y vaga ansiedad. Y, la permanencia emotiva del sujeto, su grado de inquietud y alarma predisponentes, pueden representarse a la manera de una solución salina, en la que se cristalizan, de tiempo en tiempo, las materias sólidas en su respectiva formación o sistema. Isomería de las geométricas construcciones de los estados pasionales, o, con un término usado por ciertos químimos, arquitectura del cristal; el cristal es la emoción (síntesis molecular), y la solución más concentrada la hiperestesia enfermiza del individuo.

Mas, reconocidas y descritas las calidades emotivas de las neurosis fóbicas y señalada su preponderancia en el sindrome; no hemos hecho, por otra parte, sino insinuar lo relativo a las representaciones en que se traducen *por obra nuestra* (1). Por tal motivo, hoy es necesario insistir sobre los caracteres entrevistos, diciendo además las curvas respectivas de ascenso en la enfermedad, con referencia a las emociones y a los aspectos representativos.

---

(1) Griesinger ("Enfermedades mentales") habláudonos de esa especie de psicosis que se ha venido a llamar la tristeza activa, y de las ideas delirantes que la acompañan, nos ha dicho cosas de justa aplicación y resultado. para los casos que estudiamos. "El enfermo se siente víctima de la tristeza —expone—: pues está habituado a no estar triste sino bajo la influencia de causas desagradables; además, la ley de causalidad exige que esta tristeza tenga un motivo o causa, y antes que él se interrogue sobre este particular, obtiene ya la respuesta: ésta se halla constituída por toda clase de pensamientos lúgubres, sombríos presentimientos y apreciaciones que oculta y profundiza, hasta que alguna de estas ideas se haya hecho suficientemente fuerte y persistente para fijarse por lo menos durante algún tiempo. También este delirio tiene el carácter de tentativas que hace el enfermo por explicar su estado". Muy claro está el aspecto interpretativo de la idea, en el autor, con las mismas notas descubiertas e insistidas por nosotros, al tratar del estricto y completo fenómeno psicológico nombrado, la emoción.

I

En las fobias primitivas generalizadas, que significan talvez el más bajo grado de la escala —en cuanto dice permanencia de la enfermedad y las correspondientes facilidades de curación, mas no en su grado violento de expresarse como emoción repetida— sabemos ya como la imagen representa muy mermado papel: desapareciendo en ocasiones, y en otras, siendo como apuntes momentáneos, vistas instantáneas y mudables. — Era un velo caído sobre mi espíritu, sobre mi función de conocer y pensar —se expresaba un neurópata — las formas a través de él, las cosas vistas, daban la impresión de hallarse envueltas en una sutil niebla. Recordaba haber contemplado en cierta ocasión un bosque desconocido y de difícil acceso, cuyos contornos se atenuaban, cuyos macisos huían oscureciéndose, fantásticos y sombríos, tras la cortina de una lluvia incesante y densa. En su conciencia se dibujaron las existencias de idéntico modo durante los quince días que describe: no había perdido la reflexión, pero se atenuaba, no desapareció el conocimiento, mas, se oscurecía, y era el matiz de toda vida. como ese gris lluvioso de la tarde, manótono, frío, en la selva aterida. A veces subía del fondo de aquella tristeza una aspiración, un deseo de muerte, y el suicidio llenaba el espíritu del doliente enfermo. Lo actual, en otras víctimas, lo visible, es como arañazo en la pupila; el cuchicheo es sordo rumor que se propaga y zumba en las sonoridades multiformes del cerebro: "no puedo hablar, decía el presbítero M. V., porque la voz me *retumba*"; o es el silbido del viento y el timbre agudo de una voz un berbiquí intolerable que lo trepana el cráneo. Y el terror aumenta, y la angustia sube, y es amarga espuma de este mar bravío, la imagen que renace y vibra como un sortilegio.

El campo de la imaginación se concentra, en general, en la representación más próxima a cada choque

emotivo, cambiando de ordinario su naturaleza. Una filigrana adorna el objeto normalmente preferido por el enfermo; un atormentado de refinamiento conquista mediante raras combinaciones de luz la quietud de sus sentidos, o sutiliza en un olor todo su ingenio para anegarse en él y en él hundirse; pero, la plenitud de sus construcciones sabias, de sus delirios sensuales se vienen a tierra ante el ciclón moral que barriendo todo lo precipita en el abismo de la angustia. Y entonces, el perfume querido, la luz difícilmente buscada, la filigrana atractiva, la laca maravillosa del coleccionista; son los que más le exasperan e irritan, encarnando la fobia. En ocasiones, la figura cambia de forma o se vuelve activa, animada por un extraño espíritu, que danza la locura del cerebro herido.

Mas, descargándose la emoción una y otra vez con sentido semejante, la representación tiende a ser equivalente: no se soportan ciertas presencias, y, como en los delirios místicos, son ellas sin embargo las que renacen sin cesar; mientras más aleja el enfermo las violetas que le desesperan, reviviendo su aroma como objeto presente, impone la asfixia; buscará por todas partes el objeto de que fluye esa fragancia atormentadora, huirá de todos los lugares que la recuerden, pero vanos esfuerzos, porque su cerebro es la poma que encierra tal esencia. — No en rara ocasión las representaciones toman formas casi delirantes: la carne exigente exasperada por la abstinencia dibuja imágenes de placer coloreadas del más vivo sensualismo, el hombre santo, el varón austero, combate la tentación; pero a medida que lucha el pensamiento contra aquellas, la llama se abrillanta y crece la hoguera; y, la exigencia tiene tal poder, tal furia ante el obstáculo, que la bestialidad atractiva irrumpe por todas partes como lascivas tigresas o fuertes hembras de leones.—La repetición de la imagen y la atención recaída sobre ella para desecharla, la fortalecen; de ahí la permanencia por intervalos mayores o menores, de una misma imagen fóbica que va convir-

tiéndose en monofobia, avanzando en el camino de las obsesiones.

Las indicadas imágenes que traducen estados internos: o se disuelven más o menos tarde, para ceder su puesto a una nueva imagen, o, en los estados más graves, tienden a convertirse en hábitos de pensar, a incrustarse en el cerebro: ya como constante volver hacia ella en cada ataque, con intervalos de eclipse total —verdaderas fobias—; ya tendiendo a permanecer con fijeza absoluta, con llamamientos irresistibles a la atención de cada instante: encontrándonos, entonces, en presencia de las obsesiones, que por tal motivo puede comprenderse que tienen ese florecimiento idéntico de ideas o imágenes.

Las fobias sistemáticas accidentales, en raro caso de origen hereditario, han sido descritas por algunos autores, como significando el concretarse de una angustia vital indeterminada, en algo que la concentra, fija y marca; resultado obtenido mediante un choque moral (1). Desde largo tiempo roía las entrañas del enfermo un malestar convertido en tristeza sin causa ni objeto, un día, la repentina muerte de su amante dándole la clave para suponer un presentimiento determinó la neurosis; desde entonces está constansemente obsesionado por la muerte suya propia o de las personas a quienes ama de modo especial. Es este un camino distinto recorrido, del gradual descrito antes, mas, con resultados del mismo orden; siguiendo la comparación iniciada con el capítulo, diríamos: es una rápida evaporación de la solución supuesta o un enfriamiento brusco de la materia fundida, por cuya acción pierde a veces la enfermedad algunos de sus caracteres secundarios.

Según observaciones clínicas notables, de Morel y

Entre otros, puede consultarse a Ribot: "Psicología de los sentimientos".

otros, de los treinta a los cincuenta años se presentan en los individuos desgastados por la vida —a causa de una enfermedad o por exesos de actividades o de trabajos mentales—y como resultado inmediato de alguna brusca sacudida espiritual. Estas fobias se caracterizan, frente a las denominadas constitucionales; 1º, por su mayor permanencia, 2º, por el tiempo de su aparición, que si en las unas es de la madurez, cuando el trabajo continuo de la existencia ha terminado su obra, las otras aparecen muy temprano, en la infancia o en la pubertad; 3º, en fin, la nota más saliente de las fobias accidentales, es la rareza de la determinación hereditaria, mientras las constitucionales están íntimamente unidas a la herencia; con frecuencia similar a un temperamento neuropático, histérico, o histero–neurasténico, y pueden en el seno de la familia o de la intimidad, presentarse en forma de *fobia de dos y familiar*". — Así, las fobias accidentales son, uno de los privilegios del continuo y absorvente trabajo mental. En ese sentido es como va constituyendo el hombre, atormentado por la necesidad y empujado por el trabajo aniquilador, para su descendencia, nuevas disposiciones enfermizas. ¿Qué hace la sociedad moderna para aliviar la carga? ¿cómo defiende a sus hombres del porvenir, especialmente en la casta de los intelectuales y artistas? Exigirles siempre mayor trabajo y devolverlos el uno por mil. El privilegio del talento es un doloroso privilegio que multiplica las aspiraciones y que indicando trabajos aniquiladores, hunde en la miseria al devoto de su obra.

En las fobias accidentales las imágenes, o son directas con relación al objeto que produjo el choque o son deducidas por consecuencia. Del primer caso: un sujeto presente en cierto gravísimo accidente ferroviario; siente brotar a cada instante y por el menor motivo ante sus ojos la imagen de la catástrofe: el delirio de velocidad que arrastra el comboy, los gritos de los pasajeros que se dan cuenta del peligro y el terror de

sus semblantes; una repentina conmoción, una sensación de muerte y un estrépito sin igual. Luego, su despertar entre escombros humanos y el descoyuntamiento de la máquina: mezclados brazos ajenos con troncos de otros, cabezas que parecían buscar hombros sobre que asentarse; y todo, en un montón sanguinolento, espantable: maderas, cuerpos, travesaños, brazos, yerros chorreantes y cabezas exangües. No le es posible ver la marcha de un tren sin sufrir profundas conmociones. — La aparición de imágenes deducidas son todavía más frecuentes. El color escarlata es mi tortura, decía un individuo, desde cuando una hemorragia abundante me hizo pensar, durante muchos días, en mi cercana muerte; podemos referirnos además a alguno de los casos que relatan los señores Pitres y Regis, sea el de aquella enferma que evitaba con horror viandas preparadas con aceite, como consecuencia del miedo que le produjo el incendio de un vapor cargado de petróleo, que se inflamó.

Hay aún que subrayar otro aspecto en la calidad de las imágenes en los diferentes casos de fobia y de obsesión, me refiero al grado de su claridad o viveza, que sigue de ordinario el ritmo de la duración; llegando en ciertos casos a convertirse en reales alucinaciones sensoriales, difíciles de distinguir de los objetos exteriores presentes: resonancia centrífuga de la cual hemos hablado en anterior capítulo. Un ejemplo de alucinación enfermiza sería la de la señorita P. R que vía, positivamente, a los *coronas* acercarse y rondar en torno suyo; circunstancia que recuerda el caso, ya no patológico, sino de gran potencia imaginativa, de aquel célebre pintor que sentía con tal viveza al modelo ausente que le bastaba volver los ojos al lugar de la estancia donde acostumbraba colocarse, para continuar su copia.

Como comprobante de nuestras opiniones sobre la naturaleza de la imaginación, la constancia del aspecto visual de las alucinaciones obsesivas reconocida por gran número de investigadores, y así descrita por Ste-

otros, de los treinta a los cincuenta años se presentan en los individuos desgastados por la vida —a causa de una enfermedad o por exesos de actividades o de trabajos mentales—y como resultado inmediato de alguna brusca sacudida espiritual. Estas fobias se caracterizan, frente a las denominadas constitucionales; 1º, por su mayor permanencia, 2º, por el tiempo de su aparición, que si en las unas es de la madurez, cuando el trabajo continuo de la existencia ha terminado su obra, las otras aparecen muy temprano, en la infancia o en la pubertad; 3º, en fin, la nota más saliente de las fobias accidentales, es la rareza de la determinación hereditaria, mientras las constitucionales están íntimamente unidas a la herencia; con frecuencia similar a un temperamento neuropático, histérico, o histero–neurasténico, y pueden en el seno de la familia o de la intimidad, presentarse en forma de *fobia de dos y familiar*". — Así, las fobias accidentales son, uno de los privilegios del continuo y absorvente trabajo mental. En ese sentido es como va constituyendo el hombre, atormentado por la necesidad y empujado por el trabajo aniquilador, para su descendencia, nuevas disposiciones enfermizas. ¿Qué hace la sociedad moderna para aliviar la carga? ¿cómo defiende a sus hombres del porvenir, especialmente en la casta de los intelectuales y artistas? Exigirles siempre mayor trabajo y devolverlos el uno por mil. El privilegio del talento es un doloroso privilegio que multiplica las aspiraciones y que indicando trabajos aniquiladores, hunde en la miseria al devoto de su obra.

En las fobias accidentales las imágenes, o son directas con relación al objeto que produjo el choque o son deducidas por consecuencia. Del primer caso: un sujeto presente en cierto gravísimo accidente ferroviario; siente brotar a cada instante y por el menor motivo ante sus ojos la imagen de la catástrofe: el delirio de velocidad que arrastra el comboy, los gritos de los pasajeros que se dan cuenta del peligro y el terror de

sus semblantes; una repentina conmoción, una sensación de muerte y un estrépito sin igual. Luego, su despertar entre escombros humanos y el descoyuntamiento de la máquina: mezclados brazos ajenos con troncos de otros, cabezas que parecían buscar hombros sobre que asentarse; y todo, en un montón sanguinolento, espantable: maderas, cuerpos, travesaños, brazos, yerros chorreantes y cabezas exangües. No le es posible ver la marcha de un tren sin sufrir profundas conmociones. — La aparición de imágenes deducidas son todavía más frecuentes. El color escarlata es mi tortura, decía un individuo, desde cuando una hemorragia abundante me hizo pensar, durante muchos días, en mi cercana muerte; podemos referirnos además a alguno de los casos que relatan los señores Pitres y Regis, sea el de aquella enferma que evitaba con horror viandas preparadas con aceite, como consecuencia del miedo que le produjo el incendio de un vapor cargado de petróleo, que se inflamó.

Hay aún que subrayar otro aspecto en la calidad de las imágenes en los diferentes casos de fobia y de obsesión, me refiero al grado de su claridad o viveza, que sigue de ordinario el ritmo de la duración; llegando en ciertos casos a convertirse en reales alucinaciones sensoriales, difíciles de distinguir de los objetos exteriores presentes: resonancia centrífuga de la cual hemos hablado en anterior capítulo. Un ejemplo de alucinación enfermiza sería la de la señorita P R que vía, positivamente, a los *coronas* acercarse y rondar en torno suyo: circunstancia que recuerda el caso, ya no patológico, sino de gran potencia imaginativa, de aquel célebre pintor que sentía con tal viveza al modelo ausente que le bastaba volver los ojos al lugar de la estancia donde acostumbraba colocarse, para continuar su copia.

Como comprobante de nuestras opiniones sobre la naturaleza de la imaginación, la constancia del aspecto visual de las alucinaciones obsesivas reconocida por gran número de investigadores, y así descrita por Ste-

lani: "A mi juicio —dice el autor— para describir la obsesión, es necesario tener en cuenta un tercer elemento, que yo llamaría *alucinación representativa* y que se encuentra entre la voluntad y la contravoluntad, que se disputan como tirios y troyanos el cuerpo de Patroclo. En otros términos, una de las dos fuerzas tratará de crear y desenvolver esta alucinación representativa (que será casi siempre *visionaria);* la otra fuerza tratará, por el contrario, de destruirla, de abolirla. Tomemos, por ejemplo, mi caso (obsesión abúlica). La voluntad dice: "quiero sonreír, quiero contar esto o aquello" y la contra voluntad dice: "tú no lo harás porque tal o cual cosa podría impedirlo, como ya te ha sucedido con frecuencia; e inmediatamente aparece, por decirlo así, entre la voluntad y la contravoluntad, la imagen de mí mismo en una situación penosa. En estos momentos de perturbación y de angustia, *me parece sentir una mano invisible que coloca un espejo ante mis ojos* y como si alguien dijese: "mírate lo bello, lo ridículo y lo estúpido que estás". En estos momentos *yo me veo; veo mi figura ridícula, mis movimientos torpes, como veo la situasión de Guillermo, de Carnot, procurando sonreír sin conseguirlo.* En una palabra, creo que hay siempre, en la obsesión, ese tercer elemento distinto de los otros, que he llamado alucinación representativa. La imagen en sí misma no tiene nada de anormal; pero al renovarse constantemente llega a ser una visión, una alucinación interna. Puede ser absolutamente clara o más o menos velada, llegando a perderse en lo inconsciente; entonces no hay representación, sino sólo excitación de los centros inferiores. Pero esta excitación reemplaza a la imagen". Entre los autores que insisten sobre el carácter alucinatorio de las representaciones de los estados morbosos obsesivos, tenemos a Raymon y Arnaud, cuya expresión es: *casi se objetivan* (1).

(1) Arnaud "Sobre la teoría de la obsesión".

Recogiendo y agrupando los datos hallados sobre las representaciones en las diversas monofobias, tenemos: las fobias sistemáticas constitucionales —debidas con frecuencia a una degeneración hereditaria— en que la representación, de ordinario es múltiple, sucesiva o simultáneamente; sin poder referirlas, como a antecedente inmediato, a causas conocidas o a choque alguno —como pasa en las fobias a la sangre, al rubor, etc.— Y las fobias sistemáticas accidentales, ya descritas, con su génesis de posible reconocimiento. En una y otra caben la permanencia representativa; pero en las primeras sólo muy rara vez.

II

Con los antecedentes descritos nos hallamos en capacidad de descubrir el camino por el cual puede seguir la enfermedad en el sujeto, desde la panofobia a la monofobia y de ésta a la obsesión. Lo que hay de particular en este último tránsito, es la frecuencia de las ideas sustituídas o derivadas, con derivación directa o con derivación de oposición. Y buscando los antecedentes del suceso, la causa es: o porque la nueva imagen ha procedido de la lucha contra el temor, del esfuerzo por desvanecerlo, a la manera de aquel que preocupado por la idea de que se hallaba muerto se esforzó por razonar su vida, decidiéndose por la lógica de Descartes: "pienso luego soy", de cuya fantasía nació el desequilibrio mental de la obsesión razonadora; o puede hallarse el motivo en que la obsesión con su fijeza había surgido, cuando una nueva fobia vino a sustituír a la primera o a otra de las subsiguientes; esto es, cambiando lo fortuito por lo permanente.

Pero, ¿en qué consiste la obsesión propiamente dicha junto a todas las otras manifestaciones neuro o psicopáticas? y sobre todo ¿cuál es su contenido psico-

lógico, mental? Rogues de Fursac en su pequeño "Manual de Psiquiatría" la clasifica entre los estados de automatismo mental, describiéndola como idea obsesiva acompañada de angustia, donde no se descubren trastornos importantes de la conciencia ni del juicio. Pero de la idea obsesiva había dicho mucho antes, que era una idea parásita, impuesta a la atención por un mecanismo que triunfaba de todo oponerse de la voluntad; ya que el paciente reconociendo lo extraño, lo patológico de tal representación, lucha inútil pero tenazmente por vencerla. No creo importante, o por lo menos preciso en nuestro suscinto estudio, el distinguir entre ideas obsesivas e ideas fijas patológicas por razón de su discordancia o no con la vida mental ordinaria del enfermo; pero sí expreso que no cabe llamarse con el nombre genérico de ideas a todas las representaciones imaginativas obsesionantes, pues el sujeto puede hallarse perturbado por una sola imagen avasalladora que, no trabajada, psicológicamente hablando acaso no pueda llamarse idea. En fin, hay entre los obsesionados grados de verdadera alienación mental, tal considero, por ejemplo, la llamada *mentismo* mezcla de fuga de ideas y retorno de un círculo de imágenes; estos enfermos son ya verdaderos locos cuya hospitalización es indispensable. Nuestro objeto es insistir sobre los términos de transición desde la normalidad a la locura, buscar la región oculta cuya gradual sombra asciende desde la pasión: media, intensa, insufrible cuyos últimos grados ya hizo pensar a Ribot en su carácter patológico e hizo decir a Fursac ("La avaricie") que se trataba de estados morbosos del individuo; hasta las verdaderas furias pasionales, las sugestiones invencibles, los sufrimientos intolerables que impelen a obrar. ¿Hasta cuando la pasión será funcionamiento debido de un organismo sano y desde qué momento enfermizo trastorno de la emotividad? problema de difícil solución es, y sin embargo, de exigencia absoluta para cuantos se preocupan de la organización social y de los proble-

mas educativos del hombre normal o de aquel que debe denominárselo anormal.

Se ha dicho con mucha razón de algunos entre los estados obsesionantes, que no representan una hiperactividad cerebral, sino dificultades en las naturales asociaciones de ideas y extraordinaria fuerza atractiva de la atención hacia una determinada representación o grupo de ellas. La obsesión es, pues, la atención invenciblemente dirigida hacia un punto de nuestra vida interior; para considerarla realmente patológica hace falta o que le acompañe la angustia o que sea discordante con toda la vida mental del sujeto.

Mucho se ha discutido sobre las relaciones nosológicas de fobias y obsesiones: ¿deben considerarse del mismo orden? ¿será preciso clasificarlas como especies distintas de enfermedad que exijan procedimientos diversos de curación?

Para ciertos autores las diferencias son visibles y marcadas: "En la obsesión —se expresa Freud— el estado emotivo tiene su razón de ser, pero se cristaliza. En cuanto a la idea concomitante es una idea sustituída que, por un mecanismo cualquiera ha ocupado el lugar de la idea primitiva, *siempre en relación con la vida sexual del individuo.* Este desacuerdo entre el estado emotivo que sigue siendo el mismo, y la idea nueva, que se asocia a él y le es inconciliable, es al que debe el carácter absurdo propio de la obsesión". "En la fobia el estado emotivo es siempre la ansiedad, que es monótona y más típica que en la obsesión". "El mecanismo de la fobia es, en absoluto diferente al de las obsesiones. En éstas no existe sustitución, sino sólo un estado emotivo ansioso, el cual, por una especie de elección, va eligiendo todas las ideas adecuadas y propias de constituír una fobia. La angustia de este estado emotivo de las fobias no derivado de recuerdo alguno, tienen su origen en una neurosis especial: la *neurosis ansiosa* de la cual este estado emotivo es el

síntoma principal, y que debe separarse de la neurastenia, aunque ahora se la confunda con ella". Algunas de las apreciaciones de Freud merecerían revisión, pero por el momento no nos es posible detenernos en ello.

Opuesto al anterior criterio las afirmaciones de Pitres y Regis. Ellos encuentran que la naturaleza distinta de las fobias sistematizadas y las obsesiones, se funda en caracteres tan débiles y de tan poca significación, que, en no raro caso, es bien difícil dar el nombre adecuado a la enfermedad; en realidad —continúan— lo que diferencia a las fobias de la clase indicada de los estados de obsesión, es que aquellas se manifiestan como *crisis* momentáneas con intervalos de tranquilidad, mientras la representación que angustia al individuo es permanente en el obsesionado; de ahí la consecuencia siguiente: mediante un desarrollo natural la monofobia se cambia en monoideismo. Llegando, eso sí, a concluír: "La obsesión, no es, con frecuencia, más que una fobia que ha perdido su carácter de simple perturbación emotiva para adquirir, por el hecho mismo de su evolución el de perturbación a la vez emotiva e intelectual". Con el resultado, insistido, de ir atenuándose constante y progresivamente el aspecto violento de emoción a medida de que su sustractum representativo se vaya más y más idealizando. Débese fijar también en que estos autores no separan las ideas fijas patológicas del grupo amplísimo de las obsesiones ideativas. — Es a esta tendencia (acaso exagerándola) a la que se ha adherido M. Rogues de Fursac, quien entre las obsesiones inhibitorias, por ejemplo, describe un amplio grupo de fobias (la claustrofobia, la agorofobia, la eretofobia, etc.).

Las indicaciones de ambas tendencias son complementarias en parte, y en otras partes hay que decidirse por una de las dos. Yo alcanzo a distinguir como unos y otros expositores tienen razón cuando dan la preferencia a las descargas emotivas en las fobias y a los aspectos mentales en las obsesiones; que los oposi

tores de Freud triunfan sobre éste, cuando reconocen como las obsesiones en algunos casos pueden ser no otra cosa que efectivos resultados y continuaciones de estados fóbicos que adquieren en fijeza representativa lo que pierden en violencia expresiva; pensar constantemente, siempre, en un recuerdo, juicio o razonamiento cuya presencia por su constancia se vuelve inquietante y temida ¿no es eso la obsesión? y ¿no es la fobia angustia que se repite con concurrencia anterior y probocante o subsiguiente y explicativa de un razonamiento, juicio o imagen? si me ruborizo van a pensar mal de mí, y sin embargo no puedo vencer mi rubor; debo pues huír de los extraños (ereutofobia). Una palabra dicha, una expresión inconveniente que se nos escapa, un acto renovador de imágenes; hace explosionar la emocion violenta, fóbica. La sustitución de representaciones no es extraña tampoco a la fobia: a veces, mediante sutiles razonamientos el sujeto prepara su terror, levantando sobre una quimera castillos fantásticos cuyo término puede ser la locura. La señorita A: M .....muchacha de limpios antecedentes, hija de padres normales y de vida muy arreglada, tiene un hermano alcohólico que en vano ha luchado con furia contra su mal: ha sido vencido siempre por él. La enferma presentó su primer síntoma de desequilibrio mental por suponer, sin motivo alguno, que alguien le había calumniado de relaciones amorosas con un militar; y en el templo, en visitas, en donde quiera creía ver en sus amigas sonrisas de desprecio o de burla. En vano se procuró disuadirla; la idea siempre en aumento obsesionándola le obligó a encerrarse en su casa, no podía soportar el ridículo de que se creía objeto. El curso general de la enfermedad tal vez, o acaso la falta de inteligente atención facultativa hizo que terminara en la locura.

En muchos enfermos cuyas discordancias nos obligan a sonreír, puede hallar, en no raro caso, un espíritu sutil y un claro ingenio, ocultas relaciones y vínculos

de difícil traducción; son como los arabescos moriscos perturbadores por su juego y frondosidad de formas, líneas y matices, cuya dispersión aparente, conserva no obstante una armonía de desenvolvimiento que es pro lijo seguir. Las incoherencias del demente, o tenido por tal, puede dar la clave de la historia de su perturbación.

Mas, en todo caso la experiencia clínica es capaz de informarnos como, mientras en las fobias lo principal, lo característico, lo intolerable y vibrante es la emoción, siendo la idea lo secundario, mudable y casi ficticio—por cuanto es la encarnación imaginativa de un sufrimiento efectivo—: fugaz y constantemente renovado, en la panofobia, cambiando de matiz y de contornos en las fobias particulares, aún en la época transitoria de su permanencia; pasa lo contrario en las obsesiones: el puesto de primer orden, y por tanto, el mas visible es el ocupado por la ida, la emotividad es el matiz· No quiere eso decir que lo emotivo pierda importancia, sino que se reconoce únicamente la merma en su violencia, en la obsesión: en vez de ser frecuentes y reales emociones, son estados emotivos (según la distinción ya hecha); el enfermo siente esa inquietud–duda, cuyas manifestaciones no llegan todavía a la repugnancia inven sible y rechazo consiguiente, sino que toman el aspecto de intranquilidad, especie de comenzón moral difícil de aplacarla, por hallarse difundida por el espíritu sin conocida localización. Claro que los obsesionados tienen *crisis*, y entonces la emoción juega un intenso papel.

Cómo término general afirmaremos: sin la ansiedad, la idea fija deja de ser patológica; a menos de complicarse con la anestesia de la sensibilidad de que son atacados ciertos pacientes (resultado fortuito o de la larga lucha moral en que han intervenido) pero la emoción no asoma sino de raro en raro, generalmente, co mo consecuencia reflexiva.

En algunos hombres conceptuados sanos, en los sabios, por ejemplo, encarnizados en la resolución de un

problema: la fórmula matemática entrevista, la conclusión presentida o diseñada, llaman, impelen y reclaman la atención, aún después de rechazadas por la fatiga o por el despecho.—El investigador de un suceso interno, ha tapiado los cinco senderos por donde fuga su espíritu hacia el exterior, y ha lanzado toda su luz intelectual sobre la materia; pero, en carrera loca sigue a la idea, ella revuela próxima, muy próxima, más, en seguida, se aleja, sube y se desvanece, para volver a aparecer. Fatigado el perseguidor quiere borrarla de su memoria; pero tenaz reaparece contra su voluntad, lucha a brazo partido con su esfuerzo y emerge en donde quiera, desgarrando una meditación, desviando un juicio: es como un ruido que nos perturba en todas partes, un vivo color del que no podemos desprender la vista; y por ser perturbador, capaz de causar inquietud. Tal tenacidad, en ciertos casos, es fructífera, el trabajo inconsciente y automático cuya expresión es la idea fija que renace, entrega desarrollado y concluído el problema.

Otro carácter distintivo señalado a las ideas obsesionantes, fijado por los especialistas en la materia, es su naturaleza de representación absurda o incoherente, y contraria a la vida mental ordinaria, o como se ha dicho, *parásita:* esta idea extraña que se me impone—piensa el enfermo—es una anomalía, algo extraordinario y no justificable, y concluye, con frecuencia, con esta interrogación que denota la naturaleza del padecimiento: ¿me iré a volver loco? La meditación puede exasperar tanto la ansiedad que engendre la emoción; y el peligro temido, en algún caso, aun cuando raro, puede cumplirse.—Las ideas parásitas, a veces, toman la forma de contraste: en mujeres piadosas la manía blasfematoria y en general los estados *onomatomaniacos* que se denominan de *coprolalia* (tendencia a decir palabras obsenas). Se me ha referido el suceso de una religiosa hoy ya en perfecto estado de alineación mental, que padecía feroces accesos blasfematorios o del uso de palabras inmundas. Huysmans llegó a penetrar muy bien

el fondo psicológico del vicio social blasfematorio, cuando nos lo describía como un malsano placer del que sólo gustarían los creyentes: únicamente un cristiano podrá blasfemar de Cristo, gozando el sabor picante del miedo que irrita la sensibilidad. Y el miedo intenso y el apetito insano, al juntarse, causan estados nerviosos predisponentes para múltiples alucinaciones mutuamente sugestionables entre varios. Una ronda nocturna de jóvenes calaberas, recorría a altas horas de la noche la ciudad de R.....en tinieblas, un extraño y vicioso capricho les hacía prorrumpir en blasfemias, en los intervalos de las serenatas; al tiempo de acercarse a una reja y comenzar a templar sus instrumentos, oyeron distantemente el sacudimiento de cadenas sobre sus cabezas. Como era natural, lo atribuyeron a un aviso divino.—La blasfema desesperación, es cosa muy distinta, y distinto aun el afán de asustar; pero ahí, ya no hay la satisfacción pervertida de la que hablamos, no es el fuerte reactivo que exita las secresiones espirituales.

Mas, si lo ordinario es la incongruencia de la obsesión con el desarrollo mental, no son pocas las ocasiones en las cuales la idea tiene un origen real Un esposo ha descuidado prestarle todas las atenciones que él creía indispensables, a su esposa en cinta; a consecuencia del parto la mujer muere y el esposo arrepentido se siente víctima de la idea obsesiva de haberla asesinado.

En una clasificación clínica de las enfermedades mentales, yo distinguiría a fobias y obsesiones inscribiéndolas en dos categorías: considerando a las primeras como trastornos orgánicos de la vida vejetativa, con resonancias mentales; y a las segundas, como desequilibrios psíquicos ocasionados o favorecidos y acompañados por malestares del organismo. En segundo caso estamos ante la atención dirigida de modo insistente hacia un punto de nuestra vida, no siempre como aumento de función, como hiperactividad, según se ha dicho, sino como olvido de todo lo demás, ruptura de

continuidad psíquica que causa la poca extensión de las asociaciones de ideas; es verdad que lo común es la hiperatención manifestada por la constancia de la imagen que llega hasta el desdoblamiento de la personalidad siendo su núcleo la idea obsesiva.

El cerebro del atacado de *mentismo*, es un reloj loco que atraviesa a galope las cortas doce horas inscritas en él, desconociendo todo lo demás, para volver a comenzar su monótono recorrido; no hay atención intensa, pues las ideas fugan, ni hay fuga irreparable pues las ideas vuelven a la contemplación de la conciencia.

Lo frecuente es la tenacidad con que el sujeto se aferra a la contemplación; es una imagen, juicio o razonamiento cumbre ante los cuales todo otro proceso mental se aplasta y retrocede. El sujeto contempla, y por la fuerza de la imposición hallándola inquietante, aparece el juicio que la reconoce su natunaleza de absurdo. En torno de una imagen se agrupa así, un círculo u orden de imágenes relacionadas que forman un pequeño grupo, hostil a todo mandato inhibitorio de la voluntad y que exigiendo, con el objeto de desvanecerlo, combatirlo, la atención, la fijan permanentemente en él. El sujeto se da cuenta de la imposibilidad de desvanecer esas síntesis inferiores (si usamos de la terminología de Janet) de fuerte coherencia; y surge de modo natural en su pensamiento la idea de un poder extraño que coloca tal grupo de ideas en el escenario de su conciencia: si yo no evoco tales ideas, y por el contrario trato de apartarlas sin poder, es que alguien las mantiene en su puesto; ¿quién podrá ser? un enemigo, si la idea es dolorosa, un amigo, si es placentera; y el místico piensa en las inspiraciones divinas o en las persecuciones del demonio. He ahí los endemoniados. — Un enfermo ha visto romperse la continuidad de su vida: hasta cierta fecha la normalidad, con la sujeción de su espíritu a las decisiones de la voluntad; y desde esa fecha un nuevo hombre, ni protegi-

do ni dirigido por su querer, sujeto a alguien de afuera que le exaspera pero hacia quien debe obediencia; de ahí que por poco que se trastorne el juicio y la memoria en el sujeto, nos principie a hablar de dos personas: un yo anterior cuyos actos hasta cierto punto son extraños al yo actual; en otras ocasiones son dos yos que coexisten, dándolos ciertos enfermos posiciones en su cerebro y cuerpo (el uno a la derecha el otro a la izquierda) la hostilidad no tarda en aparecer entre esos dos yos y la vida del paciente se vuelve intolerable. En casos determinados se llega al olvido de todo, al borrarse del mundo, para sólo contemplar la idea, a la manera de los místicos contemplativos; o surgen por la viveza de la imagen cuya resonancia orgánica ya hemos estudiado, las alucinaciones psíquicas visuales o auditivas, o de otro género cualquiera: es una voz la que me manda hacer tal o cual cosa, un vecino me perturba con las proyecciones de que huyo, etc. etc.

De cuanto se ha dicho, estas consecuencias experimentales, sobre las que insisto: mientras mayores sean los aspectos de intelectualización de la enfermedad, las emociones pierden terreno, llegando, en raro caso, a la total indiferencia—especie de anestesia conseguida, que atenúa y hasta apaga el dolor moral—; la atención no tiene tiempo, ánimo ni reserva para todo lo extraño y se aproxima la situación del enfermo, en el matiz afectivo, a los grados de la idea fija fisiológica. Un obsesionado de exibicionismo razonaba con el facultativo cuyas atenciones recibía, sobre lo inmoral y lo absurdo de su conducta; pero lo hacía con tal calma e indiferencia, como si reprobara en tesis abstracta conducta posible. La obsesión propiamente dicha ha dejado en esos casos tales residuos. — Otra de las consecuencias deducidas es la siguiente: a medida de su grado emocional la enfermedad tiene más fácil curación; y esto, por cuanto si se dispone de bastantes tónicos, calmantes y remedios para los órganos de la vida vegetativa visceral, la terapéutica para las dolencias

cerebrales y psíquicas apenas se ha explorado; ni siquiera el mecanismo de la atención y su base fisiológica se conocen de un modo cierto. — Tercera. Es tan manifiesto el carácter de fijeza de la atención en las obsesiones, y tan fuerte la disgregación psíquica anuladora del control y de la dirección general, que el gran remedio para las perturbaciones internas, especialmente de las representaciones, la sugestión hipnótica, ha fracasado en lo absoluto. Casi es imposible aplicar el hipnotismo a los obsesionados—excepto en los casos en que va acompañada la enfermedad de desarreglos histéricos—pues el enfermo se resiste, aun cuando el efecto se haya procurado asegurar con la ayuda del cloroformo (1). Precisa hacerlo confiar en sí mismo, devolverle o conquistarle fuerza moral, reeducar el control personal. Esos son los ensayos productores de mayor eficacia en la psicoterapia de tales enfermedades.

III

Teniendo nuestro estudio por objeto el reconocimiento de los caracteres psicológicos del hombre normal y sus derivaciones ordinarias, para comprender los móviles de la acción y la responsabilidad e irresponsabilidad plenas o restringidas, circunscribiéndolo en el instante actual a los sujetos momentánea o perdurablemente perseguidos por una obsesión; debe interesarnos sobremanera la presencia, ausencia y grado de conocimiento, o de conciencia en general, que acompaña a los trastornos obsesivos y a los procedimientos ocasionados por ellos.

---

(1) Puede verse la obra tantas veces citada de Pitres y Regis sobre los ensayos de hipnotismo en los obsesionados.

Enfermedad mental con conocimiento y apreciación bastante justa de los sucesos, para la mayoría de los autores, es para Séglas (1) un ataque directo y grave a las aptitudes y funcionamientos de la concien cia; podrá acaso concederse, piensa, que el sujeto se dé alguna cuenta de su situación, en las épocas anteriores o posteriores al real ataque obsesivo, pero no cree que en los momentos de *crisis* pueda hablarse de conciencia, si por tal se entiende "que los obsesionados tengan la noción completa de todos los elementos psíquicos que constituyen en este momento su personalidad individual; en una palabra, que conserven su conciencia personal"; encuentra, por el contrario, que los fenómenos psíquicos contenidos o afectados por la obsesión procuran establecer una *síntesis secundaria* revelde a cualquier insinuarse del centro principal; hostilidad que se traduce aún por la tendencia a obscurecer y hasta anular, momentáneamente, la posesión de la personalidad. Nos descubre Séglas un gran número de hechos que comprueban lo que opina; y en verdad podemos hallar una colección muy abundante de casos: desde los que pierden la cabeza (con un término popular) en el momento emocional, sin poder discernir si el acto que temen lo ejecutaron o no, hasta los que lo atribuyen todo a su otro yo: especie de sombra, cuerpo astral o doble que burla la atente vigilancia del *yo* razonable que sufre y se resiste. Tomo del autor este ejemplo de desdoblamiento: "a los pocos pasos que doy—dice el enfermo—me parece que soy dos. Pierdo la *concíencia* de mi cuerpo, que está como delante de mí. Ando, tengo perfecta conciencia que debo andar, pero no tengo conciencia de mi propia identidad, de que soy yo quien anda. Hago esfuerzos por demostrarme que soy yo, y con frecueecia me hace falta interpelar al primer transeúnte; entro en un comercio para hablar, pedir alguna cosa, a fin de convencerme que soy realmente yo".

---

(1) Séglas "Lecciones clínicas".

El automatismo en los actos del paciente es de suma frecuencia. Quien estas páginas escribe tuvo ocasión de conocer a una Señora, ya de alguna edad, dedicada a la devoción cuya idea fija era la de su persecución por el demonio. Doña F. N. tenía grande confianza con el *enemigo*, y lo llamaba familiarmente "el patojo". Relacionaba como, con frecuencia, el demonio en forma de gato negro se le subía a los hombros, para hacerla burlescamente gracias e inocentes pasadas; ya, en el templo, extendía cariñosamente la cola para impedirle leer el libro de oraciones, ya le arrancaba de la mano los papeles de música sagrada que tenía en la mano para el canto, ya escondía los vestidos muy ocultos, para impedir cumplir sus deberes religiosos. Del ocultamiento de los vestidos, del violento caer al suelo de las notas de música, dan razón personas que lo presenciaron y le ayudaron a buscar o a recogerlas. De modo que los actos ejecutados por ella, seguramente en momentos de inconsciencia, los atribuía al burlesco patojo. Por lo demás, la seriedad, la razón suficiente y una bondad muy amable, eran las características de la señora.

Mas, se observa en contra de la opinión de la naturaleza inconsciente de las obsesiones, la frecuencia con la cual aparece en el enfermo el pleno conocimiento de lo ocurrido, con análisis de notable sutileza a veces. La penetración del paciente, en la mayoría de los casos, sus observaciones justas, sus descripciones minuciosas, dan alta idea de su amplia cultura y de su despejado talento; el médico poco diestro se sorprende y no es raro suponga que simula. Tan lejos va la ciencia de ciertos facultativos que he oído a uno de ellos calificar de bribón a un loco razonador, que perseguía a una de sus parientes para matarla, con la excusa de que al loco no se le acusa ni se lo encarcela (hoy este demente está en una casa de salud).

¿Qué pensar ante estos dos opuestos resultados de la observación? ¿hay o no hay conciencia de un estado

y de sus actos en el obsesionado? si no existe la conciencia en ellos ¿cómo concebir y explicar la lucha del enfermo contra la enfermedad? ¿o tiene la conciencia vaga del niño, por ejemplo, que se da cuenta del hecho pero no lo atribuye a su persona, sino que lo confunde con la marcha general de los acontecimientos, los objetiva, los aleja de sí para verlos con igual sentido de todo otro fenómeno exterior; lo cual equivale a decir, no existe para ellos su *conciencia personal*, según la indicación de Seglas?

El estudio ordenado impone estos análisis:

1º — Es indispensable distinguir dos aspectos o momentos en la enfermedad: el estado continuo, ordinario en el sujeto, de indecisa o permanente angustia, y las explosiones emocionales de las crisis; y

2º — Señalar con la brevedad posible las formas de trastornos de conciencia, reconocidos por la psiquiatría.

Comencemos por esta última cuestión

Ante todo, la experiencia médica descubre en el enfermo dos aspectos de inconciencia: o el sujeto reacciona de un modo inadecuado e ilógico respecto a las excitaciones exteriores; u olvida en lo absoluto cuanto ha hecho. Trastornos en la respuesta o trastornos en la memoria. Pero uno y otro pueden no ser signos de real inconsciencia: un individuo muy emotivo se cree injuriado por insignificantes palabras o acciones, y devuelve la injuria con una violencia inusitada o incomprensible para el espectador; ¿será inconsciente? puede estar lúcida, completamente lúcida su inteligencia; aún, puede haber reflexionado, pero obsecándose o sufriendo un debilitamiento de la voluntad, procedió en el sentido indicado. Por otra parte, aún los procedimientos absurdos y desviados, cabe que estén acompañados de perfecto conocimiento: acciones o lenguaje en desacuerdo de lo que se piensa. La señora M. R. tiene frecuentes intoxicaciones biliosas en las cuales comienza por sentir oscuridad a la vista, manchas de diversos colores o luces que pasan ante sus ojos; luego siente tor-

peza en la lengua y trastornos en la facultad de hablar: quiere decir pásenme un vaso y se expresa necesito un plato, por ejemplo, dándose cuenta exacta de que está hablando lo contrario de lo que quiere. Del mismo modo que no es signo de conciencia plena y clara, la respuesta adecuada y justa, como en los hábitos de obrar automático.

Respecto de la inconsciencia del acto representada por la falta de memoria que le subsigue, ha dicho con mucha justeza Féré: "Cuando se nos dice que un epiléptico es inconsciente de sus actos, se quiere decir únicamente que no conserva ningún recuerdo cuando los ha realizado. Luego la ausencia de recuerdo no prueba que el acto olvidado ha sido inconsciente". Es mi opinión, que en gran número de casos los febricitantes conservan plena la conciencia cuando ejecutan actos o se dan cuenta de la ajena acción, aún cuando después pierdan el recuerdo de los mismos. Debido a las altas temperaturas, acaso, y por la hiperactividad cerebral, las imágenes se fijan superficialmente, de modo que o se olvidan o son muy vagas; a veces, bastan ligeras insinuaciones para hacer surgir todo el cuadro aún en sus menores detalles y fijarlos con tenacidad. El hombre puede tener plena conciencia, y conciencia personal de lo hecho, pero olvidarlo luego. De los dos elementos de conciencia señalados por ciertos autores, no queda ninguno como clave para el reconocimiento del valor efectivo del procedimiento.

¿Cómo entonces señalar los grados de obscuridad de la conciencia (obnubilación intelectual) o el estado inconsciente del operador? La clasificación debe tener en cuenta los reales elementos y formas de la vida interior. Dejando a un lado las reacciones celulares, y los movimientos puramente espinales; tenemos, ya en la vida cerebral, los actos espontáneos y los reflexivos. Los espontáneos, en que la respuesta está determinada imperiosamente, *obstruído el cerebro* por una sola imagen de la cual nace el movimiento. Lo reflexivo es lu-

cha de valores y estímulos para la decisión. Mas, para el mismo acto reflexivo podemos hallar, o la lucha en un plano infarior en que las imágenes se combaten con furia sin un director supremo de esta batalla, o encontrar como supremo director el yo, el centro, el núcleo personal. Y así descubriremos la naturaleza de los trastornos denominados de la *orientación psíquica* y clasificados en estos grupos:

1º — Pérdida de la noción de nuestra personalidad (de aquella orientación que Wernicke llamó autopsíquica);

2º — De la noción de lugar o del mundo exterior (o sea, de la orientación alopsíquica); y

3º — De la noción del tiempo.

Entrando ya de lleno en los diversos aspectos de la vida del obsesionado, tenemos: el hecho permanente y primordial es la hiperactividad de la atención; de continuo, como suspensión del cerebro ante una representación obsesionante; en raro caso, como continuo retorno de un corto grupo de ideas asociadas. De ahí una primera e ineludible consecuencia: el conocimiento, en el estado ordinario del paciente, de la idea que le atormenta; el individuo se da cuenta de ella y es lo común reflexionar sobre la representación reconociéndola como extraña a su vida. Mas, los trastornos emocionales de los momentos de crisis, puede ocasionar, en los histéricos sobre todo, la reacción instantánea por el estímulo absorvente. Han desaparecido, pues, dos elementos de la vida normal: el control supremo personal y el balance de estímulos, denominado el juicio. Si el procedimiento no es automático, armado y producido en la columna vertebral, es espontáneo: especie de reflejo cerebral caracterizado por la presencia de una imagen.

Consecuencia. El estado constante en la mayoría de los enfermos, es de perfecta inteligencia y lucha reflexiva contra la idea parásita. De ordinario triunfa el yo; impidiendo la mala acción, salvando al paciente del

suicidio y el crimen. Mas, en los sujetos en quienes la crisis es muy violenta ella acarrea la perturbación total y el imprimirse de una imagen cuya equivalente actividad se presenta irresistible. El acto objetivamente puede no cumplirse, por cualquier obstáculo, personal o ajeno; subjetivamente está practicado.

Ejemplo: el de aquella señora que perdida de vista por sus parientes cría haber cometido un sinnúmero de malas acciones; en este caso hay complicación con alucinaciones psíquicas, por lo cuál trataremos poco después.

Casos igualmente graves son aquellos en que los juicios atormentantes del enfermo, son batallas campales de cortas asociaciones de ideas alejadas del centro del sistema personal que ya no las controla y disciplina. Mas, este estado es una consecuencia, en la generalidad de los casos, de la disolución de la personalidad, por lo cual debe tratarse a continuación de este asunto.

Y ¿el desdoblamiento o la disolución de la personalidad acompañará en todo caso al obsesionado? De nuevo se impone el distinguir los dos aspectos: la obsesión propiamente dicha y los acompañamientos emocionales.

Alguna vez la obsesión puede degenerar en permanente disolución de la personalidad; pero en tal evento, el título mismo nosológico ha cambiado: nos hallamos ante una psicosis muy grave cuyos aspectos pueden ser: *a)* debilitamiento de la noción de personalidad; *b)* transformación de la personalidad. El enfermo se siente otro hombre, o se contempla como la encarnación de cierta personalidad o se imagina convertido en animal; recordando el apólogo de aquel del rey de Babilonia, convertido en bestia; y, *c)* el desdoblamiento del individuo en dos individualidades.

No es nuestro intento hablar de las alteraciones propiamente dichas, sino descubrir el oscuro y tortuoso paso que va, desde el estado de salud hasta el desequilibrio total de la locura. O desde la locura momentánea

de la pasión, según el aspecto que impresionó a Ribot (1) hasta su permanencia en el paciente.

En los puros estados obsesivos, la conciencia personal es viva; de ahí la lucha sin tregua, sin descanso del obsesionado para desalojar la representación extraña e inquietante. Pero eso no impide la aparición de síntesis inferiores al yo, en el cerebro, como centros cada vez más atractivos; y por el contrario, la provoca, como que la atención, en algún sentido, se fracciona: centros supervigilados por el núcleo personal, pero que tienden y consiguen escapar a su dirección. El individuo no puede explicarse esta anomalía en su conciencia: todo cede y se plega a su reflexión—o a lo menos así él lo cree—menos este juicio o imagen indócil; y entonces se lo explica como una tentación, maleficio o daño causados por los espíritus infernales, o por los vecinos, amigos o parientes; hay alguien que le domina e impele, que le insulta o calumnia: hay una mano que me empuja, una voz que me manda, etc. Hasta aquí, no hay aún la disolución de la personalidad, ni el eclipse momentáneo de ella, podríamos decir que no se presenta tampoco la personalidad doble, pero sí, que se halla muy avanzado el camino hacia tales resultados y éstos aparecen en ciertos estados paroxísticos donde la emoción manda y se deseavuelve con fiereza, arrastrando, inundando e impeliendo todo. Se registran ofuscaciones completas del individuo, que, en los casos de objetivación alucinatoria, hacen pensar al paciente en la ejecución de los actos temidos. Y vuelvo a la observación de la cual había hablado antes.—Una mujer obsesionada por el temor de robar o de hacer daño, exige de sus parientes íntimos una vigilancia extricta y con-

---

(1) Se expresa M. Fursac "Es cierto que resulta a veces difícil decir en qué grado la pasión—y por consecuencia la idea fija—cesa de ser normal y se convierte en morbosa. Además ciertas pasiones son en sí patológicas, etc."

tinua para su tranquilidad; si un momento se le ha perdido de vista, si por alguna palabra se le deja traducir que ha mermado la vigilancia, cree haber ejecutado los actos que odia y se la presenta crisis de desesperación. La conciencia, en estos casos, hace convergir toda su luz sobre la imagen impuesta a la atención y el restante campo fenomenológico se presenta envuelto en las tinieblas; la persona es una idea, esa idea es todo su yo.

Mas, tal pérdida del conocimiento no es fatal para todos los casos de obsesión, ni siquiera en los momentos de crisis; muchos enfermos han podido seguir el íntegro curso de las manifestaciones desde los primeros síntomas fisiológicos hasta los últimos resultados. Además, no todo obsesionado es víctima de crisis; la angustia es una hoguera constante en ellos y no un volcán que estalla.

No es raro el que se siga agravando la enfermedad paulatinamente y pase desde la alucinación psíquica que refiere la representación a insinuaciones ajenas; a la aparición de dos personas distintas, especie de genio malo y genio bueno que en su interior se provocan, se insultan y se hieren, hasta decidirlo al enfermo a matarse para aniquilar a su rival. Avanzando aún más, podremos asistir al aparecimiento de la entidad nueva que rechaza a la anterior y se apodera sin restricción del sujeto. A veces la disgregación es en multitud de fragmentos y la lucha es un caos.

CAPITULO DECIMOSEGUNDO

GRADOS Y ASPECTOS DE LA EMOTIVIDAD EN LAS DIFERENTES CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA INTERNA DEL HOMBRE

Pasiones, estados obsesionantes e impulsos

(CONCLUSION)

La impulsividad, cuyos fundamentos pertenecen a la fisiología normal, puede convertirse en signo morboso de diversas alteraciones psíquicas, desde cuando se presente alguna debilidad en las facultades voluntarias.—Clasificación de los impulsos, y, grados de conocimiento, reflexión y control en el sujeto atacado por la ansiedad de obrar.—Notas características de las obsesiones impulsivas y su relación con las violencias fóbicas.—No es raro descubrir en los actos procedentes de una obsesión impulsiva, las formas de lentas y reflexivas preparaciones de los acontecimientos, y la previsión y empleo de los medios adecuados para evitar el descubrimiento del crimen o burlar la responsabilidad; pero de donde no debe proceder el reconocimiento de la plenitud criminal.—La educación sexual y los disturbios obsesivos.

En los precedentes capítulos hemos procurado presentar un rápido esquema del contenido de la obsesión señalando sus elementos fisio-psicológicos; y, ¿cuál es el grado de actividad que de ella se desprende? ¿cómo

y en qué medida obra el poder inhibitorio de la voluntad en el obsesionado? ¿cuál es la energía de impulsión en los casos que propenden a la actividad? ¿Es responsable el obsesionado de sus actos derivados de la obsesión? ¿con responsabilidad plena o atenuada, en cada caso?

Debemos principiar la exposición de la materia por el estudio de lo que son los impulsos, de su grado de vehemencia y de irresistibilidad; de lo que dan de sí en los estados tranquilos, en los momentos de exaltación de individuos sanos y en los diversos casos patológicos.

I

La impulsión: producción de movimientos, manera de imprimir dirección, o sea, como lo indica su nombre, *impeler hacia* algo; es un fenómeno activo superior a toda inclinación y tendencia, de mayor poder que las puras aspiraciones, por su nota de viva irritación nerviosa, y cuyo papel más complejo parece presentarse en el traducirse del deseo en movimiento. Los impulsos, desconociendo la duda y el balance de motivos, propenden y procuran la eficacia del estímulo.

Por lo dicho, dentro de la psicología, equivale a reconocer a las impulsiones como principios de movimiento e iniciadoras de acción. Un sujeto reacciona violenta e instantáneamente a un estímulo muy débil: si se siente tocado en el codo por un vecino, suponga mos, devuelve el estímulo al instante, en un golpe o en otra semejante acción (impulsividad enfermiza de los locos, maniáticos e histéricos); si de modo inopinado nos acercamos a un nervioso, por la espalda, y le hablamos, o de otro modo cualquiera le llamamos la atención, lo veremos armarse y se prepará a golpear o huir: la mano habrá hecho los primeros movimientos, el pie se dispondría a marchar, pero la reáexión surge y el conocimiento de los motivos disipando el temor, evitará el

acto (procedimiento de los sujetos exitables). Esos dos aspectos demuestran la ininterrumpida sucesión que lleva desde el movimiento de absoluto control hasta la ceguedad delirante del alienado. En el hombre más frío y calculador, en el menos emotivo hay siquiera una preparación del movimiento, que en ocasiones puede no ser visible, cuantas veces el hábito de hacer o el instinto aparecen, y no obstante su atención despierta; mas el hombre sereno busca la causa, discurre los motivos y sólo se decide mediante un reflexivo anàlisis. No tiene esta eficacia el control en el nervioso, el camino está muy avanzado y con frecuencia no retrocede, actúa, talvez modificando la dirección.

Como puede fácilmente discernirse, la impulsividad reviste un gran número de grados de violencia o irritabilidad en el sujeto. O es el puro proceder reflejo cuyo mecanismo sencillo es devolver la excitatión en actividades, como un reaccionar automático del desequilibrio provocado que requiere una reconquista y vuelta. Primer circuito de actividad y gerarquía primera de la composición orgánica de estímulos traducidos en hechos; rota la cadena de gerarquías, cerrado el inmediato circuito de influencias, el acto es, por cuanto la reacción se impone. El instinto, por su parte, predisponiendo al desarrollo vital produce un impulso en presencia del objeto, tanto más fuerte cuanto mayor cantidad de emotividad le acompaña, en virtud del despertarse de recuerdos mayores de placer o dolor; la imagen del bien o del posible daño ocupan todo el escenario mental nublando cualquiera otra apreciación.

Y si los impulsos rechazan, como ya dijimos, la elegibilidad de motivos, no supone esto la afirmación de que en todo procedimiento cuyo resultado atribuímos al impulso, no pueda descubrirse grados de diversa intensidad en la reflexión, capaces o no de contrariar al primitivo empuje; la naturaleza es sólo de cierta nota, carácter y significado en el impulso mismo. Descubriéndolo como causa de acto, por él los movimientos

se inician, repito, por cuanto simboliza la irritación de la base fisiológica motora, y los movimientos se vuelven adecuados en virtud de la costumbre y educación, pero significado, como para el niño, descargas excesivas y de discordantes direcciones, en no raro caso. De este modo determino, en mi criterio, dentro de la complejidad del acto, la parte que significa la impulsión: empuje, fuerza impelente.

Mas, en el común criterio al proceso íntegro de la actividad se lo designa como impulso: es el acto, no el móvil ni el principio de ejecución, y tiene tales caracteres de suceso perfecto e íntegro, que, por parte de determinados investigadores se piensa en lo incohercible, en lo fatal de la impulsión—especie de enfermedad o síntoma morboso en todo caso—; Monsieur Bourdin expone: "Si la impulsión no es más que la fuerza que impele a un acto, *no ejecutado;* es decir la tendencia a este acto, se cae fácilmente en el siguiente dilema: o esta fuerza no ha producido nada y no ha dejado ningún rastro de su paso por el cerebro, en una palabra, ha sido inconsciente—cosa que es inadmisible puesto que equivaldría en absoluto a negar la presencia del fenómeno que no sería traducido por nada, subjetivo u objetivo—o ha sido consciente pero sin efecto visible, palpable, por decirlo así, y entonces no sería más que una obsesión. Para que exista impulsión es necesario, imprescindible, que el acto se haya realizado, y entonces se dirá que tal individuo ha sido víctima de una impulsión, puesto que, o porque ha realizado un acto no premeditado, no consentido por su libre albedrío. Evidentemente la impulsión no es el acto, es un fenómeno en lo absoluto psíquico; pero no tiene razón de ser sino por el acto que ha engendrado". Comenzando por el resultado consentido por Bourdin, el fenómeno no es psíquico, como él dice, sino fisiológico, con o sin prolongaciones mentales, según el grado de automatismo que representa; además, parece insinuarse en este autor la constante naturaleza psico o neuropática de la impul-

sión, la cual se presenta como un predominio absoluto del reflejo, pero no siquiera el reflejo combatido alguna vez, con proyecciones de lucha, y todavía, ni tampoco como conciencia de lo que se va hacer (procedimiento hacia un fin) sino en el sentido de puro mecanismo, vida espinal diríamos, con el notable biólogo que lo aplicó a los recién nacidos, pero con una diferencia, la anotación del suceso en la memoria individual.

En las opiniones vertidas por M. Bourdin nos hallamos con varias equivocaciones que es preciso rectificarlas: 1º el aspecto de separación, un tanto anticuado y totalmente inaceptable, entre los estados de enfermedad cuyos elementos básicos constitutivos y diferenciales tienen tal especificidad que no cabe hallarse ni aún en germen en los estados normales de salud, o de lo que por tal se lo tiene. La realidad es la contraria: en el enfermo se exacerva una lucha, se aumenta una actividad y se disminuye o anula una resistencia, cuyas raíces están en la constitución fisio-psicológica de todo hombre; la lucha comienza sus escaramuzas, y a veces combates muy vivos, en el individuo sano: un estado agudo de pasión es casi delirante, una pesadilla parece momentánea enfermedad. 2º Otra rectificación es la relacionada con el valor que se ha venido dando a aquel elemento fisiológico conceptuado como origen, fundamento y hasta contenido íntegro de la impulsión, me refiero al contingente de procedimientos reflejos. Pero de las actos que se inscriben en tal categoría se ha afirmado su irresistibilidad, su naturaleza de imposición; suponer aspectos diversos de reacción en los reflejos, sería pensar en grados de nuestras sensaciones y sentimientes y en matices de nuestras ideas; ha dicho Mandón, cosa inaceptable para el autor (principio que recuerdan y aceptan muchos otros investigadores) pues sería abusar de la hipótesis, se expresa. Para él, sentir y reobrar es la fórmula total de la actividad interna, aún en las manifestaciones superiores de la inteligencia. Tendríamos en tal caso que resultado de la impulsión

es cuanto hacemos, y no cabrían diferencias en la ejecución, por tal motivo. Y todavía ¿hemos de aceptar que toda impulsión tiene manifestaciones exteriores y resultados de un acto completo? La experiencia vendría a contradecirnos, aún en el supuesto de aceptar la fórmula como tendencia a volver al puro reflejo. 3º En fin, M. Bourdin nos habla de que el acto realizado, para reconocerlo como impulsivo, debe ser *no premeditado, no consentido por el libre arbitrio;* ¿y, en los mismos casos de acción cumplida, la frecuencia de la lucha que ha tenido que sostener el sujeto contra la inclinación considerada en sí misma morbosa, acabando por ceder y prepararse a cumplir como se cumple un destino? La misma voluntad, se encuentra en ciertos casos que no desaparece, ha aceptado la ejecución como un calmante a su excitabilidad dolorosa: lo he hech o porque me alivia, porque calma mi sufrimiento, manifiesta el enfermo; no es otra cosa que el predominio de las aspiraciones morbosas en la lucha de motivos. La busca y elección de armas, la preparación del escenario del crimen, el disponer los medios adecuados para la fuga; no se oponen a la íntima calidad impulsiva de la ejecución.

El proceder impulsivo no quiere decir, como algunos autores parecen creerlo, instantaneidad y automatismo absolutos, y por eso, en vez de repetir con Pitres y Regis, que *es tendencia a volver al puro reflejo* nosotros decimos tendencia al predominio de movimientos automáticos o espontáneos; así además, damos al acto reflejo un sentido técnico, el de las reacciones medulares ya descritas.

Lo que sí subsarrayo en Bourdin, es su apartamiento de los criterios que confunden la impulsión y el acto impulsivo, afirmando, como lo aceptamos nosotros, su naturaleza de movimiento inicial, de empuje.

No cabe dudarse, el reflejo tiende a la acción, es descarga funcional que restablece el equilibrio perturbado por las impresiones o estímulos, cuya intensidad se debe a la energía trófica gastada; es el natural resulta-

do de las energías nerviosas nucleares de las que nos hablan gran número de autorss, entre ellos Eugenio Rignano en su *hipótesis centroepigenética del desarrollo.* Eso, en el aspecto celular general; en los organismos complejos, como irritantes del órgano del funcionamiento (en su repercución sobre la célula nerviosa inervadora de la región); y en los vertebrados como pura reacción espinal, con su base física, sensitivo-motora. — Mas, la atención del sujeto o una prevención, evitando la inmediata descarga, amplía el circuíto; por eso, si el reflejo es por su naturaleza respuesta que arma al animal para una determinada actividad; pero el acto no se desarrolla normal siempre, por el intervenir de determinados obstáculos.

Débese tener muy presente como un procedimiento es tanto más instantáneo y violento en su descarga cuanto más aspecto físico, automático, tenga el acto respectivo; y sin embargo: nada más físico que los reflejos rotulianos, los cuales pueden disminuír no obstante, en intensidad y hasta desaparecer, por obra de la voluntad. Claro que la voluntad necesitará producir contracciones musculares tanto más fuertes cuanto mayores sean los ímpetus reflejos, dando la visión del fuerte mecanismo inhibitorio. Por eso, aun cuando fuera, como se ha descrito, la impulsión vuelta hacia la actividad refleja, no representaría la necesidad absoluta del acto.

No es necesario insistir, después de lo dicho, en el aspecto fisiológico normal, de las impulsiones. La impulsión es hábito e instinto, pasión y entusiasmo; se arraiga en la naturaleza biológica del sujeto y representa la inestabilidad química de su contenido; en este aspecto la impulsión-reflejo es inatacable: en presencia "de esa ley fundamental de que el reflejo es el tipo único de toda acción nerviosa, de toda vida de relación". (Ribot).

¿Cuándo el impulso deja de ser fisiológico para convertirse en patológico? Desde el momento en que el poder inhibitorio de la voluntad se amengua en cual-

quier grado en un sujeto impresionable; pérdida tanto más peligrosa cuanto vaya acompañada de mayor viveza en las imágenes excitantes; y especialmente desde cuando la emotividad alcance proporciones mayores que las normales. El impulsivo lo es, por una plenitud muy sensible del simpático que por cualquier motivo vibra y pone al sujeto en capacidad de hacer.—A veces la inhibición no existe, por falta de conocimiento o de atención: reacciones sonambúlicas o habituales; o la atención se concreta en un punto cuyos detalles mínimos esclarece y la sombra invade todo lo demás, prohibiendo el balance de motivos y la elegibilidad que es el significado de lo voluntario; o el poder inhibitorio sólo se debilita, el mecanismo que detiene el cumplimiento se atenúa y perdiendo su regularizador la máquina dirígese hacia el puro juego de resortes que devuelve en empuje toda la fuerza que recibe. En fin, cabe todavía la plenitud voluntaria sólo atacada a la larga por la constancia y viveza de la impresión; de ahí la lucha por largo tiempo sostenida, concluída en ocasiones por el acto obsesionante, ya por virtud del debilitamiento de la potestad de querer lo contrario, ya por la elección consciente del acto dañoso que permitirá algún respiro a esa ansia de hacer, o llega la anestesia moral que desconoce o no siente el valor del precepto.

Por lo dicho puede comprenderse que la anomalía no es la del impulso y la enfermedad no reside en él, es el resultado de estados abúlicos y de las circunstancias de "hiperconciencia con introflexión concentrada" de las explicaciones de Morselli (1), u otros estados patológicos de inconsciencia con automatismo debidos a una excepcional exitabilidad, etc.; en todo caso con acom-

---

(1) "La hiperconciencia con introflexión concentrada (existe) cuando la percepción se aisla, con una intensidad anormal, sobre representaciones y hemociones; de ahí el éxtasis de los estados alucinatorios, ya espontáneos, ya provocados (hipnotismo)". Morselli "Manual de Semiología de las enfermedades mentales".

pañamiento emotivo violento. La impulsión es sólo síntoma de trastornos neuro o psicopáticos diversos, y su intensidad es variable según los estados psicopáticos à que acompaña.

I I

Presionados por la necesidad de hallar un concepto justo de lo que son los impulsos y el resultado psicológico y patológico de ellos en la vida individual, debemos estudiar la clasificación de los estados impulsivos con sus notas características y lanzar un vistazo sobre las definiciones en que se han querido condensar su contenido.

En general, los impulsos han sido separados en dos grupos en la clasificación, llamándolos, con la terminología que ya hemos empleado, fisiológicos y patológicos. Eso sí, hemos de insistir todavía en que no se habla de los impulsos en el real y justo sentido que los corresponde, como iniciadores de acción puramente, si no del proceso íntegro que se manifiesta en las acciones, o sea de su aspecto metafórico, tomando el todo por la parte y el efecto por la primera causa; o sea se insiste sobre el predominio para la existencia, de la actividad emotiva. Por otro lado, vuelvo sobre un punto de mi exposición: las impulsiones, en su base íntima, fisiológica, no son, para mí, puras tendencias al acto reflejo (en el sentido técnico–psicológico de tal designación) pues se puede encontrar asimismo en en las actividades instintivas (nuevos reflejos de orden superior, como todos los productos activos, para un gran número de investigadores).

Por cuanto se ha visto, este resultado: el triunfo, en la llamada vida normal, de cualquiera impulso, a poco que flaquee la voluntad en su poder inhibitorio y a poco que la impresión se avive y aclare irritando con

más fuerza que la normal el grupo de neuronas afectadas, y ocupando así, un puesto predominante en el escenario de la vida interna predispuesta por causas emocionantes. Preparado por el temor, un hombre pacífico que rondaba las calles de una población amenazada por malhechores, disparó su arma sobre un inofensivo y estimado vecino que salía de su morada, matándolo; muerte de la que nunca se consoló. Cuando el debilitamiento de la voluntad es continuo o la exacervación imaginativa constante, estamos en presencia de circunstancias patológicas.

Y de los reconocimientos procurados, esta otra consecuencia: las múltiples definiciones que sobre los impulsos se han lanzado, sólo se preocupan, momentánea y parcialmente, de algunos de los aspectos del procedimiento con tal nombre designado. He aquí la que nos trae Dallemagne: "La impulsión morbosa no es, pues, más que el último acto de una especie de drama cerebral que comienza por la obsesión y termina por la idea fija"; agravándose el aspecto de acto reflexivo que no se puede vencer, en la definición contenida en un trabajo presentado por Krafft-Ebing al Congreso internacional de 1900. con el título de "Obsesiones e impulsos sexuales" que dice así: "Todo acto conscientemente realizado, que no ha podido ser inhibido por un esfuerzo de la voluntad, se debe a una impulsión" ¿cuál sería en tal caso esta causa irresistible en la vida psicológica del sujeto? los conocimientos alcanzados hasta ahora no llegan a determinarla, por el contrario, lo que puede verse en todos los grados de la vida interior es la nota común fisiológica para los impulsos de ser detenidos en su ejecución, hacen falta trastornos de diverso orden para convertirlos de un modo fatal en activos.

Mientras tanto para Dagonet: "La impulsión es un movimiento de alma en virtud del cual *somos inducidos a determinaciones bruscas, instantáneas, a actos no reflexivos*". La naturaleza psicológica contenida en

la definición, me parece inaceptable, el movimiento es organizado en los nervios por virtud de la base activa de su constitución, sobre la cual tanto hemos insistido. Por otra parte, al negar la calidad reflexiva tan usada en las definiciones de los procesos que estudiamos, olvida el carácter general para insistir sobre las circunstancias olvidadas por los demás, o sea, en los casos de actividades automáticas. — Y nos afirma Garnier, en un trabajo presentado también al Congreso de 1900: "La impulsión *consciente* es una solicitación motriz, de base emotiva, hacia un acto apetitivo que no inspira ningún delirio y que la enseñanza rechaza; pero que se impone algunas veces automáticamente, a la voluntad, con una tal fuerza irresistible, que lleva aparejada la satisfacción del deseo, seguido de un estado de sociego en el que se extingue el acceso". Esta definición descriptiva es de grande importancia bajo el aspecto de lucha y sufrimiento repsesentados por las opuestas inspiraciones del conocimiento y del deseo; mas, como en sus comienzos indica el autor, no se refieren sino a aquellas que van acompañadas de conciencia; pero en estos casos, frecuentemente, en los momentos de la ejecución hay una especie de velo que cayendo sobre la conciencia atenúa, ofusca o rechaza el conocimiento, de modo que en las impulsiones razonadas (o acompañadas de reflexión y lucha) los grados de inteligencia existen en todo el largo prólogo de la acción pero no en el instante de la ejecucución misma. El ejemplo de un suceso aclarará la idea: un orador político insultado por una turba mientras pronunciaba su discurso, sentía vivos impulsos de acallar a la canalla mediante actos violentos; una y otra vez la reflexión del escándalo y de los daños probables le contuvo. Pero crecía el fastidio a cada instante, volviéndose más y más intolerable, derrepente, se le vió saltar en medio del tumulto arrancar el bastón de las manos de uno de los agresores y emprender contra los manifestantes. El grupo se disolvió al instante y el orador al verse rodeado de sus íntimos, no supo cómo

explicarse lo sucedido ni justificar la decisión tomada. Ni por un momento pensé decía atacar a un grupo tan compacto y tan hostil, pensaba que quedaría burlado y malherido. El hecho ni fue consentido por él ni generado en su razón. Cosa semejante debe suceder en las bestias tímidas que acosadas y perseguidas se enfrentan y hieren con bravura. — La concibe Garnier como solicitud de *base* emotiva; pero la emotividad no es su *base* sino el acompañamiento suficiente para tener en tensión, en espectativa al animal.

Cuestión sí de grande importancia y que debemos subrayar en la definición de Garnier, es el aspecto ilógico e inadecuado del acto pretendido, en los estados morbosos de impulsión. El no acompañamiento de las ideas delirantes a los actos impulsivos, creo una equivocación del autor, ya que volviendo sobre lo tan repetido, los impulsos no siendo reales entidades nosológicas puede sí acompañar, en calidad de síntomas, a un sinnúmero de perturbaciones cerebrales: a las obsesiones, neurosis de toda clase, estados histéricos, degeneraciones y en general a toda psicopatía.

He aquí lo que dicen Magnan y Legrain: ("Los degenerados"). "La impulsión patológica es un sindrome morboso caracterizado por una acción o una serie de acciones realizadas por un sujeto lúcido y consciente. Sin la intervención o a pesar de la intervención de la voluntad, cuya impotencia se traduce por una angustia y un sufrimiento moral intensos". No quiero sino esclarecer un punto en esta opinión ¿será siempre signo de la voluntad impotente para impedir la acción. el sufrimiento sentido? la angustia parece nacer de la lucha que en no rara vez representa poder muy enérgico de la voluntad que se opone a una inclinación muy viva, a una atracción muy fuerte, ocasionando, en no raro caso, la victoria de la razón, del sentimiento moral o del prejuicio colectivo: el campo de las obsesiones impulsivas es abundante cantera de comprobación.

En fin, concluímos con el grupo de definiciones reproduciendo la debida a Pitres y Regis, concebida en estos términos: "La impulsión morbosa es, en el dominio de la actividad voluntaria, la tendencia imperiosa, y, a veces, irresistible a volver hacia el puro reflejo".

Vista la multitud de caracteres contemplados parcialmente por los distintos autores, puede darse cuenta el investigador de las dificultades que habrán de aparecer cuantas veces pretenda clasificar los actos impulsivos. Unas veces, la impulsividad morbosa y la del individuo sano se describe con unas mismas frases; otras, se piensa que decir impulsión es decir estado patológico; y hay caso en que se habla de los impulsos como de puros obstáculos puestos a la voluntad.

Como clasificación general para los procesos impulsivos —fisiológicos y patológicos— antes de ninguna distinción, acaso sea aceptable la seguida por Pitres y Regis, quienes separan a los impulsos en motrices, psico-motrices e impulsiones psíquicas; según que el acto reflejo sea instantáneo y fatal, o fatal pero con un intervalo entre la excitación y el resultado, o, cuando no es ni fatal ni necesario, se presenta como una lucha y angustia para ceder o triunfar en definitiva. En los estados normales pueden presentarse, ya sabemos, esas tres complicaciones internas, siendo el estado de pasión, el de ansia y deseo, que lucha y rechaza o cede.

En los casos de enfermedad, no debe siempre suponerse que se ha suspendido o roto el amplio recorrido de la excitación para elaborar mediante el pensamiento y juicio el acto conveniente; si esa suspension es lo ordinario, a veces, el elemento perturbador es sólo la idea vibrante. Morselli ha pensado en fijar las notas características de las impulsiones cuando son patológicas, y exige para llamarlas tales, estas circunstancias: que sean originadas en motivos internos (endógenas); que se hallen dotadas de grande violencia impelente (la cali-

dad de fuerza); que causen trastornos en la corriente ordinaria de la vida normal del sujeto (deben ser productoras de aberraciones); y en fin, habla de su acompañamiento de conciencia y de su involuntariedad. He venido discutiendo desde mucho antes el punto de la conciencia como contenido de todo acto impulsivo y negando su necesidad, pero la materia debe ser tratada poco después con alguna extensión.

Dentro ya del aspecto patológico puro, Rogues de Fursac ha clasificado las impulsiones en estos tipos: *a)* las impulsiones afectivas, *b)* las denominadas simples, *c)* las que llama obsesivas y *d)* los fenómenos de estereotipia. Las del primer grupo son indicadas por el autor como unidas a una irritabilidad anormal que puede acompañar a un gran número de enfermedades (se encuentra entre los psicópatas constitucionales, epilépticos, etc.) representando a cualquiera de los estados afectivos (cólera, ansiedad, excitación erótica, etc.) y cuyo carácter activo ocasiona en cualquier instante, aún por motivos lo más fútiles procedimientos violentos y sin reflexión. 2º Las *impulsiones simples* toman, todavía con mayor claridad, el carácter de pérdida de la razón en virtud de su "automatismo" y de su carencia absoluta de todo motivo exterior y lo impenetrable de las causas internas (no se presenta ningún matiz afectivo). Transcribo el ejemplo demostrativo traído por Fursac: "Una enferma tiró bruscamente al fuego los guantes, el sombrero y el pañuelo de su hija que le visitaba en el locutorio de una casa de salud. Más tarde, en un momento de remisión, aquella se acordaba perfectamente del acto y las circunstancias en que había sido ejecutado, pero sin poder dar la menor explicación". 3º De la impulsión obsesiva nos habla como acompañada siempre de conciencia, y va más alla afirmando: "el enfermo es consciente de su carácter morboso", señalando esta circunstancia en calidad de específica e infaltable. Por último, la tendencia a conservar

constantemente las mismas actitudes, expresiones o procedimientos, es la impulsión denominada esterotipia.

Si hasta ahora hemos insistido bastante en las relaciones de los impulsos con los actividades voluntarias, especialmente con los poderes inhibitorios, no hemos procurado ninguna insistencia en el valor consciente o inconsciente del fenómeno. De modo que al lado de su incohercibilidad o débil control causados por multitud de circunstancias ya insinuadas; debemos hablar del grado de conciencia y reflexión.

1º Parece presentarse casos de absoluto enajenamiento de la conciencia en las impulsiones que surgen en el instante de los accesos epilépticos. Lo veremos entonces al enfermo lanzarse de modo intempestivo sobre su visitante, sobre una persona que pasa por la calle o volver sus ímpetus contra sí mismo en forma de automutilación o tendencia al suicidio. El enfermo que ha procedido así sin motivo apreciable alguno, pasado el acceso, no conserva recuerdo de ninguna clase. ¿La falta de conciencia será absoluta? no podemos afirmarlo, pero hacia el automatismo en la ejecución parece conducir, los dos distintivos indicados: la no aparición de causas conocidas y el no recuerdo de los hechos ejecutados.

2º Al grado anterior, de probable desaparecimiento de la conciencia, debe superponerse inmediatamente las circunstancias de vaguedad, de imprecisión del sujeto sobre los acontecimientos; ¿se tratará acaso de la pérdida instantánea o constante de la personalidad o sólo de un oscurecimiento de la misma? Esta clase de impulsión aparece en los delirios alcohólicos, y en el alcoholismo ocasional como en un gran número de intoxicaciones. La palabra oscurecimiento de la conciencia no da en todo caso la representación real de lo que le sucede al enfermo; a veces pasa como una volatilización del yo, una ausencia momentánea, como una idea fugaz

que en vano se pretende aprisionar; así el yo es un sutil espíritu imponderable e irreductible a su ordinario papel. Puede talvez inscribirse en esta categoría los impulsos de los catatónicos; he aquí la descripción de la impulsividad de estos enfermos traída por Fursac: "Las impulsiones catatónicas son habitualmente rápidas, impreveíbles e inmotivadas, es decir, sin relación lógica con las excitaciones del medio. Un catatónico, muy calmado un momento antes, se levanta de su cama, coje un vaso y lo tira a la cabeza de su vecino.... Un tercero pide a grandes gritos "de beber" teniendo en la mano un vaso lleno hasta el borde. Algunos se entregan durante semanas y meses a tentativas de suicidio no justificadas por ninguna idea melancólica. A veces la impulsión tiene un carácter reflejo, presentándose automáticamente en una circunstancia determinada. Cada vez que un extraño entraba en la sala donde estaba acostado uno de mis enfermos, éste era presa de un ataque de furor mudo, extremadamente violento". Lo digno de señalarse en estos casos es la viveza de la memoria que retiene la escena, permitiendo al individuo relatar con lujo de detalles el suceso.

3º El tercer aspecto de la enfermedad, es el de la conciencia plena respecto de la acción y la naturaleza reflexiva de la actividad. En virtud de circunstancias delirantes o de imágenes alucinatorias el sujeto procede y hace el daño con perfecta tranquilidad respecto de los resultados, cree haber obrado dentro de los límites de su derecho. Tal pasa con los perseguidos perseguidores. No debe confundirse eso sí, esta falsa apreciación con la amoralidad o anestesia de tal sentido alcanzado por algunos enfermos; éstos pertenecen a otro grupo.

4º El enfermo conoce el carácter anormal, morboso de sus inclinaciones, pero no se da cuenta de su naturaleza antisocial, criminal o contraria a las buenas costumbres. En los alcohólicos crónicos, aparece a la larga una especie de debilidad moral representada por una indiferencia absoluta por ciertas reglas sociales y

una apatía constante hacia el desprecio de las gentes; he conocido a un sujeto de distinguida posición, por su familia, que ejecutaba todas sus operacioues naturales en la vía pública y a la luz del día. En los estados obsesionantes de larga fecha es frecuente llegar a tal resultado, tal ha pasado con un cleptomaniaco del que hablaremos muy pronto.

5º El último grado, el más doloroso quizá y el menos protegido socialmente y en las legislaciones penales, es el de aquellos impulsivos que conociendo su enfermedad y la naturaleza del mal sufrido, luchan con desesperación, con ira contra esa especie de fatalidad que los impele. Lucha, de ordinario victoriosa, como el más alto heroísmo del enfermo, pero en ocasiones, fatal, seguido de la responsabilidad del desgraciado, cuyo acto acaso culminó en un momento de ofuscación. La dipsomanía puede llegar a ser uno de los aspectos más ofensivos e insociales, pero de angustia muy viva en ocasiones, del quinto grupo de impulsión. El apetito de beber se expresa en algunos con una intensidad e inquietud sin iguales, es como el sediento que bebería sangre para calmar su sed. Es lo ordinario que está clase de maniáticos sean muy pacíficos y calmado su apetito, sin perjuicio para la sociedad, vuelvan a la normalidad y a sus ocupaciones diarias. Conozco a un sujeto múy honrado y laborioso, que de larga en larga fecha siente una ansia rabiosa de embriagarse, nada de anormal he encontrado en él excepto tales ataques impulsivos, ni siquiera es un nervioso; y satisfecho el deseo, sin turbulencias, vuelve a su ocupación, siendo un modelo de cumplimiento. Mas, hay casos que interesan, sin duda, a la prolifilaxia criminal.

Nada más visible, de seguro, que las relaciones entre los estados más o menos morbosos de las descripciones que preceden y el exagerarse, en los sujetos normales, de los apetitos y deseos y los movimientos poco reflexivos o totalmente automáticos de los nerviosos. La falta de conciencia en ciertos casos, la ausen-

cia de reflexión en otros o la angustia de la lucha que fatiga y hace decaer la energía moral ¿no determirán grados de irresponsabilidad en los actos o no podrán escusarlos? ¿Cuál, por otra parte, es el hombre completamente sano y equilibrado que en las diferentes circunstancias de la vida se sienta plenamente dueño de sí? Una imagen trastorna, una necesidad exacerva, un peligro aterra; y la imagen impone el obrar, la necesidad el satisfacer y el terror aniquilar o huír. Entre el político perseguido que previene y teme las asechanzas de sus enemigos y el hombre público decaído que sufre de perturbaciones mentales, creyéndose por todos atacado y siempre a punto de caer en manos de un conspirador: manía persecutoria que lo vuelve uraño, intolerante, cruel; ¿hasta dónde podrase decir que su actitud es la del prudente que sortea el peligro, y desde cuándo se lo llamará alucinado, delirante o loco que imagina y crea abismos, que se enfurece y atropella toda virtud? Imposible hallar reglas que lo fijen: ¿Musolini, atacando las libertades públicas de Italia y los principios científicos de su derecho penal en resguardo de su persona; es un fatuo peligroso o un político demasiado suspicaz?—Y en otro orden de consideraciones, el hombre fuerte se siente abrazado por la llama de la concupiscencia, cuya hoguera es un surtidor de impulsos que le arrebatan ciegamente, a la manera del potro serril o del toro pujante, despreciando peligros y castigos ¿está en su razón o es víctima del delirio? He visto a sujetos volver de sus acoplamientos descorazonados y temerosos; han hallado signos inequívocos de enfermedad en la mujer, pero la necesidad triunfó de sus escrúpulos.

III

En la clasificación de las impulsiones hemos señalado las que se nombran impulsiones obsesivas; mas

¿podremos deducir de ahí que toda obsesión origina un impulso? Ya es antigua y conocida por nosotros la diferencia entre obsesiones ideativas e impulsivas: no según su calidad activa o posibilidad de cambiarse en movimiento, sino, según la imagen presente, pueda ser un puro razonamiento, juicio o conocimiento (también móviles iniciales de acción, pero débiles), o una obsesión de acto, de ejecución: debo hacer esto, no debo ejecutar tal movimiento. Las primeras, pueden desesperar tanto al paciente, que se conviertan en obsesión de acción: el enfermo angustiado por un constante volver de la imagen parásita piensa buscar un refugio en el suicidio, y, aún cuando en raras ocasiones, encuentra en esta radical medida su curación. Pero si esto es accidental, secundario en las obsesiones ideativas ¿qué pasa en las impulsivas?

El sujeto atacado por la indicada enfermedad, sufre constantemente el ansia de ejecutar tal o cual acto (de resultados deseados o de resultados temidos) o se niega de modo irrazonable y tenaz a un movimiento conveniente o necesario: no tomará alimento o no hablará (cosas éstas muy frecuentes en los histéricos), y cuyas manifestaciones más graves se presentan en las psicosis denominadas del automatismo negativo.

La impulsión de hacer, en los obsesionados: puede ser directa, en los casos queridos, o consiguiente e indirecta en los casos que se teme. Lógico parece que cuando algo se desea con vehemencia se acabe por ceder a esa aspiración, pero del mismo modo la razón nos induce a creer que lo temido se evite y no se produzca, y sin embargo, nada más alejado de la verdad: el miedo de hacer es causa de acción, por cuanto la imagen temida es la que adquiere mayor clarida y absoluta fijeza en el espíritu, causando la irritabilidad nerviosa originaria del adecuado movimiento Pero hay más, nos hallamos ante dobles y opuestas afecciones en ese estado de la vida interna: lo moralmente rechazado es instintivamente querido: se han renovado anhelos atávicos

anti-racionales, anti-sociales o anti-humanos, y el enfermo se da cuenta de que así es; a veces, significa la espuma hirviente de los contenidos instintos: el casto siente los más monstruosos impulsos carnales, el devoto las ansias sacrílegas más fuertes. De modo que las fovias están vecinas, muy vecinas a la acción. Y ésta, o es el definitivo trastorno el hundimiendo de la conciencia moral de la persona, o es el ceder reflexivo a la angustia torturadora.

Los actos que se temen o que se quieren (unidos por cuanto la línea de demarcación es muy fluctuante y oscura) pueden ser de insignificante importancia o de trasedentales consecuencias: un procedimiento chocante por su constancia, ridículo o criminal; y, según sea éste o aquél y en virtud del modo de apreciar el precepto por el enfermo, la posibilidad de acción es más o menos cercana. Lo anterior puede representarse en la siguiente fórmula: mientras mayor sea la repugnancia moral del individuo al acto, menores probabilidades habrá de que se produzca. Del mismo modo que las ideas parásitas artificialmente impuestas (las que se imprimen en el hipnotismo) las que surgen por causas internas en el enfermo, encuentran la resistencia del hábito de pensar y obrar; los sentimientos morales, inequívocamente son un freno, otra restricción de acción es la confianza del asaltado en su poder de resistir: dadles confianza, prestadles auxilio moral y no cederán a su flaqueza, claman todos los psicópatas. El enfermo entregado a sí mismo, dudando de su facultad inhibitoria acaba por perderla, y, desgastado el resorte moral por la lucha, termina por perder eficacia, apareciendo la anestesia espiritual, de que tanto hemos hablado, resultado consecutivo que no se deberá confundir con la incapacidad moral o de sentimientos sociales de ciertos degenerados, criminales y neurópatas. El papel social está así determinado: la reeducación de la voluntad y de la moralidad en el sujeto. La conclusión a que llegamos es que el enfermo cederá tanto más fácilmente a

su impulsividad cuanto menos trascendental o dañosa considere la acción y cuanto menos apto para luchar se sienta.

Muy ilustrativa, para cualquier análisis es la descripción de la crisis de obsesión impulsiva, que debemos a Linas y que la transcribo íntegra, no obstante su extensión, por su vivo color y su importancia: "Estas crisis, refiere, rara vez se producen de una manera brusca y repentina. Por lo general, van preparadas por un período de incubación más o menos largo, durante el cual la idea fija que llegará a ser más tarde impulsiva se presenta en el espíritu de una manera fugitiva y vaga rechazada por la razón, pero reapareciendo por intervalos, con una obstinación creciente que comienza a sembrar la perturbación y la ansiedad en el alma de los enfermos. Esta perturbación y esta ansiedad, aumentan y se traducen por impresiones de molestias y angustia, vagas inquietudes, inmotivadas aprensiones, insomnio, necesidad cada vez mayor de moverse especie de impotencia para fijar la atención y coordinar las ideas. Después vienen los síntomas precursores del acceso: cefalalgia intensa, sentimiento de vacuidad, de presión o de calor en la cabeza, de ruído en los oídos, extrema ansiedad precordial, sensación en el epigastro o en el pecho como de fuego, espasmos dolorosos en distintas partes del cuerpo. Entonces es cuando la razón se perturba y cuando la idea impulsiva toma posesión del espíritu de los enfermos y se impone a ellos en forma de obsesión incesante. Tienen conciencia de su estado y comprenden su triste situación; tienen horror a las perversas sugestiones que les asaltan, conocen su atrocidad y presienten espantosas consecuencias luchan enérgicamente contra ellas y hacen esfuerzos desesperados por conjurarlas, huyen de los sitios en que parecen se desarrolla o se acentúa; evitan todas las ocasiones que podrían hacerles sucumbir a estas sugestiones; se separan de los objetos, instrumentos o armas que podrían servirles para hacer daño. Sienten su impotencia

contra las horribles sugestiones a que se ven sometidos, y algunos piden con insistencia que se los encierre y se evite de ese modo que hagan daño. La resistencia es más o menos grande o prolongada, según la violencia y resistencia de la impulsión. Algunos enfermos consiguen rechazar estos terribles asaltos; pero en la mayor parte la razón impotente y debilitada, cede a esta lucha encarnizada y desigual. Este conjunto de fenómenos con el acto impulsivo que es su término, no puede ser considerado más que como la crisis de una perturbación mental particular que dura después más o menos tiempo. Y confirma esta opinión el que, una vez consumado el acto, se opera en el estado de estos desgraciados, una especie de silencio o alivio. como si la realización de las impulsiones fuese el único medio de verse libre de intolerables tormentos".

El combate es cruel en ocasiones. Sufre el hombre mil caídas y se levanta de nuevo resuelto a vencer. Es como si la sangre envenenada recorriera su cuerpo quemándolo y produciéndolo la asfixia consiguiente; son millares de gusanos que cosquillean, al pasar, las arterias, son un sin fin de insinuaciones que gritan, que aturden a veces, y otras, atenuando la sonoridad de su voz, dejan la plenitud espiritual para discurrir. Pero, pensad en lo monótono y continuo de un sonido desagradable: una polilla que roe un mueble, un ratón que orada una tabla; cada repetición es un pinchazo tenue en un nervio que se renueva a perpetuidad y sin sociego. La molestia exaspera y todas las reflexiones son vanas; procurad olvidar y el olvido es una tortura más en cuyo silencio impera ese único rumor. Os taparéis los oídos y el vicho se os internará en el cerero para recomenzar su serenata. Hallaréis entonces la tortura superior a vuestras fuerzas y si no podéis apartar el ruído cometeréis cualquiera inconveniencia. Esa es la situación del obsesionado: el ruído es interno, la visión cerebral y el bicho ni se espanta ni huye por nada: es absurdo pensar como pienso, pero sigo pensando, es monstruoso el

su impulsividad cuanto menos trascendental o dañosa considere la acción y cuanto menos apto para luchar se sienta.

Muy ilustrativa, para cualquier análisis es la descripción de la crisis de obsesión impulsiva, que debemos a Linas y que la transcribo íntegra, no obstante su extensión, por su vivo color y su importancia: "Estas crisis, refiere, rara vez se producen de una manera brusca y repentina. Por lo general, van preparadas por un período de incubación más o menos largo, durante el cual la idea fija que llegará a ser más tarde impulsiva se presenta en el espíritu de una manera fugitiva y vaga rechazada por la razón, pero reapareciendo por intervalos, con una obstinación creciente que comienza a sembrar la perturbación y la ansiedad en el alma de los enfermos. Esta perturbación y esta ansiedad, aumentan y se traducen por impresiones de molestias y angustia, vagas inquietudes, inmotivadas aprensiones, insomnio, necesidad cada vez mayor de moverse especie de impotencia para fijar la atención y coordinar las ideas. Después vienen los síntomas precursores del acceso: cefalalgia intensa, sentimiento de vacuidad, de presión o de calor en la cabeza, de ruído en los oídos, extrema ansiedad precordial, sensación en el epigastro o en el pecho como de fuego, espasmos dolorosos en distintas partes del cuerpo. Entonces es cuando la razón se perturba y cuando la idea impulsiva toma posesión del espíritu de los enfermos y se impone a ellos en forma de obsesión incesante. Tienen conciencia de su estado y comprenden su triste situación; tienen horror a las perversas sugestiones que les asaltan, conocen su atrocidad y presienten espantosas consecuencias luchan enérgicamente contra ellas y hacen esfuerzos desesperados por conjurarlas, huyen de los sitios en que parecen se desarrolla o se acentúa; evitan todas las ocasiones que podrían hacerles sucumbir a estas sugestiones; se separan de los objetos, instrumentos o armas que podrían servirles para hacer daño. Sienten su impotencia

contra las horribles sugestiones a que se ven sometidos, y algunos piden con insistencia que se los encierre y se evite de ese modo que hagan daño. La resistencia es más o menos grande o prolongada, según la violencia y resistencia de la impulsión. Algunos enfermos consiguen rechazar estos terribles asaltos; pero en la mayor parte la razón impotente y debilitada, cede a esta lucha encarnizada y desigual. Este conjunto de fenómenos con el acto impulsivo que es su término, no puede ser considerado más que como la crisis de una perturbación mental particular que dura después más o menos tiempo. Y confirma esta opinión el que, una vez consumado el acto, se opera en el estado de estos desgraciados, una especie de silencio o alivio. como si la realización de las impulsiones fuese el único medio de verse libre de intolerables tormentos".

El combate es cruel en ocasiones. Sufre el hombre mil caídas y se levanta de nuevo resuelto a vencer. Es como si la sangre envenenada recorriera su cuerpo quemándolo y produciéndolo la asfixia consiguiente; son millares de gusanos que cosquillean, al pasar, las arterias, son un sin fin de insinuaciones que gritan, que aturden a veces, y otras, atenuando la sonoridad de su voz, dejan la plenitud espiritual para discurrir. Pero, pensad en lo monótono y continuo de un sonido desagradable: una polilla que roe un mueble, un ratón que orada una tabla; cada repetición es un pinchazo tenue en un nervio que se renueva a perpetuidad y sin sociego. La molestia exaspera y todas las reflexiones son vanas; procurad olvidar y el olvido es una tortura más en cuyo silencio impera ese único rumor. Os taparéis los oídos y el vicho se os internará en el cerero para recomenzar su serenata. Hallaréis entonces la tortura superior a vuestras fuerzas y si no podéis apartar el ruído cometeréis cualquiera inconveniencia. Esa es la situación del obsesionado: el ruído es interno, la visión cerebral y el bicho ni se espanta ni huye por nada: es absurdo pensar como pienso, pero sigo pensando, es monstruoso el

su impulsividad cuanto menos trascendental o dañosa considere la acción y cuanto menos apto para luchar se sienta.

Muy ilustrativa, para cualquier análisis es la descripción de la crisis de obsesión impulsiva, que debemos a Linas y que la transcribo íntegra, no obstante su extensión. por su vivo color y su importancia: "Estas crisis, refiere, rara vez se producen de una manera brusca y repentina. Por lo general, van preparadas por un período de incubación más o menos largo, durante el cual la idea fija que llegará a ser más tarde impulsiva se presenta en el espíritu de una manera fugitiva y vaga rechazada por la razón, pero reapareciendo por intervalos, con una obstinación creciente que comienza a sembrar la perturbación y la ansiedad en el alma de los enfermos. Esta perturbación y esta ansiedad, aumentan y se traducen por impresiones de molestias y angustia, vagas inquietudes, inmotivadas aprensiones, insomnio, necesidad cada vez mayor de moverse especie de impotencia para fijar la atención y coordinar las ideas. Después vienen los síntomas precursores del acceso: cefalalgia intensa, sentimiento de vacuidad, de presión o de calor en la cabeza, de ruído en los oídos, extrema ansiedad precordial, sensación en el epigastro o en el pecho como de fuego, espasmos dolorosos en distintas partes del cuerpo. Entonces es cuando la razón se perturba y cuando la idea impulsiva toma posesión del espíritu de los enfermos y se impone a ellos en forma de obsesión incesante. Tienen conciencia de su estado y comprenden su triste situación; tienen horror a las perversas sugestiones que les asaltan, conocen su atrocidad y presienten espantosas consecuencias luchan enérgicamente contra ellas y hacen esfuerzos desesperados por conjurarlas, huyen de los sitios en que parecen se desarrolla o se acentúa; evitan todas las ocasiones que podrían hacerles sucumbir a estas sugestiones; se separan de los objetos, instrumentos o armas que podrían servirles para hacer daño. Sienten su impotencia

contra las horribles sugestiones a que se ven sometidos, y algunos piden con insistencia que se los encierre y se evite de ese modo que hagan daño. La resistencia es más o menos grande o prolongada, según la violencia y resistencia de la impulsión. Algunos enfermos consiguen rechazar estos terribles asaltos; pero en la mayor parte la razón impotente y debilitada, cede a esta lucha encarnizada y desigual. Este conjunto de fenómenos con el acto impulsivo que es su término, no puede ser considerado más que como la crisis de una perturbación mental particular que dura después más o menos tiempo. Y confirma esta opinión el que, una vez consumado el acto, se opera en el estado de estos desgraciados, una especie de silencio o alivio. como si la realización de las impulsiones fuese el único medio de verse libre de intolerables tormentos".

El combate es cruel en ocasiones. Sufre el hombre mil caídas y se levanta de nuevo resuelto a vencer. Es como si la sangre envenenada recorriera su cuerpo quemándolo y produciéndolo la asfixia consiguiente; son millares de gusanos que cosquillean, al pasar, las arterias, son un sin fin de insinuaciones que gritan, que aturden a veces, y otras, atenuando la sonoridad de su voz, dejan la plenitud espiritual para discurrir. Pero, pensad en lo monótono y continuo de un sonido desagradable: una polilla que roe un mueble, un ratón que orada una tabla; cada repetición es un pinchazo tenue en un nervio que se renueva a perpetuidad y sin sociego. La molestia exaspera y todas las reflexiones son vanas; procurad olvidar y el olvido es una tortura más en cuyo silencio impera ese único rumor. Os taparéis los oídos y el vicho se os internará en el cerero para recomenzar su serenata. Hallaréis entonces la tortura superior a vuestras fuerzas y si no podéis apartar el ruído cometeréis cualquiera inconveniencia. Esa es la situación del obsesionado: el ruído es interno, la visión cerebral y el bicho ni se espanta ni huye por nada: es absurdo pensar como pienso, pero sigo pensando, es monstruoso el

asesinato que medito, pero sigo meditando; me he hecho todas las reflexiones posibles, he huído de todas las acasiones, pero llevo en mí la ocasión y la reflexión se anula; el fastidio es superior a mi resistencia y ejecuto el daño para calmarme. Y, la ejecución resuelta interiormente, preparo de modo reflexivo, pensando en los mejores medios y en la manera de escapar al castigo.

Mirad un hecho de cruel intensidad, que lo repito como confirmación experimental y a manera de esclarecimiento de algunas de las anteriores afirmaciones:

".... Paguez padecía una predisposición heredi taria; a consecuencia de repetidas desgracias se volvió triste y buscaba la soledad; por lo demás demostraba gran afecto por su familia. — "Hacia fines de febrero, afirma, me surgió la idea de matar a mis hijos. Dueño aun de mí, no podía dormir; sentía en el estómago como un peso; tenía dolores de cabeza, no comía, me olvidaba incluso de fumar, cosa que era para mí más necesaria que el pan. Desde entonces este estado no ha dejado de crecer y dominarme. Hace cuatro o cinco meses que yo estaba atormentado por este pensamiento, tenía siempre la misma idea, procuraba distraerme, pero constantemente, lo mismo de noche que de día, y trabajando, me dominaba completamente. — "Tres noches me he levantado de mi cama con intención de matar a mis hijos. La primera salí al patio para procurar discipar este mal pensamiento. Después de estar en él media hora, entré en mi cuarto más calmado y me acosté. La segunda noche hice la misma salida, después entré a encender mi luz, cogí una navaja de afeitar que estaba en un mueble y me paseé a lo largo de la habitación con la navaja en la mano, mirando a mis hijos ardientemente: coloqué la navaja de afeitar en el aparador y salí para cuidar mis caballerías. La tercera noche salí y entré muchas veces con propósito de cometer la acción que ya estaba présto.... Entré en el cuarto de mis hijos llevando en una mano la luz y en la otra la azada.... miré si mi hijo estaba en su cama,

las cortinas estaban entreabiertas y pude ver que no estaba. Las de mis hijas estaban también entreabiertas y ví que se hallaban en sus camas; me aproximé, coloqué, para tener más fuerza el pie izquierdo en la silla que estaba cerca de la cama y comencé a pegar golpes sobre sus cabezas. Dormían, no hicieron ningún movimiento, no se cuántos golpes las dí. — "Antes del crimen *no pensé sino en cometerlo y huir;* después, no miré siquiera los cadáveres, pero *sentí un gran alivio* que me duró hasta llegar al bosque. Allí me sentí débil y dije: "Soy un hombre perdido". "Era necesario que yo hiciese esto y yo no he podido impedir el darles la muerte".

El sinnúmero de hechos semejantes al descrito y que registran los anales de la medicina legal, nos inducen a este natural corolario: cuantas veces se trate de crímenes monstruosos, sean repentinamente generados y concluídos o reflexionados y previstos en sus consecuencias; y en toda ocasión que el acto delictuoso se oponga a la corriente normal de la vida del sindicado; debe buscarse y con frecuencia se hallará el signo morboso que lo determine. No es la instantaneidad la única regla de fuerzas impelentes invencibles ni la inconsciencia la única norma para señalar irresponsabilidades. Y esto, no para el enfermo sólo sino para el delirante por causa de una pasión.

Mientras desempeñaba una Agencia Fiscal, recuerdo haber intervenido en la persecución de un criminal que era por un extraño contraste el hombre más honrado y bueno del mundo, y que mató a su querida en circunstancias que volvían su crimen legalmente injustificable, y por el contrario, acompañado de algunas agravantes. J. B. había contraído relaciones permanentes con una mujer del pueblo que le era muy adicta y cariñosa, comprendía ésta su inferior posición social y por lo mismo guardábale consideración y reconocimiento. El señor B. era estimadísimo entre sus veci-

nos por su dulzura y condescendencia, y entre el público en general, por su laboriosidad y cumplimiento; mantenía a sus padres con el producto de su trabajo. Derrepente dejó de concurrir a la casa de su amante, y en vano la pobre mujer le esperó durante una semana; B. afirmaba a sus amigos que estaba celoso de ella, sin expresar los motivos. Un domingo se le vió recorrer varias cantinas pidiendo licor (cosa que sorprendió a sus conocidos) y a la una de la madrugada cuando había un absoluto silencio en la pequeña ciudad fue al domicilio de Victoria R...., llamó a su puerta que era la de un almacén de víveres y a la pregunta de la mujer, contestó con voz tenue que era J. B. su amante, que venía a visitarla. Victoria, salta apresuradamente del lecho (según refería una niña de doce años, su hija) y va a abrir la puerta. Entreabierta ésta la mujer le invita a entrar y él le exige que salga a tomar una copa de licor en una cantina próxima, se resiste Victoria alegando no estar vestida y B. le pide que por lo menos le abra bien la puerta. En ese momento, dice la hija de la víctima, oí un tiro y pasos precipitados y todo quedó en silencio. La muchacha ajena a la idea de un crimen se volvió a dormir; pero un frío intenso que penetraba por la puerta abierta y la angustia mortal de un sueño, la despertaron. Pidió a uno de sus hermanitos que fuera a cerrar la puerta, pero flotaba tal ambiente de terror que no quiso levantarse. Por fin, los tres hermanos ayudándose mutuamente fueron hacia la puerta y a los pocos pasos tropezaron con el cuerpo de su madre caída en tierra.

El juradó absolvió al delincuente, bajo el pretexto de falta de pruebas, y de seguro, por las grandes simpatías de que gozaba el sujeto.

Hemos hablado de la lucha terminada a veces con una victoria y otras en la absoluta derrota del obsesionado impulsivo, y hemos hallado en el último caso la explicación: o en evidentes trastornos de conciencia y

conocimiento o en la reflexiva aceptación del estímulo más fuerte, y esto se presenta, o por cuanto el sufrimiento ha llegado a ser intolerable de manera de preferir cualquiera consecuencia a consentirlo por tiempo indefinido, o por cuanto el enfermo desconociendo o despreciando las leyes morales y sociales hace lo que puede satisfacerlo, ya por cuanto nunca comprendió los estímulos éticos, ya por haber perdido tal aptitud en su lucha desesperada contra la enfermedad. Entre quienes perdieron la aptitud moral y aquellos que jamás lo tuvieron, hay ciertas diferencias psicológicas y patológicas. Los primeros, en general sólo desconocen los mandatos imperativos en cuanto se relacionan con la materia de su predisposición morbosa obsesivo-impulsiva; los amorales-constitucionales lo son de ordinario en todo aspecto, con tanta facilidad violan una como otra regla de conducta; a aquellos la reeducación es en algún sentido fácil y puede acompañar a la curación de la enfermedad principal, para los otros, no es el despertar sino el imprimir, no es el construír sin un apoyo, sino el levantar cimientos, en cuyo esfuerzo el cultor halla varias oposiciones: el embotamiento moral que hace ineficaces los esfuerzos por estimular, no hay manera de imprimir virtud entre semejantes acorazados respecto a las insinuaciones del bien, y además, hállase, en no rara ocasión con un poder razonador muy vivo, aún cuando superficial, que emplea toda clase de sofismas para demostrar que lo hecho perfectamente hecho está. Por los conocimientos señalados puede verse, como los impulsivos, constitucionalmente amorales son el peligro más fuerte de las instituciones colectivas y contra quienes la sociedad ha de luchar, o más bien, por quienes debe preocuparse singularmente; con un término muy empleado hoy en la ciencia penal y perfectamente expresivo diríamos, su *temibilidad* es bien notoria y el peligro procedente de él inequívoco y que exige medidas radicales. Insistencia nuestra tanto más justificable, cuanto que poco se preocupan los legisladores de

las medidas preventivas respecto de los amorales que no se han manifestado aún sino por actos de bébil delictuosidad.

He tenido ocasión de conocer a un cleptómano, hombre de algunas relaciones sociales, despreocupado en lo absoluto de la naturaleza delictuosa de sus tendencias y dueño de una fatuidad y suficiencia notables, fundadas, aunque sin fundamento, en la superioridad de su dotes intelectuales. Es un tipo a primera vista bastante aceptable, mientras no se descubra lo ficticio de su cultura, pronto y hasta brillante en su respuesta, pero superficial o vacío, de donde nace el prestigio, entre el vulgo, de su inteligencia. Nada justifica sus pequeños hurtos, ni la necesidad ni la rareza del objeto robado; puede decirse que roba por lujo y con una torpeza tan marcada, que es sorprendido casi siempre; sin que tal circunstancia le afecte en lo mínimo, como no lo ha afectado tampoco, sino lo ha exaltado a sus ojos, los desprecios originados por tales causas. Cuantos amigos han tenido relaciones íntimas con él me han referido con sorpresa, su ausencia absoluta de ideas y sentimientos morales. Pensé en el primer momento en una fatuidad razonadora debida a una perniciosa literatura que, procediendo de las decepciones democráticas y de civilización europeas van perturbando nuestra América, mediante el sarcasmo que hunde conquistas e instituciones para no reemplazarlas con nada; pero me han disuadido de tal idea las referencias serias obtenidas, sobre sus procedimientos en la vida galante y de amor, en sus injurias a la amistad y en sus ataques contra cuantos no acatan su manera de ser. — Es un enfermo, evidentemente, y si su mal avanza y si sus daños crecen ¿quién puede ser responsable sino una familia indolente y una sociedad apática que en vista del mal no procura el remedio? Cómo indignarse ni herir al que no halla protección social, al que no recibe una atención adecuada, a quien ha perdido todo contraestímulo inhibitorio.

IV

La fatalidad del hecho en los impulsivos, lo hemos rechazado, aún tratándose de los individuos atacados por una impulsividad morbosa; del mismo modo rechazamos el perfecto poder de la voluntad, para impedir el desarrollo del procedimiento deseado, aún en las mismas personas sanas, cuantas veces el violento estímulo impone una actividad instantánea o un acto imperiosamente querido, por una de las causas señaladas. ¿Pero es sólo la inconsciencia o la obnubilación del conocimiento, lo que indica la no intervención de la voluntad? ¿cuánto es conocido y reflexionado es voluntario? Reservándonos un análisis algo detenido de la naturaleza y circunstancias de los actos volitivos en capítulos posteriores sólo anticipamos que no es raro en los perturbados en sus facultades de querer el análisis y balance de motivos, la larga reflexión, y hasta, una decisión racional tomada, para luego no cumplirla o ejecutar la contraria. Pero caben perfecta inteligencia y facultad de decidirse bastante desarrollada, que acompañen a estados de perturbación mental, ya de la atención que fija toda su energía en una imagen, ya de la conciencia que se restringue o desdobla, ante la presencia del yo que anota el suceso íntegro y los sucesivos grados de la evolución, apreciando la calidad morbosa.

Evidentemente, en la mayor parte de los impulsos obsesivos la conciencia del acto y el sentimiento de la responsabilidad aparecen con vivos caracteres, y en ocasiones, con demasiada viveza y con signos torturadores que simbolizan los peligros contenidos en la resolución y son el efecto del hábito moral prohibitivo. Pero la facultad inhibitoria, de ordinario, pierde su eficacia normal: ya en cuanto se relaciona al rechazo de la imagen cuya fijeza la ha impuesto a la contemplación, ya para impedir el producto normal del movimiento

impelente; de ahí dos resultados en el enfermo: o la idea va nutriéndose de la tolerancia intelectual y va hundiendo cada vez más hondo sus raíces y extendiendo sus ramas que ocupa gran parte de la vida del sujeto; o sin semejante absorción, hay puramente la urgencia del estímulo y la impotencia del freno moral.

Cuando la obsesión impulsiva abarca gran parte de las actividades cerebrales, sin que se pierda no obstante el juicio ni el razonamiento cuya misión comparativa y electiva subsisten, podemos hallarnos ante un combate violento: por un lado, la acción querida, o mejor, artificialmente impuesto con su intenso acompañamiento emotivo y predispuesto a obrar mediante una impulsión; del lado contrario asoma, las normas sociales aprendidas, los principios morales sentidos, las leyes inculcadas, junto con el temor, que es dolor previsto en la sanción que los reviste de eficacia. ¿Cuál de los dos grupos de motivos habrá de triunfar? Es común que los hábitos y principios teñidos de la emotividad que los presta el temor, hagan valer sus motivos y el sujeto llegue mediante múltiples procedimientos, sencillos unos, de complejidad variable los otros, a librarse del hecho. Un primer grado que puede encontrarse aún en los individuos sanos, es la impulsividad de los nerviosos; le he oído relatar a un sujeto que en sus horas de nerviosismo le asaltan extraños deseos. Constató por varias ocasiones que, subiendo a un tranvía, se le presentaba ansias de sacar la cabeza por la ventanilla a fin de estrellarse contra uno de los postes, y hubo de evitar el ver hacia afuera para no ceder a la tentación. — Pero el mal de los estados mórbidos tienen mayor pertinacia, vencido, vuelve a surgir, anonadado, renace, y sólo mediante larga lucha curativa desaparece la aspiración, sin que jamás haya hecho el individuo lo que le atraía. No obstante, en determinados casos de gravedad del mal convierte en intolerable la violencia y todas las reflexiones posibles se anulan ante el impulso que causará el daño. Y hay todavía, como insinuamos

antes, el fenómeno poco estudiado de los actos previstos en sus menores detalles, preparados con viva inteligencia y donde parece presentarse la plenitud voluntaria; tales los que ejecutan ciertos obsesionados, que después de tratar de vencerse, por largo tiempo, acaban por considerar el acto como fatal y lo hacen arrostrando todo peligro o sanción o procurando, alguna vez, evitar responsabilidades por la elección del escenario adecuado, de la hora sin testigos o del paraje de donde puede huír o en donde hallará un seguro asilo. Mirad un suceso bien revelador, de un informe médico-legal de Ch. Vallon.

"Desde fines de julio estaba obsesionado H... con la idea fija de matar una prostituta; una prostituta precisamente y no otra mujer. Esta idea se le ha ido desarrollando poco a poco sin que pueda precisar el momento en que comenzó a tenerla. No se explica el por qué de ella, puesto que jamás ha tenido queja de ninguna prostituta. Además, pocas veces estaba con mujeres públicas; pues sus preferidas eran las criadas con quienes entablaba relaciones por razón de su oficio. Jamás ha padecido de ninguna enfermedad venérea. Al principio procuró rechazar la idea del homicidio, pero todos sus esfuerzos han sido inútiles, puesto que esa idea ha ido poco a poco enseñoreándose de su espíritu y dominando su cerebro bien a pesar suyo. Tenía deseos de matar a una mujer pública, pero sin reflexionar en el modo de darle muerte: no veía de antemano la escena del asesinato ni se veía presenciándolo; sufría horriblemente; era, según su expresión, como una neuralgia en las sienes. Antes, algunas veces, había sentido un dolor en ese sitio, pero jamás tan intenso. No era continuo, pero volvía a cortos intervalos no dejándole ni siquiera dormir. La vida le llegó a ser insoportable. En estas condiciones tomó la decisión, para acabar de una vez, de matar a una mujer pública cualquiera; con esta intención, pues, compró un puñal. Aún así, durante algunos días, pudo resistir; constan-

temente se hacía esta reflexión: "si me cojen me condenarán". Por fin, el 4 de agosto, y no pudiéndose dominar más, a las nueve de la noche, y después de haberse cerrado la casa de comidas donde estaba empleado, salió resuelto esta vez a matar a la primera mujer que le solicitase. Iba armado de un revólver cargado con seis tiros que poseía hacía largo tiempo, y el puñal comprado algunos días antes. — Descendió el boulevard Saint Michel y después siguió por los boulevards Sebastopol, Saint Martín, Filles du Calvaire, siempre obsesionado por la misma idea y siempre detenido por mujeres públicas, pero resistiendo constantemente. Pero al llegar al boulevard Baumarchais y a la rue Saint Sabin, cedió a las repetidas instancias de una joven. — H. recuerda perfectamente las peripecias del drama, confirmando las declaraciones de su víctima. Antes de herir estaba atormentado, ansioso; al descargar los golpes sentía placer.... Una vez cometido el crimen se sintió repentinamente aliviado y dió un suspiro como si se hubiese descargado de un gran peso. Cuando el criado del hotel llegó, derrepente se dió cuenta de la gravedad de lo que acababa de hacer; asustado se metió el revólver en el bolsillo y bajó precipitadamente la escalera gritando: "deteneos", "deteneos". No sabía por qué gritaba así; en este momento había perdido algo la cabeza". Continúa Vallón que en la calle recobró su tranquilidad y fue pacíficamente a dormir en su morada, donde un sueño reparador le compensó de las anteriores noches de insomnio. Su perfecta calma continuó por algunos días al cabo de los cuales se vió atormentado por vivos remordimientos que le condujeron a denunciarse por una carta al Comisario de Policía. El observador afirma que determinaba su enfermo con vivas notas la diferencia entre el sufrimiento físico anterior al crimen, y el dolor moral del arrepentimiento.

En el ejemplo anterior parece precisarse la plena conciencia en todos los momentos anteriores y conco-

mitantes con la ejecución del designio y una voluntad que se decide reflexivamente a hacer lo que con tanto empeño solicita su actividad: elije el instrumento adecuado para el asesinato. ¿Qué puede hacer el juez ante este hecho? ¿condenará simple y llanamente al enfermo, apreciando todavía las agravantes? Un sujeto hiere ofuscado por el furor, otro desesperado por la angustia ¿cuál representará mayor responsabilidad? el uno tiene la salud mental que le impone la obligación moral de reflexionar; el otro, perdiendo el dominio de sus ideas sufre la repercusión emotiva e impulsiva que de la imagen interna proceden. Acusar al dipsomaniaco de su ansia de beber, sería acusar a un viajero perdido en el desierto que las fauces ardientes enjugara con agua turbia o sucia. Ese es el estado de algunos obsesionados. ¿Y no vemos como en los enfermos, entre los sujetos más equilibrados, más normales, una inquietud constante, repetida puede cambiarse en origen de los mayores desatinos? En una ciudad de provincia el Dr. C., hombre de muy clara inteligencia, de suma corrección en sus actos y de una pasividad notable, ejercía con grande aplauso un profesorado en el Colegio oficial. Por algunas faltas disciplinarias hubo de castigar a uno de sus discípulos; por fanfarronada el muchacho prometió asesinarlo y en toda ocasión que lo encontraba lo seguía detrás. La inquietud para el profesor llegó a ser tan intolerable pue se compró un revólver y dió parte a la policía del ataque de que era víctima, temiendo no poder resistir más.

En el caso del Dr. Vallón el informe médico fue de que se trataba de un desequilibro mental representado por una idea incoercible de donde procedió el acto; el médico creía que "no se le puede hacer responsable" y debía encerrárselo en el manicomio. El juez de instrucción dictó un sobreseimiento y se lo recluyó en un asilo.

Hay todavía, que la crueldad en los procedimientos representan de ordinario, disturbios espirituales.

Un sujeto ha pretendido herir, por cualquier motivo, para asustar, supongamos, pero el olor de la sangre, su color rojo le trastorna y se encarniza con su víctima. En otras ocasiones son perturbaciones procedentes de impulsos genésicos, que sin querer efectivamente el daño, lo causan; materia ésta que vamos a presentar brevemente, en seguida.

V

Grande interés ha despertado entre los psiquiatras y los médico-legistas, la teoría que cree hallar la causa u origen de todos los estados de obsesión, en perturbaciones de los aparatos reproductores o en los falsos o inadecuados funcionamientos de los instintos genésicos. A Freud se le debe la innovación, para quien se puede explicar de modo principal y casi exclusivo, las neurosis de angustia por la acumulación de exitaciones genésicas que no se satisfacen, o sólo se lo hace de un modo incompleto. La abstención y las prácticas irregulares, los fraudes matrimoniales para las mujeres, etc., originan los trastornos. Estos son los precisos términos empleados por Freud sobre la materia, en una memoria relativa a obsesiones y fobias publicada por la "Revista Neurológica": "La neurosis ansiosa es de origen sexual Su etiología específica es la acumulación de la tensión genésica provocada por la abstinencia o la irritación genésica frustrada. Gran número de observadores han llegado a semejante conclusión, entre ellos Gattel, Tournier, etc. con abundantes datos en comprobación". Mas, hay quienes niegen tal preponderancia, atribuyendo la causa más ordinaria a orígenes hereditarios. Pero ni uno solo de éstos desconoce el peligro del mal funcionamiento sexual para las perturbaciones mentales. Hartemberg se expresa: "Pero si yo no he encontrado las neurosis de angustia producida

en todos los casos por una causa sexual, he observado, en cambio, casos que en una causa sexual producía la neurosis de angustia. He visto, como los autores ya citados, ya la abstinencia, ya el coito interrumpido, dar nacimiento a la neurosis. Pero por otra parte, hechos de este género no son raros en la literatura médica, y han sido descritos, desde hace largo tiempo, por numerosos autores" y citando a Féré: "El coito incompleto, los fraudes matrimoniales son, con frecuencia, así en el hombre como en la mujer, pero más aún en esta última, la causa determinante de una exitabilidad nerviosa que se traduce por emotividades morbosas de formas muy diversas. La abstinencia desempeña un papel importante en la producción de la neurastenia; y, en el particular, de la neurastenia sexual: si el efecto no es constante, no por eso puede ser negado". Havelock Ellis ha insistido mucho en una extensa obra sobre el papel social de los sexos, en los deberes matrimoniales del marido respecto a la plena satisfacción sexual de su consorte, y subrayado con mucha precisión los peligros que acarrearían para la salud de la mujer la insuficiencia amorosa del sujeto; como esa especie de prostitución causada por la lascivia impotente de ciertos ancianos, que con tanta frecuencia se ha referido en la literatura de las relaciones sexuales (1).

---

(1) Haweloch Ellis, ha vuelto constantemente sobre la materia de la educación sexual y de los peligros de su incomprensión, en varias obras, entre las que se pueden comprender como las más importantes en la materia especial estudiada en el texto, las denominadas: "La historia en relación con las emociones sexuales" y "Amor y dolor; estudio sobre el sadismo y el mazoquismo".—Copio el número 59 de la Revista titulada "Notas prácticas de actualidad médica" (setiembre de 1926) el siguiente párrafo: "Hay dos grandes teorías que intentan explicar la *ansiedad*. La primera, con S. Freud, atribuye "la neurosis de angustia a la insatisfacción del amor sensual en las diversas etapas de la vida genital. "Por exagerada que sea, esta teoría tiene ciertamente una parte de verdad y nadie mejor que el médico habituado a recibir, con frecuencia

La gran trascendencia para la vida nerviosa del individuo de la forma y cantidad del funcionamiento genésico, aun cuando no se complique con verdaderos estados morbosos de otro orden, está representado por los trastornos del organismo entero en los jóvenes que han alcanzado la pubertad. La neurastenia de los iniciados apenas en la vida, que origina en los más capaces ese derivativo natural de una literatura lacrimosa, nace del instinto genésico que irrumpe y de la inhibición social que impone abstenimiento, del mismo modo como el malestar del enamorado después de largas horas de cita con su amada, nace de la irritación acumulada y de la insatisfacción subsiguiente. Eso sí, debemos distinguir como, si los fraudes matrimoniales o la interrupción en la función, afectan particularmente a la mujer, entre los sujetos vírgenes de contacto sexual, el tormento, de ordinario, es para el hombre con su viva angustia y neurosis profundas, mientras en su novia apenas se despierta una ténue melancolía; una inquietud vaga (hablo de los ordinarios casos de amor correspondido y sin dificultades, en muchachas no histéricas). ¿Por qué esa diferencia? Podemos contestar con Ellis, trasladando a otra esfera sus afirmaciones: la causa verdadera está en la relativa insensibilidad de los órganos genitales de la mujer, por eso la necesidad se presenta vaga, amortigüada en la virgen, mientras es activa y perentoria en el mancebo.

De la relativa insensibilidad genésica de la mujer demostrada experimentalmente por Calmann, se dedu-

---

confesiones sobre este punto delicado, para concederle el necesario lugar. La otra teoría con H. Claude, Logre, Tinel y Sautenoise, Euzuère y Margarot, etc.... atribuye la ansiedad a trastornos del sistema neuro-vejetativo de los que no habría que aislar algunos desórdenes endocrinos estando el conjunto a la base de la constitución emotiva de Dupré". Las dos grandes teorías, en mi concepto, se completan, y podría justificarse la insistencia sobre la causa sexual, aunque jamás el exclusivismo de tal punto de vista, por su importancia y frecuencia.

ce además la explicación de las mayores exigencias femeninas para calmar las excitaciones despertadas, que la obligan a buscar un amante que contrarreste la debilidad del marido; y cuando no se disponen de medios de tal naturaleza, llégase a las consecuencias enfermizas anotadas por Fé é. Estamos conformes con Ellis, en atribuír las impulsiones sádicas o mazoquistas, a la necesidad de preparar la tensión nerviosa y la adecuación de los órganos genésicos, mediante una emoción que les despierte, para el competente funcionamiento; así el dolor que se sufre o se refiere no desempeña el papel de una crueldad, según lo ha comprobado el autor; tampoco es el dominio y la posesión que hace sentir su superioridad: es notable que el sádico, en general, es un sujeto débil, de poca robustez funcional y nerviosa. Una muchacha delicada y sumisa a la cual, las absolutas necesidades de la vida condujeron a la prostitución. refería con verdadero apasionamiento como, uno de sus más constantes *amigos* C. B, le amaba locamente, parecía en sus frecuentes impulsos querer *devorarla;* y mostraba con orgullo las huellas de una mordedura.

En fin, la poca sensibilidad sexual de la mujer, irá quizá a dar alguna razón a las afirmaciones de quienes piensan que el impulso sexual no representa el instinto de conservación de la especie, sino la necesidad de expulsar las células que están demás y son perturbadoras para el organismo, una especie de escrecencia (1). De donde tales autores deducen, que no son ilógicos ni inexplicables los vicios contra-natura.

Mas, no son los indicados los únicos peligros individuales de trascendencia social. Al lado de la falta está el exceso, con resultados mucho más lamentables. Un agotado se debilita no sólo en sus funciones genésicas, sino en el general desarrollo nervioso: ancianidad

(1) Puede verse en la colección de artículos de Eugenio Rignano, traducidos al español bajo el título de "Ensayos de síntesis científicas".

precoz, debilidad mental, nervios de una irritabilidad dolorosa, son consecuencias individuales del exceso; y, generaciones provistas apenas de un mínimum de herencia nerviosa que la agotarán en el menor esfuerzo, grupos fatigados por un débil trabajo, espíritus desconsolados; ésta es la ofrenda que a la humanidad hacen las sociedades perturbadas por cualquier máximum de esfuerzo: la ansiedad morbosa es el privilegio de las razas viejas, se afirma, ¡triste privilegio del agotamiento diario para subsistir o para gozar!

Han sido ya demasiado popularizadas las mil resonancias mentales que proceden del funcionamiento de los órganos de reproducción y su valor en la individual permanencia: ahí están las comprobaciones de la organoterapia, de la castración, etc.; razón por la cual nosotros no debemos insistir.

¿Qué debe exigir el criterio público y a qué está obligado el Estado en consideración a los peligros sociales anotados? Es de evidente urgencia el revisar todas nuestras normas de moralidad y de educación, en cuanto se refieren a las relaciones sexuales; de modo de luchar: tanto contra las prescripciones religiosas bastante estrechas e inconvenientes, que rechazan como un crimen todo acto relacionado con la vida genésica y todo pensamiento e intención; de donde procede el deliberado oscurecimiento del significado funcional, y sólo permitiendo dentro de muy estrechos límites la satisfacción de los instintos, en la vida regular conyugal; materia esta última, contra la cual ha protestado con justa vehemencia Hawelock Ellis. Con frases vibrantes ha condenado el ilustre profesor de la Universidad de París, M. Charles Richet, la estultez que significa el rechazo o la limitación inadecuada de las funciones naturales del animal-hombre, especialmente en aquella parte que la considera muy alta misión, la de conservar la especie; los pretextos según los cuales se trata de justificar ese modo de obrar, nos dice, o son insignificantes o de muy clara ineficacia, como aquel de la lucha contra la

prostitución en marcha. He aquí unas cuantas líneas tomadas de su hermoso trabajo "El hombre estúpido": "Como fisiólogo, estudiando los resortes de la máquina viviente, he podido formular serena y firmemente la conclusión simple y formal de que nuestro cuerpo y nuestra alma se encuentran en un estado normal tan excelente, que toda modificación en lugar de perfeccionarles los empeoran; en lugar de mejorarles les perjudican. El ideal de una vida feliz, sana y fuerte es la vida natural. Creer que se progresa suprimiendo las funciones generatrices es tan equivocado como la convicción de conseguir una moralidad superior lacerándonos voluntariamente. La perfección radica en el ejercicio regular y moderado de nuestras funciones normales". No debo volver sobre el valor de ciertos generosos sacrificios de la propia plenitud personal para sufrir y luchar por la perfección de los demás, papel de los Sumos Pontífices de la civilización; ni debo por hoy tratar de la importancia que pueda tener la restricción del número de nacimientos frente a las dificultades de la vida; en fin, tampoco demostraré que no siempre las maseraciones de la carne supone puramente un suplicio, sino, nueva dirección de la atención que permite evitar una idea fija supuesta *pecaminosa*. Y copio aún a Richet: "Servirse de la razón para corregir los instintos animales, es insensato. Emplear la inteligencia para que desaparezcan esos instintos, es dar prueba no de inteligencia sino de necedad. Si perfeccionando todas las potencias de deducción y de inducción que fermentan en nuestro cerebro, las aplicamos a completar y aumentar nuestros instintos, por manera que nos armonicemos más y más con las leyes naturales, llegaremos quizá a ser superiores a los animales. Pero ocurre todo lo contrario. No parece sino que todos nuestros esfuerzos se dirigen a contrarrestar las leyes que la naturaleza otorgó a nuestro ser". "¿Puede llegar a mayor grado la locura, cuando se cree que hay algo superior al Amor para desarrollar nuestra energía moral?"

Esto, en cuanto a las fisiológicas exigencias cuya aplicación podría prolongarse hasta la reglamentación del matrimonio, prohibiéndolo en la senectud de cualquiera de los cónyuges; sólo nuestro incalificable respeto a la libertad puede permitir semejantes enormidades. la función no cumplida de modo satisfactorio para uno de los esposos y la posible procreación de una descendencia raquítica y envejecida antes de nacer. Y en cuanto dice a la misma moralidad de la institución, los terrores religiosos indicados, conduciendo al misterio de la generación, no fijan el papel social y de responsabilidad procedente de la unión: se va hacia el placer o a cumplir las aficiones más románticas del corazón, pero no hacia la procreación, y si ésta se produce a pesar de la pareja o sin su previsión, es una carga que se soporta mal, una fatalidad que se sufre; no hay idea de la responsabilidad genésica, y si no viniera la simpatía animal a crear lazos de afecto entre el infante y sus padres, regidos por sólo la educación, lo abandonaran. Dirigíos a una muchacha *virtuosa* que va a contraer matrimonio, hablándola de la legítima esperanza de su descendencia, y a la *pudorosa* joven la veréis rechazar la indicación como si se tratara de una ofensa que la hacéis.—En el aspecto contrario, la prostitución es un vicio de tan perturbadoras resonancias individuales y sociales, que las medidas más sabias harían falta; y ha de fijarse que hablo de las medidas más sabias y no de las más rigurosas, por cuanto, en ciertos límites, la prostitución es una institución necesaria en la complicación de la vida social, cuyo adecuado encausamiento debe ser una misión de los poderes públicos; sólo muy capitales cambios en las situaciones económicas y sociales puede llevarnos, como un progreso capital, hacia las uniones monógamas más o menos permanentes.

CAPITULO DECIMOTERCERO

LA NATURALEZA DE LA VOLUNTAD Y DE LA LIBRE DECISION DEL HOMBRE EN LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA

Puntos de vista extremos que se descubre entre los moralistas y psicólogos del siglo XIX, sobre la materia de la libertad, y cuyas consecuencias las sentimos aún como viva lucha en los criterios.—El determinismo intelectual de los helenos es un antecedente de la filosofía cristiana, y, la fatalidad que rige las existencias, según el convencimiento de aquellos, conviértese en el arreglo trascendental de la vida del hombre por virtud de la gracia, en San Agustín —Los aspectos del pensamiento de San Agustín sobre el libre arbitrio, son desenvueltos por las dos escuelas rivales de tomistas y escotistas; pero el escotismo llega, con Petrus Aureolus a aproximarse a Santo Tomás sobre la eficacia del conocimiento para la acción. La inteligencia acaba por triunfar como motivo. — La filosofía moderna que se inicia en Descartes, lleva las consecuencias de las discusiones de la Edad Media, pero se esfuerza en ponderar la importancia de la voluntad libre, sobre toda otra facultad o potencia del alma; trabajo que se sistematiza y adquiere su mayor valor en el pensamiento crítico de Kant y sus fórmulas de la razón práctica que manda o aconseja, y va a diluírse en la metafísica conceptuosa de sus discípulos. — Los sistemas analíticos y experimentales del siglo XIX y del actual, inducen a buscar apoyo para todas las tesis sustentadas, en los datos de la

del hombre generoso generará en cada espíritu la emulación de la generosidad, que el virtuoso os enseñará la virtud y el hombre fuerte la fortaleza, pensando en el resultado de la perfección individual ética, y en la recompensa del aprecio público (1). Os dirán que el carácter se forma con vuestros propósitos, con la idea moral predominantemente adoptada, y la disciplina que os impongáis (2); que esta disciplina ha de ser la continua vigilancia de las propias determinaciones, por cuanto cada acción despierta mil resonancias y es en la vida una nota que no se pierde (3). «Pero, el hombre no es creado por las circunstancias sino más bien su creador, por el ejercicio de su voluntad libre puede dirigir sus acciones de modo que ellas produzcan el bien

---

(1) Ved la manera como siguiendo, y desnaturalizando en parte, las ideas de Carlyle y de Emerson, Samuel Smiles canta la epopeya de los grandes hombres en la construcción de las civilizaciones y en la moralidad de los pueblos: "Los grandes trabajadores y los grandes pensadores son los verdaderos autores de la historia, que es, simplemente la continuación de la humanidad influída por el hombre de carácter.... la verdadera aristocracia humana ... Su acción individual identifica la causa y el resultado. Tiene grandes pensamientos que difunde por todas partes, y estos pensamientos producen los acontecimientos". "Una sucesión de hombres dotados de una manera diversa que se han sucedido en un período de varios siglos ..., han contribuído de igual modo con sus vidas y ejemplos a vaciar el multiforme carácter de Inglaterra". "Estos hombres constituyen la verdadera sabia de la nación a que pertenecen". (Smiles "El Carácter").

(2) "Lo selecto de los caracteres no puede, sin embargo, formarse sin esfuerzo Hace falta para ello forzosamente una vigilancia y una disciplina continua, y un gran imperio sobre sí mismo". "Y con la luz de los grandes ejemplos como guía...., todos tenemos no solamente el derecho sino la obligación de proponernos el logro del más elevado modelo de carácter".

(3) "No hay una falta ni una locura en la vida, dice Ruskin, que no se vuelva contra mí para llevarse mi alegría y empequeñecer mis facultades de posesión. Y cada esfuerzo generoso de mi pasado, cada destello de rectitud y de bondad está conmigo ahora para ayudarme a apoderarme de este arte y de sus visiones".

en vez del mal». Y se continúa aún insistiendo en el poder y eficacia de las determinaciones humanas: "En lugar de decirse que el hombre es esclavo de las circunstancias, sería más justo afirmar que es él quien las crea».

Todo lo podéis vosotros según la decisión que adoptéis, luchad y habréis de vencer; toda inclinación o tendencia, por fuerte, por arrebatada que sea, puede ser dirigida a vuestro arbitrio; sólo una culpable pereza o decidido empeño de no proceder conforme a las aspiraciones más elevadas, os harán caer en la culpa, en el pecado o el crimen. Así se pasa desde el moldeamiento absoluto de toda vida interior, al principio de la responsabilidad irrestricta por toda acción acompañada de inteligencia; fórmula inscrita en gran número de legislaciones penales bajo el concepto de que cuantos obran con conocimiento de la acción son en lo absoluto dueños de sus decisiones, habiendo podido, si querían, evitar la acción, y que sólo el debilitamiento de la inteligencia puede atenuar o hacer desaparecer la responsabilidad. Y, al lado de esa responsabilidad en especie, para cuantos previeron los resultados, está la responsabilidad en género de la obligación de preveer, y la culpa por negligencia. Siempre el conocimiento dirigiendo a un querer incondicionado.

En fin, llegarán a aconsejaros: formad vuestra sana alegría porque ella es la fuente de toda moral y surtidor claro de salud. Con su santa simplicidad irán a razonar con un hiperemotivo o neurópata, en estos o semejantes términos: que importa que un mal grave os haya herido en lo más sensible de vuestras entrañas, pensad que nada sirve desesperaros, y si vuestra madre ha muerto la armonía de la existencia subsiste y el mundo marcha. Y satisfechos, habrán de apartarse luego de ofrecida la singular medicina.

Quizá todas las anteriores consideraciones puedan en un momento fortalecer, distraer o fascinar a determinados individuos; pero ese evento será muy casual y breve, y sólo de eficacia cuando rodee ciertos matices

sentimentales a la reflexión, cuando de sugerencias se cambie en sugestiones, si son de naturaleza distinta del contenido espiritual del sujeto sobre el cual ha de obrarse; pero fundar sobre ello un sistema científico de moralidad, me parece un procedimiento demasiado ingenuo. Mas, con éste o el otro valor y con cualquier resultado, debemos a la práctica filosofía inglesa la insistencia sobre el deber que manda oponiéndolo a la preferencia del derecho que exige; cosa que vivifica grandemente las teorías jurídicas de hoy.

Y aparte de las nociones de filosofía popular de enñanza práctica del buen sentido, y colaborando con ellas, surgieron, también en país inglés, tentativas de de matiz más o menos científico, en demostración del dominio pleno del organismo y de la salud vital, por el espíritu humano o su pensamiento; así se genera una terapéutica del conocimiento y de la moralización, para curar todo daño corporal o faltas del funcionamiento, desarraigando errores y cultivando justos conocimientos de la verdad o principios de virtud y amor. En este camino se ha ido, desde los procedimientos magnéticos de Quimby, la señora Eddy y toda la *Cristian ciencia*, con sus ingenuas aspiraciones como estas: «la muerte, se descubrirá con el tiempo que no es más que un sueño mortal que se presenta en las tinieblas y desaparece en la claridad»; el dolor y el sufrimiento no pueden nacer en la carne, tienen sus raíces en el espíritu y por sólo su poder habrá de desvanecerse, desvanecimiento tanto más fácil cuanto Dios ha puesto en nuestras manos un poder real y eficaz lo mismo sobre los peces del mar como sobre las sustancias que ha ingerido nuestro estómago para su subsistencias; junto a esas teorías, casi iluministas, digo, se enciende la hoguera de un nuevo misticismo, conjurador del mal físico por la educación moral, tal sucede en los esfuerzos conjuntos de médicos y pastores de almas representados en la sociedad «Emmanuel Churche» de Boston; o en fin aparece la medicina de la sabiduría y el propio conocimiento del organismo con su fervoroso apóstol el médico

suizo Dr. Dubois (especialmente en la obra «Educación de sí mismo» 1909).

Esos delirios del valor de la educación que, perfeccionando conocimiento y voluntad iba a ser el específico por excelencia, se restringía en algunos autores a las puras enfermedades mentales, era una psicoterapia, mas, aparece en otros con un valor desmesurado, debido acaso a la correlación insistida, desde hace algún tiempo, de cualquier trastorno orgánico con un desequilibrio psicopático. Y esa droga persuasiva, combinada con regulación de movimientos o de quietud, vino a ser una panacea que en su distribución amplísima equivalió al brebaje de la Edad Media que compuesto de los más extraños sumos y esencias se ingería en todo organismo cualquiera fuera su enfermedad, para que él (el organismo) pueda aplicarse el principio que le hacía falta. Es la nueva *teratica* los resortes múltiples de que se sirve el educador.

Y piénsese bien en la diferencia ya marcada antes y de nueva afirmación actual. No se trata de impeler a obrar por sugestión sino de obligar a razonar: y, sugestionar es imponer una imagen, idea o apreciación, mientras sugerir es impulsar a buscar, se le empuja al enfermo hacia un razonamiento capaz de desvanecer —dicen ellos— la falsa apreciación de una enfermedad ilusoria. Ved al lado de las eglógicas descripciones de los novelistas ingleses que hablan de la higiene del alma reconfortada con la lectura de la Biblia, el relato de los hechos de Cromwel o el divertido esfuerzo del solitario Robinson para triunfar de la naturaleza, entre los pacíficos trabajadores de los campos; ved, junto a esos poemas de la vida rústica, digo, y de la salud campestre, las enseñanzas científicas de A. Florel: «Si se quiere llegar hasta el límite posible de una vejez dichosa, es preciso, ante todo, no abandonar nunca el optimismo, no perder nunca el tiempo en pensar en el pasado y llorar sus desgracias, y, finalmente, trabajar hasta el último momento a fin de conservar la elasticidad de la acti-

vidad cerebral». — Es el summum de la simplicidad de la vida que se regirá por nuestras determinaciones.

En sentido contrario el fatalismo sembrará de terrores las existencias o ha de anestesiar nuestra vida interior de una indiferencia culpable.

Procedemos en virtud de las circunstancias, en virtud de las circunstancias exteriores. Ya por cuanto el exterior nos moldea, nos forma a su capricho siendo mínima nuestra actividad de reaccion e indirecta el coparticipar en su obra, por sólo la reacción adaptativa que perfecciona la acción refleja; somos fruto del suelo en que se plantó nuestra estirpe, nos dicen, de la luz que nos ha iluminado; por eso nuestro vivir es caprichoso, es múltiple, formando de modo principal nuestra historia de sucesos extraños, de circunstancias de afuera.

Y eso, en el sentido de los más racionalistas entre los afiliados a tal sistema, que de otra manera se pierde toda idea de colaboración del sujeto, bien sea esta colaboración devolver lo recibido en una transformación orgánica con la que se haya enriquecido el individuo o la especie. Nuestra experiencia personal ya no nos moldea ni prepara para una reacción dada, nuestra memoria es una especie de hilo en donde se ensartan las perlas de nuestros recuerdos, para recrearnos y no para servirnos; tampoco reaccionamos a las circunstancias ni nos adaptamos a ellas, la irritación y la descarga es fenómeno físico, como el de una bala que explosiona; no cambiamos nuestro plasma constitucional, ni hay modificaciones micelares en él por las exigencias de cuanto nos rodea, sino que los obstáculos materiales exclúsivamente son los que nos imponen proceder en tal o cual sentido: una roca se yergue ante nosotros, un abismo nos corta la retirada, o es un guijarro en el camino en el que hemos tropezado y caído; pero vemos el obstáculo, conocemos el impedimento, y nos hacemos la ilusión de haberlos colocado voluntariamente o de haber ido en su busca por nuestro querer por bordearlo y

hallar otro sendero. Y cuando el obstáculo es ligero, la fantasía nos hace imaginar que si no triunfamos de él, o es porque no lo hemos querido o porque no lo hemos visto, sin penetrar en lo variable de la importancia de una resistencia según el individuo que la encuentra o del instante en que lo halla: tres libras de peso, ligerísimo para un hombre, es intransportable para un niño pequeño; cien metros de distancia, cortísima extensión para el individuo normal, es para ese mismo sujeto superior a sus fuerzas si se halla enfermo o su fatiga, ha llegado al máximum Por eso concluyen, todo obstáculo puede ser invencible, y si no lo hemos superado, ahí está la prueba de ello.

El criterio de quienes así piensan es el de la sugeción a puras leyes físicas de todos los procedimientos humados: es nuestro dinamismo a la manera del dinamismo de un río que se precipita, y al hallarse ante ciertos obstáculos, o son estos débiles respecto de su violencia y quedan arrollados por ella, o son demasiado inconmovibles para el esfuerzo y tuerce entonces el río su cauce y accidentalmente, o más bien, por las circunstancias del suelo habrá de encontrar uno nuevo. La apariencia de resolución en el proceder del sujeto tiene un símbolo que lo esclarece, en las falsas resoluciones de los individuos que sufren una sugestión: el mandato de ejecutar un acto a plazo, de continuo empleo para los hipnotizados, hace que éstos lo cumplan en estado de vigilia de modo necesario; mas, al ser interrogados por los motivos de su acción, no rara vez, señalan motivos fútiles, que explican ellos como razones capaces de decidirlos. Así, para esta tendencia, el conocimiento del acto no influye en lo absoluto en su realización; la conciencia es un hiperfenómeno cuya presencia determina tanto nuestras acciones como podría determinar el conocimiento del observador la producción de fenómenos sísmicos.

«Entre los movimientos llamados voluntarios y los transmitidos no hay diferencia sino en que la exitación que ha producido el movimiento ha sido percibida más

o menos por la conciencia o ha dejado de ser por completo . . . «Cuando la transmisión ha sido percibida por la conciencia, mediante la sensación, decimos que el movimiento es voluntario. «Pero este movimiento está ligado como todos los demás a una modificación de una corriente eléctrica en los músculos y los nervios. . . «La corriente eléctrica que produce una desviación de la aguja imantada y las modificaciones que sufre, no provienen más que de los estados materiales de los nervios, resultantes de las excitaciones de las impresiones de los sentidos. Sin una modificación de esta naturaleza en el sistema nervioso, y también en el cerebro, no se producirá ningún movimiento voluntario. «Pero esta modificación viene del exterior. «Esta razón hace ver de una manera completamente comprobatoria que el movimiento no emana de una voluntad supuesta libre. «Luego se haría mejor en decir que la voluntad es la expresión necesaria de un estado del cerebro producido por las influencias exteriores» (1). — Nunca podremos afirmar que seamos superiores al dolor, continúa Moleschot y que lo resistimos y podemos triunfar de él; reaccionaremos o no, según su violencia, y debemos estudiar en las calidades subjetivas de la víctima y no guiarnos por el puro conocimiento de las causas.

Mas, en cuanto a los procesos más altos, la atención dirigida hacia un problema, las investigaciones sabias sobre un punto cualquiera ¿no serán verdaderos procesos espirituales de libre voluntad? No, responde el intolerante discípulo de Schopenhauer, toda experiencia y composición de partes procede del pensamiento; pero, el pensamiento no surge sino por la actividad física de la materia, por sus movimientos, y estos se ponen en acción en el cerebro y sus neuronas como consecuencia de la transmisión en ondas sucesivas de la

(1) Moleschot "La circulación de la vida". Tomo II.

irritación de los órganos de los sentidos. Es, como para su maestro, la unidad de la energía cósmica que en el hombre se denomina la voluntad cuando está acompañada de detrminados aspectos de coordinación. Y esos reconocimientos, no habrán de oponerse para el filósofo, a la necesidad de represión social del crimen, sólo ha de cambiar de base y significado la imposición de la pena. No deberá de fijarse en la responsabilidad del sujeto, porque todo lo que hace lo ejecuta necesariamente, desapareciendo, en consecuencia, el dolo y únicamente subsistiendo el daño: hay mal en todo lo que se opone al desarrollo de la especie y la pena no debe ser sino la expresión de las exigencias de la misma. Este pensamiento da origen a dos tendencias divergentes: al inhumano principio de destrucción que preside a las fantasías de perfección del grupo, arrollando a cuanto de alguna manera puede oponerse a tal fin, como en las epilépticas sugerencias de Nietzche; o, atenuándose el rigor de los antecedentes, pudo nacer de ahí la afirmación de la criminalogía moderna, que no persigue al hombre ni sanciona sus actos, sino que lo recluye y lo educa, apreciando, no ya su responsabilidad sino su *temibilidad*.

En los psico–fisiólogos, las radicales afirmaciones de Moleschot se atenúan más tarde, en especial en los años que hemos recorrido de este siglo, con la exploración más detenida y de mayor rigor científico, que ha demostrado la posible excitación nerviosa por medios internos químicos en general, hormónicos, propiamente de función y tensiones nerviosas y neuroquímicas.

Pero concluyo la exposición del señalado aspecto del pensamiento del siglo XIX, con estas sugestivas frases del autor de «La circulación de la vida»: «Cuando un hombre tiene la fortuna de comprender la necesidad natural de la existencia, de los límites y del alcance de su esfera de actividad, es libre. El que ha comprendido la ley necesaria de la naturaleza, sabe al propio tiempo que tiene derecho de hacer triunfar las exigencias que expresan las necesidades de la especie.

Aún hay más: porque la especie reclama la libertad, es por lo que podemos estar seguros de que pronto o tarde serán destruídos todos los opresores». Se parece más que a otra cosa a la resignación o tolerancia del fatalismo y a la destructora lucha de las especies, esa libertad.

No nos toca, por el momento, discutir la importancia política que puedan tener esas declaraciones, y ni siquiera discurrir las partes de verdad y de falsedad que tengan las opiniones; sólo enunciamos que ese aspecto exterior de la libertad descrito, lo volveremos a hallar muchas veces en el desarrollo del pensamiento filosófico, desde los muy antiguos tiempos de los estoicos.

Toda insistencia y todo esfuerzo de esclarecimiento en las materias de la naturaleza de la voluntad y del problema del libre-arbitrio, están justificados por los motivos expuestos al abrir el presente capítulo. Pero, en la exposición de los criterios que se han presentado en la historia de la filosofía, no podremos siempre separar la una materia de la otra, ya que no rara vez la confusión en el criterio del respectivo autor ha sido evidente, y en otros casos, la compenetración se presentó muy íntima.

II

Olvidando las explicaciones metafísicas de las culturas primitivas y de las civilizaciones netamente teológicas (para estudiarlas cuando sea oportuno, por sus relaciones con ciertas formas del espiritualismo moderno) debemos comenzar por el recuerdo de los principios mantenidos en algunas escuelas de la filosofía helena.

Como antecedente señalo la necesidad de reconocer en el pensamiento griego un cierto determinismo de las acciones; y no me refiero sólo a los incógnitos procesos por los cuales se siente orientada una existencia por

mandatos de la fatalidad o el destino, superiores a todas las previsiones divinas o del hombre, en las leyes irresistibles que abatiendo la grandeza humana palpita en las más varias manifestaciones del arte en ese país. Me preocupo hoy del pensamiento filosófico, y dentro del de las explicaciones sobre la manera según la cual el sujeto se dirige a la acción, en previsión del bien.

Sócrates funda todos los motivos de las resoluciones humanas en el conocimiento, cuya naturaleza es tal que, al ser perfecto, no puede por menos de inducirlo al hombre hacia el bien, la incompleta sabiduría causa la dañosa acción, y es impotente el sujeto para querer un mal o daño. El ser dotado de la facultad de preferir el mal conocido, sería superior en potencia de dirección a cuantos conocemos, pues se hallara dotado de perfecta elegibilidad. De ahí que en la naturaleza actual, como es, el malvado no sea un pervertido sino un ignorante; mientras no se haga luz en vuestro cerebro no podréis querer la justicia ni la virtud, pero alcanzad la sabiduría y seréis por ella buenos y virtuosos.

Platón piensa como su maestro en las calidades evidentes del bien querer, pero le supera a éste, en aquella nota o matiz amable que encanta toda su filosofía: no basta conocer es necesario amar, la inteligencia no nos dirige a la acción sino por virtud del deseo o del sentimiento. ¿No es iniciar, con tantos siglos de diferencia, como única virtualidad de acción la afectividad que la acompaña? El pensamiento es estéril en sí mismo mientras no se presente la causa propulsora. — Y la correlación entre el pensamiento y la actividad encuentran en la doctrina platónica estos puntos de referencia: la opinión, que es relativa a la sensibilidad, tiene su fórmula de movimiento en el deseo, la ilusión del conocimiento sensible e inmediato se concreta en el amor terrenal pleno de aspiración de vida y de perpetuación, como todas las aspiraciones activas de la naturaleza cuyo símbolo es la eternidad; y aún esta misma aspiración traspasa los límites de la materia por poder de la filosofía que la vuelve divina e in-

mutable. Y frente a la opinión está la ciencia, virtud de la facultad inteligente que halla su expresión en las tendencias ideales (la Venus Urania). Pero reaparece en Platón este problema: ¿contra el bien conocido y amado puede proceder el sujeto por libre elección de su voluntad? Y parece triunfar una vez más la idea del maestro; la naturaleza del hombre está desposeída de la facultad de querer el mal. — Como el sol alumbra todas las visibles sustancias y en algún sentido las da vida y realidad, ya que para nosotros no existieran si no pudiéramos apreciarlas mediante la claridad que las baña, así la idea del Bien, cumbre y coronamiento de toda vida interior y la más alta plenitud de concepción, es el sol radiante de nuestras facultades, potencias y acciones, y de su constante perfección, « lo que da al alma la facultad de conocer es la idea del Bien, y que esta es el principio de la ciencia y de la verdad, en tanto que son del dominio de la inteligencia . . . Y así como en el mundo visible hay razón para creer que la luz y la vista tienen analogía con el sol, pero sería falso decir que son el sol, en el mundo inteligible se puede mirar a la ciencia y a la verdad como imágenes del Bien . . . Sin duda piensas como yo que el sol no sólo hace visible las cosas que vemos sino que las da origen, crecimiento y alimento sin ser el mismo nada de eso. — Así mismo puede decirse que los seres inteligibles no reciben del Bien sólamente su inteligibilidad, sino también su ser y su esencia». (1). — En fin, en el filósofo de la «República» puede encontrarse la raíz de esos largos escarceos metafísicos de los teólogos y místicos de la Edad Media, sobre la perfección o degradación del ser en el amor, que inspiraron a San Juan de la Cruz este hermoso salmo: «El alma que ama desordenadamente a una criatura tan bajo se queda como aquella criatura, y en alguna manera más bajo; porque

---

(1) Platón "República".

el amor no sólo iguala, más aún, sujeta al amante a la que ama». El alma, ha dicho el místico pagano, puede amar el bien relativo y su amor será también relativo y limitado, mientras su amor dirigido al supremo bien cambiará la naturaleza de ella en absoluta e infinita.

Hasta el pensamiento heleno que se ha inscrito con el título de la filosofía de la libertad, por creer esa su esencia, en virtud del ensalzar sin término por los estoicos de la lucha de nuestras internas determinaciones contra los obstáculos de afuera, proclamando esta potencia como el sumo bien del hombre por el cual se dirigirá hacia la virtud, conquistando aquellas facultades preciosas, verdadero patrimonio interno suyo en la vida, como la fortaleza del alma; hasta ellos, digo, llegan a confundir toda posesión del bien con el conocimiento del mismo: ser libre no es otra cosa que reconocer las condiciones según las cuales procede nuestra voluntad, es decir, consiste en descubrir la necesidad de la acción y aceptarla de modo espontáneo: «Vivir cada uno según su naturaleza es vivir según su razón, y, por lo mismo, según su verdadera voluntad, puesto que la voluntad libre se confunde con la voluntad racional». ¿Qué profunda diferencia podremos hallar entre esa concepción del libre arbitrio, apenas mantenida en la eficacia absoluta de las condiciones externas, y la mayor parte de los determinismos modernos que todo lo refieren a la constitución del sujeto? Incluso las fórmulas definitivas en que se concretan el proceder libre, son del mismo género. — En vano Crisipo buscó una manera de conciliar la necesidad de obrar con la determinación de la voluntad, mediante la distinción entre causas principales y secundarias; la supremacía de la inteligencia como directora, quedó firme entre los estoicos.

Y aún insisto, el determinismo intelectual es la nota, el carácter de toda concepción del universo espiritual entre los griegos; y en los últimos extremos de conseción, cuando se los consideraba a los individuos

libres para cada desición, reapareció junto a ella las orientaciones generales de la vida como previstas y necesarias.

No es menos fluctuante y engañosa la teoría de la libertad entre los Padres de la Iglesia, pues, si las opiniones sobre los necesarios amor y caridad predispusieron a tal creencia, y si se reclamó en nombre de la libertad la tolencia de su religión y de sus prácticas, clamando con Lactancio: «La religión es la única cosa que la libertad ha elegido por morada. Es, ante todo, voluntaria, y nadie puede ser obligado a adorar lo que no quiere. Podrá fingirlo, pero hacerlo no» o apostrofando con vehemencia a los paganos por boca de Tertuliano; sin embargo, ni en la política posterior de dejar pensar y permitir hacer, ni en la idea psicológica de absoluta libertad de dirección, se conservó íntegro el principio. Por un lado asoma la necesidad de salvar al mayor número y por el otro la discución de la naturaleza humana y sus relaciones con la Divinidad, produciéndose en definiva el desconocimiento de la plena determinación para dirigirse.

Las sutilezas del pensamiento, los arabescos y complicaciones en las teorías de la relación del hombre con Dios, apenas diferentes en occidente del diluírse en bolutas metafísicas de las bizantinas discusiones sobre la naturaleza de Cristo; marean las más sólidas inteligencias y las conducen, por el camino de la naturaleza de la gracia hacia la predestinación.

Dios y el hombre son la suprema dualidad de las contemplaciones de aquella metafísica. El hombre, no ya inclinado al bien, como en las explicaciones óptimas de la filosofía griega, sino apasionado por el mal, la corrupción y el pecado, por hallarse comprendido en la desobediencia primera; o acaso, en determinados criterios cristianos, no prefiriendo el daño que conoce, pero sumido en la ignorancia e incapaz de salir de ella sino por la luz sobrenatural de la gracia, que es poder comunicante por la encarnación del hijo de Dios en la

naturaleza de Cristo; o en fin, sumándose y combinándose uno y otro criterio.

Con la vehemencia arrebatada de sus apasionamientos San Agustín, contempla y describe los males humanos de sociedades profundamente corrompidas, a veces, con crudeza pintoresca pero poco culta, como en sus apóstrofes a los romanos; y, llega a ver en el hombre un instinto inmenso, arrebatado hacia el mal, junto a raros momentos y a casos excepcionales de virtud. Por eso uno de los más vibrantes gritos contra la humanidad desnaturalizada por el pecado y hundida en la más baja perversidad, es el del Obispo de Hipona, quien irgiéndose contra el monje Pelagio y sus proposisiones fundadas en razón, predica: «El hombre saliendo de las manos de Dios era santo, inocente, dotado de gracia sobrenatural, hallándose en perfecta armonía todas sus potencias espirituales y corporales, y no estaba sujeto a la muerte. Cuando Adán padre y representante de toda la raza humana cometió el pecado, pecó en él y con él toda su posteridad la cual lleva desde entonces la consecuencia del pecado. El hombre perdió la gracia santificante y por lo mismo ha llegado a ser súbdito del dolor y esclavo de la muerte: se ha oscurecido su inteligencia y debilitado su voluntad. Más inclinado por nacimiento al mal que al bien, sólo puede volverse a levantar por medio de la gracia divina, sin la cual no conoce ni su propia miseria . . . La gracia es la que comienza y acaba la obra de su salvación: le exita o le previene, le sostiene o le ayuda, y le perfecciona . . . Tan débil es el hombre que, cuando posee la gracia no puede prevenirse enteramente contra el pecado». Ese mínimun de potencia voluntaria que puede entresacarse de las frases copiadas, sirvieron a Agustín para mil acrobacias del pensamiento, mediante las cuales pudo imaginar cierta libertad del hombre para cada acción, en medio del torrente general de la vida hacia el fin previsto.

La nota más saliente de la filosofía del Santo Doctor consiste en las contraposiciones entre la naturaleza divina—sujeto de toda perfección—y la esencia humana—vaso de corrupción, principio de miseria—. Si alguna vez la belleza toca y hace resplandecer la vida de los humanos seres es como reflejo de la única belleza, y la sola perfección compatible con la calidad de hombre se encuentra en someterse a la voluntad divina, en creer y amar. Y si bien Agustín coloca el centro de la vida espiritual en la voluntad y no en el conocimiento—pubiéndose vislumbrar en consecuencia la separación entre las dos facultades—; sin embargo, el Obispo del Africa no se aparta mucho de las enseñanzas de Platón, y busca los móviles del acto en el conocimiento y su perfección, como causas determinantes, la misma postración del hombre consiste principalmente en no conocer antes que en no querer el bien.

III

La escolástica se empeña en sus mejores tiempos, en la prolija y estéril discusión del rango o preeminencia de las funciones espirituales, en virtud del objeto hacia el cual se dirigen ¿es el *bonum* superiar al *verum* o puede reclamar éste, condición superior a aquél? Por ahí comienza la larga batalla del admirable arquitecto de la teología cristiana y de sus discípulos, en oposición al *sutilísimo Doctor* y a quienes seguían sus banderas; materia que se complica sucesivamente, yendo a desembocar en los problemas relativos al libre arbitrio. Tenemos la capital cuestión de esos tiempos, se trata de demostrar si es la voluntad o la inteligencia la facultad cuya dirección permamente es hacia la bondad, o sea, hacia la generalidad del bien, y cuál se satisface con el bien particular.

Santo Tomás es un continuador de la filosofía helena y de las enseñanzas de Agustín. La suprema fa-

cultad del hombre es su inteligencia, luz de participación del más alto atributo Divino, ya que en Dios mismo su infinita bondad procede de su conocimiento sin errores ni dudas; de idéntica manera el hombre llega a la virtud por la certeza. Vuelve a presentarse, en consecuencia, el determinismo intelectual, y de nuevo pierde importancia la capacidad absoluta de elección, quedando sin eficacia los esfuerzos por conciliar la voluntad incondicionada con la calidad condicionante del entendimiento.

Duns Escoto refuta con suma habilidad las opiniones del Angel de las escuelas, desarrollando *in extenso* una nota sobre la psicología humana que se insinuó también en San Agustín, la relativa a la importancia de la voluntad como perfección de vida: el centro rector de la existencia del ser, que lo da su individualidad, se encuentra en la voluntad y no en la inteligencia. La plenitud de la existencia está en el libre querer, y no cabe concebirse un ser absoluto cuyas deciciones estuvieran determinadas por el conocimiento, pues desde ese momento perdería su naturaleza de incondicionado. Dios no puede recibir una ley, ni aún por virtud de su propia inteligencia que penetre en las realidades más recónditas, sino que su voluntad determina lo verdadero, crea la regla y fija la ley; llegándose, en consecuencia, a la arbitrariedad del querer divino como en la elección de sus predestinados, para Agustín. En la naturaleza del hombre y de sus funciones, Duns Escoto separa los impulsos —debidos al placer o al dolor— con su estricta motivación, de la plenitud electiva entre varias ideas cuya causa de preferencia la vincula a la atención prestada libremente: la atención *reforzando* la intensidad de una idea o de un grupo de ellas, origina la elección. Y es el último elemento indicado, una especie de puente de que se servirá el escotista Petrus Aureolus para aproximarse a la doctrina opuesta: el conocimiento surgiría por decisión de la voluntad y aquel habría de impeler a su vez a la decisión voluntaria para resolverla a la acción, sería cuestión de precedencia, concluyéndose

por hallar el motivo inmediato de la decisión en la claridad vertida sobre una idea. Vemos, por eso, que la importancia concedida al esfuerzo de la atención es muy notable entre los escotistas, por cuyo motivo se aproximan a los análisis más modernos sobre la función.

Si no fuera exagerar el sentido de la ortodoxia dentro del catolicismo, diríamos que Santo Tomás se halla más ceñido a la doctrina de la Iglesia que sus rivales, en cuanto a la exposición de los problemas, pues en el fondo de la cuestión ambas tendencias no son en realidad divergentes. Y nuestra afirmación parece desprenderse de la escolástica que todavía se enseña en los seminarios, simbolizada en esta proposición: Dios en su omnipotencia sin límites tiene no obstante una limitación, la imposibilidad de pecar.

Lo que hay de extraordinario es que junto a esa proposición se asienta y mantiene la perfecta responsabilidad humana, en la plenitud mental de sus funciones.

Sería demasiado prolijo aún la mera enunciación de los aspectos y formas que ha tomado el criterio de la voluntad y del libre arbitrio, en el íntegro pensamiento filosófico de todos los tiempos; por eso, apenas apuntamos en Buridan la incipiente mecánica psicológica que se llega a descubrir en su *liberum arbitrium* (la voluntad) con el poder de perfecta elección, desde cuando los motivos en pro y en contra se hayan equilibrado; procedimiento que no encontraremos jamás en el animal, pues éste, en presencia de estímulos igualmente fuertes pero de sentido opuesto, no se decidirá jamás. Y en Buridan permanece como inseparable de la voluntad la tendencia al bien.

IV

Un salto muy brusco nos coloca en presencia de Descartes y de ahí hasta Kant, Main de Biran y Schopenhauer, que abren las discusiones apasionadas del siglo XIX.

Descartes es un precursor de Kant en su profundo respeto a la libertad y en su consideración del proceder voluntario como el supremo bien del hombre y como su más alta cualidad: las ideas se limitan y condicionan en virtud del carácter de nuestros conocimientos, pero la libertad es incondicionada y absoluta, no en cuanto carezca de impulsos o sea indiferente, sino por razón de que puede reflexionar sobre ellos y ceder o no a medida de su decisión. Pero esas decisiones tienen notas muy particulares: «No se deja de adquirir mérito, afirma, aunque viendo con mucha claridad lo que se debe hacer, *se haga infaliblemente y sin indiferencia alguna*. . ., pues, como el hombre puede no prestar siempre una perfecta atención a las cosas que debe hacer, es una buena acción tener esa atención y hacer, por medio de ella que nuestra voluntad siga de tal manera la luz de de nuestro entendimiento, que no sea indiferente por completo». Parece renacer las ideas de Petrus Aureolus y tomar consistencia el principio de la responsabilidad por falta de previsión, o por haber incuria en el no esclarecimiento de la verdad. Y así, la responsabilidad por el daño o mal que hagamos, no exige en lo absoluto claridad en el conocimiento del mal obrar, basta ver confusamente o encontrar un recuerdo indistinto de que otra vez juzgamos este acto como malo; se aproxima mucho al error que puede vencerse de los escolásticos de hoy. — El punto final de la teoría de la libertad en Descartes, reafirma una vez más la nota que hemos venido subrayando en la varias opiniones expuestas: el perfecto conocimiento tiene un valor de determinación

innegable, es la primera entre las condiciones de la libertad, aún cuando no podrá dar sus frutos si va unida a la indiferencia, así, el pecado y el mal nacen de este *connubium* mortal de la ignorancia y la indiferencia. El valor de la libertad, donde puede aquilatarse en su pureza, no es en el proceder propiamente dicho, sino en el querer el bien, o lo que podríamos llamar la intención.

La teoría de la voluntad, como facultad anímica particular, que ha venido afirmándose, con mayor o menor claridad, por toda la escolástica, aún cuando incorporándola en íntimo consorcio con el poder de conocimiento, o supeditándola y sin especificar bastante sus respectivas naturalezas; aparece con vigor en Kant. Para este filósofo la razón tiene dos faces o planos de influencias: el conocimiento, que trabaja sobre las formas exteriores y las sujeta a las leyes del espíritu de quien conoce, siendo, en algún sentido, cada uno de nosotros, en nuestro yo, el centro atractivo y de proyección de formas de cuanto nos rodea, porque los datos recibidos nosotros los trabajamos. Volviendose con Kant, en parte a lo menos, a esa doble escala de existencias de la realidad física y la intelectual, de las intuiciones de Platón y de la lógica formal de Aristóteles. Es la otra fase, la de la razón práctica que nos manda obrar, tomando la ley un aspecto de determinación nuestra, impuesta como regla de acción a nosotros mismos. Así la libertad de hacer es con referencia a las causas exteriores, ya que la ley moral (del imperativo categórico) ha de fijar sus reglas a la conducta; esa es la *autonomía* del ser constituído en legislador y súbdito. En tal caso ¿podrá concebirse que el entendimiento dé una relación o dé una idea que motive nuestras decisiones? nada más inexacto; de la inteligencia sólo proceden las nociones de cantidad, de causa y efecto, etc., sin contener en su esfera mandato alguno de acción, no procede jamás de ella un *debes*. Este ópera de la razón, en realidad parece algo trascendental, impuesto, echando por tierra en consecuencia la idea de la

elección como manera de determinarse. Y en la metafísica de Kant, otra vez, la supremacía de la voluntad no está en lo hecho sino en cuanto se quizo hacer; la voluntad buena es lo único que ha de exigirse al hombre, como también, este puro deseo es suficiente para pagar toda deuda contraída.

Talvez lo que más sobresale en la filosofía de Kant, es el notable sentido de moralidad y de autonomía en el bien, que olvidando los resultados se preocupa de la intención: la acción es buena cuando nace de propia determinación, cuando queda resuelta en la conciencia; ¿pero esto no habrá de fundarse en la amplitud o intensidad de las ideas morales de cada cual? — Y siendo el bien supremo la libertad y la más alta cualidad humana, el primer precepto en vuestras relaciones con los demás será el respeto a la agena libertad. Mas, insisto, la libertad kantiana es una indeterminación respecto de las condiciones físicas externas, sin ir a más allá.

Lo veremos a Main de Biran resumir el valor de la psicología de la voluntad, en una fórmula equivalente a aquella en la cual Descartes resumió toda la quintaesencia de la vida, diciendo: quiero luego soy. Nos aporta al estudio especialmente el elemento activo del esfuerzo y la voluntad como la pura relación del yo con los obstáculos exteriores. La reflexión consiste en percibir el obstáculo que se opone a nuestra actividad, y la conciencia de la resistencia y el trabajo ejecutado para vencer, esa es la voluntad.

Extrañas síntesis metafísicas se venían constituyendo en la filosofía alemana, mediante las cuales íbase insistiendo en el monismo de un único orden de actividades que recorriera el universo, desde la más baja escala de los seres hasta el hombre. Sobre eso insistió Fichte, por ejemplo, mediante el proceso lógico en el cual hubo de trabajar y completarlo más tarde Harman, traduciendo todo lo consciente en una larga preparación inconsciente; inconsciencia psicológica del hom-

bre que representa en él un aspecto de la energía difundida en el universo.

Schopenhauer piensa de la misma manera en una actividad o energía de que participan todos los seres, y a la cual quiere designarla con el nombre de voluntad: no por puro capricho sino por cuanto de esa manera se habrá, no reducido lo conocido a lo desconocido según las prácticas antiguas de explicar la voluntad por una fuerza, sino traduciendo por cuanto se conoce inmediata y realmente, aquello que fuera de nosotros está, pero que participa de las cualidades nuestras. La voluntad es una fuerza activa que obliga a todos los seres a existir y a querer su permanencia, y esto se presenta en los seres vivos y el hombre como terror de la muerte y como ansia de propagar la especie. En idéntico sentido que Kant, Schopenhauer encuentra la libertad del sujeto en la no tolerancia de imposiciones de afuera, aun cuando en ninguna acción del hombre podrá hallarse el libre querer si por tal se tiene la «falta de una relación de principio a consecuencia»; esa libertad de neto carácter metafísico, continúa, es imposible en el mundo físico. Respecto de cada acción no somos libres o incondicionados; pero en la totalidad de la vida habremos de tenernos por tales, por cuanto nuestro proceder se engendra en el singular *carácter* de cada uno. Y la naturaleza del carácter de cada cual se fija de una vez y para siempre, según su primitiva decisión de querer ser, esto es, del impulso vital que lo manda vivir. Por lo expuesto se comprende como el autor del «Tratado del libre albedrío» no daba al concepto de la voluntad el limitado sentido asignado por el pensamiento general, sino otro mucho más amplio, según él mismo nos lo dice: «He dado al género el nombre de la especie más elevada . . . y la cual nos conduce al conocimiento inmediato de los demás».

V

Es hasta aquí casi la pura metafísica, con ligeras anotaciones de experiencia, la que informa el estudio de la libertad, y por lo mismo, la materia se muestra con muy escaso análisis, y sólo se disputa sobre el acto real o la posible dirección de la vida por datos más o menos vagos del auto-conocimiento, sin preocuparse de los elementos objetivos de donde procede la energía. Mas, la revisión de todos los criterios y las nuevas comprobaciones por el sistema positivo de los últimos y más inconmovibles fundamentos, junto con los métodos experimentales de la psicología, que fueron los caracteres del siglo XIX; tuvieron en lo relativo a la naturaleza de la voluntad y el conocimiento de los motivos de donde nace el proceder del hombre, notables consecuencias.

Ya habrá de pensarse, con Fortlage y otros, en la iniciación de un impulso elemental que al desenvolverse para su eficacia causaría la aparición de la conciencia, naciendo la percepción del impulso, impulso que al no hallar las imágenes inmediatas de una fórmula de hacer, originaría el estado de una atención espectante, como una especie de inquietud, de alarma del ser, de preparación.

Para otros autores, la misma voluntad es un real impulso con resultados externos en los órganos de los sentidos, verdadera corriente centrífuga que se ha de resolver en definitiva en nuevas representaciones interiores de las calidades especiales. Brotará un mandato interno, circulará hacia afuera para florecer en los órganos de los sentidos, y en contacto con las exitaciones las trabajará para hundirlas en el laboratorio de la percepción.

O con Herbart se imaginará el suceso como varias ideas o tendencias resueltas a imperar y que han brotado en el fondo de la subconsciencia; pero que en virtud

de su oposición y ruda batalla para el triunfo han emergido del fondo de la vida interior para desarrollar sus actividades en la claridad de la superficie. Pero a medida del batallar contra las resistencias, y más todavía, como cortejo del triunfo, acompaña a la representación el deseo, el cual, al convertirse en realización toma el nombre de querer. De esa manera, en definitiva: "Los movimientos voluntarios suscítanse mediante la asociación de los sentimientos con los movimientos perceptivos".

El puro intelectualismo tiene cada vez menor eficacia en las teorías modernas sobre las resoluciones voluntarias, y así encontramos en Herbart, la necesidad de matizar el conocimiento con la afectividad para que se llegue a realizar el acto; cosa repetida con mucha claridad por gran número de investigadores, entre los cuales podemos contar a Waitz. A Herwicz nos sentimos inclinados a inscribirlo entre los propios psicólogos pertenecientes a la escuela emocional de la voluntad. ¿Pero no será esa tendencia revivir las delicadezas platónicas sobre el amor que cambia el conocimiento en virtud? Es eso y mucho más, ya que no representa el sólo sentido de aquella especie de apasionamiento o inclinación intelectual, un tanto vago o inexplicado de las antiguas opiniones; es la premoción nacida de las calidades afectivas del conocimiento, en especial de las emocionales Y con el mismo valor se ha reconocido la determinación voluntaria, por ciertos psiquiatria, como pronto veremos.

En tanto, en Spencer, se genera un intelectualismo de nuevo orden, de aspecto físico o mecánico en el sentido de la actividad; donde se encuentra el puro devolver de la exitación Al exitante subsigue la realización, la cual da de sí las correspondientes representaciones y éstas a su vez serán más tarde origen de actividad, por el poder comprendidas en ellas de reproducir los estados nervioso originarios; es la memoria, elemento básico para casi todos los escritores modernos, de

cualquiera posibilidad de volición: sin experiencias anteriores los movimientos voluntarios serían imposibles (James). Y Spencer determina, si el motivo o causa de la acción es interno o dado psicológicamente, la actividad se llama voluntaria.

Del desarrollo de las ideas de Spencer, pueden proceder con facilidad varias de las tendencias de algunos escritores modernos que tratan de la voluntad

La constante insistencia de James sobre el aspecto nmónico de las adquisiciones voluntarias; las explicaciones netamente fisiológicas de la actividad, tan amadas de los psicofisiológos, entre ellos, por Ribot y Dallemagne; y en fin, ni siquiera olvida la nota, tinte o matiz sentimental (yo diría afectivo) del acto querido.

La posición de Munstenberg representa fielmente el sentido de actividad nerviosa en las tendencias nuevas de explicar. La causalidad fisiológica, para él es suficiente, y con ella se forma una concatenación tan cerrada que no permite la intervención de ningún elemento psicológico. Todo el proceso volitivo se explicará por el análisis de las notas características de las sensaciones, pues de ellas procede sin intermedio, desde cuando las sensaciones son los últimos elementos irreductibles de la conciencia; esas notas las enumera así: la cualidad, la intensidad y el tono sentimental. Llegando a verse en consecuencia, en el acto voluntario, un reflejo que ha evolucionado siguiendo la ley de su utilidad. Y el querer, en su complejidad, tiene la base física y el antecedente de las sensaciones musculares, representadas por la innervación que reproduce los movimientos indispensables para el resultado. En los "Principios de Psicología" de W. James puede verse un largo análisis sobre la importancia de las sensaciones cenestésicas para constituír la voluntaria resolución de un acto, negando los *sentimientos* (sensaciones de inervación); mas estos específicos contenidos de la vida sensacional se afirma en estos momentos con viva energía.

Aún cuando la nota predominante de la filosofía, desde fines del siglo XIX, parezca encaminarse a un espiritualismo científico, según antes indiqué; sin embargo, la biología y las otras ciencias naturales que prestan su concurso para el estudio del sujeto humano, mantienen una orientación apreciables hacia las explicaciones físicas de la voluntad. — La correspondencia de la unidad vital de los seres es el de la función única, que brotando en la célula se derrama y se complica en el organismo animal, eso sí, presentándose con ciertos aspectos de centralización en determinados aparatos, de modo muy oportuno para inducirnos error: el hambre parece ser una función del estómago y la voluntad del cerebro, mientras en la realidad uno y otra significan las circunstancias tróficas de las células que se esfuerzan por su conservación. Toda acción tiene un origen lejano en la especie y la precisión de conservarla. Es de esa manera como se repliega la investigación para descubrir la esencia de los procedimientos: la voluntad puede quedar representada por las notas afectivas y éstas, a su vez se confunden con la energía particular, que es *la vida misma*. "Es en efecto la función elemental de los tejidos que promueve y preside toda actividad de los seres vivos, el hombre incluído, y contando todas las modalidades funcionales, materiales y energéticas, desde las más humildes a las más excelentes" o como dice en otro lugar el mismo autor, tanto en lo que concierne a su *fisiologismo o a sus actos psíquicos sean o no conscientes* (Pi y Suñer en la introducción a la obra traducida de E. Rignano "Ensayos de síntesis científicas").

La calidad del acto libre en la mayoría de los psico-fisiológos y no pocos psicólogos, es idéntica al puro reflejo, no hay del uno al otro verdadera diferencia, o empleando los términos explícitos de Ribot: "el reflejo es el tipo único de toda acción nerviosa". Para unos, la conciencia es algo sobreañadido que nada pone ni quita al resultado, y que únicamente perturba en el ob-

servador la fácil interpretación del fenómeno; es pues el de la conciancia un carácter accidental que acompaña a un proceso nervioso esencial, es la anotación en el cerebro por virtud de las incesantes vibraciones centrípetas escapadas, de que nos habla Herzen. O en fin, parece que lo psicológico es una especie de fisiología cerebral, o sea, consciente, la imagen fulminante de descarga neuronal por virtud de los equivalentes químicos del pensamiento, de que nos hablaron Broca, Tazin, Mosso etc. En este último caso la corriente volitiva, antes que centrípeta cenestésica, es centrífuga, cerebral. "La voluntad es el estado de la conciencia preponderante y a la vez la representación viva de un acto y el principio de la corriente centrífuga que produce este acto", nos afirma Manouvier, y continúa: "Fisiológicamente la voluntad es una tendencia motriz resultante o predominante; una tendencia nerviosa intra-cerebral con dirección centrífuga determinada". — Ribot habla con vivo entusiasmo y sólido conocimiento del acomodamiento nervioso del proceder voluntario, dándonos la visión de una sola escala ascendente de reflejos, apenas desviada en su curso cuando se trata de esas ideas-motoras dotadas de tan escaza facultad activa, como las concepciones abstractas. Y Dallemagne ("Fisiología de la voluntad") con detalles más netos, nos reconstruye una arquitectura compleja de arcos reflejos superpuestos, desde el reflejo simple e inmediato mono-neuronal, hasta aquellos en que intervienen múltiples neuronas, y éstos o son interneuronales o intra-neurónicos, según el grupo fisiológico que intervenga sea uno o múltiple, similar o disimilar en cuanto al orden funcional a que pertenece, distinguiéndose además un nuevo modo de operar, el del caso denominado por el autor *intersegmentario;* ejemplo, la innervación cerebro-espinal, todo esto representa grados de estabilidad o inestabilidad en la forma de hacer, con las múltiples direcciones posibles de las neuronas asociadas; en fin, lo que hay son varias imágenes de las cuales

prevalecerá la más exitante; pero dándonos la ilusión de haber elegido. Ribot además coordina la perfección ascendente en el hacer con una continua adquisición de conocimientos y el lento desarrollo orgánico: "Desde el momento en que un número bastante de experiencias permite a la inteligencia manifestarse, se produce una nueva forma de actividad que puede calificarse con el epíteto de idea-motriz". (1) El poder de *suspensión* es otro de los elementos esenciales que marca la voluntariedad, de otro modo nos hallamos ante el solo reflejo.

Debo indicar incidentalmente como en los mismos partidarios de la psico-fisiología hay quienes restringen más o menos el campo de lo voluntario, ya a la acción acompañada de conciencia, ya a la exitación causada por ideas" (Maudsley y Lewes).

El matiz emotivo, tan constante en los criterios modernos que estudian la voluntad como nota sentimental (según se expresan) que acompaña o condiciona el acto, se insinúa en determinadas opiniones como sensaciones de resistencia o cambio muscular iniciadores de actividad; eso puede verse en las primeras épocas de las investigaciones de Lipps, a la manera de una correlación en el sentido del esfuerzo y el aparecer de un proceso psíquico de tendencias, cuya coordenación de dependencia se cambia más tarde en puras correlaciones, entre el proceso psíquico real y el hecho corporal desconocido. Como he dicho, el matiz emocional y afectivo, más o menos disimulados o que se desnaturalizan en las múltiples opiniones modernas, toman en ciertos psicólogos una indiscutible preponderancia y un valor técnico de bien marcada precisión.

No puedo dedicarme a buscar las raíces u orígenes más lejanos de la tendencia, ni siquiera a analizar las afirmaciones de David Hume, relativas a que todo pla-

---

(1) Ribot dice: "Si nos obstinamos en hacer de la conciencia una causa, todo queda oscuro" (Las enfermedades de la voluntad")

cer va acompañado de una exaltación de las funciones generales; y todo disgusto de una depresión; y solamente quiero referirme a la posición en la cual se ha colocado el insigne psicólogo Guillermo Wundt. Para él, lo voluntario debe considerarse como una forma particular de la evolución adelantada de aquellas actividades impuestas por el poder emocional, cuando el contenido representativo es en grado suficiente intenso y disciplinado para permitir el proceso de la dirección a un fin. El desenlace hacia el cual puede ir toda emoción, nos explica, es capaz de presentarse con esta doble naturaleza: "O da lugar al acostumbrado curso *sentimental* variable y relativamente libre de emociones; movimientos de alma tales que se desarrollan sin un resultado final... o el proceso pasa a un cambio imprevisto del contenido representativo y sentimental que instantáneamente pone fin a la emoción. Llamamos actos volitivos a estos cambios del estado representativo y sentimental... la emoción unida justamente con el último efecto procedente de ella, es un proceso volitivo". (1)

La psiquiatria no ha dudado en señalar a la voluntad, no como una operación simple y una función determinada, sino como un conglomerado de actividades y un sistema de fuerzas anímicas, entre las que predominan las de carácter afectivo. No es tampoco raro hablar de los términos afectivo y voluntario, dándoles igual extensión en los procedimientos conscientes. "La voluntad, no es otra cosa que la concurrencia de nuestras disposiciones afectivas, cuando tiene por objeto realizar un acto estimable" (Maurice de Fleury).

No ya en el sentido de la eficacia del desenvolvimiento personal externo y el imponerse del hombre sobre la naturaleza, o al menos de las causas ordinarias de hacer, sino como interna fijación de su yo para el

(1) "Compendio de Psicología".

cual colaboran todas las actividades individuales, se le ve a Hoffding ponderar la importancia de la voluntad. Si después de comparar los caracteres y resultados para la existencia de las apreciaciones del conocimiento, de los elementos de la afectividad (traducidos en el autor por sentimientos) y del proceso voluntario, tratáramos de buscar cuál es lo fundamental, lo básico, —afirma— no podríamos dudar en colocarlo en la voluntad, por su capacidad de elección para incorporar a toda actividad consciente en un procedimiento voluntario. En un sentido amplio, se expresa, la voluntad es "toda actividad concentrada que está unida con el sentimiento y con el conocimiento" y es por tales operaciones como las actividades desde sus orígenes van concentrando la vida y creando la individualidad, pues, hay que considerarla a la manera de "una fuerza que mantiene reunidos los diversos elementos de conciencia y hace de ellos, por su unión el contenido de una sola y misma conciencia." Pero descubiertos así los orígenes del proceder voluntario, hay una evolución de perfeccionamiento que constituirá la voluntad en sentido estricto: aquella que dice poder de obrar libremente, o de modo más concreto, facultad de elegir; y la perfección ha ido desde lo voluntario en sentido amplio, hasta lo voluntario en estrecho sentido, sin embargo, el instinto con su conciencia crepuscular parece representar una evolución inversa. (1)

V I

Paralela a la íntegra experiencia bio-psicológica que ha ido mudando el propio concepto de la función, se han presentado ciertas maneras de transformarse el

(1) Hoffding "Bosquejo de una Psicología fundada en la experiencia".

criterio ético y jurídico de la libertad, de la responsabilidad por el daño causado y de la defensa social contra los inadaptados y delincuentes.

Es raro pero indudable el divorcio que prevaleció hasta hace poco tiempo, entre las ideas de libertad psicológica, más o menos vacilantes o próximas al determinismo, y el concepto ético de la auto–leterminación ilimitada, sin motivo real Quizá por las necesidades prácticas de reglamentar la conducta y la eficaz sugerencia del temor como medida política de profilaxia social contra la propagación imitativa de actos peligrosos (1). o por otra causa cualquiera, se lo hacía creer al hombre dueño absoluto de sus determinaciones, más todavía, dueño de elegir sin ley de causalidad entre los contrarios más irreductibles; el principio es como lo redactaba Bossuet: "La libertad moral pertenece al hombre, puesto que puede escoger o no escoger, sin otro motivo que su propia voluntad", o como traducción que concreta más, la debida a E. Ferri: "a pesar de la presión continua y multiforme del medio exterior y de la lucha intetior de los diferentes motivos, la decisión, en último extremo entre dos posibilidades opuestas, perte-

---

(1) La disciplina militar en la última gran guerra, la iniciada en 1914, con la urgencia de salvar a la patria a todo trance, se vió obligada en los primeros instantes de angustia y de pasión, a condenar inmisericorde las alarmas y las pavuras de ciertos hombres aterrorizados ante la enormidad de cataclismos repetidos e inesperados, o en quienes la fatiga de largos días de dolor, rompiendo el control ético les impelía a la deserción o a trastornar la disciplina. Claro, eran causas de escándalo, primer germen de contagio y el derecho de necesidad pudo triunfar de todo sentimiento de jnsticia Más tardo pudo comprobarse como muchos de esos cobardes, de esos hombres desmoralizadores de los ejércitos, eran pobres víctimas de males espantosos a los que no podían resistir, infelices neurópatas cuya emotividad exasperada uno y otro día, acumulada siempre, no le permitía un instante de reposo, y hallaba su desenlace en un acto violento o contrario a su honor militar De esa clase fueron los suicidios tan frecuentes entre los soldados del frente.

nece exclusivamente a la voluntad del individuo" (1) He ahí donde se ha generado la absoluta responsabilidad aceptada por la escuela penal clásica, para cuantos hayar procedido con clara inteligencia del fin propuesto y sin ninguna coherción exterior. El hombre dueño de preveer el resultado probable de su acción y que no encuentra obstáculo visible al observador, procede por plena decisión suya; apenas hay atenuantes que nazcan de manifiestas perturbaciones mentales, y alguna vez, de mandatos de autoridad competente.

La amplitud de los estudios psiquiátricos y la colaboración inteligente de la medicina legal, iniciaron un cambio en los criterios legislativos y de los jurisconsultos, cuyos frutos son abundantes hoy.

Es que el conocimiento de los aspectos y grados de la emotividad y sus resonancias cerebro-espinales, junto con las largas investigaciones sobre la sugestionabilidad, su amplitud y consecuencias, han ido a renovar los conocimientos sobre las operaciones mentales y la frecuencia de los desequilibrios en ellas; completándose la materia con las palpitantes cuestiones endocrínicas. De todo esto procede que hayan causas no imputables al hombre o de una imputabilidad indirecta, para una conducta desorientada o de peligro social.

La misma antigua teoría de las influencias cósmicas sobre las actividades humanas, tan ridiculizada y parodiada con frecuencia, no parece haber muerto de modo definitivo y con mutaciones más o menos superficiales, se reencarnan en tendencias bien modernas fundadas en inflexibles datos estadísticos. Pero, en este momento no quiero referirme a las experiencias vulgares, al alcance de todos, como las influencias atmosféricas de la hora trágica en que se habren de nuevo las heridas en los hospitales, según decía el poeta, o las

---

(1) Debe consultarse la importante obrita de H. Hamon titulada "Determinismo y responsabilidad".

coincidencias de los períodos lunarios con la hiperactividad emotiva de ciertos nerviosos o atacados de demencia; quiero indicar únicamente como los experimentos magnéticos han enseñado que hay para nuestra vida, influencias inponderables como causas actuales de hacer. Voy de lo más externo a lo más íntimo.

La primera cuestión que se nos presenta en el orden de ideas propuesto, es el relativo al carácter de la sugestión.

Sugerir es imponer conducta por un proceso interno de aceptación del paciente, de tal manera que el acto es de quien lo ejecuta, querido por él; sólo que en tal circunstancia el procedimiento es debido a una tendencia normalmente rechazada por el sujeto y por lo mismo sin intervención en su vida consciente; podemos compararlo a los reflejos cerebrales, denominados por nosotros automáticos, en los cuales están suspensas las facultades inhibitorias superiores; es una forma de sonambulismo con tendencia de lo subconciente a predominar.

Ni en el sonámbulo ni en el sujeto sometido al hipnotismo se pierden las percepciones, sean de estímulos exteriores (posturas, ademanes del operador, etc.) sean internas, de imágenes provocadas; no desaparece el ascentimiento, y por el contrario, es muy vivo y violento; pero la elegibilidad se restringe en grado muy notable conduciendo e impulsando a satisfacer inmediatamente lo actual, por dos causas: por la gran viveza de la imagen señalada, y por la disgregación o ruptura momentánea de la plenitud interna, separando las tendencias inferiores de hacer, de los superiores estímulos ideo-motores. Si es, como me parece, una de las principales funciones en las actividades superiores suspender e inhibir la acción, la rapidez de actuar tiene otro motivo de determinarse.

Si ha perdido eficacia el poder de elegir, no ha desaparecido, como nos lo demuestra las vacilaciones y hasta resistencias de hacer, de los hipnotizados a quie-

nes se les impele contra sus habituales sentimientos. Es que el fondo de la elección es la posibilidad de asociar, la cual subsiste, mermada sí, pero real. De nuevo las asociaciones o son naturales o provocadas por el operador; en el primer caso supone una sugestión no llevada al extremo, y se presenta, de modo especial en el campo de lo inconsciente y espontáneo; y se vuelven espontáneos e inconscientes a la larga los hábitos morales. Y aquí las célebres escaramuzas de las escuelas de Nancy y de París, sobre la posibilidad de crímenes sugeridos; materia para cuya resolución precisa señalar otra nota en los estados de sonambulismo provocado. La nota indicada es úna sobre la cual se trata de insistir, el hipnotizador no se sustituye al paciente en su vida interna, sólo sustituye en é unos móviles por otros, mejor, con el nombre técnico ya, unas tendencias por otras, y en particular, las tendencias inferiores por las superiores; de tal mo lo, si en el sujeto es imposible descubrir ni el más ligero germen de mala pasión no cabe conducirlo a un acto perverso. Pero ¿qué hombre no ha tenido que luchar en algún momento contra el explosionar de determinadas taras antisociales? de ahí que el peligro de las sugestiones crea yo, muy cierto, pero para ello hace falta determinadas condiciones: 1º estado sugestivo perfecto (cosa difícil de conseguir excepto en los neurópatas preparados por una *atención espectante);* y 2º dar con el estímulo malévolo disimulado en la vida del sujeto. Esto, en las sugestiones individuales de hombre a hombre, que en las colectivas las circunstancias son mucho más propicias para mandar, como veremos en el tiempo oportuno.

El sujeto que procede en las condiciones indicadas, muy claro se ve que es irresponsable, sin poder luchar cede a los más bajos instintos removidos por alguien que se halla fuera de él; pero si se piensa en la temibilidad y en la reclusión como medida curativa puede ser necesaria la imputación criminal. Tal vez el hipnotismo, o de modo más extenso todo sonambulismo probo-

cado, serían capaces de darnos la clave de los puntos débiles de toda constitución espiritual, para indicarnos las medidas indispensables de llegar a prevenir.

Pero no es el momento éste de hablar por extenso de la sugestión, de su naturaleza y tendencias, ocasión tendremos de volver sobre el asunto; nos basta recoger estas enseñanzas: 1º hay poderes exteriores capaces de traer a la vida como causas de acción, determinadas tendencias hundidas en la subconciencia; 2º la fuerza activa de esa tendencia va a cada instante apoderándose con mayor vigor de la atención y ocupando mayor campo en la vida psicológica del sonámbulo; y 3º acompaña a todo, el suspenderse o debilitarse del poder inhibitorio.

Y la sugestión y sonambulismo probocados puede tener múltiples causas y presentarse con notas de diferente valor. No siempre es la voluntad de un hombre que se impone a otro hombre y le manda querer; hay ocasiones en que se procede de modo inconsciente: el contagio mental directo o a distancia; o no interviene un sujeto activo personal o se le desconoce al menos: como en gran número de casos de automatismo o de los fenómenos de la histeria y su hipersensibilidad a determinados medicamentos; y hay en fin, la auto-sugestión o el auto-probocamiento de un sonambulismo.

Entre los estados sonambúlicos imperfectos o que no se presentan con todos los caracteres ordinarios, está, con su misteriosa singularidad aquellos denominados por los discípulos de Burg de æstesiogenia, debidos a la metaloterapia. La influencia de ciertos metales y medicamentos a distancia, sobre algunos organismos, fue materia de vivos entusiasmos desde allá por los años de 1851 (con los primeros trabajos de Burg) durante más de un cuarto de siglo; y así vemos hasta en 1887 presentarse una obra sugestiva de los Dres. H. Bourru y P. Buret, sobre "La sugestión mental y la acción a distancia de las sustancias tóxicas y medicamentosas", en la cual se refieren ilustrativas observacio-

nes de los autores, de M. Luys y otros muchos (1). Los datos se ha querido referirlos a la sugestión, por muchas precausiones que se hayan tomado para no permitirla (2); pues se dice, los procedimientos han sido insuficientes para evitarla, en idéntico sentido que las precausiones de Pasteur y sus continuadores no pudieron conseguir sustancias en lo absoluto esterilizadas (3).

La cuestión de la metaloterapia y los estados que produce, nos impone recordar los resu tados del magnetismo animal y la "*exaltasión crisiaca*" probocada por los pases y demás operaciones del magnetizador. Estado de sonambulismo que de un modo más consciente y con explicaciones de mayor justeza, se ha venido ensayando por los hipnotizadores profesionales de las escuelas de medicina. A los himnos cantados a las maravillas de hipnotismo que no eran menores que las fantasías de Ponson du Terrail con la clarividencia del sonámbulo, siguieron la duda, el desaliento y el abandono, para reaparecer constantemente rejuvenecido por cualquier medio. Janet nos ha dicho como si el magnetismo no nos dá más de lo que una voluntad sana

---

(1) Bourro y Buret en el prólogo de introducción a su obra, nos dicen: "Los hechos que le citamos (al lector) son demasiado inesperados, las ideas demasiado subversivas respecto a los conocimientos tradicionales, para que adquiramos anticipadamente su benévolo consentimiento". "Los hechos que vamos a exponer eran tan imprevistos que hemos renovado nuestros experimentos de cien maneras, comprobando unos con otros, antes de atrevernos a aceptarlos nosotros mismos. Después de profundo estudio, que ha durado varios meses, y después de haber expirimentado en las condiciones más diversas, y en presencia de todas las personas que han querido investigar y comprobar, hemos adquirido la certeza de que los hechos que el primer día nos habían parecido tan raros eran muy reales".—El rechazo de la terapéutica es cuestión que no me incumbe juzgar y sólo acepto el hecho de la posibilidad de trastornos de conciencia por tales medios.

(2) Véasea Janet "Medicina Psicológica".

(3) Janet ib.

podría dar, pero puede sostener una voluntad vacilante y rectificar una voluntad descaminada; los milagros cuya anotación se ha hecho, continua, no debemos aplicar al hipnotismo, son maravillas de la histeria. Me inclino a creer que hay una influencia benéfica que va a más allá de la voluntad consciente, quizá puede tonificar el *gran simpático* para las funciones vegetativas, de ahí que "sugestiones de movimiento o de respiración podrán detener el baile de San Vito y transformaciones respiratorias". (1)

Hasta aquí son causas determinantes conocidas; para unos, siempre producto del hombre por sugestión, para otros (en la metaloterapia y el magnetismo) de fuerzas y poderes extrahumanos. Pero hay también casos de desconocidos motivos como iniciadores, que bien pueden ser de sugestión a distancia o de autosugestión. Pierre Janet refiere como N. f.... "un joven de 19 años cae de cuando en cuando en ciertos estados extraños y cuando se hallaba transformado por ellos era incapaz de resistir a las tendencias que hacían nacer en él las impresiones".

En el quimismo cerebral, piensa hoy la fisiología, el mínimo desequilibrio o cambio, puede tener un sinnúmero de resonancias y resultados imprevehibles, por la naturaleza de las conexiones y correlaciones neuronales y la extraordinaria sensibilidad de la célula nerviosa (2); pero no es eso todo, es en los cambios endo-

---

(1) También el precabido biólogo Dr. Grasset, creía en la posibilidad de una influencia del hipnotismo para regularizar muchos trastornos orgánicos. No es muy antigua una curación debida a nuestro conocido clínico Dr. José María Troya en una ciudad de provincia, en la persona de la Srta. E. P. que sufría frecuentes desarreglos menstruales y ataques muy violentos; curación por medio de sugestiones hipnóticas llevadas a efecto algunas veces a distancia, por una orden a plazo o por medio del teléfono.

(2) Consúltese a A. Pi y Suñer "Los mecanismos de correlación fisiológica".

crínecos donde se trata de descubrir la explicación de la mayor parte de las transformaciones individuales mentales o del cuerpo.

A esos motivos externos de impulsión, complicados frecuentemente con neuro o psicopatías más o menos graves, hay que añadir los motivos internos de imposición de conducta, de nuevo por trastornos de la sensibilidad, de los estados afectivos o del funcionamiento visceral, con resultados tan extraordinarios y mudables en la conducta, cuanto nacen de la combinación de los *innumerables e imponderables* de la célula, de Richet. El carácter, fondo de la voluntad, en el sentido de constitución personal, se lo ve constituído por los elementos internos cuyo apuntamiento hemos hecho; y de esta savia u ofrenda de saber ha podido nutrirse el criterio público encargado de mantener el orden social.

Continuando una tendencia ya muy difundida en Francia con anterioridad al gran cataclismo de 1914, y poco después de los primeros momentos de aturdimiento, angustias y necesidades ejemplarizadoras del terror; se fue a asociar el médico al juez de instrucción, porque su visión serena y honda auscultación del mal, podían dar datos inestimables en la averiguación de las responsabilidades; ese nuevo esfuerzo de la justicia para evitar el error, nos ha dejado enseñanzas de aplicación muy extensa sobre el generarse de ciertos actos malvados o el pobre mérito de algunos heroísmos. ¡Cuántos heroísmos nacen de la vanidad o petulancia de caballeros de industria que trafican con la popularidad para satisfacer los más bajos instintos! Y al contrario ¡cuántas cobardías, cuántas deserciones han representado la fatalidad, de haberse agotado todos los nobles impulsos en una lucha demasiado larga y de heroísmo aniquilador, no sólo contra el enemigo, contra el invasor, sino especialmente contra el instinto superagudo en esos individuos, de la propia conservación! El miedo les proporcionó mil noches de fatiga e insomnio, fantasías espantables de dolores y sufrimientos, e imá-

genes diarias de pavorosos sucesos: las cortinas de llamas avazando para abrazarlos, el repentino desplomarse en el polvo de ejércitos enteros que morían de asfixia, monstruos como nunca soñó la imaginación de los antiguos que marchaban sembrando la muerte, y el caer en torno suyo del conocido, del compañero, del hermano; a veces era un tronco sin sus extremidades que se levantaba del suelo, o eran aparecidos que recordaban las visiones del Dante: cabezas animadas por el último soplo vital, rostros contraídos por una angustia sin palabras, aquellas angustias que tienen más fuerza que todas las declamaciones Y esto, hora tras hora, día tras día, como choques continuos en nervios de no mucha fortaleza, y sumando a la fatiga y sumando a las preocupaciones de familia; y os asombraréis del relativo corto número de deserciones o fugas. (1)

---

(1) Blasco Ibañez con los primores verbales de que dispone en su calidad de gran artista, ha descrito los pavores presentes a los combatientes, en el frente francés en "Los cuatro jinetes del Apocalipsis" y Barbusse nos ha dado páginas de fuerte colorido sobre los diarios sufrimientos del soldado. La ciencia médica, por su parte, se ha enriquecido con una abundante literatura, entre cuyas páginas hay algunas de verdadero mérito artístico, sobre los sufrimientos humanos. Debe leerse la tesis tan llena de preciosas observaciones y tan atractiva de M. Albet Brousseau 'Ensayo sobre el miedo en el ejército", los trabajos de G Dumas "Trastornos nerviosos y mentales de la guerra"; de Porot y Hesnard "Apreciación de la mentalidad militar"; la hermosa obra "La Angustia humana", del Dr. Maurice de Fleury; y el trabajo notable, "Los ansiosos", de los Dres. Deveau y Logre, donde se encuentran páginas como ésta: "Por otra parte, la tendencia hiperemotiva es puesta en juego y llevada a su extremo límite por el peligro de las heridas, de la muerte y de la cautividad, que a cada instante y por todas partes, amenaza al soldado sobre el campo de batalla: ráfagas de artillería y descargas de fusiles o de ametralladoras, recorrido el cielo por los aviones que descubren la posición y rectifican el tiro, suelo muchas veces minado, sorpresas de noche, patrullas, emboscadas, perspectivas de ataques próximos, de gases asfixiantes y de líquidos inflamables, de asaltos a la bayoneta y desalojamiento de trincheras; esta posibilidad incesante y universal de las mayores desgracias produce la emotividad y provoca un estado de exasperación ansio-

La guerra nos ha demostado la gran resistencia humana ante el temor, cuando hay contra-estímulos suficientes que la anulen y a vuelto a insistir sobre la naturaleza de enfermedad, del vicio o del crimen; verdaderos pervertidos son muy pocos, si por perversión se tiene el ego-centrismo que lo sacrifica todo por la propia satisfacción aún del menor capricho y es incapaz de toda simpatía. El otro extremo es el del mínimo egoísmo indispensable para defender la vida: se le permite al hombre atacado matar en propia defensa, nuestra legislación faculta al marido injuriado asesinar al adúltero, ¿pero no ha de ex usar al perseguido constantemente por una alucinación de peligro de muerte, reaccionar contra ella? ¿o al torturado por una idea fija no ha de compadecer sus delirios criminales? Claro que el gran peligro social es la simulación, mas ¿no habrá modo de evitarlo? Parece que por lo menos podemos disminuirlo con exámenes médicos, de hombres de suficiente penetración y preparados; determinadas manifestaciones orgánicas no pueden simularse y la historia clínica da puntos de referencia bien notables.

De todo surgiría como consecuencia la necesidad de la educación del criminal para dotarle de contraestímulos suficientes; mas ¿es eso posible? El papel de la educación es muy restringido, se reduce a desarrollar y encontrar alguna eficacia a las tendencias adormecidas o embotadas en el sujeto, pero no alcanzará a dotarlo de lo que no tiene; es en alguna manera resultante parecido al de la sugestión con un tanto de mayor

---

sa, a la vez que sobreaguda por la violencia, crónica por su duración. La hipertencion emotiva está agravada, ademas, por la visión continua de espectáculos horrendos: soldados en agonias atroces; heridas disformes de sus compañeros de armas que le obligan a forjar diariamente la imágen de la miserable muerte que le espera probablemente y de la que ha escapado tantas veces por verdadero milagro".

permanencia: facilita una forma de procedimiento pero no la crea. No insistimos sobre este punto, porque ocasión tendremos de hacerlo.

Relacionadas de modo estrecho las materias tratadas en este capítulo y en los siguientes, con las cuestiones planteadas por la criminalogía, para determinar sus conexiones e interés respecto a las demás ciencias, encuentro muy oportuno traducir el primer párrafo del magnífico estudio del profesor Quintiliano Saldaña, titulado "La Reforme de L'Home Criminel", que dice: "Si hay una cuestión que interese al mismo tiempo la antropología y el derecho, es seguramente el de la posición en que se ha colocado, en una sociedad, el autor de un crimen Este problema antropológico y jurídico exige ciertas soluciones coherentes con la sociología y con la pedagogía, con la política legislativa y a la psiquiatria jurídica. En algún grado se interesa por todo cuanto somos. Y en lugar de ser el objeto exclusivo de una especialidad científica el crimen, es más bien una encrucijada de ciencias, y sus problemas no pueden ser resueltos sino por una síntesis de ciencias naturales o físicas y morales o políticas".

CAPITULO DECIMOCUARTO

LOS PROCESOS DE LA VOLUNTAD

El lado interno de la evolución que ha constituído las especies, es el perfeccionamiento de las actividades; virtualidades que marcharon paralelas a las formas hasta la conquista de la voluntaria decisión. — La tendencia y el deseo son antecedentes del acto reflexivamente querido; mas, el deseo parece adquirir una sustantividad —como plenitud de acción— en las pasiones — Gradual evolución de los estados activos voluntarios: sus notas. — *Los elementos del proceder voluntario:* I. El conocimiento para la voluntad requiere múltiples datos convergentes para llegar a concebir cada objeto. — II. La suspensión del acto y la atención permiten y preparan el advenimiento de las deliberaciones. — Si el constituirse del hecho voluntario es exclusiva consecuencia de la sistematización de las fuerzas físicas disponibles, la energía mayor habrá siempre de triunfar. Las cantidades conscientes de actividad son sólo una parte de las que constituyen lo voluntario. — III. Pero deliberar es combatir y vencer: punto final el de la resolución en el proceso cerebral, que no deja otra cosa por hacerse que la materialidad del hecho y su objetivación externa, mediante la conducción del nervio centrífugo y la adecuada respuesta muscular. — Conclusiones.

Alcanzamos por fin los capítulos culminantes de esta primera parte de nuestras investigaciones, a cuyo establecerse han concurrido los más diversos datos

apuntados en los largos sondeos que precedieron; nos referimos a ese proceder del hombre calificado como el signo específico de los trabajos de naturaleza humana: la voluntad, haciendo del mecanismo de la acción actividad elaborada y dirección prevista. Y es que la indicada función «no es facultad primitiva, como un cuerpo simple de la química psíquica», antes bien, debemos describirla como lugar de concurrencia y trabazón, del conjunto de materiales y energías de la plenitud individual resuelta a *permanecer*.

Las alegorías de la voluntad, sustento, fondo y base de toda vida, se comprendería así sin grande esfuerzo, como el transportar —por una reversibilidad de términos, muy común— la calidad *supuesta libre* del determinarse del hombre a todo espontáneo hacer. Y si pensamos con no pocos biólogos (1) que la función de la vida es persistir, mediante la acumulación de sustancias aptas para compensar las pérdidas diarias —y digo *la función* señalándola como característica, fundamental y fin completo de la existencia—; tampoco aparecerá rara la teoría del materialismo histórico; no se ve en las subsistencias el fundamento, sino también el aspecto final de todo. — La metafísica de la voluntad, se formula por tanto, como la integridad y esencia de la materia viviente y activa. Mas, no es ese el sentido estricto psicológico que ve en la acción reflexiva un modo singular de ser, y su conocimiento nacerá únicamente de la descomposición y recomposición de los elementos.

Descompongámosla y anotemos su contenido.

---

(1) Consúltese los "Elementos de Filosofía biológica" de Félix Le Dantec.

I

A la creciente complicación filogenética de las especies vivas, que se expresan por resultados físico-químicos de formas y funciones equivalentes; ha ido correspondiendo, sucesiva y paralelamente, un ascender en el modo de complicarse las actividades de relación —con su coordinada complejidad de órganos internos— de manera de abrir nuevos y variados horizontes a los procedimientos del sujeto activo.

A los puros reflejos nacidos de excitaciones exteriores o de sólo causas tróficas —especificados por nosotros con la designación, *actividades automáticas*, en vista de sus manifiestos caracteres físicos (1)— cuyas operaciones

---

(1) El criterio de la auto-constitución de la vida en el Globo terrestre, que se fortalece cada vez más a medida del rechazo del milagroso transporte del plasma generador por un bólido inflamado, de la hipótesis de Helmholtz y Lord Kelvin; nos habla de un primitivo quimismo muy próximo al de la materia bruta cuyo procedimiento es el de una mecánica de fuerzas combinadas, pero dotada tal combinación de un poder nuevo, el de la auto-integración. No espera todo, de modo pasivo, del medio exterior, lo busca, y además, su quimismo no es el ordinario, pues se ensaya con fruto la inestabilidad de los compuestos para internas actividades y una excitabilidad muy viva. La pura aplicación y obediencia a energías exteriores que se llama, entre las aptitudes de los seres organizados, el *tactismo*, me parece inaceptable, a menos de considerarse todo como influencia externa: externa la de una víscera sobre otra, la del medio circulante con relación a los órganos que riega, la de una célula en relación a la inmediata, de la sustancia intercelular en el cuerpo de la célula (aquí parece detenerse Le Dantec en las afirmaciones de la capacidad del medio para constituir los organismos) y aún las influencias intracelulares como de una porción de protoplasma respecto de la otra: si una molécula *micelar* influye sobre la otra para regenerarla, integrarla o modificarla ¿será por cuanto aquella es exterior a ésta? Me parece abusar de los términos el que se los use en el sentido indicado. Lo que se hace en el laboratorio de la célula es interior a ella, lo que

son de una perfectibilidad muy amplia a medida de la constancia de la repetición; ha subseguido la herencia, que es el hábito organizado en la especie, según sabemos. Y en ésta, la perfección irritativa y la respuesta adecuada se esquematizan y perfeccionan cada vez más.

Así, la memoria orgánica constituye la neta respuesta al estímulo —ya se la vea en la historia del individuo particular, ya se la descubra en la especie— mediante un mecanismo sencillísimo de adaptación que, corrigiendo los exesos o las superabundantes energías, fija la simplicidad del acto y la constancia y frecuencia de la repetición por mínimos motivos, causando la supervivencia de las aptitudes y convirtiéndose en el elemento fundamental o nuclear del instinto, más aún, siendo los instintos primarios mismo, en la serie animal. En los seres inferiores se denominan instintos a todos aquellos reflejos que orientados hacia la conservación del individuo o de la especie, han adquirido un perfeccionamiento debido a la calidad hereditaria de la transmisión; mientras tanto, en los organismos superiores, —los dotados de encéfalo— se complica el procedimiento con la presencia de la imagen en que se traduce el exitante. (1)

---

está dentro del sistema es propio de él; y lo que se genera en el animal o se resuelve por él sin intervención de agentes extra-subjetivos o por propia elaboración de los motivos, es espontáneo. La espontaneidad significa, no obedecer ciegamente a motivos exteriores, y nada más. (Contra Le Dantec, ob cit, cap. "De la espontaneidad y la ilusión de la libertad").

(1 He creído indispensable hablar con insistencia sobre la efectividad de las dos ramas del instinto que describo, por cuanto en cada caso deben tener ellos diverso origen y función; y así, mientras es la mecánica de la organización celular la que constituye los instintos primitivos pudiéndose llegar a tener correspondencias cerebrales por virtud de los escapados residuos de energía — sería el hiperfenómeno de ciertas hipótisis sobre la conciencia—; es indudable que otros instintos nacen de un conocimiento precedente, justificándose por tanto, en una limitada parte, esta afirmación que como absoluta se presenta: todo instinto fue en su origen consciente

De esa manera la aptitud del hombre representa dos memorias compenetradas y que se auxilian para el resultado: la memoria orgánica —mejor, perfección funcional, cuyas conquistas son estas: limando las resistencias y aprovechándose de la disponible cantidad de inercia, merma el esfuerzo y aumenta la eficacia— y la memoria psicológica que, repitiendo imágenes y reconstruyendo situaciones colabora a la acción.

El psicólogo encuentra en el reflejo una instantaneidad casi absoluta y cuando llega a descubrir algún acompañamiento de conciencia personal en ciertos casos, dase entonces el resultado como algo posterior, de subsiguiente anotación del suceso. Tal anotación del suceso es de ordinario inconsciente o acompañado de una conciencia crepuscular, pero puede en un momento dado iluminarse, brotar, siendo en el recuerdo clara apreciación de lo inapreciado. En los instintos superiores el procedimiento es complicado: hay una imagen revivida, causa de acción, sin que el animal pueda descubrir su oculto poder impelente. El animal débil tiembla ante el enemigo de su raza en la primera ocasión que lo descubre, el fuerte se enfurece y se manifiesta hostil.

Pero, para considerar un acto como causado por el instinto, precisa la fórmula de la espontaneidad: descu-

---

te (véanse nuestros capítulos precedentes). Hay el instinto del valor entre otros—de cuyos síntomas se infiere, que fue una conquista de origen consciente rechazada más tarde bajo el humbral de la conciencia. Son dos opiniones en pugna, dos opuestos sistemas sobre los avances vitales en el medio en el que el hombre actúa: de Lamarck, la adaptación conseguida que engendra el hábito y la aplicación de la ley de los caracteres adquiridos y trasmisibles. Todo un concurso de energías puestas en juego, todo un conjunto de ensayos organizados: conciencia de una necesidad y medios elegidos para satisfacerla. Y en las rectificaciones de Darwin, la casualidad constituyendo caracteres particulares, en la selección natural, con el triunfo de los mejor dotados y la conservación de sus conquistas.

brir y hacer. Imposición de la imagen sobre la actividad y oclusión de las vías de descarga por esa energía. Desde el instante que se suspende el movimiento por otras presencias internas y diversas posibilidades, el instinto es un elemento en lucha, el cual podrá triunfar, sin que se diga no obstante que se ha obrado instintivamente, ha sido el producto de la reflexión aunque lo elegido sea el impulso nacido del instinto.

Por tanto podemos decir: al reflejo automático apenas moderado por la calidad inhibitriz de toda materia viva para mantener su *tono* (1); ha seguido un principio de decisión representado por el recuerdo, pero subordinado, dependiente del impulso primordial, nacido de los naturales desequilibrios que se causan por la irritación y la costumbre de hacer, que son principios de movimiento.

El instinto es difícilmente resistible en las arquitecturas nerviosas poco complicadas, a no ser por causas emocionales contradictorias; mientras mayores aspectos tenga de selección natural o imposición orgánica aparece con violencias más irresistibles; y en fin, aún respecto de las conquistas conscientes de la adaptación, hace falta que imágenes opuestas equivalentes a la tensión o esfuerzo que desarrollan las primitivas, contrarresten a éstas, o que los contra-impulsos sean

(1) Ante las múltiples interpretaciones dadas al significado del *tono vital*, creo poderlo interpretar, como la resistencia opuesta por el organismo a que se traspasen los límites marcados por su constitución, en el funcionamiento que le corresponde. Acaso mi modo de ver no sea en lo absoluto opuesto al de Einthowen cuando de la calidad orgánica indicada decía que era: "todo estado prolongado de acortamiento o aumento de tensión activa"; talvez, el máximum y el mínimum de actividad compensadora. Hay mucho mayor fundamento para señalar lo que indico si se piensa de la conservación del tono muscular con Bœr que es función de las fibras simpáticas que lo inervan y no de las sensitivo-motoras. Los tonificantes son verdaderos reguladores de la función que la colocan en una situación intermedia, sin los extremos de exaltación o depresión capaces de destruír a la larga el aparato.

múltiples, por una asociación más o menos amplia de imágenes para qué el resultado fuera detener la acción tan plena de actividad como la originada en el instinto.

El instinto es tendencia fuerte a hacer: si encuentra obstáculos, permanece esa calidad durante la lucha para la decisión, comprendido bajo la inquietud del deseo; y el deseo vencido descarga su actividad en resultados indirectos, colaterales.

Mas, precisa insistir—para una comprobación conveniente del patrimonio de poderes de que viene dotado el hombre—en los siguientes datos: la rigurosa calidad activa del instinto va perdiendo impulsividad en los seres superiores, por el complicarse de los motivos internos nacidos de imágenes representativas asociadas, que se despiertan en virtud de un poder cada vez mayor de inhibición que alcanza su máximum en el hombre: se pierde instantaneidad y se desarrolla la reflexión, y ésta, tanto más extensa cuanto haya complicación mayor de las posibilidades asociantes. Probablemente el mecanismo puede representarse a la manera de un desvío del natural recorrido—exitación, irritación celular y respuesta— por el aparecer de nuevas vías de descarga, ya no hacia la periferie sino hacia el centro; y eso, mediante las fibras encefálicas de relación que, con la recogida energía nerviosa van a encender nuevos fanales o a revelar otras imágenes. Es el producto continuo de toda complicación en el sistema nervioso; la descarga no es fatal e inmediata, se amplía en nuevos recorridos

En bases fisiológicas cree poder sustentar Van Biervliet, la amplitud de capacidades psíquicas a cada instante crecientes en el hombre a medida de su edad, capacidades que se descubren en forma de suspensión del acto y de largas y eficaces deliberaciones. La mutación en el funcionamiento cerebral lo encuentra en la circunstancia de que, cuanto pierde en plasticidad el sistema nervioso (consecuencia de la edad) aumenta, cabe decirse, en conductibilidad, o sea, usando de las

indicaciones netas del autor, en los contenidos de la atención y la memoria; si bien la proporcionalidad no es estricta, antes representa adquisiciones en grado mucho mayor que las pérdidas. La plasticidad es frecuencia de reacción: recibido el estímulo fuerte tendencia al acto. La vejez es muy lenta en decidirse, le falta movilidad de impulsos.

Con todo, permaneciendo la tensión nerviosa el resolverse del estímulo en acto objetivo, es siempre posible, y de esas circunstancias internas las inquietudes y vacilaciones por el gran número de fuerzas concurrentes.

Quien haya ensayado los más sencillos experimentos de magnetismo, el de las mesas giratorias, supongamos, habrá notado como antes de ponerse la mesa en acción para responder nuestras preguntas u obedecer nuestros mandatos, hay instantes de vacilación de fluctuaciones de movimiento: nos parece asistir a la lucha de la energía nerviosa que impele y de la fuerza de la gravitación para mantener el equilibrio; aún es más visible el desasociego en el caso de lucha de dos voluntades: el operador manda un movimiento los otros miembros que forman la cadena mágica mandan el movimiento opuesto y la mesa se agita y ensaya las dos contrarias acciones, hasta cuando una de las energías triunfa. — En lo psicológico, esa suspensión de acción, esa lucha de motivos y esa impresión de esfuerzo continuo que concluye con el triunfo de una determina acción, recibe el nombre de proceso voluntario. Y el proceso voluntario tiene varios grados y formas, es como si dijéramos, de primero, de segundo o de tercer grado: si combina puras tendencias y deseos, si compara varios juicios o hace intervenir ideas abstractas en la resolución. Sólo de los dos primeros casos habremos de ocuparnos en el presente capítulo.

II

No podemos prescindir de indicar, la manera como estamos obligados a concebir, ciertos elementos que a la acción nos pueden guíar o impedir; me refiero a la impulsión y a la naturaleza de la tendencia y el deseo. — Sabemos ya lo que es el impulso y nos referimos a lo entonces dicho, pero ¿qué es la tendencia y el deseo qué es?

En ciertos criterios se dibuja la tendencia con notas de íntimo carácter psicológico: supone una necesidad, una conciencia bastante clara de la misma y una representación del fin al cual conduce, siendo por tanto un deseo incipiente que se diferencia del desarrollado por su corta estabilidad; según pretende Hoffding. La tendencia requiere tiempo y obstáculos a vencer, de ahí que su característica sea la inquietud y su matiz afectivo el dolor: el querer contenido, obstaculizado, que pudiera llamarse, por tanto, uno de los primeros grados de la voluntad.

Pero creo que no es ese el significado de la tendencia en la vida. Tendencia o inclinación —que en mi concepto son dos aspectos de una sóla calidad: principalmente bajo el punto subjetivo del que sufre, la una, y la inclinación, si se contempla desde afuera por un observador extraño— es la natural tensión nerviosa que acompaña a las necesidades de hacer nacidas de un estímulo. El impulso es la iniciación motora, la tendencia es el resultado más o menos permanente en los nervios prontos a responder; y así pudo confundir James Sully esos dos aspectos con el sólo término de impulsión, que la compara y distingue del deseo La conciencia personal no ejerce papel sino como accidente en el producirse de la tendencia, pues ella se nutre del reflejo y tiene su permanencia en el hábito. De modo

restringido, sólo a la inclinación habitual se la llama tendencia.

El mismo sentido de mis indicaciones paréceme encontrarlas en algunos apuntamientos biológicos de Le Dantec, quien contemplando la esencia de toda vitalidad en el *tactismo*, cuya función conjunta en una región es señalar irritabilidades específicas de grupos de células; piensa que el tactismo conjunto en una zona del cuerpo, originará en ella una tendencia muy bien definida. Rechazando el sentido excesivamente mecánico de las afirmaciones del biólogo francés, acepto las comprobaciones a él debidas. «Cuando los elementos celulares sensibles agloméranse en masas considerables —nos dice— como las células de un vegetal, por ejemplo, el resultado total de un gran número de *tactismos* celulares puede ser una *tendencia* muy señalada impresa al crecimiento de una rama». Marcada la tendencia como dirección biológica— dirección y nueva conquista de aptitudes e inclinaciones— veámosla como aptitudes en potencia de adquirirse: «Todo ser viviente colocado en un nuevo medio, se adapta a él, primeramente, creando nuevas combinaciones de movimiento, que a las nuevas recepciones determinadas por el medio responden por una reacción apropiada, luego fijando estas combinaciones de movimiento, *construyendo tendencias correspondientes*, es decir disposiciones para producir esta reacción correctamente, rápidamente, fácilmente, de una manera automática» (1). Son pues disposiciones, preparaciones nacidas de exitantes que al obrar sobre una aglomeración de células las incitan a proceder en un sentido dado, valiéndose de sus específicas formas de reacción. La tendencia es la base fisiológica de la acción psíquica.

La tendencia no sólo es aptitud, es además energía preparada: es como el trepidante vapor pronto a poner en marcha la máquina, es a la manera del fogoso corcel

(1) Pierre Janet "Medicina Psicológica".

que se sostiene apenas. Mas, para que así, violenta se presente la tendencia se necesita algo más que el contenido de fuerzas que exclusivamente por sí aprontaría, es necesario que la emoción le auxilie, poniendo a su alcance todas las cargas o acumulaciones funcionales dispersas en el organismo.

El deseo, por su parte, fundándose en el elemento fisiológico *tendencia*, supera a todo reflejo en el carácter consciente que reviste y está acompañado de una intensa calidad afectiva. Manifiéstase por indicaciones psicológicas de impotencia actual, en previsión de fines comprendidos y queridos; es el instinto suspenso por una causa cualquiera de resistencia. En mi opinión, el deseo no puede confundirse con un reflejo acompañado de afectividad, según me parece descubrir en Ribot (Introducción al estudio de las enfermedades de la voluntad) quien encuentra además en él las calidades de irritabilidad y de instantaneidad, apenas mermadas en el adulto por la educación, el hábito y la reflexión que lo mutilan y refrenan. Cierto que Ribot habla de un acompañamiento consciente, pero conocido su sistema, debemos traducirlo por una circunstancia accidental y coordenada que no afecta al contenido real. Es manifiesta la incorporación resuelta por el autor del deseo y el instinto, y muy comprensible desde que para él uno y otro no son más que reflejos evolucionados, y así se expresa: «En el estado natural y mientras se mantiene puro de toda alianza, el deseo tiende a satisfacerse inmediatamente; tal es su ley, inscrita en el organismo». El deseo se lo toma entonces como a una función completa en sí, no como antecedente o preparación de un acto, pero la verdad es que tiene ambos aspectos: si se lo compara con la pasión, parece englobar a ella, y entonces su sustautividad e independencia es evidente; si se lo ve en el acto voluntario, no se lo concibe sino como un factor: necesidad sentida, obstáculo visto y urgencias nacidas del fin descubierto, en lucha con otros instintos, tendencias y deseos.

El deseo es espectativa, aspiración. El que desea se siente inclinado a proceder, cierto, pero a la inclinación se llama con aquel nombre, por ser conocimiento, dificultad y esperanza. No se confunde fisiológicamente con los reflejos superiores y complejos, porque siendo imagen actual despierta recuerdos, y despierta antes de la acción, la imagen. ¿Y respecto al instinto? Es el desarrollo posterior del hábito en la especie, mudado en intencional y querido.

Uno de los instintos de mayores resonancias en la existencia es el sexual; ¿cómo se convierte en amor? Veámoslo. Como siempre, caben dos órdenes de estímulos: o internos, subjetivos, o exteriores al sujeto. Ya es la acumulación funcional en los órganos reproductivos que, comenzando por una vaga inquietud, un malestar sucesivamente ascendente se traduce en apetito orgánico y se revela en imágenes de alguna equivalencia; o es impresión actual venida del exterior o recuerdo de percepciones anteriores reviviscentes, por cualquier motivo voluntario o involuntario que insinúa la misma provocación. Pero si esa imagen se convierte en causa de un acto y satisfacción, estamos ante el papel cumplido del instinto; y si un obstáculo cualquiera le estorba, nos hallamos frente a una tendencia o deseo,—según que el obstáculo sea exterior, o interno, de elaboración mental, pues en este segundo caso el instinto cargado de emoción desarrolla un deseo que nos insta a obrar — .Nos hallamos pues ante la pasión que quiere triunfar armada del deseo y los otros motivos o causas que se oponen a que tal suceda; y surge el grado más bajo de la voluntad, cuando el combate se ha entablado entre dos pasiones o deseos.

Respecto del deseo, su acompañamiento muy intenso de conciencia ha sido subrayado por el autor de «Las enfermedades de la voluntad»; encontrando además en él *un comienzo de la individualización del sujeto:* por sus deseos los hombres se distinguen y moldean.

Pero el deseo no solamente se concreta y fija en la pasión, expresando algo semejante a las vibraciones

constantes y residentes en un instinto no cumplido, obligando al animal a no cejar en su empaño a causa de los reclamos de la necesidad no satisfecha, se presenta también menos emotiva en el quiero hacer de todo hombre, o quiero resolverme; y entonces no es otra cosa que el primer paso hacia la acción. De ahí la descripción de Hoffding: «El deseo es una tendencia inhibida, sin que la necesidad que se experimente del objeto o la idea que le presenta como un bien caiga al mismo tiempo . . . El deseo nace de la tendencia cuando se estrella ante representaciones de sus consecuencias desagradables o de la imposibilidad de su satisfacción. El fin continúa conservando para la conciencia todo su valor . . . El deseo tiene por misión sostener la vida, la actividad interina, aún cuando obstáculos interiores detengan la voluntad. Es una volición en potencia, una especie particular de lo que se ha llamado la volición hipotética». Atkinson se refiere a grupos diferentes de deseos o instantes del mismo en esta forma: «La primera face de la voluntad llamada «deseo», es en sí mismo algo complejo. En su lado más bajo toca y hasta se funde con el sentimiento y la emoción. Su centro se compone de un estado de tensión semejante al de un resorte encogido . . . En su lado más alto toca, penetra y se funde con otras faces de la voluntad que hemos mencionado». Y así, naciendo el deseo de lo subconsciente inscrito en el hombre a la manera de «heredadas memorias de la raza, existentes como instintos, o de la memoria de pasadas experiencias del individuo», que concurren a la escena de la vida consciente en forma de *tensión;* y esta *tensión* al presentarse lo suficientemente fuerte, cámbiase en urgencias activas que se imponen a la voluntad como una *llamada.* (1)

La aspiración, comprendida en el deseo y fuerte en

---

(1) W. W. Atkinson "El empleo de la inteligencia".

la pasión podemos describirla, por tanto, mediante estos signos: el deseo representa una necesidad sentida o una posibilidad prevista que ha florecido en la conciencia en forma de fines apreciables y de hipotéticas satisfacciones a conseguir. El dolor en la espectativa puede nacer de dos fuentes: las exigencias orgánicas que mandan una función y la misma representación del placer previsto que aún no se alcanza o se teme no alcanzar; o de la amenaza de un peligro del cual haya de huírse, pero que se duda de la eficacia de la huída. El deseo de improbable cumplimiento causa el desasosiego, la creencia en la imposibilidad de cumplirlo ocasiona la desesperación; y si la posibilidad subsiste, pero un ideal social o religioso hace que lo desechemos, nace la idea de sacrificio. Insisto: podemos en consecuencia tener en ciertos deseos, las notas de lo plenamente voluntario, tales son los deseos complejos que contienen varias posibilidades: si quiero esto alcanzo tal fin, si no lo quiero, son estas otras las consecuencias (quizá pueda llamarse lucha de deseos, pero en definitiva es el campo de una pasión); ya que en ellos descubrimos la inhibición del acto y la conciencia de la posibilidad, unidos, recuerdos múltiples y lucha de motivos por la circunstancia de varias presencias que imponen la elegibilidad. La fuerza de una pasión o determinadas circunstancias patológicas pueden volver el deseo irresistible. Ya sabemos cual es su papel, si sólo se debe mirarlo como elemento de la voluntariedad: cantidad impulsiva y emocional para eficacia de la acción.

Realmente, a la aspiración no ha de mirarse como a un fenómeno primordial y simple, significa una combinación y resultado de tendencias múltiples; son sordas inclinaciones que se completan, se suman y se aplican con claridad a un objeto determinado. Y el aspecto de resultado en ella tiene tal evidencia, que se ha llegado a comparar al deseo con la resolución o comprendiéndolo a lo menos, como la totalidad afectiva de la misma.

III

Con la pasión nos encontramos ante los grados inferiores del procedimiento voluntario, donde el exitante vivo, la representación de superior prestigio habitual o instintivo, o que hayan sido mejor atendidos, brotan con viva claridad y rodeadas de fuerzas emocionales capaces de oscurecer el conocimiento; son los contenidos de la actividad de mayor poder, cuya capacidad parece ser la de imponerse a todas las otras. La pasión en ciertos estados es la figura central del cuadro, lo demás se esfuma en vagas claridades o matices; siendo en tal sentido la manera de traducirse una evidente necesidad, pues de los estados pasionales ya hemos dicho, que son expresiones del instinto aureoladas de emoción. Por tanto, del deseo motivo y no móvil, del querer idea únicamente habrá de decirse con Hoffding que, desde el aspecto práctico debe considerárselo como un lujo.— Quizá la expresión, deseo, en esos casos no sea la adecuada—.

Con designación un tanto paradógica, algunos autores llaman a las decisiones pasionales, de voluntariedad espontánea, descubriendo que la falta o lo insuficiente en ellas es de la deliberación, mientras permanece el propio decidirse y se presenta la ejecución con caracteres explosivos. Es el estado constante del hombre en su niñez. «A medida que descendemos en la edad —nos afirma Rodolfo Senet— veremos oscurecerce más la primera etapa hasta que desaparecerá por completo, mientras predominará cada vez más la actividad motriz; a medida que ascendemos en la edad veremos perfilarse mejor la etapa deliberación y perder paulatinamente su carácter automático e impulsivo la decisión y ejecución». Señalando poco después estas calidades: «Con sólo el factor afectivo emocional no hay

deliberación sino objetivaciones, positivas en los casos de placer, negativas en los casos de dolor» (1).

En ocasiones el ser íntegro se pone en espectativa y la lucha es recia, violenta: hay impulsos de todo orden y los contra-impulsos más diversos, la tensión psicológica se exacerva: por un lado la imagen actual, con sus impresiones del momento y sus acompañamientos de recuerdos adecuados, por otro las imágenes opuestas, los fines más o menos próximos adquiriendo suma claridad y consiguientemente energías considerables. Y nos hallamos en presencia del grado medio de elaboración de las actividades queridas, aquel donde se detiene el común de las gentes; allí se elabora la vida ordinaria y su contemplación significa el mayor interés por lo mismo. Desde el animal hambriento que ante un objeto que satisfará su apetito se encuentra un momento detenido recordando antiguos sufrimientos que acompañaron a las sustracciones precedentes; hasta el hombre que, en presencia de la miseria se siente inclinado a robar y lucha contra tal intento en previsión de un castigo, no hay sino grados de complicación en las asociaciones de imágenes y en la previsión de resultados. El hombre ve a sus hijos famélicos, desesperados; en sus entrañas grita la necesidad; y el pastel apetitoso, el pan suculento le atrae, le llama desde la vitrina en que se encuentra expuesto; pero mira más lejos en las posibilidades: se ve arrastrado por los gendarmes, vejado por el propietario, escarnecido por el público, y luego la prisión y el castigo con todos sus sufrimientos. Mas, si lo actual tiene notable preponderancia en el animal por el escaso poder inhibitorio, la restringida asociación de imágenes y por el atenuarse de las más lejanas; en el hombre esos tres poderes son de mucha mayor extensión en el estado normal. Pero no se detiene ahí las capacidades del hombre medio en la socie-

(1) R. Senet "Elementos de Psicología infantil".

dad, sino que al lado de herencia orgánica de instintos, de las adquisiciones individuales inscritas en el hábito, dispone de las sugerencias colectivas y las conquistas sociales: puede preveer por resultados obtenidos por otros hombres sin necesidad de individuales recuerdos. — Y la fascinación, no sólo en el hombre sino también en el animal, tiene a veces un poder inmenso: un sujeto que hambriado no robaría un pan si se halla ante una vitrina contemplando un objeto hermoso o deslumbrante, no podrá resistir. Mucho se ha insistido sobre los delitos provocados por las exhibiciones de los almacenes y la frecuencia de su repetición; y es que el mismo juego de exitantes buscado con esmero por el comerciante para vender y arruinar a su cliente rico, es el que empuja al desposeído de fortuna a apoderarse del objeto que le fascina y que no puede adquirir por dinero.

Asistimos pues a la lucha de imágenes con sus calidades específicas, su poder impelente, y al triunfo de la mejor dotada; verdadero mecanismo físico con predominio de la potencia mayor, cuyas notas son: fuerte tensión nerviosa, viveza de las imágenes precedentes y prepararación emocional de aspecto más o menos vibrante.

Los más diarios, los más insignificantes procedimientos de un nervioso, pueden darnos datos muy particulares para marcar una línea o un contorno de las actividades voluntarias. La señorita L. marcha silenciosa y preocupada por las calles de la ciudad, de pronto, al volver una esquina, ve a unos diez pasos de ella la elegante figura de su novio; la muchacha da un agudo grito y vuelve atrás ruborizada y como perseguida; sólo se calma después de algún trecho, y entonces, recobrando valor en su espíritu el apasionado cariño que siente, triunfa sobre su timidez y su vergüenza para volver. Es como el sorprendido por una repentina pregunta en cuya contestación podría condensarse toda la inquietud intelectual de ese momento, que creyéndola conocida descubre su secreto, lo detalla y trata de jus-

tificarlo. La impresión actual se superpone sobre cualquiera otra, las acalla o concentra la dirección de la atención.

En realidad, insisto, son esos estados, con sus notas de juicios más o menos extensos —que significa comparación de imágenes— los que dirigen la vida ordinaria del hombre; de ahí la necesidad moralizadora del castigo o los vivos esfuerzos por sugerir imágenes aterradoras y de colorido muy fuerte, que se impone al mandato dotándolo de afectividad. En la esfera intermedia se elabora además los juicios con su poder de generalizar, que tendrán amplio desarrollo en las esferas superiores del espíritu.

La extensión en cuanto al asociarse de las imágenes–ideas, hace pensar a veces que se ha pasado del puro aspecto mecánico de la vida al procedimiento justamente espiritual de las ideas abstractas capaces de convertirse en motivos de acción o prohibición; pero no, son de naturaleza distinta. Y en efecto, dentro de la mecánica cerebral, parece esta circunstancia inexplicable: las ideas abstractas, esquemas o síntesis de imágenes pre–adquiridas, con su mínimum de potencia motriz, triunfando sobre las exigencias de imágenes fuertemente coloreadas y atractivas. El patriota que sacrifica todas sus posibilidades de tranquilidad, de satisfacción o lucro por el bien de su patria; el apóstol, víctima de todas las heridas, sujeto de todas las calumnias, que lucha infatigable por el bien de los demás, que desprecia los honores prometidos, las riquezas que se le ofrecen para participar de modo consciente de la miseria y del dolor de aquellos a quienes trata de redimir y no lo comprenden, y lo persiguen e insultan. Pero son estos últimos productos sociales, y debemos tratar de ellos con posterioridad.

Los dates precedentes nos dicen como a constituír la voluntad concurren todas las posibilidades orgánicas y espirituales del hombre, cuanto es o puede ser actividad, móvil o impulso; prestigiándose de esa manera la fórmula de Main de Biran: quiero luego soy. Pues si

la vida es la actividad, la plenitud vital sería la potencia voluntaria. Que en la síntesis de potencia denominada la voluntad, radica el mismo centro de los procesos mentales, nos repite, recientemente Atkinson, y nos enseña que se encuentra de modo íntimo asociada con aquel eje de nuestra personalidad denominado el yo. Pero hay una revolución de términos, cuando la condición del todo se aplica a cada una de las partes, pensando como cualquier movimiento es querido, y todavía, es medio para un fin; cuyos antecedentes los suministra la ocasión de afirmar que todo es voluntario, desde el movimiento del fagocito hasta las más altas operaciones de la personalidad; con la subyugante nota encontrada por Schopenhauer: voluntad es querer ser, luchar por la permanencia. — En realidad yo no concibo los términos con esa amplitud; llamo con el nombre indicado, al poder de una conciencia personal para dirigir al sujeto, hacia un fin previsto que actualmente le sea del mayor valor.

Un justo conocimiento de la voluntad no podrá proceder sino de la descomposición y análisis de sus partes.

V I

Si contemplamos las faces y momentos constitutivos del proceder voluntario, habremos de encontrarnos ante estas condiciones: I la necesidad del conocimiento, cuyo poder para incitar al acto procederá de la impresión y los reviviscentes estados anteriores con sus correspondientes acompañamientos afectivos; II la suspensión del impulso original para convertirse en acto y la atención; y, III el balance de motivos y el definitivo resolverse del sujeto. Así queda el trámite concluído y, subjetivamente, la acción perfecta.

I. — El conocimiento se constituye de estos elementos: a) del exitante que irrita el órgano respectivo

y va a convertirse en una apreciación central; b) de los recuerdos que completan los actuales datos con reminiscencias precedentes, y el sistematizarse de las varias impresiones concurrentes en una unidad; y, c) el juicio que atribuye las impresiones a un objeto dado.

a) Las exitaciones, que son motivos de hacer, en virtud del desequilibrio fisiológico que provocan, pueden originarse en circunstancias internas, de la misma manera que, en las condiciones de fácil y objetiva apreciación para nosotros, nacén de causas exteriores; y refiriéndonos a aquellas: o son propiamente exógenas, respecto del procedimiento consciente–cerebral, como en los varios casos de modificaciones orgánicas en las vísceras capaces de inducir, con suma frecuencia, imágenes particulares para que traduzcan o encarnen las impresiones—tal es el caso del apetito sexual organizando series de representaciones aptas para insitar al cumplimiento de la función—. O son en realidad endógenas, cerebrales: como representaciones espontáneamente surgidas, cuyas aptitudes son, de la misma manera, aquellas de las acciones, por idéntico mecanismo al de todo otro exitante, la irritación celular que en el cuerpo de la célula es explosión de energía.

Y es digna de notarse la lenta evolución seguida en ciertos casos, hacia el aparecimiento del motivo consciente de la acción; se va desde la vaga inquietud —desasociego orgánico de una abundante acumulación funcional (el apetito) que concreta la necesidad—para llegar a un resultado consciente del mismo, sin ser este otra cosa que una traducción en imágenes de la operación cuyo cumplimiento se pide. En el aspecto central del florecimiento de las imágenes el evolucionar es una asociación de ellas, por espontaneidad del recuerdo.

Para querer es necesario descubrir, y el dato es la impresión. Pero el dato primordial, simple, dando puntos inconexos, habría de conducir a la confusión mental; es necesario unirlos, englobarlos, sistematizarlos, y son estas operaciones las que han de constituír la

percepción del objeto. Algunos psicólogos distinguen la calidad de perceptos, de las simples impresiones, porque aquellos son el resultado conjunto de varias impresiones elementales; privándolos aún del contingente importante de la atención: «a la *apercepción* se contrapone la *percepción*, la especial aprehensión de contenidos no acompañados del estado psíquico de la atención» cierto que para Wundt la atención no es un fenómeno particular, es la simple impresión que nos deja la claridad apreciativa de un estado interno. En tanto que otros criterios quieren designar la percepción como un juicio, y mucho más aún, como una elaboración compleja de juicios. Entre los sintéticos expositores de fenómenos internos, quiero referirme en la presente materia, a Mr. Atkinson, quien se expresa: «Una sensación es un simple mensaje de los sentidos, recibido en la concientividad. Percepción es el pensamiento nacido de la impresión de la sensación. La percepción generalmente agrupa varias sensaciones en un pensamiento o percepto. Por medio de la sensación, la mente siente; por medio de la percepción, sabe que siente y reconoce el objeto causante de la sensación . . . La percepción interpreta el mensaje de las sensaciones . . . La percepción es generalmente usada en la agrupación de sensaciones y en su identificación con el objeto u objetos. En su identificación obra sobre cualquiera memoria de las pasadas experiencias recopiladas en la mente».—Yo llamo percepción puramente al complementarse de múltiples sensaciones en unidad de apreciación, por un trabajo mental en el cual colabora de modo eficaz la atención.

b) Pero el conocimiento no es suficientemente lúcido y de valor, se dice, sin los recuerdos indispensables para completar el panorama interno, precisa, no sólo sentir actualmente sino darla a la sensación su lugar en el espacio y tiempo, y adornarla de todas las otras condiciones que le son inherentes: todo conocimiento es una historia de percepciones recibidas. Y los recuerdos son de doble estirpe: o proceden de la memoria

psicológica, permitiendo determinar la imagen completa por el contingente de recuerdos anteriores—insistiendo en los detalles y apreciando nuevos aspectos antes desconocidos, todo con la superposición y rectificaciones o complementos de trazos dejados antes—y acompañado aquel modo de integrarse mediante la previsión de posibilidades afectivas finales, de placer o dolor. Y el placer y el dolor preveíbles, no son siempre meras hipótesis, son indicios de realidades cuya fuerte impresión, acompañada de residuos emotivos, puede ser tal, que sea capaz de traducirse en una modificación nerviosa centrífuga origen de idéntico placer o de igual dolor: son las circunstancias en que se colocan aquellos imaginativo-emotivos que ante el recuerdo de sucesos pasados de sufrimiento, sufren, o ante la representación de catástrofes que se han evitado se desesperan pensando en lo que habría podido ser en caso de no evitarse. O se trata de la memoria orgánica con su doble contenido: el directo, de hábito o posibilidad de hacer comprendido en una predisposición; y el indirecto, emocional que se deriva de la complementaria actuación de la vida vejetativa. Ambos como residuos activos, el uno, del triunfo sobre los obstáculos, el otro de insitación.

James ha insistido mucho sobre la importancia de la memoria para constituír las capacidades de obrar voluntario, dando ésta como la nota específica y diferencial de toda otra forma de hacer. Frente a los movimientos primitivos reflejos, instintivos y emocionales; están los secundarios: actos de voluntad que no aparecerán sino en virtud de experiencias personales insustituíbles; y en efecto, no podría comprenderse como sin recuerdos se adquiera las posibilidades de dirección reflexiva que son las más características del hacer que estudiamos. Pero, si de tal modo se establece cada uno de los movimientos hechos en una situación dada, de modo sucesivo los recuerdos de los diferentes esfuerzos y momentos del acto van perdiendo interés e inscribiéndose en el organismo, llenando la memoria en cada instante la previsión del fin: nada importa todos los

movimientos que harán mis pies para llevarme a un determinado lugar, pero habré de necesitar conocer el camino; y si el camino se convierte en habitual, no pondré atención en él y bastarame querer el lugar de llegada para recorrerlo. De ahí el ser el acto voluntario el ejecutado en previsión de un fin: se quiere cuando se sabe el objeto a alcanzar, de lo contrario el sujeto se abstiene. (1)

Pero, tanto respecto de los movimientos instintivos como de los emocionales, creo que se equivoca quien los compara, en sus caracteres de originalidad o falta de elaboración con los puros reflejos y su mecanismo simple; pues ya sabemos como el instinto se inscribe mediante un hábito, como ese hábito se convierte en herencia y al ser tal se vuelve anterior y superior a la experiencia individual de quienes lo reciben formado: lo actual de él se completa con lo precedente en la especie; y así, la imagen de la posibilidad obstruye el cerebro y el acompañamiento emotivo pone en estado de agitación el organismo y prepara a los músculos a la actividad; pues es bien sabido como el sistema simpático, originario de la actividad, inerva los músculos de los movimientos voluntarios, al mismo tiempo que estos músculos reciben filamentos del aparato central. Además, tampoco a las emociones se las puede llamar primitivas, por el contrario, deben considerarse como subsiguientes y de residuo, como lo hemos demostrado con insistencia en otros capítulos. Para aceptar las opiniones de James nos precisaría imaginarlas como acciones incompletas, no finalizadas, de ciertos criterios; pero "la emoción no es más que una agitación por derivación en vez de un acto de adaptación insuficiente (Pierre Janet).

---

(1) De James, en esta materia, deben consultarse las dos obras: "Principios de Psicología" (dos tomos) y "Compendio de Psicología" (un volumen).

c) Y tiene la memoria aún otra importancia en la vida espiritual del hombre: permite constituír la propia individualidad frente a cuanto fuera de él está; según lo habíamos dicho al hablar de la formación del yo personal. El yo se conoce a si mismo mediante la oposición anotada a diario de las calidades internas y de las propias de los objetos exteriores. Hay quienes no vacilan en afirmar del yo personal que se constituye por las solas sensaciones cenestésicas de la vida (algo cercano a la memoria orgánica); mas, sin llegar allá decimos que es uno de los elementos constitutivos, siendo el principal el de la memoria psicológica que permite comparar el curso mudable de la realidad externa, con la cantidad de inmutabilidad que existe en nosotros, y enlaza los hechos con el tiempo en una unidad ideal de espacio apreciable. Ante esta dualidad el sujeto encuentra que las impresiones son provocadas de afuera por las realidades extra-subjetivas, y las atribuye por tanto a ellas una calidad que dá de sí la irritación sufrida: la llama roja que veo es calidad del fuego, el calor es irradiación del cuerpo con el cual me hallo en contacto. He ahí un juicio: atribuir un poder a determinado objeto. Pero presente el objeto, hay varias impresiones concurrentes y surge el enlace de los juicios; esta unión de juicios actuales con juicios pasados (de tiempo, espacio y relación) nos hace concebir a la entidad contemplada con las notas características que las atribuímos, por su repetición constante.

Aún cuando a la comparación de varios juicios se lo ha llamado razonamiento, creo que únicamente debemos concebirla como la dialéctica del pensamiento para alcanzar como último término la razón, que es facultad de generalizar y abstraer; cierto que se comienza a generalizar desde antes, pero esos bastos sistemas comprendidos en un acto de razón son posteriores a las individuales experiencias. Y únicamente en el punto inicial de la conquista tenemos que detenernos, pues

sólo hasta allá es obra individual de las energías pre-sociales, lo demás consiste en procesos colectivos.

V

Toda exitación, irritando una célula normalmente constituída, lleva contenida en sí, como consecuencia, la respuesta equivalente, según la respectiva calidad funcional de la misma. Y entonces ¿por qué la célula nerviosa del aparato central, cuya naturaleza es la de eficaces actividades de relación, no siempre devuelve sus impresiones en inmediata descarga? Hoffding lo relaciona con dos circunstancias: una energía de orden particular y de suficiente poder para inhibir el desarrollo de la exitada y una organización conveniente hacia idéntico fin. Encuentro un tanto oscura y con calidad de premisa no probada, la concepción de esa energía nacida de no se cual circunstancia específica para permitir el equilibrio próximo a romperse por la aplicación de una fuerza. Hallo mucha mayor complejidad en el mecanismo. Pero sí me parece indudable la necesidad del segundo factor, el de una organización adecuada para el resultado; y esto lo descubro en aquellas aptitudes fisiológicas del organismo para la unidad de las actividades, que dota al sistema de una arquitectura especial: la posibilidad de ampliarse de modo constante el circuito de influencias.

En los multicelulares y, en especial, en los dotados de sistema nervioso receptor, la célula modificada por la irritación no se descarga en respuestas objetivas, o a lo menos, no es ese su principal papel; se interioriza, enviando su contingente a la primera célula nerviosa; y esta, receptora y activa como toda célula, puede orientar al acto; mas, es que en ella también se encuentran posibilidades de hallar otros acueductos de descarga, representados por una nueva prolongación nerviosa que llevará la impresión a un laboratorio de

segundo orden y superior: iguales posibilidades ha de encontrarse luego y la labor cerebral se cumplirá con las llamadas asociaciones de ideas. ¿Y será la íntegra energía la que sube de grado en grado? No; hay gastos que se hacen en las resistencias vencidas, de ahí que a toda elaboración acompañe un debilitamiento compensado en débil parte por las exitaciones internas de igual dirección; y digo que es débil la compensación cuando se trata de puras representaciones sin calidades afectivas, pues es sabido como las nuevas presencias son de una intensidad muy menor de aquella de las imágenes primitivas. En verdad, gran número de casos de presencia actual o de reviviscentes situaciones, están acompañados de matizaciones afectivas, y éstas son impulsos y tensiones nerviosas de grande valor. La apreciación del dolor parece otra función particular de la célula nerviosa, cuyo contenido son violentas reacciones organizadas de modo hereditario. Y todavía, junto a lo indicado, los estados emocionales frecuentísimos acompañando al dolor o al placer, que puede extremarse hasta la real y violenta emoción. — De la virtualidad de las circunstancias afectivas volveremos a tratar bien pronto.

Gran triunfo de la fisiología cerebral ha sido demostrar la no existencia de centros motores diferentes de los sensitivos; y así, las explicaciones precedentes, por nosotros aceptadas, se presentan muy claras en su demostración. Ahora bien, considerándose la calidad inhibitoria como el signo o marca fisiológica irremplazable (Abel Rey), nos hallamos en el hombre con un poder muy extenso de suspensión equivalente a las amplísimas posibilidades asociativas, expresado en la anatomía cerebral por la complicación enorme de las anastomosis o aproximaciones por sus dentritas entre fibras nerviosas, y del número de centros asociados. El hombre frío que medita, a cada nueva reflexión se siente más lejos de un entusiasta resolverse a algo; el hombre de viva imaginación y emotivo, se halla ante luchas vi-

vísimas de causas, que le inquietan y angustian: no sabrá resolverse con facilidad. Las anteriores calidades en un hombre inculto, no moderadas por extensas asociaciones, son nuevos acumulantes pasionales que lo vuelven intolerable: J. R. es un vanidoso sujeto que al recordar una supuesta injuria sufrida, se exalta, se encabrita, ruje, cada palabra que lanza es un nuevo combustible a su incendio interior; a menos de hallar una resistencia firme, o un oportuno rechazo, pues entonces se resigna, se apaga y humilla hasta un grado lastimoso.

Las leyes de la asociación nos enseñan, que una imagen ha de despertar a aquellas a las cuales se encuentre más próxima, sea por razón del tiempo, por motivo del lugar ocupado o por similitudes de otro orden (asociaciones de contiguidad y asociaciones lógicas); pero tales imágenes, o contienen impulsos opuestos o son concurrentes en una misma dirección. En el primer caso la lucha de motivos es fatal, en el segundo, el robustecimiento de las actividades habrá de producirse sin duda. Y a todo acompaña una tensión nerviosa de dos direcciones: la de las fibras asociativas en el cerebro y de los ejes centrífugos prontos a la acción (esto en el sistema central, pudiendo de modo paralelo presentarse en el ganglionar). De allí nace la sensación de esfuerzo, con sus manifestaciones psicológicas y orgánicas de cansancio. Complétase el cuadro de la fatiga por las varias actividades que han supuesto tensión nerviosa: la centrífuga, del centro al músculo para prepararlo a la acción (Bain); la centrípeta, de los músculos actuantes cuando han actuado, como un anuncio de lo hecho (Bastian, Ferrier y otros) para inscribirlo en el cerebro; reunidos los dos en un todo único, que *es la sensación del esfuerzo* (véase Wundt).

La *tensión* no es en realidad energía en acto, es tonalidad, en el sentido asignado a este término cuando se lo concibe como el estado intermedio del músculo entre la hiperactividad y la depresión: o sea las circuns-

tancias de un músculo en relativo reposo, pleno de virtualidades, como una cuerda templada para dar la nota que le corresponde. Por eso, al lado de la energía disponible (medida con el objeto de arreglar la economía animal) se ha de tener presente en cada instante el grado de *tensión* psicológica: ya para moderarla, si es exesiva (la cuerda siempre tensa, expuesta a romperse a cada instante), ya para exitarla en la medida adecuada para que la acción sea rápida y eficaz en el sentido de las exigencias vitales.

* * *

No obstante todo lo expuesto, no hemos hallado aún al actor principal del drama interno humano, aquel que es el eje en torno del cual girarán las principales escenas; me refiero a la atención.

Al hablar de la historia del pensamiento filosófico respecto a la voluntad y el libre arbitrio, indicamos el puesto predominante reconocido a la atención por ya ciertos expositores, de manera de hallar quienes creían que decir voluntad era referirse a la atención: cuanto se ha atendido con preferencia y de modo suficiente, se quiere; lo cual no es alejarse mucho de la idea: conocer es querer. En ocasiones, no aceptando esta compenetración exacta, esta coincidencia absoluta, se piensa sin embargo: que lo que se llama "fuerza de voluntad" no es realmente sino una forma desarrollada de la atención voluntaria, y el hombre de "firme voluntad" tiene siempre delante de sus ojos la idea que persigue. (Atkinson) Consecuencias exesivas nacidas de antecedentes verdaderos. El hombre entusiasmado por un problema lo tendrá siempre ante sus ojos y de esta perseverancia nacerá su triunfo. Pero el antecedente es querer, querer atender y resolverse con firmeza a ello.

Mas, ¿cómo la clasificaremos a la atención? ¿cuál es la fuerza psicológica que la mantiene, la función que cumple? El problema se presenta complejo y su resolución difícil, pues podríamos repetir: "los psicólogos de hoy no saben muy bien si la atención es una función especial, ni siquiera si existe una operación que corresponda al conjunto de los hechos groseramente ordenados bajo el nombre de atención, y hasta hay quien quiere suprimir esta palabra "atención" del vocabulario psicológico" (Pierre Janet). Acaso el problema no sea tan difícil como otros muchos de la psicología, y en todo caso, proceder en la forma radical indicada sería cerrar los ojos para no tropezar en los obstáculos o el simple medio de negar lo complejo.

Cierto que se proponen múltiples interpretaciones, entre las cuales podemos señalar éstas: algunos indican la atención como el origen de la conciencia, mediante aquella se establece ésta, se forma, siendo la concientividad la función. Mientras la mayoría encuentra que la atención es un modo de dirigir la conciencia personal, hacia una determinada región de apreciaciones; es limitarla para esclarecerla, o con la definición común: "la aplicación de la mente a un estado mental".— De la sola exposición de las dos tendencias, se puede colegir la que yo acepto, dados mis puntos de vista. Atender es enfocar las aptitudes de nuestro yo personal hacia la apreciación de un fenómeno o grupo de ellos, la mente se concentra en tal esfuerzo, iluminándolos por todas partes.

La atención puede presentarse con estos dos caracteres: o se la ve como un gestor de la actividad voluntaria, haciendo posible la reflexión; o es ella misma un proceso de la voluntad: quiero atender como dijimos antes. De ahí el denominar a la atención con estos dos nombres: la atención involuntaria y la atención querida; para significar aquella de espontánea procedencia o la que meditadamente se busca. Las materias de vivo interés y los estados de conciencia muy claros *lla-*

man de modo espontáneo la atención, nos fijamos en ellos y en ocasiones se imponen contra toda oposición; mientras los objetos ordinarios, comunes o insignificantes apenas rozan la conciencia. Se ha pensado en significar todo llamamiento a la atención como nacido del interés; pero este término parece asociado al encuentro reflexivo de un fin deseable o bueno, mientras se dan casos de insensibilidad de la atención sobre cosas útiles —un estudio difícil supongamos que habrá de servirme— para prenderse con ahinco en actos, hechos o circunstancias insignificantes; se trata de una especie de quimismo mental u organización adecuada: por eso el músico atenderá con preferencia las notas musicales de la ópera, el pintor la plasticidad de las escenas o el buen gusto de la decoración, el hombre sensual las carnes que palpitan, la mujer las joyas que relucen. — Mas la atención puede disciplinarse ejercitándola, y convertirse para el individuo en atractivo por el fin, aquello que en sí mismo era seco o estéril, por falta de esa natural inclinación que otro pueda sentir, por ejemplo, para las investigaciones abstractas.

La atención voluntaria predispone a una fácil apreciación de las exitaciones que vendrán; así preparado el sujeto, las siente con fuerza, las reconoce, y en ocasiones se adelanta a ellas, completándolas y supliéndolas: los primeros compaces de una música interrumpida podrá prepararnos para completarla de modo imaginativo, y con el mismo sentido podremos restablecer los compaces perdidos en una defectuosa ejecución. Nunca me ha sorprendido la dolorosa exitación de un verdadero músico al oír piezas mal ejecutadas: además de las discordancias hirientes de las notas se los exige una atención excesiva para completar lo imperfecto, con fuerte desgaste nervioso.

Si la espontánea atención es imposición del objeto impresionante, que puede llegar a los trastornos de las alusinaciones o de las ilusiones morbosas; la volun-

taria dirección de la mente es imposición psicológica del sujeto sobre la realidad impresionable.

Mas. es fácil advertirse como la atención no significa únicamente el esclarecimiento de una impresión para apreciarla en su integridad y darla su mayor relieve; sino también, y con esfuerzos mayores, es delimitar campos de observación, líneas de recorrido: precisa ver tal grupo de seres y no otro, seguir una premisa en todas sus consecuencias, sin permitir las desviaciones colaterales de juicios, percepciones o imágenes. Dirigir nuestra atención a una región de recuerdos, no es cosa difícil; mantenerla sin desviación en una línea de conducta, he ahí el problema; pues la imaginación es una juguetona corza que se interna por toda encrucijada, salta sobre una roca, reconoce un risco, para coger una hierba o para arrancar una flor. Sólo largos ejercicios de preparación y un interés muy vivo harán posible aquel esfuerzo y lo mantendrán. Los estudiosos afirman que el cambio de estudio los alivia; los trabajadores demuestran como el trabajo más agotador no es el de fuerza ni músculos, sino el de atención y proligidad.

Las indicaciones anatomo–fisiológicas sobre la materia, no son de suficiente precisión, con todo, debemos dirigirnos a ellas, para arrancarlas lo que puedan dar de sí. Si interrogamos la opinión del sabio neurólogo español Ramón y Cajal, le oiremos afirmar que el papel más importante para el efecto de la atención está encomendado a la célula neuroglia, la cual en actividad: exige un abundante riego sanguinio y trabaja mediante un aislamiento conveniente por virtud de la contracción de los pseudópodos; de ahí la delimitación de la conciencia al estado preferido actualmente. Pero el aislamiento no es absoluto, ni aún en las ideas fijas, que son la delimitación más estrecha por sus cortas conexiones perceptuales; es más bien orientación, camino interno de ideas, si pudieramos decir. Se contraerían ciertas prolongaciones: las que debieran dar la voz de

alarma en las regiones inconexas con la preocupación actual, y se darían por el contrario aproximaciones en el grupo de neuroglias afectadas por la cuestión.

Así, completando las enseñanzas del histólogo español con las esclarecidas por Tanzi, nos hallaríamos con este resultado: aumentados los espacios interneuró nicos que no tengan un interés actual, se disminuyen constantemente por otro lado, aquellos convenientes para el trabajo, voluntario o no, que se propone. (Para Tanzi el trabajo no se hace posible sólo por las anastomosis de las células cerebrales, sino por su aproximación que facilita las asociaciones de ideas). Ahora bien, la repetición constante de un mismo esfuerzo o de actividades mentales de un orden dado, se traduce, en el sentido anatómico, en nuevas conquistas de posibilidades y son estas el crecimiento de las prolongaciones neuronales con la dirección impuesta por el constante estímulo. De esa manera, el trabajo mental constante de un estudio o de una clase de ellos, permite una amplitud de conocimientos en la materia sorprendente y una penetración muy íntima de las cuestiones; pues, volviendo a Ramón y Cajal, de esa manera viene a favorecerse las expansiones protoplasmáticas de la respectiva región, aumentando así las asociaciones de ideas.

Tal es la importancia de la especialización. Pero existen notables peligros: las estrecheces del campo mental. Obligado el hombre a vigilar sus operaciones psicológicas, prohibe todo otro desarrollo, que podría ser sin embargo paralelo y de grande valor, bajo pretexto de no distraerse. He ahí la moda de los especialistas unilaterales que fuera de su materia no saben más, y que en las relaciones sociales son los maniáticos de cortos horizontes, desde cuando se sale del campo de su especialidad.

Es que hay en nuestra vida interior junto a las aproximaciones de inmediación, las que permiten las fibras asociativas, y estas asociaciones lógicas deben

también desarrollarse en el sujeto. Al hombre que dispersa sus conocimientos, adquiriendo nociones universales pero de la superficie de los hechos, es justo que se lo llame charlatán; pero el individuo víctima del análisis minucioso, de la comprobación prolija, no será jamás un constructor científico sino un erudito; a menos de disponer de una visión adivinatoria prodigiosa. En la complejidad de la vida un sinnúmero de factores se dan cita para el resultado aparentemente singular. Quizá en las ciencias en sentido restringido naturales, o de pura observación, sea permitido y fecundo el neto trabajo del simple botánico o zóologo; en las ciencias sociales y humanas, una especialidad absoluta no satisfará jamás. — Con mucho valor ha defendido Rignato hace ya veinte años, la importancia de las síntesis en la ciencia, a pesar de los rudos ataques de que tal procedimiento era víctima entonces y sigue siéndolo.

El valor de la atención para permitir hacer se perfila ya: esclareciendo la imagen en sus dos calidades de impresión actual y de referencia a situaciones pasadas que reviven; el poder activo es de fuerte intensidad, y si a eso se agrega el uniforme dirigirse por un sendero, habrá de notarse su poder impelente. — Mas, rara vez la atención será absorvida por una sola linea de representaciones, hay una o varias coordenadas y paralelas que habrán de compararse y oponerse.

V I

El intervalo entre la exitación y el acto intégrase por la deliberación. Deliberar es comparar y oponer, es el conflicto y lucha qué se han dado entre los varios actores de la vida interior; y siendo lucha, su terminación ordinaria será la de una victoria, no resultando raras tampoco las capitulaciones y la suspensión de hosti-

lidades. Además, si el conflicto es entre sólo fuerzas físicas, la energía mayor se impondrá siempre. — Veamos si así sucede.

Conocidos los factores del suceso analicemos sus posibilidades activas y su modo de convinarse y actuar. La detención del acto es elemento indispensable para el proceso voluntario, y ocasiona el aparecer en la conciencia de múltiples circunstancias y recuerdos: las imágenes con sus diferentes aspectos y calidades. La pura imagen considerada en sí sin sus acompañamientos afectivos, es como exitante de no muy alto valor y por lo mismo puede perderse éste en los trabajos de comprobación y comparación ya descritos; y merma aún su poder a medida de las sucesivas transformaciones para cambiar la imagen en idea, o mudar la concreta representación en adquisiciones abstractas. Ya lo ha dicho Ribot: "Con las ideas abstractas, la tendencia al movimiento alcanza su mínimum. Siendo estas ideas representaciones de representaciones, puros esquemas, estractos fijados por un signo, el elemento motor se empobrece en la misma medida que el elemento representarivo" ("Enfermedades de la voluntad"). E interpretando la naturaleza fisiológica humana diremos: tal resultado se debe, de seguro, a la débil parte irritativa que significa, por su falta de suficiente claridad y precisión.

Y para las anteriores indicaciones ha de pensarse en la posibilidad de separadas existencias de imágenes y estados afectivos, o hallando por lo menos, junto a aquellas un acompañamiento afectivo levísimo. Contra Hoffding, Ribot: pues si el primero halla como cantidad precisa e infaltable, para los múltiples factores de la deliberación, su origen contenido en tendencias o deseos; encuentra el autor francés que la relativa independencia de ideas y estados afectivos (sentimentales según su terminología) está comprobada por experimentos frecuentes de la patología nerviosa; tal la condición de los paralíticos que, impotentes para llevar a

efecto un movimiento voluntario por el influjo de cualquiera idea, se los verá agitar con violencia la extremidad paralizada en presencia de imágenes aureoladas de una intensa calidad emotiva. Quizá la interpretación, en el presente caso se halle descaminada, debiendo verse el motivo talvez en causas fisiológicas de esta significación: la no respuesta a la voluntad que ha decidido un acto, se debe a una degeneración o incapacidad cualquiera de los nervios conductores del mandato, en una interrupción del curso nervioso por obstáculos materiales —como los tumores de la columna vertebral— o las inaptitudes terminales y alguna vez también, es cierto, por faltar en el *tono vital*. Pero si la vía central queda trunca, la paralela visceral subsiste, y en los casos en los cuales es llamada a cumplir su papel, asistimos al resultado de esa cargazón de fluído inadaptado al fin, de las emociones.

De todas maneras, la separación señalada por el fisiólogo está mucho más próxima a la verdad, que la opinión psicológica de Hoffding.

Y siguiendo en la determinación de los poderes activos. Las circunstancias afectivas nutridas de fuertes impulsos, son de incomparable mayor potencia que las ideas. En general, al fin cuya consecución se percibe a lo lejos, precisa colorearlo de fuertes dosis afectivas, para convertirlo en eficaz propulsor de acción; y, en calidad de conquistas individuales. Esto, en lo ordinario de los casos. Los premios de ultra-vida: juguetes o dulces que satisfarán su apetito, para el niño: será para el hombre quietud, reposo o perpetua actividad, según su temperamento; para el cristiano, un apaciguamiento de las pasiones, para el árabe una exaltación y triunfo de la sensualidad. Al hombre medio, aún en las sociedades de mayor adelanto, se lo atrae por el placer y se lo impide obrar por el miedo.

Pero la afectividad en las especies humanas, lo hemos repetido con frecuencia, tiene otra rama de expresión: lo emocional; cuyo contenido es, insisto, una am

plia fuerza nerviosa no dirigida todavía y cuya eficacia se espera de una orientación adecuada procedente de determinaciones cerebrales, en los casos de actuar voluntario. El valor de las emociones como colaboradoras u opositoras a un propósito, lo hemos ponderado de modo suficiente, y eso no obstante, repetiremos aún: que sus energías trastornan y desnaturalizan con frecuencia las actividades reflexivas y morales del hombre. La colaboración tiene signos anatómicos conocidos a lo largo del sistema sensitivo-motor, pues los centros corticales se relacionan con el simpático a través de la capa óptica, y así hasta el último ganglio con sus paralelos segmentos raquidios.

Por esas confrontaciones de factores y de su importancia respectiva, debiéramos deducir que las energías predominantes siempre habrían de ser las de los instintos, pasiones y deseos; siguiendo las posibilidades de evitar el dolor físico personal o aumentar el placer de igual orden en el individuo. Y sólo en un lugar muy posterior colocaríamos lo que da de sí la claridad u oscuridad ds las imágenes. En verdad, ese orden es el habitual, de ahí la exigencia de oponer una pasión a otra, a un deseo el deseo contrario; y el más fuerte triunfará, sobre todo aquel cuyo acompañamiento vivo sea el de una emoción: al odio y la venganza moderará el castigo, al amor la previsión de la tranquilidad turbada. Mas, siempre no sucederá así, con frecuencia se opondrán los motivos—de orden representativo — a los móviles—causas afectivas—(véase la distinción de Abel Rey "Psicología"); y ¿cuál es el desenlace? Si pensáramos en la pura mecánica cerebral no cabría otro resultado que la constante supeditación de los motivos a los móviles, y esto pasa en los niños, de ahí el superficial afirmarse de su perversidad. Pero, de momento en momento va adquiriendo el hombre nuevos estímulos y conocimiento de fines lejanos y sociales a cuya conquita es preciso marchar, y en el hombre culto, con frecuencia, triunfa una idea abstracta sobre las mil exi-

gencias pasionales del momento. Al trabajador intelectual le grita la vida; tu labor no podrá fructificar en adquisiciones de comodidad o de lujo, tu existencia será de continuas fatigas, mientras cualquier otro trabajo tendría mayores remuneraciones. Y el hombre se empeña no obstante en su labor, sacrificando todos sus apetitos. No es eso decir que no haya satisfacciones en tal intento, es afirmar que son de otro orden que las físicas de apreciación común. Decidle al hombre vulgar del goce del oscuro producir por su exclusivo contenido, sin pensar en gloria o triunfo a alcanzar; y no os comprenderá. Hablaba una tarde con un sujeto considerado como hombre de talento y le refería como el esfuerzo intelectual del arte o la ciencia llevaba en sí contenidos, abundantes veneros de satisfacción, que un oscuro problema resuelto, una difícil inspiración modelada, hacía brotar en el alma vivas alegrías. Y me manifestó que no comprendía, porque lo único que pudiera buscarse en un trabajo de tal clase era el triunfo.

Una página de Abel Rey sobre la génesis en los espíritus de los altos ideales triunfantes sobre la ordinariez de la vida, me parece importante y la transcribo. Lo más frecuente y visible encuentra el autor en el resultado de la derrota de toda resolución tomada, por firme que fuera, en virtud de un razonamiento a sangre fría, ante la presencia de un estado afectivo o emocional opuesto. "Pero se puede notar, por otra parte, que la vida psicológica, evolucionando, tiende a atenuar el automatismo y la impulsividad de nuestros estados afectivos, reemplazando gradualmente la emoción o el estado pasional por *el sentimiento en el cual es preponderante el influjo de los estados intelectuales* (subraya el autor). El sentimiento juzga y razona, porque no existe sino por estados intelectuales muy elevados y muy numerosos; por eso permite a nuestras ideas discutirse y controlarse unas a otras. En otros términos, si la idea es con frecuencia impotente para hacernos

obrar, está siempre ligada, por abstracta que sea, a un sentimiento que le acompaña sin suplantarla; por el contrario, este sentimiento no existe sino porque poco a poco se han subordinado los caracteres emotivos y pasionales de nuestra naturaleza a un conjunto de ideas, de juicios y de razonamientos. La vida voluntaria es posible por eso, es decir por una subordinación de nuestras tendencias afectivas a los hechos representativos, subordinación que aumenta con la evolución del pensamiento humano y nos liberta cada vez más del automatismo original. La evolución ha debido favorecer constantemente esta subordinación, porque permite una adaptación más consciente y más inteligente del ser a sus condiciones de existencia".

No es el momento de discutir, este, sobre las efectivas calidades del sentimiento ni demostrar cuanto hay de obra social en ellos ni en las ideas abstractas a las que acompaña; nos basta insistir sobre la caída de la exclusiva interpretación mecánica de la vida intelectual y activa de la persona humana, viendo como no es sólo el hábito el moderador de los impulsos, sino particularmente una aptitud espiritual cuya iniciación alcanzable en el sujeto particular tiene desarrollo y grande eficacia en el trabajo colectivo.

Distraídos en el análisis de los factores que conocemos, hémonos desentendido hasta este momento del total proceso voluntario y de las cantidades internas para el acto, no iluminadas por la conciencia.

Como en las escenas griegas el hado, los espíritus en las creaciones de Schakespeare, o lo presentido y lo incógnito con Mæterlink y Dostojewski; en toda alma humana, en todo ser que réflexiona para decidirse, hay algo que escapa del control del espíritu; son voces que mandan, son fuerzas que impelen, son fantasías que extravían; es aquí un hábito inveterado, allá, ciertas pretensiones orgánicas como necesidades desconocidas; una química cerebral que trastorna todo lo ordenado,

un impulso nacido en no sé donde, pero que vivamente lo sentimos. — Después de larga reflexión —me ha referido una persona— habíame resuelto a proceder en determinado sentido, pero en el momento de la ejecución, el acto fue precisamente el contrario; y esto no por una vez, sino por múltiples ocasiones.

Triunfando de la conciencia está lo inconsciente y la atención no querida en los obsesionados; son agrupaciones de ideas sin control y falsas interpretaciones imaginativas o creaciones singulares de la fantasía, las causantes del delirio; en fin, hay una emotividad sorda que no permite a ciertos individuos ejecutar lo resuelto, o pone en sus actos la vacilación Un joven va a cumplimentar a su novia en una fiesta de familia. Debe ir, irá. Pero duda en el momento de vestirse, al traspasar la puerta de su habitación. Retarda sus acciones lo más posible y se siente fatigado. En la calle, marcha dando rodeos para llegar. Parece que buscara un pre texto que le impidiera ir, y si lo encuentra lo aprovecha y vuelve atrás. Sin embargo, nada quería más que esa visita, y al verla fracasada se irrita y lamenta contra su torpeza. — Si quiere hablar a una mujer, buscará día tras día una ocasión, frecuentará los lugares que fre cuenta, le esperará en una esquina, le acechará en su ventana; pero cualquier obstáculo mínimo hará fracasar las ocasiones que halló y en el momento de expresarse le faltará la voz. Siente su ridículo y sufre, y la pasión se exacerva: si la mujer se compadece de su timidez y le busca, ha de huír; para buscar un confi dente que le acompañe, le presente y le inicie. Pero no han terminado sus torturas, no sabe hab ar o habla de cosas indiferentes.—M. G. atacado de una violenta pasión por una muchacha insignificante que conoció por casualidad, hacía un papel desairado de amante temeroso y se desesperaba por tal motivo. Unos amigos suyos tratando de curarlo consiguieron que la joven le diera una cita. Armado de coraje M G. marchó a ella, pero a solas con su amada pudo balbucir únicamente:

"Srta. necesito hablar con Ud. y le ruego salga al parque próximo".

Los procesos de la subconciencia, las construcciones de la fantasía, las modificaciones orgánicas de toda clase; nutren las raíces de la reflexión, intervienen como el mayor contingente de savia en los propósitos o detienen y corrigen una energía.—Todo lo indicado, de grande importancia como circunstancias preparatorias, son base para el acto voluntario y no lo constituyen; lo que hay es que considerando el querer como la verdadera voluntad, se piensa: cuanto es acto querido es voluntario. Claro, de ahí procederá: el instintivo hacer es querido, pues tiene aspecto de resolución, luego es voluntario.—El querer de la voluntad, es reflexivo, decidirse por consciente comparación de motivos.

VII

El debate habido va a terminarse, se dan las últimas escaramuzas, y el motivo o móvil de nuestra actual preferencia, nos encamina al propósito. El propósito, de ordinario contiene la resolución, mas se anotan casos de un repentino mudarse del panorama interno, de una inesperada sacudida y desvaratamiento de los argumentos; surgiendo de entre aquellos escombros un motivo o impulso que va a imponerse. Se presenta en ocasiones con tanta rareza el suceso que, las habituales maneras de ser se abisman y un hombre regenerado nace del egoísta y un pervertido del santo; y todavía, estas consecuencias o son permanentes o transitorias. Lo primero es un hecho casual, y de ordinario debido a causas tan egoístas como las de siempre, pero más veladas, de manera de inducir a error. No en rara ocasión nos preguntamos: ¿cómo este sacrificio en una persona de tan escasos sentimientos humanitarios como N? después, el desarrollo de los acontecimientos nos lo

explica: tenía en perspectiva, este mayor beneficio. Cuando fue sincero fue el compactarse instantáneo de los mínimos sentimientos de bien, diseminados en su espíritu. ¿I cuándo el resultado es permanente? ¿podrá hablarse de una conquista repentina y milagrosa de calidades antes no poseídas, ni en iniciación, por él? El individuo desprovisto constitucionalmente de una determinada calidad, no lo adquirirá jamás. Los largos experimentos del Dr. Fleury, le han conducido a señalar eso como un axioma. Pero la educación podrá dar de si el fortalecer las tendencias incipientes, débiles, para volverlas activas y eficaces. Ese es un lento proceso subconsciente cuya repentinidad no es sino una ilusión, o más bien, la ignorancia de la raíz del hecho.

En fin. "La decisión que sigue a una deliberación claramente consciente y voluntariamente instituída toma el aspecto de una elección porque entre todas las diversas posibilidades una solamente se mantiene y las otras se apartan, después de un resistir, por otra parte, más o menos considerable. La elección se llama también resolución, porque sólo bajo esta forma más activa se resuelve verdaderamente la deliberación".

Con la resolución las operaciones de la persona activa no han con luído, pues resta convertir en realidad lo querido; la ejecución, la cual está condicionada todavía por múltiples factores. La resolución al convertirse en acto puede hallar obstáculos en nuevas florescencias de reflecciones inesperadas, prorrogando así de modo indefinido el acto (situaciones de los espíritus vacilantes). Puede además comenzarse y no concluír los movimientos indispensables, por encontrar obstáculos físicos a su desarrollo: ya en la misma potencia neuronal, ya en la combinación adecuada de movimientos, en el modo de coordenar los actos, en la falta de tensión suficiente del nervio conductor, en interrupciones de la corriente, en ineficacia de los filamentos terminales, en su aislamiento por la sustancia que lo comunica con el

músculo o en la relajación de éste. Así está amenazada de continuo en su eficacia la resolución tomada.

Pero veamos ya el suceso en conjunto, en su complejidad. La conciencia despreocupándose de los medios es atraída por el fin. Si fue necesario educación, cálculo y esfuerzo para aprender el modo de dirigirnos en cada complicado movimiento para las necesidades de la vida, se hunden luego estos pormenores en la inconsciencia del hábito y queda la acción. Pero las acciones por continuas pueden perder eficacia consciente y quedar sólo a nuestra vista el objeto a conseguir. — Del mismo modo en los impulsos, móviles y motivos, mucho se irá hundiendo para dar sus más fuertes batidas en la subconsciencia y habremos de contentarnos con las consecuencias. Y de las consecuencias y los fines será la comparación.

La extensión en las deliberaciones es muy diversa en cada caso, yendo desde la mera fijación de dos o tres puntos de referencia, a veces del mismo sentido (fortalecimiento de la decisión); hasta el amontonarse de todas las posibilidades con absorción de la conciencia personal en el debate interior. Se ha pensado que aquello que llamamos la libertad y la responsabilidad, únicamente nacerán de un resolverse formado por una perfecta concentración del yo sobre la materia discutida y de extensas asociaciones de ideas. Si bien es cierto que las extensas asociaciones y la previsión de fines múltiples, de ordinario, signo de una cultura avanzada, pero puede presentar un vicio, un germen patológico, sobre todo cuando se trata de asociaciones inadecuadas.

Los dos extremos límites, en mi criterio, dañan a las exigencias de una vida correcta: o nos hallamos ante el puro juego de los instintos inferiores sin ninguna previsión de fines humanos, y el hombre casi está en el estado de espontaneidad del niño pequeño o de ciertos animales; o se pretende agotar la cuestión sin llegar jamás al fin o retardándolo de manera desmesurada.

De lo uno nace el precipitado resolverse, de lo otro la perplejidad. I la perplejidad conduce a la pacividad de no hacer, o a elegir, por el cansancio lo primero que las circunstancias lo señale. He ahí la atención haciendo sus escaramuzas por falta de tensión nerviosa.

Desqués de todo lo visto y con las rectificaciones que de cuanto hayamos indicado surjan, puedo aceptar la clasificación de Ribot, de las causas representativas de los procedimientos voluntarios, en estos grupos: 1? "los estados intelectuales estremadamente intensos (las ideas fijas pueden servir de ejemplo)" que son aquellos cuyo acompañamiento es el de importantes cantidades afectivas, o sea, con el lenguaje del autor, con acompañamiento de aquellos otros estados nerviosos que corresponden a los *sentimientos;* los 2.* "Representan la actividad razonable. La voluntad en el sentido corriente de la palabra. La concepción va seguida de un acto, después de una deliberación corta o larga". I se señala esta condición del acto en lo ordinario de nuestra vida, al lado de los hábitos; reconociéndola como calidades: a) la menor vehemencia por la acción que la precedente: y, b) la moderación del tinte afectivo; 3º las ideas abstractas. Respecto de ellas encuentra Ribot que no parecen proceder directamente del reflejo (causa íntima u originaria de todo acto voluntario, para el fisiólogo francés) sino como rama colateral "débilmente ingertada en el tronco principal, y *que se ha desarrollado a su manera*". ¿Cuál es ese desarrollo suyo particular? No lo explica, si bien la psicología se halla en el caso de referirla a una nueva disposición del hombre, denominada las aptitudes espirituales; cuyo triunfo, según hemos dicho, traspasa todas las leyes mecánicas.

VIII

La constatación de los factores integrantes del proceder voluntario y su respectivo funcionamiento, nos han permitido llegar a las siguientes consecuencias: a) que causas mínimas y desconocidas pueden variar eficazmente la condicionabilidad del hecho, imponiéndose como impulsos extraordinarios: de tal clase son las circunstancias de cambio en el quimismo cerebral, los estados emotivos muy fuertes e instantáneos y la falta de adecuada organización de los movimientos con o sin pérdida de tensión nerviosa. Origina de la misma manera repentinos trastornos en las existencias ciertos móviles insospechados de fines hasta entonces desconocidos, pudiendo cambiar el antiguo hábito en el origen de una posible habituación —transformaciones parecidas al cambio de personalidad de los estados mórbidos—; b) que aún cuando la aplicación y desequilibro de fuerzas físicas, sea el aspecto más saliente y ordinario del triunfo de un decidirse, hay casos en los cuales la energía queda en segundo término, triunfando como exclusivo el conocimiento del fin. Y si aquel previsto fin ha de acompañar calidades sentimentales, éstas en el sentimiento no son activas o su poder activo es breve, incomparablemente menor al de la pasión. Así llegamos a la condición de hacer por causas abstractas; c) que la atención, sino es la verdadera constitutiva de la inteligencia, como no pocos autores piensan, por lo menos debe considerarse como la base fundamental del acto voluntario. Además, por ella se organizan y llegan a ser posibles las asociaciones de ideas —a lo menos las dirigidas con una orientación prevista—. Por último, los trastornos de la atención son los más graves, hacia la confusión mental y otros estados mórbidos de la actividad querida; d) que las apariencias de libertad cuyo disfrute es nuestro, no debe

entenderse sino como el combate consciente de las posibilidades, derrotadas por virtud de las argumentaciones que representan el triunfo del temperamento particular sobre cuya escena se dió tal batalla; es en fin, el proceder por motivos superiores a la pura sensibilidad es adquirido casi en su integridad como un resultado colectivo que desarrolla y perfecciona las aptitudes individuales iniciadas sólo en el sujeto particular.

La voluntad cuando es plena, comprende y sintetiza de tal modo las íntegras aptitudes del sujeto, combina con tanta eficacia los elementos concurrentes, que parece haberse propuesto y conseguido una nueva personalidad para el hombre que sus sugerencias adopta. Y así se ha decidido Paulham, por afirmarnos: "Esta nueva sistematización —la procurada por la voluntad decidida— y las inhibiciones que le acompañan, que la completan, en suma, constituyen una transformación del yo. — "El espíritu crea la voición, según se infiere de lo que precede, la voluntad es una invención análoga a la invención intelectual, y, como esta se opone a la rutina, de la imitación, pero es cierto también que la voluntad crea el espíritu. En efecto, el espíritu, después de la volición, una vez tomada la decisión no es lo que era antes. El cambio que se ha operado puede ser más o menos considerable, pero es proporcional a la importancia de la volición. Una volición insignificante no aporta más que transformaciones insignificantes, una volición considerable nos cambia de un modo notable. César, antes y después del pasaje del Rubicón, el Juan Veljean de Víctor Hugo, después de la prueba de la "tempestad bajo un cráneo" y la decisión tomada de revelar su identidad para evitar la condena de un inocente, no son los mismos hombres de antes. Lo que son hoy, lo eran en germen, sin duda, pero igualmente en germen quizá, estaban muchos otros hombres. Una circunstancia poco importante habría bastado quizá para aguijonear en otro sentido la exaltación de su personalidad, o al menos, para restringir

en cierta medida esa exaltación. Una vez tomada la decisión, en el cambio de orientación es cosa adquirida, el desarrollo se ha afirmado y hecho necesario. Y más aún, el acto de voluntad habra sido tanto más voluntario, cuanto más difiera de la actividod automática y de la sugerida; tanto más considerable será la transformación cuanto que el nuevo estado diferirá proporcionalmente más del estado antiguo" (1).

En justicia, haría falta insistir sobre la naturaleza de gérmenes preexistentes de las calidades surgidas como nuevas; e iniciar un análisis más detallado de las circunstancias que nos permita ver si hay transformación o puro desarrollo de las aptitudes personales anteriores: según hemos podido anotar en otro lugar.

(1) Paulham "La voluntad".

CAPITULO DECIMOQUINTO

TRASTORNOS DE LA CONDUCTA VOLUNTARIA

El decidirse y hacer en el hombre es el resultado de su integridad personal y, en consecuencia, los más varios elementos psicológicos concurren a permitirlos, siendo las perturbaciones posibles, por lo mismo, innumerables — Los falsos datos de la sensibilidad pueden causar muy graves resultados en los procedimientos humanos. — La naturaleza de la atención y sus aspectos se comprueban por las notas particulares de los disturbios psíquicos, en que ella es atacada. — La indecisión de los abúlicos caben originarse en múltiples causas psicopatológicas.

I

Si la conducta individual es una síntesis, si la voluntad es una área sobre la cual convergen las múltiples energías personales del sujeto, si nutrida de ordinario por la costumbre es sinembargo capaz de modificarla, de sobreponerse a ella dando realidad a los impulsos ocultos, a tendencias disimuladas y secretas; si es necesario sentir, conocer, comparar y elegir, oponiendo realidades físicas a entidades metafísicas, a los deseos, tendencias y pasiones, aspiraciones ideales y preceptos éticos; si tanta es la riqueza conceptual y la

abundancia emotiva paralela ¿cuál es la plenitud de descomposición de sus procesos complejos y la complementaria disgregación de sus partes? Si las raíces de la actividad arrancan de las formaciones primitivas en donde indistintas palpitan las innumerables energías que podrán organizarse y triunfar en la especie; si de grado en grado ascienden con contingentes nuevos de poder y se matizan en fin y se tiñen con las facultades personales del temperamento ¿qué prolijos sondeos nos darán el relieve del campo interno de tal generarse y como se han de anotar las mil perturbaciones posibles en las varias circunstancias patológicas?

Un estudio completo de las anormalidades que influirán en la conducta voluntaria, sería un detallado recorrido de las enseñanzas de la psiquiatría, y más quizá, podríamos, recordando a Damaye, afirmar que es eso sólo una parte, un mínimum de cuanto debe exigirse al verdadero investigador de las transformaciones psicológicas por la enfermedad. «La terapéutica y la patología de las enfermedades mentales —se expresa Damaye — necesitan hoy otros estudios: un conocimiento profundo de la medicina general y aún algo de cirugía»; ya que la mayor parte de los trastornos orgánicos tienen consecuencias cerebrales, y muchos de los estados de delirio, de alucinación y de las ilusiones enfermizas, nacen evidentemente por causa del organismo intoxicado. Y en efecto, considerando al sistema nervioso como el contenido sintético de la vida, como el centro receptor y propulsor de la existencia; es lógico pensar en las resonancias centrales de todo desequilibrio orgánico, sin desconocer, por otra parte, las verdaderas enfermedades, y nó síntomas, psico o neuropáticos. De todas maneras, la indicada plenitud de exposición ni aún los especialistas la han encontrado indispensable, satisfaciéndose con determinados signos psicológicos del mal, o tratando de modo particular de las enfermedades del sistema nervioso. Nosotros, menos obligados todavía, estamos en el caso de dar brevísima idea de la frecuencia y gravedad de los trastornos cerebrales para la con-

ducta, hacia el vislumbre de los elementos primarios del conjunto y para el planteamiento del grave proble-de la responsabilidad.

Los reconocimientos de la responsabilidad plena o atenuada y de la irresponsabilidad, han ocasionado a legisladores, jueces y peritos en materia de crimen, caudal abundante de reflexiones y no menos abundancia de dudas, contrariedades de toda clase, desvelos sin término, no sólo para evitar el engaño querido, distinto del simular morboso como de los histéricos, mitomaniacos, *contagiados psíquicos*, etc.; sino también por cuanto no la integridad de los trastornos psíquicos lleva consigo la irresponsabilidad del agente (Regis). De ordinario para los psiquiatras el gran peligro es el del punto de vista elegido.—Las materias de analizar para atribuír un acto al sujeto pueden presentarse, conforme al criterio inspirador del novísimo Código penal argentino, en la siguiente forma: «No son punibles: 1º el que no haya podido en el momento del hecho, ya sea por insuficiencia de sus facultades, por alteración morbosa de las mismas, o por su estado de inconsciencia . . . comprender la criminalidad del acto y dirigir sus acciones». He ahí las causas de exención de la pena: vicios en la inteligencia o vicios en la voluntad; vacíos en el saber o faltas de control del acto: no pudo comprender la criminalidad que de él procedía o no pudo resistirse al impulso sufrido. Las causas: insuficiencia de las facultades, alteración morbosa de las mismas o estado de inconsciencia. Un balance prolijo de los nuevos reconocimientos introducidos por el Código argentino no podemos intentar en este momento, y sólo recojo cuanto indica normas mediante las que se clasifiquen las pérdidas espirituales, para pedir sobre ellas luces a la psiquiatría. De modo inicial hallamos estos grupos: vacíos en la inteligencia y pérdidas en la voluntad.

II

Si aún el propio concepto de la inteligencia se halla indeterminado todavía, comprendiendo una escala de valores intelectuales amplísima, desde la mera habilidad técnica para un objeto o fin hasta la inequívoca perfección intelectual del pensamiento profundo en sus abstracciones más altas; mucho mayores tienen que ser, y lo son, las dificultades de clasificar los individuos por su grado de inteligencia. Con todo, hay un mínimum que se señala al hombre normal como posibilidad de concebir, y por debajo de ese mínimum las anormalidades; eso no obstante, se escapan por todas partes excepciones difíciles de colocar en una u otra categoría. El hombre tonto —si usamos de este término vulgar pero el más adecuado para obtener un concepto apreciable— ¿es un anormal o un sujeto que se encuentra en el límite de la normalidad? ¿podrá decirse que es un enfermo por debilidad mental o sólo un pobre de ideas? Si acudimos a la psicología etnológica: ¿qué puede darnos el comparar al salvaje del centro del Africa con un hombre civilizado? ¿y entre dos sujetos de distinta orientación profesional, un cultivador de la tierra y un jurisconsulto; sabiendo que la inteligencia se desarrolla y perfecciona por el ejercicio y se oscurece y se pierde por el desuso? Además, ¡cuántos extravagantes datos de la psicometría en toda clase de personas, y cuántas incomprensiones de un lado frente a plenísimo iluminar de los problemas en otro sentido, respecto de los mayores genios de la humanidad! (1). De la mis-

(1) En una obra reciente del ilustre León Daudet "Le stupide XIX^e Siecle", se ha atrevido a hacer el inventario de las facultades psíquicas de algunos grandes hombres de Francia; mostrándonos a través de sus esplendores las lacerias secretas de su espíritu. Quizá abuse un tanto en el análisis, pero los vacíos mar-

ma manera que pudo expresarse Fursac: «No creo que nadie haya sabido jamás con exactitud dónde acaba la idiocia y dónde empieza la imbecilidad, ni cuando acaba la imbecilidad y empieza la debilidad mental», podemos decir nosotros: ¿qué es en la psicología de cada uno lo normal y desde qué momento las modalidades de los temperamentos singulares deberemos referirlas a déficits de las comunes facultades o dotaciones indispensables al ser? ¿el retardo mental y la debilidad de la mente son síntomas de enfermedad o signos de pobreza sin real trastorno? Ya Binet y Simón pensaron en la coincidencia notable de demencia y debilidad mental en cuanto al déficit que una y otra suponían, pero separándose de tal semejanza porque mientras en la demencia se trataba de un residuo, en el retardo mental se encuentra una adquisición incompleta (1). — Y ¿cuáles son los poderes del pensamiento que se han de medir? nuevo vacilar, nuevas dudas; ¿las externas posibilidades de expresión: el idioma? ¿y el pedantezco vacío de los oradores de multitud? ¿y la abundancia de vocabulario de ciertos sujetos sin verdadero conocimiento del significado? Algunos dementes de verbalidad notable, no habrán de detenerse por la carencia de términos que traduzcan sus complicados arabescos imaginativos, pues inventarán los que los haga falta. Sinembargo el de la riqueza del idioma es un indicio de opulencias conceptuales; y tenemos: idiota=lenguaje nulo, imbécil= vocabulario restringuido. ¿O es la asociación de ideas? Su sóla amplitud no es indicio bastante para graduar

---

cados, son con frecuencia inequívocos. De Bonaparte nos dice: *es la combinación a partes iguales de un soldado de genio y de un desorientado discípulo de Rousseau*, "esto es decir, de un imbécil *(imbecillis faible d'esprit)*".

1) De Binet y Simón su estudio sobre los "Estados mentales de enagenación". Sería de repetir aquí la clásica comparación de Esquirol: el demente es un malversador de fondos que ha disipado su patrimonio, mientras que el retrasado es un sujeto que nació mendigo.

el talento; pues hay desconectadas y extensísimas asociaciones entre ciertos dementes. ¿O debe buscarse la unidad de medida en la calidad de la atención? pero ¿en cuál de las calidades?; ¿en la firmeza? firmeza de recuerdo, por ejemplo, en las monomanías. Y si todo es relativo ¿cómo medir con precisión por las calidades de la inteligencia el grado exacto de la responsabilidad? — Las relaciones cuantitativas exactas son sueños de algunos criminalistas.

Refiriéndonos a inequívocos estados de degeneración mental y a los retardos psicológicos y anormalidades espirituales; podremos constatar de modo fácil que, en muchas de sus manifestaciones se aproximan a las maneras particulares de los hombres a quienes consideramos normales. En la obra llena de enseñanzas todavía de Sollier: «Psicología del idiota y del imbécil», se refiere el autor a la génesis de los atrasos mentales y se preocupa de clasificar a tales enfermos teniendo en cuenta la capacidad de atender; enseñándonos enseguida que la ausencia completa de atención determina la idiosa en su estado más grave, la que se denomina absoluta; al idiotismo simple acompaña un debilitamiento pronunciado de tal poder, y en el imbécil y el débil mental se encuentra inestabilidades mayores o menores. — Talvez la idiocia de primer grado tenga como nota primordial faltas impresionantes y conceptuales; pero en lo demás, lo determinado por Sollier es de importancia inequívoca.

Pero, dados esos caracteres ¿la obnuvilación mental o el apreciamiento indeciso o vago de los estímulos, no es verdad que los hallamos con gravedad diferente en el trabajador fatigado, en el sujeto adormecido y en el emotivo anonadado por un choque violento? ¡Quién no ha tenido horas de automatismo y de vida instintiva, en las que el cerebro es el vacío o el caos! Excepto el roedor interno o la crepitante marcha de pensamientos enloquecidos, todo lo demás es nebuloso: veo sin mirar, oigo y no sé el significado extricto de las palabras, procedo más bien por hábitos que por decisiones:

Desde hace ocho días no hay sino dos imágenes en mi cerebro: la mujer apasionadamente querida con los obstáculos opuestos para conseguirla y el fascinamiento del suicidio. Una multitud de hombres distraídos mantienen aspectos próximos a la estupefacción; y algunos imaginativos sobrexitados apenas se detiene un momento sobre cada uno de los estímulos que pasan y vuelven, se multiplican y sustituyen. He ahí lo normal y anormal, lo patológico y lo que no lo es, mezclándose de mil maneras. Claro, al lado de los signos comunes están para los seres anormales los otros específicos, físicos o no, que completan el sindrome; con todo, para la plenitud querida del acto el resultado puede ser idéntico: ¿cómo decidirse sin elegir o elegir sin conocer? o ¿cómo medir el alcance del hecho si sólo un instante nos detuvimos en él? — Y para la totalidad espiritual: ¿qué da de sí la falta de atención concentrada y continua? No el trastorno de todas las operaciones de la inteligencia, pues subsisten algunas con vigor: a veces una memoria que se aferra a los hechos y sus detalles, un comienzo de aptitudes artísticas y, en determinados casos, juicios sutiles y apreciaciones rápidas de una conducta; especialmente en los débiles mentales y los imbéciles, dando vivos destellos de inteligencia que desorienta al observador. Sólo las discordancias repentinas por falta de permanente dirección ponen en alerta contra la supuesta plenitud inteligente.

T. V. era a los tres años de edad un muchacho deformado por una macrocefalia visible, no podía permanecer con el busto erguido, pues parecía pesarle demasiado la cabeza; el rostro inexpresivo era próximo al de los inequívocos casos de imbecilidad. Hablaba escasísimas palabras y con voz desagradable — Traído de una población rústica a la ciudad, parecía un pequeño salvaje de una pereza inquebrantable. (La pereza ha sido el razgo dominante de su vida psíquica). — Poco a poco se despertaron en él una perspicacia notable y un ingenio agudo, como lo demuestra el siguiente hecho: habría permanecido unos seis meses o un año en la ca-

sa que lo recibiera, cuando pequeñas rencillas de domésticos despertaron en su alma vivos resentimientos contra una de sus compañeras de servicio y decidió vengarse. Con hábiles manejos e insinuaciones contra la víctima logró que le interrogaran sobre ella sus amos, y relató entonces una supuesta escena de amor en que había intervenido su enemiga y consiguió la castigaran. Algún tiempo después, en confidencias con otro doméstico, le aconsejaba: «cuando quieras vengarte de alguno, haz un *chimiche*» (chisme) . . . Era interesante cuando ironizaba caricatureando los versos de algún poeta o «haciéndose el tonto» con preguntas extravagantes. A los diez años hizo un esbozo de escultura, apreciable por su ninguna preparación anterior. — Al lado de esos caracteres estaban los grandes vacíos, sobre todo en la moralidad y en los instintos sociables. Todo estímulo fue ineficaz para él y la ratería era su fuerte; no manifestaba afecto por nadie; tenía instintos bestiales de suciedad; todas las noches mojaba su lecho y tenía propensiones sórdidas. En cierto día que se le obligaba a hacer un corto trabajo, manifestó querer ser asno para vivir atado a la estaca, y sufrió contento éste que sus patrones lo adoptaron como un castigo moralizador. — Un facultativo inteligente que lo atendió en varias erupciones cutáneas que sufriera, el Dr. R. P.; diagnosticó que sus vicios de conformación física y mental se debían a una heredosífilis. — He perdido de vista a este muchacho desde los once años. Quizá se trate de un peligro social que habría que atender.

Los verdaderos vacíos de la contextura psíquica del imbécil y del débil mental, habrá de buscarse en el orden de las tendencias morales y de los hábitos de vida social; esto es en las más altas conquistas de la vida interna, vacíos que señalan una irresponsabilidad o responsabilidad atenuada. Pero, ¿gran número de esos estigmas no se presentan en los temperamentos perversos, entre los socialmente inadaptables y entre los criminales natos de la escuela positiva? A diario os encontráis con un extravagante que trata de desna-

turalizar las fuerzas sociales o no comprende las instituciones de tal clase. No me refiero a esa especie de mitomanía que hace adoptar a los pequeños y petulantes innovadores (pseudo-poetas y pseudo-artistas) actitudes, modos de expresarse y maneras de creer o pensar *epatantes*, según su expresión; sino de los evidentes desorientamientos y modos de comprender distintos, de aquellos víctimas de la moral *insanity*, o de los geniales representantes de los más altos preceptos éticos: el uno traspasa y el otro no llega al común sentido; ¿son ambos irresponsables? Al débil podría defendérselo afirmando: es incapaz de comprender y sentir los mandatos sociales; al espíritu superior: se ha sobrepuesto a ellos al contemplar lo ficticio de sus normas. Mas no se ha de perder de vista el notable precepto de Regis: no basta al facultativo constatar vicios psíquicos en el criminal para declararlo irresponsable de sus actos; ha de buscar motivos actuales que así lo determinen, para no convertirse en cómplice.

Pero hay otro aspecto inquietante para los procedimientos de la actividad inteligente: los falsos datos de los órganos de los sentidos y los juicios falsos, los alucinamientos y las ilusiones enfermizas.

Las alucinaciones que señalan peligros donde no existen, objetos de terror o causas de placer donde nada hay ¿no serán motivos de graves consecuencias en la conducta? — Recuerdo el caso de *delirium tremens* de un antiguo militar retirado, en quien se completó el cuadro de los trastornos con una alucinosis alcohólica (Gruhle); sólo a este último aspecto precisa referirnos hoy. Postrado en el lecho pedía con verdadera desesperación su rifle de combate, para defenderse de los asaltantes que iban al saqueo de la morada de su madre. La descripción del asalto era de una nitidez absoluta: señalaba cada movimiento de los soldados sus uniformes, sus gestos y sus palabras, la ventana del escalo y las demás circunstancias del hecho. Al no hallar sus armas irritábase, acusando a una de sus parientes de haberlas robado para mandarlas a A. L., au cute; y, habría come-

tido los más extraordinarios exesos sin el obstáculo de muchas personas que lo detenían. — Los alucinamientos por el terror son frecuentísimos en los miedosos y los preocupados por una idea fija, quienes creen ver las más extrañas formas de aparecidos y los objetos más varios que internamente los preocupa; fundamentando así el definir de Griesinger que se expresa: « Se entienden por alucinaciones, imágenes sensoriales proyectadas fuera y que por ello adquieren objetividad y realidad». Efectivamente, en el alcohólico cuyo caso acabamos de referir, las ficticias imágenes procedían, de seguro, de los terrores circulantes en la ciudad de probables saqueos que seguirían a la entrada de las tropas triunfantes, en las revueltas políticas que por entonces se sucedieron. A pesar del tiempo transcurrido, todas las circunstancias, todos los hechos los contemplo como si actualmente sucedieran — La angustia que palpitaba en todos los corazones; las noches en vela: cuchicheos misteriosos entre los mayores, los niños sorprendidos y temblorosos no se atrevían ni aún a sollozar, y el menor ruido en las desiertas calles prolongándose en un eco sin fin como toque de muerte Aterrados habíamos visto llegar los heridos de la campaña: cinco vagones fétidos, cuyo chirriar tomaba las proporciones de un cataclismo, arrastrados por un monstruo de un solo ojo, jadeante, que vomitaba su hálito negrusco (mancha oscura en la negrura de la noche, constelada de chispas). Como último resto de una población destruída por la cultura urbana que avanzaba, subsistía una mísera choza cubierta de paja habitada por una familia de labradores; la lava arrojada por el monstruo prendió como inmensa tea esa pobre vivienda, para alumbrar el desembarque de los heridos. Y fue espantoso el cuadro: la llamarada roja en el fondo; el jadeante animal que se había detenido y lívidos rostros por dondequiera. Los trajes claros de las mujeres se teñían de sangre. Y débiles doncellas, y niños y ancianos, cargaban las inmundas camillas para transportarlas al hospital. El grito de terror de los campesinos que con

templaban la destrucción de su morada, los ayes de los moribundos, los alaridos de dolor de los parientes de las víctimas, eran capaces de trastornar a cualquiera. — Al día siguiente la marcial entrada de los vencedores y el pánico de la ciudad, que precipitadamente ocultaba lo mejor de su movilario en las entrañas de la tierra, en los escondites socabados para ocultar revolucionarios y conspiradores. La noche fue necesario formar barricadas tras de las puertas y pasar en espera de los acontecimientos. Paréceme que asisto aún al doloroso sobresalto de la familia y al relato de crímenes inauditos de soldados beodos y militares crapulosos: el general Obando a la cabeza de sus lanceros, yendo a vengar la afrenta de no habérsele esperado para comenzar la fiesta del Gobernador y la ciudad invadida como por hordas salvajes; García Moreno despertando con el rumor de una descarga de fusilería al infeliz revolucionario que dormía a pleno sol la embriaguez de la derrota del tirano, etc., etc . . . De pronto, gritos y voces, que nos parecieron de centenares de hombres. Nuestros dos únicos defensores preparan heroicamente sus armas y se asoman prudentes a una tronera . . . era la riña de dos soldados ebrios. — Poco después tuvo lugar el ataque de *delirium*.

Con las mismas posibilidades de daño la ilusión, sigue un camino diverso: procede de las circunstancias en las cuales el hombre da un significado distinto a las sensaciones verdaderas No es en esencia diferente el estado del psicópata que cree oír en los sones de las campanas insultos que le son dirigidos, al sensible que cree distinguir en la entonación de la voz un reproche, en cada palabra un intento de dañar. — Todos estamos expuestos a falsas interpretaciones de ruídos que las rectificaremos más tarde mediante juicios convenientes; ¿quién no se ha oído nombrar en una ráfaga de viento? ¿quién alguna vez no ha sentido extraños tonos en el grito de un animal que parece simular inflexiones humanas? Con las últimas luces del crepúsculo marchábamos por una senda que separaba rús-

ticas heredades, había un respetuoso silencio en nuestros labios y en nuestro corazón óleo de inenarrables ternezas. De pronto una risa burlona hizo sobresaltarnos; mas, terminó aquella hilaridad con un sonoro y gozoso rebuzno. — En los delirios de los febricitantes puede estudiarse las alucinaciones y las ilusiones más variadas. He aquí como las describe quien padeció una benigna tifoidea. Me había acostado con ligero malestar corporal que supuse el de una gripe. Después de pocas horas de sueño, desperté con una singular impresión: el agudo pito del sereno era un afiladísimo bisturí que me habría el tórax entre la tercera y cuarta costilla. No era raro para mi este trasmutarse de exitantes exteriores en un contenido distinto del verdadero, pues en algunos casos de debilidad nerviosa o baja tensión, había experimentado al pasar junto a un tambor que se tocaba, una sensación física como de contacto, cual si mi tórax se hubiera vaciado y sirviera para tal redoble.—La noche siguiente en que mi temperatura se había elevado a cuarenta grados, fuí víctima de ciertos alucinamientos, o talvez con mayor propiedad, de un estado de delirio difícil de precisar, pero que lo intentaré Era mi cuerpo una masa informe de carne,—picada o molida—cuya continuidad talvez no tenía otra causa que el rapidísimo girar de sus moléculas, que yo lo experimentaba. De pronto, un hilo de agua en un campo indeciso—prado o barbecho—servía para lavar ese montón incongruente de partes que era mi cuerpo. Y otra vez el girar sin término en una velocidad incalculable, en el que el pensamiento se perdía. De tiempo en tiempo en la masa formábanse cápsulas que explotaban como inflamados cohetes No puedo atribuír sino al renacer incoherente de imágenes fijadas poco antes, por la cruel novela de tesis social, titulada «Los envenenadores de Chicago» —A veces despertábame con una impresión penosísima: yo no era ya otra cosa que un pellejo vacío, que un estravagante aguador lo llenaba sin término; la piel se hinchaba, se extendía, iba a romperse . . . y el aguador impasible

llenaba más. Sentía la angustia inmensa de ese inflamiento inconmensurable. — Una noche salí de mi somnolencia gritando con fiereza a la persona que me atendía: quítame la una fiebre, me basta la otra, y así lo ha ordenado el médico. Es que sentía dos serpientes dentro de mí, la una localizada a la derecha y la otra a la izquierda.

III

Si hemos descubierto como por error de la inteligencia la responsabilidad puede atenuarse o desaparecer, en vista de que los estímulos exteriores son diferentemente apreciables, de modo de ser capaces de causar arrebato en el ánimo del enfermo las mismas provocaciones que el individuo sano las tomaría como indiferentes y hasta como expresión de amistad; debemos ver ya la propia descomposición de la actividad en sus elementos.

Al lado de las simples imágenes del conocimiento están sus calidades afectivas y emotivas, por las cuales se distinguen en sus notas genéricas los temperamentos en exitables o deprimidos, según la cantidad de acción —digámoslo así—contenida en ellos; los exitables dando su máximun de rendimiento, los deprimidos siendo difíciles de exitarlos. Mas, de la afectividad, en cuanto decía relación con las condiciones emotivas del sujeto, hemos tratado con algunos detalles en anteriores capítulos, y a ellos debemos referirnos en la mayor parte de tal contenido, por más que no en lo absoluto, por el compenetramiento evidente de los elementos. Nuestro interés particular de hoy es el descubrir el contingente de anormalidad que da de sí el contemplar «de los trastornos que lesionan la actividad voluntaria como función». Regis los ha clasificado en tres grupos: 1º «o falta la comprención del acto o identificación del objeto útil a su cumplimiento»; o, 2º nos hallamos ante una impo-

tencia notoria que vuelve imposible el ejecutarlo; o en fin, se trata de una pérdida de la memoria de los movimientos necesarios. El primer grupo comprende las denominadas *apsiquias, agnosias y abulias;* las dos primeras en íntima correlación con los procesos de la inteligencia, se inscriben particularmente en los vicios del entendimiento; mientras la abulia propiamente dicha, más o menos complicada con desviaciones intelectuales, es particularmente de los defectos del querer.

Sean cuales fueren las faltas que puedan viciar la clasificación de Ribot de las enfermedades de la voluntad, si se mira bajo un punto de vista clínico; para un estudio psicológico me parece una de las preferibles, y así, la sigo. El señala en cuatro capítulos la materia: 1º debilidades por falta de impulso; 2º debilidades por exceso de impulso; 3º «En razón de su importancia examinaremos aparte las debilidades de la atención voluntaria»; 4º «Por último, bajo el título de «Reinado de los caprichos», estudiaremos un estado particular en que la voluntad no logra nunca constituírse o no lo hace más que por accidente». — Para nuestro estudio sintético, bastará ligerísimos datos sobre los trastornos de la atención y respecto a los estados abúlicos, y de estos últimos diremos en qué sentido puede hablarse de falta de impulsos.

Los aspectos y caracteres de la atención según los hemos descrito en el capítulo anterior, pueden comprobarse en sus notas diferenciales, mediante los signos psiquiátricos de la enfermedad Hemos visto a la atención revelarse, ya como poder voluntario del espíritu, ya como calidad automática de las operaciones mentales; la hemos descubierto en el doble papel que le ha sido asignada: orientar el conocimiento e inhibir las extrañas apariencias; y sobre estas varias notas vamos a interrogar a la psiquiatría.

Hay ocasiones en las cuales la atención expontánea permanece perfecta, mientras el poder de orientar los conocimientos ha desaparecido. Asócianse de modo automático los recuerdos e imágenes y es una revista

fastuosa e incongruente (para el sujeto sano) la presenciada por el enfermo y trasladada a sus labios con la más desconcertante movilidad; el simple sonido de una palabra, la semejanza más lejana y externa, como de tiempo, lugar, estado de ánimo, etc., hácelos desviar de continuo el curso de su relato; son mil encrucijadas, mil pasajes o canales en los que se pierde el pobre viajero incauto. — Tal estado de perturbamiento mental se conoce con el nombre de *fuga de ideas* y con respecto a la atención se lo designa como *movilidad* de ella. Existe pues el poder de continuar asociando las semejanzas. Pero esa misma aptitud cabe que desaparezca (incapaz el enfermo de cualquier dirección por mínima que sea o de cualquier fijar de una imagen) ya en los casos de incoherencia: muchos conceptos, recuerdos e imágenes unidas al azar, sin lazo alguno visible, ocasionando las *respuestas absurdas* mientras la fuga causaba las llamadas *respuestas de lado* (síntoma de Ganser). El observador pregunta: ¿deseas alcohol? y se lo responde: el alcohol tiene muchas aplicaciones importantes (síntoma de Ganser); o interrogado de tal manera responde, siento frío (respuesta absurda) — La atención espontánea en ciertos casos se vuelve inmutable, fija, se prende en un objeto y con dificultad se la arrancará de él: esas son las ideas obsesivas por ejemplo. Hay quienes de ellas afirman que representan únicamente dificultades asociativas; yo las concibo como núcleos atractivos y centros inferiores de referencia, pues las vemos no rara vez, generar múltiples agrupamientos de representaciones como satélites en el sistema. Hay también una especie de fijeza en los estados espectantes (de atención sin objeto actual y con muchas posibilidades atendibles: la primera que se presente); provócase esa situación artificialmente entre los hipnotizados. Frente a tal aspecto la inconstancia y el renovarse indefinido de imágenes.

Continuando las circunstancias de la enfermedad se hallan las modalidades y matices infinitos entre los hombres normales. Creo que caracterizará con justeza

la indisciplina del control voluntario junto a las solicitudes de las asociaciones automáticas, el caso de una anciana señora que, dándose cuenta del prodigioso embrollo de sus relatos, aconsejaba a sus amigas: «cojerán el hilo», y continuaba el desmadejar; al poco rato un nudo le permitía internarse en nuevos hechos que a su vez se dispersaban en múltiples motivos. De manera que a la media hora de charla nadie sabía de donde se partió. El hilo más fuerte se rompía en esas encrucijadas infinitas de tal laberinto cerebral. — No es sólo calidad que se presenta en ciertos casos de histerismo sino entre muchos sujetos contraídos a un problema, las respuestas tardías: al doctor X precisaba preguntarle dos o tres veces un asunto, y luego esperar largo rato para que os responda. — La atención espectante es muy común entre muchas personas inquietas; y las ideas fijas hemos visto muchas veces, como se imponían a ciertos trabajadores intelectuales superando a cualquier querer.

El otro aspecto de la atención es la voluntaria. Hemos visto principalmente desaparecer su calidad de directora, dejando regida la vida por la atención inconsciente: no se piensa ni imagina lo que uno quiere sino lo que las circunstancias lo imponen; pero también hallamos ya que podía subsistir la capacidad de orientar voluntariamente, mermándose sólo la potencia inhibitoria. Un perfecto control y disciplina de ideas con objeto didáctico, que sólo alcanzan antiguos profesores; significa con frecuencia el simplificar, el esquematizar, y un tanto también el desnaturalizar de la realidad para una facilidad expositiva. Así tenemos como junto a un perfecto orientar voluntario del pensamiento, puede no ser tan desarrollada la posibilidad inhibitoria: las asociaciones en un espíritu culto son muy amplias y tienen como consecuencia presentar la vida compleja sin estilizarla.

IV

En fin, debemos decir que es la abulia. Hallamos en el Manual de Psiquiatria de Fursac la siguiente descripción: "La palabra abulia está tomada aquí en un sentido muy lato y *designa todo estado de debilidad de la voluntad*, desde la parálisis completa de esta función hasta los estados de incertidumbre más o menos ligeros que caracteriza a la psicastenia y a los cuales se reserva frecuentemente el nombre de abulia. Efectivamente, no hay entre los dos órdenes de fenómenos más que diferencias de grado y es inútil designarlos por vocablos diferentes.—"La parálisis de la voluntad cuando es completa, da lugar según los casos al estupor y al automatismo absoluto. Al ser menos pronunciado se traduce clínicamente por un sentimiento de fatiga general y de desaliento, la lentitud e incertidumbre de los movimientos y el esfuerzo penoso que necesita la realización de todo acto espontáneo u ordenado. El aparato de la voluntad parece un mecanismo oxidado que sólo funciona difícilmente.—"La abulia se acompaña generalmente del debilitamiento de la atención, la lentitud de los procesos psíquicos, la incapacidad de esfuerzo y de fatiga intelectual rápida y procedente, como ella, de la inhibición psíquica. Cuando este conjunto de trastornos es consciente, percibido dolorosamente y considerado como morboso por el enfermo realiza el sindrome psicasténico o psicastenia, que constituye en el dominio de la psiquiatria el análogo de la neurastenia de los neurólogos". Me parece indispensable completar tan interesantes datos con las circunstancias notables de los trastornos voluntarios en los seres vacilantes en razón de extensas asociaciones de idea y riqueza de pensamientos; es a la manera del hombre indeciso entre millares de posibilidades, cuya elección es un pro

blema complicadísimo. De ordinario son inteligencias más brillantes y espíritus imaginativos, que sólidos talentos de penetración muy honda y de horizontes muy vastos; o se trata de mentalidades de detalle e incapaces para vistas panorámicas de una materia, quienes, no comprendiendo el problema en su alcance y valor, se sienten perturbados y vacilantes; perciben una claridad nebulosa, donde las imágenes son sombras, las realidades contornos. Y así, porque no hemos comprendido su carácter, nos sorprenden estos seres indecisos, con resoluciones repentinas de una tenacidad irrompible. Es que el raro caso en el cual su confusa mente descubre un punto brillante, se aferra a é; en general se resuelven por lo más fácil—mantener la costumbre o conservar los hábitos—o lo que viene prestigiado por el dicho de una autoridad, en este último caso, para ellos, no cabe reflexionarse. A diario os encontráis con gente semejante: ¿innovar? palabra inquietante; ¿avanzar? peligros desconocidos en acecho. Después de largas escaramuzas podréis convencerlos, filtrando un débil rayo de luz en su pétreo cerebro—aunque a través de condescendencias, de concesiones con sus costumbres—, pero un momento después alzarán sus cabezas las antiguas objeciones, cobardemente ocultas pero no vencidas. No es raro que a esos hombres se busquen para difíciles encargos, porque se los halla constantes en la mecánica de su trabajo y porque se confunde su incomprensible inmutabilidad con el verdadero carácter o energía del espíritu. En el estado normal en que las cosas marchan por el antiguo impulso, su afán conservador no causa daños muy visibles; pero cuando la vida exige con imperio, plantear o resolver nuevos problemas, su actuar será un peligro en cuanto no venga prestigiado por la autoridad, según se dijo. Si el aspecto externo en esos casos es de una abulia, el aspecto interno es especialmente de falta de inteligencia.

Alguna vez acompaña la abulia de la clase que describimos, a lucidos talentos capaces de trabajos notables, pero que jamás lo llevarán a cabo o lo harán a retazos. Casi siempre estos hombres se deciden por la literatura, que con esfuerzo discontinuo, les permite inspeccionar de modo más o menos instantáneo sus emociones y sus pensamientos. La vida fácil los mece en el suave balanceo de la hamaca de la pereza; hacen su trabajo cuotidiano sin grande esfuerzo, como sin un extremo esfuerzo ensayan obras admirables que nunca se terminarán. Vuelven mil veces sobre su decisión, un detalle los persigue, un posible daño los aterra; y su emotividad multiforme es desesperante: rabias repentinas, aplanamientos subsiguientes; entusiasmos sin límites (un momento capaces de apasionados sacrificios, luego la reflexión y el cálculo apagando la hoguera). De mucha sensibilidad: son buenos; de reconcentrado análisis de las posibilidad: son egoístas.

El mecanismo interno de tales razonadores parece ser el siguiente: la atención penetra en el problema circunscribiendo el campo de las operaciones internas, pero trata de agotar todas sus conexiones; es un prever atormentador de los múltiples obstáculos posibles, como hipótesis modificantes de cualquiera línea de recorrido. En los hombres de pocas posibi idades intelectuales, ya lo hemos dicho, son mínimos obstáculos que los asusta y paraliza la decisión. — Mas tendremos que decir con Ribot que no basta a explicar la abulia de aquellos razonadores, la amplitud de las conexiones espirituales sino que debía buscarse en otra parte: ¿donde? probablemente en la inestabilidad del yo. El decidirse de la voluntad en los estados normales, piensa el autor, es un cambio personal que adquiere cierta fijeza; el hombre no es idéntico a lo que fue hace un momento, pero en la nueva modalidad permanecerá algunos instantes; mas en ciertos temperamentos enfermizos desaparece toda permanencia para presentarse esencialmente transitoria la vida interna: todo cambio exitable,

cualquier mudar del pensamiento, por mínimo que sea, tiene una resonancia capital en el sujeto, por lo cual este varía indefinidamente.

Las manifestaciones más comunes de la abulia no van adscritas a aquella riqueza conceptual o inestabilidad de pensamiento; surge en medio de una vida de inteligencia ordinaria, o acompañando a ciertas ideas fijas. El desinterés es un grado de abulia y el extremo opuesto la angustia de no poder hacer: o el hombre se siente extraño al mundo en que subsiste, indiferente a sus solicitudes; o quiere ardientemente pero no puede hacer. — He aquí una descripción de Guislain sobre el último extremo: "Los enfermos saben querer interiormente, mentalmente según las exigencias de la razón. Pueden experimentar el deseo de hacer; pero son impotentes para hacer convenientemente. Hay en el fondo de su entendimiento una imposibilidad. Querrían trabajar y no pueden . . . Su voluntad no logra franquear ciertos límites; se diría que ésta fuerza de acción sufre una suspensión: el *yo quiero* no se transforma en voluntad impulsiva, en determinación activa. Algunos enfermos se asombran ellos mismos de la impotencia de que está afectada su voluntad. . . . Cuando se los abandona a sí mismos pasan días enteros en la cama o en una butaca. Cuando se les habla y se les excita, se expresan convenientemente, aunque de una manera breve; juzgan bastante bien de las cosas". — Algunos investigadores piensan en explicar este amplio grupo de abulias por faltas en el excitante para el acto, es decir, que la *intensidad del estado de conciencia* es menor al indispensable para provocar el movimiento; pareciendo confundirse en esos autores tal falta de impulsividad con la clara impresión del excitante, en cuyo caso me parece que si esto se puede aceptar para los *estados de desinterés*, es inequívocamente incomprensible para las ideas fijas de los terrores inexplicables como de la *claustrofobia*. Ribot piensa que el deseo vehemente que creen sentir tales enfermos no es sino ilusión de su mente,

no desean, no quieren; preséntase esto como un recurso bastante fantástico: si tienes viva ansia de hacer y no puedes el acto, es que no tienes esa aspiración.— De nuevo los análisis precedentes, sobre los acompañamientos emotivos necesarios a la voluntad para volverla eficaz, se esclarecen por medio de la psiquiatria, dando a ésta claridad para sus problemas. Ya dijimos como la emotividad, mediante el funcionamiento *simpático*, ponía en tensión los músculos, los daba su *tono*, permitiéndolos estar aptos para cualquier movimiento, pero que la emotividad excesiva, como en los grados de real emoción, traspasando el límite superior del *tono* volvía también al músculo inapto en ese momento, esto es lo que impresiona a Janet cuando nos habla de que *un acontecimiento emocionante, es uno en el cual el individuo mal preparado no sabe adaptarse completamente de manera que suprima el trastorno, el desequilibrio que este acontecimiento trae a su vida.* De ahí que el hombre no pueda dar un paso y tiemble con todos sus músculos ante un supremo terror, no es en éste la desconfianza de hacer sino un obstáculo físico, como una atadura que le prohibiera obrar.—Otras veces es la desconfianza en sí mismo, es falta de impulso, pero no por oscuridad de las imágenes, sino por apatía (falta de pasión, o de emotividad) y entonces, claro está, basta causar artificialmente la emotividad para preparar la acción, propiamente no es pérdida de energía en la mayoría de los abúlicos, ha pensado Janet, es falta en la tensión; y continuando con el mismo autor: "La fuerza psicológica, es decir, la potencia, el número, la duración de los movimientos no debe ser confundida con la tensión psicológica caracterizada por el grado de actividad y el grado de gerarquía de los actos". "Los asténicos que presentan un agotamiento de las fuerzas psicológicas.... presentan casi siempre al mismo tiempo cierto descenso de la tensión psicológica".

CONCLUSION

Gran número de necesidades a las que tengo el deber de atender, me impiden dar toda la extensión que merecería este capítulo y las aplicaciones que de las enseñanzas alcanzadas fluían; por otra parte, así, en síntesis general y con sólo los muy indispensables detalles, creo haber conseguido indicar los últimos componentes simples a que podía llegarse, de los constitutivos sociales; que fue el propósito comprendido dentro del primer volumen y parte primera de la presente obra.

Universidad Central del Ecuador
Omnium Poteptior est Sapientia

Universidad Central del Ecuador
Omnium Potentior est Sapientia

INDICE

INTRODUCCION:

Pág.

Capítulo Primero. 5
II 29
III 76

PARTE PRIMERA:

Capítulo I 115
II 139
III 157
IV 177
V 199
VI 236
VII 265
VIII 285
IX 309
X 332
XI 361
XII 388
XIII 427
XIV 470
XV 516

ÍNDICE

I	.....
II	.....
III	.....
IV	.....
V	.....
VI	.....
VII	.....
VIII	.....
IX	.....
X	.....
XI	.....
XII	.....
XIII	.....
XIV	.....
XV	.....

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

BIBLIOTECA GENERAL
UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR

301.152(866) 1615
P227c Paredes, Angel M.
Ej.2 La Conciencia Social

FECHA	NOMBRE
15-ot-86	
31/I/90	
02-5-95	
25-06-96	

301.152(866) 1615
P227c Paredes Angel M.
Ej.2 La Conciencia Social